

Contemporánea
DAVID GROSSMAN
Llévame contigo
DEBOLSILLO

David Grossman

Llévame contigo

Traducción del hebreo de
Ana María Bejarano

DEBOLS!LLO

SÍGUENOS EN

megustaleer


@Ebooks


@megustaleer


@megustaleer

Penguin
Random House
Grupo Editorial

A mis niños,
Jonatán, Uri y Ruti

MI SOMBRA Y YO
EMPRENDEMOS EL CAMINO

Un perro vuela por las calles y tras él corre un chaval. Una cuerda larga los une liándose entre las piernas de los transeúntes, que protestan furiosos mientras el chaval masculla una y otra vez «Perdón, perdón», y entre los perdones le grita al perro «¡Para! ¡Quieto!», hasta que una vez, para su vergüenza, se le escapa también «¡So!», aunque el perro sigue corriendo.

Avanza a una velocidad de vértigo y cruza calles tumultuosas saltándose los semáforos en rojo. Su pelaje dorado desaparece y reaparece ante los ojos del chaval entre las piernas de la gente como un código secreto. «Más despacio», grita el chaval, mientras piensa en que, si por lo menos supiera cómo se llama, lo llamaría por su nombre y entonces puede que el perro se detuviera o, por lo menos, aminorara la velocidad, a pesar de que en lo más hondo de su corazón presiente que también entonces el perro seguiría corriendo, que aunque la correa le estrangulara el pescuezo hasta prácticamente ahogarlo seguiría corriendo para llegar al lugar hacia el que galopa de esta manera enloquecida y al que ojalá ya lleguemos pronto para que me deje en paz de una vez.

Todo esto sucede en un mal momento. El chaval, Asaf, corre hacia delante, pero sus pensamientos se enredan muy lejos y muy atrás, no quiere pensarlos, tiene que concentrarse por completo en la carrera tras el perro, pero nota cómo los arrastra tras de sí como una ristra de cajas de latón repiqueteando; la lata del viaje de sus padres, por ejemplo. En ese momento se encontrarán sobre el océano, la primera vez en su vida que cogen un avión. ¿Por qué habrán tenido que viajar de un modo tan repentino? Y la estruendosa lata de su hermana mayor, en la que simplemente le da miedo pensar, porque de ahí no pueden venir más que desgracias; y hay todavía más latas, grandes y pequeñas, que entrechocan en su cerebro, y al final de la ristra gira la lata que arrastra tras de sí desde hace ya dos semanas, mientras su sonido metálico le repite machaconamente a gritos que tiene que enamorarse de una vez por todas de Dafi, porque ¿cuánto va a seguir esperando? Asaf sabe que tiene que detenerse un momento para

organizar un poco esa enervante cola de latón, pero el perro tiene otros planes.

«A la porra», suspira Asaf, porque un momento antes de que se abriera la puerta y lo llamaran para ir a ver al perro, se encontraba muy cerca de la situación precisa y adecuada para enamorarse de ella, de Dafi. La verdad es que estaba realmente sintiendo cómo por fin lograba dominar ese punto que se le rebela en lo más profundo de las entrañas, cómo lograba aplastar esa voz lenta y silenciosa que siempre le susurra desde ahí, no es para ti, esta Dafi, lo único que anda buscando siempre es herir a los demás y burlarse de todos, especialmente de ti, ¿qué necesidad tienes tú de seguir con esta comedia tan estúpida, noche tras noche? Pero entonces, cuando casi había logrado acallar esa voz tan bravucona, se abrió la puerta de la habitación en la que se había pasado sentado la última semana todos los días de ocho a cuatro, y en el umbral apareció Abram Danoch, enjuto, moreno y atribulado, el subdirector del departamento de Sanidad Pública del Ayuntamiento y algo así como un amigo de su padre, además de ser quien le había arreglado el trabajo para todo el mes de agosto, y le dijo que dejara de holgazanear y que inmediatamente fuera con él abajo, a la perrera, porque por fin había un trabajo para él.

Danoch caminaba ligero y le explicaba algo acerca de un perro, pero Asaf no atendía, generalmente le tomaba unos minutos pasar de una situación a otra, y en ese momento se dejaba llevar por Danoch por los pasillos del Ayuntamiento, entre gentes que estaban allí para pagar los recibos del agua y los impuestos, o para delatar a los vecinos que habían construido una terraza sin tener los permisos en regla, y bajó tras él por la escalera de emergencia hasta el patio trasero mientras trataba de sentir en su interior si había logrado eliminar el último rastro de oposición hacia Dafi y qué diría esa noche Roí, que no hacía más que exigirle que dejara de una vez las dudas y que empezara a comportarse como un hombre. Ya desde lejos oyó aquellos ladridos insistentes y potentes y se sorprendió, porque normalmente los perros solían ladrar todos a la vez, hasta el punto de que el coro que formaban lo molestaba en su soñar, en el tercer piso, mientras que

ahora solo ladraba uno. Danoch abrió una verja de tela metálica, se volvió y le dijo a Asaf algo que resultaba difícil de entender a causa de los ladridos, abrió una segunda verja de tela metálica también y, con un gesto de la mano, le ordenó entrar en el estrecho pasillo que quedaba entre las jaulas.

Resultaba imposible equivocarse. No se podía pensar que Danoch hubiera llevado allí a Asaf por otro perro. Habría allí unos ocho o nueve perros, cada uno encerrado en una jaula propia, pero en verdad, en aquel lugar se encontraba un solo perro que parecía haber absorbido en su interior a todos los demás, hasta dejarlos en silencio y algo conmocionados. No era especialmente grande, pero parecía tener un poder y una fuerza salvajes. Y sobre todo desesperación. Una desesperación como aquella no la había visto nunca Asaf en un perro. Una vez tras otra se lanzaba contra la red metálica de la jaula mientras toda la hilera de jaulas temblaba y zumbaba y él emitía una especie de potente sonido aterrador, entre aullido y rugido. Los demás perros permanecían de pie o tumbados, mirándolo en silencio aunque atónitos, incluso con reverencia, y Asaf experimentó una extraña sensación, algo parecido a como si hubiera visto ese comportamiento en un ser humano, se hubiera sentido en la obligación de acercarse enseguida a él para ayudarlo o se hubiera marchado de allí para que la persona pudiera quedarse a solas consigo misma.

En las breves pausas que ocurrían entre los ladridos y las embestidas contra las paredes de la jaula, Danoch habló en voz baja y con rapidez. Uno de los funcionarios había encontrado al perro anteayer correteando en pleno centro, junto a la plaza de Sión. El veterinario creyó, en un primer momento, que se trataba de un principio de rabia, pero no hay síntomas y, fuera de la suciedad y de unas pocas heridas superficiales, se encuentra en un estado general excelente. Asaf observó que Danoch mascullaba las palabras como si se las estuviera ocultando al perro, «Lleva ya cuarenta y ocho horas de esta manera», soltó Danoch con disimulo, «y todavía no se le han acabado las pilas. Menudo pedazo de bestia, ¿eh?», añadió, y se puso algo tenso cuando el perro le clavó la mirada por un momento, «no es un simple perro callejero».

«Pero ¿de quién es?, preguntó Asaf con reparo, porque el perro volvía a lanzarse contra la valla y los golpes sacudían la jaula. «Esa es precisamente la cuestión», gangueó Danoch, mientras se rascaba el pelo, «eso ya tendrás que averiguarlo tú.» «¿Cómo que yo?», se asustó Asaf, «¿dónde voy a encontrar yo al dueño?», pero Danoch le dijo que en el momento en que ese perro —y lo llamó *kalb,* como en árabe— se tranquilizara un poco, «se lo preguntaremos». Asaf lo miró sin entender y entonces Danoch le dijo: «Simplemente haremos lo que hacemos siempre en estos casos: se le ata una cuerda al perro, se le deja andar y se le sigue un poco, una o dos horas, y él mismo se encarga de guiarte de la manera más directa y segura hasta sus dueños».

Asaf creyó que lo decía en broma —¿dónde se había oído algo así?—, pero Danoch se sacó del bolsillo un papel doblado y le dijo que era muy importante, antes de entregar al perro, hacerles firmar a los dueños ese impreso, el formulario 76; métetelo en el bolsillo, Asaf, y ten cuidado de que no se te pierda, porque la verdad es que me parece que eres bastante despistado pero, sobre todo, explícale al muy respetable dueño del perro que la multa que conlleva este formulario —ciento cincuenta siclos, o paga o va a juicio— te lo tiene que pagar, *a*) porque ha descuidado la custodia de su perro, y puede que así tenga la lección aprendida para la próxima vez, y *b*) como indemnización mí-ni-ma (a Danoch le gustaba pronunciar burlonamente cada sílaba) por los quebraderos de cabeza y las molestias que le ha originado al Ayuntamiento y por la pérdida de tiempo de sus in-es-ti-ma-bles recursos humanos. Luego le dio a Asaf una palmada demasiado fuerte en el hombro y le dijo que después de que hubiera encontrado a los dueños del perro podría regresar a su despacho del departamento de Sanidad Pública y seguir holgazaneando hasta el final de las vacaciones de verano a costa del contribuyente.

«Pero ¿cómo voy a...?», intentó resistirse Asaf. «Míralo... si está como loco...»

Y entonces sucedió: que el perro oyó la voz de Asaf. De repente se quedó quieto. Luego empezó a corretear por la jaula. Despacio se

acercó a la red metálica y se quedó mirando a Asaf. Las costillas todavía le subían y le bajaban febrilmente, pero sus movimientos se fueron ralentizando y los ojos se le veían oscuros y llenos de concentración. Ladeó la cabeza, como para poder ver mejor a Asaf, y este pensó que ahora lo vería abrir la boca para decir con una voz completamente humana: el único loco aquí eres tú.

El perro se agachó y se tumbó sobre el vientre, bajó la cabeza y sus patas delanteras empezaron a moverse por debajo de la valla como si escarbaran, como si imploraran, y de su boca brotó un sonido nuevo, fino y delicado, como el llanto de un cachorro o de un niño.

Asaf se agachó frente a él al otro lado de la valla. No se dio cuenta de que lo hacía. Incluso Danoch, que era un hombre duro y que sin ningún entusiasmo le había apañado aquel trabajo a Asaf, dejó asomar una débil sonrisa al ver cómo este se había dejado caer de rodillas en un abrir y cerrar de ojos. Asaf miró al perro y le habló bajito. «¿De quién eres?», le dijo. «¿Qué es lo que te ha pasado?, ¿por qué has estado armando tanto jaleo?» Hablaba despacio y dejaba tiempo para las respuestas, sin turbar al perro con miradas demasiado prolongadas directamente a los ojos. Asaf sabía —el novio de Reli, su hermana, se lo había enseñado— la diferencia entre hablarle a un perro y hablar con un perro. El perro respiró aceleradamente y se tumbó en el suelo, y ahora, por primera vez, parecía cansado, aturdido y más pequeño que antes. En la perrera reinó finalmente el silencio y los demás perros empezaron a dar vueltas por sus jaulas y a volver a la vida. Asaf metió un dedo por uno de los agujeros y le tocó la cabeza. El perro no se movió. Asaf rascó con el dedo la piel del animal, que estaba pegajosa y sucia. El perro empezó a aullar muy deprisa, con urgencia, sin cesar. Como si tuviera que contarle algo a alguien porque ya no fuera capaz de seguir guardándolo en su interior. La roja lengua le temblaba, tenía los ojos grandes y muy expresivos.

Después de eso, Asaf no discutió ya más con Danoch, que se apresuró a aprovechar la tranquilidad del perro, entró en la jaula y le ató una cuerda larga al collar de color naranja que llevaba oculto entre la maraña de pelo.

«Venga, llévatelo», ordenó Danoch. «Ahora irá contigo sin chistar»,

aunque pareció estremecerse ligeramente cuando el perro se plantó de repente fuera de la jaula y, como si se hubiera sacudido en un instante todo su cansancio y su silenciosa mansedumbre, miró a derecha e izquierda con un nerviosismo renovado mientras olfateaba el aire como si intentara escuchar una voz lejana. «Ya veo que os las arregláis muy bien el uno con el otro», intentó Danoch convencer a Asaf y convencerse a sí mismo, «pero ten mucho cuidado mientras andes dando vueltas con él por la ciudad, que se lo he prometido a tu padre.» Estas últimas palabras se le quedaron ahogadas en la garganta.

Porque ahora el perro parecía estar muy concentrado y tenso. La cabeza se le afiló y, por un momento, hubo algo casi lobuno en su aspecto. «Oye», murmuró Danoch ligeramente arrepentido, «no pasará nada por mandarte así con él, ¿verdad?» Asaf no contestó. Solo miraba atónito la transformación que se había obrado en el perro al salir en libertad. Danoch volvió a palmearle el hombro: «Eres un chico fuerte, no tienes más que mirarte, estás más alto que yo y que tu padre, lograrás dominarlo, ¿verdad?».

Asaf quiso preguntar qué tenía que hacer si el perro no lo llevaba hasta sus dueños, y hasta cuándo tenía que seguirlo de aquella manera (en el cajón de la mesa lo estaban esperando los tres bocadillos del mediodía), y qué pasaría si, por ejemplo, el perro se había peleado con los dueños y no tenía ninguna intención de regresar a su casa...

Estas preguntas no fueron formuladas en ese momento, ni en ningún otro momento. Asaf no volvió a encontrarse con Danoch ese día, ni tampoco durante los días venideros. A veces, resulta tan fácil fijar el momento exacto en el que algo —la vida de Asaf, por ejemplo— empieza a cambiar hasta resultar irreconocible, sin retorno.

Porque la mano de Asaf no había hecho más que cerrarse sobre la cuerda, cuando el perro saltó con un enorme impulso del lugar en el que se encontraba y arrastró a Asaf tras de sí. Danoch, saludándolo asustado con la mano, alcanzó todavía a dar uno o dos pasos en pos del Asaf secuestrado e incluso echó a correr tras él, pero sin resultado alguno. Asaf era ya llevado en volandas a toda velocidad a través del patio del Ayuntamiento, arrastrado por las escaleras e impelido hacia la calle. Después empujado contra un coche aparcado, un cubo de

basura y contra los transeúntes. Corría…

El rabo grande y peludo se agitaba con fuerza frente a sus ojos, barriendo hacia los lados personas y coches mientras Asaf lo seguía, hipnotizado; a veces se detenía un momento, el perro, levantaba la cabeza y olisqueaba el aire, para después dirigirse hacia una calle lateral y abrirse paso a la carrera, por lo que parecía que sabía exactamente hacia dónde avanzaba y existía la posibilidad de que la carrera fuera a tener fin muy pronto, que el perro encontraría su casa, Asaf lo entregaría a sus dueños y respiraría tranquilo por haberse librado de él. Pero mientras corría, empezó a pensar en lo que haría si el dueño del perro no quisiera pagar la multa, le diría señor, mi obligación no me permite la más mínima flexibilidad en este caso. ¡O paga o va a juicio! Y el hombre empezaría ya a discutir, pero Asaf le respondería con objeciones contundentes; corría murmurando para sus adentros y apretando los labios con determinación, aunque sabiendo que no le saldría bien, las discusiones nunca habían sido su fuerte y al final siempre le resultaba más cómodo ceder y no armar jaleo, y precisamente por eso cedía noche tras noche ante Roí en relación a Dafi Kaplan, solo por no armarla, eso pensaba, por lo menos, y ahora veía ante sí a Dafi, tan larga y esbelta, y se odiaba a sí mismo por su debilidad, hasta que se dio cuenta de que aquel hombre alto de las cejas salvajes y el gorro de cocinero blanco le estaba haciendo una pregunta.

Asaf miró un poco aturdido. El blanquísimo rostro de Dafi, con la mirada burlona, fija, con sus traslúcidos párpados de lagartija, se mezclaron rápidamente con otro rostro, hinchado y contrariado, y Asaf aguzó la vista asustado para ver ante sí un patio estrecho que parecía tallado en la pared, en cuyas profundidades ardía un horno, y resultó que el perro había decidido, por algún motivo, detenerse junto a una pequeña pizzería, así es que el vendedor de pizzas se inclinaba ahora por encima del mostrador para preguntarle de nuevo a Asaf, por segunda vez o puede que por tercera, por una joven señorita. «¿Dónde está?», preguntaba. «Ha desaparecido, hace ya un mes que no la

hemos visto», y entonces Asaf se hizo un poco a un lado, podía ser que el hombre estuviera hablando con alguien que se encontrara detrás de él. Pero no, el vendedor de pizzas hablaba con él y se interesaba por aquella chica por si se trataba de su hermana o de su novia, mientras Asaf asentía confuso para intentar ganar tiempo. Por la semana que llevaba trabajando en el Ayuntamiento sabía ya que las personas que trabajan en el centro de la ciudad tienen, a veces, unas costumbres y un estilo de hablar propios, además de un curioso sentido del humor. Puede que de tanto tratar con clientes extraños y con turistas de países lejanos se hayan acostumbrado a hablar un poco como en el teatro, como si siempre hubiera un público invisible que estuviera escuchando el diálogo. Asaf quería marcharse de allí y continuar con la carrera tras el perro, pero este decidió sentarse para quedarse mirando al vendedor de pizzas, esperanzado y con la lengua fuera, a lo que el hombre le respondió silbándole amigablemente, como si fueran viejos conocidos, y con un movimiento rápido, como de baloncesto —la mano detrás de la espalda, por encima de la cintura— le lanzó una gruesa loncha de queso que el perro atrapó en el aire y engulló al instante.

Lo mismo que la loncha que la siguió. Y otra, y aún otra más.

El hombre tenía unas cejas muy pobladas, como un par de matorrales silvestres, que produjeron en Asaf una intranquilidad amenazante. El hombre dijo que nunca había visto a la perra tan hambrienta. «¿Perra?», preguntó Asaf en un susurro, lleno de asombro. Hasta ese momento no se le había ocurrido que pudiera tratarse de una perra, sino que había estado creyendo que se trataba de un perro, por su velocidad y sus movimientos llenos de decisión. Además, en medio de la alocada carrera, del enfado y de la confusión, había habido momentos en los que Asaf se había deleitado imaginándose que corrían en equipo, él y su perro, que tenían un pacto viril y tácito, mientras que ahora le parecía todavía más extraño estar corriendo de esa manera tras una perra.

El vendedor de pizzas juntó los dos matorrales de sus cejas y clavó en Asaf una mirada escrutadora y puede que también llena de sospecha, mientras le preguntaba: «Entonces qué, ¿ha decidido

enviarte a ti en lugar de venir ella?», y empezó a hacer girar por el aire un platillo volante hecho de una masa fina que arrojaba y recogía con destreza. Asaf asintió vagamente, entre la frontera del sí y del no, porque no quería mentir. El hombre extendía ahora salsa de tomate sobre la masa, a pesar de que Asaf no veía que hubiera allí más clientes que él, y diseminó sobre ella aceitunas y cebolla, champiñones, anchoas, ajo y *zaatar,* mientras de tanto en tanto lanzaba por encima de su hombro, y sin mirar, pequeños pedazos de queso que la perra, que hasta hacía un momento había sido un perro, atrapaba en el aire como si supiera de antemano que se los iban a lanzar.

Asaf permanecía allí mirándolos asombrado, a los dos, ese baile acompasado, mientras se esforzaba por comprender qué era lo que en realidad estaba haciendo allí, qué era exactamente lo que estaba esperando. Por la cabeza le revoloteaba una pregunta que tenía que formularle al vendedor de pizzas, algo relacionado con la joven que, por lo visto, iba allí con la perra, pero todas las preguntas que acudían a su mente le parecían ridículas y necesitadas de complicadas explicaciones acerca de la localización de perros perdidos, de trabajos de verano en el Ayuntamiento, y es que Asaf estaba empezando a captar la terrible complicación que suponía la misión que se le había encomendado, porque ¿acaso iba a ponerse a preguntar a todo el mundo por la calle si conocían a los dueños del perro?, ¿formaba aquello parte de su trabajo?, ¿y cómo había sucedido que hubiera accedido a que Danoch lo enviara a hacer algo así sin que él hubiera intentado oponerse? Y eso que ahora le acudía muy deprisa a la mente todo lo que hubiera tenido que decirle a Danoch cuando estaban en la perrera; como un letrado agudo, tajante e incluso algo arrogante, expuso ahora sus brillantes argumentos contra aquella misión imposible y, al mismo tiempo, como siempre le sucedía en situaciones similares, encorvó ligeramente el cuerpo, metió la cabeza entre sus anchos hombros y esperó.

En su interior se mezclaban todos los enfados pequeños y grandes que había ido acumulando, hasta que salieron expelidos de él como un pequeño chorro de lava, convertidos en su mandíbula en una herida

ardiente de ira contra Roí, que había logrado convencerlo para que también esa noche salieran en cuarteto, por centésima vez, y que encima le había explicado que poco a poco Asaf descubriría hasta qué punto Dafi era exactamente su tipo, desde el punto de vista de su mundo interior, y todas esas cosas. Eso es lo que había dicho Roí, mientras posaba en Asaf su mirada concentrada y larga, esa mirada tan convincente, y Asaf le observaba el fulgor de los ojos, el halo dorado y fino de la burla que le rodeaba las pupilas, y pensaba angustiado que su amistad se había convertido con los años en otra cosa, aunque ¿cómo se llamaba eso otro? Repentinamente sobresaltado, como si algo lo hubiera golpeado, le había prometido que también esa noche iría, y Roí le había vuelto a palmear la espalda y le había dicho: «Cuánto te quiero, hermano». Entonces Asaf se había separado de él mientras pensaba que ojalá tuviera el valor de darme la vuelta y lanzarle a Roí a la cara aquel «mundo interior», porque todo lo que Roí necesitaba era que Asaf y Dafi fueran una especie de espejo invertido en el que reflejarse él y su querida Meital con todo su esplendor y liviandad mientras se iban besando cada dos pasos, al tiempo que Asaf y Dafi arrastraban los pies tras ellos asqueados el uno del otro.

«¿Qué es lo que te pasa?», se enfadó el vendedor de pizzas. «¡Te estoy hablando!»

Asaf vio que la pizza se encontraba ya guardada en una caja blanca de cartón, cortada en ocho porciones, y oyó al hombre decir con énfasis, como si estuviera harto de repetir lo mismo: «Mira bien, aquí tienes lo de siempre: dos de champiñones, una de anchoas, una de maíz, dos normales y dos de aceitunas. Pedalea deprisa para que llegue caliente. Cuarenta siclos».

«¿Que pedalee?», preguntó Asaf en un susurro.

«¿No tienes bicicleta?», se asombró el vendedor de pizzas. «Tu hermana la coloca en el portaequipajes. ¿Cómo vas a llevarla así? ¡Pero antes trae el dinero!» Y extendió frente a Asaf un brazo largo y peludo. El sorprendido Asaf echó mano al bolsillo mientras el enfado lo inundaba por completo: sus padres le habían dejado bastante dinero antes de salir de viaje, pero él se había administrado los gastos al

detalle, de manera que todos los días se saltaba la comida del mediodía en el comedor del Ayuntamiento con el fin de que le quedara dinero para comprarse un segundo objetivo para la Canon que sus padres habían prometido traerle de América, y este gasto inesperado en el que se había metido ahora lo ponía furioso, verdaderamente frenético. Pero no tenía elección, estaba claro que el hombre había preparado la pizza especialmente para él, es decir, para quien llegara allí con la perra. Si no hubiera estado tan ofuscado por la rabia, seguramente le habría preguntado al hombre, de una vez por todas, quién era la chica del perro, pero parece ser que por el enfado o por la espantosa sensación de que siempre había alguien que pensaba y decidía por él lo que tenía que hacer, le pagó al hombre y se alejó de allí con un paso muy decidido que pretendía manifestar la indiferencia que sentía por el dinero que tan sutilmente le acababa de ser sisado. La perra, por su parte, no esperó a que el sentimiento exacto madurara en el rostro de Asaf, sino que echó de nuevo a correr, tensando de golpe la cuerda en toda su longitud, de manera que Asaf salió volando tras ella con un grito mudo, el rostro completamente deformado por el esfuerzo que le suponía mantener en equilibrio la gran caja de cartón en una mano y con la otra sujetar la cuerda, y solo de milagro logró pasar sin contratiempos entre la gente de la calle, enarbolando la caja bien alto con la mano extendida y sabiendo, sin hacerse ningunas ilusiones al respecto, que en ese momento tenía exactamente el aspecto de un camarero caricaturizado y, encima, el aroma de la pizza empezaba ahora a filtrarse desde la caja, de manera que Asaf, que desde por la mañana no había comido más que un bocadillo y que tenía, claro está, todo el derecho legal de comerse la pizza que llevaba en volandas, porque no en vano había pagado hasta la última aceituna y el último champiñón con su propio dinero, sintió por otro lado que no era del todo suya, que en cierto modo era otro el que la había comprado, y para otra persona, y resultaba que no los conocía a ninguno de los dos. De esa manera, con la pizza en la mano, cruzó aquella misma mañana por un sinfín de callejones, calles y semáforos en rojo. Nunca antes había corrido así por la calle, nunca había transgredido tantas leyes a la vez; por todos lados le pitaban,

tropezaban con él, lo maldecían y le gritaban aunque, pasados unos instantes, todo eso ya no le importaba, porque a medida que avanzaba se iba limpiando también del enfado, ya que de manera inesperada ahora resultaba estar completamente libre, fuera de aquella oficina tan agobiante y aburrida, así es que, liberado de todas las dificultades grandes y pequeñas que lo habían angustiado durante los últimos días, se veía ahora tan libre como una estrella que se hubiera desviado de su ruta atravesando el firmamento de punta a punta y dejando tras de sí una cola resplandeciente. Después dejó ya de pensar y dejó de oír el rumor del mundo que lo rodeaba, que se había reducido a los golpes de sus propios pies sobre la calzada, a los latidos de su corazón y al ritmo de su respiración y, a pesar de que por naturaleza no era especialmente aventurero, sino todo lo contrario, una sensación nueva de misterio lo iba inundando en aquella placentera carrera hacia lo desconocido, y en lo más profundo de su ser, como una pelota que botara, preciosa, flexible e hinchada, empezó a tomar forma el pensamiento eufórico de que ojalá aquello no se terminase nunca.

Un mes antes de que Asaf y la perra se conocieran —para ser exactos, treinta y un días antes de eso— en una carretera secundaria y sinuosa, junto a uno de los valles que rodean Jerusalén, una chica bajaba del autobús. Una chica menuda, frágil. El rostro apenas se le veía bajo la mata de pelo negro y rizado. Bajó la escalerilla dando traspiés bajo el peso de una gigantesca mochila que descansaba sobre su espalda. El conductor le preguntó titubeante si necesitaba ayuda, y ella, asustada, se encogió ligeramente, apretó los labios y sacudió la cabeza: «No».

Después se quedó esperando en la parada vacía a que el autobús se alejara y siguió esperando también después de que hubiera desaparecido detrás de la curva de la carretera. Se quedó allí de pie, sin apenas moverse, echó una mirada hacia la izquierda, otra hacia la derecha, repitió ese gesto una y otra vez y un destello de luz resplandeció cada vez que el sol de la tarde rebotó contra el pendiente azul que llevaba en la oreja.

En las proximidades de la parada había una lata de gasolina

oxidada, llena de agujeros. Un cartel de cartón descolorido aparecía atado a un poste de la luz, «A LA BODA DE SIGUI Y MOTI», y una flecha apuntaba al cielo. La chica miró hacia los lados por última vez y vio que no había nadie. Tampoco circulaban coches por la estrecha carretera. Se dio la vuelta lentamente y rodeó la marquesina de la parada. Ahora miraba hacia el valle que tenía a sus pies. Ponía mucho cuidado en no mover la cabeza, pero los ojos correteaban hacia los lados rastreando el paisaje.

Quien le hubiera lanzado una rápida mirada hubiera creído que se trataba de una chica que salía a hacer una pequeña excursión. Esa era precisamente la impresión que ella quería dar. Aunque si por allí hubiera pasado un coche, el conductor hubiera podido preguntarse, durante una fracción de segundo, cómo era posible que una chica sola bajara a un valle como aquel, y puede que también lo hubiera asaltado el pensamiento de por qué salía una chica a dar un paseo por la tarde, por un valle tan próximo a la ciudad, llevando a la espalda una mochila tan grande, como si fuera a emprender un largo viaje. Pero ningún conductor pasó por allí y en el valle no había nadie. Descendió a través de las mostazas amarillas, entre rocas calientes al tacto, y desapareció en el interior de una maraña de terebintos y de espinosas zarzas.

Caminaba deprisa, constantemente a punto de tropezar a causa de la mochila que la hacía balancearse hacia delante y hacia atrás. La cabellera salvaje ondeaba al viento alrededor de su rostro. Todavía llevaba la boca apretada con el mismo gesto firme y duro con el que antes le había dicho «no» al conductor del autobús. Después de un momento empezó a respirar con fuerza. El corazón le latía agitadamente y la asaltaron unos negros pensamientos. Esa era la última vez que iba allí sola, pensó, porque la próxima vez, la próxima vez...

Contando con que hubiera una próxima vez.

Ahora había llegado abajo, hasta el lecho de la torrentera seca. De tanto en tanto lanzaba una mirada distraída hacia las laderas, como si se estuviera deleitando con el paisaje. Siguió hechizada el vuelo de un arrendajo y escrutó con su ayuda el arco completo del horizonte. Ahí,

por ejemplo, había un tramo del camino que la dejaba completamente al descubierto. Si por casualidad hubiera habido alguien arriba, en la carretera, junto a la parada, hubiera podido verla.

Entonces quizá, casualmente, se hubiera dado cuenta de que también ayer y anteayer la chica había bajado allí.

Por lo menos diez veces durante el último mes.

Y podría también atraparla allí, cuando regresara la próxima vez...

Porque habría, habría una próxima vez, se repetía ella con esfuerzo, intentando no pensar en lo que le sucedería hasta entonces.

Cuando se sentó la última vez como para ajustarse la hebilla de la sandalia, no se movió durante dos minutos completos. Examinó cada roca, cada arbusto.

Y de repente, como por arte de magia, ya no estaba. Sencillamente, se había esfumado. Aunque alguien la hubiera estado siguiendo no lograría entender lo que había pasado: hacía un momento todavía seguía allí sentada, finalmente se había quitado de los hombros la mochila, se había apoyado en ella hacia atrás, buscando aire, y ahora el viento mecía los arbustos y el valle se encontraba vacío.

Corría por un pasadizo inferior, oculto, intentando alcanzar la mochila que rodaba como una roca blanda por delante de ella, aplastando espigas de avena y cardos. No se detuvo hasta llegar junto al tronco de una encina y el árbol se movió liberando un polvo seco compuesto por unas partículas de un marrón rojizo.

De un bolsillo lateral de la mochila sacó una linterna. Con un movimiento experto apartó hacia el lado unos arbustos secos, marchitos, y dejó al descubierto una abertura baja, como la puerta de la casa de unos gnomos.

Dos o tres pasos andando agachada. Los oídos en guardia y los ojos bien abiertos, para oír y ver cualquier rumor o sombra. Olisqueaba el aire como un animal, cada célula de la piel dispuesta a leer en la oscuridad: ¿acaso había estado alguien allí desde ayer? ¿Se desprendería de repente una de aquellas sombras para abalanzarse sobre ella?

La cavidad se ensanchaba repentinamente, se hacía alta y amplia, hasta el punto de que se podía permanecer de pie y dar unos pasos de

pared a pared. Una luz muy tenue se filtraba hasta el interior por una abertura que se encontraba en algún lugar del techo, oculta por la maraña de arbustos.

Precipitadamente volcó el contenido de la mochila sobre una estera. Latas de conserva. Unos atadillos de velas. Vasos de plástico. Platos. Cerillas. Pilas. Otro par de pantalones y otra camisa, que en el último momento había decidido añadir. Un bidón de agua hecho de poliuretano. Rollos de papel higiénico. Cuadernos de crucigramas. Tabletas de chocolate. Cigarrillos Winston... La mochila se fue vaciando. Las latas de conserva las había comprado aquella tarde. Hasta Ramat Eshkol se había alejado para no complicarse la vida con ningún conocido, y a pesar de ello se había ido a encontrar con una mujer que había trabajado con su madre en la joyería del hotel King David. La mujer estuvo hablando con ella muy amablemente y le preguntó para qué compraba todo aquel montón de latas, y ella, sin tan siquiera ruborizarse, le dijo que al día siguiente se iba de excursión.

Se movía deprisa. Puso en orden y clasificó las cosas que había llevado. Contó por centésima vez las botellas de agua mineral. Los bidones de poliuretano. Lo principal era el agua. Allí tenía ya más de cincuenta litros. Eso sería suficiente, debería bastarle para todo el período. Para los días y las noches. Estas resultarían mucho más duras, así es que necesitaría mucha agua. Volvió a barrer, por última vez, la arena del suelo rocoso. Intentaba conferirle al lugar un ambiente hogareño. Desde hacía un millón de años hasta hacía aproximadamente un mes, aquel había sido su lugar secreto favorito, mientras que ahora, el solo pensamiento de lo que allí le esperaba, le revolvía las entrañas.

Extendió el grueso colchón, lo arrastró más hacia el lado de la pared y se tendió sobre él para comprobar si era cómodo. Tampoco mientras estuvo allí echada se permitió bajar la guardia. El cerebro le zumbaba a una velocidad de vértigo. Cómo sería todo cuando lo llevara allí, a su inmenso bosque, al Restaurante del Final del Universo. Y por qué vivencias pasaría en ese lugar. Con él, sola.

En la pared, por encima de ella, los jugadores del Manchester

United rebosantes de felicidad tras haber ganado la Copa de Europa. Una pequeña sorpresa que le había preparado, para alegrarlo. Si es que se daba cuenta de su existencia. Se sonrió para sus adentros distraídamente, pero con la sonrisa regresaron los malos pensamientos y el miedo volvió a convertirle el estómago en un puño apretado.

¿Y si estoy cometiendo un grave error?, pensó.

Se levantó y caminó de una pared a la otra, apretando las manos fuertemente contra el pecho; en ese colchón yacería él, y ahí, en la silla plegable de plástico, se sentaría ella. También había preparado un colchón delgado para ella, pero no se hacía ilusiones: ni por un solo momento podría pegar ojo durante todos esos días. Tres, cuatro, cinco días, al menos. Así se lo había advertido el hombre desdentado del parque de la Independencia: «Un instante que no lo estés mirando, y se te escapará». Ella había observado deprimida la boca vacía que le sonreía burlonamente y los ojos que le devoraban el cuerpo pero sobre todo el billete de veinte siclos que sostenía delante de él. «Explícame», le exigió, procurando ocultar el temblor de su voz. «¿Qué significa eso de que se me escapará? ¿Por qué va a escaparse?» Y él, con su chilaba de rayas mugrienta, con la manta de piel en la que se encontraba envuelto a pesar del calor, se había burlado de la inocencia de ella: «¿Has oído hablar de aquel mago, hermana, que escapaba de cualquier sitio en el que lo encerraran? Pues exactamente igual será con él. Aunque lo metas en un arcón con cien candados, en la caja fuerte de un banco, o en el vientre de su madre, él hará todo lo posible por huir. ¡No hay nada que hacer! No podrá dominarse, ¡ni la justicia podría con él!».

No tenía ni idea de cómo iba a poder resistirlo. Puede que cuando estuviera con él allí se le despertaría una fuerza nueva y desconocida incluso para ella. Eso era en lo único en lo que de momento podía confiar, en vanas esperanzas como esa. Pero de cualquier modo todo resultaba vago y desesperanzador, aunque si se ponía a pensar en las posibilidades que tenía de conseguir lo que se había propuesto, se desesperaría de antemano. El pavor la hizo temblar en el interior de la pequeña cueva. Nada de pensar. Nada de pensar con lógica. Ahora lo que tenía que hacer era estar un poco loca. Como el soldado que sale

hacia una misión suicida y que no piensa en lo que le puede llegar a suceder. Volvió a comprobar, puede que por décima vez, los víveres. De nuevo calculó si la comida sería suficiente para todos los días con sus noches. Se sentó en la silla plegable frente al colchón e intentó imaginarse cómo sería, qué es lo que él le diría y cómo la iría odiando cada vez más, de hora en hora, y qué intentaría hacerle. Ese pensamiento la puso nerviosa otra vez. Corrió hacia un nicho que había al fondo de la cueva y comprobó las vendas, los esparadrapos y el yodo. No se tranquilizaba. Movió una piedra grande que dejó al descubierto una tabla de madera lisa. Debajo de ella, en una pequeña cisterna excavada en la tierra, descansaban juntos un pequeño aparato de descargas eléctricas, de los que utiliza la policía como arma auxiliar, y unas esposas que había comprado en una tienda de equipamiento para campamentos.

Estoy completamente sonada, pensó.

Antes de salir se detuvo y lanzó una última mirada al lugar que llevaba preparando y acondicionando desde hacía un mes. Antes, puede que hiciera cientos de años, allí habían vivido seres humanos. Había encontrado señales de ello. También había habido animales. Ahora, aquella sería la casa de él y de ella. Y manicomio, y hospital, pensó, pero sobre todo cárcel. Basta. Hay que marcharse.

Pasado un mes, volaban un chaval y una perra por las calles de Jerusalén, dos extraños unidos por una cuerda, negándose todavía a admitir que estaban realmente juntos, pero a pesar de ello empezando ya a aprender, como de pasada, pequeños detalles el uno del otro, el modo de erguir las orejas en los momentos de nerviosismo, la fuerza de los golpes de las zapatillas de deporte contra el asfalto, la fragancia de la transpiración, todas las sensaciones que un rabo sabe expresar, la fuerza que tiene la mano que sujeta la cuerda y la añoranza que puede sentir un cuerpo para tirar de ella de esa manera, hacia delante, siempre avanzando... Habiéndose librado ya de la ajetreada calle principal, se fueron adentrando por callejuelas estrechas y sinuosas sin que la perra aminorara la marcha. A Asaf le parecía que un enorme

imán la atraía y tuvo la extraña sensación de que si se limitaba a dejar de pensar, su fuerza de voluntad quedaría completamente anulada y entonces también él podría ser atraído hacia allí con ella, hacia el lugar adonde iban. Uno o dos minutos después se sobresaltó en sus meditaciones, porque la perra se había detenido frente a un portón verde encajado en un alto muro de piedra, para después, con un gesto lleno de encanto ponerse de pie sobre las patas traseras, presionar con las delanteras el picaporte de hierro y abrirla. Asaf miró a derecha y a izquierda. La calle se encontraba vacía. La perra resopló y avanzó, él entró tras ella y, al instante, se vio envuelto en un profundo silencio, el silencio de las profundidades marinas.

Un gran jardín.

Cubierto de una gravilla blanquísima.

Árboles frutales plantados en interminables hileras.

Una casa redonda de piedra, grande y sólida.

Asaf caminaba despacio, con precaución. Sus pasos rechinaban en la gravilla. Lo maravilló cómo un lugar tan hermoso y amplio podía permanecer oculto tan cerca del centro de la ciudad. Pasó junto a un pozo redondo. Había un cubo brillante atado a una cuerda y varios tazones de cerámica grandes reposaban sobre el tocón del tronco de un árbol, como esperando a que bebieran de ellos. Asaf se asomó al pozo, lanzó una piedra de la gravilla, y fue solo pasado un largo momento cuando oyó un ligero salpicar de agua. Un poco más allá, envuelta en una frondosa parra, había una pérgola con cinco filas de bancos, y delante de cada banco había cinco grandes piedras talladas como si fueran los cojines de otros tantos escabeles sobre los que apoyar unos pies fatigados.

Se detuvo para observar la casa de piedra. Un arbusto con flores moradas subía cubriendo los muros, trepaba hasta la elevada torre que se erguía en lo alto y se enrollaba en el pie de la cruz que la coronaba.

Es una iglesia, pensó con sorpresa; la perra, según parece, es de la iglesia. Será la perra de la comunidad, o algo así, intentó convencerse y, por un momento, logró imaginarse las calles de Jerusalén inundadas de perros de iglesia corriendo enloquecidos.

La perra, sin vacilar, como si realmente allí estuviese su casa, se

apresuró a tirar de él hacia la parte trasera del edificio. En el extremo más elevado de la torre se encontraba enclavada una ventana ornamentada, como un ojo abierto en medio del arbusto trepador de la buganvilla. La perra levantó la cabeza hacia el cielo y dejó oír unos cuantos ladridos, cortos pero fuertes.

Por un momento nada sucedió. Después Asaf oyó el rechinar de una silla allá arriba, en lo alto de la torre. Alguien se había movido. La ventanita se abrió y la voz de una mujer, o de un hombre —resultaba difícil de saber, porque se trataba de una voz ronca que parecía no haber sido usada desde hacía tiempo— emitió un grito emocionado consistente en una sola palabra. Quizá hubiera pronunciado el nombre de la perra, porque esta ladraba y ladraba, y la voz de arriba volvió a llamarla, una voz aguda y sorprendida que parecía no dar crédito a su buena suerte. Asaf creyó que ahí era donde terminaba su breve periplo con la perra. Había regresado a casa, con el habitante del extremo de la torre. Todo había terminado tan deprisa. Se quedó esperando a que alguien se asomara por la ventana y lo llamara para que subiera, pero en lugar de un rostro, lo que salió por la ventana fue una mano morena y fina —por un momento creyó que se trataba de la mano de una niña— y después apareció un cuenquito de madera atado a una cuerda, que empezó a descender y que se balanceaba como el cestillo de Moisés sobre las aguas, diminuto y etéreo, hasta que se detuvo justo ante su rostro.

La perra ya no cabía en sí de gozo. Todo el tiempo que la cuerda estuvo descendiendo se lo pasó escarbando en la tierra y correteando de la puerta de la iglesia hacia Asaf y viceversa. En el cuenco encontró Asaf una llave de hierro grande y pesada. Por un momento dudó. La llave significaba una puerta: ¿qué le esperaba tras ella? (Desde cierto punto de vista él era la persona adecuada para ocuparse de un problema como aquel. Lo respaldaban cientos de horas de entrenamiento que lo habían preparado para una situación exactamente como aquella: una llave de hierro grande, un elevado torreón, un castillo misterioso. Y además: una espada mágica, un anillo encantado, el arca de un tesoro, el dragón que lo custodiaba ansioso de entrar en acción, y casi siempre tres puertas entre las que

había que escoger por cuál de ellas pasar, detrás de dos de ellas acechaban distintos y variados tipos de torturas mortales.) Pero aquí había una sola llave y una sola puerta, así es que Asaf, con la llave en la mano, siguió a la perra hasta la puerta y la abrió.

Se encontró en el umbral de una sala grande y oscura, con la esperanza de que el dueño del lugar bajara de la torre, pero nadie llegaba y ni tan siquiera se oían pasos. Entró y la puerta se cerró despacio a sus espaldas. Esperó. La sala empezó a dibujársele en medio de la penumbra: había allí varios armarios grandes, cómodas, mesas y libros. Miles. A todo lo largo de las paredes, en estantes, encima de los armarios, de las mesas, apilados en el suelo. También había allí montones de periódicos atados en grandes paquetes, sujetos con unas cuerdas finas, y en cada uno de ellos había pegada una hoja de papel con unas cifras, 1955, 1957, 1960... La perra empezó a tirar de nuevo, y él se dejó arrastrar tras ella. En una estantería vio libros infantiles y por un momento se sintió confundido y hasta sintió cierto temor. ¿Por qué habría allí libros para niños? ¿Desde cuándo leen los curas y los monjes literatura infantil?

Un gran arcón descansaba en el centro de la sala, y Asaf lo rodeó. Quizá se tratara de un sarcófago antiguo o de un altar. Le pareció oír arriba un ruido de pasos suaves y rápidos, e incluso el tintineo de unos cubiertos. De las paredes colgaban cuadros que representaban unos hombres con hábito y una aureola resplandeciente sobre sus cabezas y cuyos acusadores ojos miraban a Asaf fijamente.

El espacio de la gran sala redoblaba el eco de cada uno de sus movimientos y de los de la perra, cada respiración, cada arañazo de las uñas de las patas en el suelo. La perra tiró de él hacia la puerta de madera que había en un extremo de la sala y él intentó hacerla regresar hacia atrás. Tenía un fuerte presentimiento de que aquella era la última oportunidad para huir y puede que incluso de ponerse a salvo de algo. La perra ya no tenía paciencia para las dudas de él porque estaba oliendo a alguien amado y ese olor iba ahora a convertirse en un cuerpo, en algo tangible por lo que sentía la más profunda añoranza perruna. La cuerda se tensó y vibró. La perra llegó a la puerta, se detuvo y la arañó mientras aullaba. Así de pie sobre las

patas traseras, era casi tan alta como él, y a pesar de lo sucio y pegajoso de su pelaje, Asaf pudo volver a darse cuenta de que era hermosa y ágil, de manera que sintió que, por un instante, se le encogía el corazón, porque en realidad no le había dado tiempo a conocerla. Se había pasado la vida suplicando que le dejaran tener un perro, aunque sabía que no tenía posibilidades por el asma de su madre, y ahora, que se sentía como si la perra fuera suya, se daba cuenta de que había sido durante un tiempo demasiado breve, y solo corriendo.

¿Qué es lo que estoy haciendo aquí?, se preguntó mientras bajaba el picaporte. La puerta se abrió. Se encontraba en un pasillo que se iba curvando y que, por lo visto, rodeaba la entrada todo alrededor. Yo no tendría que estar aquí, pensó, aunque echó a correr tras la perra; pasó por delante de tres puertas cerradas y una especie de viento soplaba entre los muros gruesos y encalados de blanco, hasta que llegó a una gran escalinata de piedra. Si me pasa algo aquí, pensó (y vio en su imaginación al comandante saliendo muy preocupado de la cabina de los pilotos para dirigirse a sus padres y susurrarles algo al oído), a nadie se le ocurrirá jamás buscarme en este lugar

Al final de la escalera, arriba, había otra puerta, pequeña y azul. La perra ladraba y aullaba, casi hablaba olisqueando y arañando por debajo del umbral, y de detrás de la puerta llegaban unas voces de alegría y alborozo, que le sonaron a Asaf un poco como el cacareo de una gallina, hasta que alguien que había dentro dijo en un hebreo muy extraño, de acento antiguo: «¡Aguarda, aguarda, estimada de mi corazón, que ya la puerta voy a abrir, ansí, ansí!».

Una llave giró en la cerradura, y cuando la puerta se abrió una rendija la perra se precipitó hacia dentro abalanzándose sobre el que allí estaba. Asaf se quedó fuera, detrás de la puerta, que se había cerrado. Por algún motivo la cosa siempre terminaba así, pensó con acritud, siempre era él quien al final se quedaba detrás de una puerta cerrada. Precisamente fue por eso por lo que esta vez se atrevió y la empujó un poco para mirar. Vio una espalda agachada, una trenza larga que salía de una boina lanosa, redonda y negra, y por un momento creyó que se trataba de un niño con una trenza, es decir, de

una niña, alguien diminuto y enjuto con una túnica gris, pero después vio que era una mujer, menuda y vieja, que se reía y enterraba el rostro en el pelaje de la perra, que la acariciaba con sus finas manos y que le hablaba en una lengua desconocida, así es que Asaf se quedó esperando, porque no quería molestar, hasta que la mujer apartó de sí a la perra entre risas y gritó «¡Ya, ya, basta, escandalosísima sin par, permíteme finalmente que salude también a Tamar!» y, dándose la vuelta, la amplia sonrisa que le iluminaba el rostro se le petrificó al instante.

«Pero ¿quién...?», dijo con reparo. «¿Quién eres tú?», bramó ahora, mientras se sujetaba con las manos el cuello del hábito y en la cara se le pintaba una mueca que mezclaba decepción y recelo. «¿Y qué es lo que estás buscando aquí?»

Asaf se quedó pensativo por un momento. «No lo sé», dijo.

La monja retrocedió y apretó la espalda contra una pared de estantes de libros. La perra se encontraba entre ella y Asaf mirándolos alternativamente y se pasó la lengua por el hocico, con un gesto lastimoso de desconcierto. A Asaf le pareció que también la perra estaba decepcionada, que no era precisamente ese encuentro el que se había esperado al llevarlo hasta allí.

«Perdón, ah... la verdad es que no sé qué es lo que estoy haciendo aquí», repitió Asaf, aunque se dio cuenta de que en vez de explicarse estaba complicándolo aún más, como de costumbre, como siempre que había que aclarar algo por medio de las palabras, así es que no sabía qué hacer para tranquilizar a la monja, para que dejara de respirar tan aceleradamente y las arrugas de la frente no le temblaran tanto. «Esto es pizza», dijo con suavidad, mientras señalaba con los ojos la caja que llevaba en la mano; esperaba que por lo menos eso la tranquilizara, porque la palabra pizza era muy simple y solo tenía un sentido. Pero ella se pegó todavía más a los libros, y Asaf se sintió enorme, inmenso y amenazador por su corpulencia, porque cada gesto que hacía resultaba inadecuado, tanto que la monja resultaba conmovedora allí de pie, junto a los libros, como el pajarillo asustado

que esponja el plumaje con el fin de intimidar a su depredador.

Ahora se dio cuenta Asaf de que la mesa estaba puesta: dos platos y dos tazas. Unos tenedores de hierro grandes. La monja esperaba a un invitado. Pero él no sabía explicarse un miedo tan grande, una decepción como aquella, aquel auténtico desconsuelo.

«Pues me marcho», dijo con cautela. Estaba también el asunto del formulario con la multa. No tenía ni idea de cómo se expone algo así. ¿Cómo se le pide a alguien que te pague una multa?

«¿Qué es eso de irte?», chilló la mujer. «¿Y dónde se halla Tamar? ¿Por qué no ha venido en tu compañía?»

«¿Quién?»

«¡Tamar, Tamar! ¡Mi Tamar, su Tamar!». E, impaciente, señaló tres veces a la perra, que seguía con los ojos muy abiertos el diálogo mientras la mirada saltaba de aquí para allá, como el espectador de un partido de ping-pong.

«No la conozco», murmuró Asaf, poniendo cuidado en no comprometerse. «Sencillamente no la conozco, de verdad que no.»

Se hizo un largo silencio. Asaf y la monja se miraban como dos extraños que tienen una gran necesidad de que alguien les haga de intérprete. De pronto la perra ladró, y los dos parpadearon como si despertaran de un encantamiento que hubiera caído sobre ellos. Un pensamiento lento iba reptando por el cerebro de Asaf: Tamar debía de ser, por lo visto, la «joven señorita» de la que había hablado el vendedor de pizzas, la de la bicicleta. Quizá llevaba paquetes y mensajes a las iglesias. Ahora todo está claro, pensó, aunque sabía que no había nada que estuviera claro, pero eso ya no era asunto suyo.

«Mire, yo solo he traído...» Y dejó la caja blanca de cartón encima de la mesa antes de retroceder enseguida, no fuera a ser que ella creyera que pensaba quedarse a comer, líbrelo Dios. «Solo que la pizza...»

«¡La pizza, la pizza!», exclamó furiosa la monja. «¡Pero deja ya la pizza! ¡Sobre Tamar le he preguntado y él me habla acerca de pizzas! ¿En qué lugar la has visto? ¡Habla ya!»

Asaf permanecía allí de pie, medio refugiado entre los hombros, mientras el miedo que ella sentía hacia él se desvanecía rápidamente,

de manera que sus preguntas empezaron a caer sobre Asaf como si lo estuviera golpeando con sus minúsculas manos: «Pero ¿cómo es eso posible “no la conozco”? ¿Acaso no te cuentas entre sus amigos, conocidos o parientes? ¡Ahora bien, dirige ya tu mirada hacia mis ojos!». Él alzó hacia ella la vista y, sin saber por qué, se sintió un poco mentiroso ante la penetrante mirada de ella. «¿No te envía ella para alegrarme un poco, aunque sea? ¿Para hacer más pequeña esta gran preocupación que siento por ella? ¡Un momento! ¡Una carta! ¡Qué tonta soy, naturalmente, una carta!», repitió abalanzándose sobre la caja de cartón para abrirla y empezar a hurgar en ella, levantar la pizza, mirar debajo y leer con una extraña ansiedad el anuncio de la propaganda de la pizzería, como si buscara alguna pista entre líneas, hasta que su cara menuda empalideció.

«¿Ni siquiera una cartita?», susurró, y se atusó con nerviosismo el plateado cabello que se le había soltado alrededor de las orejas por debajo de la gorra de lana negra. «¿Y un recado de memoria? ¿Algo que te haya pedido que recuerdes? Inténtalo, te lo ruego, me resulta muy importante: seguro que te ha mandado que me hagas sabedora de alguna cosa, ¿no es ello cierto?» Posó los ojos en la boca de él como si quisiera sacarle por la fuerza su petición, aquellas palabras especiales de sus labios. «¿No te habrá pedido solo que me comuniques que allí, en ese lugar, todo se desarrolla bien? ¿Dime si no es así? ¿Que el peligro ha pasado? ¿No es eso lo que te ha dicho? ¿No es eso?»

Asaf lo sabía: en situaciones como aquella, tenía el aspecto sobre el que una vez Reli, su hermana, había comentado: «En una cosa tienes suerte, Asafi, en que con esa cara solo podrás sorprender positivamente».

«¡Pero aguarda un instante!», dijo la monja entornando los ojos. «¿Es posible que tú seas uno de ellos, Dios no lo quiera, de esos malvados? ¡Habla ya! ¿Acaso eres uno de ellos? ¡Que sepas que no siento temor!» Y golpeó fuertemente el suelo con su piececito, justo delante de él, de manera que Asaf retrocedió. «¿Acaso el gato se te ha comido la lengua? ¿Le habéis hecho cosa alguna? ¡Con estas mis dos manos te haré pedazos si habéis osado tocarla!»

En este punto la perra prorrumpió en un largo aullido, y Asaf,

completamente conmocionado, se arrodilló junto a ella para acariciarla con las dos manos. Pero la perra seguía con su lamento, el cuerpo temblándole por los sollozos, hasta llegar a parecerse un poco a un niño atrapado en medio de una de las peleas de sus padres y que ya no es capaz de soportarlo más. Al momento, Asaf se tendió por completo junto a ella, para acariciarla, rascarle la cabeza y abrazarla, al tiempo que le hablaba a la oreja, como si hubiera olvidado del todo dónde se encontraba, y es que no se acordaba ni del lugar ni de la monja, porque hacía fluir toda su ternura hacia la asustada y deprimida perra. La monja, por su lado, se había quedado callada y miraba sorprendida a aquel muchacho tan crecido. Se detuvo un momento en su serio rostro de niño, con el pelo negro cayéndole por la frente y los granos del acné diseminados por las mejillas, y se emocionó al darse cuenta del sentimiento irrefrenable que fluía desde el chico al animal.

Ahora fue cuando las palabras pronunciadas antes hicieron mella en Asaf, así es que, levantando la cabeza, preguntó: «¿Es una niña?».

«¿Qué? ¿Quién? Sí, una niña, no, una muchacha. Como tú, aproximadamente...» Buscó la voz que había perdido, intentó reponerse, dándose unos ligeros golpecitos en la cara con los dedos, y se quedó mirando cómo él consolaba y animaba a la perra, aplacando con delicadeza y paciencia sus accesos de llanto hasta aplacarlos por completo y devolverle a los ojos marrones su luminoso resplandor.

«Basta, basta, mira, que todo va bien», le decía Asaf a la perra, y poniéndose de pie volvió a replegarse un poco en sí mismo al ver dónde se hallaba y al acordarse del problema en el que se encontraba atrapado.

«Mas al menos proporcióname una explicación», suspiró la monja, y ese suspiro fue ya completamente distinto, porque no encerraba solo tristeza y decepción. «Si es cierto que no la conoces, ¿cómo has acertado a transportar hasta este lugar la pizza de los domingos? ¿Y cómo ha sucedido que la perra se te ha avenido hasta el punto de que hayas podido sujetarla con una cuerda? ¡Pero si no existe persona alguna en el mundo, excepto Tamar, naturalmente, a quien le permita cosa así! ¿O no serás tú una especie de joven rey Salomón, versado en

el idioma de los animales?»

Adelantando hacia él su barbilla pequeña y afilada, parecía exigirle una explicación, y Asaf, sin saber muy bien qué responder, le dijo que no, que no se trataba de la lengua de los animales. Era, ¿cómo explicarlo…? La verdad es que no todo lo que ella le había dicho lo había entendido porque hablaba con precipitación y en un hebreo extraño, pronunciando las consonantes «het» y «ayin», tal y como hablan los auténticos jerosolimitanos de toda la vida, y además pronunciaba con énfasis algunas consonantes reduplicadas que Asaf ni tan siquiera sabía que lo fueran y, para colmo, la mayor parte del tiempo ni siquiera esperaba las respuestas de Asaf, sino que no hacía más que lanzarle más y más preguntas.

«¿Y si hicieras el favor de expresarte, finalmente?», le espetó impaciente. *«Panaguia-mu*! ¿Cuánto tiempo piensas permanecer silencioso?»

Entonces, finalmente, Asaf tomó conciencia de la situación, y le contó, en resumen y con las mínimas palabras, como era su costumbre, que se encontraba trabajando en el Ayuntamiento, cuando esa mañana…

«Pero detente un momento», lo interrumpió. «¿Por qué empezaste a correr? No lo comprendo, si eres demasiado joven como para trabajar», y Asaf sonrió para sus adentros y le dijo que se trataba de un trabajo solo para las vacaciones, y ella: «¿Para las vacaciones? ¿Vacaciones tienes allí? ¡Cuéntame deprisa dónde se encuentra ese maravilloso lugar!». Entonces Asaf le explicó que se refería a las vacaciones de verano del instituto, así es que ahora le tocó a ella sonreír: «Ajá, te refieres al asueto, bien, bien, continúa, solo dime antes: ¿cómo lograste conseguir una labor tan interesante?». A Asaf le sorprendió bastante la pregunta, porque ¿qué tenía que ver eso con la perra que había encontrado, y qué interés podía tener la monja en conocer lo que había sucedido antes de que él llegara ahí? Pero según parecía sí le interesaba. La monja atrajo hacia sí una mecedora pequeña y, sentándose en ella, empezó a balancearse suavemente, las piernas ligeramente separadas y las manos reposando sobre las rodillas. Le preguntó si disfrutaba mucho con el trabajo que tenía allí

y Asaf le dijo que no demasiado, que lo que hacía era anotar las denuncias que ponían los ciudadanos por reventones en las tuberías, desperfectos en las carreteras y en otros lugares públicos, pero que la mayor parte del tiempo se la pasaba sentado y soñando.

«¿Soñando?» La monja dio un respingo, como si se hubiera encontrado con un amigo en un lugar en el que todos le eran desconocidos. «Pero ¿realmente soñando? ¿Y además recibiendo un salario? ¡Mira si estás platicando! ¿Quién ha dicho que tú no sabes meldar cosas interesantes? ¿Y qué sueñas? Cuenta.» Y entrechocó las rodillas como muestra de alegría. Asaf estaba muy turbado y le explicó que no es que soñara exactamente, solo así, despierto, pensaba en todo tipo de cosas... «Pero ¿en qué cosas? ¡Esa es la cuestión!», dijo la monja, abriendo sus rasgados ojos, en los que algo definitivamente diabólico se agitaba ahora. Su rostro expresaba una seriedad y un interés tan profundos, que Asaf, completamente confundido, se quedó mudo, porque ¿qué iba a contarle, que soñaba con la Dafi esa, con cómo librarse de ella sin acabar mal con Roí? Se quedó mirándola mientras los ojos oscuros de ella seguían clavados en los labios de él esperando sus palabras, y en un instante de locura pensó en contárselo un poco, ¿por qué no?, pensó, por divertirme, porque de todos modos no va a entender nada de todo eso, miles de años luz separan mi mundo del suyo, pero la monja le dijo «¿Y ahora qué te sucede? ¿Has vuelto a quedarte mudo, amigo? ¿Has perdido de repente la facultad de hablar? ¡No debes silenciar lo que ya has empezado a contar!».

Asaf balbuceó que se trataba simplemente de una historia muy tonta. «No, no, no», protestó la mujer batiendo palmas. «No hay historia que sea tonta. Sábete que todo lo que se cuenta llega a juntarse en algún punto a una gran verdad, aunque aparentemente nos resulte incomprensible!» «Pero es que de verdad que se trata de una historia muy tonta», le aseguró Asaf muy serio y, al momento, empezó a sonreír porque los labios de ella se habían tensado un poco más, en un gesto infantil y pícaro. «Está bien», dijo, y se hizo la que suspiraba, mientras cruzaba las manos sobre el pecho. «Pues cuéntame esa historia tuya tan tonta, pero ¿por qué estás de pie?, ¿dónde se ha visto?» Se volvió asombrada mirando a su alrededor «¡La anfitriona

está sentada y el convidado de pie!» Rápidamente saltó de la mecedora y le acercó una silla alta de respaldo recto y aspecto grave. «Siéntate, si te place, que voy a por un cántaro de agua y alguna vianda. ¿Cuál es tu parecer acerca de que corte para ambos un pepino fresco y un tomatico? —dijo “tomatico”, como los sefardíes de Jerusalén— porque no sucede todos los días que aparezca por aquí una visita tan importante, ¡del Ayuntamiento! Siéntate, Dinka, tranquila. Ya sabes que a ti también te voy a dar.»

«¿Dinka?», preguntó Asaf. «¿Así es como se llama?»

«Sí. Dinka. Y Tamar la llama Dinkush. Y yo...» Se inclinó hacia la perra y frotó la nariz contra el hocico de esta. «Y yo la llamo Indómita, Hija de la Rebeldía, Anhelo de mi Alma, Piel Dorada, Skandaliarisa, y otros ciento veintiún nombres más, ¿acaso no es eso cierto, niña de mis ojos?»

La perra la miraba con amor, y movía las orejas cada vez que oía uno de sus nombres. Algo desconocido, como un ligero cosquilleo muy lejano, se agitó también en Asaf: Dinka y Tamar, pensó, Dinka era de Tamar y Tamar de Dinka, y al instante las vio a ambas ante sí, complementándose a la perfección. Pero eso ya no era asunto suyo, recordó, y borró con determinación aquella imagen.

«¿Y tú qué?»

«¿Qué... yo qué?»

«¿Cuál es tu nombre?»

«Asaf.»

«Asaf, salmo de Asaf, cántico...», canturreó el pasaje bíblico, mientras se dirigía hacia la pequeña cocina a paso ligero, casi corriendo. Él la oyó tararear algo mientras cortaba las verduras tras la cortinilla de flores, para regresar y colocar sobre la mesa un cuenco grande de cristal en el que flotaban unos gajos de limón y unas hojitas de menta, un plato con pepino y tomate cortados y aceitunas, unos aros de cebolla y unos tacos de queso, y todo ello condimentado con un aceite muy espeso. Después se sentó frente a él, se secó las manos en un delantal que llevaba sobre el hábito, y le tendió la mano: «Teodora. Natural de Lyksos, Grecia. La última superviviente de esa pobre isla se encuentra aquí sentada en este momento dispuesta a

compartir este ágape contigo. Come, hijo mío».

Ante la puerta de la pequeña barbería, en el barrio de Rehavia, llevaba Tamar un buen rato sin atreverse a entrar. Era ya hacia el atardecer, al final de un día lánguido y perezoso de principios de julio. Puede que hiciera toda una hora que andaba y desandaba la acera de delante de la barbería. Se veía a sí misma reflejada en el cristal del gran ventanal y al anciano barbero cortándoles el pelo, uno tras otro, a tres hombres, igual de mayores que él. Es una barbería de viejos, pensó Tamar. Perfecto, lo que yo buscaba. Aquí no me conocerán. Ahora había dos clientes que esperaban su turno. Uno de ellos leía el periódico, y el otro, prácticamente calvo —¿qué hacía allí, en realidad?— de ojos licuados, como un par de canicas, parloteaba sin descanso con el barbero. La cabellera de Tamar la abrazaba por la espalda como si suplicara piedad para sí misma y para ella. Hacía ya seis años, desde los diez, que no se cortaba el pelo. Ni siquiera durante los años en los que quiso olvidar por completo que era una chica estuvo dispuesta a renunciar a la melena. Le servía de cómoda cortina y, en ocasiones, de pequeña tienda de campaña en la que ocultarse; otras veces, cuando revoloteaba a su alrededor salvaje y etérea, venía a ser como su grito de libertad. Cada tantos meses, en un poco frecuente arrebato de adecentamiento personal, se hacía unas trenzas que después se enrollaba alrededor de la cabeza, lo cual le daba un aspecto contenido de madurez y feminidad que la hacía sentirse casi guapa.

Finalmente empujó la puerta y entró. Los olores del jabón, el champú y el alcohol para desinfectar le salieron al paso, lo mismo que las miradas de los que allí se encontraban. Se hizo un pesado silencio. Ella se sentó con valentía, ignorándolos. Dejó la gran mochila a sus pies. El magnetófono negro, gigantesco, lo colocó en el asiento de al lado.

El hombre de los ojos de canica intentó en vano retomar la conversación con el barbero: «¿Quieres oír lo que me ha dicho mi hija? Que a la nieta que acaba de nacer le van a poner Beverly, ¿y por qué? ¡Pues porque sí! Porque así quieren las hermanas mayores que se

llame...».

Pero sus palabras quedaron suspendidas y vacías en el espacio de la estancia hasta condensarse como el vapor cuando entra en contacto con el frío. El hombre, confuso, se quedó en silencio y se palpó la calva como si algo hubiera goteado sobre ella. Aquellos hombres empezaron a dirigir miradas furtivas hacia la chica y después unos a otros, unas miradas que tejieron unas cautelosas telarañas de consenso. Esta chica no se comporta correctamente, decían las miradas, no se encuentra en el lugar adecuado, no debe de estar bien. El barbero seguía trabajando en silencio y, de tanto en tanto, levantaba la vista hacia el espejo. Veía los tranquilos ojos azules de ella y notaba que las articulaciones de los dedos le flaqueaban de repente.

«Déjalo ya, Shimmek», le dijo en un extraño tono de ansiedad al hombre que hacía rato que se había callado. «Luego me lo cuentas.»

Tamar se recogió el pelo. Se lo llevó hacia delante, hacia la nariz y la boca, lo probó y lo respiró, lo besó como despedida, y ya desde ese momento empezó a añorar su cálido contacto, su cosquilleo, su peso cuando estaba recogido, y la sensación que tenía de que su melena la engrandecía, que engrandecía su existencia, su estar en el mundo.

«Córtemelo todo», le dijo al barbero cuando le llegó el turno.

«¿Todo?», exclamó con un hilillo de voz que al final se convirtió en un gallo de asombro.

«Todo.»

«¿No es una lástima?»

«Le he pedido que me lo corte del todo.»

Dos hombres que habían entrado detrás de ella se incorporaron en sus asientos. El tercero, Shimmek, estalló en una tos ahogada.

«Méidele», suspiró el barbero, al tiempo que un ligero vapor le empañaba las gafas, «¿no sería mejor que antes te volvieras a casa y se lo preguntaras a mamá y papá?»

«Dígame», contestó ella de inmediato, con todo su ser convertido en un apretado puño ante él, «¿usted qué es lo que es, barbero o asesor educativo?» Por un instante sus miradas mantuvieron un duelo en el espejo. También esa severidad le resultaba nueva y le disgustaba, pero

era de lo más eficaz en los lugares por los que se movía últimamente. «Le he pedido que me lo corte todo y punto. Además, voy a pagarle por ello, ¿no?»

«Pero esto es una barbería», intentó resistirse el barbero.

«Pues aféiteme la cabeza», dijo ella furiosa. Cruzó los brazos por debajo del pecho y cerró los ojos. El barbero miró descorazonado a los hombres sentados en las sillas detrás de él. Su mirada decía: «Ustedes son testigos de que he intentado convencerla para que no se corte el pelo. Desde ahora, todo lo que aquí suceda, queda sujeto a la exclusiva responsabilidad de ella». Y los hombres asintieron con la mirada. A continuación el barbero se pasó la mano por su escaso cabello y se encogió de hombros. Tomó unas tijeras grandes y las hizo restallar una y otra vez en el aire. Notó que algo no había sonado bien en esos restallidos iniciales, que sonaban huecos y débiles. Por eso volvió a hacerlas restallar, pero con más fuerza, hasta que acabó llegando a la nota correcta, el alborozado tintineo de su trabajo. Después cogió entre el dedo índice y el corazón un mechón de pelo, espeso, ondulado y negro como el carbón, dejó escapar un suspiro y empezó a cortar.

Ella no abrió los ojos ni siquiera cuando el barbero pasó a unas tijeras más delicadas, ni después, cuando puso en marcha la máquina de afeitar eléctrica, como tampoco al final, cuando le eliminó, con ayuda de una navaja muy afilada, el último vello. No vio, pues, las penetrantes miradas de los hombres. Uno tras otro habían ido soltando los periódicos, e inclinados ligeramente hacia delante se habían sentido atraídos y repelidos a la vez por aquel cráneo desnudo, demasiado rosado, como de pollito, que había ido revelándoseles a través de las negras ondas. En el suelo reposaban los mechones de pelo decapitados, y el barbero ponía mucho cuidado en no pisarlos. En la barbería hacía ya demasiado calor y el ambiente era agobiante, pero ella notó que el aire alrededor de su cabeza se había puesto fresco. Puede que no sea tan terrible, pensó, y por un momento la traspasó una sonrisa, porque oía a Halina, su anciana profesora de canto, que le reñía a veces arguyendo que no se cuidaba nada: «También hay que ocuparse del pelo, Támele. Si te ocupas de él,

también tú estarás un poco más contenta, ¿no? ¿Qué hay de malo en eso? Se puede uno poner un poco de desenredante, de crema suavizante, porque no es ninguna vergüenza estar guapa…».

«Ya está», dijo el barbero en un susurro, y se fue a limpiar la navaja con un algodón empapado en alcohol, para después ponerse a trajinar con la funda de las tijeras, con tal de estar vuelto de espaldas para cuando ella abriera los ojos.

Los abrió de golpe y lo que vio fue una niña pequeña y fea, asustada, incluso horrorizada. Vio a la niña de una institución benéfica, una niña de la calle, una niña loca. Tenía unas orejas demasiado puntiagudas, una nariz algo larga y unos ojos enormes, pero separados uno del otro, de una manera muy extraña. Nunca se había dado cuenta de lo raros que tenía los ojos. Ahora la asustaban con su mirada desnuda e incisiva. Lo primero en lo que pensó fue en que, de repente, se parecía mucho a su padre, y precisamente a las facciones de su cara que habían empezado a envejecerle durante el último año. El segundo pensamiento fue que así, y con el añadido de una ropa adecuada, que despistara, existía cierta probabilidad de que ni tan siquiera sus propios padres la reconocieran si por casualidad se cruzaban con ella por la calle.

Nadie, todavía, se había movido en la barbería. Se quedó mirándose largamente, sin compasión. La cabeza desnuda se le hacía un muñón al descubierto. Tenía la sensación de que ahora todos podrían leer sus pensamientos.

«Te acostumbrarás», oyó a lo lejos al barbero murmurar compasivo. «A tu edad crece muy deprisa.»

«Por mí no tenga cuidado», dijo ella enseguida, con rechazo, apartándose de toda blandenguería que pudiera hacer que se viniera abajo. Sin el pelo, hasta su propia voz le sonaba distinta, más aguda, como descompuesta en varios tonos que la llevaban a un registro más alto.

Cuando le pagó al barbero, este cogió el dinero con la punta de los dedos. A ella le pareció que lo que pasaba era que temía tocarla. Ella avanzó despacio, muy erguida, como si llevara un cántaro en la cabeza. Cada movimiento que hacía despertaba en ella nuevas

sensaciones, y eso, precisamente, le gustaba. El aire del mundo se agitaba en un extraño baile alrededor de su cabeza, como si se acercara a examinar quién era ella, para después retroceder y, al instante, volver a acercarse para tocar.

Se echó la mochila al hombro, cogió el magnetófono y salió. En la puerta se detuvo un momento. Un experimentado animal de escenario como ella sabía que esto era también una representación que ellos veían. Un poco aterradora, quizá, pero también con un fuerte poder de atracción, y no se veía capaz de resistirse a la tentación: se irguió, echó la cabeza hacia atrás, como si sacudiera una gran melena, operística, y con un gesto de grandeza y de agitación de espíritu, de Tosca en el último acto, un momento antes de que salte del terrado, alzó la mano, la detuvo en el aire y solo entonces salió dando un portazo.

«¿Champiñones o aceitunas?»

Asaf no sabía en qué momento había sucedido: cuándo había dejado Teodora de sospechar de él y cómo era posible que ahora se encontrara sentado frente a ella con un tenedor grande en la mano y a punto de comerse la pizza. De una manera vaga sabía que ese momento había existido, que algo había sucedido en la habitación unos minutos antes. Cierta mirada había cruzado los ojos de ella, como si en su interior se hubiera abierto una puertecita hacia él.

«¿Otra vez ensoñando?»

Asaf dijo que champiñones y cebolla. Ella se rió por lo bajo: «A Tamar le agradan en demasía las aceitunas y a ti los champiñones. A ella el queso y a ti la cebolla. Ella es pequeña y tú un Og, rey de Basán. Ella habla y tú callas».

Asaf enrojeció.

«¡En el Ayuntamiento! ¡Quién lo diría! Pero no me has dicho con quién soñabas.»

Él se quedó observándola. Los dibujos que formaban las arrugas de la anciana lo tenían maravillado. Las líneas de las arrugas se extendían alrededor de los labios, el inferior de los cuales sobresalía ligeramente,

en cambio tenía las mejillas completamente tersas, redondas y radiantes, y por la mirada que ahora él les dirigía se tiñeron de repente de un ligero rubor.

El sonrojo de ella lo confundió. Enderezó la espalda en la silla mientras se apresuraba a conducir la conversación hacia sendas más oficiales: «Entonces, ¿puedo dejar aquí a la perra para que usted se la entregue a Tamar?».

Estaba claro que ella había esperado que Asaf dijera algo completamente diferente, algo referente a soñar despierto, por ejemplo. Teodora negó con la cabeza y dijo con firmeza: «¡Mas de ningún modo! ¡Imposible!». «¿Por qué no?», preguntó Asaf, sorprendido, a lo que ella le respondió enseguida y algo enfadada: «No, no, ojalá que pudiera. No deseo que esto te extrañe, mira», y su voz se suavizó a la vista de la decepción de él, «de mil amores dejaría aquí conmigo a la estimadísima Dinka, pero de vez en cuando hay que sacarla, ¿cierto?, y dejarla que vague un poco por el jardín y por la calle, ¿cierto? Además, con toda seguridad deseará salir otra vez a las calles a buscar a Tamar, y entonces, ¿qué voy a hacer yo? En realidad yo no salgo de aquí».

«¿Por qué?»

«¿Que por qué?» Bajó la cabeza despacio, como si estuviera consultando algo consigo misma. «¿Seguro que deseas saberlo?»

Asaf asintió. Puede que tenga la gripe, pensó, o que sea alérgica al sol.

«¿Y si además llega de pronto algún peregrino de Lyksos? ¿Qué te supones tú que pasaría si no me encuentro yo aquí para recibirlo?»

El pozo, recordó Asaf, los bancos de madera, los cuencos de porcelana y las piedras para reposar los pies.

«¿Y la sala dormitorio para los fatigados, no la has divisado en tu camino de ascenso hasta aquí?»

«No.» Porque Dinka, en su carrera, lo había arrastrado a toda velocidad.

Y ahora también lo arrastraba la monja, Teodora. Se había levantado, lo había tomado de la mano con la suya fina pero fuerte, y había tirado de él para que la acompañara, mientras llamaba también

a Dinka, y así fue como los tres bajaron las escaleras a toda velocidad y Asaf se dio cuenta de que Teodora tenía una gran cicatriz, amarilla como cera de abeja, en el antebrazo.

Se detuvo ante una puerta ancha y alta: «Permanece aquí. Aguarda. Ten la bondad de cerrar los ojos».

Él los cerró y se preguntó quién le habría enseñado hebreo a Teodora, y en qué siglo habría sido eso. Entonces oyó cómo la puerta se abría: «Ahora puedes entrar».

Ante él se abría una sala estrecha y ovalada en la que había decenas de literas de hierro ordenadas en dos hileras, una frente a la otra. Encima de cada cama reposaba un colchón grueso y desnudo sobre el que había una almohada y, dobladas con esmero, una sábana y una manta, y encima de todo ello, como el punto al final de una frase, descansaba un pequeño libro negro.

«Todo se halla dispuesto para su llegada», susurró Teodora.

Asaf se sintió atraído hacia el interior de la sala. Perplejo, avanzó entre las camas y a cada paso levantaba una nubecilla de polvo. La luz penetraba por unos altos ventanales. Abrió uno de los libros y vio las letras de una lengua desconocida. Intentó imaginarse la sala repleta de peregrinos emocionados, pero el aire allí era más frío y húmedo que en la habitación de la monja, parecía tangible, y por algún motivo Asaf se sintió inquieto.

Cuando levantó la vista vio a Teodora de pie en la puerta, y por una fracción de segundo se apoderó de él la extraña sensación de que aunque se dirigiera hacia donde ella estaba nunca lograría llegar, que estaba allí atrapado en un tiempo fosilizado que no avanzaba. Prácticamente corriendo se precipitó hacia donde ella se encontraba. Tenía una pregunta urgente que formularle, «¿Y ellos, los peregrinos...?». Y al ver la expresión de la cara de ella supo que debía escoger muy bien las palabras: «¿Cuándo tienen que llegar, en realidad? Es decir, ¿para cuándo los espera? ¿Para mañana? ¿Para dentro de una semana?».

Precisa y fría como un compás, se dio la vuelta dándole la espalda. «Ven, querido, regresemos. La pizza se enfría.»

Asaf subió tras ella confundido y preocupado. «Mi querida Tamar»,

dijo Teodora mientras todavía estaban en la escalera y sus sandalias de cuerda golpeaban el suelo frente a los ojos de él, «ella siempre limpia allí, el dormitorio, una vez a la semana viene y se pone manos a la obra. Pero ahora ya lo has visto... polvo.»

Volvieron a sentarse a la mesa, pero algo entre ellos había cambiado, se había enturbiado, y Asaf no sabía qué era. Se sentía un poco violento por algo que estaba en el aire y que no estaba dicho. También la monja parecía distraída y no lo miraba. Ensimismada como estaba, los pómulos se le marcaron todavía más y junto con los ojos rasgados y alargados a Asaf se le hacía estar delante de una china. Durante un momento estuvieron comiendo en silencio, o hicieron ver que comían. De tanto en tanto Asaf miraba a su alrededor: allí había un camastro rodeado de montañas de libros. Otra mirada de curiosidad y los ojos de Asaf se sintieron atrapados por algo: un objeto que parecía la escultura de un burro hecha de alambres enrollados y oxidados.

«No no, no!», se encolerizó de repente la monja mientras golpeaba la mesa con las dos manos, de manera que Asaf dejó de masticar. «¿Cómo se puede estar así? ¿Comer sin hablar? ¿Estar aquí rumiando como dos vacas? ¿Sin hablar de los asuntos que ocupan el corazón? ¿Qué sentido tiene tu pizza, señor, sin conversación?». Y retiró el plato de delante de ella.

Asaf tragó deprisa lo que tenía en la boca y se quedó sin saber cómo seguir. «Con Tamar...», empezó, y se atragantó un poco al pronunciar su nombre, «con ella sí habla usted, ¿verdad?», se oyó decir con una voz demasiado alta, artificial.

Está claro que ella se dio cuenta de la fallida intentona de Asaf de rehuir tener que hablar de sí mismo, así es que clavó en él una mirada burlona. Pero él ya había empezado a decir algo y ahora no sabía cómo retirarse honrosamente, porque no es que fuera precisamente un experto en mantener una conversación ligera (a veces, cuando estaba con Roí, Meital y Dafi y la situación exigía decir cuatro cosas banales, ingeniosas y divertidas, se sentía como quien tiene que hacer virar un tanque dentro de una habitación).

«Así es que ella... Tamar, viene a visitarla todas las semanas, ¿no?»

Vio que ella no mostraba gran entusiasmo por contestarle, pero a pesar de todo, dado que había nombrado a Tamar, los ojos de ella se iluminaron. «Hace ya un año y dos meses que viene a verme», dijo, acariciándose la trenza con cierto orgullo, «y trabaja un poco porque necesita dinero, y últimamente mucho dinero. Y a sus padres no se lo coge, claro está.» Asaf se dio cuenta de que Teodora torcía un poco la nariz al nombrar a los padres de Tamar, pero se cuidó de no preguntar nada, porque no era asunto suyo. «Y aquí hay trabajo en abundancia, ya lo has visto: arreglar el dormitorio, quitarle el polvo a las camas y de vez en cuando sacarle brillo a las enormes ollas de la cocina...»

«Pero ¿para qué?», la interrumpió Asaf a mitad de la frase. «Todas esas camas y las ollas… ¿Cuándo vienen los peregrinos? ¿Cuándo...?» Y se detuvo, comprendiendo que no debía continuar. Notó que ahora debía esperar. Una sensación conocida lo invadía: en el cuarto oscuro se producía un momento, que a él le entusiasmaba, y que era cuando la imagen iba apareciendo lentamente en la solución de ácidos y las facciones empezaban a dibujarse en el papel fotográfico. Lo mismo que estaba sucediendo allí ahora, en parte por lo que oía y en parte por lo que solamente adivinaba, todo iba poco a poco tomando forma. Seguro que al cabo de un rato lo comprendería todo.

«Después del trabajo nos purificamos las manos, nos quitamos los delantales, nos sentamos y comemos la pizza», se rió ella. «¡La pizza!, ha sido gracias a Tamar por lo que he aprendido a apreciar la pizza... y después mantenemos una conversación, claro está, muy satisfactoria. Acerca del mundo y su devenir, habla ella conmigo, la pequeña». Y de nuevo le pareció a Asaf apreciar cierto tono de orgullo en su voz y se preguntó qué tendría la Tamar esa, una muchacha de su edad, para que Teodora estuviera tan orgullosa de ser su amiga. «Y a veces también discutimos, fuego y azufre, pero todo como amigas», y por un momento le pareció a Asaf que también Teodora era una muchacha, «como muy buenas amigas.»

«Pero ¿de qué tienen ustedes tanto que hablar?», le salió a Asaf impelida desde su interior la pregunta, en medio de una inquietud turbadora y mientras se le encogía el corazón por un vago sentimiento de envidia, quizá porque recordaba lo que Dafi le había dicho hacía

tan solo un par de días, que cuando él empezaba a contar algo, ella siempre sentía un extraño deseo de mirar el reloj. «¿De Dios?», preguntó, esperanzado. Porque si se limitaban a hablar de Dios aquello tenía su lógica, resultaba soportable.

«¿De Dios?», se sorprendió Teodora. «¿Por qué? Por supuesto... pues claro que sí, también Dios aparece de vez en cuando en la conversación, ¿cómo es posible que no?» Cruzó los brazos en el regazo y se quedó mirando a Asaf con asombro, meditando si no se habría equivocado al juzgarlo, con una mirada que él conocía demasiado bien y que le hubiera querido borrar de los ojos saliéndose de su piel. «La verdad, querido, te diré que no me gusta hablar de Dios... Ya no somos tan amigos como antes, Dios y yo. Él ha tomado su camino y yo el mío. Pero ¿faltarán personas para hablar de los nuestros? ¿Y el alma? ¿Y el amor? ¿El amor ya no te interesa, señorito? ¿O es que ya has resuelto por ti mismo todos sus misterios?» (Asaf se ruborizó y movió la cabeza con fuerza en señal de negación.) «¡Pero no te creas, que también nos planteamos cuestiones filosóficas, junto a la pizza, *po, po!»,* soltó al final, quizá en griego, mientras agitaba la mano. «¡Y discutimos tan acaloradamente que la torre empieza a temblar! ¿Sobre qué?, te estarás preguntando» (Asaf comprendió que tenía que preguntarlo, de manera que asintió con la cabeza.) «¿De qué no hablamos? De lo bueno y de lo malo, y de si tenemos libertad, si gozamos de verdadera libertad, y le dirigió una mirada significativa a Asaf, de elegir nuestro camino o si ya nos viene impuesto de antemano y solamente nos van guiando por él, y de Yehuda Poliker, charlamos, del que Tamar me trae siempre todas sus casetes, cada canción nueva. ¡Lo tengo todo aquí grabado en el magnetófono de Sony! Y si, por ejemplo, hay alguna película muy bonita en el cinematógrafo, enseguida le digo, Tamar, por favor, ándate por mí, aquí tienes dinero, llévate a una amiga, y más tarde regresa y cuéntamelo todo, imagen tras imagen, y así ella disfruta y también yo salgo ganando.»

Un pensamiento lo asaltó: ¿Y usted ha visto alguna vez una película?

«No, ni tampoco eso nuevo, la televisión, tampoco.»

Las piezas empezaban a encajar: «Usted ha dicho... ha dicho que no

sale, ¿verdad?».

Teodora asintió con la cabeza mientras lo miraba con una sonrisa, intentando seguir el crecimiento del embrión en forma de pensamiento que empezaba a desarrollarse en él.

«Eso quiere decir… que nunca sale de aquí», repitió perplejo.

«Desde el día en que llegué a Tierra Santa», confirmó, con cierto orgullo. «Una cabritilla de doce años era yo cuando me transportaron hasta aquí. Cincuenta años han transcurrido desde entonces.»

«¿Cincuenta años lleva usted aquí?» Y su propia voz le sonó de repente como la de un niñato. «¿Y nunca ha…? Pero ¿ni siquiera al jardín?»

Ella volvió a decir que no con la cabeza. Entonces a Asaf se le hizo insoportable seguir allí. Quería levantarse, abrir el ventanal, salir corriendo hacia la tumultuosa calle. Conmocionado miró a la monja y pensó que, en realidad, no era tan vieja. Ni siquiera era mucho mayor que su padre. Es solo por la vida de encierro que lleva por lo que tiene este aspecto, pensó. Es como una niña que de repente se ha hecho vieja, que no ha pasado por la vida.

Teodora esperó pacientemente hasta que Asaf hiciera todas las reflexiones necesarias acerca de ella. Después dijo tranquilamente: «Tamar encontró una frase muy bonita en uno de los libros, que dice: "Feliz el hombre que puede permanecer encerrado solo consigo mismo en una habitación". Según esa frase, yo soy una persona feliz.» Las comisuras de los labios se le bajaron ligeramente, «muy feliz».

Asaf se removió inquieto en el asiento. Su mirada buscó la puerta. Sentía un cosquilleo en los pies. No es que él no pudiera estar solo en una habitación, incluso durante horas. Pero con la condición de que hubiera en ella un ordenador de última tecnología, un buscador nuevo y que no hubiera nadie con él que pretendiera darle consejos o le metiera prisa. Sí, aquello podía retenerlo en la habitación durante cuatro o cinco horas como nada, incluso sin comida. Pero ¿vivir siempre así? ¿Toda la vida? ¿Día y noche, semana tras semana, año tras año? ¿Cincuenta años?

«Gracias por no decir nada», dijo la monja. «El silencio es señal de sabiduría…»

Asaf no sabía ahora si podría preguntar algo o si tendría que seguir aparentando sabiduría hasta el final de la visita.

«Y ahora», dijo ella llenando los pulmones de aire, «ahora es tu turno de hablar. Historia por historia. Pero no te detengas a cada momento y no te pongas tan en guardia todo el rato. *Panaguia-mu!* ¿Por qué te da tanto miedo hablar de ti mismo? ¿Tan importante eres?»

«Pero ¿qué es lo que tengo que contar?», preguntó Asaf angustiado, porque de Dios no quería hablar, de Yehuda Poliker no sabía gran cosa, su propia vida era de lo más corriente y, por encima de todo, no le gustaba hablar de sí mismo, así es que ¿qué podía contarle?

«Si me cuentas una historia íntima», suspiró ella, «te contaré yo otra.» Eso fue lo que dijo, mientras sonreía amargamente. Quizá sí fuera posible.

Veintiocho días antes de que Asaf conociera a Teodora, cuando todavía no había empezado a trabajar en el Ayuntamiento y ni siquiera sabía que Teodora existiera, ni adivinara todavía a Tamar, esta salió a la calle. Como siempre durante las vacaciones durmió Asaf aquel día hasta las doce del mediodía. Después se levantó y se preparó una comida ligera, tres o cuatro bocadillos y una tortilla de dos huevos, leyó el periódico, le envió un correo electrónico a un fan holandés del Huston y participó durante un buen rato en el tormentoso forum de *Quest for Glory*. Cuando estaba en ello le telefoneó Roí, u otro chico de la clase (él mismo no solía llamar a nadie), y juntos intentaron planear lo que iban a hacer por la noche, hasta que desistieron y quedaron en que hablarían más tarde. También su madre telefoneó desde el trabajo para recordarle que retirara la ropa del tendedero, que vaciara el lavavajillas y que fuera a buscar a Muki a las dos a las colonias. Entre una y otra cosa miró un poco la cadena del *National Geographic,* hizo su gimnasia diaria, volvió al ordenador, y las horas transcurrían perezosamente sin que nada pasara.

Durante aquellas mismas horas se encerró Tamar en una pequeña

cabina, plagada de inscripciones y de dibujos obscenos, de los lavabos públicos de la estación central de autobuses de Jerusalén. Muy deprisa se quitó la ropa, los pantalones Levi's y la fina camisa india que sus padres le habían comprado en Londres. Se quitó también las sandalias y se puso de pie sobre ellas. Se quedó en bragas y sujetador, asqueada por el denso aire de los servicios que no había dudado en pegársele a la piel. De la mochila grande sacó una más pequeña y después un polo de punto y un mono azul y basto, manchado y roto, cuyo contacto la hizo estremecerse. Te acostumbrarás, pensó, metiéndose dentro de él. Dudó un momento y luego se quitó la pulsera fina de plata que le habían regalado por el *bat mitzvah*. La pulsera también era un peligro: llevaba grabados su nombre y su apellido. Sacó unas zapatillas de deporte y se las puso. Prefería las sandalias, pero tenía la sensación de que durante las próximas horas le serían imprescindibles las zapatillas, tanto para que le dieran la sensación de que algo la sujetaba manteniéndola consolidada, como para poder correr más deprisa en caso de que alguien la persiguiera.

Ahí estaba también su diario íntimo. Seis cuadernos de cubierta dura envueltos en una bolsa de papel opaca. El primero, el correspondiente a los doce años, era especialmente delgado y adornado todavía con dibujos de colores de orquídeas y Bambis, pájaros y corazones traspasados. Los últimos, de cubierta lisa, eran mucho más gruesos y escritos con una letra muy apretada. Hacían muy pesada la mochila y le resultaban un lastre, pero había tenido que sacarlos de casa, porque sabía que si no sus padres se apresurarían a leerlos. Ahora los enterró bien hondo en la mochila grande, pero al momento no pudo dominarse, sacó el primero y pasó a toda velocidad las hojas cubiertas con una letra infantil. Se sonrió. Distraídamente se sentó en la taza del váter. Allí estaba en séptimo, y más adelante aparecía la primera vez que se escapó de casa, cuando se fue con dos amigas a Tsemaj, a un concierto de Teapex. Qué noche tan loca pasaron allí. Siguió pasando las hojas hacia delante. «Liat ha aparecido en la fiesta con un vestido negro con lentejuelas y ha estado deslumbrante.» «Liat ha bailado con Guili Papushado y estaba tan guapa que he tenido ganas de llorar.» Hasta qué punto las heridas

viejas no cicatrizan realmente sino que parecen dispuestas a abrirse de nuevo en cualquier momento (pero ahora lo que ella tenía que hacer era salir de allí y marcharse). Cogió otro cuaderno, de hacía dos años y medio: «Le pone muy nerviosa estar creciendo, “desarrollarse” (¡odia las palabras de ellos!). ¿Qué falta le hacen ahora?». Se detuvo. Intentó recordar por qué había escrito sobre sí misma en tercera persona. Sonrió con tristeza: claro. Aquella época, los enloquecedores ejercicios que hacía para fortalecerse, para ensancharse más y más y más. Se entrenaba para resistir las cosquillas y se quitaba, en los días más fríos, el jersey, el abrigo y hasta la camisa; o andaba descalza por fuera, por calles y campos. El escribir en tercera persona formaba parte de todo eso: «Le gustan los lugares pequeños y estrechos, como por ejemplo el espacio que hay entre el armario y la pared en su habitación, donde cabía hace un mes y donde se quedaba acurrucada durante horas, mientras que ahora la idea de que ya no va a poder entrar ahí nunca más la vuelve loca».

En la página siguiente, sin que quedara claro a propósito de qué, como si fuera un castigo del colegio, exactamente cien veces, porque las contó, ponía: «Soy una chica frívola y vacía, Soy una chica frívola y vacía».

Dios mío, pensó, apoyando la cabeza contra la cisterna del váter, no me puedo creer que yo haya sido tan imbécil.

Pero inmediatamente después se topó con su primer encuentro con el poemario *El puño también ha sido antes una mano abierta y dedos,* de Yehuda Amichai, y se llenó de conmiseración por esa niña que un día había escrito: «Los alevines, cuando nacen, tienen su bolsita de vitelo nutritivo, y yo sé que este libro será mi vitelo para toda la vida». Y a la semana siguiente, con firme decisión: «Para mantenerme siempre fiel a mí misma hago el siguiente voto: de hoy en adelante y durante el resto de mi vida prometo mirar siempre el mundo con asombro».

Sonrió amargamente. La verdad era que últimamente el mundo la había obligado a mirarlo con asombro, después con ira y al final con una completa desesperanza, y la única cosa que la había hecho definitivamente abrir bien grandes los ojos había sido aquel corte de pelo.

Pasaba las hojas con rapidez, hacia delante, hacia atrás. Se reía un poco, suspiraba otro poco. Qué suerte haber decidido leer el diario antes de ponerse en camino. Allí se veía a sí misma desmenuzada y al desnudo, como si alguien le estuviera proyectando toda una película hecha de fotogramas sueltos, de un día tras otro de su vida. Ahora ya tenía que salir de allí porque Leah la estaba esperando en el restaurante para una comida de despedida, que a ella más bien se le antojaba la última cena, pero no podía salir, no quería volver a salir a la calle y exponerse a las miradas de todos. Porque ¡cómo la miraban desde que se había afeitado la cabeza! Y ahí, por lo menos, se encontraba a cubierto. Sola, rodeada de paredes. En esta página tenía catorce años y había empezado ya a escribir de vez en cuando en escritura de espejo las cosas que tenía especial interés en ocultar: «Pobre mamá, con las ganas que tenía de tener una hija para compartirlo todo, para hacerla su cómplice, para revelarle los secretos de la feminidad y lo maravilloso que es ser mujer, un verdadero regalo del cielo, ¿y qué es lo que le cae en suerte? Le caigo yo».

Mis padres. Cerró los ojos y los apartó de su mente, pero ellos pugnaban por seguir allí. Hay situaciones en la vida en que uno tiene que estar solo consigo mismo, había dicho su padre en la última discusión. Basta, se dijo Tamar, que se fueran de allí, cuando todo terminara podría volver con ellos. Por mí, el asunto está zanjado, había dicho el padre, y no pienso mover un dedo, había añadido, mirándola con una tranquilidad forzada mientras solamente su ceja derecha temblaba imparable, como un ser que tuviera vida propia. Despacio, por la fuerza, haciendo un esfuerzo de concentración, Tamar los estaba borrando de su cabeza. De ninguna manera podía ahora ocuparse de ellos. Lo único que conseguían era debilitarla y desesperanzarla. Ahora no existían para ella. Febrilmente sacó a boleo otro cuaderno, de hacía, aproximadamente, un año y medio. Ahí ya habían entrado en su vida Idán y Adí, y todo había empezado a cambiar para bien. O eso era, por lo menos, lo que ella creía. Seguía leyendo y no podía creer que cosas como aquellas le hubieran preocupado tanto hasta hacía unos meses. Idán había dicho esto y había hecho eso otro; se había hecho un corte de pelo a lo Francisco

José y la había llevado a ella y no a Adí a controlar al peluquero, porque tú eres más práctica, le había dicho a Tamar, y ella se había quedado sin saber si de boca de él significaba un elogio o una crítica, aparte de quedarse pasmada de que alguien pudiera llegar a pensar de ella que era práctica. Y el viaje al festival de Arad, donde alguien les había robado la mochila con las carteras de los tres. Les quedaron diez siclos, a los tres juntos, pero Idán había tomado el mando: en una papelería compró un talón de recibos por nueve siclos, y después las mandó a las dos a pedir donativos para la Asociación contra el Agujero en la Capa de Ozono.

Y el vértigo de felicidad que experimentó al cometer aquella estafa, aquel delito, para llevarle a él el dinero que ganaban, y la comida tan copiosa con la que se obsequiaron después, y encima les quedó dinero para comprar hierba que ella también fumó, aunque no sintió nada, mientras que Idán y Adí no paraban de saltar y brincar pregonando el cuelgue que llevaban, y de camino de vuelta, en el autobús, Adí había ido sentada con Idán, dos filas por delante de ella, riéndose durante todo el camino con unas carcajadas histéricas.

Pero entre tantas tonterías había algunas anotaciones marginales, breves informaciones acerca de cosas a las que entonces no les había dado importancia, algo parecido a unos leves susurros que poco a poco irían convirtiéndose en un grito: mamá y papá habían descubierto que el tapiz afgano, que estaba colgado detrás de la puerta, había desaparecido. De inmediato despidieron a la asistenta que llevaba trabajando en su casa desde hacía siete años. Después desaparecieron también unos cientos de dólares del cajón de papá, y entonces quien fue despedido fue el jardinero árabe. Pero enseguida sucedió lo del asunto con el coche, cuyo cuenta kilómetros mostraba un viaje muy largo mientras los padres se encontraban de viaje por el extranjero. Y otras sombras similares que se escabullían a lo largo de las paredes de la casa y que nadie se atrevía a iluminar con una luz demasiado potente.

Alguien llamó con fuerza a la puerta. La señora de la limpieza. Le gritó que ya llevaba allí dentro una hora. Tamar le gritó también, con una voz muy cortante, que se quedaría allí todo el rato que le diera la

gana, y respiró con resignación, conmocionada por aquella grosera interrupción.

Cuando empezó a leer el último cuaderno se quedó pasmada al ver que todo estaba allí, detallado y completamente al descubierto: el plan, la cueva, la lista de los productos, los peligros esperados e inesperados. Ese cuaderno, supo ella enseguida, tenía que hacerlo desaparecer, tenía que destruirlo. Ni siquiera podía mantenerlo escondido. Pasó rápidamente las hojas y buscó la página en la que había apuntado aquel encuentro furtivo por la noche, junto al Rif-Raf, con el chico de pelo rizado y mirada dulce que le había enseñado los dedos rotos de sus manos y que había salido huyendo como si también ella fuera a ser capaz de hacerle algo parecido, así es que de ahí en adelante se había puesto en guardia, era parca en palabras y escribía como la administrativa de una unidad militar secreta: misiones, problemas, peligros. Misiones cumplidas y misiones pendientes.

Cerró el cuaderno. Los ojos se le paralizaron frente a un dibujo obsceno que había en la puerta. Ojalá pudiera llevarse el diario con ella, pero eso era imposible. Aunque ¿qué iba a hacer sin él? ¿Cómo iba a entenderse a sí misma sin escribir lo que sentía? Con unos dedos faltos del sentido del tacto arrancó la primera hoja y la tiró al váter entre sus piernas. Y tras ella fue otra hoja, y otra. Pero, un momento, ¿qué es esto? «Antes yo lloraba mucho y estaba llena de esperanzas, y hoy me río mucho, me río desesperada.» Al agua. «Por lo visto siempre me enamoraré de alguien que ama a otra. ¿Por qué? Porque sí. Porque soy una especialista en meterme en asuntos que no tienen futuro. Cada uno sirve para lo que sirve.» Lo rompió. «¿Mi especialidad? Pero ¿no la conoces? Desaprovechar la ocasión.» Lo rompió casi todo en medio de un arrebato de cólera. Después se levantó un momento, mareada. Le quedaban las hojas de los últimos días. Las interminables discusiones con sus padres, los gritos de ella, las súplicas, y la terrible decepción que le deshizo el corazón cuando se dio cuenta de que realmente sus padres no estaban dispuestos a hacer nada, ni a ayudarla ni a impedir que partiera para aquel terrible lugar, cuando se dio cuenta de que ellos, simplemente, se habían quedado vacíos y paralizados ante la desgracia que les había sucedido, que parecían

haber sufrido un hechizo que los había vaciado de sí mismos. Ya solo quedaba la cáscara de lo que habían sido sus padres, así es que ella era la única, en ese momento, que podía hacer algo, si es que se atrevía.

Pero en el lugar al que ella quería llegar, era de suponer que la registrarían; porque llegaría un momento en que le harían un cacheo o husmearían en sus cosas para intentar, por cualquier medio, saber quién era. ¿Quién soy? ¿Qué es lo que queda de mí? Tiró de la cadena y se quedó mirando fijamente los pedazos de papel que giraban absorbidos hasta desaparecer: nada.

Sin el diario y sin Dinka su espíritu decayó.

Muy deprisa se entremezcló con la multitud que fluía por la estación central de autobuses. Vio el reflejo de su imagen en la cristalera del restaurante, en el ventanuco del vendedor de salchichas, en las miradas de la gente. Vio cómo los labios se tensaban ante ella. Hasta ayer le habían dirigido unas miradas completamente diferentes. Hasta ayer era ella misma la que animaba un poco aquellas miradas, porque siempre había un guiño tácito, una ligera invitación hacia la seducción, en lo que vestía, en cómo miraba. Tamar lo sabía: se trataba de la exagerada audacia de los demasiado tímidos. La osadía urgente e impulsiva que escapaba de ella desbocada, igual que un eructo, como la camisa transparente que se puso para la fiesta de final de curso en quinto, o los zapatos rojos e impactantes al estilo de Dorothy, la protagonista de *El mago de Oz*, musical que fue representado en la fiesta de la academia de canto. Y había más casos de pasar de la ropa más alocada al estilo más abandonado y anodino, hasta el punto de que Halina le había dicho que le prohibía volver a vestirse con «la ropa esa de los religiosos de Bnei Brak», para luego regresar a una etapa de elegancia y autoadulación exacerbada en la que pasó por su época lila, su época amarilla, por la negra...

Sobre el mostrador de la consigna depositó la mochila grande mientras apretaba contra el pecho la pequeña. Desde ahora esta mínima mochila sería su casa. El chico que allí trabajaba le lanzó una mirada y, al igual que el barbero se cuidó mucho de que sus dedos no tocaran los de ella. Así pues, Tamar recogió del mostrador la chapita

de metal con el número de la mochila que depositaba.

Pero, mira por dónde, ahora resultaba que había algo que Tamar no había planeado: ¿dónde vas a poner ahora la chapa, por ejemplo? Casi se alegró de su propia desgracia al comprender que no había logrado preverlo ni planearlo todo: ¿qué vas a decir, si te encuentran la chapa? ¿Y si alguno de ellos va a recoger la mochila de la consigna y examina la cartera, y los cuadernos del diario? Tonta, megalómana, más que desgraciada.

Se fue de allí. Disfrutaba autoflagelándose para endurecerse la piel en vistas a lo que le esperaba. Pero quién sabía lo que todavía podría pasar allí y qué otras cosas, en las que no había pensado y que ni siquiera podía imaginar, marcarían su nueva vida, cómo la sorprendería la realidad traicionándola, como de costumbre.

Entonces él se lo contó, Asaf. Volvió a contarle, desde el principio, lo del trabajo en el Ayuntamiento que su padre le había arreglado por los contactos que este tenía con Danoch, que le debía a su padre algo de dinero por unos trabajos en la instalación eléctrica que este había realizado en la casa de aquel, pero… pero Teodora volvió a interrumpirlo con un gesto autoritario de su diminuta mano, porque antes quería que Asaf le contara algo sobre sus padres, así es que este se vio obligado a interrumpirse y le contó que sus padres y su hermana pequeña quizá habrían aterrizado ya en Estados Unidos, en Arizona, y recalcó que habían decidido viajar de un modo bastante repentino, porque su hermana mayor, Reli, les había pedido que fueran a verla inmediatamente. La monja se interesó por oír la historia de Reli, quería saber por qué se encontraba tan lejos de casa, así es que Asaf se vio obligado también, para su sorpresa, a hablar de Reli. Se la describió a grandes rasgos, lo especial y lo fantástica que era, y le contó que se dedicaba a la orfebrería, que era artista, que había creado una línea especial de joyas de plata que ahora empezaba a pegar fuerte en el extranjero. Le habló con la terminología del trabajo de Reli y se dio cuenta de lo extraño que ahora le resultaba puede que porque todo aquel nuevo éxito de ella también le resultaba extraño o

porque en la partida de ella a Arizona había algo que lo aterrorizaba, así es que, con una pizca de rencor, añadió que en ocasiones Reli podía también llegar a ser insoportable, y apuntó algo acerca de la fidelidad a unos principios por los que ella se regía absolutamente en todo, desde lo que comía, o mejor dicho, lo que no comía, hasta las ideas que tenía en lo referente a las relaciones entre árabes y judíos y cómo tendría que ser y comportarse el país, y así fue como sucedió que, a pesar de todo, Asaf le contó a Teodora bastantes cosas de Reli, de cómo esta había salido huyendo de Israel porque necesitaba su propio espacio vital, una expresión de ella que Asaf odiaba y que se apresuró a cambiar por otra, explicando que lo que sencillamente sentía Reli era que en Israel se ahogaba, lo que llevó a Teodora a sonreírse para sus adentros, sonrisa que Asaf enseguida entendió mientras entre los dos fluía una corriente de comprensión por el hecho de que haya personas que aunque pasen hasta cincuenta años en una habitación no se sienten ahogadas mientras que a otras ni todo un país les basta. Después quiso Teodora que Asaf le hablara también de Muki, la hermana pequeña que se había ido de viaje con los padres, porque había resultado realmente imposible dejarla con nadie, así es que Asaf le habló de ella con una sonrisa mientras se le acentuaba el color sonrosado de las mejillas y hasta los granos del acné se le marcaron un poco más, porque desde el momento en que decía Muki, llegaba siempre hasta su nariz el aroma del pelo de la niña después de lavárselo; ahora Asaf se rió mientras le contaba a Teodora cómo siempre le había sorprendido que desde los tres años su hermanita se empeñara en utilizar un champú en concreto y determinada crema suavizante, de verdad, desde los tres años, y por eso el pelo de la niña era tan suave al tacto como lo sería la niebla, aquel cabello fino y rubio. Asaf se reía y Teodora sonrió, «horas se pasa delante del espejo, la pequeñaja, admirándose y segura de que todo el mundo la quiere», y cuando Reli o él se enfadaban por el culto que Muki hacía de sí misma, su madre les decía que ni se les ocurriera molestarla, que disfrute la pequeñita, que por lo menos haya alguien en esta casa que se quiera a sí mismo sin cortapisas. Asaf, que ahora se dio cuenta de que llevaba hablando ya un buen rato sin interrumpirse, se asustó y

dijo que eso era todo, que se trataba de una familia normal y corriente, de verdad, sin nada especial, a lo que Teodora dijo «Tienes una familia de ejemplo, querido joven, no pongo en duda que debéis de ser muy felices», y en ese instante Asaf vio que Teodora volvía a ensimismarse, como si dentro de ella una luz se hubiera apagado, y no comprendía cómo era posible que hubiera estado charlando con ella de aquella manera tan distendida, pero se dijo a sí mismo, bueno, quizá sea porque ella está tan sola aquí y hace ya mucho que no ha conversado con nadie, que no ha tenido una charla sincera, de las que brotan del corazón, aunque enseguida se reprendió a sí mismo, pero ¿qué estás diciendo? ¿Y cuándo ha sido la última vez que la has tenido tú?

En ese momento no pudo evitar acordarse de lo que esa misma noche le esperaba con Roí y con Dafi, pero Teodora, inclinándose ligeramente hacia él, le dijo: «Deprisa, deprisa, ¿en qué pensabas ahora? ¡Porque has puesto una cara, querido, que *po, po*! Una gran nube la ha cruzado». «No es nada de importancia», respondió Asaf. «¡Sí que lo es!», dijo enseguida ella, que parecía sentir una inmensa curiosidad por las tontas historias de él, aunque quizá no fueran tan tontas si alguien podía llegar a demostrar un interés tan grande por ellas. «No pensaba en nada en especial...», se rió Asaf, moviéndose incómodo en la silla. La verdad es que de ninguna manera quería hablar de esas cosas. ¿Quién lo hubiera imaginado, siquiera, al entrar en el convento? Pero si apenas se conocían, aunque se sentía como si un duende se le hubiera metido en el cuerpo transformándolo por completo. Ahora la monja echó la cabeza hacia atrás estallando en una risa fresca y Asaf se dio cuenta de que a pesar de lo vieja que parecía tenía cosas de una chica joven, quizá por no haberlas usado nunca. De pronto se encontró pensando, en realidad qué más me da contárselo, es muy amable, está sola y a mí me apetece hablar un poco.

De manera que fue así, sin más, como Asaf empezó a hablar de Dafi Kaplan, y de Roí y su querida Meital, mientras la monja lo escuchaba con suma atención mirándole los labios y repitiendo con los suyos las palabras que decía. Desde el momento en que él había empezado a hablar, tras aproximadamente cinco frases, Teodora comprendió que

aquella Dafi no era la historia principal. Asaf se sorprendió de que la monja captara enseguida el asunto que a él más le preocupaba: «Pero abandona de una vez por siempre a esa pobre doncella», le dijo agitando la mano con impaciencia, «si es una flor sin aroma. Lo que yo quiero conocer es lo principal: háblame del muchacho, de tu querido Roí, que ya no es tan tuyo, si es que no estoy confundida».

Los ojos de Asaf se cerraron por un momento, porque Teodora le había dado donde más le dolía. Respiró profundamente, como antes de una larga inmersión, y le habló de la amistad que mantenía con Roí desde los cuatro años, de que eran como hermanos, de cómo dormían una noche en casa de uno y otra en casa del otro, y de la cabaña en el árbol. Roí era entonces el más pequeño y débil y Asaf lo defendía de los niños mayores, hasta el punto de que las maestras decían que era realmente el guardaespaldas de Roí, y así habían continuado hasta séptimo, aproximadamente, le dijo Asaf precipitadamente, saltándose ocho años de golpe, para ser devuelto con delicadeza aunque con determinación al punto en el que se había quedado: «¿Cómo habían continuado?», quería saber ella, así es que se vio obligado a hablarle de la escuela primaria, cuando Roí era su sombra y no le permitía hacerse amigo de ningún otro niño, de todos los castigos que le infligía a Asaf cada vez que sospechaba que este intentaba traicionar su amistad, siendo el peor de todos el del silencio, y es que se pasaba semanas sin querer contestarle, aunque, por otro lado, tampoco lo dejaba; y le habló de los ataques de furia y de las amenazas de Roí, cuando Asaf quiso apuntarse a los boy scouts, a los que finalmente también tuvo que renunciar con gran dolor de su corazón, aunque en aquel momento se sintiera halagado por el hecho de que alguien lo necesitara y lo quisiera tanto. Por un momento se quedó en silencio. Tragó saliva mientras meditaba sobre todo ello. Así continuaron las cosas hasta que pasamos a la secundaría, siguió contando Asaf, pero allí ya todo cambió, aunque los detalles no tienen importancia. «La tienen y mucho», dijo la monja. Él sabía que eso sería lo que ella iba a decir, e incluso le sonrió provocativamente, porque aquello ya se había convertido en un pequeño juego para ellos. Teodora se fue a la cocina a poner agua para un café y desde allí le gritó que continuara,

así es que Asaf le contó cómo en séptimo grado, hacía aproximadamente tres años, las chicas se daban cuenta de lo guaperas que era Roí, y la verdad es que Roí había dado entonces un gran estirón y había enguapecido mucho, de manera que las chicas habían empezado a enamorarse de él, y también él de ellas, de todas, lo que inevitablemente le llevó a jugar con sus sentimientos, así se lo contaba Asaf, mientras intentaba no mostrarse demasiado condescendiente, y la monja, en la cocinita, sonreía frente al tapete azul y rojo. Pero las chicas no se vengaban de él por eso, dijo Asaf asombrado, apoyándose en la mesa y hablando un poco consigo mismo, sino todo lo contrario, imagínese que todavía competían por su amor, que se sentaban en los recreos a hablar de lo guapo que era, de lo que le sentaba bien, del corte de pelo que se iba a hacer y de cómo movía el cuerpo cuando jugaba al baloncesto; Asaf había estado sentado una vez, por pura casualidad, detrás del árbol de las chicas, en el patio, y no podía dar crédito a sus oídos: las chicas hablaban de Roí como si fuera un dios o, por lo menos, una estrella de cine. Una de las chicas contaba cómo estaba planeando, con toda sangre fría, bajar de grupo en matemáticas para estar con Roí en el suyo, ¡y otra dijo que a veces rezaba para que Roí se pusiera enfermo, de algo poco grave, claro está, solo para poder ir al ambulatorio y tenderse en la cama en la que él hubiera sido atendido!

Asaf miró a la monja esperando que esta se riera con él por la bobicie de aquella chica, pero Teodora no se rió, sino que se limitó a pedirle que siguiera hablando, y él pensó que ojalá pudiera callarse, pero se veía incapaz de dominar lo que iba brotando de él como si se tratara de un gran ovillo que se iba desenrollando. Hacía años, años que no hablaba así con una persona extraña, ni con una próxima; eso tenía que deberse a aquel convento, meditó confusamente, o a la pequeña habitación en la que se encontraban, que se parecía un poco al confesionario que había visto una vez en una iglesia de Ein Karem y, por eso, cuando se marchara, se olvidaría por completo de que un día había estado en esa habitación en lo alto de una torre contándole a una monja desconocida todas esas tonterías. En esas estaba, cuando oyó decir a Teodora, «¡Asaf, estoy esperando!», lo que le llevó a seguir

contando cómo en octavo, gracias a las chicas, Roí se había convertido en… ¿cómo decirlo?, en, digamos, el rey de la clase, y Asaf se proponía ya explicarle a lo que se refería con eso, cuando Teodora le hizo un gesto impaciente con la mano y le dijo, «sí, sí, el rey de la clase, por supuesto que sé a lo que te refieres, sigue, por favor», y Asaf adivinó al instante que Teodora ya habría oído algo semejante de boca de Tamar, historias similares de chicos y chicas, y pensó que quizá disfrutara escuchándolo porque le recordaba un poco a sus encuentros con Tamar; mientras así reflexionaba lo inundó de nuevo aquel cosquilleo cálido y nuevo y se imaginó que Tamar, en efecto, se encontraba de algún modo presente en la habitación, viéndolo todo pero sin ser vista. Supuso que estaba sentada junto a Dinka, que en ese momento dormitaba en el suelo, y que le estaba acariciando la cabeza muy despacio. Hasta podía ser que él mismo le estuviera hablando también a ella, que le estuviera contando cómo Roí se había hecho novio de Rotem, la primera pareja oficial de su promoción, eso fue ya hace siglos, murmuró Asaf, porque desde Rotem había tenido Roí otras cuatro o cinco novias, y hoy lo era Meital, que era la culpable de que Roí le exigiera a él que quisiera a Dafi, porque eso era lo que Meital quería. Roí incluso le había insinuado a Asaf que esa era la condición para la continuidad de su amistad, pero basta, esto ya no tiene importancia, había reaccionado Asaf, eso no son más que tonterías, pequeños detalles, y volvió a sentirse confundido y mortalmente turbado por estar contándolo todo de esa manera. «Es muy importante, muy importante», insistía Teodora con suavidad, «Pero ¿es que todavía no lo comprendes, *agori-mu?* ¿Cómo voy a conocerte sin los pequeños detalles? ¿Cómo voy a contarte mi historia desde el fondo del corazón?» Pero como vio que él no quedaba muy convencido, buscó sus ojos y literalmente lo obligó a levantarlos hacia los de ella: «Porque tampoco Tamar quería contarme nada en los principios, nada le parecía importante ni interesante, pero yo, con muchas fatigas, le fui enseñando que no hay nada más importante que las pequeñas cosas de la vida, que las cosas más insignificantes; y ella, para que lo sepas, es una terca todavía mucho mayor que tú». Al oír eso, Asaf dejó definitivamente de resistirse y sintió como si se le

quitara un peso de la garganta, de manera que hasta la voz le cambió y le fluyó más desinhibida, así es que se puso a hablar de Dafi, muy a su pesar habló de ella, para la que todo está calculado y medido, ya se trate de dinero, de autoestima o del éxito, y cuanto más hablaba Asaf, se iba dando cuenta finalmente de por qué no le resultaba agradable estar con Dafi, y era porque esta siempre tenía que competir con todos, con quien fuera, y siempre lo medía todo en términos de éxito o fracaso, ganancias o pérdidas, y porque si se la escuchaba tenía uno la sensación de que realmente todas las personas del mundo estaban esperando poder tramar algo contra alguien, atacar y devorar a alguien en el momento en que mostrara el más mínimo signo de debilidad... «Hay gente como esa en el mundo», dijo la monja, que notó cómo Asaf se apagaba un poco frente a ella, «pero también hay gente diferente, ¿acaso no es eso verdad? ¿Y a que merece muchísimo la pena vivir por esas otras personas?» Asaf sonrió y se sintió reconfortado, como si con esas pocas palabras pronunciadas por ella se le hubiera resuelto un problema muy complicado que lo tenía preocupado desde hacía ya mucho tiempo y después añadió que aunque Dafi fuera una persona completamente diferente, a pesar de eso, él nunca se enamoraría de ella, aunque en realidad lo que él creía era que jamás se enamoraría de nadie, por lo menos no hasta que volviera del servicio militar, eso fue lo que dijo profundamente asombrado de sí mismo, porque algo así se lo hubiera contado exclusivamente a una sola persona en el mundo, a Karnaf,[1] el novio de Reli, y ahora resultaba que se lo había contado a una monja a la que apenas hacía una hora que conocía, así es que ¿qué es lo que le estaba pasando hoy?

Dicho todo esto, se calló y los dos se quedaron mirándose, como si hubieran escapado juntos de una alucinación compartida. Teodora se pasó las dos manos por la cabeza como si intentara apretar algo hacia adentro. La quemadura grande y amarilla le resplandeció en el antebrazo. Durante un instante reinó en la habitación un completo silencio. Lo único que se oía era la respiración de Dinka.

«Ahora», susurró Teodora con una sonrisa un poco ida, «relatadas todas esas cosas, ¿serías tan amable de hacerme sabedora de cómo has

llegado hasta mí?»

Solo entonces le contó Asaf, con brevedad, cómo Danoch había ido a llamarlo aquella mañana para que acudiera a la perrera. Le habló también del formulario 76, de la pizza, hasta que todo aquello empezó a parecerle, de repente, bastante cómico, todo lo de su loca carrera sin saber adónde. Empezó a sonreír, y también la cara de Teodora se iluminó con una amplia sonrisa; los dos se miraron y empezaron a reírse hasta que la perra se despertó y, levantando la cabeza, empezó a mover el rabo.

«Pero es maravilloso...» suspiró Teodora cuando se hubo calmado, «la perra te ha traído hasta mí...» Se lo quedó mirando largamente, como si de repente lo viera iluminado por una luz nueva. «Tú has sido un emisario inocente, mensajero sin saberlo...» Los ojos de ella resplandecían al mirarlo. «¿Qué otra persona hubiera estado dispuesta a correr de esa manera tras una perra y comprar la pizza con su dinero, negándose toda voluntad propia para plegarla a la de ella? Qué corazón, *agori-mu,* qué corazón más cálido e inocente tienes...»

Asaf sonrió, confuso. La verdad es que la mayor parte del tiempo se había sentido bastante estúpido corriendo así tras una perra, de manera que aquella nueva interpretación de su acción no dejaba de sorprenderlo.

La monja se abrazó su pequeño cuerpo rodeándoselo con los brazos y se estremeció de pura felicidad: «¿Llega a tu entendimiento la razón por la que te he pedido que me relataras toda la historia? En verdad te digo que ahora estoy más tranquila, porque el corazón me dice que si existe alguien capaz de encontrar a mi querida niña, ese vas a ser tú».

Asaf le dijo que eso era precisamente lo que estaba intentando hacer desde por la mañana, y que si ahora ella le daba la dirección de Tamar él la encontraría enseguida.

«No», dijo, levantándose apresuradamente. «Con gran sentimiento por mi parte, en eso no voy a poder complacerte.»

«¿No? ¿Por qué?»

«Porque le hice una promesa a Tamar.»

Por más que Asaf intentó comprenderlo, por mucho que preguntó, ella se negó a contestarle. Daba vueltas por la habitación, un poco

tensa, mascullando su preocupado «po, po» y diciendo que no con la cabeza, no, no, no, mientras extendía las manos con impotencia, «Créeme, estimado joven, que si estuviera en mi mano, tendría incluso la esperanza de que tú... ¡pero no! ¡No!». Y golpeándose con fuerza los dedos de las manos, decía: «¡Mantén silencio, anciana! ¡No lo digas!». Otra vuelta nerviosa por la habitación, más resoplidos enfurecidos y unos movimientos como de torbellino en medio de la tormenta, para luego plantarse de nuevo ante él: «Pero es que Tamar me lo pidió muy claro, escúchame, no te hagas tanto el orgulloso, solo esto te puedo decir y es que la última vez que estuvo aquí me pidió y hasta me lo hizo jurar, que si llegaba aquí alguien durante los días venideros preguntando dónde vivía o, por ejemplo, cuál era su apellido o quiénes eran sus padres, en resumidas cuentas, que si intentaba alguien averiguar algo acerca de ella, aunque fuera inigualablemente amable y dulce (bueno, eso no lo dijo ella, eso lo digo yo), me quedaba completamente prohibido con la mayor de las prohibiciones contestarle a nada».

«Pero ¿por qué, por qué?», bramó Asaf, poniéndose en pie muy furioso. «¿Por qué diría una cosa así? ¿Qué va a poder pasarle que...?», pero la monja seguía moviendo la cabeza en señal de negación, hasta que alzó un dedo imperativo ante los labios de él:

«Ahora mantente silencioso.»

Asaf se sentó, muy asombrado.

«Escúchame, te lo ruego, aunque no tengo permiso para hablar de ella. Hice un juramento que me tiene la lengua atada. Pero déjame que te cuente una historia, y puede que por medio de ella entiendas muchas cosas.»

Asaf seguía sentado, palmeándose con las manos las rodillas. Le ponía muy nervioso el hecho de tener que recomenzar toda la búsqueda desde el principio, así es que la verdad era que quizá fuera preferible salir de inmediato sin perder más tiempo. Pero la palabra «historia» siempre ejercía sobre él casi un hechizo, y el mero pensamiento de que iba a oír una historia de boca de ella, con la expresión de su cara y la luz que emitían sus ojos...

«¡Jo, jo! ¡Ha sonreído usted, jovencito! ¡A mí no me vas a engañar,

porque esta viejecita sabe lo que esa sonrisa significa! Tú eres un niño de cuentos, con solo mirarte lo supe, ¡exactamente igual que mi querida Tamar! Así es que te voy a contar mi historia, un regalo por la historia que tú me has contado.»

«Entonces, ¿por qué brindamos?», preguntó Leah, esforzándose por sonreír. Tamar miraba el vino y sabía que si pronunciaba en voz alta su deseo, las palabras la asustarían.

Leah dijo en su lugar: «Bebamos para que todo te salga bien y volváis sanos y salvos. Los dos.»

Entrechocaron las copas y tomaron un sorbo, mirándose a los ojos. Los ventiladores del techo giraban silenciosos esparciendo frescor, aunque el nuevo siroco empezaba a colarse dentro.

«Me muero porque todo empiece ya», dijo Tamar, «porque estos días previos...» Respiró profundamente y los ojos se le agrandaron por un momento en su rostro de cabeza afeitada. «Hace ya una semana que no duermo y que no consigo concentrarme en nada. La incertidumbre me mata.»

Leah adelantó sus fornidos brazos por encima de la mesa y las dos entrelazaron los dedos.

«Tami, cariño, todavía estás a tiempo de echarte atrás, nadie te va a culpar, y puedes estar segura, por estas, de que yo nunca le contaré a nadie que tuviste semejante idea loca.»

Tamar negó con la cabeza, rechazando cualquier posibilidad de renunciar a su plan.

Samir se acercó y le susurró algo a Leah en el oído. «Sírvelo en los cuencos grandes», le ordenó, «y en cuanto al vino, recomiéndales Shabli. A nosotras ya nos puedes traer el pollo con *timin.»* Samir le dedicó una amplia sonrisa a Tamar y regresó a la cocina.

«¿Qué les has dicho?», le preguntó Tamar. «¿Qué les has contado a los de la cocina?»

«Que te estamos celebrando algo... Un momento, ¿qué es lo que les he dicho, en realidad? Ah, sí, que vas a hacer un viaje muy largo. Espera y verás lo que te tienen preparado.»

«¡Cuánto os voy a echar de menos!», suspiró Tamar.

«Allí no verás una comida como esta.»

«Ahora fíjate bien», le dijo Tamar endureciendo de nuevo la expresión. «Aquí, en este sobre, te dejo las cartas. Están ya con dirección y sello...» Leah torció el gesto, ofendida: «No tiene importancia, no es por el dinero, solo he querido que todo esté listo para que no tengas que ir a comprarlo».

«Y también porque has querido hacerlo todo tú sola, como de costumbre», la corrigió Leah, mientras movía la cabeza como diciendo, qué vamos a hacer con esta muchacha.

Pero Tamar le dijo: «Basta, Leah, dejemos eso ahora. En cuanto a las cartas, te acuerdas de lo que tienes que hacer, ¿verdad?».

Leah puso los ojos en blanco, como un alumno al que obligaran a repetir de nuevo una frase odiada: «Todos los martes y todos los viernes. ¿Las has numerado?».

«Aquí, a un lado, en esta pegatina redonda. Pero antes de enviarlas...»

«Tengo que retirar la pegatina», recitó Leah. «Dime, ¿qué te crees, que soy tonta? ¿Una palurda del mercado, a que sí?» Y, riéndose de un modo algo exagerado añadió: «¡La verdad es que eso es lo que soy!».

Tamar hizo caso omiso de aquel eterno comentario mordaz de Leah contra sí misma. «Es muy importante que las mandes por orden, porque les he escrito toda una historia llena de bromas, algo bastante tonto, pero así los mantendré tranquilos y no me molestarán», dijo frunciendo los labios con gesto de burla, «una historia muy trabajada, con trama y todo.»

«No me lo puedo creer. ¿Cómo has tenido humor y cabeza para eso?», y al decir «cabeza» la mirada de Leah se desvió hacia aquel cráneo desnudo que tan horrible le parecía.

«Lo que pretendo con las cartas», continuó Tamar, agradeciéndole a Leah de todo corazón que, a pesar de la mirada, hubiera permanecido callada, «es tenerlos dormidos durante un mes, que es más o menos el tiempo que necesito. Hasta mediados de agosto. Además, dos semanas de ese mes estarán en el extranjero. ¡Las sagradas vacaciones!» Puso una sonrisa torcida. «Este año están justificadas con un “la vida debe

seguir a pesar de todo”.» Tamar y Leah se miraron fijamente un instante, suspiraron juntas, se encogieron a la vez de hombros, como expresando incomprensión, una completa falta de fe en que eso fuera posible, que la vida siguiera como si nada, y Tamar volvió a repetir: «Lo principal es que no me molesten, que no se pongan a buscarme».

«No me parece, precisamente, que vayan a correr a hacer algo», murmuró Leah. Le echó un vistazo a los sobres, leyó moviendo sus gruesos labios la dirección con los nombres de los padres de Tamar. «Telma y Avner... qué nombres tan bonitos», sonrió burlona, «como en las series de la tele educativa...»

«Mi vida es más bien una telenovela, últimamente», comentó Tamar.

A lo que Leah dijo: «Me recuerda a algo que vi una vez escrito en una pared: “Mataré a mi madre si me vuelve a parir”».

«Más o menos es eso», se rió Tamar.

Samir y Aviva trajeron juntos desde la cocina el segundo plato. Cuando Tamar levantó la tapadera plateada de la fuente, vio que alrededor de las hojas de parra rellenas aparecía escrito su nombre con unas letras hechas de cerezas moradas.

«Es de parte de todos nosotros, los de la cocina, con mucho amor», dijo Aviva, sonrojada por el calor de los pucheros, «para que no nos olvides allí.»

Comieron en silencio. Las dos aparentaron estar disfrutando, pero ni la una ni la otra tenían apetito.

«He estado pensando», dijo Leah finalmente, mientras apartaba el plato a un lado, «que tengo ese almacén pequeño de las mercancías a dos casas de aquí.» Tamar asintió. «Te voy a poner allí un colchón en el suelo, ¡y no me digas que no!» Tamar se quedó callada. «La llave estará debajo del segundo tiesto. Si decides que estás harta de dormir en el parque de la Independencia, por ejemplo, o que el servicio de habitaciones no es lo suficientemente bueno en ese sitio, cuando finalmente llegues a él, te vienes a mi almacén y duermes una noche como las personas, ¿te parece?»

Tamar repasó mentalmente todos los peligros posibles. Alguien podría verla entrar en el almacén y averiguar a quién pertenecía.

Leah, por supuesto, no iba a traicionarla, pero a uno de los empleados de la cocina podía escapársele algo por error y entonces descubrirían la identidad de Tamar y también su plan. Leah seguía con tristeza las arrugas que se iban dibujando en la límpida frente de Tamar. Ahogó un suspiro, ¿qué le pasaba, últimamente?

Aunque lo del colchón en el almacén no deja de ser una buena idea, pensó Tamar. Una idea buenísima, incluso. Lo único que ella tendría que hacer es comprobar que nadie la estuviera siguiendo cuando entrara en el almacén. No iba a pasar nada porque durmiera allí una noche, para recuperar su condición de ser humano. Sonrió. Su cara afilada, crispada, de expresión preocupada, se relajó. Toda la dulzura del mundo vino a concentrarse en ella por un instante, mientras Leah insistía: «Ve, mi niña, a dormir allí cuando quieras. Hay un grifo y un lavabito, así podrás lavarte. Lo que no hay es váter».

«Me las arreglaré.»

«Es que me hace mucho bien poder ayudarte un poco», dijo Leah emocionada, a sabiendas de que todas las mañanas correría al almacén para comprobar si Tamar había pasado allí la noche. Además, le dejaría mensajes dándole ánimo.

«Pero prométeme», le pidió Tamar, viendo que Leah tenía los ojos húmedos, «que si me ves por la calle, lo mismo si estoy trabajando como si me encuentras sentada descansando en cualquier rincón, prométeme que no te acercarás. Aunque estés convencida de que estoy sola, no des muestras de que me conoces. ¿De acuerdo?»

«Eres muy dura, muy dura», dijo Leah, «pero si eso es lo que quieres, no se hable más. Solamente explícame cómo voy a pasar por tu lado sin abrazarte, sin ofrecerte algo de comer. ¿Y si en ese momento estoy con Noa? ¿Cómo voy a conseguir que no se abalance sobre ti?»

«No me reconocerá.»

«Es verdad», dijo Leah en voz baja, «así no va a reconocerte.»

Tamar buscó consuelo en sus ojos: «¿Tan horrorosa estoy?».

«Estás...», tan desnuda, así, que se me parte el corazón, quiso decirle Leah. «Para mí tú siempre estás guapa», dijo finalmente, «mi madre decía que el que es guapo, aunque se ponga un zapato en la cara, le

sentará bien.» Tamar le sonrió con agradecimiento, posó la mano sobre el hombro grande de Leah, y se lo apretó con afecto. Porque, en ese momento, la pequeña vela con la que se había impulsado el dolor para navegar durante toda la comida, esa vela tensada entre las dos, se volvió por un instante en dirección a Leah, cuya madre, con toda seguridad, no se había referido a ella al pronunciar esa frase.

Tamar dijo después: «No sé cómo voy a poder dominarme si pasas por delante de mí con Noiku. ¿Sabes lo que he estado pensando? Que es la primera vez que me separo de ella por un tiempo tan largo».

«Te he traído una foto», dijo Leah, «la quieres?»

«Leah... allí no me puedo llevar nada.» Cogió la foto con avidez y la expresión se le suavizó, la cara se le puso más redonda, pareció ensancharse, como una acuarela que goteara un poco y sobrepasara los límites del dibujo: «Qué muñequita... ojalá pudiera llevármela. ¡Me la comería a besos!».

Samir retiró los platos y les riñó a las dos por no habérselo comido todo. Luego, lanzó una mirada preocupada a la calva de Tamar. Ellas apenas le hicieron caso: estaban mirando la foto como embobadas, compartiendo una inmensa felicidad.

«En la guardería», contó Leah, «les han estado hablando de los hermanos y las hermanas, y cuando le preguntaron a ella si tenía un hermano o una hermana, ¿a que no sabes lo que les respondió?»

«Que yo soy su hermana», sonrió Tamar, agitando en su interior aquella gota de orgullo como el vino en la copa. Se quedaron mirando de nuevo largamente la fotografía en la que aparecía aquella niña menuda, de piel del color de marfil y ojos rasgados. Palabra a palabra recordaba Tamar lo que Leah le había contado cuando habían empezado a intimar, que en el mundo en el que ella había vivido hasta aproximadamente la edad de treinta años, en su reencarnación anterior, ella casi no era mujer. «Allí me trataban con mucha consideración», había contado Leah, «pero me trataban como a un chico, no como a una mujer. Y es que tampoco yo tenía entonces los sentimientos de una mujer. Nada. Desde la infancia fui así, no era realmente una niña, ni después fui una chica de verdad, ni mujer, ni madre. Yo no tenía nada de mujer. En cambio ahora sí lo tengo, a mis

cuarenta y cinco años, y gracias a Noa.»

Un hombre grueso, de cabello blanco y cara roja, empezó a alborotar en una de las mesas del comedor central. Estaba furioso con Samir, que le había servido un vino, a su entender, no lo suficientemente frío y gritaba que Samir era un ignorante y un tonto. Leah acudió allí enseguida como una leona que sale en defensa de su cría.

«¿Y quién es usted?», soltó el hombre. «¡Exijo hablar con el dueño del restaurante!»

Leah cruzó sus fornidos brazos sobre el pecho: «Soy yo. ¿Qué problema tiene, señor?».

«Pero ¿se está usted burlando de mí, o qué?»

Tamar notó que se le helaba la sangre por la ofensa que había recibido Leah.

«Vaya, vaya, con el señor», dijo Leah en un tono de lo más sosegado aunque los labios se le habían puesto blancos y las largas cicatrices que le cruzaban la mejilla se le marcaron de golpe. «¿O sea que también quiere que el dueño del restaurante sea a la carta?»

El hombre se puso todavía más rojo. Los ojos se le enturbiaron. La mujer que estaba sentada a su lado, una mujer rellena, enjoyada con unas cadenas doradas, posó una mano apaciguadora sobre el brazo de él. Leah, con un gran dominio sobre sí misma del que Tamar carecía, se sobrepuso enseguida, envió a Samir a la cocina a por otra botella de vino y dijo que esta corría por cuenta de la casa. El hombre gordo siguió protestando un poco, pero finalmente se calló.

«Qué cerdo», dijo Leah. «Es un pez gordo en el ejército, me parece que general o algo así. Se cree que tiene a todo el país en el bolsillo. Es un pendenciero, de los que pagaría por reñir.» Se sirvió muy deprisa un poco de vino y Tamar vio que le temblaba la mano.

«Una nunca se acostumbra», reconoció Leah con un suspiro.

«¡Ni se te ocurra hacerle caso!», salió Tamar a consolarla, como de costumbre. «Piensa solo en todo lo que has hecho en la vida y por lo que has pasado, cómo saliste de allí, cómo te fuiste a Francia, sola, y los tres años que estuviste aprendiendo en aquel restaurante.» Leah la escuchaba con una extraña mezcla de anhelo y desesperación, al

tiempo que las largas cicatrices de la mejilla le palpitaban como si fluyera por ellas sangre. «Y cómo construiste este lugar, y todo por ti misma, y cómo estás criando a Noiku, ¿eh?, que no hay otra madre mejor que tú en el mundo entero, así es que ¿qué pueden importarte a ti esas tonterías?»

«A veces pienso», murmuró Leah, «que si tuviera aquí a un hombre, a alguien que agarrara a basuras como esa por el cuello de la camisa y lo mandara a la mierda... Un Bruce Willis...»

«O un Nick Nolte», se rió Tamar.

«¡Pero blando por dentro!» Leah levantó el dedo. «Que sea un amorcito.»

«Una especie de Hugh Grant», exclamó alegremente Tamar, «que te quisiera y te mimara.»

«No, que de él no me fío. Tan relamido. Tú también tienes que tener cuidado y alejarte de los tipos como él, porque sientes una debilidad especial por ellos, que ya me he dado cuenta. Lo que yo necesito», se rió Leah, y Tamar sintió que el corazón se le ensanchaba de alegría, porque había logrado volver a sacar a Leah de su abatimiento, «lo que yo necesito es un Stalone, pero relleno de Harvey Keitel, el que vimos en *Smoke.»*

«Eso no existe», suspiró Tamar.

«Pues tiene que existir», dijo Leah, «y tú también necesitas uno.»

«¿Yo? Yo ahora no estoy en esas.» No tenía la cabeza como para meterse en algo así. Cualquier pensamiento relacionado con el amor o con intimar con alguien le resultaría muy peligroso en ese momento. Leah la miró y se preguntó cómo Tamar era capaz de hacerse eso a sí misma. Por qué se destruía así, y a su edad. De repente, casi dio un salto en el aire, ¡huala, Dios mío, pero si esa semana cumplía dieciséis años! ¿Verdad? ¿Me equivoco? Calculó con rapidez mentalmente, ¡pues claro!, ¡era esa misma semana! ¡Y Tamar sin decir ni una palabra! Estará sola en la calle, ¿cómo es posible?, ¿cómo...? Leah estuvo a punto de decir algo pero en ese momento llegó Tsión desde la cocina con el postre, así es que se limitó a comentar «Pero ¿qué es lo que pasa hoy, que vais saliendo uno tras otro?». Y Tsión se rió. «En honor a Tamar.»

Tamar paladeó el helado de miel y lavanda y lamentó no poder construirse unos depósitos en el cuerpo para ir tranquilamente comiendo de ellos durante el mes siguiente. Lamió la última cucharadilla, y Leah, distraídamente, movió los labios a la vez que ella.

«Vamos a ver si lo he entendido todo», dijo después. «¿Cuándo vas a salir a la calle por primera vez?»

«Creo que tiene que ser ahora, en cuanto termine de comer», dijo Tamar sintiendo un ligero estremecimiento. «Esto comienza ya.»

«¡Pero criatura!» Leah no logró disimular un profundo suspiro. «¿Y cuándo me vas a llamar?»

«Quiero que sepas que no pienso llamar a nadie durante todo este mes», dijo Tamar, entrecruzando los dedos con fuerza, «y luego, aproximadamente después de un mes, hacia mediados de agosto, dependiendo de mi situación allí y si todo marcha bien, te llamaré para pedirte que vayas con el escarabajo.»

«¿Y adónde tendré que llevarte entonces?»

Tamar sonrió con cierta crispación: «Cuando llegue el momento, ya te lo diré».

«Eres increíble.» Leah sacudió la cabeza, deseando que todo terminara ya y que Tamar volviera.

Se levantaron y se dirigieron a la cocina. Tamar les dio las gracias a todos por aquella comida tan especial y abrazó y besó al cocinero y a la cocinera, a los pinches y a los camareros. Leah propuso un brindis por Tamar, para que todo le fuera bien en el largo viaje que le esperaba. Todos brindaron mientras la miraban con recelo. No les parecía que tuviera el aspecto de alguien que se marcha de viaje. El aspecto que tenía era el de antes de una operación.

Tamar, que empezaba a sentir los efectos del vino, se quedó mirando, en aquella cocina abarrotada y llena de vapor, los amados rostros que la rodeaban. Pensó en las muchas horas que había pasado allí, con las manos sumergidas hasta el codo en un montón de perejil picado, o rellenando hojas de parra con arroz, piñones y carne. Hacía dos años, a los catorce, había decidido dejar el colegio para meterse a ayudante de cocina en el restaurante de Leah. Esta accedió, y Tamar

estuvo trabajando allí varias semanas, hasta que su padre se enteró de que no acudía al colegio. Entonces llegó al restaurante gritando y amenazando con que llevaría unos inspectores si su hija volvía a poner los pies allí. En estos momentos Tamar casi sintió nostalgia de aquella vergonzosa escena: ver a su padre tan agresivo y furioso, luchando por ella. Volvió, pues, a los odiados estudios, y a Leah la veía solo en su casa, cuando iba a cuidar a Noa, su niñita querida. Pero todavía no había renunciado a la idea de dedicarse a la restauración, porque de cualquier manera, pensaba ahora, en mi otra carrera ya no tengo mucho futuro, que digamos.

Leah la acompañó afuera. En el callejón revoloteaba un delicado aroma a jazmín. Una pareja abrazada pasó junto a ellas, balanceándose un poco, riéndose de sus cosas. Ellas se miraron y se encogieron de hombros. Leah le había enseñado una vez que todas las parejas tienen un secreto que solamente tiene sentido para los miembros de la pareja. Sin secreto, no hay pareja.

«Escúchame, corazón», dijo Leah, «no sé cómo decírtelo, pero de todas maneras voy a hacerlo. No te enfades, ¿vale?»

«Antes veamos», dijo Tamar.

Leah cruzó los brazos sobre el pecho: «Si tú quisieras, yo podría ahorrarte todo ese jaleo. Un momento, déjame que termine de hablar...».

Tamar alzó las cejas y se quedó callada, aunque ya sabía de lo que se trataba.

«Mira, una sola llamada de mi parte a alguien que todavía se acuerda de mí desde entonces, de aquellos tiempos. No es ningún problema para mí.» Tamar había levantado ya la mano para hacerla callar. Sabía la fuerza de voluntad que Leah había tenido que emplear para arrancarse de su mundo anterior y para desintoxicarse de todo a lo que era adicta —sustancias y personas— y también recordaba muy bien lo que Leah le había dicho una vez, que cualquier contacto con aquel mundo podía volver a complicarle la vida.

«Gracias, pero no.» Aunque estaba muy emocionada por la propuesta.

«Me basta con llamar a uno que yo me sé», continuó Leah, mientras

intentaba sonar convincente. «Estoy segura de que ese en el que estoy pensando conoce a esos facinerosos tuyos. En una hora caerá sobre ellos con veinte colegas y te lo saca de allí.»

«Gracias, Leah.» Ni siquiera se podía permitir pensar en esa posibilidad, aunque la tentación fuera enorme.

«Algunos están solo esperando que yo les pida algo», dijo mirando al suelo.

Tamar la abrazó, le llegaba al pecho, y se colgó de ella. «Qué corazón más grande tienes», le dijo bajito.

«¿Sí?», respondió Leah. «Pues lo que siento es no tener casi tetas.» Abrazó y envolvió con sus brazos el cuerpo menudo y delgado de Tamar. Con compasión rozó los huesudos hombros de esta. Permanecieron así abrazadas un buen rato. Tamar se quedó meditando en que aquel era el último abrazo que iba a recibir de alguien antes de ponerse en marcha, y como Leah lo notó o lo adivinó, puso todo su empeño en que fuera el mejor y más grande de los abrazos, el más maternal y también el más paternal. «Solo una cosa: cuídate mucho», murmuró Leah, casi sin voz, por encima de la cabeza de Tamar, «porque allí, y eso lo sé yo muy bien, nadie te va a cuidar.»

A un paso de la calle principal, Tamar se detuvo. Desde la esquina de la última casa del callejón lanzó una mirada preocupada y disgustada. Examinó el ruedo al que se echaba y se vio sin fuerzas para lanzarse dentro. Se sentía como una actriz o una cantante que un instante antes de la escena principal espía nerviosa a través de un agujero en el telón intentando adivinar lo que le espera aquella noche frente al público.

De repente la soledad, el miedo, la autocompasión, y contrariamente a todo lo que había planeado durante meses con todo detalle y precisión, e incluso con una especie de crueldad contra sí misma, se subió a un autobús, tal y como estaba, sin pelo, andrajosa, a pleno día, y fue hasta su casa, entró en el patio y rezó para que ninguno de los vecinos la viera y para que la jardinera no trabajara ese día, aunque sabía que aunque la vieran no la reconocerían.

En cuanto abrió la verja notó cómo el aire a su alrededor se calentaba un poco y cobraba vida arremolinándose en un torbellino

grande de alegría de vivir y de amor, un torbellino cubierto de piel dorada y que salía a su encuentro, una lengua cálida, grande y áspera que se paseó una y otra vez por su cara, en medio de un instante de sorpresa, de ligera turbación, pero qué alivio, una sensación de auténtica redención: en un abrir y cerrar de ojos la perra había identificado su olor, su esencia.

«Ven, Dinka, que no voy a poder pasar por esto yo sola.»

«Una vez», empezó Teodora, «érase una vez...» Se rió, porque Asaf parecía sorprendido de su tono de narradora. Se acomodó mejor en el asiento, chupó un gajo de limón para refrescarse la garganta, y después, con un discurso fluido, gesticulando muy aspavientosa y los ojos resplandecientes, le contó una historia desde el fondo de su corazón, la historia de su vida, de la isla de Lyksos y de Tamar.

Una vez, hará más o menos un año, un domingo, a la hora en que Teodora se solazaba con su siesta, sintió que el cuerpo se le sacudía conmocionado al oír una voz muy potente que restallaba contra su ventana, una voz que reproducía aullidos y silbidos, hasta que se fue aclarando poco a poco convirtiéndose en la cálida voz de una muchacha que la instaba con insistencia a que se asomara a la ventana.

Es decir, no a ella en concreto, sino «al muy respetable monje que vive en la torre del campanario».

Se apresuró a levantarse, se acercó a la ventana rodeada de flores de buganvilla y vio que, justamente al otro lado de la tapia del convento, en el patio de la escuela, había colocado un bidón. Encima del bidón estaba de pie una muchacha menuda de pelo negro, alborotado y salvaje, que sostenía en la mano un megáfono y le hablaba a ella.

«Estimado monje», dijo la muchacha con educación, para callarse atónita al comprender que la cara arrugada que había en la ventana era la de una mujer. «Estimada monja... eh... estimada hermana», se corrigió indecisa, «quiero contarle una leyenda que quizá usted

conozca.»

Pero entonces Teodora recordó que hacía aproximadamente una semana había visto a esa misma muchacha en lo alto de su magnífica higuera, sentada en una de las ramas más grandes, apuntando algo en un cuaderno grueso y devorando distraídamente higo tras higo. Teodora, que hacía tiempo que ya estaba preparada para eso, dirigió hacia aquella muchacha tan amante de los higos, el tirachinas del que se servía para ahuyentar a los muy ladrones de los pájaros, y le disparó el hueso pulido de un albaricoque.

Y le dio. Por un momento se sintió muy orgullosa. Había vuelto a experimentar que no había olvidado el arte de disparar que dominaba desde su infancia en la isla, cuando la enviaban con sus hermanas a acechar en los viñedos a los insaciables cuervos. Teodora oyó el chillido de sorpresa y de dolor de la muchacha cuando el hueso le dio en el cuello. La chica se llevó la mano al lugar del dolor, perdió el equilibrio y cayó, rama tras rama, hasta golpearse contra el suelo. Teodora pasó entonces por un momento de profundo arrepentimiento. Quiso correr para prestarle ayuda, disculparse desde lo más hondo de su corazón y suplicarle que ella y sus amigos dejaran de una vez por todas de robarle la fruta. Pero como estaba prisionera de por vida en su casa, no se movió de donde estaba y pagó su culpa con un pequeño y doloroso castigo que consistió en obligarse a ver cómo la muchacha se levantaba del suelo cojeando, le lanzaba una mirada llena de enojo, le daba la espalda y con un gesto repentino se bajaba los pantalones y le mostraba las nalgas en un turbador visto y no visto.

«Había una vez, en un país lejano, un pueblecito cerca del cual vivía un gigante», empezó la muchacha a contar por el megáfono, después de aquel amargo suceso, y la monja la escuchaba atónita con el corazón brincando y lleno de una extraña felicidad por el hecho de que la chica hubiera vuelto. «El gigante tenía un jardín muy grande en el que había muchísimos árboles frutales. Había allí albaricoqueros y perales, melocotoneros y guayabos, una higuera, un cerezo y un limonero.»

Teodora fue paseando los ojos por sus propios árboles. La voz de la muchacha le gustaba. No había en ella rastro de hostilidad. Al contrario, aquello era una especie de invitación a conversar, y Teodora lo notó enseguida. Pero allí no había solo una invitación a hablar: la muchacha le hablaba como si le estuviera contando un cuento a un niño pequeño, y su voz suave y tranquilizadora resonaba en lo más profundo de la memoria de la monja propagándose en ella como a través de unas ondas.

«A los niños del pueblo les gustaba jugar en el jardín del gigante», continuó la chica, «subirse a los árboles, bañarse en la pequeña acequia, corretear por la hierba... Perdón, estimada monja, querida hermana, no le he preguntado tan siquiera si entiende usted hebreo.»

Teodora se despertó de su dulce éxtasis. Cogió una hoja de papel de su escritorio, lo enrolló para hacerse con un pequeño megáfono y con su voz algo chillona, una voz que hacía años que no practicaba; el hablar en voz alta, le anunció a la muchacha que hablaba, escribía y leía hebreo de corrido, que lo había aprendido en su juventud de boca del señor Eliasaf, que había sido maestro de la escuela Yajkemoní y que para ganarse un sobresueldo daba clases particulares a quien se lo solicitara. Cuando hubo terminado su breve pero detallado discurso, tuvo la impresión de ver una primera sonrisa en los ojos de la muchacha.

«Y tú no la has visto cuando sonríe», le susurró Teodora a Asaf, «con un hoyuelo que tiene aquí». Y le rozó la mejilla mientras él se quedaba un poco sorprendido porque le pareció notar el hoyuelo de aquella chica, de Tamar, en su propia mejilla, el hoyuelo de una chica con la que él en realidad no tenía nada que ver, así es que todavía menos con su hoyuelo. Teodora pensó para sus adentros: Te has ruborizado, querido amigo, y en voz alta añadió: «El corazón se te sale de gozo cuando ella sonríe, no, no te rías. ¡Yo nunca exagero! ¡El corazón te salta en el pecho y te golpea con las alas!».

«Pero el gigante no quería que los niños jugaran en su jardín», continuó la chica de pie en el bidón, «no quería que disfrutaran de los frutos de sus árboles, no estaba de acuerdo con que cortaran las flores que allí crecían ni que se bañaran en su acequia. Así es que construyó un muro alrededor de su jardín. Un muro grande y ancho.» Levantó los ojos hacia los de la anciana. Tenía una mirada concentrada y penetrante, mucho más madura de la que correspondía a su edad, y Teodora sintió que lentamente empezaba a invadirla la añoranza.

También Asaf la escuchaba hipnotizado. Sonreía sin darse cuenta, como si estuviera viendo delante de él la situación: la monjita atisbando desde la ventana, el amplio jardín, exuberante, y al otro lado de la tapia, subida al bidón, la chica. En honor a la verdad, a él le daban un poco de miedo las chicas que se atrevían a subirse a bidones y hacían cosas como aquella (¿como aquella?, cosas tan críticas, tan especiales, tan rebeldes, tan originales). Sí, él siempre había sabido reconocerlas desde lejos y esquivarlas con delicadeza, a todas esas chicas tan informadas, tan decididas y tan seguras de sí mismas; esas que creen que el mundo es suyo y para las que cualquier cosa es un juego y una diversión. Y que por supuesto se sienten muy superiores a los chicos como él, corpulentos, algo lentos y un poco ridículos.

Pero Teodora miraba a la chica del bidón y unos pensamientos muy distintos se despertaron en ella. Llevó hasta la ventana la silla de madera tallada, en la que hacía ya años que no se sentaba, y que era la silla-atalaya desde la que había esperado la llegada de los peregrinos. Una enorme pila de libros se amontonaba sobre ella, pero Teodora, con un solo movimiento de la mano, los echó sobre la cama. Luego se sentó, un poco rígida y tensa. Pero al cabo de un momento su cuerpo brincó de la silla y rodó hacia la ventana, de manera que solo sus ojos asomaban por encima del alféizar mientras la barbilla le descansaba en las palmas de las manos.

El jardín de Teodora se encontraba rodeado por un muro de piedra

del lado que daba a la calle, pero del colegio colindante lo separaba solamente una valla de red metálica alta y fea. Esa valla no impedía la entrada de los ruidosos alumnos, a quienes el aroma de la fruta madura robaba el sentido. Por la mañana se trataba de los alumnos del colegio, y por la tarde, eran los niños del coro que allí ensayaba. Nasrián, el jardinero armenio de Teodora, que también hacía las veces de amo de llaves, tesorero, carpintero, cerrajero y correo de las múltiples cartas de ella, se veía obligado a parchear una y otra vez la valla, porque todas las mañanas aparecían nuevos agujeros. El jardín, que en el pasado había proporcionado a Teodora un gran placer, le suponía ahora una verdadera tortura, hasta el punto de que en más de una ocasión, en momentos de desesperación, llegó muy seriamente a considerar la posibilidad de talar todos los árboles, así ni para mí ni para ellos.

Ahora, mientras la chica le hablaba, toda su congoja iba desapareciendo. Aunque no conocía la leyenda que la muchacha le estaba contando, aquella voz tan clara la llevó a una extraña meditación: pensó en su madre, que siempre estaba ocupada y cansada, siempre con un bebé nuevo atado a la espalda, y que nunca tuvo tiempo de estar solo con Teodora, las dos solas. Y entonces, quizá por primera vez en su vida, la asaltó el pensamiento de que su madre jamás le había contado cuentos ni le había cantado canciones; y de ahí se deslizaron sus reflexiones suavemente hacia el pueblecito de la isla de Lyksos, hacia las casas encaladas de blanco, a las redes de los pescadores, hasta los siete molinos de viento y las casitas de los ventanucos romboides, construidas especialmente como viviendas para las palomas de la isla, y hasta los oscuros pulpos colgados en las cuerdas de secado... Hacía años que no veía el pueblo con tal claridad, los patios de las casas y las estrechas callejas. Estas estaban pavimentadas con cantos rodados, llamados en boca de las gentes de la isla «cabezas de mono». Hacía casi cincuenta años que no se acordaba de ese nombre. Casi cincuenta años se había prohibido a sí misma regresar allí ni tan siquiera por un solo instante, y para conseguirlo, había rodeado de murallas aquel enclave, porque sabía que el corazón se le partiría por la añoranza y el dolor y que no lo

podría resistir.

«Coge unas uvas», le dijo a Asaf, en voz baja. «Endúlzate, porque la historia que ahora viene es muy amarga.»

Unos setenta años antes de que Teodora naciera, decidió Panorios, el principal del pueblo, un hombre riquísimo, culto y viajado, donar una gran suma de dinero con el fin de erigir, para las gentes de su isla, una casa en la ciudad santa de Jerusalén. Panorios en persona había peregrinado a Tierra Santa en el año de mil ochocientos setenta y uno, y se encontró apretujado entre cientos de campesinos rusos en la apestosa posada que había construido Rusia para sus peregrinos. Pasó unas semanas muy duras en compañía de unas gentes que no entendían su idioma, y cuyas costumbres y modales resultaban a sus ojos repugnantes e incluso execrables. Fue víctima de la arbitrariedad de los guías que abusaban de los peregrinos inocentes robándoles el poco dinero que tenían, y cuando enfermó, no encontró ningún médico que supiera curarlo ni que comprendiera de su boca la descripción de su padecimiento. Cuando finalmente regresó a la isla, agonizando a causa del tifus y enajenado por las alucinaciones, le dictó a su secretario, en el lecho de muerte, su última voluntad: que se construyera en la ciudad santa un lugar en el que pudieran reunirse las gentes de la isla de Lyksos que peregrinaran a Tierra Santa; que tuvieran una casa en la que reclinar sus fatigadas cabezas, en la que lavarse los pies después de un largo viaje, una casa en la que les hablaran en su lengua e incluso en el dialecto propio de las islas Cícladas. Y una condición añadió a todo eso: que para siempre habitara en esa casa una sola y única monja, una de las niñas de la isla escogida tras haberlo echado a suertes. Toda su vida de pureza la pasaría en esa casa, y jamás la abandonaría, ni por un solo instante, de manera que sus días estarían consagrados a esperar a los peregrinos y a asistirlos.

La chica, de pie en el bidón, seguía contando su historia, pero Teodora se veía ya arrastrada por las corrientes silenciosas que la inundaban. Recordó el día en el que los ancianos se reunieron en la casa del nieto de Panorios para echar a suertes, por tercera vez desde que se erigió la casa en Jerusalén, a qué chica le tocaría ir. Durante el tiempo transcurrido desde la muerte de Panorios, ya habían sido enviadas a Jerusalén dos chicas de la isla: la primera había perdido el juicio después de cuarenta y cinco años, y entonces enviaron en su lugar a la niña Amarilia de rubias trenzas. Pero ahora urgía sustituir también a la doliente Amarilia, y las malas lenguas decían que la enfermedad que ella padecía tampoco era una dolencia física. En aquel preciso momento se encontraba Teodora, con doce años, tendida desnuda y bronceada como una ciruela, en el saliente de una roca de su cala secreta. Con los ojos cerrados pensaba en un muchacho que últimamente había empezado a seguirla adonde quiera que ella fuera y a molestarla, burlándose de su cara triangular, de sus piernas siempre arañadas, y llamándola «miedica» y «niña». El día anterior, cuando regresaba sola de la playa, le había cerrado el camino y le había ordenado que se prosternara ante él si quería que la dejara pasar. Ella se había abalanzado sobre él y habían permanecido luchando en silencio durante varios minutos, oyéndose solamente sus gemidos y resoplidos. Ella arañaba, mordía y escupía como una gata y se juró que lucharía contra él hasta la muerte. Al final, cuando él casi la tenía vencida, se oyó el ruido de las ruedas de un carro que se aproximaba. Él se levantó y salió huyendo, pero cuando Teodora se incorporó del polvoriento suelo, se encontró con que le había dejado algo: un pollino que él mismo había modelado con un largo alambre.

Allí estaba, tumbada en la repisa del saliente de la cálida roca, meditando acerca de lo que el día le depararía a su regreso de la playa y recordando el fuerte y extraño olor a sudor que había percibido mientras luchaban, cuando oyó unas potentes voces a lo lejos. Se sentó y vio una pequeña figura que corría y gritaba con todas sus fuerzas en la cima de la colina: al principio no entendió los gritos. Después le pareció que oía algo conocido. Se incorporó sobre las rodillas. La diminuta figura había salido, según parecía, de la casa del nieto de

Panorios. Teodora la siguió con la mirada y se dio cuenta de que se trataba de un niño. Un niño pequeño, medio desnudo, que corría y bajaba a lo largo de la línea del cielo y que agitando las manos gritaba enloquecidamente el nombre de ella.

Al cabo de tres días fue enviada a su destino. No hubo posibilidad de protestar ni de oponerse. Ahora volvía a agitarse en ella con una fuerza efervescente la magnitud de aquel ultraje. Su padre y su madre se sentían tan desgraciados como ella, claro está, pero no entraba en sus cálculos oponerse a la decisión de los ancianos de la isla. Teodora recordaba ahora la fiesta de despedida que le prepararon, la burra blanca engalanada de flores, los dulces de azúcar glaseado con la forma de la torre de Jerusalén. Y el juramento que la obligaron a hacer de que jamás dejaría la posada de los peregrinos cuyas ventanas miraban a poniente, en dirección al mar.

La formulación exacta del juramento ya no la recordaba, pero como en una pesadilla volvía a ver ahora la cara de negra barba del principal del pueblo y los labios carnosos del sacerdote que la tomó de la mano y la colocó sobre la plataforma de hierro en forma de rombo, ante los ojos del pueblo entero. Ella sabía que podía adquirir la libertad solo con emitir un grito de dolor, o incluso un suave gemido. Pero al levantar los ojos vio, en una roca lejana, más allá de su peñasco, los ojos ardorosos de aquel muchacho, de manera que su orgullo no le permitió gritar.

La chica desconocida seguía hablando subida al bidón. Teodora suspiró profundamente, y en medio del temblor que se había apoderado de ella, casi volvió a sentir el olor de la travesía por mar —el primer y último viaje que hacía en su vida— hasta el miserable puerto de Jaffa, y vio el largo camino hasta Jerusalén, en un viejo autobús, que gemía como un ser humano, y recordó también la sensación de asombro físico que la invadió cuando por primera vez en su vida se encontró en un lugar que no era una isla.

A altas horas de la noche, cuando un carretero de Bujara la dejó con los paquetes de sus pertenencias ante el portón del convento, supo que su vida había terminado. La hermana Amarilia le abrió la puerta y Teodora quedó horrorizada ante la visión de aquella cara reducida y

vidriosa, la cara de una persona enterrada en vida.

Durante los dos años que pasó con la hermana Amarilia, no llegó a la casa de Jerusalén ni un solo peregrino. Teodora fue creciendo y haciéndose más y más bella, pero en Amarilia veía reflejado con todo detalle lo que sería de ella en la edad adulta y en la vejez. Prácticamente todas las horas del día las pasaba Amarilia sentada en la silla alta, junto a la ventana que miraba a poniente, en dirección hacia donde presumiblemente se encontraba el puerto de Jaffa, y esperaba. Durante los decenios que llevaba allí encerrada incluso había olvidado a los miembros de su familia, las letras del abecedario y a las gentes de la isla de Lyksos que la habían enviado allí. Se había ido consumiendo hasta convertirse en una finísima vara, en una cicatriz de mirada blanca.

Un mes después de que pasara a mejor vida y de que fuera enterrada en el patio del convento, llegó la terrible noticia: un terremoto había tenido lugar en el mar Egeo, el gran terremoto del cincuenta y uno. La isla se había partido en dos y desde el mar había llegado una ola gigantesca que en contados segundos se llevó a todos sus habitantes a las profundidades del mar.

Pero no, no era en eso en lo que quería pensar ahora, mientras que fuera, al otro lado de los árboles frutales, resonaba melodiosa aquella voz clara y atrevida que la transportaba a su infancia, enterrada bajo cincuenta años y grandes cantidades de agua. Tampoco sabía por qué se dejaba llevar por la tentación de aquella voz que, aunque hablaba, parecía estar cantando. Apretó con fuerza los puños contra los ojos, como si quisiera huir de la visión de la muchacha subida al bidón, y se vio, a través de infinidad de centelleos, a sí misma, a la Teodora enérgica, arrogante e impetuosa, brincando abrazada a sus dos mejores amigas, mientras que ahora... ¿Dónde estarás, Alexandra la risueña, ágil cabrilla montesa, y dónde tú, Katerina, la que conocía todos mis secretos? Las gentes del pueblo salían flotando hacia ella, se golpeaban contra sus párpados cerrados mientras le suplicaban que las recordara: sus hermanas, sus hermanos mayores, sus dos hermanos gemelos, tan pequeñitos, que se habían quedado ciegos el mismo día por mirar al astro rey durante un eclipse de sol. Tampoco ellos existían ya, ni aquel muchacho tan tonto y hermoso.

Con la manga del hábito se secó los ojos húmedos, dirigió la mirada hacia la chica encaramada al bidón, hacia sus árboles frutales, y pensó que en realidad se estaba portando como una tonta, hasta de forma despreciable. Los árboles se inclinaban bajo el peso de los frutos que nadie, excepto ella, cataba. Incluso después de los viajes diarios de los alumnos del colegio vecino, la fruta se pudría a montones en las ramas. Ella luchaba contra los niños porque se la robaban, cosa que ella no podía soportar; pero ¿y si, por ejemplo, les permitiera llevarse una poca? Puede que de una vez por todas terminara aquella fea guerra...

El silencio la despertó de sus reflexiones. La chica había terminado de hablar y, por lo visto, esperaba una respuesta.

Ahora que el enorme megáfono no le ocultaba media cara, Teodora vio lo dulce que era. En esa cara despejada y hermosa, de ojos sinceros, tímidos y provocadores a un tiempo, había algo que indicaba atrevimiento y rectitud y que logró atravesar en Teodora todas las

capas calizas de la edad, del tiempo y de la soledad. Así, pues, Teodora cogió su improvisado megáfono de papel y le comunicó, con una voz que se esforzaba porque pareciera seria, que estaba dispuesta a negociar con la muchacha.

«Y así fue como empezó todo», se rió Teodora suavemente, y Asaf estiró los brazos como si se despertara de un extraño sueño. «A la mañana siguiente vinieron y se sentaron conmigo en esta habitación —Tamar con un amigo y una amiga íntimos— y me presentaron un proyecto modélicamente detallado.»

En él aparecían anotados todos los árboles del jardín, una lista de los niños del coro interesados en participar en el arreglo y una tabla con los turnos, es decir, de qué árboles podrían coger fruta en una determinada semana…

«Así fue como se acabó la guerra», se rió Teodora, «en un solo día.»

Ha llegado el momento, pensó Tamar, ya no me puedo echar atrás. Arrastraba los pies sin encontrar un lugar en el que ponerse, porque en cada sitio en el que se detenía le parecía que el asfalto estuviera ardiendo bajo sus pies. Para tranquilizarse un poco se acordó de que, en realidad, había pasado ya por muchísimos «momentos» igual a ese durante los últimos meses; como la primera vez que se atrevió a dirigirse a alguien de las chabolas de los alrededores del mercado para enseñarle la foto que llevaba y preguntarle si lo conocía; o la primera vez que le compró la mercancía a uno de los camellos de la plaza de Sión —un enano culón que llevaba un gorro de lana de colores y al que uno podía imaginarse muy bien en el escenario de un teatro en el papel de un simpático troll en el país de los cuentos— con el que mantuvo un breve pero fuerte regateo sin que nadie pudiera llegar a sospechar que el corazón le atronaba como un tambor mientras el dinero y la mercancía cambiaban de manos y cuando después se guardaba la bolsita enrollada en el calcetín, sabiendo que llevaba suficiente cantidad para los primeros días de la operación rescate…

Pero ahora, a pesar de todo, había llegado el momento más difícil. Permanecer de repente allí de pie, en medio de la ciudad, en el lugar más transitado, en la calle peatonal de Ben Yehuda, una calle por la que había pasado antes más de un millón de veces como una persona normal, como una persona libre…

Ahí se veía caminando con Idán y Adí, lamiendo un Magnum tras el ensayo del coro, o sentados tomándose un capuchino y riéndose del nuevo tenor, un chico ruso, que sin ningún complejo se había atrevido a competir con Idán en los solos. «Otro campesino bocazas de los Urales», masculló Idán sobre su taza, para después mover las aletas de la nariz de una forma que las hizo llorar de risa a las dos; también Tamar se había reído, incluso mucho más alto que Adí, puede que para no oír lo que pensaba sobre sí misma en aquel momento. Durante toda aquella época había seguido riéndose de la misma manera, porque no podía asimilar la maravilla de que por primera vez en la vida se hallara en el bando de los que disfrutaban, que formara parte de ese grupo pequeño y unido que hacía ya un año, dos meses, una semana y un día que estaban juntos, tres jóvenes artistas, con un nada frecuente pacto de fraternidad por el que se mantenían una mutua fidelidad. O eso era por lo menos lo que ella creía.

Y ahora tenía que caminar por el mismo lugar completamente sola, y encontrar un sitio a una distancia prudencial del ruso viejo que tocaba el acordeón, y así, en medio del fluir intrínseco a la calle, detenerse, quedarse quieta en un lugar concreto, mientras ya había alguien que la miraba algo molesto y que la adelantaba con una expresión de impaciencia, de manera que al momento se sintió ya como la pequeña hoja de un árbol que hubiera decidido remontar la corriente del río. Pero ahora no podía permitirse vacilar, no debía pensar, ni tan siquiera tomar en consideración la posibilidad de que alguien la reconociera, se le acercara y le preguntara qué significaba toda aquella locura. Porque qué inocencia —o estupidez— había sido creer que un afeitado de cabeza y un mono iban a poder transformarla hasta ese extremo. Y además de todo, si alguien iba a dudar por un momento si se trataba o no de ella, enseguida vería a Dinka y ya lo sabría. ¡Qué tontería había hecho con eso de llevarse a Dinka! De

repente veía expuestos a la vez todos los errores que había cometido, una cadena de tonterías y descuidos en la planificación. ¿Cómo era posible? ¡Mira lo que has hecho! ¿Quién te crees que eres? A fin de cuentas, una niñata que intentaba jugar a James Bond. Se detuvo un momento y se quedó encogida, algo doblada. Como si le estuvieran propinando una paliza, pero por dentro: ¿cómo no habría adivinado que eso era exactamente lo que iba a suceder y que a la hora de la verdad se le revelarían todos lo zurcidos y los agujeros, porque contigo siempre pasa lo mismo? Siempre llega el momento en que tus fantasías chocan finalmente con la realidad, y entonces, el globo que tú eres, te explota en medio de la cara… Algunas personas la adelantaban por los dos lados, un poco enfadadas y empujándola. Dinka dejó escapar un suave ladrido, de alerta. Tamar volvió en sí. Se mordió el labio. Basta, deja de compadecerte. Obedece las órdenes. Tienes que colocar el magnetófono grande que llevas en el bordillo de piedra, presionar el botón de marcha, subir el volumen, más, todavía más, que esto no es una habitación, es la calle, esto es Ben Yehuda Street, olvídate ya de ti, ahora no eres más que un instrumento, desde este momento eres solamente la herramienta para llevar a cabo tu misión, no más que eso, escucha las notas, esas amadas notas, el sonido de su guitarra, de la guitarra de Shai, mira su largo pelo de color miel cayéndole por la mejilla cuando tocaba para ti en su cuarto, déjalo que te envuelva, que te derrita, y en el momento oportuno, preciso…

Suzanne takes you down
To her place near the river
You can hear the boats go by
You can spend the night beside her
And you know that she’s half crazy
But that’s why you want to be there…

Días enteros se había pasado dudando con qué canción iniciaría su carrera en la calle. También eso debía planearlo, naturalmente, exactamente igual a como había planificado y calculado la cantidad de

agua potable que debía haber en la cueva, el número de velas y los rollos de papel de váter. Así es que al principio había pensado cantar algún tema hebreo conocido, de Yehudit Ravitz o de Nurit Galron. Algo cálido, rítmico e íntimo, algo que no la pusiera en tensión y que pudiera ir bien en la calle. Pero por otro lado sentía aquel cosquilleo, la eterna tentación de sorprenderlos ya desde el principio con algo completamente inesperado, con un aria, la segunda de Querubino en *Las bodas de Fígaro* de Mozart, por ejemplo, y así hacerles oír a todos, ya desde el primer momento, la opinión clara y firme que tenía sobre sí misma y sus intenciones en esa calle, que consistían en hacerles saber cuanto antes lo distinta y diferente que era de todos los demás que allí había...

Porque en su imaginación tenía una valentía sin límites. Fantaseando, lanzaba su torrente de voz a todo lo largo y ancho de la calle llenando con ella todo el espacio y bañando a la gente con una especie de elixir relajante y purificador. Fantaseando había elegido cantar muy alto, hasta lo ridículo, incluso, impactarlos ya desde el principio con un tono muy alto, y dejarse llevar sin reprimirse hasta el solo que siempre la aturde un poco cuando lo canta, embriagada por el placer de despegar sin ninguna clase de cortapisas desde su interioridad más profunda hasta las alturas más vertiginosas. Pero al final fue a escoger precisamente «Suzanne», porque le gustaba la canción y porque le gustaba la voz cálida, derrotada y triste de Leonard Cohen y, sobre todo, porque pensó que le sería más fácil, por lo menos al principio, cantar en un idioma extranjero.

Pero enseguida, pasados dos o tres segundos de la canción, algo comenzó a ir mal: se dio cuenta de que había empezado demasiado flojo y demasiado insegura. Sin carisma, decretaba Idán en su cabeza, acallándola. ¿Qué le pasaba? ¡Con tal de que no lo echara todo a perder! Pero si precisamente era el canto el único punto de todo aquel complicado plan, el único punto en el que estaba completamente segura de sí misma, y ahora resultaba que también eso iba a ser mucho más difícil de lo que se había imaginado. Y es que había creído que cantar allí sería abrirse y dejar fluir lo que llevaba dentro a los ojos de la calle. Luchó consigo misma y logró sobreponerse algo,

aunque todavía estaba muy lejos de lo que, en ocasiones, se había atrevido a soñar… que de inmediato, con la primera nota, toda la calle contendría la respiración y se rendiría a sus pies. Y es que lo había imaginado hasta en el último detalle cómo el limpiacristales del segundo piso del Burger King detendría sus tristes movimientos circulares, y cómo, también, el vendedor de zumos de frutas pararía la licuadora a mitad del amargo alarido de una zanahoria…

Pero un momento, ten paciencia, no desesperes tan pronto. Ahí hay un hombre, ahí, junto a la zapatería, un hombre que se ha parado y que te está mirando. Todavía se mantiene a distancia, poniendo cuidado en no comprometerse, y sin embargo te está escuchando. Así es que Tamar recobró una pizca del valor perdido. Se irguió un poco más y ahuecó la voz:

… And she feeds you tea and oranges
That came all the way from China
And just when you mean to tell her
That you have no love to give her
Then she gets you on her wavelength
And she lets the river answer…

Y tal y como sucede en la corriente de un río, o de una calle, cuando una rama queda varada, al instante otras se amontonan a su alrededor. Esa es una ley de oro, es un principio de la física del movimiento en el interior de una corriente. De manera que al lado del hombre que la estaba escuchando junto a la zapatería, sin comprometerse, se detuvo otro hombre. Y otro, y otro. Ya eran seis o siete los allí reunidos. Luego ocho. Así es que Tamar controlaba la respiración, refrenaba el arrebato hacia el que su voz se había visto arrastrada de pronto, y atreviéndose a levantar los ojos observó por un momento al pequeño público, a las diez personas que ya se habían reunido a su alrededor…

That you've always been her lover
And you want to travel with her

«¡Con suavidad, que fluya fácilmente, no forzarla, respirar desde abajo, respirar desde los dedos de los pies!» Tamar oía con los oídos del alma a Halina, la tirana venerada. «¡Pobre de ti que cantes con esa tensión en la garganta! ¡Jjj...! ¡Jjj...! Cecilia Bartoli es como tú...» Tamar sonrió para sus adentros mientras sentía una fuerte añoranza por su profesora, y por ella empezó a subir peldaños en su imaginación, desde la garganta hasta el pájaro secreto que tenía en medio de la frente; y Halina, que tenía un poco el aspecto de un pájaro, se apartó precipitadamente del piano, con el ruido del roce de una falda demasiado ajustada, siguió tocando con una mano mientras posaba la otra en la frente de Tamar: «¡Por favor! ¡Qué maravilla! ¡Bravo! ¡Ahora se te oye! ¿Te oirán también en la audición?».

Pero Halina la había preparado para cantar en salas de conciertos, en recitales y con compañías artísticas, con directores de orquesta conocidos o directores de ópera geniales que viajaban constantemente por el extranjero; o para las representaciones de final de curso del coro, frente a un público invitado de incondicionales, entre el que destacaba la mirada orgullosa de mamá (su padre era llevado contra su voluntad y, una vez, hasta se dio cuenta de que mientras ella cantaba él leía algo que tenía sobre las rodillas). En ocasiones acudía también una pareja de amigos de sus padres, cuyos rostros se dulcificaban e iluminaban mientras ella cantaba, esa niña que conocían desde pequeñita, que había nacido dando un grito tan potente, que hasta la comadrona había dicho que sería cantante de ópera, y de la que quedaba una foto en la que aparecía a los tres años agarrada al enchufe de la plancha y cantando...

Pero ahora empezaba a decaer, pues ¿qué esperaba?, solo que era una lástima que sucediera tan pronto. Aunque estaba claro que eso es lo que iba a pasarle allí, a pesar de todo, para que no caiga en el olvido, queridos amigos y padres, era ella la que estaba allí, sin esperar nada. Ella, que se veía obligada a traicionarse a sí misma cuando más necesitaba de sí misma. Así es, mi querida niña, gilipollas, que sepas que, lo que es de verdad, no se puede uno fiar de nadie, ni

siquiera de uno mismo, o mejor dicho, sobre todo nunca de uno mismo.

Con la precipitación vino el desencanto, corriendo y volando se adentró la rata de la desilusión por el interior del estómago y empezó a roerle las paredes. Tamar seguía cantando, no estaba muy claro cómo, pero los malos pensamientos se solidificaron enseguida en otras tantas palabras, en multitudes negras bien conocidas por ella. Lo único que ya pedía era no cantarlas por equivocación.

¡No parar! ¡No quedarse callada! Así gritaba para sus adentros, aterrorizada al ver que la voz le empezaba a temblar por los rápidos e imparables latidos de su corazón. El cuerpo entero se le encogió, los músculos se le agarrotaban, seguro que ya podía oírse allí fuera lo que le sucedía por dentro, seguro que se le notaban la expresión de pánico, los temblores. En unos segundos todo se vendría abajo, lo sabía, y no solamente aquella patética actuación, sino todo lo que la había precedido, tan vacilante y endeble de por sí y siempre pendiente de un hilo. Perfecto, tonta, te está bien empleado, ¿por fin has empezado a darte cuenta de lo que has inventado en tu débil cerebro? ¿Captas ahora hasta dónde has sido capaz de denigrarte? Estás perdida, completamente perdida. Así es que lo que tienes que hacer ahora es recogerlo todo bien recogidito y marcharte a casa lo más discretamente posible. No, no, continúa cantando, se suplicaba a sí misma, por favor, por favor, sigue cantando, se pedía a sí misma casi de rodillas ya, como ante un extraño, como si se tratara de un secuestrador que la hubiera raptado. Si por lo menos tuviera un instrumento en la mano, una guitarra, aunque también un tambor le hubiera ayudado, hasta un pañuelo, como el de Pavarotti, algo a lo que asirse y esconder el cuerpo tras ello. Los latidos del corazón se habían convertido en una línea seguida de golpeteo interno. Alguien dentro de ella estaba reuniendo con una eficiencia satánica todo lo que pudiera destruirla desde allí. Todas las veces que la habían mirado mal en su vida, todas las murmuraciones, las ofensas, las maldades y los oprobios desde tiempos inmemoriales. Las hileras de ratas avanzaban imparables. Mira qué pronto la calle ha puesto al descubierto la mentira que tú eres. No: lo deprisa que te ha puesto al

descubierto la realidad, no la de la imaginación y la fantasía en la que normalmente vives, porque esto es la vida, chata, la verdadera vida, la palpable, la vida en la que una y otra vez intentas entrar para ser aceptada como miembro con todos los derechos y que también una y otra vez te rechaza como un cuerpo rechaza un miembro extraño. «Ya estás otra vez respirando desde el pecho y no desde el diafragma», sentenció Halina cerrando con un chirrido seco la cremallera de su bolso negro y disponiéndose a marcharse. «Tu voz cae por completo en la garganta, te lo he dicho mil veces: ¡no presionar con la garganta! ¡No te quiero como un Mussolini tras la balaustrada!» ¿Y qué hubiera dicho Idán si hubiera pasado por allí en ese momento? «Don't call us, we shall call you». Déjalo, él no va a pasar por aquí, ¿y recuerdas por qué? Exactamente, porque nuestro querido Idán se encuentra ahora en Italia, pero ahora no pienses en eso, por favor, por favor, Idán, Adí y todo el coro, un mes de actuaciones por todo el territorio del trepidante país de la bota. Hoy cantan en el Teatro della Pergola; en este preciso momento, por cierto, tienen un ensayo con la orquesta sinfónica de Florencia. Deja eso ahora, concéntrate, piensa, por ejemplo, que así es como te tienes que ganar la vida. Que sin el dinero que te den, esta noche no cenas. Hasta ayer estaban en Venecia, en el Teatro la Feniche, me gustaría saber qué tal resultó la actuación y si fueron después a ver el Puente de los suspiros y a tomarse un helado de frutas en la plaza de San Marcos. Casi medio año habían estado preparando ese viaje, los tres, porque ella no se imaginaba todavía que su mundo se trastocaría de esa manera. Olvídate de Venecia, ahora, estate con Suzanne, entrégate por completo a la canción. Pero ¿y si Idán y Adí habían logrado arreglárselas para dormir juntos en Venecia, es decir, en casa de los mismos anfitriones, es decir, en habitaciones contiguas?

Ese pensamiento le ahogaba la garganta y la hizo callar a mitad de una palabra. Sencillamente se quedó muda. La guitarra del magnetófono continuaba en solitario, acompañando a Suzanne pero sin Suzanne. Tamar apagó el aparato y se agachó en el bordillo de piedra hasta quedarse sentada con la cabeza entre las manos. Las personas que la rodeaban se quedaron mirándola todavía un

momento. Luego se encogieron de hombros y empezaron a dispersarse, revistiéndose enseguida otra vez con las membranas de abstracción e indiferencia de la calle. Solo una señora mayor, que se balanceaba pesadamente y que vestía con pobreza, se le acercó: «Niña, ¿estás enferma? ¿Has comido algo, hoy?». Sus ojos expresaban piedad y preocupación, así es que Tamar, haciendo un esfuerzo, logró exprimir de su interior una gota de sonrisa: estoy bien, solo me he mareado un poco. La señora empezó a rebuscar en el monedero, revolviendo un montón de tarjetas de autobús usadas. Tamar no entendía qué era lo que buscaba. Finalmente sacó unas cuantas monedas de un siclo y las dejó junto a Tamar, en el bordillo. «Cójelas, maja, cómprate de mi parte algo de comer, que así no puedes estar.» Tamar se quedó mirando el dinero. La señora le parecía muchísimo más pobre que ella, así es que se sentía como una estafadora, una aprovechada. Le daba asco de sí misma.

Pero entonces recordó que se encontraba allí representando un papel. Que formaba parte de una función que ella misma estaba escribiendo, dirigiendo e interpretando. Y sobre todo, esperaba de todo corazón que hubiera también quien la mirara desde cierta distancia y que viera en ella exactamente lo que ella quería mostrarle. De manera que la muchacha de la función tenía la obligación de recoger las monedas que había en el bordillo, contarlas, echarlas a la mochila y sonreírse con alivio porque ahora ya tenía con qué comprar comida.

Dinka apoyó la cabeza en las rodillas de Tamar y la miró a los ojos. La cabeza perruna y grande, tan maternal. Ay, Dinka, sollozaba Tamar en su corazón, no tengo valor para hacerlo. No soy capaz de entregarme así, delante de extraños. No me calientes la cabeza con tonterías, parecía decir Dinka, resoplando en la palma de la mano de Tamar. Primero, no existe nada que tú no puedas hacer, y segundo, recuérdame, por favor, quién fue la única de toda tu promoción que se quitó la camisa en la última canción de *Hear* en la fiesta de final de curso y delante de todo el público. Pero allí era otra cosa, le contestó Tamar algo turbada, allí, ¿cómo explicarlo? Dinka alzó ligeramente las cejas, lo que equivale en ella a cierta admiración burlona que puso

nerviosa a Tamar: ¿ni siquiera tú lo entiendes? Allí se trataba precisamente del valor ese de los tímidos, de la fanfarronería de los vergonzosos, la salida de tono de los que tienen miedo hasta de su propia sombra. Eso siempre es así, los bandazos esos que Shai llamaba derrapadas y que yo ya no puedo soportar... Pues tienes que hacerlo, dictaminó Dinka, liberando con decisión la cabeza de las manos de Tamar, demuéstrales lo que es la fanfarronería de los vergonzosos, hazles una buena derrapada. ¿Y si se ríen de mi manera de cantar?, le suplicaba Tamar, ¿y qué pasará si vuelvo a fallar? ¿Quién se va a interesar por mí?

Pero las dos sabían que el verdadero miedo de ella era, precisamente, qué pasaría si lograba tener éxito, si su plan se materializaba y la llevaba, paso tras paso, hacia los que debían atraparla.

«Ven», le dijo Tamar, mostrando un repentino y vigoroso coraje, «vamos a enseñarles quiénes somos nosotras.»

A las dos del mediodía, exactamente cuatro semanas después del fracasado debut de Tamar como cantante, Asaf salía del convento. El sol lo embistió desde lo alto, y él se sintió como quien había pasado mucho tiempo en un mundo muy lejano y distinto. Teodora lo acompañó hasta las escaleras que bajaban de su habitación y literalmente lo iba empujando para que se pusiera cuanto antes a buscar a Tamar. Asaf tenía todavía un montón de preguntas que quería formularle a Teodora, pero comprendió que esta no iba a revelarle más detalles sobre Tamar y, además, ya no tenía paciencia para seguir allí, encerrado en una habitación.

Tenía el cuerpo muy tenso, como traspasado por corrientes, aunque no sabía a causa de qué. Dinka iba a su lado, y de tanto en tanto lo miraba sorprendida. Puede que los perros huelan esas cosas, pensó, el nerviosismo, por ejemplo. Asaf empezó a correr. Dinka pareció despejarse y se puso a correr a su lado. A él le gustaba correr, porque lo tranquilizaba, y además, le gustaba pensar mientras corría. Su profesor de educación física había intentado convencerlo en más de

una ocasión para que tomara parte en carreras, porque, según decía, tenía buen ritmo de respiración y un excelente pulso, pero sobre todo capacidad de sufrimiento, y todo ello resultaba perfecto para las carreras de competición. Pero a Asaf no le gustaba la tensión de las competiciones ni la rivalidad con otros chicos que no conocía, y sobre todo no le gustaba hacer nada frente a un público. Lo más cómico era que en los sesenta metros él siempre llegaba de los últimos (por lo que el profesor había dado en llamar «espoleta retardada»), mientras que en las carreras de los dos mil, y todavía más en los cinco mil, no tenía competidor, ni siquiera entre los alumnos de los cursos superiores: «En cuanto le tomas el ritmo, ya está ¿eh? Hasta el final, ¡no hay quien pueda contigo!», le había dicho un día el profesor de educación física lleno de admiración, y esa breve frase la guardaba Asaf en el corazón como una medalla.

También ahora empezaba a notar que todas sus correrías desde por la mañana se habían ido convirtiendo finalmente en «eso», en una carrera como Dios manda, bien dirigida. Con el ritmo correcto. Él corría y los pensamientos se le iban aclarando. Sabía que de alguna manera, sin proponérselo, había ido a caer en medio de un pequeño torbellino, nada realmente peligroso, aunque parecía haber entrado en una zona de realidad sobrecargada, condensada, electrificada.

Corrían uno junto al otro de una forma ligera, tranquila. La cuerda colgaba floja entre los dos, y Asaf sintió la tentación de soltarla por completo. Iba pensando en que en realidad aquella era la primera vez que corrían así, como un muchacho y su perra. Le lanzó una mirada y la vio a su lado, la lengua colgándole, los ojos resplandecientes y el rabo en tensión. Adecuó sus pasos a los de la perra y se llenó de ternura, de una nueva sensación de placer. Le parecía que ella debía de sentir lo mismo. Que ella sabía que los dos eran como una especie de compañeros de viaje. Asaf sonrió para sus adentros. Había en todo aquello algo que hacía ya años que no experimentaba realmente, que incluso había olvidado que podía echarse de menos, algo como la amistad.

Pero cuando volvió a pensar en la chica, en Tamar, lo abandonó la momentánea tranquilidad de espíritu que había sentido y, sin más,

aceleró el paso. Cada cosa nueva que había llegado a saber sobre ella, cada pequeña información o detalle marginal, le parecían, por algún motivo, importantísimos, casi imposibles de asimilar y trufados de significados ocultos (Dinka, sorprendida, empezó a correr tras él); en realidad, desde por la mañana, desde el momento en que había empezado a oír hablar de ella, notaba cómo una nueva naturaleza intentaba, por la fuerza, colarse en su vida, aferrarse a esta a cualquier precio, echar raíces en ella. Pero la verdad era que a Asaf no le gustaban las sorpresas de ese tipo. La vida corriente y diaria ya le parecía de por sí demasiado improvisada y, fuera de eso, recordó de nuevo angustiado, mientras miraba de reojo el reloj, que ahora tenía que dedicarle un poco de tiempo a su asunto particular, a decidir cómo quitarse de encima las presiones de Roí, así que no tenía ninguna intención de andarse con grandes pláticas por media Jerusalén en su persecución de una chica desconocida con la que no tenía ninguna relación, ni tampoco iba a tenerla, porque ¿qué tenía él que ver con ella? Aquello no era más que un extraño cúmulo de casualidades, lo que lo había llevado a saber de su existencia, y pensándolo de ese modo, a Dafi, por lo menos, ya la conocía, ya no tenía que acostumbrarse a sus defectos, mientras que esta, la nueva, que por otra parte es verdad que tenía una perra majísima, y a la que le gustaba la pizza con queso y aceitunas... pero ya no se acordaba cómo había comenzado todo ese pensamiento.

De pronto, Dinka lo adelantó y empezó a correr más deprisa. Asaf no entendía qué era lo que pasaba. Levantó la cabeza, pero no vio que la perra corriera detrás de nadie. El único que corría por la calle era él. Pero sabía ya muy bien que debía fiarse de los sentidos de la perra y adivinó que seguramente habría visto, o quizá olfateado, a alguien que permanecía oculto para él. Dinka cambiaba bruscamente de rumbo, adentrándose por calles y pasajes, como si un potente motor interno la empujara, hasta que se metió en el parque de la Independencia y, atravesando arbustos y extensiones de césped, avanzaba como un vendaval, sus grandes orejas empujadas hacia atrás por el viento, y Asaf, que volaba tras ella, pensaba en la maravilla que era el olfato de los perros, en cómo Dinka era capaz de notar la

presencia de alguien sin verlo, y también pensó en qué le diría a ese alguien cuando finalmente lo atrapara.

«¡Te he atrapado! ¡Ya te tengo!», dijo alguien a sus espaldas abalanzándose sobre él con tal violencia que lo tiró al suelo.

Asaf estaba tan aturdido que se quedó allí tendido sin moverse y sin pensar. Notaba que el hombre que tenía encima le estaba retorciendo el brazo sobre la espalda hasta casi rompérselo, y solo entonces gritó.

«Grita, grita», dijo el que estaba sentado sobre su espalda, «que enseguida también vas a llorar.»

«¿Qué es lo que quiere de mí?», gimió Asaf con dolor. «¿Qué le he hecho?»

El hombre le empujó la cabeza con fuerza contra la tierra. Le entró polvo en la boca y en la nariz. Notó que se había dado un golpe en la frente y que la sangre empezaba a manar. Un par de vigorosos dedos le presionaban con fuerza la mejilla para obligarle abrir la boca y ponerse muy deprisa a rebuscar algo en su interior, y después salir. Asaf seguía allí tendido completamente estupefacto mientras veía delante de sí unas hormigas que correteaban y una colilla, todo muy aumentado.

También había un papel, o una credencial oficial, que le metían por debajo de la nariz. Bizqueó. No veía nada. Demasiado cerca. Tenía los ojos borrosos y también llenos de lágrimas. El que yacía sobre su espalda agarró a Asaf por el pelo, le levantó la cabeza por la fuerza y volvió a meterle la credencial por las narices. Asaf creyó que de un momento a otro los ojos se le saldrían de las órbitas. Borrosamente vio la foto de un chico sonriente, moreno, y el logotipo de la policía, de manera que, por un momento, se sintió aliviado. Pero solo por un momento.

«Venga, en pie. Estás detenido.»

«¿Yo? ¿Por qué? ¿Qué es lo que he hecho?»

El otro brazo de Asaf también se vio retorcido con fuerza hacia atrás y enseguida oyó un chasquido que solo conocía de las películas. Unas esposas. Lo habían maniatado con unas esposas. Su madre se moriría.

«¿Que qué es lo que has hecho?», oyó Asaf por detrás un gruñido ronco y burlón. «Enseguida te voy a decir con todo detalle lo que has

hecho, más que mierda. ¡Venga, arriba!»

Asaf escondió todo lo que pudo la cabeza entre los hombros y se quedó callado. Los intestinos le hacían de las suyas. Temió que se pudiera escapar la diarrea. De pronto no tenía fuerzas para nada. (Siempre le pasaba lo mismo. Cuando alguien hablaba groseramente, lo mismo daba que fuera con él o con otra persona, se le quitaban las ganas de vivir. De golpe le daba la impresión de quedar anulado, perdía el deseo de existir en un sitio en el que la gente hablara así.) Dinka, por el contrario, parecía estar dominada por un espíritu beligerante, aunque se mantenía a cierta distancia, ladrando con fuerza, tremendamente furiosa, pero sin atreverse a acercarse.

«¡Levántate de una vez, te he dicho!», rugió aquel, y lo volvió a agarrar por el pelo. Asaf se vio obligado a levantarse. Casi le arranca la cabellera de raíz y el intenso dolor volvió a llenarle los ojos de lagrimones. El hombre pasó las manos muy deprisa por los bolsillos del pantalón de Asaf, buscó algo también en los bolsillos de la camisa, y con unos golpecitos muy rápidos le cacheó la espalda y entre las piernas. Puede que busque un arma, pensó Asaf, o quizá sea otra cosa. Estaba tan asustado que no se atrevía a preguntar nada.

«Despídete del mundo», dijo el hombre entre dientes. «Venga, mueve el culo. Si me la armas, te reviento aquí mismo, ¿está claro?» Sacó un pequeño walkie-talkie, pidió un coche patrulla y después empujó a Asaf hacia la salida del parque.

Asaf echó a andar esposado por las calles de Jerusalén. Bajó la cabeza y se puso a rezar para que ninguna de las personas que lo miraban en ese momento lo conocieran a él o a sus padres. Si por lo menos llevara las manos esposadas delante, se hubiera levantado la camisa para cubrirse la cara, como hacen los sospechosos en la televisión. Dinka los seguía y, de vez en cuando, dejaba escapar una explosión de furiosos ladridos contra los que el hombre lanzaba sistemáticamente una maldición acompañada del gesto de una patada. A Asaf todavía le costaba creer que aquel individuo trabajara realmente en la policía, por la violencia con la que se comportaba con los dos, con él y con Dinka.

Pero se trataba realmente de un detective de la policía que lo llevó

de aquel modo, como si fuera un esclavo, hasta el coche patrulla que ya los estaba esperando junto al aparcamiento de la calle Agron. El coche los llevó hasta la comisaría de Migrash Ha-Rusim, y los dos policías que estaban dentro se pusieron a hablar con el detective. «Enseguida lo he identificado, por el hijo de puta del perro. El collar naranja. Creían que me iban a engañar.»

Cuando llegaron a la comisaría el detective llevó a Asaf a una sala apartada. «SALA DE INTERROGATORIO DE MENORES», ponía en un letrero, escrito con rotulador azul y fijado a la puerta. La sala tenía unos muros muy gruesos y Asaf pensó, eso es para que nadie pueda oír mis gritos cuando este me torture. Pero el detective lo dejó allí encerrado con Dinka.

Había una mesa metálica, dos sillas, y un banco largo, pegado a la pared. Asaf fue hasta él dando traspiés y se sentó. Necesitaba ir al servicio, pero no tenía a quién decírselo. En el techo había un gran ventilador, que se movía muy despacio. Asaf se obligó a sí mismo a pensar en el niño que cabalga sobre un camello por el Sáhara. Los pensamientos querían escapársele, traicionarlo, pero Asaf los fijó con todas sus fuerzas en el niño que montaba en el camello por el Sáhara: en ese mismo momento, en el inmenso desierto del Sáhara, en una extensión de espacio infinita en la que no hay horizonte, avanza lentamente una caravana de camellos gigantescos (normalmente tomaba las ideas para eso de la cadena del *National Geographic)*. En uno de los camellos, al final de la caravana, va sentado un niño pequeño, balanceándose al ritmo del animal, el rostro cubierto a causa de las tormentas de arena, y asomándole solo unos ojos que van escudriñando el desierto. ¿Qué estará viendo? ¿Qué es lo que se le pasa por la cabeza? Asaf se movía con él al ritmo del camello, envuelto por el profundo silencio del desierto. Incluso en el dentista, en medio del chirrido del torno, era capaz de huir hasta allí. Aunque no solo hasta allí: en ese mismo momento hay un grumete islandés en un barco pesquero grande y gris que navega por los mares del norte. Se ha pasado la noche fregando la cubierta, limpiándola de restos de peces muertos. Ahora está apoyado en la barandilla de hierro mirando los icebergs que se elevan por encima del barco como montañas. ¿Le

gustará realizar travesías tan largas? ¿Le tendrá miedo al capitán? ¿Cuándo volverá a ver su casa? Asaf se concentró en ellos. No sabía con exactitud cómo exactamente le ayudaba a tranquilizarse, pero siempre funcionaba. Un poco como el grupo para chatear en internet, pero sin tener que hablar con nadie. Como si todos los solitarios diseminados ahora por el mundo pasaran a formar una red misteriosa y secreta, transmitiéndose fuerza unos a otros. Y ahora lo mismo. Por lo menos había cesado la turbadora revolución de sus intestinos. Se enderezó un poco. Todo iría bien. Su madre le acariciaba suavemente la espalda, le hacía un suave masaje. Le recordaba que todo saldría bien, que en el contrato secreto que tenía firmado con Dios constaba bien claro que siempre, absolutamente siempre, las cosas le saldrían bien. Hasta logró sonreírle a Dinka. Todo irá bien, ya lo verás. Dinka se levantó de donde estaba echada, y con un movimiento primitivo, tan antiguo como los días de la amistad entre el hombre y el perro, pero que entre ellos dos era completamente nuevo, se acercó, apoyó la cabeza sobre las rodillas de Asaf y lo miró a los ojos.

Asaf ni siquiera pudo acariciarla, con las manos atadas a la espalda.

Tamar se levantó del bordillo de piedra y se quedó de pie en silencio y pensativa. Por un momento pareció que había sido transportada a un lugar lejano, los ojos se le agrandaron todavía más, fijos en el aire, y solo el que crea en lo sobrenatural dirá que por un instante cruzó por su mente un relámpago que sin darse ella cuenta grabó en su cerebro un mensaje extraño y secreto que decía que al cabo de no mucho tiempo, cuatro semanas a partir de ese día, iba a perder a su querida Dinka, que la perra iba a ser encontrada después vagando enloquecida por las calles y que un chico, que ella no conocía, iba a seguirla, paso a paso, por toda Jerusalén.

Fue solo un momento neblinoso con un resplandor en su interior más recóndito, y después Tamar parpadeó, le sonrió a Dinka con los ojos, y se olvidó. Lo único que esperaba ahora era que nadie le recordara el rato tan humillante por el que había pasado. Rebobinó la cinta hasta que encontró el acompañamiento que buscaba. Hizo sonar

para ella y muy bajito las primeras notas. Colocó el aparato de manera que el sonido se esparciera bien. Se puso tensa.

Porque de nuevo había llegado el momento, ahora era cuando de verdad tenía que suceder, cuando tenía que salir y destacar entre la multitud. Es decir, tenía que sacarse a sí misma por la fuerza del anonimato incesante, diario, enervante y protector de la calle. Tienes, simplemente, que salirte de lo normal, y mira, a tu alrededor hay decenas de indiferentes, los olores del shawarma que se va cortando y de la grasa que gotea sobre el fuego, y las voces de los vendedores en el bazar de más arriba, y el rechinante acordeón del ruso, que puede que un día también fuera como tú, un niño en un conservatorio de Moscú o de Leningrado y que también él tuviera una profesora que citó a sus padres para después no poderse casi ni explicar de la emoción.

Levantó la cabeza para escoger un punto de referencia en el espacio que la rodeaba. No sería el cuadro de Renoir que adornaba la sala donde ensayaba el coro, ni la araña con las molduras de oro que con toda seguridad colgaba del techo en el Teatro della Pergola; aquí sería un letrerito que anunciaba «ELIMINACIÓN DE VARICES. TRES MESES DE GARANTÍA», que precisamente le hizo gracia porque le parecía de lo más adecuado para ella en ese momento, así es que cerró los ojos y se puso a cantar en aquella dirección.

Vi un pájaro bellísimo
y el pájaro me vio a mí.
un pájaro tan hermoso nunca volveré a ver
hasta el día de mi muerte.

Sin tan siquiera abrir los ojos, notó cómo la calle se partía en dos, no a lo largo ni a lo ancho, sino entre la calle que había antes de que ella se pusiera a cantar y la que hubo después. Tenía esa sensación clara e inequívoca que le daba una completa seguridad en sí misma. No necesitaba mirar. Lo sentía en la piel: los transeúntes se detenían lentamente, se quedaban parados y algunos se volvían y regresaban vacilantes al lugar del que llegaba la voz. Se paraban. Escuchaban. Se

olvidaban de sí mismos dejándose arrastrar por la voz de Tamar.

Por supuesto que había muchos que no se detenían ni se daban cuenta de que algo había cambiado en la calle. Iban y venían, amargados, con la preocupación pintada en el rostro. En una de las tiendas ululaba la alarma. Una mendiga pasó con un destartalado cochecito de bebé cuyas ruedas chirriaban. El limpiacristales, subido a la escalera en una ventana del segundo piso del Burger King, no detenía los movimientos circulares de su brazo. Pero a pesar de todo, a cada momento, se añadía una persona más al círculo que la rodeaba, de manera que toda una fila la envolvía ya, y después una segunda fila se fue formando y Tamar tuvo la sensación de encontrarse dentro de un doble abrazo. El corro se desplazaba con un movimiento imperceptible e inconsciente, como un ser gigantesco con decenas de pies. Las personas que lo formaban le daban la espalda al ruido defendiéndola de la calle. Estaban allí en distintas posturas, ligeramente inclinados hacia adelante. Alguien levantó la cabeza por casualidad y se topó con la mirada del que tenía al lado. Por un instante se sonrieron, y esa suave sonrisa pareció contener toda una conversación. Tamar notaba todo eso entre vapores. La mirada de los ojos de su público la conocía de actuaciones anteriores, con el coro, de sus mejores actuaciones: la mirada de quien se acuerda de algo que tuvo una vez. Que lo perdió. Que quisiera volver a merecerlo.

Por mí pasó entonces el resplandor tembloroso del sol.
Pronuncié palabras de adiós.
Las palabras que dije anoche
ya no las diré hoy.

Terminó con unas notas que apenas se oyeron y que se estiraron como un hilo que se iba haciendo más y más fino hasta adentrarse en el alboroto de la vida que seguía alrededor y que ahora, mientras la canción se apagaba, volvía a retomar fuerza. Los que la rodeaban le aplaudieron con entusiasmo y uno o dos dieron un profundo suspiro. Tamar no se movía. Notaba un fuerte rubor en el cuello y los ojos le brillaban con una luz tranquila, serena. Seguía de pie con los brazos

colgándole pegados al cuerpo. Quería saltar de alegría y de alivio por haber logrado hacerlo. Había estado tan cerca de tirarlo todo por la borda. Pero incluso en ese momento recordó que no era para cantar para lo que había acudido allí. La deprimía pensar en eso: cantar no era más que un medio, era el cebo. No, eso era falso: la misma Tamar era el cebo. Miraba a su alrededor con ojos centelleantes, llenos de agradecimiento, y al mismo tiempo escrutadores. Rastreaba. A primera vista le pareció que ninguna de las decenas de personas que la rodeaban era el que debía tragarse el anzuelo con el cebo que ella era.

Ahora resultaba que con todo el nerviosismo que precedió a la actuación, se había olvidado de preparar la gorra para el dinero. Tuvo, pues, que agacharse delante de todos, con ese mono tan enredoso que llevaba puesto, y hurgar en la mochila, de la que, naturalmente se cayeron algunas prendas entre las que había ropa interior, y Dinka se empeñó en meter el hocico en la mochila para olisquear, de manera que hasta que Tamar encontró su boina —hasta un año antes le había gustado llevar sombreros y gorras, pero dejó de hacerlo cuando Idán expresó su opinión al respecto— ya casi todos se habían dispersado.

Aunque hubo quienes se quedaron y se acercaron, unos con aplomo y otros con timidez, y le echaron unas monedas en la arrugada boina.

Tamar dudó si quedarse allí y cantar algo más. Ahora ya sabía que la cosa era posible, que valor no le faltaba. Hasta sentía el impulso de seguir cantando. Una sensación de dominio y grandeza se había apoderado de ella aproximadamente a mitad de la canción, y con una fuerza que nunca había conocido antes en locales cerrados. ¿Quién hubiera pensado, en realidad, que tenía una voz tan potente?

Pero también sabía que si el hombre en cuestión, o uno de sus emisarios, se encontrara por los alrededores, ella ya habría notado su presencia. Porque se habría colocado en algún punto de las filas exteriores del corro que la rodeaba y la habría observado con ojo examinador, igual que se vigila a una presa inocente y tierna, calculando con prudencia cómo acorralarla.

En medio de la cascada de sol dorado en la que se encontraba, Tamar sintió un escalofrío. Recogió rápidamente el dinero de la boina y se alejó con Dinka. Algunas personas intentaron hablar con ella.

Había un chico que despertó sus esperanzas, porque no dejaba de mirarla y tenía una expresión cruel y grosera alrededor de la boca, así es que se detuvo un momento para escucharlo con atención, pero cuando le quedó claro que lo único que quería era ligar con ella, se lo sacudió de encima y se marchó.

Ese mismo día cantó cinco veces más. Una vez, en la explanada del Mashbir, dos veces junto al centro Gerar Bachar, y otras dos en la plaza de Sión. Cada vez añadía una canción nueva, pero se cuidaba mucho de no cantar más de tres en cada ocasión. Aunque le aplaudían mucho y las reacciones eran entusiastas, se negaba a cantar más. Ella tenía una meta, así es que si cuando terminaba de cantar la cosa que esperaba no se había producido, apagaba el magnetófono, guardaba el dinero en la mochila y hacía lo posible por desaparecer. Porque lo principal ya estaba hecho, y lo principal era que la habían visto y la habían oído. Que ahora hablarían de ella. Que se había difundido como un rumor. Más que eso no estaba en su mano hacer por el momento, sino tan solo esperar que el rumor llegara lo más deprisa posible a oídos de la persona que ella estaba esperando, a oídos de su depredador.

Cerró los ojos, se apoyó en la pared y frotó la pierna contra la cabeza de Dinka. El ventilador del techo rechinaba rítmicamente y, fuera, gente que iba y venía, policías, delincuentes, ciudadanos corrientes. Asaf no sabía cuánto tiempo iban a tenerlo así ni cuándo se interesarían por él, si es que lo hacían. Dinka se echó a sus pies cuan larga era en el suelo fresco. Asaf bajó del banco de madera y también se sentó en el suelo, a su lado, apoyado en la pared. Los dos cerraron los ojos.

Enseguida volvió la voz de Teodora a agitarse en su cabeza y él se apresuró a sumergirse en ella en busca de consuelo. Todavía estaba un poco confundido de las demenciales idas y venidas de su historia, con tantos países, islas y momentos distintos. Pero enseguida recordó que cuando Teodora terminó de contar su vida, se había quedado encorvada y ensimismada, y a él le había parecido estar viendo una

raíz vieja y retorcida. El corazón se le enterneció al recordarla. Si hubiera sido su abuela seguro que se habría levantado y la habría abrazado, sin pensárselo.

«Pero yo he vivido», dijo Teodora, como si hubiera contestado a la aproximación oculta del alma de Asaf hacia ella. «A pesar de todo, escucha esto, yo he vivido la vida.» Y como vio dibujada la duda en los ojos de él, dio un golpe en la mesa y añadió furiosa: «No, señorito, esa mirada bórrala, por favor». En medio de su enfado se irguió un poco en la silla frente a él y recalcó cada palabra de lo que siguió diciendo: «Ya durante la primera noche, cuando me golpeó la noticia amarga de Lyksos, cuando empezaba a amanecer y vi que no había muerto de pena y soledad, ¡ya entonces decidí vivir!». Ella no era más que una muchacha de catorce años, pero enseguida comprendió su situación, y lo que era más importante, sin sentir autocompasión. El pasado quedó borrado tras ella y, que supiera, no le esperaba ningún futuro. No conocía a nadie, ni aquí ni en ningún otro sitio; no sabía nada del país en el que se encontraba ni hablaba la lengua del lugar. Asaf creía que quizá era su fe en Dios lo que la había ayudado un poco, pero ella enseguida le explicó que nunca había tenido una gran fe en Dios y todavía mucho menos después de la desgracia del terremoto. Tenía una casa grande y vacía, una generosa pensión mensual que le llegaba de Grecia, y un durísimo juramento que sabía que nunca traicionaría, aunque solo fuera por respeto a todos los muertos que la habían enviado allí.

«Esa era la situación», le había dicho Teodora a Asaf, lacónica y secamente, «así que era yo sola la que tenía que decidir qué sería de mí desde ese momento hasta el fin de mis días.» Se levantó y empezó a andar por la habitación, hasta que finalmente se quedó parada detrás de la silla de Asaf y posó las manos en el respaldo. «Así es que lo que hice fue decidirlo de inmediato, ¿me oyes? Decidí que si tenía prohibido salir hacia el mundo desde esta casa mía, haría llegar el mundo hasta ella.»

Y eso es lo que hizo. El criado del convento en aquellos días, el padre de Nasrian, empezó a salir, por orden de Teodora, a comprar todo libro en griego que estuviera en su mano conseguir. Se trataba

sobre todo de libros sagrados antiguos, que se encontraban en los sótanos y criptas de las iglesias griegas, pero que a ella no le interesaban. Por eso, el día de su decimoquinto cumpleaños, se hizo a sí misma un regalo: contrató a un profesor particular de hebreo, y empezó a estudiar con él hebreo antiguo y moderno. Tenía mucha facilidad y estaba ávida de aprender, de modo que pasados cuatro meses de estudio con el profesor Eliasaf, empezó a comprar en la librería de Hans Fluger, libros sobre la tierra de Israel, en la que se encontraba atrapada, muy a su pesar, y sobre Jerusalén, donde se encontraba encarcelada. Estudió todo lo que los libros pudieron enseñarle sobre los árabes, los judíos y los cristianos que vivían con ella en la misma ciudad, muy cerca pero invisibles. Al cumplir los dieciséis contrató también a un profesor particular de árabe, literario y coloquial, y leyó con él el Corán y *Las mil y una noches.* De las «casas de venta de libros» del barrio religioso de Mea Shearim empezaron a enviarle cajas de madera con volúmenes de la Mishná, el Talmud y los distintos comentarios. Nada de eso le interesaba, pero a veces encontraba en el fondo de alguna caja un libro «impuro y abominable», acerca de los avances de la ciencia, o sobre la vida de las hormigas, o sobre algún famoso pintor del siglo dieciséis, y estos se los devoraba con avidez. Cuando ya no se conformó con esas migajas, empezó a comprar ejemplares viejos y rotos de la biblioteca sionista del doctor Hugo Bargman; al distribuidor de libros Eliezer Weingarten le pagaba muy generosamente para que le hiciera llegar de inmediato todo libro que versara sobre los temas nuevos que habían empezado a robarle el corazón: las guerras de Napoleón, innovaciones e inventos, astronomía, la vida del hombre primitivo y los diarios de viajeros famosos.

Claro está que no resultó nada fácil: Teodora tuvo que aprender a casar unas palabras con otras tantas cosas que jamás había visto. Qué era un telescopio, por ejemplo, o qué el Polo Norte. Qué eran los microbios, la ópera, un aeropuerto, el baloncesto. «¿Puedes creer que no fue hasta los dieciocho años cuando fue de mi conocimiento qué era Nueva York y quién era Shakespeare?» Las arrugas de la cara se le acentuaron por la admiración, y después susurró algo más, como si se

lo estuviera diciendo a sí misma: «¿Y que desde que entré en esta casa hace cincuenta años no he visto el arco iris?».

A los diecinueve años se compró la enciclopedia juvenil *Mzjlal.* Tras ella llegaron otras, en tres idiomas y en decenas de volúmenes. Pero Teodora nunca olvidó las oleadas de embriaguez que la inundaban cuando leyó, durante medio año feliz, día y noche, volumen tras volumen, la historia completa de la formación del mundo.

Por aquella misma época se sintió asaltada por el ávido deseo de conocer mejor el presente, y especialmente la política mundial. Todas las mañanas enviaba al padre de Nasrian a comprar un periódico en hebreo y otro en árabe, y los leía con ayuda del diccionario y haciendo rechinar los dientes. Así fue como se enteró de la existencia de Ben Gurion, de la del presidente egipcio Gamal Abdel Nasser, aprendió que el fumar produce cáncer de pulmón, y siguió, emocionada, junto con los demás ciudadanos del mundo, el proceso educacional de Rajiv, el niño hindú que hasta los nueve años había sido criado por los lobos. Poco a poco y tras un ingente esfuerzo, empezó a abrirse camino a través de la maraña de hechos y nombres nuevos, a dibujársele el aspecto del mundo, y sobre todo a desterrar su gran ignorancia, la ignorancia de una niña que había llegado de una diminuta isla cíclada, la más pequeña y apartada isla del archipiélago de islas que rodean Delos.

«Pero a pesar de todo eso», le dijo Teodora a Asaf, y posó los dedos sobre la ceja, como si quisiera paliar un fuerte dolor de cabeza que acabara de empezar a taladrársela, «con toda la alegría y la dicha, a pesar de todo, yo me encontraba triste y abandonada, porque todo eran palabras y más palabras.»

Asaf se la quedó mirando sin entender a qué podía referirse, y ella, como siempre que se impacientaba, golpeó la mesa con la mano abierta: «Porque ¿cómo vas a explicarle a un ciego qué es el verde, o el violeta, o el púrpura? ¿Me llegas a comprender ahora?». Asaf asintió con la cabeza, aunque todavía no estaba muy seguro... «Y así, *agori-mu*, así era yo: chupaba la piel, pero no llegaba a morder el fruto... porque ¿cómo era, por ejemplo, el aroma que deja tras él un bebé después del baño cotidiano? ¿Y qué siente una persona cuando

transcurre muy deprisa ante su faz un tren? ¿Y cómo laten al unísono los corazones de todos los que contemplan una maravillosa representación teatral?» Ahora empezaba a captarlo: el mundo de ella estaba hecho solo y exclusivamente de palabras, de descripciones, de imágenes escritas, evidencias a secas. La boca se le abrió ligeramente en medio de una sonrisa de asombro: y es que eso era exactamente de lo que su madre le prevenía y lo que le auguraba que le sucedería si seguía pasándose las horas exclusivamente frente al ordenador.

«Por aquellos días fue también cuando instituí, en esta habitación, la república del correo.» Y entonces le contó lo de la correspondencia que mantenía desde hacía ya más de cuarenta años, con estudiosos, filósofos y escritores del mundo entero. Al principio les enviaba preguntas sencillas, avergonzada por su ignorancia y disculpándose por su atrevimiento; pero poco a poco sus preguntas se ampliaron y se hicieron más profundas, al tiempo que las respuestas fueron más y más detalladas, personales y afectivas. «Fuera de mis profesores, sepas que también me carteo con unos cuantos inocentes condenados a cadena perpetua igual que yo.» Le enseñó la foto de una mujer holandesa que había resultado gravemente herida en un accidente y que llevaba años confinada en su cama sin ver desde ella más que unas cuantas ramas de un castaño y un pedazo de muro; y la foto de un hombre brasileño, tan gordo, que ya no podía salir por la puerta de su habitación y que solo veía desde su ventana la playa de un pequeño lago (pero no el agua); y un campesino anciano de Irlanda del Norte, cuyo hijo cumplía cadena perpetua en Inglaterra, y que se había encerrado, voluntariamente, en una habitación, hasta que su hijo saliera en libertad, y otros muchos casos.

«Con setenta y dos personas de todo el mundo me escribo con regularidad», dijo con un orgullo lleno de humildad. «Las cartas van y vienen; por lo menos una vez al mes le escribo a cada uno de ellos, y ellos me contestan, me hablan de ellos, y hasta me hacen sabedora de sus secretos mejor guardados...» Se rió, y los ojos le brillaban con malicia. «Seguro que piensan, esa pobre monja vieja está allí sola en su torre de Jerusalén, ¿a quién va a poder revelárselo?»

Y sucedió que después de muchísimos años de lectura, estudio e

investigación, se le ocurrió pensar que nunca había tenido ocasión de leer ni un solo libro infantil. El joven Nasrian (que sustituía entre tanto a su padre, al que ya le costaba andar), empezó a registrar los anaqueles pertinentes de las librerías. A la edad de cincuenta y cinco años, leyó Teodora por vez primera *Pinocho, Winnie de Pooh, y Lobengulu rey de Zulu.* Todo eso no era su infancia, ni los paisajes en los que se había criado, pero aquella se había hundido en las profundidades del mar y ya no estaba en su mano regresar a ella. Una noche terminó de leer *El viento en los sauces* y mientras su mano lo soltaba se susurró a sí misma llena de asombro y felicidad; «Ahora sí he tenido infancia».

«Y a propósito, tienes que saber», se rió, «que hasta ese día ¡yo no tenía ni una sola arruga! Siempre había tenido la cara de un bebé, hasta que empecé a leer esos libros.»

Ahora que ya había tenido infancia había llegado el tiempo de madurar. Empezó a leer novelas como *David Copperfield, El demonio de séptimo* y *Papaíto Piernas Largas*. La puerta de hierro que una vez, cuando estaba en la isla, se había cerrado de golpe ante ella, volvía ahora a abrirse, y Teodora, la niña vieja ansiosa de saber, entró en sus salas dormidas y cubiertas de telas de araña. El alma, el cuerpo, el deseo, la añoranza, el amor. Todo resucitaba en los cuentos en los que se sumergía. Y a veces, tras una noche de lectura febril, el libro que estaba leyendo se le caía de la mano, y sentía cómo el alma se le henchía como la leche cuando hierve y sube en el cazo. «En ese momento», le dijo a Asaf, sin voz, «casi llegué a ser imploradora para que una puñalada de salvación acabara de una vez con mi angustia, con la maldita membrana de palabras que me envolvía.»

«¿Y esa fue Tamar?», preguntó Asaf sin pensarlo, intuitivamente, para luego arrepentirse al momento, porque Teodora literalmente tembló, como si le hubiera tocado sin ningún cuidado un punto muy delicado de su alma.

«¿Cómo? ¿Qué es lo que ahora has dicho?», dijo mirándolo fijamente durante un buen rato. «¿Tamar? Sí, eso es quizá posible, quién sabe... no se me había ocurrido...» Pero algo se vino abajo en ella de repente, como si Asaf la hubiera ofendido intencionadamente,

porque era como si le hubiera dicho abiertamente: ha hecho traer a su habitación todo lo que puede aprenderse de los libros, a través de las letras y de las palabras, y de repente apareció esa chica de carne y hueso, con toda la fuerza de su juventud.

«Basta ya», dijo volviendo en sí. «Ya hemos hablado suficiente, querido, y quizá debas partir ya.»

«Pero sigo sin entender: ella...»

«Ve y encuéntrala, porque entonces lo entenderás todo.»

«¡Explíquemelo usted!», le dijo Asaf, a punto de golpear la mesa como ella. «¿Qué cree que puede haberle pasado?»

Teodora respiró profundamente, vaciló un momento, y después dijo: «Cómo te lo podría decir, sin llegar a decírtelo...». Se puso de pie, intranquila. Empezó a andar por la habitación. De tanto en tanto lo miraba como examinándolo, igual que lo había mirado durante los primeros momentos después de conocerse, como para cerciorarse de si merecía oír y saber, si sería de fiar: «Atiende, puede que no sean más que fantasías de una mujer vieja y estúpida», suspiró Teodora, «pero las últimas veces que vino hasta mí hablaba ya de otras diferentes cosas, de cosas que no son buenas».

«¿Cómo qué?» Ahora ya sí, pensó Asaf.

«Que el mundo no es bueno», dijo Teodora, escondiendo las manos en el regazo. «Que no es bueno en... ¿cómo se dice? En esencia. Que no se puede uno más fiar de nadie, solo de los más próximos. Porque todo se mueve solamente por la fuerza y el miedo, que lo único que hay son intereses y maldad. Y que ella no pega.»

«¿Dónde no pega?»

«Que no pega aquí, en este mundo.»

Asaf se quedó en silencio. Se acordó de la chica tan atrevida subida al bidón, esa chica de la que él estaba seguro que era arrogante y burlona. Pero también es un poco como yo, pensó con asombro, y la apartó de su mente con delicadeza.

«Y yo, todo lo contrario, le hablaba de lo buena y hermosa que la vida todavía para ella iba a ser, que se enamoraría de alguien y que ese alguien se enamoraría de ella, que tendrían unos niños guapísimos, que viajaría por el mundo y conocería a gentes

interesante, que cantaría en escenarios, en salas de conciertos que se vendrían abajo de aplausos...»

Las palabras se le helaron en la boca. De nuevo volvió a recluirse dentro de sí misma, como si estuviera atrapada. ¡Qué sabrá ella!, pensó Asaf con ternura; todas las cosas que le prometió a Tamar no las ha conocido ella, encerrada como lleva cincuenta años en esta casa. ¡Qué sabrá ella!

Recordó la decepción y la tristeza que se habían dibujado en la cara de Teodora al llegar él allí y descubrir que no era Tamar, así es que ya se había dado cuenta de lo importante que esta era para ella. No, no solo importante: vital. Como el pan y el agua, como la sal de la vida.

«Pero últimamente no sé qué es lo que le ha pasado. Además ella ya no me abre el corazón como antes. Viene. Hace su trabajo. Toma asiento. Se queda en silencio. Suspira mucho. Y es que guarda dentro un secreto. No sé lo que le sucede, Asaf...» Los ojos y la punta de la nariz se le pusieron rojos a una. «La delgadez en ella ahora es muy grande y está muy apagada. Ya no hay luz en sus hermosos ojos.» Asaf levantó la cabeza hacia ella y le sorprendió ver un fino hilillo de lágrimas entre las arrugas. «¿Qué me dices, mi nuevo amigo, la vas a encontrar? ¿La hallarás?»

A las nueve de la noche compró dos raciones de carne con menudillos y una Coca-Cola, y se sentó a comer a la puerta de un edificio de oficinas. Le dio a Dinka una ración y devoró la otra. Las dos disfrutaban, resoplaban, se relamían, y al final suspiraron juntas, felices y satisfechas. Mientras Tamar se chupaba los dedos, pensó que hacía tiempo que no disfrutaba tanto de una comida como lo había hecho ahora con la que acababa de comprar con el dinero que había ganado con su canto.

Después los pensamientos empezaron a volar de nuevo. La gente pasaba muy deprisa por delante de ella, que hizo todo lo posible por acurrucarse hasta formar un pequeño bulto anónimo. Ahora quería volver a ser la Tamar de hacía un año, un año y pico. Echarse boca abajo en la cama, rodeada de los peluches y los animalitos de tela que

la acompañaban desde que nació, y pegar la oreja al auricular del teléfono con los pies en el aire, cruzados detrás de la espalda —las chicas de las películas hacían eso, así es que ella también, porque por fin tenía con quién hacerlo— y era tan estupendo estar allí echada, hablando con Adí de Galit Adlitz, que había sido vista besándose con Tom, lengua y todo, o de Liana, la del coro, a la que un chico del instituto Boier le había pedido para salir y ella había dicho que sí. ¡Del Boier, imagina! ¡Increíble! Y las dos manifestaban abiertamente una gran conmoción, reafirmando así su fidelidad compartida para con el arte, es decir, para con Idán.

Un hombre anciano, apoyado en un bastón, vestido con una elegancia anticuada, pasó despacio y la miró. Movía los labios con desconcierto, como si fueran los labios de un pez. Tamar se vio reflejada en sus ojos: una chica demasiado joven, a una hora demasiado tarde y en el lugar inadecuado.

Tamar se acurrucó todo lo que pudo. Su primer día en la calle había sido largo y agotador, pero todavía tenía que levantarse y dar unas cuantas vueltas más, por si alguien ya la había visto durante el día y la había seguido desde lejos, que pudiera acercársele ahora al amparo de la oscuridad.

No fueron pocos los que se le acercaron. No paraban de hablarle, de hacerle observaciones y proposiciones. Nunca había tenido ocasión de oír tantas palabras soeces ni de sentirse tan hirientemente ajena. Aprendió que no tenía que contestar. Ni tan siquiera pronunciar una sola palabra. Debía limitarse a seguir andando bien abrazada a la mochila y al magnetófono. También Dinka resultaba de gran ayuda, claro está, para ahuyentar cualquier agresión. Porque cuando emitía el gruñido que le salía de lo más profundo de sus entrañas, hasta el machito más valiente se esfumaba al instante.

Pero justamente quien ella esperaba, al que más temía, no llegaba.

Bajó hasta la plaza de «Las gatas» y pasó entre los puestos iluminados con focos, dejándose acariciar disimuladamente por las perchas cargadas de pantalones bombachos y camisas indias. A ella esa plaza le gustaba, a pesar de que Idán y Adí habían decidido que aquello no era más que un «Picadilly a lo pobre». Otro aire, más

elegante, tenían los puestos de las narguiles, los de los etéreos perfumes y las piedras de colores. Se probó unos cuantos gorros de Bujara y el obeso vendedor bromeó con ella acerca del cráneo puntiagudo de chica asquenazí que tenía. Un chico, el mejor especialista mundial (en palabras suyas), le propuso escribir su nombre en un grano de arroz, y entonces ella le dijo que se llamaba Brunhilda. Otro chico, guapísimo, en pantalón corto y tocado con un turbante estaba sentado en el suelo sujetando entre las manos el hermoso pie de una muchacha mientras dibujaba en él con toda delicadeza un tatuaje de henna. Tamar se quedó mirándolos y sintió un poco de envidia. Pero enseguida se obligó a alejarse de allí. Pasó un par de veces entre los mismos puestos y aspiró el fino aroma del incienso y las nubes de humo de marihuana que se elevaban por aquí y por allá. Simuló estar muy interesada en el puesto de las velas multicolores y multiformes y tuvo la esperanza de que el ligero escalofrío que le acaba de recorrer la espalda fuera el anuncio de que, allí detrás, alguien también estuviera poniendo mucho interés en ella. Pero cuando se volvió, allí no había nadie.

En la cercana calle de Yoel Moshé Salomón había una actuación: una chica de aproximadamente la misma edad que ella, con un gorro de lana de colores del que asomaban sus rubios rizos, tenía sujetas dos cuerdas. Unos pedazos de tela ardiendo aparecían atados a cada cuerda y la chica bailaba, cruzándolas y haciéndolas deslizar por el aire con unos grandes movimientos en círculo. Había otra chica sentada en el suelo, apoyada en la pared de una tienda y con la mirada perdida, que la acompañaba al ritmo de una pandereta.

La chica estaba completamente concentrada en el movimiento de las cuerdas y Tamar no era capaz de moverse de allí, porque se sentía hechizada por la actitud de completa concentración, una actitud que conocía muy bien por sí misma. Además también quería ver qué aspecto tenía aquello desde el otro lado, es decir, qué es lo que ven de ti desde fuera cuando tú te encuentras completamente sumergida dentro de ti. Qué parte de ti queda expuesta a la mirada del otro. La chica tenía unos hermosos ojos azules que seguían con devoción el rastro de las flexibles teas, mientras las cejas le subían y le bajaban

con un gesto aniñado de admiración, y Tamar pensó que en eso se parecían mucho, porque también ella «cantaba con las cejas». Las dos pequeñas teas atravesaron el cielo de la noche y había en ellas algo enternecedor, atrevido y desesperanzador. De repente se acordó Tamar dónde se encontraba y con qué fin. Sin moverse de su sitio empezó a recorrerlo todo con la vista, de una manera sistemática. En realidad no sabía a quién buscaba. Creía que se trataba de un hombre, quizá un chico joven. Eso es lo que decían los rumores que había logrado ir reuniendo durante los últimos meses: que se trataba de un grupo de hombres jóvenes, muy violentos. Uno de ellos podría muy bien acercársele en la calle para proponerle que se fuera con él, con la condición, claro está, de que pasara antes por la prueba de fuego, es decir… que demostrara que era capaz de mantener en vilo a un público; y Tamar sabía que esa prueba ya la había pasado, que había sido su único y gran logro del día.

La boca de la chica de las cuerdas se entreabrió, olvidada como estaba aquella de sí misma, y unos dientes muy blancos quedaron al descubierto. Empezó a acelerar el ritmo y también el ritmo de la pandereta aumentó. La mirada de Tamar saltaba con sumo cuidado de un hombre a otro. No eran pocos los hombres jóvenes que allí había. Era incapaz de decidir si alguno de ellos la miraba de una manera diferente, especial. Dos gamberros, el pelo en cresta, surgieron de repente entre el público y plantándose delante de la artista del fuego le gritaron algo directamente a la cara, ni tan siquiera palabras, solo unos gritos groseros, como de animal. Por un instante la chica se distrajo y las dos cuerdas se enredaron y cayeron al suelo humilladas. La chica se quitó con tristeza el gorro de lana y los rizos dorados le resbalaron por los hombros. Con un movimiento muy lento se limpió el sudor y se quedó allí como perdida, como si la hubieran despertado de un sueño. El público dejó escapar al unísono un suspiro decepcionado y se dispersó. Nadie le pagó el esfuerzo que había estado haciendo hasta ese momento. Tamar se acercó y dejó dentro del sombrero una moneda de cinco siclos, de los que ella había ganado ese día, y la chica le sonrió fatigada.

También la plaza de Sión, siguiendo la calle, aparecía atiborrada y

bulliciosa. En la explanada que hay antes de llegar al banco había muchos chicos deslizándose en monopatín. Allí no existía la más mínima posibilidad de cantar, porque habían llegado los de Breslaw, con un altavoz gigantesco, colocado en el techo de su vehículo y que atronaba con canciones jasídicas. Tamar se sentó en un rincón junto al banco, apretó contra ella a Dinka con el abrazo y se acurrucó, toda ojos. Decenas de chicos y chicas correteaban por allí, y había una especie de ruido sordo y desagradable que brotaba de ellos como un zumbido mecánico y que parecía hacerlos mover por la plaza siguiendo unas líneas tensadas, como por unos raíles invisibles. Iban y venían, como si buscaran algo con urgencia. Algunos de ellos conversaban brevemente con un joven que llevaba barba y que estaba apoyado en una de las vallas de hierro. Vio al enano culón del alegre gorro de lana rodeado por un grupo que lo ocultaba casi por completo. Manos que se movían por los bolsillos. Dedos que se cerraban sobre algo que ocultaban. Un chico alto, con un mono tejano como el de ella, de tirantes y hebillas, pero sin nada debajo, se le acercó. «Hermana», le dijo mientras se agachaba ante ella y le ponía delante de la cara un aro prendido de un pezón, «¿buscas gasofa?», pero ella movió violentamente la cabeza negando, no, no —tenía cantidad suficiente para pasar la primera semana— y él no puso problemas sino que se levantó y se marchó. Tamar se acurrucó todavía más, un poco conmocionada, no por lo que él le había dicho, sino por cómo la había llamado.

Apretó los ojos con fuerza, los abrió, y la plaza todavía seguía allí. En medio bailaban los religiosos de Breslaw. Siete hombres corpulentos, con el pelo largo y las barbas agitándose al viento, vestidos de blanco y tocados con unos grandes solideos también blancos. Tamar sabía ya, por las noches anteriores, que seguirían bailando de esa manera hasta la medianoche, con unos interminables saltos enloquecidos y enardecidos. Dos chicas del brazo, vestidas con unos tops muy cortos y de abundante pecho pasaron por delante y se detuvieron a mirarlos: «Mira a estos», dijo una de ellas. «Mira cómo se ponen, y sin éxtasis, solo con la fe.» Dinka se pegó más a ella porque sufría mucho por el ruido. Se volvió de espaldas a la plaza, se enroscó

en el regazo de Tamar y se propuso dormir. Pobre, pensó Tamar, no comprende lo que me pasa. Seguro que para ella esto es una pesadilla.

Una mujer joven se le acercó. Llevaba un termo y un vaso de plástico y le preguntó si quería que le sirviera un poco de té. Tamar no entendió bien. Aquella repentina dulzura. Era como si le estuvieran hablando en una lengua extranjera. La mujer se agachó y se sentó en la acera junto a Tamar. «También hay pastas», le dijo, con una sonrisa. Tamar se incorporó ligeramente asaltada de pronto por un pensamiento nuevo. El corazón empezó a latirle con fuerza. ¿Y si su depredador era en realidad una depredadora? Porque los rumores decían que no eran pocas las chicas metidas en el negocio. Pero resultó que aquella mujer quería ayudarla de verdad. Le dijo que pertenecía a un grupo de voluntarios que iban a la plaza para estar con los jóvenes. Que se mantenían en contacto con ellos. Le sirvió té caliente y Tamar rodeó el vaso con sus frías manos y sintió que una oleada casi turbadora de agradecimiento la invadía. También comió de las pastas, pero no quiso hablar. La mujer acarició a Dinka, la rascó exactamente como a ella le gusta y también le dio una pasta. «Te he visto antes por aquí últimamente», le hizo saber la mujer. «¿Hará dos semanas?» Tamar asintió. «También te vi comprándosela a ese de ahí, a ese chico bajito, y cuando el detective te persiguió. Dime, ¿no querrías hablar con alguien que ya ha pasado por todo eso?» Tamar se replegó sobre sí misma. Lo que le faltaba, que la salvaran de la calle, ahora que todavía no había conseguido del todo hacerse un lugar en ella.

«Te dejo nuestro número de teléfono», le dijo la mujer, anotándolo en una servilleta. «Si quieres hablar, pedir algo, verte con tus padres en nuestro centro... allí estaremos.» Tamar la miró y por un momento se olvidó de sí misma en esos ojos verdes y bondadosos. Casi se atrevió a preguntarle si no habría visto allí, en la plaza, a un chico alto que tocaba la guitarra, un chico con el pelo largo, de color miel, inconfundible. Un chico delgado, muy alto y muy desgraciado. Pero no dijo nada. La mujer asintió como si hubiera captado algo sin entenderlo del todo. Después, rozó suavemente el brazo de Tamar, le dedicó una sonrisa muy franca y se marchó, de manera que Tamar

volvió a quedarse sola, todavía más sola que antes.

Un grupo de chicos se sentó cerca de ella. Tomaban latas de cerveza. Llevaban unas camisetas muy finas. ¿Cómo no tenían frío? Un chico ancho y fornido se acercó a ellos. «Hola, hermano.» «¿Qué hay, hermano?» «De puta madre. Busco gasofa.» «Acércate al billar, arréglate con el árabe.» Se daban palmadas en las manos, se agacharon para abrazarse, las manos palmeando dos veces la espalda. Tamar los observaba grabándolo bien en la memoria. Hace por lo menos un año que vive inmerso en estos gestos. Así es como debe de hablar ahora. ¿Cómo le hablaría a ella? ¿Cómo se comportaría con ella cuando la viera?

¿Por qué no se unía a uno de los grupos? ¿Por qué se quedaba paralizada, atrapada de esa manera en el rincón más perdido de la plaza? Según el plan, había creído que a estas alturas estaría ya formando parte de un grupo y que quizá por medio de él podría llegar a su destino. Parecía tan fácil, desde fuera, ser una más. Sobre todo para una chica. Porque te basta con pasearte un poco por las cercanías para que empiecen a fijarse en ti, luego te hablan, se ríe uno un poco, se dicen cuatro tonterías, se fuma juntos, y ya te han digerido, de manera que entras a formar parte de ellos y te vas a dormir a su zulo en cualquier parque público o en alguna azotea.

Pero eso no le pasaba a ella. No ese día, por lo menos. Quizá al siguiente. O podía ser que nunca. Todavía no estaba preparada para conocer a nadie. Tiró de los muslos hacia el vientre. Los pensamientos se le amontonaban superpuestos, la aguijoneaban, la golpeaban justo en los lugares en los que más le dolía. Quizá se trataba simplemente del rechazo que le producían los extraños, le susurraban los pensamientos, o puede que fuera lo de siempre, la maldita dificultad para trabar amistades, para mezclarse con los demás, para llegar a un acuerdo de idioma en común. «Puedes llamarlo esnobismo», susurró de pronto febrilmente entre el pelo de Dinka, «aunque la verdad es que se trata simplemente de pobreza de espíritu. ¿Qué crees, que no quiero? Pero así me hicieron, que no logro tener una verdadera amistad con nadie. Es un hecho. Es como si me faltara en el alma la parte esa que en una pieza de Lego sirve para unirla a otra pieza. Así

es que, ¿cómo va a unirse a alguien? Al final todo se desmorona. Vuelve a ser nada. La familia, los amigos, todo.»

El hombre de las manzanas rojas glaseadas pasó por décima vez para intentar ofrecerle una. No desesperaba. Un hombre viejo, con solideo y una sonrisa cansada. «Toma una, solo son tres siclos, son muy sanas.» Tamar dijo gracias, pero no la compró. El hombre se detuvo un instante y se quedó mirándola. ¿Qué vería en ella? ¿Qué veían en ella, esa chica calva vestida con un mono y que llevaba una mochila, un magnetófono grande y una perra? Junto a los contenedores de basura se abrió el casino: un hombre enjuto, con un pantalón tres cuartos y la pierna chueca de un marinero, volcó una caja de cartón sobre el contenedor y empezó a agitar los dados en un vaso de plástico: «¿Quién lo pone todo al siete? ¿Quién se juega el triple al siete?». La soledad que sentía ahora Tamar le iba pudiendo. Ya no perteneces a ningún sitio, se autoflageló, ni a casa, ni al coro, ni a los amigos más íntimos que hayas tenido jamás, y tanto es así que si dentro de un momento desaparecieras, nadie se daría cuenta. No, no, mejor sería no pensar en eso ahora. Mira, Dinkush, no es que crea que por mí no deberían haber hecho ese viaje a Italia, no es eso, porque ¿en qué hubieran podido ayudarme si se hubieran quedado? —Tamar sonrió burlonamente al imaginarse a Idán sentado en los barrotes de hierro de la valla de la plaza dirigiéndose a cualquiera como si fueran íntimos: «¡Hola, tronco! ¿Qué hay hermano?»—, pero fue por cómo se lo tomaron, desde el primer momento en que lo supieron, en cuanto intenté contarles un poco, cómo de repente, los dos juntos...

Me borraron. Esas eran las palabras que había estado aplastando con la nuez en la garganta. Los religiosos de Breslaw cambiaron la cinta. Ahora sonaba música trans, y bailaban a su ritmo como machos cabríos enloquecidos, agitando en todas direcciones manos, piernas y barbas. La música hacía temblar el suelo sobre el que estaba sentada. La plaza empezó a darle vueltas. Algunos chicos y chicas se unían ahora al baile. Esa era la música que hablaban. Intentó recordar la breve lección con que la había obsequiado el viejo albino —le había parecido que tendría por lo menos cuarenta años— que había conocido en El submarino dos semanas antes: «Trans va con la

química, con LSD supongamos». Llevaba la camisa abierta hasta el ombligo dejando al descubierto un pecho liso y rojo, completamente cocido. «Y house es música para el éxtasis, porque el público es de más clase, hay mucho esnob en eso, y la tecno es...» Ya se le había olvidado lo que le iba al tecno, aunque recordaba muy bien la mano esponjosa de él, con los anillos de plata imitando los de los hippies, una mano que intentaba trepar insistentemente por su muslo.

Los niños de los religiosos piadosos de Breslaw correteaban entusiasmados entre los danzantes. Alguien más se acercó a Tamar. Se sentó a su lado con las piernas cruzadas y no dijo nada. Era una chica en tejanos y con un suéter blanco, tejido a mano, pero llevaba las zapatillas de deporte rotas y tenía las pupilas demasiado grandes. Tamar se quedó esperando. ¿Y si fuera ella? ¿Quizá era ahora cuando todo iba a empezar? «¿Puedo?», preguntó la chica finalmente, con un hilillo de voz, poniéndose a acariciar a Dinka, y Tamar supo enseguida, por su sexto sentido, que no era uno de ellos. La chica acarició a Dinka largamente, se entregó a ello, aspiró su olor y emitió sonidos de arrullo. Durante un rato estuvo así abrazada a ella, sin palabras. Después, se levantó pesadamente y le dijo «Gracias» a Tamar. Los ojos le centelleaban. Tamar no sabía si de alegría o por las lágrimas. Dio unos pocos pasos. Volvió: «Una vez... hice la calle para sacar a mi perro de la perrera de Shoafat», le explicó a Tamar con una voz completamente infantil, pero lenta y arrastrada. «Cien siclos fue lo que hice y enseguida me fui para sacarlo de Shoafat y pasada una semana me lo atropellaron. Así, delante de mis ojos.» Después se alejó.

Tamar, temerosa, abrazó a Dinka. No quería quedarse allí ni un minuto más. Se levantó, pues, y echó a andar, aunque iba despacio, y cuando llegó al centro de la plaza se colocó lo más a la vista posible. Quizá podía sucederle ahora. Alguien se le acercaría y le diría que lo siguiera. Ella no preguntaría ni discutiría nada. Lo seguiría con toda obediencia hacia lo que la está esperando. La plaza era un hervidero de gente, pero nadie se le acercaba. Junto a las vallas de hierro, un poco encorvado y mascullando algo para sus adentros, se encontraba el ex guitarrista, ese al que le habían roto los dedos. Ella lo recordaba de su anterior reencarnación, cuando acompañaba recitales en la

academia de música. Ahora, prácticamente todas las noches iba allí, y daba vueltas alrededor de los distintos grupos. A Tamar le habían llegado rumores que decían que una vez, hacía aproximadamente un año y medio, él había sido el número uno de este lugar, un auténtico músico que reventaba caja, hasta que decidió pasarse de listo y escapar. Al notar que ella lo estaba mirando se largó, las orejas casi metidas entre los hombros, y Tamar suspiró ahogadamente en su interior al pensar que ahora, por lo visto, era Shai quien ocupaba su lugar, allí.

Salió del círculo iluminado y tumultuoso de la plaza. Respiró profundamente. En un patio, entre montones de vigas para la construcción, se agachó y orinó. Dinka hacía guardia. Tamar olió el cálido vapor que ascendía entre sus piernas. Miró y vio las maderas que blanqueaban a la luz de la luna y las montañas de basura. El ruido de la plaza llegaba hasta allí. Se levantó, se subió los pantalones y se dejó llevar, durante un instante, por la rareza del lugar. La máquina para cortar el hierro estaba junto a la hormigonera, y las dos parecían una pareja de gigantescos insectos. ¿Cómo es posible que alguien tan miedica como yo esté haciendo una cosa así?, pensó llena de asombro.

Ahora, lo único que quería era acostarse y dormir. Desaparecer hasta de sí misma. Ojalá tuviera un sitio para ducharse, para eliminar ese día lavándose. Pasó por un momento de duda: Leah le había preparado un lugar y ella sabía que allí todo serían mimos… un plato de comida maravillosa, envuelta y todavía calentita, un exquisito chocolate como postre, y por supuesto, una cartita cómica con un dibujo de Noiku. Algo que le devolviera su condición humana. Pero Tamar tenía decidido, ya desde por la mañana, que allí no iría. Todo, todo tenía que ser solo suyo. ¿Y por qué? Pues porque sí. ¿Cómo lo dice Teo? Ah, sí: «No intentes indagar lo que no está en tu mano». Tamar apretó el paso, iba moviendo los labios que discutían con ella: Explícame solo por qué no hay que ir al almacén de Leah. No lo sé. ¿Para no poner a Leah en peligro? Sin respuesta. ¿O para poder creer con un poco más de fundamento que no existe nadie en el mundo en el que se pueda confiar exceptuándote a ti?

Cruzó la calle King George y avanzó rodeando el edificio alto y

decadente en el que se encontraba el despacho de su padre. La calle parecía desierta. Ahora Tamar avanzaba ya como un robot. Entró, bajó las escaleras hasta el piso inferior, encontró la llave que había escondido en la parte alta del marco. Abrió el portón de hierro. Allí la estaban esperando un colchón fino, una manta ligera y una cosa más, una cosa que cuando la había llevado la semana pasada se había burlado de sí misma pero sobre la que ahora se abalanzó como para que la purificara, el osito de peluche marrón sin oreja, con el que había dormido todas las noches desde que había nacido.

Una llave giró en la cerradura y Asaf se levantó del suelo de un salto para volver al banco. El detective entró y todavía le dio tiempo a ver el salto de susto de Asaf, que al instante se sintió culpable de algo. Con el detective entró una mujer joven y guapa uniformada. Le dijo a Asaf su nombre, Sigal, o Sigalit, no entendió bien, y añadió que era fiscal de familia, que iba a interrogarlo y que para eso tendrían una charla junto con el detective. Le preguntó si deseaba que llamaran a algún pariente suyo para que estuviera presente en el interrogatorio, y Asaf, asustado, casi gritó que no.

«Pues comencemos», dijo la interrogadora con amabilidad. Volvió a mirar el expediente que tenía abierto ante ella, le hizo a Asaf unas cuantas preguntas generales, anotó las respuestas y le expuso, con todo detalle, sus derechos. Después de cada frase, de él o de ella, la mujer le sonreía mecánicamente, por lo que Asaf se preguntó si no estaría incluido en el trámite que ella debía sonreír. Al final dijo: «¿Y si escuchamos antes lo que Moti tenga que decirte?».

El detective, que tenía dibujada en la cara la fuerte aversión que sentía hacia la blandenguería y los cuchi, cuchi de ella, se sentó ostensiblemente al otro lado de la mesa, separó las piernas y se metió los pulgares por el cinturón: «Hala, venga», gruñó, «desembucha. Contactos, camellos. Cantidades, clases de mercancía, nombres. Quiero información, nada de cabronas evasivas, ¿has entendido?».

Asaf miró a la mujer. No entendía nada.

«Respóndele, por favor», dijo la fiscal de familia mientras encendía

un cigarrillo y se disponía a anotar la declaración en el expediente.

«Pero ¿qué es lo que he hecho?», preguntó Asaf, y se sintió avergonzado porque la voz se le había deformado en una especie de gallo.

«Escucha, maric...», soltó el detective, pero la mujer carraspeó y entonces él se pasó la lengua por el labio superior y cerró la boca.

«Óyeme bien», le dijo a Asaf al cabo de un momento. «Ya llevo siete años en el oficio y tengo (todos lo saben) una memoria fotográfica envidiable. A tu apestoso perro no lo cliché hace un año ni tampoco hace dos, sino hace tan solo exactamente un mes, y lo llevaba una chica de unos quince años, puede que dieciséis. Con rizos, el pelo negro y mucho, altura metro sesenta, aproximadamente, y nada fea, por cierto.» El detective le hablaba ahora sobre todo a la fiscal de familia, y sin ningún lugar a dudas intentaba impresionarla con su buena memoria: «Ya la tenía con las manos en la masa, haciendo negocios con el enano de la plaza de Sión, y si no hubiera sido por este perro hijop...».

Carraspeo y lamida de labio. Respiración pesada.

«Ahora mira bien aquí.» Y se levantó el borde del pantalón para mostrarle una pantorrilla musculosa y peluda en la que se veían las marcas de una mordedura, de los puntos y del yodo.

«Hasta el mismísimo hueso. Diez inyecciones me han puesto ya por tu perro cabr... asqueroso.»

Dinka emitió un ladrido de protesta.

«Cállate, apestoso», le espetó el detective.

«Pero ¿yo qué he hecho?», volvió a preguntar Asaf. De repente había perdido toda su concentración. ¿Un metro sesenta? Es decir, hasta su hombro, más o menos. Pelo negro y rizado y además guapa.

«Pero ¿yo qué he hecho?», lo imitó el detective en tono burlón. «Enseguida vas a oír lo que has hecho: habéis sido ella, el perro y tú los que lo habéis hecho. ¡Así estáis de unidos, así!» Y el detective juntó tres dedos. «¿Qué es lo que tú te crees, que todos son idiotas? ¡Dinos ahora mismo cómo se llama ella!» Y golpeó la mesa con las dos manos empleando todas sus fuerzas, de manera que Asaf dio un respingo.

«No lo sé.»

«Con que no lo sabes, ¿eh?», dijo el detective levantándose y empezando a dar vueltas alrededor de Asaf, que lo seguía con la mirada muy nervioso. «Así es que tú ibas tan tranquilo por la calle cuando viste este perro tan grande que así, sin más, quiso ir contigo a pasear, ¿verdad?» De repente se abalanzó sobre Asaf, lo agarró por la camisa y empezó a zarandearlo. «¡Habla ya, cabrón!»

«¡Moti!», gritó la mujer, y el detective lo soltó, mientras le lanzaba a ella una mirada amarga y se callaba intentando dominar su furia.

«Mira, eh..., Asaf», dijo la mujer con una voz algo afectada, «si de verdad no has hecho nada, ¿por qué estabas huyendo?»

«Yo no estaba huyendo. Ni siquiera sabía que me estuviera persiguiendo.»

El detective, Moti, escupió una risita venenosa: «¡Te he estado persiguiendo por media ciudad y ahora te haces el "Yo no sabía nada"!».

«Pues entonces...» La fiscal de familia elevó el tono de voz por encima de las iracundas palabras del detective. «Entonces cuéntanos cómo y cuándo exactamente te dio la chica el perro.»

«¡No fue ella! ¡Pero si ni siquiera la conozco!», gritó Asaf tan consternado que la fiscal de familia frunció los labios con un primer gesto de duda.

«Pero ¿cómo puede ser?», insistió ella. «Cuéntanoslo, que me parece que eres un chico bastante razonable. ¿De verdad estás pensando que nos vamos a creer que así, sin más, ha llegado a tus manos un perro como este y se ha dejado atar con una cuerda como si nada? ¿Me lo permitiría a mí? ¿Y con Moti? ¿También se dejaría?»

Hizo un ligero gesto con la mano en dirección a Dinka y esta le gruñó furiosa.

«¿Lo ves? Será mejor que nos cuentes la verdad.»

¡La verdad! ¿Cómo no habría pensado en eso? Por culpa del miedo, la tensión y la humillación de las esposas. Pero sobre todo por la sensación que conocía de otras ocasiones, que aunque realmente no fuera culpable, le parecía que lo estaban castigando justamente por algo, no estaba muy claro el qué, algo que seguro que había hecho en algún momento y por lo que había llegado la hora de pagar...

«En el bolsillo de la camisa, tengo...» No le salía la voz, y por eso volvió a decir: «En el bolsillo de la camisa tengo un papel. Mírelo».

Ella se volvió hacia el detective, que le dio su autorización con un movimiento de cabeza. Entonces ella fue hasta Asaf y encontró el papel.

«¿Qué es esto?», le preguntó mientras lo leía una y otra vez. Después se lo tendió al detective. «¿Qué es esto?»

«Es el formulario 76», dijo Asaf sacando fuerzas de flaqueza. «Durante las vacaciones estoy trabajando en el Ayuntamiento. Este es un perro que han encontrado y yo tengo que buscar a los dueños.» Por suerte, había dicho «dueños» y no había revelado que sabía cómo se llamaba la única dueña.

La mujer se volvió de nuevo hacia Moti, que se mordía los labios con frenesí.

«Llama ahora mismo al Ayuntamiento», le ordenó ella. «¡Desde este teléfono!»

Asaf les dijo el número y que preguntaran por Abram Danoch. El detective marcó con gesto violento. Silencio. Después Asaf oyó la voz cortante de Danoch en el auricular.

El detective le dijo que era de la policía de Jerusalén y que había atrapado a Asaf vagando con el perro por el centro de la ciudad. Danoch dejó escapar su conocida risa amarga y breve y añadió unas pocas palabras que Asaf no entendió. Moti escuchaba. Después masculló un «Gracias», y colgó, mientras se quedaba mirando la pared con una mirada furiosa y los labios apretados.

«Venga, ¿a qué estás esperando?», lo reprendió la fiscal. «¡Quítaselas de una vez!»

El detective le dio la vuelta a Asaf con un gesto grosero. Asaf oyó el sonido que tanto ansiaba: el de las esposas abriéndose.

Se masajeó las muñecas, como hacen en las películas (y ahora entendía por qué).

«Un momento», dijo Moti. Intentó conferirle dureza a la voz, para que no notaran su derrota: «¿Y has encontrado ya a alguien que la conozca?».

«No», mintió Asaf con toda facilidad. No importaba lo que ella

hubiera hecho, Tamar, pero él no estaba dispuesto a entregársela a ese tal Moti.

«Mira, de verdad que te pedimos disculpas por el malentendido», dijo la fiscal, sin mirarlo. «¿Quieres tomarte algo en la cantina? O quizá desees llamar a alguien… ¿A tus padres?»

«No, mmm... sí. Quiero llamar a alguien.»

«Pues aquí tienes, llama», dijo con una sonrisa sincera, diferente de las de antes. «Primero marca el nueve.»

Asaf marcó un número. El detective y la mujer charlaban en voz baja y apartados. Dinka se acercó él y se quedó a su lado. La cabeza casi le rozaba la pierna. Pasó la mano libre por ella. El ruido invadió el auricular.

«Hola», gritó una voz.

Asaf gritó: «¿Karnaf?».

El detective salió de la habitación. La fiscal de familia miraba hacia la pared, como si no estuviera escuchando.

«¿Quién es? ¿Asaf? ¿Eres tú?», gritó Karnaf intentando sobreponerse al ruido de las máquinas. «¿Qué es de tu vida, macho?»

Precisamente entonces, al llamarlo «macho», Asaf sintió de repente que se venía abajo.

«¡Eh, Asaf, que no se oye! ¿Asaf? ¿Estás ahí?» Karnaf lo llamaba «Ásaf», con acento llano, cosa que sacaba de sus casillas a Reli.

«Karnaf, estoy... estoy un poco... es que ha pasado algo... yo... necesito hablar contigo.»

«Espera un momento.» Asaf lo oyó gritarle a Rami, que trabajaba con él, que apagara un momento la afiladera.

«¿Dónde estás?», preguntó Karnaf en medio de aquel silencio nuevo.

«En la poli... no importa. Tengo que verte. ¿Puedes ir a Sima?»

«¿Ahora? Pero si ya he comido.»

«Yo no he comido.»

«Espera, déjame ver.» Asaf lo oyó repartir órdenes a los trabajadores. Por lo que oía comprendía que había ido a caerle a Karnaf en un día especialmente agobiante, el día en que se dedicaban a fundir. Escuchaba las órdenes y sonrió. Un busto de Herzl, una mujer montada en un cisne, tres Budas grandes y seis estatuillas que

repartirían en la ceremonia israelí de los Oscar. «De acuerdo». Karnaf volvía a estar con él. «Llego en un cuarto de hora. No te preocupes y no hagas tonterías, que ya voy.» Y colgó.

Y así fue como empezó a apartarse un poco la gran piedra que Asaf tenía en el corazón.

«¿Un amigo?», le preguntó la fiscal de familia con amabilidad.

«Sí… no exactamente. Es solo el novio de mi hermana.» No tenía ninguna intención de contarle toda aquella complicada historia. Ella lo acompañó hasta afuera, y ahora era ya completamente otra cosa avanzar por allí, entre los agentes y los oficiales, en calidad de hombre libre e inocente.

«Dígame», le dijo antes de despedirse, cuando ya estaban fuera. «El detective ha dicho que la chica estaba en pleno negocio. Solo por curiosidad, ¿qué negocio?»

Ella abrazó contra su cuerpo la carpeta de cartón que llevaba con el expediente. Miró a derecha e izquierda. Se quedó en silencio. Ahora que estaba libre Asaf veía lo hermosa que era. Ella no tiene culpa alguna, pensó, se limita a cumplir con su trabajo.

«No estoy muy segura de que convenga que hablemos de eso», dijo finalmente con una sonrisa de disculpa.

«Pero para mí es muy importante», le contestó Asaf tranquilo pero con firmeza. «Por lo menos tengo que saber de qué sospechaba de mí.»

Ella fijó la vista en la punta de sus zapatos negros.

«Algo relacionado con drogas», dijo finalmente. «Le estaba comprando droga a alguien en el centro. Una cantidad respetable, por lo visto. Pero mira, yo no te he contado nada, ¿de acuerdo?»

Se dio media vuelta y se marchó.

Asaf pasó junto a la garita del policía vigilante y bajó en dirección a la calle Jaffa. Caminaba despacio y sus pensamientos eran igualmente lentos. Todo se había detenido hasta quedarse estático. La carrera de la mañana, la historia de Teodora, aquel nuevo sentimiento que se había apoderado de él y las pequeñas esperanzas que se le habían despertado aquí y allá. Todas aquellas tontas ilusiones. Se sentía como si le hubieran dado un puñetazo en la barriga. A veces, en el tema de la fotografía, le sucedía algo semejante: fotografiaba a un hombre

sentado en un banco y no se daba cuenta de que detrás de él, a gran distancia, había un poste de la luz. Y solo cuando hacía el revelado veía que un gigantesco poste asomaba de la cabeza del hombre.

¡Y qué poste! Dinka se le acercó y se frotó contra su muslo con delicadeza, como si se sintiera avergonzada por ser la cómplice de Tamar.

«Dinka», dijo en voz baja, para que solo ella lo oyera, «¿cómo es posible que todo eso tenga que ver con ella…? ¿Por qué diantres está metida en…?»

Las palabras se le agriaron en la garganta. Con todas sus fuerzas le dio una patada a una lata de cerveza vacía. En su curso eran ya bastantes los que fumaban cigarrillos y había cinco que habían sido pescados in fraganti fumando porros en los lavabos. Constantemente, además, corrían por los pasillos todo tipo de rumores acerca de otros chicos a los que no habían sorprendido todavía; algunos compañeros volvían de las fiestas *trans* del bosque de Ben Shemen o de la playa de Nitzanim y empezaban a hablar con palabras nuevas, y a veces le daba la sensación de que todos a su alrededor, el que más y el que menos, ya lo habían probado. Puede que incluso Roí, que llevaba fumando cigarrillos abiertamente desde hacía dos años, también lo hubiera hecho. Pero Asaf siempre hacía oídos sordos de los rumores, no quería saber nada, porque le ponía muy nervioso pensar que esas cosas le pasaran a gente que él conocía, que él conocía ya un poco…

«¡Explícamelo para que yo lo entienda!», iba poniéndose cada vez más furioso mientras se dirigía a Dinka en un susurro potente, aunque ella, todo hay que decirlo, parecía estar acostumbrada a esas conversaciones callejeras. «¿Cómo puede ser que alguien como ella tome drogas y encima en semejantes cantidades?» Pero qué es lo que en realidad sabes de ella, se contestó a sí mismo, si apenas la conoces y ya estabas convencido de que era exactamente como tú; enseguida, como de costumbre, has empezado a fabricarte una historia entre ella y tú, ¿verdad o no?

Dinka caminaba con la cabeza gacha y el rabo caído. Andando así junto a la calzada parecía que estaban de duelo. La cuerda que los unía arrastraba por el suelo. Asaf abrió la mano y la dejó caer, pero

entonces Dinka se detuvo, como asombrada y asustada por el hecho en sí y por la intención que implicaba, así es que Asaf, enseguida, se agachó y volvió a recogerla.

Pesado y abatido, se dirigió hacia el mercado, al restaurante Sima. Con la poca fuerza de voluntad que le quedaba intentó aferrarse a la imagen de ella subida al bidón y contando el cuento «El jardín del gigante». Pero cuanto más se esforzaba notaba que ella se iba alejando de él, que no era capaz de comprenderla y que no quería ningún trato con ella.

Algo en su corazón, sin embargo, se le encogía al pensar así. Quizá por la mirada de Dinka, antes, al soltar la cuerda. O porque sentía que si salía ahora de todo ese asunto, es decir, si regresaba en ese momento al Ayuntamiento, devolvía a Dinka y le decía a Danoch que lo había intentado y que hasta le habían pegado, lo habían detenido y que estaba harto, si hacía eso, no solo estaba renunciando a la posibilidad de ver qué aspecto tenía la Tamar esa, sino que, en realidad, ¿cómo decirlo?, la dejaría en un completo desamparo.

Tampoco durante su segundo día en la calle pasó nada. Tres veces cantó en la calle peatonal, una vez a la entrada del Binyan Klal y otras dos veces en la plaza de Sión, que por el día era tan distinta, casi refrescante. Entre la multitud empezaban a destacarse algunos rostros: dueños de tiendas que ella ya conocía; el hombre de los zumos de fruta, que le mandó un vaso grande de mango y melocotón y le dijo que cuando ella cantaba los frutos de su puesto se hacían más jugosos; las chicas soldado que patrullaban por la zona y que ya le sonreían, y el ruso del acordeón, que fue a contarle su vida, conservatorio incluido, y que le suplicó que de ahora en adelante esperara a que él hubiera terminado su pieza antes de ponerse a cantar, porque si no le robaba todo el sustento.

Después de una docena de actuaciones Tamar sabía ya no solo cómo cantar, sino también qué. «I am sixteen, going on seventeen», de *Sonrisas y lágrimas*, y que siempre le había parecido a ella un tema dulzón y blandengue, resultó que allí gustaba, levantaba muchos

aplausos y atraía dinero. Lo mismo ocurría con «Leaving on a jet plane», esa vieja y estupenda canción de Peter, Paul & Mary. Así es que las cantaba una y otra vez, y después variaba, por darse el gusto, intercalando «El pequeño príncipe del segundo regimiento», o algo más cálido y melancólico de Shalom Hanoch. Y por el contrario, cuando intentó cantar una vez en la explanada de la antigua Knesset el aria de Barbarina de *Las bodas de Fígaro,* la perla de sus audiciones, la gente se le marchó a la mitad riéndosele en la cara y unos cuantos muchachos se colocaron detrás de ella para imitarla. A pesar de ello continuó hasta el final, mientras veía cómo uno a uno el público iba desapareciendo, como las uvas de un racimo, y cada persona que se iba le suponía el dolor de una pequeña ofensa, porque era como si ella no fuera lo suficientemente buena como para merecer ser escuchada. A raíz de eso mantuvo una discusión un poco fuerte consigo misma (en realidad con Idán), acerca de si debía permanecer fiel a sí misma a todo precio o acomodarse al gusto del público —«rendirse a la plebe», la corrigió Idán— y al final decidió que, en bien de la meta concreta que ahora tenía, le estaba permitido ceder y ser un poco más flexible (él tamborileaba en la mesa con sus dedos finos y pálidos, miró hacia arriba con resignación y no dijo nada), y hasta disfrutar de ello, ¿qué hay de malo?

Por la noche volvió a dormir en el refugio subterráneo. Esa vez casi cae en la tentación de acudir al almacén de Leah, que empezaba a dibujársele en la mente como un palacio lleno de exquisita comida, cascadas de agua para bañarse y sábanas de seda fina. Pero sabía muy bien que existía la posibilidad, pequeña, pero a pesar de ello mayor que la del día anterior, de que su depredador estuviera ya sobre su rastro, él o uno de sus emisarios, y que muy bien podía ser que la hubieran visto cantar por la mañana, hubieran informado al jefe y él les hubiera dicho que regresaran para comprobar de quién se trataba exactamente, con quién andaba, con quién hablaba y si no era de la policía o algo así.

Por esa sospecha tan pequeña volvió también esa segunda noche al pestilente refugio, con los bichos que correteaban por el suelo. Se tendió y se quedó despierta pensando. Pasaba de una ciudad a otra

por el mapa de Italia y contaba con los dedos los días, sabiendo que al día siguiente le hubiera tocado a ella. Oía el arrastrar de múltiples patas diminutas por las paredes y el suelo a su alrededor y con todas sus fuerzas luchaba contra las oleadas de autocompasión que la asaltaban. Hay momentos en la vida, recordó con amargura, en los que el hombre está en completa soledad con su espíritu. Hasta el amanecer no logró pegar ojo.

«¿Dejarla en un completo desamparo?», bramó Karnaf con la boca llena. «Pero ¿de qué vas? ¡Si ni tan siquiera la conoces!»

«Un poco sí la conozco ya...»

Asaf metió la cabeza en el plato de verduras rellenas, para que Karnaf no se diera cuenta de cómo le había cambiado de repente el color de la epidermis.

«No me lo puedo creer», dijo Karnaf. «Tus padres te dejan durante diez minutos y ya empiezas a meterte en líos de faldas.»

«¿Yo? ¡Qué va!»

Los clientes de la mesa de al lado dejaron por un momento de discutir sobre política y se quedaron mirándolos.

«¡Pero que no es así!», susurró de nuevo Asaf, furioso.

Karnaf se apoyó hacia atrás y examinó a Asaf sorprendido otra vez.

«Asaf», le dijo, «dentro de nada tendrás que afeitarte.»

«¡Qué va!», le respondió Asaf mientras se tocaba, como de pasada, la mejilla y notaba el vello. «Todavía falta.»

«¿Y qué es lo que piensas hacer con ese asunto?», le preguntó Karnaf, empezando a retirar los pedazos de carne del pincho. Asaf se lo quedó mirando y pensó en la teoría de Reli de que en cualquier comida no hay necesidad de engullir más de seis bocados a «todo carrillo», porque después de seis bocados como ese el estómago se encuentra saciado y todo lo que se coma después está de más y es pura glotonería. Y sin embargo allí estaba Karnaf, comiendo bastante bien, para ser por segunda vez.

«Voy a continuar siguiendo a la perra», dijo Asaf. «Y puede que al final lleguemos a encontrarla.»

«Se trata de una chica que se droga, Asafi.» La voz de Karnaf siempre parecía pesar, era como si con cada palabra soltara un kilo de cemento.

«Ya lo sé, pero...»

«No se trata de una chica que dé una que otra calada...»

«Ya, pero...»

«Es una chica que les compra a los camellos en pleno centro. ¿Qué has dicho que era, pastillas?»

«No lo sé, ¿cómo voy a saberlo? Yo no entiendo de eso.»

«¿Y qué es lo que tienes pensado hacer cuando la encuentres? ¿Que lo deje? ¡Y ella, claro está, lo va a dejar al instante!»

«¡Tan lejos no lo he pensado!», se escabulló Asaf. «Lo único que quiero es entregarle la perra. Es parte de mi trabajo, ¿no?»

Intentó darle un aire de oficialidad a su expresión, pero no lo logró. Dinka permanecía echada junto a ellos, con la lengua fuera y los ojos fijos en ambos, haciéndolos bailar del uno al otro y muy tensa.

«Escúchame», dijo Karnaf inclinándose hacia delante y recalcando sus palabras mientras blandía un cuarto de pan de pita. «En mi taller tengo trabajando a dos que lograron salir de eso. ¿Sabes lo que significa "salir de eso"? Es haber conseguido dejarlo después de haber vuelto a caer por lo menos tres veces, de haber salido y vuelto a caer. Y cada vez con problemas y más deterioro físico, con etapas de desintoxicación y líos con la policía y con las instituciones, y hasta ahora, hasta el mismo día de hoy, no estoy completamente seguro de que estén curados del todo.»

El cuarto de pita subía y bajaba ante los ojos de Asaf. Este se frotó con fuerza las sienes. Tenía calor: a Karnaf no le faltaba razón. Había que salirse cuanto antes de toda aquella historia. Pero ¿y la niña subida en el bidón? ¿Cómo iba a poder olvidarla?

«Escúchame, Asaf, olvídate de ella, deja de soñar. Tú no tienes ni idea de por lo que se pasa antes de que alguien que esté enganchado logre desintoxicarse de verdad.» Karnaf soltó la pita y el tenedor y se frotó sus pesadas manos. «Mira, todas estas historias de drogas y no drogas me las he tenido que tragar desde niño. Medio barrio se drogaba fijo. ¿Sabes, acaso, lo que es el mono?»

«Algo he oído. Pero no muy bien.»

Todo lo que Karnaf decía lograba deprimir a Asaf cada vez más y el repentino tono de amonestación que empleaba le resultaba muy extraño. Normalmente Karnaf hablaba muy poco. Ahora se aflojó el cinturón para hacerle lugar a la comida y a la profunda inspiración que acababa de hacer.

«El mono es lo que sucede durante los primeros días de la desintoxicación, ¿me sigues? Te estoy hablando de los cuatro o cinco primeros días, cuando el cuerpo se pone a gritar de dolor porque no recibe la dosis.»

Se inclinó tranquilamente hacia delante para acercarse a Asaf y con los ojos entornados.

«Es como si te mataran de hambre y de sed durante todo un mes. Sencillamente la persona siente cómo se desgarra por dentro. Tú no has visto el color gris que toma, cómo suda, las convulsiones en los brazos y en las piernas...»

Cada vez que Karnaf hablaba Asaf negaba con la cabeza, como si intentara alejar de él aquellas palabras.

«Así que ¿qué es lo que dices ahora?», le preguntó Karnaf cuando hubo terminado la explicación. «¿Te rindes?»

Asaf se tomó la Coca-Cola con unos tragos muy largos. Después dejó el vaso. No miraba a Karnaf. De ningún modo podía verse a sí mismo pronunciando la palabra rendirse.

Karnaf lo miraba atónito. Su ancho pecho soltó de golpe el aire que había estado reteniendo. «Ya entiendo», dijo emitiendo un suspiro. «Lo tenemos complicado.» Mordisqueó algo, pero lo dejó. El tenedor parecía entre sus dedos el tenedor de un niño. La madre de Asaf, experta en dedos, decía que Karnaf tenía los dedos más masculinos que hubiera visto nunca.

«¿Y tú?», se atrevió a decirle Asaf. «¿Tú nunca has tomado drogas?»

«Jamás.» Karnaf se apoyó hacia atrás y la silla crujió. «Así de cerca estuve, pero no. Yo he caído en otro tipo de dependencia, ya sabes.»

Y entonces le contó a Asaf, por centésima vez, aunque este vio en ello algo conocido y tranquilizador, cómo durante su niñez, desde los seis años, cuando iba el sábado con su padre a la sinagoga, enseguida

se escapaba de allí, corría hasta el árbol que había al lado del YMCA y se sentaba encaramado a él, desde las nueve de la mañana hasta que empezaba el juego a las dos y media.

«Veía el partido, volvía a casa, mi padre me daba una paliza y después me ponía a esperar el sábado siguiente.» Asaf se lo imaginaba menudo y ardiendo de emoción entre las ramas del árbol, y sonrió.

«¿Entiendes?» Karnaf se rió. «Hoy creo que a lo mejor el partido no me interesaba tanto como el asunto de esperar, de estar allí sentado durante cinco horas pensando que ya faltaba menos, que pronto iba a empezar... eso era lo principal para mí, esa era mi droga. Porque desde el momento en que el juego había terminado... un completo vacío, hasta la semana siguiente. Pero ¿cómo hemos llegado a esto?»

Asaf sonrió: «Pues llegando».

«Bueno, basta», dijo Karnaf, y Asaf notó que lo que hacía ahora era cambiar de táctica. «He caído como la peste sobre ti. Bastante has tenido ya con las esposas de ese desgraciado.»

Durante unos instantes siguieron comiendo en silencio. Karnaf engullía y bebía un poco de agua. Comía y bebía. Asaf terminó con todo lo que tenía en el plato. Poco a poco se fueron tranquilizando de la discusión. Después se miraron, saciados y satisfechos y sonrieron. Normalmente los asuntos entre ellos se solucionaban mejor en silencio.

«¿Qué cuentan tus viejos?», le preguntó Karnaf. Asaf dijo que el día anterior todavía no habían llamado, pero que seguramente lo harían hoy.

«Me gustaría saber si tu madre se las arregló...»

«... Con la puerta del servicio del avión», completó Asaf la frase, y los dos se rieron. Se había estado entrenando en casa con la puerta del lavavajillas, porque Karnaf le había dicho que se trataba casi del mismo sistema, y su gran preocupación en lo concerniente a la puerta del cuarto de baño fue objeto de las chanzas de toda la familia.

«Así que no sabes nada de ellos», volvió a indagar Karnaf mirándolo como si buscara algo en el fondo de los ojos de Asaf.

«Que no, que de verdad que no.»

«Vale, vale.»

A Karnaf no le había hecho ninguna gracia la idea de aquel viaje. Sospechaba que no lo tenían al corriente de toda la verdad. «¿Y de Reli?», preguntó, como si nada.

«Creo que está bien.» Asaf lamentó haberse terminado ya la comida, no tener un plato lleno sobre el que poder inclinar el rostro.

«¿Vuelve con ellos o no vuelve?»

«Ojalá. No lo sé. Quizá.»

Karnaf ahora le escudriñó la cara a fondo en busca de algún indicio, pero Asaf no tenía nada que revelarle. Él mismo tenía grandes temores de que aquel viaje encerrara algún secreto que le ocultaban por la estrecha relación que mantenía con Karnaf. Con demasiada facilidad no lo habían llevado con ellos sobornándolo con la promesa de una Canon.

«Y es que», dijo Karnaf mientras encendía un cigarrillo y aspiraba el humo con placer, «es que tengo una sensación muy extraña.»

«No, no», dijo Asaf enseguida, «ya verás como todo sale bien.» Se acordó de la larga temporada durante la que Karnaf había dejado de fumar porque Reli se lo había exigido, y sabía que el hecho de que ahora fumara era otra mala señal: «No te preocupes, ahora que están allí hablarán con Reli y ya verás como vuelve con nosotros».

«Con nosotros» era, por supuesto, también con Karnaf. Sobre todo con Karnaf.

«Ha encontrado a alguien, allí», dijo Karnaf con una profunda desesperación, y expulsó el humo hacia arriba. «Seguro que ha conocido a algún americanito y se queda, te lo digo. Esas cosas las siento en los huesos.»

«No lo hará», dijo Asaf.

«Lo único que estoy haciendo es engañarme a mí mismo.» Karnaf estrujó con crueldad el cigarrillo, a pesar de que solo se había fumado una cuarta parte. Por la cantidad de cosas que se habían dicho durante aquella comida, Asaf sabía que Karnaf tenía un estado de ánimo muy poco habitual en él. Le turbaba mirar a Karnaf, con toda su corpulencia y su fuerza, dejándose arrastrar así, con tal impotencia, y Asaf supo de pronto que en ese momento Karnaf no tenía ya ningún dominio sobre el asunto: «Mira los años que llevo haciéndome

ilusiones», dijo Karnaf muy despacito, como si disfrutara haciéndose daño a sí mismo, «para que veas lo que es el amor».

Los dos se quedaron en silencio, como asustados. Asaf notó cómo la palabra que Karnaf acababa de escupir lo calcinaba por dentro, puede que porque nunca, ni una sola vez había aparecido en sus conversaciones con anterioridad.

Y de repente estaba allí, aquella palabra, aleteando, agitándose como un ser vivo, como un polluelo que hubiera caído del regazo de Karnaf y que alguien tenía que recoger.

«Esa chica», masculló Asaf sin pensarlo, «la de la perra, tiene una amiga monja que lleva ya cincuenta años...» Pero se quedó callado porque notó que era un poco de falta de tacto, por su parte, ponerse a hablar así de sus asuntos mientras Karnaf sufría tanto ante él. «Ya verás como sí vuelve» dijo, con una extraña falta de convencimiento, aunque qué otra cosa podía hacer que no fuera repetir y repetir esas mismas palabras como si fueran una oración o un conjuro. «¿Dónde va a encontrar a alguien como tú? Mis padres también dicen lo mismo, lo sabes muy bien.»

«Sí, si la cosa dependiera solamente de tus padres...», dijo, asintiendo lentamente. Después se desperezó haciendo ostentación de toda su corpulencia. Entonces miró hacia arriba, hacia los lados, suspiró. «Mira, la perra se ha quedado dormida», añadió.

Y la verdad es que Dinka se había quedado dormida. Durante toda la comida Asaf le había ido pasando carne de los pinchitos y patatas fritas. Normalmente aquí no se admitían perros, le había dicho Hezi, el camarero, a Karnaf, pero para el señor Tsaji...

Asaf y Karnaf se quedaron charlando de todo un poco y se alejaron de los temas que habían estado comentando momentos antes. Karnaf le habló de la nueva escultura que tenía que fundir ese día, del escultor aquel tan famoso pero tan loco, que se había enemistado con todas las fundiciones del país y que también con Karnaf discutía todas las veces, hasta llegar a las manos, en ocasiones, y es que con cada escultura era la misma historia, aunque cuando llegaba a su taller al cabo de un año y con una sonrisa torcida le decía a Karnaf que tenía una obra nueva, Karnaf no era capaz de darle un no. «Así son los

artistas», se reía Karnaf. «No puedes discutir con su cabeza, porque tampoco ellos pueden hacerlo. Esos no tienen Dios, no se casan con nadie. Reciben órdenes solo de su interior, así que ¿para qué vas a ponerte a discutir?» Su risa se apagó enseguida, porque quizá recordó que el fundir también es un arte.

Las personas de la mesa de al lado se levantaron. «¿Café turco, señor Tsaji?», le preguntó el camarero a Karnaf, y este pidió un café turco para cada uno.

«No», dijo Karnaf cuando llegaron las dos tacitas, «Todavía no has aprendido. Hay que tomárselo así...» Y sorbió el café con un sonoro silbido. Sus labios, gruesos y casi morados, se fruncieron como en un beso. Asaf intentó imitarlo, pero solo tragó aire. Karnaf sonrió. Asaf lo miraba. Aquella era la sonrisa ante la que cualquier mujer del mundo se hubiera derretido, sentenciaba mamá y se ponía furiosa porque esa estúpida, Reli, lo tratara con indiferencia, no, como una piedra, una piedra, eso, eso es lo que tenía, un corazón de piedra.

«Entonces, ¿qué haces por fin con ese asunto?», dijo Karnaf apuntando hacia la perra con un gesto. «No piensas dejarlo y pasar de la chica, ¿verdad?»

«Seguiré dando unas vueltas más, hoy, hasta la noche, y entonces ya veremos.»

«Y hasta mañana, ¿eh?», le sonrió Karnaf. «Y hasta que la encuentres, ¿no?»

Asaf se encogió de hombros. Karnaf lo miró largamente chupándose las mejillas hacia dentro. Durante la guerra del Golfo, Karnaf había comprado un puzle de diez mil piezas de los Alpes suizos, y se lo había llevado a Reli y a sus padres, para relajar un poco las horas de tensión y nerviosismo de las noches. La primera que se rindió fue Reli, la misma noche que empezaron a hacerlo. Dos días más tarde se retiró la madre, que dijo que hasta los misiles de Sadam eran preferibles a aquella tortura suiza. El padre continuó durante una semana más y Karnaf un mes, por principio, y solo lo dejó cuando le pareció que estaba desarrollando un ligero daltonismo, sobre todo entre los distintos tonos de azul. Asaf, que entonces no había cumplido los ocho años, acabó el puzle una semana después de que la guerra hubiera

terminado.

«Ahora escúchame», dijo Karnaf, y se quedó pensativo un momento. Jugueteaba entre los dedos con la cadena del ejército que llevaba al cuello. Los bordes de la camiseta estaban verdosos por el polvo de bronce oxidado. «A mí... no me gusta nada que andes vagando por ahí de esa manera. Tus padres me harán picadillo si te pasa algo o alguien te toca ni un solo pelo, ¿tengo razón o no?»

«Sí, la tienes.» Asaf sabía que tampoco Karnaf se lo perdonaría a sí mismo si llegaba a pasarle algo.

«Hasta ahora has tenido suerte con que solo se te haya echado encima un policía sádico. La próxima vez puede tratarse de algo peor.»

«Pero es que tengo que buscarla», volvió a decir Asaf insistentemente, mientras para sus adentros pensaba «encontrarla».

«Mira lo que vamos a hacer.» Del mono lleno de manchas sacó Karnaf el rotulador rojo con el que marcaba las esculturas. «Te apunto también mi móvil, y los números del trabajo y de casa.»

«Esos ya me los sé.»

«Así los tienes todos juntos, en un solo papel. Escúchame bien, no digas después que no te has enterado: si tienes el problema más mínimo, por más mínimo que sea, no sé, como que alguien te dice algo, se te acerca aunque sea a medio metro, o simplemente no te gusta la cara que tiene, al instante te vas al teléfono público más próximo que veas. ¿Me lo prometes?»

Asaf puso cara de «¿Qué soy, un bebé?», pero para sus adentros no se oponía del todo.

«¿Tienes una tarjeta de teléfono?»

«Mis padres me han dejado cinco. Siete.»

«Si la llevas encima, me refiero, ¿la tienes?»

«En casa.»

«Toma. Cógela, que no me vas a arruinar. Y ahora, ¿quién paga la comida?»

«Lo hacemos como siempre, ¿no?»

Hicieron sitio en la mesa. Colocaron los brazos uno frente al otro. Asaf estaba macizo y todos los días hacía, en dos veces, ciento veinte flexiones y ciento cuarenta abdominales, aunque ahora, durante unos

segundos, jadeó y resopló, porque todavía no tenía ninguna posibilidad contra Karnaf.

«Pero cada vez me resulta más difícil», le dijo Karnaf con caballerosidad, mientras le pagaba al camarero.

Se levantaron y se dispusieron a salir. Dinka caminaba entre los dos, cosa de la que Asaf disfrutó en secreto, de verse así los tres, Karnaf, él y la perra en medio. Ya fuera del restaurante, Karnaf echó una rodilla a tierra, así, en la acera, tan sucia, y la miró directamente a los ojos. Ella lo miró un momento pero enseguida apartó la mirada, como si estuviera demasiado cerca. O como si los ojos de él encerraran demasiado sentimiento.

«Si no encuentras a la chica, me traes la perra. Es muy inteligente. Hará buenos amigos en mi patio.»

«Pero el formulario. La multa...»

«Correrá de mi cuenta. ¿Qué quieres, que el veterinario del Ayuntamiento le inyecte algo?»

Dinka le lamió la cara.

«Eh, eh», se rió, «pero si nos acabamos de conocer.»

Se subió a la moto. «¿Hacia dónde vas?», preguntó, con la cara momentáneamente plana por el casco.

«A donde ella me lleve.»

Karnaf lo miró y se rió con ganas. «Qué quieres que te diga, Asafi. Oírte decir a ti una frase como esa... Decididamente esta perra ha conseguido contigo lo que no han logrado ni tus padres ni Reli. "A donde ella me lleve"... ¡Es para morirse!» Arrancó la moto con un rugido que atronó la calle y empezó a rodar levantando una pierna hacia un lado y diciendo adiós con la mano, hasta desaparecer.

De pronto estaban solos, los dos.

«¿Y ahora qué, Dinka?»

La perra se quedó mirando a Karnaf hasta que este desapareció de su vista. Olfateó el aire. Quizá estuviera esperando a que los vapores de la gasolina se disiparan. Después se dio la vuelta. Puso las patas muy tensas, levantó la cabeza y adelantó el morro. Las orejas se le inclinaron un poco hacia delante. En dirección a algo que había al otro lado de las casas que coronaban la calle del mercado. Asaf

empezaba ya a reconocer aquellas señales.

«Guau», dijo Dinka, y echó a correr.

Al tercer día, cansada ya y arrastrando los pies después de una noche de insomnio en el refugio, volvió a salir a la calle antes de que abrieran las oficinas del edificio en el que se había escondido. En la Cafetería del Arte compró el desayuno de las dos, de ella y de Dinka, que se sentaron a comer en el patio vacío de la Escuela Experimental. A Tamar se le encogió el corazón al ver el desastroso aspecto que tenía Dinka, de cuyo hermoso pelo habían desaparecido el brillo y las doradas ondas. Pobrecita, Dinkush, te he arrastrado a todo esto sin ni tan siquiera preguntártelo, mírate, aquí estás, conmigo, porque te fías de mí con los ojos cerrados, ojalá yo misma supiera lo que estoy haciendo y adónde voy.

Pero cuando estuvo delante del público, como siempre, al instante se creció.

Cantó en la calle Lunz, y el público congregado a su alrededor no la dejaba marcharse pidiéndole que siguiera cantando una y otra más. Los ojos le centelleaban: de actuación en actuación se hacía más fuerte en ella el deseo —que no creía que se le iba a despertar también aquí y con tanta fuerza— de atraparlos, de atraerlos hacia ella ya desde la primera nota. Enseguida, claro está, oía a Idán y a Adí advirtiéndole a gritos: ¡la obra creativa tiene que irse desarrollando poco a poco, madurar, no existe el arte instantáneo! Tamar pensó que ninguno de los dos sabía de lo que estaba hablando, porque allí no había ni arañas doradas ni telones de terciopelo y nadie iba a esperar a que «madurara»: la calle estaba llena de tentaciones que atraían a los transeúntes no menos que ella; cada veinte metros había alguien con un violín, una flauta o antorchas lanzadas por el aire, y todos estaban por lo menos tan ansiosos como ella de ser oídos, descubiertos y amados; y además de todos ellos había también cientos de dueños de tiendas, vendedores ambulantes, vendedores de falafel y shawarma, estaban los vendedores de los bazares, los camareros de los cafés, los vendedores de lotería y los mendigos, cada uno de los cuales gritaba

sin descanso en medio de un susurro mudo y desesperado: «¡A mí, venid a mí! ¡Venid solo a mí!».

En el coro había también, claro está, luchas internas, envidias y una clara competencia por las mejores piezas, y cada vez que la directora le daba a alguien un solo, había tres que le comunicaban su despedida. Pero ahora todo aquello le parecía un juego de niños en comparación con la calle, y ayer, por ejemplo, al ver que el círculo que había alrededor de las dos chicas irlandesas de las flautas traveseras era más grande que el suyo, notó un pellizco de envidia, una envidia mucho más amarga que la que había sentido cuando Atalía, una chica del coro, había sido aceptada para la Manhattan School of Music de Nueva York.

Y hoy, mientras saludaba con una encantadora reverencia frente a las miradas radiantes de las personas que le aplaudían con entusiasmo, supo que lo que ella quería era seguir el juego según las leyes de la calle, luchar por su público, seducirlo, ser atrevida, sorprendente y callejera. Sentía cómo la conmocionaba darse cuenta de hasta qué punto la calle era un ruedo de constante pugna, de lucha por la existencia minuto a minuto, bajo una apariencia festiva, multicolor y cívica, y sabía que para sobrevivir aquí tenía que liberarse de inmediato de su tan arraigada delicadeza y actuar como un miembro más de la guerrilla urbana. Por eso mismo, se apartó cinco grandes zancadas de la calle Lunz, se plantó en mitad mismo de la calle peatonal, y guiñándole mentalmente un ojo a Halina, que siempre se lamentaba de que Tamar no tuviera ni la más mínima gota de la ambición que necesita todo artista, de que fuera una mimada y de que se negara a luchar por hacerse un lugar y huyera de toda competencia, le dijo también mentalmente: Mírame ahora, en medio del punto más transitado de la ciudad, ¿creerías que se trata de mí?

Empezó a cantar, con la voz más clara y rica que había logrado alcanzar desde que salió a la calle, «God bless the child», de Billie Holiday, pero cuando iba a empezar con la segunda canción, el acordeonista ruso arremetió de repente con la melodía del «Cumpleaños feliz», a todo volumen, y enseguida se le unieron las irlandesas con las flautas, desde la parte de arriba de la calle, y el

violinista ciego de la calle Lunz, que tocaba una especie de imitación de la música gitana, y para mayor sorpresa de Tamar, incluso los tres hombres de rostro impasible de Paraguay, con sus exóticos y melancólicos instrumentos. Todos llegaron hasta donde se encontraba y, tras rodearla, empezaron a tocar mientras ella permanecía en medio, muy emocionada, saltándose todas las normas de precaución que se había impuesto, mirando feliz y sonriente al público que tenía alrededor, a todos aquellos rostros desconocidos que la observaban con verdadero aprecio, que comprendían las reverencias que le hacía el ruso, y casi no se paró a pensar en cómo había celebrado el cumpleaños anterior con Idán y con Adí en lo alto de la torre del monte Scopus, cómo se habían escabullido hasta allí a media noche para permanecer despiertos y ver el amanecer…

Cuando el pequeño concierto terminó Tamar no quiso cantar más, se disculpó ante el público y se despidió, se acercó al ruso y oyó lo que ya había imaginado que iba a oír. Que el día anterior había llegado una mujer, así de alta, grandota, con muchas cicatrices en la cara y que les había dado cincuenta siclos para que le tocaran esa canción al día siguiente. Con cincuenta siclos en la mano no se pregunta nada, añadió el ruso y después, muy preocupado: «¿Qué es lo que te pasa, *tamruchka*, no he tocado bien?».

«Lo has hecho divinamente, Leonid, inmejorable.»

Se fue de allí mientras pensaba que, a pesar de todo, el mundo era bueno, o que por lo menos tenía potencial siempre que hubiera personas como Leah; meditó acerca de la descripción que de Leah le acababa de hacer Leonid y se sorprendió de que ella misma apenas viera ya esas cicatrices que Leah llamaba *pansies*. Tamar pensó, además, que por lo menos se había librado de la tortura de estarse junto al teléfono a esperar que alguien la llamara para felicitarla.

En estas cavilaciones andaba cuando se dio cuenta de que había llegado a la explanada del Mashbir. No le gustaba actuar allí, ni tan siquiera estar allí sin hacer nada, a causa del tráfico, los vendedores ambulantes, las mesas de recogida de firmas y el ruido de los autobuses. Se dio media vuelta con la intención de regresar hacia abajo, hacia la calle peatonal, pero por algún motivo se entretuvo,

algo la retenía sin que ella supiera de lo que se trataba. Durante los últimos segundos se sentía muy nerviosa y agitada. Por el cumpleaños, por lo visto, y por cierto desasosiego interno y nuevo sin descifrar. Anduvo un trecho pero sintió como si algo la atrajera de vuelta. Ahora empezaba también a despertarse en ella cierto enfado hacia Leah, por haberle preparado semejante fiesta en plena calle y a la vista de todos. Porque ¿qué pasaría si después, cuando las cosas se complicaran, alguien empezaba a investigar quién era aquella mujer de las cicatrices que había pagado a Leonid y a los otros? Vagaba sin rumbo y cada vez más furiosa. ¿Qué falta le había hecho a ella ese cumpleaños sorpresa en medio de los asuntos muchísimo más importantes que se traía entre manos?

En medio de una absoluta displicencia decidió cantar una única canción, no más, y después marcharse. Y resultó que fue precisamente allí donde sucedió, y sin que se encontrara preparada: ella, que tanto había planeado y esperado el momento, que había estado tan en guardia, haciendo un sinfín de conjeturas acerca de cómo sucedería todo, de cómo sería el emisario de su depredador, en absoluto se dio cuenta de lo que pasaba cuando llegó el momento.

Terminó de cantar y recogió las monedas. La gente se dispersó y ella se quedó con la sensación que ya conocía y que consistía en una extraña especie de orgullo por su excelente actuación, por el hecho de haber logrado conquistarlos de nuevo, pero también con el vacío reconcomiéndola por dentro cuando todos se marchaban y ella se quedaba, de repente, en medio de la calle sabiendo que había entregado algo muy íntimo y suyo a unos extraños.

Dos viejos, un hombre y una mujer, que habían estado sentados en un banco de piedra, algo apartado, durante la actuación, se levantaron y se acercaron a ella con paso lento. Iban firmemente agarrados del brazo y el hombre se apoyaba en la mujer. Eran menudos y llevaban puestas unas ropas demasiado abrigadas para el espléndido y caluroso día que hacía. La mujer le dirigió a Tamar una sonrisa llena de timidez y casi vacía de dientes, mientras le preguntaba: «¿Nos permites?». Tamar no entendía qué era lo que había que permitir, pero le contestó que sí. Le había llegado al corazón esa forma de permanecer allí de

pie ante ella tan juntos, como si se apoyaran mutuamente.

«¡Ay, lo bien que cantas!», sentenció la mujer, llevándose las manos a las mejillas. «Como…, ¡como en la ópera! ¡Como un cantor de sinagoga!», dijo, mientras su pecho subía y bajaba por la respiración. Le tocó el brazo a Tamar y se lo acarició emocionada, y Tamar, a quien por lo general no le gustaba que ningún extraño la tocara, notó cómo todo su espíritu se sentía atraído hacia el suave contacto de aquella mano.

«Él», dijo la vieja, indicando con los ojos que se refería a su marido, «Yosef, mi marido, apenas tiene ya ojos para ver, ni oídos para oír, así es que yo soy sus ojos y sus oídos, pero a ti sí te ha oído, ¿verdad que la has oído, Yosef?» Y le dio un empeñón con el hombro. «¿Verdad que la has oído cantar?»

El hombre miró en dirección a Tamar y le dedicó una sonrisa vacía que le partió el bigote amarillo en dos.

«Perdona que te pregunte una cosa», continuó la mujer con mucha dulzura, y su cara blanda y gordezuela se acercó de pronto hasta casi tocar la de Tamar. «¿Tus padres saben que estás por aquí, así, sola en la calle?»

Tamar seguía sin entender nada, sin la más leve sospecha. Le contó que se había marchado de casa, «porque allí las cosas estaban un poco mal», y le sonrió, como si se disculpara por tenerle que revelar a una mujer tan buena la dura realidad de la vida, «pero estoy bien, no se preocupe». La vieja, de todas maneras, le dirigió una mirada penetrante y con su mano como de masa de pan agarró a Tamar por la muñeca, tiró de ella con una fuerza inesperada y por un instante parpadeó ante Tamar la escena de la bruja comprobando si la gordura de Gretel era ya la adecuada… una imagen que tan deprisa como apareció volvió a esfumarse ante aquella cara hinchada y amigable.

«Eso no está bien», masculló la mujer, mientras miraba a su alrededor furtivamente. «No está bien que una niña esté sola. Por aquí anda todo tipo de gente, ¿y no tienes nadie que te cuide? ¿Y si alguien te quiere robar el dinero? ¿O, Dios no lo quiera, busque otra cosa?»

«Sé arreglármelas muy bien, abuela», se rió Tamar, queriendo ya marcharse de allí, porque empezaba a sentir cierta preocupación al ver

cómo la mujer le iba tocando donde más le dolía.

«¿No tienes amigos o hermanos que cuiden de ti?», susurró la vieja. «¿Y dónde duermes, por la noche? ¡Así no puedes estar!»

En ese momento, por primera vez, algo se despertó en Tamar, un cosquilleo en el estómago que le susurraba no revelar demasiado. Pero no quiso hacer caso del cosquilleo. Los dos viejos parecían tan inocentes y amigables. A pesar de todo la risa de Tamar ya no fue la misma, sino más forzada, y volvió a decirles, mientras se disponía a marcharse de allí, que de verdad que no tenían por qué preocuparse por ella. Pero la vieja la asió entonces con firmeza, tanto que Tamar se sorprendió de que aquellos dedos torcidos pudieran agarrarla con una fuerza tan violenta. «¿Comes lo suficiente?», le preguntó. «Se te ve tan delgada, mi niñita, pura piel y huesos.» Y Tamar, ya más en guardia por ese «mi niñita», dijo que se las arreglaba bien, que muchas gracias, pero mientras la vieja permanecía en silencio un momento, Tamar pudo ver cómo sus labios preparaban una última pregunta que enseguida llegó, directa y tajante: «Dime, *méidele,* ¿no querrías tener a alguien que te cuidara mientras estás aquí?».

Tamar se encontraba ya a un paso de los dos viejos porque le habían empezado a resultar realmente fastidiosos. El hecho de que la tuvieran rodeada acosándola de aquella manera le desagradaba, y sin embargo, la última pregunta había sonado muy otra, como proveniente de un lugar distinto. Tamar se detuvo, se quedó mirándolos a los dos en medio de un indescriptible asombro mientras en su mente empezaba a tomar forma el pensamiento de que se trataba de eso, de que eran ellos, de que por muy increíble que pareciera, resultaba perfectamente factible que aquellas fueran las personas a las que había estado esperando, los emisarios.

¡Pero no puede ser!, se resistía Tamar a aceptarlo, sonriendo por lo tonta que había sido, míralos, pero si parecen dos refugiados. Pero la realidad es que habían formulado la pregunta correcta. No, pero es imposible, míralos bien, si son un par de abueletes llenos de buenas intenciones y que se preocupan por ti. ¿Qué relación puede haber entre ellos y esa terrible persona?

«Un momento, ¿qué ha querido usted decir?», preguntó con los ojos

más abiertos que nunca. «No lo entiendo.» Tamar sabía que ahora tenía que ser más inteligente que nunca y no bajar la guardia. No tenía que mostrarse ni muy entusiasmada ni muy asustada. La única pega era ese maldito corazón, que incluso desde fuera, a través del mono, podía apreciarse cómo latía enloquecido.

«Es que nosotros, Yosef y yo, conocemos un sitio muy bueno, una especie de casa en la que podrás vivir, y donde hay muy buena comida, y amigos, tendrás allí, además de que en ese sitio se pasa siempre muy bien, ¿verdad que sí, Yosef?»

«¿Cómo?», preguntó Yosef, que parecía haberse quedado dormido de nuevo tras las gafas oscuras y al que solo el golpe de hombro que recibió de la mujer en la espalda logró despertarlo.

«Que tenemos en casa comida muy buena.»

«Bueno, sí, claro, la mejor comida del mundo. Eso es porque guisa Henia», explicó, mientras apuntaba hacia su mujer con un gesto de la cabeza. «Así que la comida está muy rica, y la bebida, y también hay para dormir, ¡todo es estupendo!»

Tamar no se precipitó. Algo en su interior se negaba todavía a creerlo. O temía creerlo. Era como si hubiera alguien dentro de su mirada que siguiera suplicándoles que le demostraran que se equivocaba. Porque si aquello era lo que parecía, si ellos eran los emisarios esperados, ahora todo estaba a punto de comenzar y ella ya no iba a tener ningún dominio sobre lo que sucediera, pero la cuestión es que de pronto se había dado cuenta de que no tenía valor para hacerlo.

«¿Qué nos dices a eso, cariño?», le preguntó la mujer, a la que según se dio cuenta Tamar, le temblaban los labios de ansiedad.

«No sé...», soltó Tamar. «¿Dónde es? ¿Está lejos?»

«En el extranjero no es, desde luego», carraspeó la vieja mientras se ponía a agitar las manos delante de Tamar, puede que por los nervios. «Es aquí mismo, a medio minuto. Pero vamos a coger un taxi, o encontraremos a alguien que nos lleve. Solo dinos si sí o si no. Todo lo demás ya lo arreglaremos nosotros.»

«Pero es que... es que no los conozco», casi gritó Tamar de puro pánico.

«¿Para qué hay que conocerse? Yo ya soy abuela, y él, abuelo. ¡Pero si somos un par de viejos! Tenemos un hijo, Pesaj, que es el director allí, y que es muy bueno, créeme, cariño, ¡es un hijo ejemplar!» Tamar los miraba con desespero. No cabía la menor duda. Aquel era el nombre que le había dado Shai cuando le telefoneó desde allí. Pesaj. El hombre que le había dado la paliza, que casi lo mata a golpes. La vieja continuó: «Y él tiene un lugar perfecto para niñas como tú».

«¿Un lugar?», se sorprendió Tamar. «¿Hay otros niños?»

«¡Pues claro que sí! Pero ¿qué creías, que ibas a estar allí sola? Hay niños que son actores de primera, y los hay que hacen gimnasia como en el circo, y músicos, con violines y guitarras, y uno que actúa sin hablar, como ese, ¿cómo se llama el de la tele?, ah, sí, Rozen, y otro que traga fuego, y una chica que solamente anda con las manos», dijo, mientras movía la cabeza en señal de admiración, «allí tendrás amigos, y más que eso, ¡lo pasarás muy bien todo el día!»

Tamar se encogió de hombros. «Pues pinta muy bien», mintieron sus labios, aunque la voz apenas se le oyó.

«¿Vamos entonces?», tembló la boca de la vieja, mientras la cara se le ponía roja de ansiedad. Tamar no pudo mirarla, de repente, porque se le apareció como una gran araña que envolvía con sus hilos a toda velocidad a la pobre hormiga que ella era.

La vieja la tomó del brazo y juntos bajaron la calle peatonal. Iban muy despacio, por la ceguera de Yosef. La vieja no dejaba de hablar, como si deseara inundar a Tamar de palabras para que no comprendiera qué era lo que realmente estaba sucediendo. A Tamar le ardían los talones. Resultaría tan fácil, en ese momento, soltarse del brazo de la vieja y simplemente alejarse de ella. Marcharse para siempre y nunca más tener que sentir esa fría y flácida piel ni tenerse que enredar en la telaraña que esa vieja tejía a su alrededor.

Y así, nunca llegaría a aquella casa a la que hacía meses que andaba buscando cómo llegar.

Tamar miraba con tristeza hacia los lados, como si nunca más fuera a pasar por esa calle ni fuera a ver las tiendas, ni a la gente, ni su día a día. Sollozando pensó para sus adentros con la voz del burrito Igor: «Felicidades por mi cumpleaños y muchas gracias por el regalo».

«¿El perro también tiene que venirse?», graznó la vieja, malhumorada, al darse cuenta, de repente, de que aquella perra tan grande, que los seguía, era de Tamar.

«¡Sí, ella se viene conmigo!», gritó Tamar, y en lo más profundo de su corazón tuvo la esperanza de que le dijeran que los perros estaban prohibidos, porque entonces tendría una buena excusa para librarse.

«¿Es una chica, el perro? ¿Una hembra?», dijo la vieja con la boca torcida. «¿Y qué va a pasar? Se quedará preñada y buena se nos va a armar allí.»

«Es… es ya muy mayor, no puede parir», susurró Tamar, mientras que se le encogía el corazón por Dinka, que a su edad tenía que verse obligada a pasar por semejante humillación.

«¿Qué más te da entonces?», volvió a intentarlo la mujer. «Déjala aquí, ¿qué falta te hace? Y encima habrá que darle comida, se pondrá enferma, lo ensuciará todo…»

«¡La perra se viene conmigo!», la cortó Tamar, y por un momento la vieja y ella se quedaron mirándose. Fue en ese instante cuando Tamar pudo ver lo que había permanecido oculto bajo las amplias sonrisas y los michelines de gordura maternal —una mirada penetrante, gris como el acero, beligerante—, pero la vieja fue la primera en apartar la vista: «No hay por qué gritar de esa manera. ¿Qué es lo que he dicho, al fin y al cabo? ¿Qué desfachatez es esta de gritarnos, encima que te estamos haciendo un favor…?».

Y entonces Tamar supo, supo, supo, que se trababa de ellos.

Durante unos instantes prosiguieron la marcha en silencio. Junto a «Las gatas» empezó a deslizarse tras ellos muy despacito un coche azul, sucio y abollado por todas partes. Tamar, al principio, no se apercibió de ello. Después se sorprendió de que aquel Subaru se les estuviera acercando tanto. Y entonces empezó a sentir en la garganta el ahogo del pánico. El coche se detuvo junto a ellos y la vieja miró muy deprisa a derecha y a izquierda.

El chófer, un chico joven y moreno, que tenía la frente atravesada de lado a lado por una profunda arruga, salió del coche. Le dirigió a Tamar una apresurada mirada, enardecida pero llena de desprecio. Le abrió la portezuela de delante a la vieja, como si fuera el chófer de,

por lo menos, un Rolls-Royce. La vieja esperó hasta que su marido se hubo logrado meter en la parte trasera para después empujar hacia dentro a Tamar.

«Directamente a ver a Pesaj», le ordenó. El chófer quitó el freno de mano y el coche salió hacia su destino. Tamar volvió la cabeza para mirar la calle que se iba encogiendo a sus espaldas y que terminó cerrándose como una cremallera.

CUAL PÁJARO ENLOQUECIDO

El hombre corpulento de la camiseta negra de red llevaba un palillo en la boca y hablaba por dos teléfonos a la vez. En el auricular de uno de los dos, el que tenía en la mesa, gritaba: «¡Ya te lo he explicado más de cien veces: por la mañana, siempre tienes que mirar en la parte de atrás del coche que lleve los cuchillos en la bolsa!». Y por el segundo, el móvil, decía: «¿Y de dónde te traigo yo ahora un arcón de cristal, de dónde?». Cuando levantó la cabeza vio a Tamar y, sin apartar la vista de ella, se pasó muy despacio el palillo que llevaba en la boca del lado izquierdo al lado derecho.

Tamar permanecía de pie y muy firme, agarrando con fuerza las costuras del mono que llevaba puesto. Tantas personas dudosas, grises, había conocido durante las últimas semanas, y cada vez que había sentido miedo se había tranquilizado a sí misma con el pensamiento de que no eran más que el aperitivo de él y que debía reservarse el miedo para ese decisivo momento. Ahora que se encontraba frente a él le sorprendió ver que tenía un aspecto prácticamente inofensivo, que parecía una especie de osito gigante, gordo y sudado, a pesar de lo cual no lograba dominar el temblor de las piernas.

Un anillo negro y ancho se destacaba en uno de los dedos del hombre y Tamar se quedó hipnotizada por el meñique con la larga uña de buitre, mientras se preguntaba si no sería desde ese teléfono que estaba encima de la mesa desde el que habría sido hecha la llamada por la que ella había llegado hasta allí, y si sería en ese mismo lugar, en esa habitación, donde le habían dado la paliza a Shai y desde donde había surgido aquel terrible aullido.

El viejo y la vieja, sus padres, se abalanzaron sobre él, a quien Tamar le fue presentada mientras seguía hablando por teléfono, y le sonreían cada uno desde un lado con una expresión sugerente de promesa, como si se tratara de un regalo de gran valor que hubieran comprado para él. Incluso sentado era más alto que cualquiera de los dos y llenaba la habitación con su corpulencia, cosa que a Tamar le produjo una sensación extraña, como si ella resultara ridícula por su

pequeñez. En una cadena de oro que llevaba colgada del ancho cuello aparecían los nombres «Meir» y «Yaacov» —seguramente los nombres de sus hijos— y algo que parecía el largo colmillo de un animal. Por uno de los teléfonos decía ahora: «Cuidado que te he dicho que tienes que estar vigilando cuando tira, ayer ya me cortó a alguien en Acre». Y por el otro teléfono rugía: «¿Y no se puede meter en una simple caja de madera o de cartón del súper, esa loca?».

Dinka yacía a los pies de Tamar, muy intranquila. De tanto en tanto se levantaba y cambiaba de postura, y al final, apartándose de lo que solía hacer en esperas largas, se quedó de pie. Tamar lo examinaba todo con precaución: a su derecha había un armario grande de metal. La ventana tenía barrotes. En la pared colgaba, medio caído y roto, un poster que decía: «QUISISTE JODERTE LA CABEZA Y TE HAS JODIDO LA VIDA». El hombre dio por finalizada una de las conversaciones con las siguientes palabras: «Es la última vez que te lo advierto: siempre tienes que vigilar que no haya nadie detrás de él a quien, por error, le deje el cuchillo clavado en la cabeza». Tenía una calva roja por delante, una trenza larga por detrás y unas pesadas bolsas bajo los ojos rodeadas de unas oscurísimas ojeras. Colgó uno de los auriculares y bajo la piel de los brazos se le movieron unos músculos que parecían barras de pan. Por el otro teléfono dijo: «Pues vais a una tienda de animales, seguro que hay alguna en el centro comercial, y le compráis un acuario, a ver cómo se las arregla, ¡pero que no se te olvide traerme el recibo!». Soltó un largo resoplido, como si dijera «Todo tengo que pensarlo yo», miró a Tamar y le preguntó qué es lo que sabía hacer.

Tamar tragó saliva. Sabía cantar.

«¡Más alto, que no se oye!»

Sabía cantar. Llevaba cantando tres años en un coro. Tenía un solo. Por lo menos lo había tenido, se corrigió para sus adentros, hasta el viaje a Italia.

«Me han dicho que cantas en Ben Yehuda, ¿es verdad?»

Tamar asintió con la cabeza. En la pared, detrás de él, había fijadas dos fotos rayadas. En ellas aparecía él unos veinte años más joven, semidesnudo, rojo, brillante, luchando contra otro hombre, por lo visto en algún tipo de competición.

«¿Y qué tontería has hecho? ¿Te has escapado de casa?»

«Sí.»

«Bueno, ni me lo cuentes. No quiero saberlo. ¿Y la edad?»

«Dieciséis. Hoy.»

«Has venido aquí por voluntad propia, ¿verdad?»

«Sí.»

«Nadie te ha obligado a venir, ¿verdad?»

«Nadie.»

De la abarrotada mesa sacó unos papeles y unos gruesos cuadernos. Estuvo buscando en ellos hasta que encontró un folio impreso con unas letras desvaídas. Una fotocopia de fotocopia. Tamar leyó: «El abajo firmante declara que ha llegado al centro artístico del señor Pesaj Beit Haleví por propia voluntad y sin coacción alguna. Por ello me comprometo solemnemente a respetar las reglas de este lugar y a acatar las órdenes de la dirección».

«Firma aquí», le señaló con un dedo muy gordo y rojo. «Nombre y apellido.»

Un instante de duda. Tamar Cohen.

Pesaj Beit Haleví lo leyó con gesto torcido: «De repente aquí todos se convierten en Cohen», dijo. «Hala, trae *pacá* el carnet de identidad».

«No lo tengo.»

«¿Y no llevas cualquier otro carnet? ¿Algo?»

«No llevo nada. Salí muy deprisa y no cogí nada.»

Pesaj ladeó la cabeza con un gesto de duda, pero al momento decidió dejar el asunto: «Vale, vale. Por ahora nos lo tragaremos. Ahora lo que te puedo dar aquí es un sitio para dormir, una habitación y una cama, y hay dos comidas al día, una normalita por la mañana y un plato caliente por la noche. El dinero que ganes cantando se lo das al centro por el alquiler y la comida. De mí recibirás treinta siclos al día para cigarrillos, bebidas y una pequeña reserva. Pero desde ya te aviso por las buenas, ni se te ocurra intentar engañarme. Y ahora pregúntame por qué».

Tamar se lo preguntó.

Él echó ligeramente la cabeza hacia atrás y le sonrió desde el otro lado del palillo. «Me parece que eres una chica muy fina, así es que

mejor será que no entremos en detalles. La regla de oro es: a Pesaj no se le engaña. ¿Entendido?» Por un instante pudo ver Tamar lo que le había comentado Shai acerca de ese hombre, la rápida transformación, casi imperceptible, entre las dos personalidades, completamente diferentes, que encerraba dentro. «Y no es que no lo hayan intentado», dijo, ensanchando en un milímetro la sonrisa y clavándole a Tamar una mirada tan fría que le atravesó el alma hasta llegarle casi a la oscuridad de su secreto. «Siempre hay algún listillo que cree que será el primero que lo consiga.» Y Tamar vio por un momento ante sus ojos al chico de los rizos, junto a la valla de hierro de la plaza, arrastrándose despacio, con los dedos rotos y la cabeza vacía. «Pero el que lo ha intentado, digamos que otra vez ya no lo vuelve a intentar. No vuelve a intentar nada.» Esos ojos, pensó Tamar, hay algo que no anda bien en esos ojos, parecen desconectados de todo, y mientras así pensaba no sabía qué es lo que podía hacer para detener el vergonzoso temblor de piernas que se había apoderado de ella desde que había llegado.

«Coge una manta y un colchón de la última habitación, al final del pasillo, donde los contadores de la luz, y búscate una habitación. Hay muchas que están vacías. Por la noche, a las nueve, es la cena en el comedor, en el segundo piso. A las doce clavadas se apagan las luces. A propósito, y el perro ¿qué?»

«Es mía.»

«Pues la tienes contigo todo el tiempo. Bien sujeta. Solo me faltaba que le mordiera aquí a alguien. ¿Está vacunada?»

«Sí.»

«¿Y la comida para ella?»

«Me ocupo yo.»

«Bien. ¿Te han explicado lo que vas a hacer?» «No.»

«Pues luego. Cada cosa a su tiempo.» Volvió a marcar, pero se detuvo: «Un momento, otra cosa: ¿estás metida?».

Tamar, al principio, no lo entendió, pero enseguida sí.

«No.» Que no se le ocurra buscar en mi mochila, pensó. Tenía allí cinco dosis bien envueltas en film de nailon.

«Aquí que ni se te ocurra. Si te cazo una sola vez te llevo directita a

la policía.»

Su madre, que continuaba a su lado, asintió violentamente con la cabeza.

«No uso.» Pero Tamar estaba segura de que la estaba engañando, porque tenía el convencimiento de que allí todos se drogaban. Eso era lo que le había dicho Shai por teléfono cuando le había hablado de aquel lugar y le había suplicado que fuera a salvarlo.

«Porque aquí», dijo Pesaj elevando de repente la voz, «lo que tenemos es puro arte, toda la porquería no entra, ¿entendido?». A Tamar le pareció de repente que Pesaj no le hablaba a ella, sino a alguien que quizá estuviera escondido en la habitación o que atisbaba desde el otro lado de la ventana.

«Un momento, espera, espera», dijo, volviendo a dejar el auricular y observándola con un mayor detenimiento. «¿Así eres siempre?»

«¿Cómo que así?»

«Así, que no se te oye.»

Tamar se quedó allí de pie, con los brazos caídos, avergonzada.

«Entonces, ¿cómo cantas, siquiera, si no tienes lengua?»

«Cantar sí canto, eso sí», dijo elevando la voz mientras intentaba reanimarse un poco.

«Pues veamos, canta algo», dijo el hombre, separando sus inmensas piernas.

«¿Aquí? ¿Ahora?»

«Pues claro que aquí, ¿dónde si no? ¿Qué crees, que tengo tiempo de ir a conciertos?»

Por un instante Tamar se quedó muy tensa, se sentía ofendida: ¿una audición?, ¿aquí? Pero enseguida se acordó del motivo por el que se encontraba allí, así que acalló como pudo su rebelión interior. Cerró los ojos e intentó concentrarse.

«Hala, guapa, ¿también hay que traerte un coro de precalentamiento? ¡Venga, que no me puedo pasar el día entero contigo!»

Así es que Tamar le cantó una canción. Al momento. «No me llames

chata», de Corine Mal. No tenía que haber escogido esa canción, pero no se detuvo a pensarlo ni siquiera un instante antes de que la canción brotara de ella como un grito, con un empuje incontrolable. Puede que porque él la había llamado «guapa» despectivamente. Nunca hubiera soñado con cantar una canción como esa sin acompañamiento, completamente desnuda ante él. Y sin embargo, justamente por la ira que se había ido acumulando en ella, cantó inmejorablemente bien desde el primer momento, y sus penetrantes silencios entre las frases la acompañaron no menos que toda una orquesta. Cantó con arrebato, se movió como debía y respiró correctamente, y sabía, en medio de un completo desespero, que estaba cometiendo el primer error grave con él, así es que quiso detenerse, aunque, por otro lado sabía que si dejaba de cantar perdería toda posibilidad de quedarse allí. Pero no podía seguir cantando una canción que hablaba tan claramente de aquello, porque cuando cantaba «no me llames chata, que me produce alergia y me convierte en un pez de chocolate» los ojos de ella y de él convergieron como si le estuviera declarando la guerra, y cuando siguió cantando acerca de la chica que había comprendido que no había elección para ella, fue como si Tamar revelara ante Pesaj que ella no era simplemente la niñita delicada que él tenía delante, que tenía doble fondo. ¿Por qué demonios no había podido escoger otra canción para presentarse? ¿Por qué no habría empezado por «Entre los cipreses cae la tarde», una canción tan suave y triste? O ¿«Tengo un abrigo sencillo», un tema igualmente sencillito? ¿Por qué había tenido que llamar la atención desde el primer momento? Seguro que se trataba nuevamente de aquella maldición, pensaba, mientras seguía cantando, la osadía de los tímidos, la imprevisible e irrefrenable valentía de los miedosos. Porque al rebajarla él con aquel «guapa» como si ella no fuera más que otra cualquiera del montón, ella había tenido que mostrarle la sorprendente transformación que sufría cuando se entusiasmaba cantando, la fuerza que irrumpía de ella, como el fuego de una antorcha, la gran cantante que era, cómo cuando actuaba no había quien la achantara...

Y fue gracias a esa cantante que llevaba dentro, por lo visto, por lo que al cabo de un momento incluso dejó de estar enfadada consigo

misma, se entregó de lleno al ritmo de la canción, se olvidó de él y se puso a bailar y a moverse con los ojos cerrados, las palmas de las manos elevadas con fuerza hacia los lados, flexionando las rodillas salvajemente, y todo sin apenas moverse del lugar. Tamar se concentró en lo más profundo de su ser, lo más lejos posible de aquel hombre gordo y rojo que estaba ahora repantigado en su asiento, con el palillo en la boca, y que después, con expresión de asombro y una suave sonrisa se había apoyado hacia atrás cruzando las manos por detrás de la nuca.

«No lo haces nada mal...», dijo Pesaj Beit Haleví, mientras se sacaba el palillo de entre los dientes, empezaba a chuparlo y la examinaba con una mezcla de recelo y de respeto socarrón. Después miró a su madre, que durante toda la actuación no había hecho más que asentir con su boca vacía de dientes. «¿Qué dices a esto, mamaíta?, es buena buenísima esta pendeja, ¿eh?» El padre dormitaba sentado en el banco que estaba detrás de ella. Tamar intentó no escuchar la conversación. En lo único que pensaba era en si habría allí un lugar decente donde darse una ducha de inmediato. No es más que un pequeño estafador, se repetía a sí misma, para infundirse valor, lo que Shai le había contado por teléfono desde aquella misma habitación. Nada más que un pequeño estafador que se había hecho su huequecito en el mundo del crimen, aunque mi vida —había suspirado Shai mientras hablaba— me la ha destrozado a lo grande.

«Resumiendo que es gerundio», dijo Pesaj. «Mañana por la mañana veremos dónde te ponemos.» «Perdone, no lo entiendo.»

«Tú no te preocupes. Ahora vete, organízate y descansa. Hasta hoy puede que la vida para ti haya sido una verbena, pero a partir de mañana empezarás a trabajar de verdad. Ya te dirán dónde y en qué ciudad.»

«¿No me quedo en Jerusalén?», dijo Tamar, de repente muy asustada.

Esa posibilidad no la había tenido en cuenta.

«Estarás donde se te diga, ¿está claro?»

De nuevo aquellos ojos vacíos. Los ojos de un muerto. Tamar se quedó callada.

«Hala, venga, guapa, que no tengo más tiempo.» La expulsó de su mirada, de su pensamiento y volvió a marcar en los dos teléfonos.

Tamar salió del despacho de Pesaj y Dinka la siguió. Todavía no sabía dónde se encontraba, qué lugar era aquel. El suelo del pasillo, aunque enlosado, tenía las baldosas rotas, todas torcidas y hundidas, y en algunos puntos la tierra quedaba al descubierto y brotaban hierbas y cardos. Podía verse claramente cómo en cuanto los seres humanos se marchan de un lugar la naturaleza vuelve a actuar a sus anchas, y Tamar se quedó pensando que algo parecido le había pasado a su familia. El pasillo continuaba extendiéndose. En las paredes aparecían unos letreros: «AMBULATORIO EXTERNO», «URGENCIAS», «CIRUGÍA», «INFANTIL GENERAL». Se asomó por una puerta entreabierta y vio una cama de hierro sobre la que había un colchón y varias mantas enrolladas formando un montón. Puede que allí durmiera alguien, o quizá no. En el suelo quedaban las marcas de las patas oxidadas de muchas camas. Del techo colgaban tuberías y cables de la luz. «OXÍGENO», ponía en un letrero, y al lado colgaba un póster roto de Madonna. Tamar encontró la habitación del final del pasillo. Tuvo que luchar con la puerta para vencer la presión de los colchones amontonados detrás de ella. Dentro el ambiente era polvoriento, el aire, irrespirable. Tiró de uno de los colchones del montón, un colchón áspero, pesadísimo y lleno de unas enormes manchas. Intentó devolverlo a su sitio para coger otro, pero lo que salía de allí resultaba imposible volverlo a meter. Encima de los colchones había mantas. Tamar trepó por la montaña de colchones y tiró de dos mantas intentando no olerlas. Cada movimiento que hacía levantaba nubes de polvo y olores de orín. Sábanas no había. Tendría que tocar aquellas mantas, dormir en ellas. El olor que tenían se le pegaría a la piel. Pero no importaba, se recordó a sí misma con desespero, porque lo principal es sacarlo de aquí. Para eso era para lo que había tenido que entrar ella, entrar del todo, por completo.

Deshizo el camino andado a todo lo largo del pasillo arrastrando el colchón. Este, que pesaba casi lo mismo que ella, le bajaba por la espalda, la doblaba en dos y se arrastraba tras ella como el manto de

un pobre. Pensó que aquello tenía, por lo menos, una ventaja: que no se toparía con Shai cara a cara antes de que se encontrara completamente preparada para ello. Dinka correteaba a su alrededor, intentaba meterse debajo del colchón, pero todas las veces salía despedida en medio de un aullido. De vez en cuando Tamar se detenía, abría una de las puertas y se asomaba, bajo su joroba. En cada habitación había una o dos camas y se notaba que alguien vivía allí. En una de las habitaciones vio una guitarra apoyada contra la pared, y el corazón le dio un vuelco en el pecho. ¿Sería la habitación de él? Allí no había nadie, pero en una de las paredes vio una inscripción garabateada con carbón, «SI EL MUNDO NO ME COMPRENDE, EL MUNDO NO ES MUNDO», y pensó que precisamente esa frase le pegaba a Shai. Pero los pantalones vaqueros que había allí tirados le parecieron demasiado cortos para las larguísimas piernas de él. Cerró la puerta y abrió la de la habitación contigua. Latas de cerveza vacías y decenas de colillas. En la pared había colgadas cruzadas en forma de aspa dos bufandas del Maccabi de Haifa. Allí estaba sentado alguien, con el torso desnudo de espaldas a ella. El torso blanco y flaco de un muchacho sumergido en una Game Boy y que ni siquiera se dio cuenta de que Tamar había abierto y cerrado la puerta.

Te absorbe de tal manera, le había dicho él, Shai, durante aquella conversación telefónica, y es que tiene una fuerza sobrenatural, sientes que quieres ser absorbido, partirte en mil pedazos, quedar pulverizado. Te mueres por ver lo bajo que puedes llegar a caer, es como una fuerza que te domina por completo hasta que te quedas sin voluntad y sin nada, tan destrozado quedas, Watson... En ese momento, cuando Shai había pronunciado el apodo secreto de ella, Tamar había sentido que los ojos se le cerraban por la indescriptible felicidad que la invadía y todo lo que él había dicho un momento antes quedó como borrado: largos meses llevaba sin oírlo llamándola así, y él no podía ni imaginarse cuánto lo había echado ella de menos. Pero un instante después oyó Tamar la primera bofetada, después los golpes y los puñetazos, y finalmente el aullido.

Tamar cerró la puerta. Cuando se disponía a seguir, encorvada bajo el colchón, su mirada tropezó con unos pies grandes, oscuros y

descalzos, de chica, con unos dedos grandes también, y largos, con las uñas pintadas de un violeta brillante. Una voz potente y risueña le dijo: «Pero si vas completamente enterrada, venga, vamos a llevarlo juntas».

Tamar no le veía la cara. Solo notó cómo alguien se le colocaba detrás, se agachaba y cargaba con ella el colchón, que de repente se le hizo más ligero.

«¿Adónde vamos?», preguntó Tamar.

«Al segundo piso.»

Tamar no dijo nada. Tanteó con los pies en busca de la escalera. Subió un escalón, otro más, y el colchón se le iba deslizando por la espalda. Ella y la chica empezaron a balancearse hacia delante y hacia atrás bajo el peso de la carga y volvieron a bajar al pasillo, donde se quedaron inmóviles por un momento. Después se pusieron a subir de nuevo, tambaleantes, y Tamar oyó una risa que estallaba a sus espaldas: «¿Sabes a lo que me recuerda? A la representación de final de curso de hace dos años, en el colegio, cuando hicimos *Don Quijote* y dos chicas más y yo fuimos el caballo y teníamos que ir dobladas exactamente igual que ahora, cada una con la cabeza metida en el culo de la otra y de repente se abrió la sábana y todos nos vieron así». El recuerdo le acentuó su risa alegre y contagiosa, así es que el colchón se tambaleó, ellas dieron de bruces en el suelo y el colchón les cayó encima. Salieron de debajo reptando y se tumbaron sobre él, hombro con hombro, sin mirarse, y se rieron hasta quedar sin aliento. También Tamar se sumó de todo corazón a la risa de aquella chica desconocida.

«Shelí»,[2] dijo la chica, enjugándose las lágrimas con el dorso de la mano, su brazo rozando el de Tamar. «Tamar.»

«Hola, Tamar.»

«Y esta es Dinka.»

«Hola, Dinka.»

Tamar vio junto a ella una cara grande y risueña, con marcas de varicela, el pelo teñido de un verde chillón, unos dientes muy separados y una sonrisa llena de encanto.

«Ven, volvamos a intentarlo», le dijo Shelí. En cada oreja llevaba

cuatro aritos de plata y una bolita, también de plata, le brillaba en la nariz. Llevaba un aro grande ensartado en la ceja, y cuando se levantó quedó al descubierto un arquero que tenía tatuado en la cadera. Le tendió a Tamar una mano fuerte, tiró de ella y la levantó. Entonces se hizo evidente que le sacaba a Tamar una cabeza y media.

«Esta soy yo», dijo encogiéndose de hombros a modo de disculpa por su altura, «vengo enterita y sin recortes. ¡Hala, a trabajar!» Y las dos se arrastraron hasta meterse de nuevo debajo del colchón y levantarlo juntas.

Puede que hasta diez minutos les tomara subir las escaleras, y tanto se rieron que se desplomaron, se levantaron, jadearon y lloraron de risa hasta conseguirlo. Cuando llegaron arriba estaban completamente aturdidas y se sentían muy próximas.

Shelí abrió la puerta. Se trataba de una habitación más pequeña que las otras. También ahí las baldosas estaban rotas o faltaban, y del techo colgaban tubos de plástico y cables eléctricos, pero junto a la ventana había una cama hecha, y las mantas se encontraban primorosamente dobladas. En la pared había tensado un paño mejicano de colores y sobre la cama descansaba el libro *Cuando el pájaro canta.* Debajo de la ventana había una especie de estantería, una tabla que reposaba sobre unos ladrillos rojos, y sobre ella unas piedras de colores, una vela gruesa y roja y unos cuantos libros apoyados unos contra otros. Los ojos de Tamar quedaron prendados de ellos con verdadera voracidad.

«¿Le resultan de su agrado los aposentos?», le preguntó Shelí con una sonrisa.

«¿La verdad? Los aposentos no son de mi agrado», le respondió Tamar para continuar con la cita y entonces vio el resplandor de alegría de los ojos que tenía delante.

«Entonces, ¿no va a tomar asiento con nosotros?»

«Naturalmente que sí, ¡de mil amores!», sonrió Tamar. «Porque los vecinos son excelentes en mi opinión.» Y recibió de Shelí una sonrisa tan amplia como un abrazo.

«Bienvenida al infierno», dijo Shelí. «Siéntete como en tu casa. ¿Cuánto tiempo llevas ya sin?»

«¿Sin qué?»

«Sin casa.»

Por un momento vaciló. Shelí había sido tan generosa con ella que Tamar tuvo la tentación de contarle la verdad.

«Eh, eh, que esto no es la policía», se rió Shelí. «No tienes porqué contarme nada.» Pero Tamar se dio cuenta de que el resplandor que había habido en los alegres ojos de Shelí se enturbiaba algo.

Y además sentía una necesidad tan grande de contarlo todo. De repente le parecía estarse ahogando dentro de aquel secreto, pero no tenía opción: «Shelí, no te ofendas. Necesito un poco de tiempo».

«Take your time, baby, vamos a estar aquí por una larga temporada. De por vida, creo yo.»

Tamar, que había empezado a extender una de las mantas sobre el colchón se detuvo al momento: «¿Por qué de por vida?».

Shelí se tendió en su cama, encendió un cigarrillo y apoyó los pies en la escalerilla de hierro que había en el extremo.

«¿Por qué? ¿Por qué?» Shelí frunció los labios mirando hacia aquel techo atravesado a lo largo y a lo ancho por innumerables grietas. «La oyente de Jerusalén, Tamar, pregunta "¿por qué?". Y la verdad es que ¿por qué? ¿Y por qué mi madre decidió a los cuarenta y cinco años casarse con ese asqueroso? ¿Y por qué mi verdadero padre se me murió cuando yo tenía siete años? ¿Está bien eso? ¿Y por qué les gusta a las chinches vivir en los colchones?», dijo, y se dio una palmada en el bronceado muslo.

«No, de verdad», dijo Tamar, y se acercó a su cama. «¿Por qué...? ¿Por qué has dicho que es para toda la vida?»

«Te da miedo, ¿eh?», dijo Shelí en voz baja, compasiva. «No te preocupes, al principio a todos les ha pasado lo mismo. También a mí. Nos creemos que hemos llegado para quedarnos una semana, o dos. Como en las colonias, jo... Unas colonias artísticas. Todos niños buenos que se han apartado un poco del delantal de mamaíta. Pero después nos vamos quedando. Nos quedamos, nos quedamos y aunque huyamos, al final volvemos. Esto te atrapa, este asunto. Es difícil explicárselo a alguien que acaba de llegar. Es como una pesadilla de esas de las que no puedes salir.»

Tamar se fue a sentar en su propia cama.

«No te envidio», le dijo Shelí, y se sentó con las piernas cruzadas. «Estás todavía en la fase en la que duele, en la que se echa de menos todo, en la época en la que cuando de repente aparece cierto aroma en el aire se acuerda uno de la tortilla que mamá preparaba acompañada de una ensalada muy picadita, ¿a que sí?»

Tamar inclinó la cabeza. A ella la ensalada, precisamente, la traía sin cuidado, porque ¿cuándo había sido la última vez que su madre se había metido en la cocina? ¿Cuándo había sido la última vez que su madre había pronunciado una frase que Tamar no pudiera adivinarla de antemano y que no hubiera sonado antes en el drama familiar de una telenovela? ¿Cuándo había estado allí de verdad, sin su envoltura de autocompasión y sin lamentarse con cada expresión y con cada gesto del destino que la había llevado hasta aquella familia? ¿Cuándo había hablado alguna vez con sinceridad con Tamar, o con el padre de Tamar? ¿Y cuándo, demonios, había sido una madre verdadera para «todas las Tamares», como ella las llamaba con un forzado suspiro de aprecio, sí, sí, de todas las Tamares que se amaban y se odiaban unas a otras? Pero la recorrió un escalofrío al sentir inesperadamente una repentina añoranza por su padre, y por un momento, completamente en contra de su voluntad, porque todavía tenía una larga cuenta pendiente con él, se vio compartiendo con su padre aquellos paseos nocturnos, a paso ligero, entre silencios, de una hora, de hora y media, porque necesitaba mucho tiempo para librarse, a petición de Tamar, de su cobertura de infantil engreimiento, de su carácter retorcido, y dejar de una vez de hostigarla, de despedazarle cada frase con sus comentarios sarcásticos, y solamente entonces se encontraba Tamar, y por un instante, al hombre que él mismo había enterrado en su interior, en lo más profundo de sí mismo, sistemática y cruelmente. Así es que de pronto recordó cómo una vez, hacía un año, no más, la había detenido agarrándola por la mano antes de entrar en casa y le había dicho muy apresuradamente «hablar contigo es como hablar con un hombre», y Tamar supo que, viniendo de él, aquel era el mayor halago que podía esperar y se dominó para no preguntarle por qué, en realidad, no tenía ni un solo amigo, un hombre ante el que poder abrir

su corazón.

«Yo ya lo he superado, ¡gracias a Dios!», dijo Shelí, desde muy lejos. «Los he borrado totalmente. A los dos. Por mí se pueden morir. Yo soy ahora mi madre y mi padre. Pero ¿qué estoy diciendo? ¡Soy toda una reunión de padres!» Volvió a echar la cabeza hacia atrás y dejó escapar su melodiosa risa de campanillas, que ahora, sin embargo, sonó un poco demasiado estridente. Se puso a hurgar nerviosamente en una de sus mochilas y sacó una cajetilla nueva de Marlboro.

«¿Te molesta el cigarrillo?»

«No. ¿Y a ti la perra?»

«¿Por qué va a molestarme? Se llama Dinka, ¿no? Pues, Dinka. ¿No es como se llama el gato de Alicia en el país de las maravillas?»

Tamar sonrió: «Eres la segunda persona en el mundo que lo ha adivinado». El primero había sido, claro está, Idán.

«No me mires de esa manera», le dijo Shelí. «Si este año hubiera hecho bachillerato, seguro que me hubiera ido de maravilla en literatura.» Llamó a la perra frunciendo los labios y aspirando el aire hacia dentro: «Ven, Dinka». Y Dinka se levantó y fue hasta ella, como si se conocieran desde hacía años. «Ven con mamá, con la mamá de mamá y con el papá de mamá…» Encendió el cigarrillo y sopló el humo hacia un lado por la comisura de los labios. «Qué ojos tiene…», susurró. «Lo entiende todo.» De repente enterró la cara en el pelo de la perra y durante un buen rato no hubo ni un solo movimiento en la habitación excepto por los hombros de Shelí que temblaban ligeramente. Dinka permanecía de pie. Hermosa y aristocrática, mirando al frente. Tamar había desviado la vista hacia la ventana. Unos haces de luz la atravesaban, oblicuos, a través de las mosquiteras rotas. Miles de partículas de polvo titilaban en ellos sin pausa. Shelí se dio la vuelta en la cama y se sentó de espaldas a la habitación. «Es contagioso», terminó por decir, con la voz algo quebrada. «Cuando llega alguien nuevo, todavía con el olor a casa en la ropa, de repente te asalta la melancolía y te rompe todos los esquemas.»

Tamar, sentada en su cama, jugueteaba con los pulgares de los pies. Después, con un movimiento brusco, se tendió cuan larga era. Notaba los bultos y la pendiente del colchón lo mismo que los picotazos de la

ruda manta.

«Enhorabuena», le dijo Shelí. «Ese es el momento más duro aquí. Como meterte en el mar cuando el agua te llega a donde ya sabes dónde.»

«Dime», le preguntó Tamar, «¿cómo es que casi no hay nadie en las habitaciones?»

«Porque todos están actuando.»

«¿Dónde?»

«Por todo el país. A la noche empezarán a volver. Algunos están fuera un par de días, pero al final todos vuelven. Y el viernes por la noche siempre estamos aquí todos», le contó a Tamar, soplando un aro de humo a través del que soltó: «Como cualquier familia unida».

«Ajá.» Tamar digirió esa nueva información. «¿Y cómo es la gente aquí?»

«Hay de todo. Algunos merecen la pena, sobre todo los que tocan, pero otros son porquería. La mayoría unos pobres chalados. Ni te hablan ni se enteran de que existes. Se pasan la mayor parte del tiempo colgados, y cuando no... Agitó la mano con el cigarrillo. Lo mejor es guardar las distancias, porque cuando se rayan son capaces de comerte viva.»

«¿Colgados? Pero si ese Pesaj me ha dicho...»

«Que aquí las drogas están prohibidas. ¡Claaaro!», soltó en un tono grosero y ordinario. «¡Y una mierda que eso se respeta!»

«¿De verdad?»

«"¿De verdad?" Pero qué pava eres, joder.» Shelí observó a Tamar con mucho detenimiento. «No te pega nada estar aquí, ¿lo sabes? Aquí no es como...» Buscaba la palabra adecuada, y Tamar, ofendida, la pronunció para sus adentros: «Como en tus libros». Pero Shelí no quería herirla, así es que le dedicó una sonrisa y esquivó apresuradamente el bache: «¿Porque quién le vende aquí a los colegas la mercancía a precio de oro, quién? ¿Y quién se preocupa de que siempre, pero absolutamente siempre, haya porros y papelinas? ¿No es él? ¿No son sus bulldogs?».

«¿Quiénes son sus bulldogs?», preguntó Tamar bajito.

«Los que nos llevan en coche a las actuaciones y nos vigilan. Ya los

conocerás, y demasiado bien. Pero él no sabe nada. ¿Lo captas? Él está limpio. Él tiene la mente en el arte, nos protege de la calle, le da a unos pobres huérfanos un plato caliente al día, digamos que es un Janush Korchak, hay que joderse. Pero no pasa ni un solo día que no intenten venderme lo que sea, y contigo también lo intentarán.» Shelí ladeó un poco el cuello y miró a Tamar: «Bueno, puede que al principio no, primero comprobarán quién y qué eres. Dime, ¿te metes algo?».

«No.» Una vez, durante aquel viaje a Arad había fumado un porro, pero eso era todo. Ni siquiera cuando le ofrecían, de vez en cuando, aceptaba, e incluso le resultaba difícil explicarse por qué. Quizá tenía que ver con la relación de los sentimientos internos y los productos desconocidos.

«Pues tienes mucha suerte. Yo tampoco. Tengo carácter. Ni la toco. Una vez a la semana hierba, solo para ventilar un poco el espíritu. Y a veces, cuando estoy hundida en la mierda, pero muy pero que muy hundida, un poco de nieve, y nada más. Pero ¿el caballo? ¡Ni que me pusieran aquí delante un millón de dólares! ¡La heroína ni tocarla! ¡Ni con un palo de dos metros! ¡Nada! Pero si mi vida sin eso es ya una basura, así es que por lo menos poder ser consciente de cada paso que doy hacia abajo.»

Tamar quería preguntarle por Shai. Si Shelí lo había visto allí, si sabía cuál era ahora su estado. Si tan siquiera seguía vivo. Haciendo un gran esfuerzo logró dominarse y no decir nada. Porque aunque Shelí era muy agradable, a Tamar la torturaba la duda de si no se la habría enviado Pesaj para descubrir quién era ella. No era muy lógico y le parecía despreciable sospechar de esa manera de Shelí, pero durante los últimos meses se había entrenado para sospechar de todo el mundo, o casi, para no cometer ningún error; pero lo verdaderamente terrible era que Tamar sabía que Shelí notaba muy bien la fina membrana con la que se estaba cubriendo en ese momento.

«Pero hay una cosa que no entiendo», dijo Tamar tras un largo silencio. «¿Por qué se ocupa Pesaj de todo esto? ¿Qué le da un sitio así?»

«Arte», se rió Shelí mientras soplaba con desdén una columna de humo hacia el techo. «Así tiene su propia productora con artistas propios. Él lo organiza todo, combina las actuaciones, traslada a unos y otros, maneja todo el país, teléfonos móviles, es el jefe, un gran empresario de la mierda. Esto le gusta de verdad. Y no te olvides de que se pasa el día dándole a la manivela.»

«¿Qué quiere decir eso?»

«Dinero.» Shelí movió los dedos por entre los que fluían unos billetes imaginarios y simuló que babeaba. «Money... Dinero... Masari... Geld.» Tenía talento para hacer reír con cualquier gesto que hacía, y Tamar, a pesar de que no estaba de muy buen humor, no dejaba de reírse.

«Pero eso no... seguro que hay algo más, ¿no? Sino, ¿para qué todo esto?» Tamar señaló con la mano la habitación, aquel hospital abandonado. «No puede ser que todo esto lo haga por unos cuantos siclos que nosotros podamos ganar en la calle, ¿o qué?» Porque aunque Pesaj prefiriera ser un pequeño negociante pero con éxito, a Tamar todavía le faltaba una pieza en el puzzle que la rodeaba. Pero no sabía decirse a sí misma de qué se trataba. Era algo relacionado con el trabajo y los beneficios. Existía una contradicción entre la magnitud del esfuerzo que notaba a su alrededor —toda la organización, aquella casa gigantesca, el hecho de que los llevaran en coche por todas las ciudades— y la cantidad de dinero que el Pesaj ese podía llegar a recibir de los sombreros puestos en la acera.

Shelí permaneció en silencio un momento. Redondeó los labios alrededor del cigarrillo: «Ahora que lo dices...», reflexionó, y de pronto Tamar no estuvo muy segura de que Shelí estuviera hablando con sinceridad.

«Pero ¿cómo? ¿Nunca habías pensado en eso antes?»

«¡Yo qué sé! Ni me acuerdo si lo he pensado o no, pero qué más da. Puede que al principio sí. Seguro. Al principio se piensa mucho. El cerebro hace horas extra. Después, ya te lo he dicho, te dejas llevar.» Atrajo las piernas hacia el vientre y se concentró en sus pensamientos: «Te levantas por la mañana, te llevan a actuar. Dos actuaciones, diez. En el mismo día pasas de Tel Aviv a Holón, a Asquelón, a Nes Ziona, a

Rishon. Intentas no oír lo que hablan los gorilas que van sentados delante, sus perros guardianes. Porque solo con oírlos te dan ganas de telefonear a Darwin para decirle, señor, se confundió usted por completo, el hombre no viene del mono, es el mono el que ha evolucionado del hombre». Hizo una imitación perfecta de un mono rascándose el pecho, despiojándose, observando la liendre y reventándola entre los dientes con los labios caídos. «Una o dos veces al día te compran una pita con algo. Comes en la calle, en algún patio asqueroso, en el coche, entre actuación y actuación. Después duermes un poco. Te despiertan. Actúas. No sabes si aquello es Bat Yam o Netania. Todo es la misma mierda. Todas las calles y las plazas se parecen. Todos los públicos son iguales, todos los niños se llaman Din y las niñas Ifat, menos los de los rusos que son Ievgueni y Mashinka. Y todos los demás no son más que tacaños sin nombre. Anteayer, un desgraciado me dejó en el sombrero un billete de veinte siclos y va y se agacha para coger cambio de quince, ¡imagina! Suerte tuvo de que no le diera una patada en el culo. Después de unos cuantos días como ese ya no sabes si es por la mañana o por la noche, si vienes o vas. Terminas de trabajar, aplausos, muy bien, recoges el dinero, te vas hasta el lugar de encuentro, allí te espera el coche, o resulta que está esperando a otro en otra ciudad y entonces te tienes que quedar una hora a pleno sol...» A medida que iba hablando su cara se iba crispando, se llenaba de odio y aparentaba mucha más edad de la que en realidad tenía. «Al final el coche llega, tu limusina, el Lamborgini, el jodido Subaru, te subes y te acurrucas hasta hacerte lo más pequeña posible y te duermes otra hora para no morirte de aburrimiento discutiendo la teoría de la relatividad con el chorizo que conduce. Al final del día ya no sabes ni dónde has estado, ni lo que has hecho ni cómo te llamas, y cuando te traen de vuelta por la noche, apenas tienes fuerzas para comerte el puré que la mamaíta de Pesaj se ha dejado quemar, así es que te arrastras hasta la cama para dormir. ¿Te das cuenta?» Y le dedicó una luminosa y amplia sonrisa. «Esto es tal y como te he dicho la lujosa vida de las superestrellas, ¡el brillante mundo de la bohemia!» Pestañeó tres veces e hizo una pequeña reverencia como de final de actuación.

Tamar permaneció en silencio durante un buen rato. Notaba cómo los músculos se le iban tensando, como para absorber los golpes de los días venideros. «¿Y cómo es que tú estás aquí hoy?», le preguntó finalmente.

«Hoy he tenido que atender a la inspectora de mi libertad condicional», se rió Shelí, «una gilipollas con títulos que está convencida de que ella es el invento más importante de Dios después de la tostadora. Pero por lo menos una vez al mes tengo fiesta, para oírme el "Pero dime, Shelí, ¿por qué te niegas a ayudarnos para que te ayudemos?"».

«¿Para qué una inspectora? ¿Qué es lo que has hecho?»

«¿Que qué es lo que he hecho? ¡Querrás decir qué es lo que no he hecho!», dijo, un tanto dubitativa, para después reírse. «Hala, cómo se nota que eres nueva... Aquí... esas cosas no se preguntan. Pero ya que lo has preguntado, te contestaré: no he matado a nadie, lo único que he hecho es apropiarme de unas cuantas cajetillas de Marlboro y ponerlas bajo mi custodia sin haberlas pagado. ¿No te has caído de la cama?»

«No. ¿Dices que robaste cigarrillos?»

«El monedero me lo robaron el primer día que me marché de casa, ya en la estación central de autobuses de Holón. Me quedé sin nada, y yo, más que comida y más que bebida lo que necesito es tabaco. ¿Cómo iba a saber yo que tienen cámaras, detectives y todo ese lío?»

Dinka ladró. Cayó una sombra. Era Pesaj que estaba en la puerta y llenaba con su cuerpo todo el umbral. A Tamar le conmocionó pensar que pudiera haber estado escuchándolas durante un rato. Agachó la cabeza para pasar por debajo del dintel. Sus ojos examinaron con hostilidad a las dos chicas sentadas en sus respectivas camas, una frente a la otra, y que se abrazaban las rodillas.

«¿Qué, ya me estáis montando aquí un club?», gritó furioso.

«¿Por qué? ¿Acaso está prohibido?», dejó escapar Shelí.

Él olfateó el aire. «Tú, mantén la bocota cerrada y cuídate mucho de quemar el colchón.»

«¿Se puede saber por qué? ¿Las pulgas también las necesitas para algo? ¡Un momento! Podrías montar un circo de pulgas, como Charlie

Chaplin.» Y se puso a hacer una imitación maravillosa de una pulga que saltaba de una mano a la otra.

«Eres una...» Pesaj se apoyó en la pared y se frotó la espalda contra ella con un movimiento apenas perceptible, que por algún motivo le revolvió el estómago a Tamar. «Nunca aprendes la lección, ¿eh?» De nuevo hablaba muy despacio, como si deletreara cada palabra. «Un buen día, estimada señora Shelí, un día te pasarás un pelín, aunque solo sea un pelín», y la señaló con los dedos, «y de golpe y porrazo te vas a encontrar en una situación nada agradable para ti, pero que nada, nada agradable.»

En ese momento pudo ver cómo sucedía, cómo, sin que pudiera apreciarse en él un verdadero cambio, el osito gordo se transformaba en un salvaje oso del bosque con unas buenas zarpas. Es la piel, pensó Tamar atónita, es como si de repente se le secara la piel de la cara.

«¿Y por qué no haces que me la encuentre ya ahora?», resopló Shelí volviéndole la espalda, y Tamar sintió verdadera admiración por ella.

«Créeme que eso será muy pronto. Atrévete un día a romperme los nervios y entonces vamos a ver lo valiente que eres. Como entonces, te vamos a ver. Cuando viniste ensangrentada, llena de golpes y lloriqueando para que te volviéramos a aceptar. ¿Te acuerdas o ya se te ha olvidado?»

Shelí se concentró en el cigarrillo. Después siguió con la mirada los aros de humo que soplaba hacia el techo.

«Así es que ahora te estás tranquilita y no me estropees a la nueva. Mejor será que bajéis las dos a la cocina a ayudar con la cena.»

«Con el puré», lo corrigió Shelí. Él le dirigió una mirada asesina y se marchó.

«No le tienes miedo», dijo Tamar.

«¿Qué puede hacerme? Me necesita. No va a renunciar a mí.»

«¿Por qué?»

«¿Sabes cuánto le traigo cada día? Quinientos siclos asegurados.»

«¿Quinientos?», repitió Tamar conmocionada. «¿Solo de cantar?»

«Yo no canto», se rió Shelí, «yo hago imitaciones. Una mezcla de cantantes. Rita, Yehudit Ravitz y otras parecidas».

«Y entonces, ¿por qué no trabajas sola?», le preguntó Tamar. «¿Por

qué tienes que darle el dinero?»

«Porque sola, en la calle, no es un camino de rosas. Dos o tres días todavía. Todos se dedican a observarte a distancia. Comprueban que no seas una agente infiltrada, o algo así. Después es cuando empieza la verdadera mierda. Créeme que lo he intentado. Ya has oído lo que acaba de contar. De rodillas volví.»

Tamar se quedó meditando sobre lo que acababa de oír. Pasado un momento, le pidió: «Imítame a Rita».

«¿Para ti? ¿Que haga una especie de actuación privada para ti?», dijo Shelí. «Sin problema.» Y, poniéndose de pie en la cama, respiró profundamente. Tamar empezó a sonreír.

Imitó a Rita, a Madonna y después a Tsipi Shavit con «Todos se han ido al jumbo». Cantar no sabía, a Idán le hubiera dado dentera oírla, pero tenía un ingenio alegre y vivo, una tosquedad sana, natural, y Tamar se rió hasta que se le saltaron las lágrimas y pensó que con Idán y Adí se trataba siempre de otra clase de risa, más cerebral.

Después Shelí se cansó y cortó por lo sano. Simplemente se tendió en la cama cuan larga era, dijo «Buenas noches», se tapó por encima de la cabeza y al cabo de un segundo ya roncaba.

Tamar estaba sentada en el borde de la cama, un poco sorprendida de aquel adiós tan precipitado. Después le hizo señas con la cabeza a Dinka y le susurró: «Vamos». Había decidido bajar a ayudar en la cocina, en parte porque le tenía miedo a Pesaj y en parte porque creía que cuantas más vueltas diera por la casa, más entendería y mejor podría estar preparada para lo que la esperaba.

Al día siguiente por la mañana la despertaron a las seis. Un chico delgado, de espesas patillas, la sacudió groseramente. «Hala, levanta. Media hora y nos vamos.»

Tenía la sensación de no haber dormido en toda la noche. Hasta las tres de la mañana había mirado de vez en cuando el reloj. Se había quedado a esperar que sonara la verja de fuera al abrirse. Creía que quizá él fuera a llegar más tarde. Puede que hubiera tenido que actuar en una ciudad lejana. Ahora se estaba poniendo la ropa con cansancio.

De repente se detuvo. Se quedó mirando pensativa su mochila. Examinó el lugar en el que la había dejado la noche anterior y se dio cuenta del pequeño cambio. Con mucho cuidado se puso a hurgar en ella. La moneda de un siclo que había escondido el día anterior entre un par de calcetines ya no estaba en su sitio. Tanteó, la encontró en el fondo de la mochila, y así es como supo que alguien se la había llevado durante la noche, después de que ella se quedara dormida, y había intentado encontrar en ella alguna pista. Por suerte había escondido en las bragas que llevaba puestas las dosis envueltas en nailon y, también por suerte, había dejado en la consigna la pulsera con su nombre.

Shelí continuaba dormida e intentaba acurrucarse al máximo, soñando, quizá, que era una niña pequeña y delicada. Tamar la miró y recordó la manera en como Shelí la había recibido el día anterior, la naturalidad con la que la había llevado a su habitación, había conversado con ella y la había hecho reír, sin molestarse por las reticencias de Tamar y, sobre todo, sin importarle los límites que ella siempre establecía cuando conocía a gente nueva. Por las personas que les resulta fácil la relación conmigo, pensó Tamar mientras se ataba los cordones, siento una admiración muy grande, porque quiere decir que tienen una cualidad especial.

Bajó con Dinka al primer piso. Por allí andaban dando vueltas ya algunos de los rostros que había visto durante la cena. El pasillo era un hervidero. Pesaj caminaba entre todos como un comandante antes de la batalla. En la mano llevaba una libretita roja a la que, incansable, pasaba las hojas frenéticamente. «Tú», dijo señalando al chico que la había despertado, el de las patillas y el peinado a lo Elvis, «al de los palos lo llevas a Netania. Media hora en la peatonal, lo colocas al lado del antiguo correos, ¿sabes dónde te digo? Donde estaba el cine Sharón. Bien, y después os vais volando a Kefar Saba, a la plaza que hay al lado del centro comercial, termina allí su trabajo y pim pam ya estáis en Herzlia, en ¿cómo era?, ah, sí, en el Centro Cívico creo que se llama, ¿no? Donde el césped ese, al lado de la calle principal. Pues allí. Por tus muertos que no tenéis que llegar ni un minuto más tarde de las doce y media, ¿lo has entendido? Ahora: te

quedas allí con él veinticinco minutos, ni un minuto más, ¿qué falta hace? ¿Cuánto puede uno estar subido a unos zancos? Y desde allí, como un cohete, te lo llevas a la plaza Ordea de Ramat Gan. ¿Cuántas llevas ya, cuatro? No es suficiente, espera un momento.»

Entonces hizo una llamada por el móvil: «Jemi, óyeme, Jemi. ¿Hasta qué hora te quedas con tu chica en Herzlia, en el Centro Cívico? ¿Cuánto? ¿Por qué? ¿Cuánto tiempo necesita para sacarse cuatro pañuelos de la nariz? Ya entiendo. Oye, mira, de eso nada. Con magia o sin ella salís de allí a las doce fijo, ni un segundo más, ¿que por qué? Porque a y media tengo que meter ahí a alguien y necesito por lo menos media hora entre uno y otro. ¿Que por qué? ¿Y todavía no sabes por qué? ¡Ah, ya se te ha encendido la lucecita, enhorabuena! ¡Pues no me discutas! ¡Sal ahora mismo!».

Así es como organizaba y enviaba a los chicos, a las chicas y a los chóferes que los tenían que llevar, recordaba a cada uno qué es lo que tenía que llevar y corría detrás del devorador de sables que, como siempre, se había dejado la bolsa, y le ordenó a la chica que inflaba globos con todo tipo de formas que se pusiera al lado un magnetófono con música, porque el público necesita que lo entretengan mientras tanto, y le dio una palmada en el hombro al chico pálido del violín mientras le decía que intentara sonreír una vez a la hora, porque a los clientes no les gustan las caras de duelo. El pasillo se iba vaciando, hasta que al final Tamar se quedó casi sola y empezó a sospechar que se iba a ver obligada a pasar otro día en aquel triste lugar.

«Ahora tú, que te vamos a mandar a Haifa. Estás de suerte, Miko, hoy tienes pasajera única. Llévala antes que nada al Centro del Carmelo y búscale un buen sitio porque va a ser su primera vez fuera de la ciudad. Y, además, esta tiene clase», añadió Pesaj guiñándole un ojo, «así que trátamela con delicadeza, ¿eh? Después la llevas a Neve Sheanan, allí, ¿cómo demonios se llama?, al Centro Ziv...». Pesaj seguía hablando, pero Tamar había dejado de escuchar, porque tenía un sistema propio, interior, para desconectar cuando el exterior le resultaba desagradable. A su madre eso la volvía loca de furia, ¿dónde te metes cuando estás así? ¿Cómo que así? Cuando pones cara de mármol, cuando los ojos se te ponen yo-que-sé cómo, como con una

membrana, como los de los loros.

«Y si queda tiempo metéis una más en el camino de vuelta, en Zijron, en la peatonal también», oyó decir a Pesaj a lo lejos. «¿Cuánto dura más o menos tu actuación, guapa? ¡Eh, despierta! Pero ¿dónde estabas?»

Tamar le dijo que aproximadamente media hora.

«¿No te basta con un cuarto? Está bien. Hoy puedes tomarte tu media hora, que quiero que te sientas a gusto en ello. Mañana ya veremos qué se hace. Venga. Cuatro actuaciones. Para el debut es más que suficiente.»

Miko era el chico que la había llevado hasta allí el día anterior, con los padres de Pesaj. Se dirigió al Subaru sin decirle ni palabra a Tamar y esta lo siguió. No sabía dónde tenía que sentarse, si a su lado o atrás. Se sentó atrás a sabiendas de que así lo hacía sentirse como un taxista, pero no le importó. Dinka sacó la cabeza por la ventanilla y aspiró con verdadero placer el aire fresco.

A Tamar le alegró salir de Jerusalén, estar en camino, en movimiento. Tenía la leve sensación de que estaba haciendo algo importante. Como si fuera una cantante famosa a la que estuvieran llevando en un coche especial hacia su actuación. Para sus adentros saludaba a la multitud de admiradores que se agolpaba a lo largo de toda la ruta y les lanzaba orquídeas de invernadero de su ramo.

Iban en silencio. Tamar se preguntaba cuándo empezaría él a explicarle lo que ella debía saber, pero él no pronunció ni media palabra. Ininterrumpidamente tecleaba algo en el teléfono móvil. Unas melodías chillonas y entrecortadas se iban sucediendo las unas a las otras. Durante casi una hora estuvo barajando las decenas de clases de tonos que el aparato ofrecía y la cabeza de Tamar casi estalla. Una o dos veces intentó preguntarle algo, pero él no le hizo ni caso. Cuando Tamar tenía seis años, vivía junto a las vías del tren y entonces dividía el mundo en dos; en un lado se encontraban los que devolvían el saludo de una niña pequeña que está junto a la vía, y en el otro, los que no. Miko pertenecía claramente a los que no. De tanto en tanto la miraba por el espejo retrovisor. Tenía unos ojos negros y muy ardientes. A Tamar le dio asco sin saber por qué, aunque a partir de

un momento dado dejó de importarle.

«Ahora escúchame bien», dijo Miko de pronto y groseramente. «Esto va así. Yo dejo el Subaru en una calle al lado del centro. Tú te pones a dar vueltas unos diez minutos y después empiezas la actuación. Si me ves entre el público no das ni la más mínima señal de que nos conocemos. Y lo más importante, si alguien te pregunta, tú no sabes nada de mí. Has llegado a Haifa ayer por la noche en autobús y has dormido en la estación central de autobuses. No has hablado con nadie. ¿Está claro?»

Tamar asintió con la cabeza sin mirarlo.

«Terminas de cantar… porque tú cantas, ¿no?» «Sí.»

«Terminas, recoges el dinero, y te pones a dar vueltas durante unos cinco o diez minutos, no más, y solo por las calles pequeñas, nunca por la principal, ¿entendido?»

«Sí.»

«Pasados los diez minutos, te vas al sitio donde está el coche y hala. ¿Captado?»

«Perfectamente.»

«Otra vez: si hay algún policía o algo sospechoso, no te acercas al coche. Si me ves, pasas por delante de mí como si nada. Soy invisible para ti. Solo si la cosa está mil por cien limpia, te subes y nos vamos.»

Llegaron a una callejuela muy tranquila que bajaba hacia el mar. Tamar vio casas bajas y un paseo de cipreses y pinos que daban sombra a la calle. Miko aparcó el coche y hasta pagó la tarjeta de aparcamiento, y Tamar se supuso que lo hacía para evitarse cualquier altercado con la policía. «Ahora: esta es la calle de los Cipreses, acuérdate del nombre. Ahí en la esquina hay un supermercado y un gimnasio. Que no se te olvide. Hala, largo.»

Y así, sin desearle suerte ni nada, Tamar salió a la calle.

Cuando empezó a cantar se quedó ronca y se vio obligada a interrumpir la actuación durante unos minutos. Se asustó mucho, porque creyó que iba a estropearlo todo. Mientras se le aclaraba la voz pensó que no era bueno que se acostumbrara a cantar sin calentar

antes las cuerdas vocales. A largo plazo eso le estropearía la voz. Pero la expresión «a largo plazo» le sonó vacía y desconectada de ella, cuya existencia se limitaba ahora a un corto plazo. Volvió a empezar, cantó «Cíñete la frente» y «Guarda tu espíritu», pero no le gustó el resultado allí. No se sentía ligada a las palabras y por mucho que se esforzaba, la actuación no terminaba de despegar. Se sintió un poco preocupada. Temió que Pesaj se enterara por Miko y que la fuera a despedir de inmediato. El solo hecho de pensarlo la reconcomía: ¡que todo dependiera, quizá, del informe profesional de Miko! Tamar sabía además perfectamente cuál era la causa de su fracasada actuación: cuando cantaba en Jerusalén, casi siempre la calle en la que lo hacía le encantaba, y aunque ni por un solo momento olvidaba su verdadera meta, allí cantaba libremente y por voluntad propia, mientras que ahora, con toda la maquinaria de Pesaj a sus espaldas, se sentía como un canario enjaulado.

Para terminar cantó en ladino «Los bíblicos», que el público conocía como «La rosa florece», y la sencilla calidez de esa melodía la reanimó un poco, de manera que las personas que había congregadas a su alrededor empezaron a sonreírle y una sensación conocida volvió a fluir por ella. Entonces les cantó también, fuera de programa, «Marionetas», de Leah Goldberg, que se sabía por la casete de su admirada Noa, y ahora la voz empezó a subir a cotas insospechadas:

Con una ropa algo banal
en una terraza en carnaval
bajo un farol olvidado
vigilante con su luz
se han conocido sin más
él hablando y ella escuchando
una Pierrot y un Pierrot…

Tamar le sonrió con los ojos a un chico joven, descalzo, que parecía absorber la voz de ella, y que conmocionado por aquella sonrisa se sintió atraído hacia allí. «Quizá ella no es una Pierrot», le cantó con los ojos muy abiertos:

Quizá, quizá simplemente
es una muñeca, es una marioneta
que se mueve con un hilo…

Le aplaudieron con entusiasmo, le pidieron otra, pero no le apetecía cantar un bis. Lo que quería era seguir viajando para comprender qué era realmente lo que sucedía a su alrededor, en qué función estaba tomando parte y cuál era exactamente su papel.

Cuando terminó se acercó a ella el chico, casi un niño, delgado y triste, con una chilaba, unas cuentitas en el pelo y los ojos resplandecientes. Le dijo que se la tenía que llevar a Galilea: allí había una cueva con una acústica divina que parecía haber sido hecha para su voz y él tenía que oírla cantar allí. Al oír «cueva» Tamar vio por un instante la suya, con el colchón, la hamaca y la guitarra apoyada en la pared, y quién sabía si lograría llegar allí alguna vez. Quién sabía si conseguiría llevarse allí a Shai. Le dedicó, pues, al chico una sonrisa educada y le indicó que no con la cabeza. Pero él no se rindió, tienes que ir aunque solo sea para verla —y la agarró de repente del brazo acariciándoselo suavemente— Dios la creó exclusivamente para ti, venga, ¿qué me dices?, tienes que cantarme algo allí… Tamar apartó con brusquedad aquella mano. Los ojos de un gris azulado se volvieron metálicos: «¡Déjame, te he dicho!». Y él la miró, vio algo raro y, soltándola de inmediato, se marchó.

Estuvo un rato más dando vueltas por unas calles laterales y se sentía como un preso cuando pasa de una cárcel a otra. La gente andaba a su alrededor conversando, los coches pasaban, la vida diaria estaba tan cerca, bastaba con alargar la mano para tocarla, pero lo veía todo como a través de una pared de cristal. Después, en el coche, Miko no la miró y ella le entregó la bolsa con el dinero. Él la sopesó en la mano.

«¿Eso es todo?»

«Es lo que me han dado», dijo, para enseguida enfadarse consigo misma: ¿Qué tengo yo que justificarme ante este?

«Porque si te quedas algo, será tu fin, ya lo sabes, y tenemos nuestros métodos para averiguarlo.»

«No me he quedado nada», dijo muy tranquila mirándolo directamente a los ojos hasta obligarlo a apartar la mirada.

Miko arrancó y volvieron a viajar en silencio. Tamar intentaba entender lo que allí pasaba. Mientras actuaba lo había visto aparecer de tanto en tanto, pasando entre la gente que la estaba escuchando. No entendía de quién tenía que protegerla ni por qué tanto temor hacia la policía. Y ¿por qué Pesaj, por la mañana, le había explicado a alguien por teléfono que tenía que dejar un espacio de media hora entre actuación y actuación? Intentó concentrarse y pensar: cuando el chico de la cueva de Galilea la había molestado, Miko no había acudido en su ayuda. ¿Cuál era entonces su función? No había ninguna lógica en todo aquello. La llevaban a Haifa, le hacían todo tipo de advertencias, la asustaban, ella cantaba, no pasaba nada especial y ahora la llevaban para que actuara en otro lugar. ¿Para qué todo eso?

Entonces llamó mentalmente a su padre para que por lo menos la ayudara un poco, ya que tanto entendía de ganancias e inversiones, rentabilidad y beneficios, sus mantras, sus corazas. Tamar se puso a pensar en los quinientos siclos que Shelí ganada cada día. Ahora bien, supongamos que no todos ganan lo que Shelí. Digamos que de media, cada artista gana… Y empezó a hacer sus cálculos. Se armó un lío. Los números siempre la confundían. El estómago se le rebelaba contra esa actividad de querer averiguar lo que ganaban. Pero no cedió. Cerró los ojos y empezó a calcular de nuevo. Multiplicó la cantidad que había obtenido por el número de chicos y de chicas que había visto por la mañana en el pasillo. Los ojos se le abrieron de par en par: había llegado a una cantidad aproximada de diez mil siclos al día. Muchísimo dinero. Pero todavía había algo que no acababa de casarle.

La actuación en el centro de Ziv también se desarrolló sin contratiempos, y eso que allí cantó todavía peor, absorta como se encontraba en el acertijo que la tenía intrigaba, a pesar de lo cual el entusiasmo del público fue mayor. Tamar no se lo explicaba. Una vez el público reaccionaba de una manera y después de otra, pero siempre resultaba desconcertante, porque lo único que venía a demostrarse era lo grande que era el abismo entre lo que ella sentía en su interior y

cómo las cosas eran vistas por los demás. Eso, precisamente, era algo que ella ya conocía bien: la angustia tan especial que la asaltaba después de una actuación, cuando sentía que incluso el amor que le demostraban no hacía más que acentuar la soledad y la sensación que más la deprimía, siempre, el no ser comprendida.

¿Cómo lo había expresado Shai, dos años antes, después de una improvisación? «A veces, resulta más ofensivo que te amen por una mala interpretación a que te odien cuando ha sido buena.»

Como de costumbre, se le acercaban para estrecharle la mano emocionados, hacerle preguntas y preocuparse por ella, cosa esta última que le resultaba especialmente agradable.

Esta vez había allí un policía. Lejos, un poco apartado. Pero estaba ocupado con un señor muy elegantemente vestido, que le hablaba muy nervioso y agitaba las manos como si le estuviera explicando algo terrible que le hubiera pasado. El policía lo escuchaba, anotó algo, y a ella ni la miraba.

«Esta vez ha ido un poco mejor», se le escapó, cuando le entregaba a Miko el dinero, y se avergonzó de sí misma por sentir la imperiosa necesidad de buscar satisfacerlo.

Después, durante todo el camino se estuvo torturando por esa frase que había pronunciado: esta vez ha ido un poco mejor. ¿Qué es lo que había ido mejor, qué? ¿Que le habían dado más dinero? Pero si precisamente la actuación anterior había sido un poco mejor, ¿entonces? ¿Si antes te pagaron menos significa eso que estuviste peor? Y si no te dan tanto como a Shelí, ¿significa eso que vales menos? ¡Eres una pusilánime!

Por primera vez desde que estaba en la calle tuvo la completa sensación de que se estaba vendiendo, así es que se juró a sí misma que nunca más se disculparía si ganaba poco. Y no solo ante Miko, Pesaj o sus compinches, sino ante absolutamente nadie. Se incorporó en el asiento del coche y levantó la barbilla. Ese gesto le recordó a Teodora, y eso le dio fuerzas para volverse a jurar: mi papel es cantar, esa es mi finalidad, todo lo demás es asunto de ellos.

En el hermoso paseo marítimo de Bat Galím, Tamar cantó en portugués «Qué dulce es morir en el mar». Apenas la había ensayado y a pesar de eso, en cuanto vio de cerca el mar, la música empezó a brotar de su interior de tal manera que la cantó completamente relajada, como una cantante experimentada y madura que improvisa una canción, y después, con un repentino cambio de rumbo, irrumpió con «Beni, Beni, niño malo», elevando las manos al cielo como auténticas llamaradas mientras bailaba y se contoneaba como nunca se había atrevido en las fiestas, porque allí ya estaba Riki Gal para eso, con sus salvajes ansias de vivir y su cabellera rubia entremezclada con las nubes de humo violeta... Una chica y un chico, no mucho más mayores que Tamar, puede que una pareja de soldados de permiso, se pusieron a bailar a su lado con gran entusiasmo. Ella seguía cantando y los provocaba bailando ante ellos. Por fin había captado lo que Halina no había logrado enseñarle durante años, a no huir de la emoción que ella misma provocaba, a no esconderse en el espacio vacío que había al otro lado del público como si ella no tuviera nada que ver con la reacción de aquel. Y la verdad era que desde que se había lanzado a la calle, en cada actuación se atrevía un poco más. Ya no dudaba mirar al público directamente a los ojos, sonreírle o irradiar hacia ellos lo que le salía de dentro. Además, le había pasado ya en más de una ocasión, encontrarse cantando sin sentir la más mínima vergüenza una canción entera para una sola persona que tuviera delante y que por cualquier motivo le hubiera gustado y creyera que iba a comprender esa canción. Entonces la miraba y se acercaba a ella y a veces notaba que la persona se sentía turbada ante su mirada madura y penetrante.

También la conmovía pensar, sentir, que cada persona del público intentaba adivinar qué era ella, quién era en realidad, cuál era su historia, y también eso era completamente diferente de las actuaciones con el coro, entre todas aquellas niñas buenas vestidas de uniforme, porque en la calle, mientras actuaba, notaba, en el cuerpo mismo y por el vello de la piel que se le erizaba, cómo las personas del público la observaban, cómo intentaban indagar y ahondar en ella mientras con la imaginación inventaban todo tipo de historias y fantasías: será

una niña que ha sufrido abusos y que se ha visto obligada a ganarse la vida de esta manera; seguro que es la estrella de un grupo de rock de una ciudad de provincias de Inglaterra que se ha enamorado de un chico israelí que luego la ha abandonado y por eso ahora tiene que trabajar para pagarse el billete de vuelta; puede que sea el nuevo descubrimiento del taller juvenil de la ópera de París que está haciendo una gira en el anonimato por países lejanos como parte de su formación; a mí me parece que se trata de una chica enferma de cáncer que ha decidido pasar su último año de vida en medio de la vorágine de la vida callejera; es una puta, que por el día canta con esa voz tan pura...

Había algo de arrebatador en el hecho de actuar allí, en la playa, frente a todas aquellas conjeturas del público y animada por el atrevimiento que se había apoderado de ella. De repente se dio cuenta de que era la primera vez en la vida que se encontraba sudando de tanto cantar, y tanto estaba disfrutando que ni tan siquiera cuando Miko le hizo una o dos señas para que terminara, pudo abandonar la decisión de cantar un tema más, así es que, haciendo caso omiso de su mirada asesina, se puso a cantar «Tonta, tonta» de Etti Ankari, envolviéndose con sus propios brazos y meciéndose al ritmo de la melodía suave y engañosa que encierra en su interior unas palabras como aguijones de avispa y que tanto le decían a ella: «Tonta, tonta, tonta, tonta, / mira adónde has ido a parar, tonta / tonta, tonta, tonta, tonta / hasta las flores se han marchitado...».

Tamar bailaba dando vueltas, olvidada de sí misma y disfrutando del momento: «Tus hermosas melodías / tus sueños resquebrajados / los has vivido en campos ajenos / y tu cuerpo ahora corroen...».

Después, cuando todos se habían dispersado, vio a una señora mayor, achacosa, que correteaba preocupada por donde ella había estado cantando y buscaba algo por el suelo, entre los arbustos, debajo de los bancos. «Aquí, aquí estuviste yo», mascullaba la mujer cuando alzó los ojos y vio a Tamar. «¿Quizá cayó? ¿Quizá robar? Pero ¿cómo? Dime, ¿qué pasado? Solo un momento estado aquí para oír canción, de repente veo, ¡no hay, no hay!»

«¿Qué es lo que no hay?», le preguntó Tamar mientras empezaba a

sentir un peso en el corazón.

«Monedero mío, con todo el dinero y documentos.» Tenía la cara gorda y roja, unas venillas rojas también entretejidas alrededor de una nariz muy grande y el pelo teñido de un rubio rabioso y en forma de torre. «Hoy yo recibir trescientos siclos de jefe, para boda de mi hija. ¡Trescientos! ¡Y él nunca da tanto dinero! Estaba por el camino y solo para oírte un momento, ¡oh, idiota! ¡Ahora... no hay nada, nada!», y la voz se le apagó de tristeza y estupor.

Tamar le tendió de inmediato todos los siclos que tenía en la gorra. «Cójalo.»

«¡No, no hace falta! ¡No se puede!», dijo retrocediendo y posando con ternura su mano sobre la fina mano de Tamar. «No se puede... tú necesitas comida... pequeña... tan flaca y me lo das a mí? No, no está bien...»

Tamar le apretó contra la mano el dinero y salió huyendo. Como un viento tempestuoso, corrió a lo largo de la playa. En cuanto subió al coche dijo: «No hay dinero. Nada. Había unos setenta siclos y se los he dado a aquella mujer».

Los ojos de él se encendieron en su negrura: «¿Qué mujer?».

«Esa, la rusa a la que le has robado el monedero.»

Se hizo un profundo silencio. Después Miko se volvió hacia atrás. Se fue dando la vuelta muy despacio, hasta que Tamar le vio la cara entera frente a la suya. Todo muy lentamente. De repente había mucho silencio alrededor. Tamar le vio la profunda arruga que tenía en su joven frente, el pelo corto y ensortijado y los labios finos.

Y, de repente, la golpeó. Una bofetada, y otra más. Tamar voló una vez hacia la izquierda y otra hacia la derecha. Dinka se levantó y empezó a gruñir amenazadoramente. Tamar posó la mano sobre la cabeza de la perra. Tranquila, tranquila. El mundo empezó a dar vueltas ante ella hasta que se desplomó pesadamente. Tamar oyó que se habían puesto en marcha. El paisaje empezó a correr. Veía la espalda de Miko, musculosa, encorvada y tensa, apretó los labios con todas sus fuerzas y contrajo los músculos del vientre, pero a pesar de todo las lágrimas empezaron a resbalarle por las mejillas. No se las secó porque quería ignorarlas. Tonta, tonta, tonta, tonta, toda, tu

debilidad se ha vuelto contra ti, canturreaba una y otra vez, convirtiendo las palabras en un zumbido único en su interior, aislada por completo de todo lo que la rodeaba, de la insufrible acumulación de acontecimientos que se le había venido encima. Era su manera de huir sin que nadie se diera cuenta. Se escondió en una sala grande con un piano y con Halina. Ese era el refugio que necesitaba ahora. Allí estaba Halina, tan menuda, con las gafas apoyadas al extremo de la larga nariz y el destello de su mirada inundándolos a todos. Halina, que apretaba su puño pequeño pero dictatorial y le ordenaba a Tamar que dirigiera la voz hacia el extremo del pulgar, hacia la uña lacada en rojo. «¡Laaa!», cantaba Tamar para sus adentros con la mayor concentración. «¡Nooo!», repetía frente a ella Halina. «¡Mi uña todavía ni siquiera te oye!» «Laaa.» «Más resonancia...» Y eso la ayudaba, le rellenaba los espacios vacíos de la cabeza, le hacía fluir hacia su interior una música que era como sangre caliente, porque le tranquilizaba recordar el mundo al que realmente pertenecía, donde podía encontrarse consigo misma.

Pasado un rato notó que los ojos de Miko la traspasaban a través del espejo retrovisor: «Que sea la última vez que dices esa palabra, ¿entendido? Que sea la última vez que ni tan siquiera se te pase por los sesos. Le debes a Pesaj setenta siclos, aunque eso ya lo arreglarás tú solita con él. Pero vuelves a decir lo que has dicho, y estás acabada. Ni tu propia madre te reconocerá después de que pases por mis manos».

Después de eso, siguieron viajando en completo silencio. A Tamar le dolía la cabeza de las bofetadas, su alma gritaba y las mejillas le ardían por los golpes y la vergüenza. Puede que hiciera diez años que nadie le había dado una bofetada. Cuando era pequeña y a su madre, nerviosa ya, se le escapaba alguna torta, su padre acudía enseguida para colocarse en medio. Y una vez que su madre perdió los nervios por completo (Tamar ya no se acordaba de lo que había hecho para provocar semejante reacción) y empezó a perseguirla por la casa, oyó a su padre gritar desde el despacho «¡En la cara no, Telma!», y en

medio de la furia que la invadía sintió una oleada de cálido agradecimiento hacia su padre por el solo hecho de que hubiera intentado defenderla.

Ahora, sin embargo, Tamar pensó que quizá su padre solo había temido que se le notaran las señales.

Su eterno miedo: el qué dirán.

Se obligó a no pensar en lo que acababa de suceder. Sabía que si pensaba en ello, se echaría a llorar. Así es que puso manos a la obra y ocupó el cerebro en una actividad febril: si Miko robaba en cada una de las actuaciones de ella dos o tres carteras; si cada día Tamar tenía cuatro o cinco actuaciones, aunque había días que tendría hasta diez; si en la residencia había veinte o treinta chicos o chicas, o puede que cincuenta, si en cada cartera o monedero había cien o doscientos siclos, aunque puede que a veces hubiera mil, a Tamar le empezó a dar vueltas la cabeza. Resultaba que se trataba de un pequeño estafador, y puede que no tan pequeño. El cálculo aproximado que acababa de hacer le había dado un resultado de muchísimos miles de siclos al día. Le parecía ilógico, pero en un nuevo cálculo que hizo llegó a las mismas cantidades. Las palmas de las manos le empezaron a sudar. Intentó traducirlo a un lenguaje más comprensible. Se dijo que Pesaj Beit Haleví ganaba en media hora lo que ella no ganaba en todo un año de trabajo en casa de Teodora.

A las cinco de la tarde llegaron a Zijron Yaacov. Tamar estaba reventada y desmoralizada. Apenas se las arregló para poderse bajar del coche. No creía que fuera a ser capaz de plantarse delante de un grupo de gente desconocida y cantar sin echarse a llorar.

Pero lo hizo. Se trataba de una actuación, tenía que salir. Aquello no tenía nada que ver con Miko ni con Pesaj ni con toda la porquería con la que intentaban rodearla. Tienes una actuación, así es que sal. Estés como estés tu deber es actuar. Y si no te ves con ánimos para hacerlo por ti misma, hazlo por Halina, que no te perdonaría nunca haberte dejado vencer: «También un actor que en casa haya reñido con su mujer, ¿crees tú que va a estar de humor como para ser Hamlet? ¡Y a pesar de todo sale y es Hamlet!».

Se obligó, pues, a llegar hasta la calle peatonal acordada, dio unas

vueltas durante un rato, mirando los hermosos escaparates, y vio su imagen reflejada en ellos, una niña delgada, calva, con unos ojos gigantescos y una boca que esa tarde parecía una hoz boca abajo.

Caminaba entre la gente, entre familias grandes y pequeñas. La ligera brisa del atardecer había empezado a soplar. Los niños hacían sus travesuras, se perseguían unos a otros y los padres, con indolencia, les pedían que se estuvieran quietos. Tamar intentó refugiarse en estos pequeños detalles. Mira adonde has llegado, tonta. En una cafetería que se extendía a lo largo de la acera había sentado un padre joven, muy guapo, y un niño de unos cinco o seis años. El niño le pedía al padre que le dejara leer el periódico *Yediot* que estaba encima de la mesa, pero como no sabía cómo se pasaban las hojas de un periódico, estas se le rebelaban pegándosele a la cara mientras el niño se moría de risa y el padre le explicaba con mucha paciencia cómo había que hacerlo, mostrándole una y otra vez los movimientos correctos.

Un hilo de amor los unía a los dos y Tamar estuvo a punto de acercarse al padre para pedirle que le permitiera ser la eterna canguro del niño. ¡Hasta se sabía las canciones de *Sonrisas y lágrimas*! Las añoranzas hacia Noiku ardían en ella; echaba de menos la contagiosa alegría de vivir de esta, aquellos mofletes de melocotón, los alocados juegos compartidos de las dos y el aspecto que tenía la cocina después de que hubieran hecho una tarta sorpresa para Leah, y cómo aparecían juntas en la cama de Leah, con la música a todo volumen y poniendo cara de dos cantantes de rock curtidas en la cárcel de mujeres de Ohio, ¡y eso que Noiku solo tenía tres años! Qué bien lo pasarían cuando tuviera siete, y diecisiete, porque entonces Tamar podría ser su mejor amiga, su hermana, su guía, su alma gemela. Enseguida se anotó mentalmente una pregunta urgente para Teodora, sobre una de esas cuestiones de las que solo se podía hablar con Teodora: Si una persona, no importa quién, decide construirse una coraza y encerrarse dentro de sí misma, hacer eso con su alma por un tiempo determinado, para poder llevar a cabo una misión muy difícil, sin importar cuál, ¿acaso después de finalizada la misión podrá volver a ser ella misma, exactamente la misma que era antes?

Con retraso y arrastrando los pies, Tamar llegó finalmente al lugar

escogido. Era la acera de enfrente de Beit Aharonson, junto a un cántaro gigantesco de barro en el que había plantada una vid. Encontró para Dinka un rincón cómodo donde poderse echar y se cuidó de que pudieran mantenerse en contacto a través de la vista. Después se colocó en el centro de un círculo imaginario que ella se había trazado alrededor, bajó la cabeza y empezó a concentrarse para entrar en ambiente. Allí le resultaba muy difícil, casi como la primera vez, hacía un millón de años, en la calle peatonal de Jerusalén.

Pero entonces, por sorpresa —también ella se admiró—, abrió la boca y empezó a cantar.

Cantó con mucha voz, incluso con más de lo normal. Era como si el canto se encontrara completamente fuera de ella y fuera de todo lo que le sucedía. Sonaba tan claro y tan puro que a ella casi le costaba creer que eso fuera posible. Se sentía maravillada de tener una voz tan diferente de la situación por la que estaba pasando. Las dos primeras canciones las cantó completamente ida, concentrada sobre todo en el esfuerzo por aproximarse a su voz y volver a hacerla suya. Resultaba una extraña experiencia. Por primera vez en la vida sentía algo así como una especie de rencor hacia su voz que parecía pretender permanecer pura mientras ella se sentía tan sucia. Casi sin pensarlo cambió el programa que ella misma se había fijado y se puso a cantar canciones de Kurt Weill —Halina las llamaba «canciones de odio hacia el hombre»— sobre Jenny, la camarera de habitación explotada, la puta deprimida, que sueña con un barco de ocho velas blanquísimas, cincuenta y cinco cañones y decenas de piratas, un barco que llegue a la costa de su ciudad, ancle frente al hotel de mierda en el que ella trabaja y destruya con un vendaval de fuego la ciudad, el hotel y a todos los que han abusado de ella. Esa no era la primera vez que Tamar cantaba esa canción, pero en esta ocasión, al instante, la había sentido en las entrañas, así es que enseguida supo que cantaba desde un punto nuevo de sí misma, desde el vientre, desde la tierra. La cantó con Marian Faithfull, que le había enseñado a cantar «Jenny», Marian Faithfull a quien Shai tanto admiraba, sobre todo las canciones de su época de después de las drogas. En la habitación de él se habían pasado las horas los dos, Shai y Tamar, escuchando su aguardentosa y

calcinada voz, y Shai decía que solo quien de verdad se haya visto devorado por la vida puede llegar a cantar así. En aquel entonces, Tamar se decía con tristeza que ella jamás iba a llegar a cantar de esa manera, porque ¿qué podía pasarle a ella en la vida?

Las manos empezaron a movérsele, la expresión le volvió al rostro, el mismo rostro que había recibido las bofetadas. La voz le fluía por el cuerpo como circula la sangre, haciéndole revivir las manos, el vientre, los pies. El pecho, que sentía ligeramente pesado. Sentía como unos cálidos círculos que le envolvían el cuerpo y que ella seguía medio embriagada. Cantaba para sí misma, por ella, sin tener ya casi nada que ver con las personas que allí había, y como, por lo visto, estas lo notaron, sintieron una mayor curiosidad por averiguar lo que sucedía dentro de Tamar, pero ella no les hacía caso porque era como si solo estuvieran allí a su alrededor por pura casualidad. Seguía cantando y modelaba la voz en los abismos más tenebrosos de su ser; nunca antes se había atrevido a hacerlo, a sacar una voz tan ronca, tan grave, que casi escocía de fealdad. Ahora empezó a compartirla con el público, esa voz llena de llanto contenido, de soledad y de veneno, una voz que le nacía de dentro y que poco a poco iba sacando a la persona que ella era ahora, todo lo que había perdido durante el último año y lo que, a pesar de todo, iba naciendo en ella.

Vagamente podía darse cuenta de que más y más personas se habían ido reuniendo a su alrededor. Muchísima gente. Nunca había tenido un público tan grande. Llevaba cantando más de media hora y no era capaz de despedirse, no del público, sino de aquel sitio nuevo que había encontrado.

Para finalizar cantó su solo, que le habían quitado, su querido solo del *Stabat Mater* de Pergolesi. Justamente fue con eso con lo que quiso terminar, con esas notas tan puras y transparentes como el cristal. Esta vez nadie se rió, y el canto fue de nuevo lo único que existía para ella, lo verdaderamente decisivo, la cosa que era ella misma. Mil clases de canto no hubieran logrado hacerla comprender lo que en esos momentos sentía: que su voz era su lugar en el mundo. La casa de la que ella salía, a la que regresaba y en la que podía ser ella misma por completo. Además, esperaba que la amaran por todo lo que era y a

pesar de todo lo que era. Si tuviera que escoger entre la felicidad o cantar bien —había escrito una vez en el diario, a los catorce años— no me cabe la menor duda de lo que escogería.

Había sido un momento maravilloso, de completa calma y reconciliación interior, para después empezar a despertar y recordar dónde se encontraba. Vio la cabeza ensortijada de Miko pasando despacio entre las filas, así es que, apretando con todas sus fuerzas los párpados, siguió cantando a sabiendas de que su voz permitía que una de las personas del público pasara desapercibida y a sabiendas también de lo que eso significaba, «encubrimiento», pero siguió cantando.

Cuando terminó, casi se desplomó. Sentía vértigo y la emoción la embargaba. Con gesto lento, depositó la gorra en el suelo. Se agachó por un momento y se apoyó en Dinka, que se encontraba ligeramente apartada, para retomar fuerzas con su contacto. La gente se arremolinaba a su alrededor. Muchos le gritaban «¡Bravo!». La gorra quedó completamente cubierta de siclos, y por primera vez en su carrera alguien había dejado allí un billete de veinte. Tamar lo recogió y lo guardó en la mochila, pero el público le pedía más. A coro le gritaban: «¡Otra, otra!».

Pero a ella no le quedaban fuerzas, demasiadas emociones la agitaban, y ellos, aun viéndolo, no cedían. Sabían que ahora sería ya el broche de oro. Ella estaba toda ruborizada, confusa, resplandeciente como si hubiera caído sobre ella el rocío de la noche. El público vociferaba y ella se reía. Ahora se encontraba en un lugar muy especial como persona pública, en un punto muy tentador pero peligroso, porque cuando actuaba con el coro, estaba perfectamente protegida, por todos los flancos, a salvo de los excesos que se dan en ocasiones en momentos como esos. Además, en algunos escenarios cae el telón para taparle al público la embriaguez de después. Pero aquí no había telón. Tamar se encontraba entre el público, que se nutría sin miramientos de lo que ella ofrecía y de lo que solo era consciente por la reacción de aquel. Y aquello tenía tal fuerza de succión, que Tamar por un momento temió haber dado demasiado de sí misma y que también le hubiera sido quitado demasiado y ya sin posibilidad de

devolución.

Por eso lo que ahora les cantó fue una breve y humilde balada francesa, una canción infantil acerca de un pastor y una pastora, un pastor que encontró un cabritillo y se lo devuelve a la pastora, con una pequeña condición, un beso en la mejilla. Esa canción entonó a Tamar y la devolvió a la realidad. Vio a Miko alejarse de allí a paso ligero con los bolsillos de los pantalones a reventar. Los ojos de Tamar escudriñaron al público. ¿De dónde provendría esta vez la voz de alarma? Sintió una punzada de culpabilidad en el corazón. ¿Cómo iba a poder soportarlo en lugar de confesarlo todo allí y en ese mismo momento, ante todos? Pero tenía una misión que cumplir. Y tenía un papel en esa misión. No hacía más que repetirse esas palabras para sus adentros mientras cantaba la inocente canción, y gracias a ese esfuerzo consiguió seguir siendo amable y agradable; solo por su rica experiencia logró evitar cantar lo que alguien repetía dentro de ella, a voz en grito, ¡cómo puedes, cómo eres capaz de algo así, tú, con todos tus principios y con lo crítica que eres con respecto al mundo entero...!

«Nada, pero que nada mal» Miko sonrió burlonamente mientras Tamar le tendía la bolsa, que él recogió con reparo, como si ella padeciera alguna enfermedad contagiosa. «Parece que vas aprendiendo, solo que para otra vez acorta un poco.»

Contó el dinero en silencio. Solo movía los labios. «Hala», le dijo a través del espejo, «esta vez has hecho ciento cuarenta siclos. Tendrás que venir todos los días.»

Tamar apartó de él la mirada con asco. Temió ir a vomitar de un momento a otro. En el asiento delantero al lado de Miko había tirada una cartera marrón, abierta. Durante una milésima de segundo vio allí una fotografía pequeña, la foto del niño risueño de la cafetería.

Empezaba ya a dudar si llegaría algún día a encontrarse allí con Shai. Una semana después de haberse instalado en aquel hospital abandonado, entendía ya perfectamente lo que le había contado Shelí el primer día: se sentía absorbida. Pasaba horas y horas durante las

que ni siquiera se paraba a pensar por qué se encontraba allí o con qué fin. Además, casi nunca se acordaba de su vida anterior: como el funámbulo que no tiene que mirar hacia abajo, hacia el abismo que se abre a sus pies, así apartaba ella de su mente todo pensamiento acerca de sus padres, de la gente que quería, del coro y también de Idán. Durante aquella semana había viajado miles de kilómetros por todo el país. Había contado nueve chóferes diferentes que la habían llevado a Beer Sheva, a Safed, a Afula, a Arad y a Nazaret. Aprendió a comer en el coche sin rendirse a las náuseas y al mareo que solían asaltarla, a dormir aprovechando cualquier ratito, acurrucada como un harapo en los asientos traseros. Aprendió a cantar cinco, seis y siete veces al día sin arruinarse la voz, aunque por encima de todo, aprendió a callar.

Ella, que era una bocazas. Miko le había dado la primera lección con aquel par de bofetadas. Después aprendió que tampoco podía comentar nada con las chicas y los chicos que estaban allí como ella, y tal y como se lo había avisado Shelí, también había que tener mucho cuidado a la hora de preguntar. Todo el que se encontraba allí, en el centro, era un ser herido, de una manera o de otra. Todos habían huido de alguna desgracia y en medio de toda la mala educación y del griterío de ese inmenso grupo de gente, se respetaban con delicadeza unas reglas de comportamiento que reflejaban una buena dosis de piedad y elevación de espíritu. Cualquier pregunta acerca de la casa de la que uno acababa de llegar, huir o ser expulsado era susceptible de despertar nuevas oleadas de dolor y de reabrir heridas que posiblemente estaban ya empezando a cicatrizar, y toda pregunta del tipo qué será de ti, adónde irás cuando te vayas de aquí o qué te deparará la vida, provocaban verdadero desespero y terror. Muy deprisa se dio cuenta Tamar de que el pasado y el futuro eran dos tiempos que allí estaban completamente fuera de lugar: la residencia de Pesaj existía en la dimensión de un presente eterno y continuado.

Y eso, precisamente, le venía a Tamar como anillo al dedo, porque también ella temía pronunciar cualquier palabra de más que pudiera delatarla. Quizá era por eso por lo que su amistad con Shelí se había estancado algo y resultaba un poco contenida. A veces, temprano por la mañana, o tarde por la noche —antes de que Shelí, según sus

propias palabras, «se estrellara como un tomate contra la cama»— charlaban un poco y se contaban en cuatro palabras las vivencias del día, mientras las dos sentían que querían decirse mucho más, hablar de las cosas verdaderas de la vida, pero se refrenaban porque sabían, por propia experiencia, al igual que todos los que llegaban allí, que hasta las personas más próximas pueden llegar a traicionarte, y como ya estaban escarmentadas pensaban que hay situaciones en las que uno no puede confiar absolutamente en nadie. ¿Cómo lo había dicho el poeta? Ah, sí, «el hombre y su soledad».

En momentos como ese cruzaban entre ellas unas miradas llenas de dolor y que hablaban por sí solas: tanto yo como tú somos guerrilleras solitarias que intentamos sobrevivir en territorio enemigo y tomamos todas las precauciones necesarias para que nuestro secreto no caiga en una mano equivocada. Aunque se trate de alguien tan estupenda como tú, Tamar, o como tú, Shelí. Lo siento. Yo también. Es una pena. Puede que algún día... Ojalá. En otra vida, en otra reencarnación...

No todos, sin embargo, estaban tan solos como ella. Se había dado cuenta de que había algunos grupos, y parejas; incluso había tres «habitaciones familiares», y los grupos eran unos más grandes y otros más pequeños. Al lado del comedor había una sala que hacía las veces de una especie de club o sala de esparcimiento, donde los jóvenes jugaban al ping-pong y al backgammon. Pesaj había donado una cafetera de lo más moderna y les había prometido que muy pronto les llevaría también un ordenador de esos con los que incluso se puede escuchar y hacer música. Tamar había oído que por las noches a veces se organizaban fiestas en las habitaciones, y sabía que fumaban juntos y tocaban. Desde su constante posición de observador externo, se daba cuenta de la alegría con la que unos y otros se saludaban en el comedor, por la noche. La aproximación, el abrazo, los brazos envolviendo la espalda del otro, las palmaditas, hola, hermano, ¿cómo va eso, colega? En algún momento, cuando se sentía muy sola, hasta de eso podía llegar a tener envidia.

Pero la cosa por la que se encontraba allí seguía tan lejana e inalcanzable como el primer día de su llegada.

Cuando todavía vivía en casa, cuando todo no era más que un

proyecto, estaba convencida de que una vez allí no dejaría de actuar, de pensar, de descifrarlo todo, de relacionar pistas. Pero desde el momento en el que había entrado en el centro, tenía el cerebro lento y embotados los sentidos, tan embotados que por momentos le asaltaba el miedo de que ya para siempre iba a quedarse allí, que se vería arrastrada por el círculo vicioso de las actuaciones y el sueño y que poco a poco iría olvidando el motivo por el que había ido a parar hasta allí.

Tamar tenía que esforzarse por librarse por sus propios medios de aquel hechizo desesperante e hipnotizador. Poco a poco y con grandes desvelos iba casando las piezas del mosaico: allí había artistas, veinte chicas y chicos, o treinta, o cincuenta. Resultaba imposible de saber. Iban y venían, desaparecían durante varios días para después, de repente, reaparecer. A veces, se sentía allí como en una ajetreada estación de ferrocarril, o como en un campo de refugiados. No sabía si todos los demás habían llegado a la residencia de la misma manera a como lo había hecho ella. Por lo que podía oír de aquí y de allá, se dio cuenta de que los otros habían tenido noticia de la existencia del lugar a través de rumores y habían estado deseosos de que los «cazatalentos» de Pesaj los descubrieran. Se enteró, para su sorpresa, de que en distintos lugares, por todo el país, se hablaba por lo bajo de aquel lugar único en su especie y de que tenía como un aura romántica de locura artística. Gentes de Tiberíades, de Eilat, de Gush Etzion, de Kefar Guiladi, hasta de Taibe y de Nazaret, todos habían oído hablar de la existencia de ese lugar, en el que si eras aceptado podías después actuar cientos de veces en la calle por todo el país para adquirir experiencia y seguridad y salir hecho todo un «animal de escenario» mucho mejor formado que tras cuatro años de estudios en cualquier relamida escuela de música. Ninguno de ellos hablaba nunca en voz alta de Miko, de sus compinches ni del trabajo que hacían; los artistas convivían con los delincuentes, pasaban con ellos muchas horas al día, comían y viajaban con ellos, actuaban a su lado, así es que simulaban no ver ni oír y no comentaban nada de lo que realmente allí sucedía. Tamar notaba cómo eso mismo le estaba sucediendo a ella, cómo se adiestraba para ser los tres monos a la vez.

En una ocasión, cuando regresaba por la noche de una actuación en NesTsiona y se encontraba acurrucada y hambrienta en el asiento trasero del coche, pensó que empezaba a comprender cómo las personas se acostumbran a vivir durante años y años bajo un régimen totalitario y represivo y se desconectan de lo que sucede a su alrededor, porque si comprendieran realmente su situación y se dijeran a sí mismos y con toda sinceridad con lo que están colaborando, llegarían a morirse de pura vergüenza.

Como no podía enfrentarse a las acciones de Miko y los demás, se dedicó a mirar solamente hacia el lado de los artistas. Allí había mimos, magos, violinistas, flautistas. Había también una chica que tocaba el violoncelo, una chica de cara muy triste, con gafas y una gorra roja fina, con el borde redondeado, una gorra que jamás se quitaba. Tamar se preguntó más de una vez cómo se hace para escaparse de casa con un violoncelo. Había un chico ruso especialista en montar en monociclo y Tamar se acordó de que había actuado junto a ella en la calle Ben Yehuda de Jerusalén, antes de que llegara allí. Había también dos hermanos de Nazaret que hacían juegos de magia encaramados a unos altísimos zancos, y un muchacho etíope que hacía en las aceras unos dibujos espectaculares de ángeles negros y unicornios dorados. Un chico americano, que había estudiado en una academia talmúdica de la que se había salido, dibujaba al carboncillo unas elegantes y crueles caricaturas de la gente de la calle, y también en la residencia garabateaba sin tregua a todos los que allí vivían, así es que ya se habían acostumbrado a los nerviosos movimientos de su lapicero. Un chico pelirrojo y religioso, de Gush Etzion, atolondrado y de mirada turbia, sabía tragar fuego y escupirlo. Luego había dos chicas de Beer Sheva, que le parecían hermanas, o puede que hasta fueran gemelas. Estas leían el pensamiento, o por lo menos eso decían, así es que Tamar procuraba no estar muy cerca de ellas. Había por lo menos diez malabaristas que lanzaban al aire pelotas, bastones, bolos, manzanas, antorchas y cuchillos; un chico alto, con ojos de embustero, había desarrollado su propio número artístico. Imitaba el lenguaje del cuerpo —los gestos y la forma de andar— de los transeúntes y se colocaba detrás de ellos cuando

cruzaban el círculo imaginario en el que él actuaba. Casi se pegaba a ellos y los imitaba sin que se dieran cuenta de ello, ante las carcajadas de los espectadores. Una noche, durante la cena, Tamar descubrió que delante de ella estaba sentada la chica que había visto una vez junto a «Las gatas», la que había estado haciendo malabarismos con las dos cuerdas ardiendo. Había también una contorsionista, «la chica de goma», una muchacha malencarada de un kibbutz del norte, y una vez, después de la cena del viernes, los maravilló retorciendo su larguirucho cuerpo hasta lograrlo meter en una caja de Coca-Cola. Un chico muy joven, casi un niño, que se parecía a Wally, de *Dónde está Wally*, era un artista de las pompas de todas las formas, colores y tamaños posibles. Un jerosolimitano, pálido, de pelo negro y grasiento, se llamaba a sí mismo «poeta callejero». En unos segundos componía versos por encargo a quien quisiera pagarlos. Había también cantantes, como ella, y con una intercambió cuatro palabras una vez que las llevaban a Asquelón, y descubrió que incluso cantaban las mismas canciones (las hebreas). Y había fanáticos del rap que tocaban con latas de pintura vacías, y uno que tocaba con una sierra, otro que tocaba obras completas con unas copas de vino, rozando los dedos en los bordes de las copas. Había por lo menos cinco guitarristas, como Shai, pero por lo que a veces oía, cuando pasaba por delante de las habitaciones, ninguno tocaba como él. De vez en cuando alguien lo nombraba, con una especie de respeto, pero a su recuerdo lo acompañaba un eco de duelo, como si estuvieran hablando de alguien que ya no existiera.

Pero, lo que es a él mismo, a Shai, por allí no lo veía.

Una noche se despertó Tamar y oyó voces y gritos. Por un momento se sintió confundida, acostada como estaba. Creyó que se encontraba en su casa. Intentó casar aquellas siluetas con los objetos conocidos. Los gritos iban en aumento. Ella empezó a sentirse muy intranquila. Miró el reloj: las dos y media. De repente se acordó de dónde estaba. De un salto se levantó. Corrió a la ventana. Abajo había un coche y tres hombres intentaban sacar de él a alguien que no quería salir. Se

aferraba con las manos a la portezuela. Los hombres tiraban de él y le pegaban en las manos. Uno de ellos era Miko, y Tamar reconoció también a Sisco, el que se parecía a Elvis. Tamar pegó la frente a la ventana para no perderse detalle, pero los hombres rodearon el coche tapando con sus cuerpos lo que allí sucedía. Maldecían en silencio y, de tanto en tanto, pegaban puñetazos hacia el interior del coche a través de las ventanillas, para por lo visto intentar reducir al que estaba dentro. Tamar gritaba para sus adentros y sin darse cuenta se mordió el puño hasta hacerse sangre. Después Pesaj salió corriendo del edificio. Lanzó una mirada preocupada hacia arriba, hacia las ventanas. Luego regresó al edificio y apagó el farol que había encima de la puerta. Ahora resultaba más difícil saber qué era lo que allí estaba pasando. Pesaj se acercó hasta el coche, se quedó un momento frente a la portezuela abierta, apoyó la frente en el techo del coche, y Tamar tuvo la esperanza de que estuviera hablando con el que estaba dentro, de que intentara convencerlo por las buenas para que saliera. Pero entonces, con un movimiento muy lento, casi perezoso, su antebrazo se fue hacia atrás, y el potente brazo dio en el interior del coche un solo y certero golpe. Al instante se hizo el silencio. Tamar temblaba en la ventana. Uno de los hombres sacó algo de dentro del coche, un objeto que parecía una alfombra enrollada. Se lo echó a la espalda con toda facilidad y entró con él en el edificio. Por un momento, cuando el hombre se encontraba a la entrada, vio Tamar las manos de quien iba a la espalda. Unos dedos tan largos como aquellos solo los tenía una persona que ella conocía.

Los días pasaban. Quién sabe adónde había llegado ya el chico que cabalgaba sobre el camello por el desierto del Sáhara en el pensamiento de Asaf. Él, por su parte, había empezado, en aquellos días de finales de julio, a trabajar en el Ayuntamiento. Ocho horas al día permanecía hastiado en un despacho vacío junto al departamento de Sanidad Pública, contestaba teléfonos, informaba de los pocos detalles que sabía, se entretenía formando su propia selección de ensueño para la Fifa 99, y todo ello sin saber que, al cabo de unos

pocos días, iba a entrar en su vida una perra grande que se había perdido, y que por seguirla iba a irrumpir en su vida una chica, también un poco extraviada, de manera que desde ese momento ya no iba a preguntarse más qué estaría haciendo el grumete sobre la cubierta del barco que navegaba por el mar del Norte, sino que no dejaría de preguntarse dónde se encontraba Tamar.

Una de aquellas noches durante las que Asaf todavía se arrastraba con Dafi Kaplan y se reía con desgana de las bromas groseras de Roí, mientras contaba los minutos que faltaban para que la velada tocara a su fin, regresó Tamar a la residencia cuando ya se estaba cenando. Había llegado de Bat Yam, o de Netania, no se acordaba con exactitud. Corrió a la habitación para cambiarse de ropa. Como de costumbre dejó allí a Dinka, no fuera a ser que por casualidad se encontrara con Shai en la cena y fuera a echársele encima delante de todos, así es que era preferible que la perra no bajara con ella.

En el lavabo manchado de óxido que había en la habitación, Tamar se lavó la cara. Se miró en el pedazo triangular de espejo roto que quedaba en la pared. El pelo había empezado a crecerle un poco. Unas pequeñas cerdas, muy negras, le brotaban del cráneo. Le pareció que precisamente le quedaba muy bien, y durante unos segundos se entretuvo, contrariamente a lo que solía suceder, pensando en su aspecto físico, y en las añoranzas que sentía por un placentero baño, unas cremas acariciadoras y por Halina, que ponía todo su empeño en hacer de ella una mujer hermosa. Cuando entró en el comedor llevaba todavía una descuidada sonrisa pintada en la boca y fue pillada por sorpresa.

Porque en el mismo momento en el que puso el pie en el comedor lo vio y se estremeció. Estaba muy delgado, muy demacrado. Como una copia desvaída de sí mismo. Tamar avanzó sin desviarse, pasó por delante de él con unos movimientos petrificados, los ojos clavados en el suelo y la cara muy blanca. Shai la miró sin ver. Quizá estuviera distraído, puede que drogado, pero una cosa estaba clara: no la reconoció, y ese fue un golpe inesperado para Tamar, un trago mucho más amargo que todos los demás, porque ni siquiera él la había redimido del anonimato. Permanecía allí sentado, balanceándose

ligeramente como si rezara, completamente ensimismado. Tamar vio que llevaba puesto el chaleco azul que a ella tanto le gustaba, pero que ahora se veía ya sucio y roto. Jugueteaba con el tenedor mientras removía el puré de un lado al otro y con desgana. Tamar comió, haciendo un gran esfuerzo, la ración fría que le habían lanzado en el plato (la mamaíta de Pesaj siempre se enfadaba con los que llegaban tarde). Le pareció, además, que en la sala reinaba un profundo silencio y que todos los miraban a ellos dos.

Shelí irrumpió en el comedor muy agitada, todavía más alta con unos zapatos nuevos de plataforma de color amarillo, el pelo resplandecientemente verde e infundiendo vida al instante a todos los que allí se encontraban. Se apresuró muy contenta hacia donde estaba Tamar y, con la misma alegría de siempre, le dijo «Deja que me siente a tu lado, córrete una pizca para allá, que tengo algo in-cre-í-ble que contarte...», y empezó a hablar, pero enseguida se dio cuenta de los ojos perdidos de Tamar y renunció a la idea con un pellizco de dolor en el corazón. «No hay problema», le dijo, y al momento empezó a parlotear con el mismo entusiasmo con el chico que tenía a su derecha. Ese día, durante su actuación en Ashdod, se le había acercado un importante empresario de la cadena de televisión local y había querido contratarla por tres años, con posibilidad de viajar a Nueva York... Pero mientras lo contaba, la propia Shelí empezó a preguntarse qué interés podían tener los americanos en ver las imitaciones que hacía de Igui Waxman y Sarit Hadad, y eso la desmoralizó un tanto. Tamar masticó disciplinada el engrudo de la comida. Después, con mucha cautela, levantó la cabeza. Los ojos le centellearon al mirarlo. Él la miró porque era nueva. Después, muy despacito, las pupilas se le dilataron y se quedó lívido.

Tamar bajó enseguida la cabeza. Nadie debía darse cuenta de que entre ellos existía una relación, de que se conocían de su vida anterior. Probó un poco de la tortilla, que estaba helada, y la apartó hacia el borde del plato. Shelí, a su lado, estaba furiosa por lo tonta que podía llegar a ser. Masculló que era la reina de todas las jodidas más estúpidas por haber creído ni media palabra de toda aquella basura. ¡Y una mierda, se la iban a llevar a América! Le había enseñado una

tarjeta de visita con las letras doradas en relieve, la había enredado con un sinfín de palabras y ella se lo había tragado. Una hora había estado con él en un hotel apestoso. Ahora, para autocastigarse, volvería a escaparse de allí. Iba a ir a Lifta, para terminar como una perra, tal y como se merecía. El muchacho que tenía al lado intentaba tranquilizarla. Había muchísimo ruido alrededor. En otras mesas volaban pedazos de pan. Los allí presentes estaban esa noche más alegres que de costumbre, quizá también porque Pesaj no estaba, ni ninguno de sus bulldogs. En la mesa al lado de la puerta habían empezado a cantar a voz en grito y con mucho desafino la canción «¿Quién sabe por qué, en vista del panorama, las cebras llevan pijama?», y otros muchos se les unieron golpeando las mesas con los tenedores y las cucharas. Mamaíta se desgañitaba entre amenazas de que se lo contaría todo a Pesaj, y un chico alto, el que imitaba los movimientos de la gente, se plantó de un salto a su lado y empezó a bailar con la anciana, agachado y juntando su mejilla a la de ella, hasta que logró arrancarle una sonrisa. Tamar se tocó la frente. Después deslizó un dedo por su mejilla izquierda. Parpadeó dos veces. Se tocó la mejilla derecha. A continuación, como por casualidad, levantó un dedo por el aire. Se tocó el lóbulo de la oreja derecha. Se acarició dos veces la barbilla. Hizo cinco o seis gestos más como esos, con disimulo, muy despacio, a pesar de que el corazón le latía como un loco.

Shai no le quitaba ojo de encima. Movía los labios como si estuviera leyendo en voz alta. Y es que, en realidad, era eso lo que estaba haciendo. Ese era el primer milagro que ella esperaba de él: que se acordara. Que, a pesar del mucho tiempo transcurrido, a pesar de todo lo que le había sucedido y a pesar de las drogas, recordara el lenguaje secreto que compartían.

«He venido a sacarte», dijeron los dedos de Tamar.

Él ocultó la cara en la mesa y Tamar se pudo dar cuenta de lo rala que tenía ahora su hermosa y ondulada cabellera de antes y de lo flacas que tenía las muñecas.

Después se irguió en la silla y se quedó un momento mirando el techo. Tamar se dio cuenta de que Shai intentaba recordar. Al instante

se tocó la mejilla derecha, luego el mentón y la punta de la nariz. Una vez se confundió y entonces tensó los labios, que era la señal para borrar lo anterior. Volvió a escribirlo letra por letra:

«Nos matarán a los dos».

A la derecha de Tamar, el chico que estaba hablando con Shelí, el que tocaba música con la sierra, comentaba entusiasmado: «¿Lifta? ¿Con los rusos? ¿Te has vuelto loca? ¡Pero si son los más sonados de todos!».

«¿Por qué? ¿Qué tienen ellos que no haya aquí?», preguntó Shelí riéndose de pronto. Algo de su conducta resultaba extraño ese día, exagerado y cambiante, pero Tamar estaba muy ocupada en otra cosa.

«A esos les falta un *vind»,* le explicaba el muchacho, alto y peludo, con el labio superior ligeramente como el de un simio. *«Vind* es tornillo en ruso, y lo que les queda es un agujero en el cerebro.» Shelí movía la cabeza entre dudas. Al ritmo de la cabeza tembló su pelo verde que era como un punto luminoso dondequiera que se encontrara. «No, escucha, es fósforo con jarabe para la tos y agua oxigenada, todo mezclado. La bomba de todas las drogas, la heroína, a su lado, es como hierba, pero esto es una pasada y lo más barato del mundo.»

«Yo eso no lo pienso ni tocar», dijo Shelí, entre unas sonoras carcajadas. «Yo, como mucho, un poco de nieve.»

En medio de la tensión de la conversación con Shai, Tamar se acordó de que Shelí había dicho, el día en que se conocieron, que ella no tocaba la heroína, que solo fumaba hierba.

Escribió con los dedos: «Tengo un plan».

Shai empezó a contestarle. Una chica se dio cuenta de los gestos tan extraños que hacía y le tocó el hombro a su amiga para que mirara. Tamar se refugió en su plato y se fue embutiendo la tortilla fría en la boca; Shai se hizo también el que interpretaba algo a la guitarra con los dedos de la imaginación.

Luego le dijo: «Estoy enganchado».

Tamar le respondió enseguida, casi sin levantar la cabeza del plato: «Dij q quier dej.» Dijiste que lo querías dejar. Las oraciones que se decían eran cortas, algunas abreviadas, pero todas al grano. Tamar

enseguida se dio cuenta de que a pesar de todo lo que había pasado, Shai era capaz de entenderla aunque solamente escribiera la mitad de la palabra. Esa era también una señal alentadora. Como cuando eran niños y a veces les prohibían en las comidas que hablaran el uno con el otro para limitarles así la infinita inmersión de ellos en su mundo particular cerrado ante cualquier extraño. En aquellos días se conformaban con apuntar solo el principio de las palabras: no qui dor; o: q comi d mier.

Shai esperó dos minutos enteros antes de responder: «No puedo solo».

«Juntos.»

Shai apoyó la cabeza en las palmas de las manos y daba la sensación de que le pesaba una tonelada. Tamar se acordó de una canción que cantaba con el coro y cuya letra era de Emily Dickinson. La canción se titulaba «I felt a funeral in my brain».

Los dedos le temblaron de repente de una manera tan espantosa, que Tamar tuvo miedo de que todos pudieran darse cuenta de lo que estaba pasando. Shai escribió: «Tú no pued sol».

Y ella le respondió: «Sí puedo».

«Esca d aq.»

«Contigo.»

De pronto Shai soltó un suspiro. Un gruñido profundo y sonoro. Se levantó precipitadamente y al intentar agarrarse a la mesa tiró un vaso. Se hizo un profundo silencio. Él intentó levantarlo, pero no lograba atraparlo. El vaso literalmente saltaba como si estuviera engrasado con un aceite resbaladizo e hiciera todo lo posible por huir de aquella mano. Al final tuvo que cogerlo con las dos manos para lograr ponerlo de pie. Eso duraría quizá unos tres segundos, pero se hicieron eternos. Todos los ojos estaban posados en él. Tan alto y tan flaco, se mecía como un junco al viento. Un extraño sudor le bañó de repente el rostro. Todos habían dejado de comer y de hablar y solamente lo miraban a él. Shai dio un paso atrás, volcó la silla, hizo un gesto con la mano, un gesto de desesperación y renuncia, y salió huyendo de la sala.

Tamar devoraba el puré, la tortilla, el pan. Todo. ¡Con tal de no

tener que levantar la cabeza y ver los ojos de todos!

Alguien dijo con toda tranquilidad: «Si el pobre tipo no sale ahora de esto, dentro de poco estará acabado». Volvió a hacerse un desagradable silencio. Es posible que porque se hubiera nombrado el futuro, ese futuro del que estaba prohibido hablar porque no existía.

Una chica, que por lo visto hacía poco que había llegado, preguntó quién era el chico que acababa de marcharse y le respondieron que era un yonki. Un muerto viviente, dijo otro chico. Pero ¿quién es? ¿Qué era antes?, insistió la chica, mientras Tamar se quedaba helada en la silla. Quién había sido. Qué había sido antes. Ya lo estaban enterrando. La ponía enferma ver con qué facilidad una persona como Shai era pasto de los cotilleos del comedor. ¡Pero cualquiera podía explicarles, resumir en un par de frases la maravilla que era Shai y todas las contradicciones que encerraba! «Nunca habla, ¿verdad?», preguntó la misma chica con la insolencia de los nuevos, y varias voces le respondieron a una, de manera que Tamar se dio cuenta de lo que les gustaba hablar de él porque les resultaba un verdadero misterio. Sí, al principio habían creído que era mudo. Pero tocaba la guitarra como Dios. Solo que sin meterse algo no era capaz, pero cuando estaba colgado y tocaba, el dinero le llovía. Pero si hasta lo habían llamado de la tele, el mismísimo Dudu Topaz en persona lo había oído por casualidad en la calle y lo había invitado a su programa, pero Pesaj no lo había dejado ir, porque no estaba maduro para un público tan amplio…

«Es que es el Jimmy Hendrix de Pesaj», dijo uno de los otros guitarristas, y Tamar oyó en su voz la conocida envidia, porque siempre había un deje de envidia cuando la gente hablaba de Shai. «Y el Jim Morrison. Tiene una habilidad que te cagas, pero está hecho mierda.»

Tamar era incapaz de seguir comiendo. Ni siquiera para ocultar su estado de ánimo. Se quedó sentada, completamente paralizada, y solo rezaba para que en ese momento no la mirara nadie. Su conmoción no se debía solamente al estado en el que se encontraba Shai, sino al rechazo total que había notado en él a dejarse ayudar. Eso era precisamente lo que le había advertido Leah: que él no iba a estar

dispuesto ni iba a poder ayudar a Tamar, que no iba a colaborar. ¡Pero si ha sido él quien me ha pedido que vaya!, sostenía Tamar mientras hablaba de ello con Leah, ¡había salido de él llamarla para suplicarle que alguien fuera a salvarlo! Y Leah volvía a explicarle una y otra vez, le dará un miedo mortal hacer cualquier pequeño cambio en su degenerada vida, sentirá verdadero terror de perder la seguridad que tiene allí con el suministro diario de las dosis. En el cerebro de Tamar empezaba ahora a tomar forma el pánico: ese era un punto que no había planeado de antemano. ¿Cómo iba a sacarlo de allí sin su colaboración, y puede que incluso en contra de su voluntad? Notó como si algo en su estómago bajara y bajara en una caída infinita. Ahí lo tienes, mi querida niña, tú que crees que todo es un camino de rosas y que vives de ilusiones, ahí está, finalmente, el indiscutible punto débil de tu megalómano plan.

Y eso que lo había estado planeando todo, detalle a detalle, durante meses. Con una meticulosidad casi demencial repetía e intentaba adivinar con antelación las distintas fases tal y como iban a producirse, los problemas que podían aparecer hasta el momento de llegar allí y encontrarse con él; y con esa misma meticulosidad que no se daba tregua había planeado cómo iba a cuidarlo ella sola después de sacarlo de allí y había calculado exactamente cuántas cajas de velas y de cerillas iba a necesitar en la cueva, y se había acordado de llevar abrelatas, productos anti mosquitos, vendas para las heridas, mientras que en solo un pequeño detalle no había pensado, en cómo iba a sacarlo de allí si él no tenía ni las fuerzas ni el valor para salir.

La conmoción por su ceguera la tenía destrozada. ¿Cómo había podido pasarle eso? ¿Cómo había ignorado todas las advertencias igual que si a propósito se hubiera abocado al fracaso? Se levantó y fue a dejar el plato en el fregadero. Fuera, en el patio, estaban sentados ya varios chicos y chicas. Vio el pelo verde de Shelí apoyado contra el hombro de un chico alto y fortachón. Otro chico, con cara de indio y una trenza larga, cogió una guitarra y empezó a cantar. Tamar abrió la ventana para respirar un poco, y la canción la envolvió. No pudo resistirse a aquel ritmo melancólico y triste:

Éxtasis barato
caballo para todos
LSD azul
saca la pasta
viva la anarquía
rompamos la rutina
a liberar la locura
vamos a la policía...

Y las chicas y los chicos que lo rodeaban le respondían cantando en un susurro: «Cómo-se-consigue-eso-cómo-seconsigue-eso».

Después volvía a entrar el indio:

Ya no hay milagros
ni esperanza rosa
agonizar y morir
por esta revolución...

Y volvía a cantarla desde el principio, con un ritmo muy monótono, mientras Tamar la bailaba, intentando tomar fuerza de la melodía, aunque las palabras las odiaba. Era como si se flagelara con el estribillo: ¿Cómo se consigue eso? ¿Cómo se le puede olvidar a uno prever la parte más importante del plan?

La deprimía tanto volver a descubrir, como siempre, la magnitud de esa fuerza que la hacía fracasar desde dentro de sí misma, su caravana de ratas, su quinta columna... Ahora, no sabía qué era lo que iba a hacer. ¿Desistir? ¿Regresar a casa con el rabo entre las patas? Una rata negra más corría dando saltos por todas las paradas fijas que tan bien conocía Tamar, rascándose el trasero con las señales que encontraba por el camino, gritándole con sus estridentes pitidos: ¡no serás nunca capaz de hacer a derechas ni una sola cosa en la vida! ¡Alocada! ¡Fantasiosa! ¡Siempre habrá algo defectuoso en todo lo que hagas, algo que no cuadre entre tu imaginación y la vida real...! Para entonces ya se habían reunido alrededor de la rata todas sus compañeras, y con ella se desgañitaban a coro: ¡justamente por eso no

harás una carrera seria como cantante, porque siempre te harás fracasar en el momento crucial! Como mucho te darán papeles secundarios, al principio, Barbarinas, y Marcelinas cuando envejezcas, y puede que en medio alguna Frasquita. Andarás toda la vida dando vueltas tristemente y sola por coros de barrio de aficionados. Como mucho, serás directora de coro. Y a propósito, tampoco conseguirás jamás enamorarte de verdad, de eso no cabe la menor duda, por eso de la parte de la pieza de Lego que te falta en el alma. Ni tendrás hijos, está más que claro, escúchame bien lo que te digo…

Fue justamente ese último pensamiento el que devolvió a Tamar a la realidad. De golpe cortó el baile de las ratas, reunió las pocas fuerzas que le quedaban y plantó cara a la situación. Intentó comprender con lógica su error, pensó con sinceridad, con limpieza y sin ensañarse consigo misma, de manera que al cabo de un momento se contestó con toda simpleza, que si entonces hubiera pensado, en casa, que Shai no iba a colaborar con ella, por lo visto no se hubiera embarcado jamás en semejante empresa.

Así es que, en realidad, era mucho mejor que no lo hubiera pensado. Es decir, que su cerebro la había ayudado, precisamente por el hecho de haberle ocultado ese escollo… qué extraño. Se enderezó un poco y respiró profundamente: era sorprendente la manera como había logrado superar aquel ataque de amargura; cómo se había librado de sus propias fauces. Aquí había sucedido algo nuevo. Un soplo de paz desconocido pasó sobre ella. Casi se sentía segura de sí misma. Quizá dentro de un momento todo eso desaparecería, pero ella lo retendría dentro de sí, recordaría el lugar del cuerpo en el que se había formado e intentaría regresar allí y recuperarlo para el próximo ataque de desesperación.

Entretanto no debía olvidar que se encontraba atrapada y completamente sola, sin poder contar con un cómplice, y que tenía que pensar por los dos, es decir, dar lugar a la situación adecuada para que Shai pudiera huir con ella. Tamar tenía que conseguir ponerlo entre la espada y la pared. En ese momento, precisamente, estar pensando en todo eso la había reanimado un poco. Sentía que tras un sopor de varios días, ahora volvía a la vida. Se preguntó dónde estaría

Shai ahora. En qué habitación. En qué cuarto de baño sin luz se encontraría agachado para prepararse la dosis que le permitiera poder pasar la noche.

Shelí la miró desde el patio con una amplia sonrisa, demasiado amplia, y la llamó para que bajara a relajarse un rato. La mirada de Shelí era penetrante, y había algo en su alegría natural que esa noche resultaba cortante como el cristal. Tamar no se veía con ánimos de estar con nadie en ese momento ni de ponerse a hablar. Necesitaba estar sola. Vagamente pensó que, como amiga, lo que debía hacer ahora era llevarse a Shelí a la habitación. Cuidar de ella, vigilarla para que no se entregara de aquella manera y luego no tuviera que avergonzarse de sí misma. Pero ya no tenía fuerzas para nada. Le hizo a Shelí señales como de «me voy a dormir» y le dedicó una sonrisa forzada. Se arrastró pesadamente a la cama, y tal y como estaba, con la ropa de todo el día y sin duchar, incluso sin acariciar a Dinka, se desplomó sobre la cama.

¿Qué me está pasando?, pensó desfallecida, ¿Cómo empezó todo? ¿Cómo ha llegado esto a convertirse, de repente, en mi realidad, en mi vida? Existe un momento en el que uno da un pasito diminuto, pensó, en que uno se aparta un pelín del camino conocido y después te ves ya obligado a poner también el otro pie, y cuando te quieres dar cuenta te encuentras en un camino completamente desconocido. Y cada paso es más o menos lógico, porque nace del paso anterior, pero de repente te despiertas en medio de una pesadilla.

Pasó una hora, pasaron dos. Tamar no conseguía conciliar el sueño. Su cerebro se agitaba entre grandes olas. Estás aquí, muy cerca de mí, murmuró entre pensamientos circulares, como cuando tenía accesos de fiebre, yo te sacaré. Intentó transmitirle todo eso en silencio y rezó para que él le leyera el pensamiento: no tengo ni idea de cómo, pero ya lo verás como te saco, quieras o no quieras, yo te sacaré, te cuidaré, quedarás limpio y te haré volver a ser lo que siempre fuiste, mi hermano, mi hermano.

VOY TRAS DE TI COMO UN CIEGO

Después de la comida con Karnaf, Dinka guió a Asaf hacia un barrio que no conocía, detrás del mercado. Pasaron por pequeños patios encalados de blanco. Asaf se asomó por un portón de madera y vio un geranio gigantesco de un rojo rabioso plantado en una vieja tina de latón y decidió que un día, cuando todo hubiera terminado, regresaría: su ojo experto examinaba ahora el flujo de luz sobre las manchas de sombra, para ajustar el objetivo, y continuó hacia el gato negro que yacía entre unos pedazos de cristal naranja que se erguían como las escamas de un dragón en lo alto del muro. En los patios, a lo largo de las paredes, había sillones viejos, en ocasiones, hasta colchones, y en los alféizares grandes frascos con pepinillos encurtidos. Asaf y Dinka pasaron junto a una sinagoga en la que unas cuantas personas en traje de trabajo rezaban la oración de la tarde con una melodía que le resultaba conocida, la melodía de su padre y de su abuelo. Pasaron por delante de un feo bloque de cemento —un refugio antiaéreo público cubierto de vistosas pinturas infantiles— y por otra sinagoga hasta llegar a una callejuela muy estrecha en la que un sauce llorón extendía las ramas de parte a parte hasta cubrirla como un palio nupcial.

Allí se detuvo Dinka, olfateó el aire, y miró al cielo, como lo haría una persona que no tiene reloj, para saber la hora.

Súbitamente la perra tomó una decisión. Se sentó junto al banco que estaba debajo del sauce. Apoyó la cabeza sobre las patas y mantuvo la vista al frente y en tensión. Esperaba a alguien.

Asaf se sentó en el banco. Esperó. Pero ¿qué? ¿A quién? No lo sabía, aunque ya se había acostumbrado un poco a la situación. Alguien acabaría por llegar, alguien aparecería. Algo nuevo sucedería. Descubriría algo más acerca de Tamar.

Lo único que no sabía era acerca de cuál de las dos Tamares sería eso, si sobre la de Teodora o sobre la del detective. ¿Y si había otra Tamar, además? ¿Una tercera?

Pasó un buen rato, por lo menos un cuarto de hora. Después media, y nada sucedía. El sol empezaba a ponerse, irradiando todavía el

último ardor de un día de verano, aunque en la callejuela empezaba ya a soplar el viento. Asaf notó, de repente, lo cansado que estaba. Se encontraba en pie desde por la mañana y gran parte del tiempo se la había pasado corriendo. Pero el cansancio no se debía solamente a la carrera. El esfuerzo físico nunca lo había derrotado de esa manera. Había algo más, como una tensión constante, una especie de ardor interno, como si tuviera fiebre (aunque no se sentía enfermo, sino todo lo contrario).

«Dinka», dijo bajito, sin mover los labios, porque pasaba gente por la calleja y no quería que creyeran que hablaba consigo mismo. «¿Sabes la hora que es? Casi las seis. ¿Y sabes lo que eso significa?» Dinka irguió una oreja. «Eso significa que hace dos horas que Danoch ha cerrado la oficina y que el veterinario se ha marchado a su casa. Así es que hoy no te puedo volver a llevar allí, y eso quiere decir también que tendrás que dormir en mi casa.» Mientras hablaba se iba alegrando con la idea. «Pero hay un problema, y es que mi madre es alérgica al pelo de los perros, pero por suerte están en el extranjero, mis padres, así es que solo tendrás que tener mucho cuidado con los pelos...»

La perra ladró y se puso de pie. Un hombre joven, muy delgado, un tanto encorvado, se acercaba por entre las sombras del sauce llorón. Asaf se incorporó. El chico dijo con un hilillo de voz «¡Dinka!», y corrió hacia ella arrastrando un pie. Había algo raro también en la inclinación de la cara, como si tirara de la cabeza hacia atrás, o puede que fuera que solamente veía con un ojo. En la mano llevaba una bolsa de plástico que parecía pesar y que decía «Tortas de pascua Yehuda». Al ver a Asaf se detuvo, y una sensación de rechazo los inundó a los dos.

El muchacho dio un paso atrás, porque por lo visto esperaba ver a Tamar y se encontró con Asaf. Y Asaf al verle la cara. Todo el lado izquierdo de esta lo tenía cubierto por una gran quemadura, roja y morada. La mejilla, el mentón y la parte izquierda de la frente. También los labios, por lo menos hasta la mitad, tenían un aspecto muy poco natural, finos, algo tensos y más claros que la otra mitad. Como si hubieran sido reconstruidos en una operación.

«Perdón», masculló el chico, y empezó a retroceder muy deprisa. «Estaba seguro de que se trataba de una perra que conozco.» Se alejaba dando traspiés, el solideo negro lanzando destellos.

«¡Espera!», corrió Asaf tras él, acompañado de Dinka, pero el muchacho apretaba el paso sin volverse hacia ellos. Dinka lo adelantó, se le echó encima y ladró muy contenta, moviendo el rabo con entusiasmo, y él, ya sin más opción, por lo emocionada que estaba la perra, se vio obligado a detenerse, a agacharse junto a ella y a tomarle la cabeza entre las manos. Ella le lamió toda la cara mientras él se reía de una manera muy extraña, con unas carcajadas muy finitas y quebradas.

«Pero ¿dónde está Tamar?», preguntó pausadamente, puede que a la perra o puede que a Asaf, y este, desde detrás, le dijo que también él la estaba buscando. El chico, entonces, pareció recobrarse, se levantó y volvió a quedarse frente a él con aquel aspecto completamente chueco que tenía de mantenerse en pie, y con voz gangosa le preguntó qué significaba eso.

Asaf le contó la historia. No toda, naturalmente, solo en líneas generales, lo del Ayuntamiento, Danoch y la perrera. El muchacho lo escuchó con atención. Mientras Asaf hablaba, él se dio un poco la vuelta, casi imperceptiblemente, con unos movimientos muy pequeños, hasta quedar completamente de perfil, con el lado sano dirigido hacia Asaf. Así estuvo, como si mirara distraído las ramas del sauce que tenía enfrente, para poder ir sacando sus propias conclusiones mientras contemplaba la naturaleza.

«Tiene que haber sido un golpe muy duro para ella haber perdido la perra», dijo finalmente, muy agitado. «¿Qué va a hacer sin ella? ¿Cómo se las va a arreglar?»

«Sí», dijo Asaf, tanteando el terreno, «seguro que está muy unida a ella.»

«¿Muy unida?» El muchacho soltó una carcajada corta, como si Asaf hubiera dicho algo especialmente estúpido. «¿Cómo que muy unida? ¡Pero si es incapaz de dar un paso sin su perra!»

Asaf le preguntó, aparentando la mayor indiferencia, si tenía idea de dónde podría encontrarla.

«¿Yo? ¿Cómo voy a saberlo yo? Si es que ella nunca cuenta nada, solo escucha.» Le dio una patada al bordillo de la acera. «Ella… ¿cómo te lo diría?... tú le hablas y ella te escucha. Así que ¿qué otra cosa puedes hacer? Lo sueltas todo sin guardarte nada. Es algo especial con ella.» Esta voz, pensó Asaf, tiene la vocecita de un niño pequeño, algo llorona. «Le cuentas cosas que nunca le has contado a nadie. ¿Por qué demonios querrá escucharte? ¿Entiendes lo que te digo? Tu vida le interesa.»

Asaf le preguntó dónde la había conocido.

«Pues aquí, ¿dónde si no?», dijo señalando el banco. «Pasaba por aquí con la perra, y yo solía estar siempre ahí sentado más o menos a esta hora. Siempre salgo de casa hacia el atardecer. Es la mejor hora», añadió, tragándose las palabras precipitadamente, «no soporto el calor.»

Asaf se quedó callado.

«Hace más o menos tres meses, llego aquí y la veo ahí sentada. Me había cogido el sitio, como si dijéramos, pero no a propósito. Si todavía no me conocía. Yo estaba ya a punto de darme la vuelta para marcharme cuando ella me llamó y me hizo...», dijo, vacilante, «y me preguntó algo, buscaba a alguien...» Volvió a vacilar. «Pero no tiene importancia. Era algo particular suyo. Así fue como empezamos a hablar de esto y de lo otro. Y desde entonces no hay semana que no venga, algunas semanas hasta dos veces. Estamos aquí sentados, hablamos, comemos alguna cosa que nos haya preparado mi madre.» Y señaló la bolsa de plástico grande que llevaba en la mano. «También traigo algo para Dinka. Lo voy juntando durante toda la semana. ¿Se lo doy?»

Asaf creyó que Dinka ya no comería después del restaurante, pero no quería ofenderlo. El chico sacó de la bolsa otra más pequeña, un tazón muy bonito, casero, y empezó a echarle dentro una mezcla de patatas y huesos. Dinka miró la comida y miró a Asaf. Este la animó con un movimiento de ojos y la perra agachó la cabeza y empezó a comer. Asaf estaba seguro de que ella había entendido lo que le había querido insinuar.

«¿Oye, quieres un café?»

Sería ya el tercero que se tomaba ese día, y no tenía costumbre de tomar café, pero esperaba que si lo aceptaba entrarían en conversación. El chico sacó un termo, y sirvió el café en dos vasos de plástico desechables. Sobre el banco, entre ambos, extendió un mantelito de flores y colocó sobre él un platito de pastas saladas y obleas y otro con ciruelas y nectarinas.

«Es que esto es lo que hago cuando ella viene», sonrió a modo de disculpa.

«¿La semana pasada vino?»

«No, ni hace dos semanas, ni tres, ni hace un mes. Por eso estoy preocupado. Porque ella no es de esas que desaparece o te deja tirado porque sí. ¿Entiendes? Hace días que me rompo la cabeza pensando qué le puede haber pasado.»

«¿Y no tienes su dirección, o algo?»

«¡No me hagas reír! Si ni siquiera sé cómo se llama de apellido. Se lo pregunté varias veces, pero tiene sus principios con lo de la intimidad de cada uno, bueno, no me gusta hablar de eso, porque esa gente es muy sensible con todo eso.»

Asaf no entendía: «¿Quién es “esa gente”?».

«Esa gente, los que son como ella, los que están en su situación.» La droga, pensó Asaf, y el ánimo se le fue a los pies al imaginarla en una de esas «situaciones» que Karnaf le había descrito. Mordisqueó una pasta salada intentando encontrar consuelo en ella.

«Qué gracia», se rió el chico, muy divertido. «Ella también empieza siempre por las pastas.» Había algo en él que lo dejaba completamente al descubierto, como un niño que todavía no hubiera aprendido la distancia que debe existir entre dos extraños. Vaciló un momento para luego tenderle a Asaf una mano delgada y floja:

«Matsliah.»[3]

«¿Cómo?»

«Me llamo Matsliah. Coge otra. Las hace mamá.»

Había dicho «mamá», con una especie de calidez y amor. La situación era bien rara, pero a Asaf le resultaba agradable su compañía en aquel banco bajo el sauce. Cogió otra pasta. No le entusiasmaban las cosas saladas, pero el solo hecho de pensar que a

Tamar sí le gustaban, que Tamar había comido una pasta exactamente igual a aquella...

Dinka limpió el tazón y se despatarró, pesada y larga.

De repente Asaf lo entendió: «¿Así es que todos los días te vienes aquí con las pastas y el café para esperarla?».

El chico desvió la mirada y se encogió de hombros.

«No cada día, todos los días no, ¿cómo voy a venir cada día?» Se hizo un largo silencio. Después dijo, como de pasada: «Puede que sí sea cada día. Ya ni lo sé. Así si viene me encontrará preparado».

«¿Y llevas un mes esperándola?»

«¿Y qué? ¿Tanto te parece? Además, estoy sin trabajo, así es que tengo mucho tiempo. ¿Qué más me da bajar aquí un poco por la tarde y sentarme a esperar un rato? Así me entretengo.»

Un hombre pasó por delante de los dos muchachos. Matsliah lo vio aproximarse mucho antes de que Asaf o Dinka se dieran cuenta. Enseguida se dio la vuelta, se puso de lado y se echó hacia atrás, hasta quedar prácticamente de espaldas al camino. El hombre pasó, un anciano ensimismado que ni siquiera los miró.

Asaf esperó hasta que sus pasos se hubieron alejado. «¿Y hablabais, Tamar y tú?»

«¿Que si hablábamos? ¿Lo preguntas en serio?»

Matsliah extendió las manos hacia los lados, con orgullo, como si le estuviera mostrando un amplio mar.

«¿Me creerás si te digo que no hay nadie en el mundo con el que se pueda hablar así? Porque la gente enseguida empieza a mirarte raro, ¿verdad? Los otros al momento piensan este es así o asá. Creen que el aspecto físico es lo que cuenta. Pero mírame a mí, por ejemplo. A mí no me importa nada, nada el aspecto físico. ¿Estás de acuerdo conmigo en que lo que cuenta es lo que la persona tiene dentro? ¿Verdad o no? Por eso te digo que no tengo amigos, ni los necesito.»

Dicho esto se metió muy deprisa otras dos pastas en la boca, entre aquellos labios desgarrados y recosidos.

«Porque a mí, personalmente, lo que me importa es el conocimiento. Cuanto más sepa, mejor. Por eso estoy estudiando. ¿No me crees?»

Asaf le dijo que sí le creía.

«No, es que me has mirado así... de una manera... Oye, a mí, lo que más me interesa son las estrellas.»

«¿Qué estrellas? ¿Las de cine?», le preguntó Asaf, porque dudaba.

«¡Qué de cine ni qué nada! ¿Es que no tienes otra cosa en la cabeza?» Matsliah se rió con una carcajada larga y silenciosa, tapándose media boca con la mano. «¡Las del cielo! Dime la verdad, ¿alguna vez te has puesto a pensar en las estrellas? Me refiero que si lo has hecho en serio.»

Asaf reconoció que no. Matsliah se dio sendas palmadas con las manos abiertas en los muslos, como si hubiera vuelto a descubrir, por enésima vez, una prueba más del incomprensible corto entendimiento del ser humano: «¿Sabías tú que puede que haya un millón de soles más? ¿Y galaxias? ¿Sabías que en el universo hay un millón más? No un pobre planeta como nuestra Tierra, ni un sistema como nuestro sistema solar, ¡sino que te estoy hablando de galaxias!».

Al hablar se exaltaba mucho y entonces también la otra mejilla, la sana, se le enrojecía. Pasaron tres muchachos enzarzados en un juego. Matsliah se volvió de espaldas a ellos de inmediato. Inclinó la cabeza y se quedó como pensativo.

«¡Eh, Matsliah!», le dijeron. «¿Cómo va eso?»

«Va», contestó él, sin abandonar la postura de pensador que había adoptado.

«¿Y las estrellas? ¿Qué hay de la Vía Láctea?» «Bien», dijo Matsliah con amargura.

«Cuéntalas bien», le aconsejó uno de ellos chutando el balón hacia un punto muy cercano al pie de Matsliah, «que no te las roben.» De repente se acercó a Asaf. «¿Sabes por qué Matsliah no va nunca al campeonato de tenis de Wimbledon?» Asaf se quedó callado mientras pensaba que pronto empezarían los golpes.

«¡Porque teme tener que mirar hacia los dos lados!», gritó el muchacho riéndose a carcajadas, para después imitar el gesto de un espectador de tenis mientras los otros dos se reían también. El muchacho que había hablado alargó la mano, se hizo con una nectarina del plato, la mordió con toda la boca y los tres salieron corriendo y riéndose.

«Estoy suscrito a todas las revistas del tema», le dijo Matsliah a Asaf enseguida, como si nadie les hubiera interrumpido la conversación. Ahuecó un poco las plumas, como para devolverse a sí mismo el honor perdido. «¡Hasta en inglés! ¿No me crees? He estudiado dos años de inglés en la Universidad Abierta. Por correo. Mil quinientos siclos. Mamá me lo pagó de regalo, porque así no hay que salir de casa. Solo hay que ir a los exámenes, pero yo a eso no fui. ¿Qué falta me hacen a mí los exámenes y las notas? Pero ven a mi habitación y lo vas a ver, todos los números de *Ciencia* y de *Galileo,* ordenados por años, ¡ya tengo dos estantes y medio! Y el año que viene, si Dios quiere, me ha dicho mamá que me comprará un ordenador, y me conectaré a internet, porque allí está todo. No tienes que salir de casa para nada y todo te llega al completo. Qué fuerte, ¿no?»

Asaf asintió en silencio. Pensó que si no fuera por Tamar, hubiera pasado por su lado, le hubiera mirado la cara, puede que con asco, y como mucho se hubiera compadecido de él, y nada más.

«¿Y con Tamar hablas de todo esto?», le preguntó Asaf finalmente. «¿De las galaxias y el universo?»

«¡Pues claaaaro!» Una amplia sonrisa le inundó toda la cara, incluida la mancha morada. «¡Ella... le encanta! Lo quiere oír una y otra vez, lo de los agujeros negros y el tiempo, por qué parece que las estrellas titilan, y lo de la expansión del universo, y cómo es esto y cómo es lo otro. ¿Lo entiendes? Y es que no ha visto una estrella en su vida. Puede que sea por eso. ¿Tú qué opinas? Puede que sea por su psicología por lo que quiera saber tanto, ¿no te parece lógico?» Asaf creyó que se había perdido alguna frase de la conversación. Pero Matsliah no se detenía: «Se queda aquí sentada media hora, o una hora entera, no me deja solo. Cuando vuelvo a casa, después de hablar con ella, me voy directamente a dormir porque estoy acabado. Bueno», dijo, en medio de una risotada, dejando al descubierto, por un momento, unos dientes torcidos, «puede ser que sea porque no estoy acostumbrado a hablar mucho, porque a mamá, la verdad, no es lo que más le interesa, precisamente, todo eso de la ciencia».

Asaf seguía todavía unas cuantas frases atrás. Había algo enigmático en lo que había dicho, o puede que no fuera más que confusión.

«Pues», dijo Matsliah y se inclinó un poco hacia Asaf, «yo, cuando era niño, un niño pequeño, tuve un accidente, nada grave.» Volvía a hablar muy deprisa pero con una especie de indiferencia, como si estuviera hablando de alguien lejano y desconocido. «Mamá estaba cocinando algo, sopa, y, sin querer, me tiró por encima la cazuela hirviendo, a veces pasa, no fue culpa suya, y entonces estuve casi un año en el hospital con todo de operaciones y líos. Pero fue entonces cuando aprendí lo que es una persona. Me hice casi psiquiatra, te lo juro, ¡y lo aprendí yo solito! Sin libros y sin maestros. Por eso la puedo entender desde dentro y también ayudarla, hasta sin que ella se dé cuenta de que la ayudo, ¿lo entiendes?»

Asaf negó con un movimiento de cabeza.

«Porque ellos merecen mucho respeto, y hay que hablarles como si nada. Como si fuera una cosa corriente, de cada día, eso de sentarte en la calle con alguien y explicarle todas esas cuestiones científicas, ¿entiendes?»

Asaf le preguntó, con mucha precaución, quiénes eran «ellos». Conocía la respuesta de antemano, pero era como si sintiera la necesidad de volver a oír la palabra explícita y volver a sentir el dolor que lo golpeaba en lo más profundo del estómago.

«Pues esos, los que tienen el problema. Hay que respetarlos. Porque, entre nosotros, ¿qué les queda que no sea el respeto?»

«¿Y tú la has visto en una situación... eh, difícil?»

«No», se rió Matsliah, «en ella es lo normal. Bueno, es así de nacimiento. No conoce otra manera de ser.»

«Pero ¿de qué estás hablando?», despertó finalmente Asaf dando casi un grito. «¿Qué es lo que es de nacimiento?»

«Ciega.»

Asaf dio un salto en el banco. Llana y sencillamente saltó y se quedó de pie:

«¿Que es ciega? ¿Tamar?»

«¿No te lo han dicho? Mira la perra. Es una perra lazarillo.»

Asaf se fijó: era verdad. Tenía un aspecto muy parecido a esa raza, al labrador de los ciegos. Era casi como un labrador. No, pero si ni tan siquiera se parecía, en realidad. Abrió la boca para decir algo, pero le

pareció que Dinka le clavaba una mirada profunda y especial. No apartaba los ojos de él, como si quisiera transmitirle algo, avisarle. Asaf creyó que se volvía loco: ¿ciega? ¿Y Teodora no le había dicho nada, acerca de eso? Además, el hombre de las pizzas había dicho que Tamar llegaba siempre en bicicleta, y ¿cómo había logrado huir del detective?

Matsliah sonreía muy satisfecho: «Ahora sí que te he sorprendido, ¿a que sí?».

A lo lejos se oyó una voz de mujer: «¡Matsliah! ¡Que ya casi son las siete, vente para casa!».

«Es mamá», dijo Matsliah, levantándose enseguida para recoger las pastas que habían quedado. Los restos de café que había en los vasos los echó al suelo y lo guardó todo. Vasos, platos, mantel y el tazón de Dinka. Asaf seguía sin moverse. Seguía conmocionado.

«Hala, a casa.» Matsliah se echó la bolsa al hombro. «Si te apetece venir mañana, yo estaré aquí y hablamos otra vez, por qué no.»

Asaf lo miraba asombrado.

«Una hora más, puede que hora y cuarto», dijo Matsliah y señaló con el dedo hacia arriba. «Mira el cielo. ¡El espectáculo más grande del universo!»

Asaf le preguntó qué estrellas se podían ver a simple vista. Quería ganar tiempo. Le parecía que empezaba a adivinar algo. Matsliah levantó la mano y le mostró dónde aparecerían Venus, la Estrella Polar y la Osa Mayor. Asaf no le prestaba atención. Algo grande, verdaderamente fantástico empezaba a aclarársele. Algo relacionado con Tamar y con la audacia de esta de cometer, de tanto en tanto, auténticas locuras, de dictar sus propias leyes, exclusivamente suyas. Matsliah seguía con las explicaciones y Asaf desvió la mirada hacia abajo para toparse con la mirada cómplice de Dinka. Después, volvió a mirar al cielo con obediencia mientras pensaba en la generosidad de Tamar tanto con respecto a Teodora como con Matsliah; no generosidad pecuniaria, sino de otro tipo que resultaba difícil de explicar.

«¿El mío?», dijo Matsliah en algún lugar junto a él. «Mi sueño es que un día, si Dios quiere, haya viajes al espacio. Que salgan naves

espaciales como salen los autobuses de la estación central.» Se puso la mano junto a la boca y anunció: «¡El transbordador espacial para Mercurio efectuará su salida dentro de diez minutos! ¡El transbordador para Venus efectuará su salida en breves segundos!».

«¿Y tú irías?», le preguntó Asaf.

«Puede que sí y puede que no. Depende.»

«¿De qué va a depender?»

«De lo que me apetezca ese día.» Volvió a acariciar a Dinka. «Bueno, me voy, si la encuentras dile que Matsliah se pasa el día reuniendo información para ella, ¿se lo dirás? ¿No se te olvidará? Matsliah, así es como me llamo.»

Al llegar a casa se le vino todo encima, es decir, todas las cosas de las que se había zafado durante un día entero. En el contestador automático había cinco mensajes de Roí, uno de Danoch, uno de Karnaf y uno de sus padres, que contaban que habían llegado y que todo marchaba muy bien. Asaf pudo ir finalmente al servicio, donde se leyó la mitad del periódico *Ahí está el partido* sin entender del todo las palabras que tenía ante los ojos. Después se duchó y telefoneó a casa de Danoch para contarle que se había pasado el día corriendo detrás de la perra («¿Perra?», se había sorprendido Danoch. «Pero ¿es una perra?»), y pedirle permiso para poder seguir con aquello un día más, permiso que le fue concedido. Después llamó a Karnaf y lo tranquilizó comunicándole que seguía vivo aunque no había hecho grandes adelantos detectivescos, a pesar de que —y eso no se lo podía contar a Karnaf, no sabía por qué— tenía la sensación de que se estaba acercando a Tamar, de que pronto llegaría hasta ella.

Solo que entonces, mientras hablaba con Karnaf, lo conmocionó el hecho de acordarse de algo que le había dicho Matsliah, una información de lo más importante, sobre la que Asaf, justamente, pensaba preguntarle después, cuando tomaran más confianza, pero que por tal como se había ido desarrollando la conversación se le había ido de la cabeza.

«¿Asaf, estás ahí?»

«Sí. No. Acabo de recordar algo que había olvidado.» Tamar estaba buscando a alguien, eso es lo que había dicho Matsliah, y después había parecido asustado por haberle revelado un secreto de ella y había añadido que eso era «algo privado de Tamar». ¿A quién estaría buscando? ¿Cómo no se lo había preguntado? ¿Cómo había dejado escapar semejante oportunidad?

«Y de los viejos, ¿sabes algo, ya?», le preguntó Karnaf, algo indeciso.

«No exactamente», dijo Asaf, distraído mientras colgaba, contento de haber podido hablar con Karnaf antes de mantener una conversación con sus padres.

Dinka había comido suficiente y estaba satisfecha. Asaf le preparó un lugar para dormir en la alfombra y se echó junto a ella mientras le acariciaba el pelo e intentaba adivinar a quién andaría buscando Tamar, y así fue como ambos se quedaron dormidos durante una o dos horas de completo olvido. Cuando se despertaron la casa se hallaba ya sumida en la más profunda oscuridad y los ecos del timbre del teléfono se diluían en el aire. Asaf se preparó un plato caliente de arroz con lentejas, añadió unas cuantas salchichas con ketchup y después dio buena cuenta de media sandía. Sin saber por qué, no le apetecía comer nada de las repletas cazuelas que su madre le había dejado preparadas, y prefería arreglárselas él solo, llevándose el plato al salón, en contra de las normas de la casa, y se puso a mirar la cadena de deportes, en la que vio la retransmisión en diferido de un partido de la liga de hacía dos meses mientras dejaba que el remolino del día fuera cayendo al fondo. El teléfono sonó tres veces, pero como sabía que era Roí no lo cogió, hasta que fue ya demasiado tarde para salir y entonces sí contestó.

«Asaf, carroña humana, ¿dónde te habías metido?»

Asaf oía mucho ruido de fondo. Música, risas. Le dijo que le había surgido un problema en el trabajo. Roí se rió a carcajadas y enseguida le ordenó a Asaf que moviera el culo y que se presentara pero ya en La hora del café porque Dafi lo estaba esperando bastante nerviosa.

«No voy a ir», dijo Asaf.

«¿Que no vas a qué?», le preguntó Roí sin dar crédito a sus oídos. «Escúchame bien, nulidad: Meital y yo llevamos tres horas dando

vueltas por la ciudad con tu querida Dafi, que por cierto, hoy va hecha un verdadero bombón, de película porno, con un body negro y ligas y todo, así es que no te hagas ahora el que está reventado de tanto trabajar. Pero ¿qué es lo que haces allí que no sea tocarte los huevos?»

«Roí», dijo Asaf muy tranquilo, con un sosiego que hasta a él sorprendió, «no voy. Pídele a Dafi disculpas en mi nombre. Ella no tiene la culpa. Ahora no estoy de humor.»

Hubo un silencio. Podía oír girar las ruedas del cerebro de Roí. Sabía muy bien cómo funcionaban. Le había parecido que Roí estaba un poco bebido, pero seguía lo suficientemente lúcido como para haberse dado cuenta de que Asaf nunca le había hablado así antes, en ese tono.

«Escúchame bien», dijo Roí en un susurro que rezumaba veneno y que hizo pensar a Asaf que alguien ya le había hablado así ese mismo día, aunque no se acordaba de quién porque solo recordaba que había sido alguien que le había querido hacer daño. Ah, claro: el detective, el agente secreto. «Si no te presentas aquí en un cuarto de hora de reloj, estás acabado. ¿Me has entendido, más que mierda? ¿Captas lo que te estoy diciendo? Si no vienes, para mí estás muerto.»

Asaf no contestó. El corazón le latía con fuerza. Doce años llevaban siendo amigos. Roí había sido su primer amigo verdadero. La madre de Asaf contaba que durante el primer año de guardería, antes de la época de Roí, Asafi estaba tan solo que cuando un día volvió a casa con piojos ella hasta se alegró porque eso era señal de que por lo menos había estado en contacto con otro niño.

«Te quedarás solo», le susurró Roí, con un odio que sorprendió a Asaf por su fuerza, a la vez que se preguntaba dónde lo habría ocultado durante todos esos años. «Nadie de la clase, nadie de la promoción, nadie en el mundo entero ni siquiera meará hacia donde tú estés, ¿y sabes por qué? ¿De verdad quieres oír por qué?» Asaf se encogió un poco para parar el golpe: «Porque yo voy a dejar de ser tu amigo».

No le dolió.

«Mira, Roí», dijo Asaf. Le pareció que ahora hablaba un poco como Karnaf, con calma y con fundamento, de un modo que sería imposible

refutar sus palabras. «La cuestión es que hace ya tiempo que no eres amigo mío.»

Colgó. Basta, pensó, sin sentir nada, se acabó.

Fue a sentarse junto a Dinka. Esta lo miraba con unos ojos muy expresivos. Después se echó en la alfombra y apoyó la cabeza en la perra, mientras sentía su respiración. Se puso a pensar en lo que ahora iba a pasar, y si realmente notaría un cambio tan grande en el colegio. Le parecía que no. Que, en realidad, durante los últimos años había estado solo. Siempre con Roí y con todos los demás, había hecho cosas con ellos, iba a las fiestas y se reía de los chistes, jugaba al baloncesto durante horas, salía los viernes por la noche para pasarse horas y más horas sentado en bares llenos de humo, en habitaciones cargadas. ¿Qué es lo que en realidad hacían durante todas aquellas interminables veladas? Se bajaban unas cuantas cervezas, ligaban, fumaban toneladas de cigarrillos y bebían un poco de vodka y él, de vez en cuando, aportaba algunas frases a las conversaciones que mantenían acerca de los profesores, de los padres y de las chicas, y cuando fumaban en narguile, daba unas cuantas caladas mientras decía que estaba muy bueno, e iban después a bailar y él se quedaba apoyado en la pared con alguno de los chicos y charlaba con él, hasta que el chico reunía el valor suficiente para sacar a bailar a una chica y ya no volvía. Durante las vacaciones era más de lo mismo pero todavía peor, las interminables vueltas por la ciudad, de café en café, de pub en pub, y él, encima, tenía que esforzarse continuamente por ocultarles a los demás lo que sentía y hacía lo mínimo necesario para mantener el tipo, aunque siempre, después de una de aquellas noches vacías y embrutecedoras, le daba la sensación de ser un puf relleno de bolitas de poliuretano. Resultaba extraño que él, en realidad, estuviera tan solo pero que casi nunca pensara en sí mismo en esos términos. Solos estaban otros chicos y chicas, Nir Hermetz, por ejemplo, que no tenía ni un solo amigo en la clase, o Siván Eldor, la muy esnob, a los que Asaf siempre compadecía por estar tan al margen de todo, aunque ¿y él mismo? ¿Qué tenía él?

Se puso a pensar en que casi nunca había hablado con Roí sobre fotografía, y eso que Roí sabía que Asaf salía cada dos sábados, desde

hacía ya tres años, a sacar fotos con los del grupo de fotografía, que se iba con ellos al desierto de Judea, al del Neguev, al norte, que hacía exposiciones (aunque era por lo menos diez años más joven que todos los demás). Pero Roí nunca le había preguntado sobre el tema ni se había interesado, y por supuesto que no había ido a ninguna de las exposiciones. Resultaba extraño, también, que a Asaf nunca se le hubiera ocurrido contarle, por ejemplo, el placer que le producía una buena foto o esperar durante tres o cuatro horas en un campo de espigas hasta que la sombra caiga exactamente sobre una parada de autobús vieja junto a la playa de Mijmoret, con el cemento resquebrajado y los arbustos de alcaparro asomando de ella. Sin saber por qué, esos asuntos jamás habían tenido cabida en las conversaciones con Roí, y por supuesto que todavía menos cuando salían los cuatro. Ahora se puso a pensar en Tamar, en que le gustaría contárselo, describirle el enorme cambio que la fotografía había provocado en su vida, cómo le había abierto los ojos para ver otras cosas, otra gente, para apreciar la belleza de las cosas pequeñas, que de otra manera podrían parecer aburridas. Le bastaría con sentarse con ella una vez, en algún lugar bonito, no en una cafetería, y hablarle de todo eso. Hablar de verdad.

Pero Asaf sabía también, porque no se hacía demasiadas ilusiones, que la conmoción que ella estaba produciendo en su vida se terminaría de golpe en el momento en el que se encontrara con ella, cuando tuviera que pasar por la prueba de siempre de mantener una conversación aguda y con sentido del humor. Sabía muy bien —hacía años que lo sabía en medio de la más completa lucidez— que se daba solamente una situación en el mundo, en el universo, en la que existía la posibilidad de que alguien se enamorara de él, y que sucedería si se daba el caso de que ella llegara a correr y a terminar junto a él los cinco mil metros. Lo que quizá debía hacer era cambiar de táctica, meditó ahora, ceder a las súplicas de su entrenador y acudir a las competiciones, porque quizá fuera allí donde encontraría a su elegida, entre las corredoras de fondo.

Todos esos pensamientos lo llenaron de intranquilidad. Se levantó y se tomó tres vasos de agua mientras repasaba, distraído, el correo. De

repente se puso muy tenso: un sobre verde del ministerio de Educación, del departamento de Evaluaciones. Llevaban dos meses esperándolo, y justamente ahora, cuando sus padres estaban en el extranjero, había llegado. Con dedos temblorosos rasgó el sobre y lo abrió: «Estimado/a alumno/a: Nos complace comunicarle que ha superado satisfactoriamente la prueba de bachillerato en la asignatura de lengua inglesa...».

Dio un grito de alegría al tiempo que sonaba el teléfono. Por un momento temió que volviera a ser Roí, pero era su padre, exultante de alegría desde Arizona, a través de continentes y océanos: «Asafi, querido, ¿cómo estás?».

«¡Papá! ¡Precisamente estaba pensando en vosotros! ¿Qué tal os va ahí? ¿Y el vuelo? ¿Se las arregló mamá con la puerta del...?»

Hablaron a la vez, como de costumbre, entre gritos y risas. Cada segundo les está costando una fortuna, pensó Asaf, aunque enfadado por el hecho de no ser capaz de disfrutar de la conversación sin ninguna cortapisa. Cada minuto de aquellos debía de suponer medio día de trabajo de su padre, es decir, la reparación de dos ventiladores de techo y de tres tostadoras, por lo menos. Pero qué más daba, a la porra con el dinero, lo que él quería era abrazarlos, olerlos, fundirse con ellos. Además, seguro que corría a cuenta de Reli, porque la cuestión era que, de repente, Reli tenía muchísimo dinero, ¿verdad? Ese pensamiento lo liberó, así es que se rió hasta Arizona, desde donde su padre le contó maravillas del vuelo y del viaje. Asaf le dijo que en casa todo seguía como de costumbre, no os preocupéis, como muy bien, cuido la casa, y de repente sintió que volvía al pasado, unos años atrás, cuando los sábados por la mañana acudía a la cama de sus padres en busca de mimos. «Papá, óyeme, hoy han llegado los resultados del ministerio de Educación...»

«¡Un momento, Asafi, no me digas nada! ¡Eso cuéntaselo directamente a mamá!»

El ruido del auricular abandonado, unos pasos alejándose, la casa debía de ser muy grande; silencio, la quietud del mar que los separaba, mientras Asaf intentaba adivinar qué conversaciones fluirían en ese momento por otros cables paralelos, ¿quizá alguien de Alaska

estuviera pidiendo la mano de alguien en Turquía? ¿O Phill Jakson, de los Lakers, estaría informando en ese momento a Papi Turgeman del Ha-Poel de que lo invitaba a jugar con él la temporada siguiente? Pero en ese momento se puso su madre, en cuerpo y alma y con su risa tintineante: «¡Asafón, osito, no sabes lo que te echo de menos! ¿Cómo voy a poder aguantar otras dos semanas más?».

«¡Mamá, has aprobado el examen!»

Silencio y tras él un estallido de gritos y risas: «Pero ¿ha llegado la carta? ¿Una carta oficial? ¿Has comprobado que esté sellada? ¿Y dicen que he aprobado? ¿Shimon, has oído? ¡Lo he conseguido! ¡Tengo el bachillerato! *I have the* bachilleratation!».

Mientras allí en Arizona ellos bailaban y se abrazaban despilfarrando medio sueldo, la pequeña Muki se coló en el teléfono. «¿Asafi?», dijo con cuidadito, como si la inmensa distancia que los separaba no hubiera cambiado nada en él. «¿En qué país estás tú?»

Él le explicó que no se había movido, que era ella la que había viajado, y ella le contó el viaje en avión, cómo le habían dolido los oídos, el puzzle que le había regalado la azafata, y lo que había en América, que había una ardilla, de la que le habló con todo lujo de detalles, y de cómo se podrían importar montones de ardillas a Israel por el precio de una conversación telefónica como esa, aunque en realidad era Reli la que la pagaba, y puede que no Reli sola, ahora se lo contaría todo, así es que Asaf se arrellanó en el sofá y se puso a escuchar a Muki que le hablaba de las «guatemaltecas», que le habían comprado allí unas muñequitas de tela que los niños de Guatemala ponen por la noche debajo de la almohada para contarle a cada una de ellas uno de sus problemas, y por la mañana el problema ha desaparecido. Asaf, que con gusto le hubiera pasado todos sus problemas a esos mágicos guatemaltecos, le pidió a Muki con mucha delicadeza que volviera a pasarle el teléfono a su madre, porque había algo muy importante de lo que todavía no habían hablado.

«Qué quieres que te diga, Asafón», le dijo su madre midiendo cada palabra. «Lo hemos conocido.» Silencio. Asaf esperaba. Lo sabía.

«Es un chico estupendo, Asafón. Es muy fino. Con mucho encanto. Según parece, además, su madre es medio de los nuestros. Es lo que

Reli estaba necesitando. Tiene una casa gigantesca, tendrías que verla, con una piscina de verdad, jacuzzi, y tiene una mexicana muy alegre que le guisa y a la que Reli le ha enseñado a preparar nuestro *hamin*; es que él es un pez gordo de un empresa de ordenadores aquí...»

Asaf se incorporó y se sentó más derecho. Los dedos entre la piel de Dinka. ¿Cómo iba a hacer para contárselo a Karnaf? ¿Cómo iba este a afrontarlo? Todos lo habían traicionado. Bueno, en realidad Karnaf había sospechado que justamente para eso era para lo que habían viajado, para conocer al nuevo chico de Reli.

«Asafi, ¿estás ahí?»

«Sí.»

«Asafón, osito, sé perfectamente lo que estás pensando en este momento, cómo te sientes y lo que te gustaría que pasara. Pero eso, por lo visto, ya no va a poder ser posible. ¿Estás ahí?»

«Sí.»

«No tenemos ni que decirte lo que queremos a Tsaji y que él siempre seguirá siendo como un hijo para nosotros, como un hijo de verdad. Pero Reli ha tomado una decisión y ya está. Se trata de su vida, de su voluntad, y nosotros tenemos que aceptarlo.»

Asaf quería gritar, caer sobre Reli para zarandearla y recordarle cómo Karnaf se había preocupado por ella en sus peores momentos, cuando todavía no era una tía buena de las que te quita el hipo, cómo la había amado ciegamente desde el principio de la secundaria, durante todo el servicio militar y dos años enteros después, con todos sus caprichos, con la distancia que ella le imponía y cómo poco a poco se había ido convirtiendo en el hermano mayor de la familia, porque ayudaba al padre cuando este estaba desbordado de trabajo, y a la madre en todo lo que hiciera falta, desde hacerle la compra hasta encalar con ella la casa, aunque todo eso fuera lo que al final había disgustado a Reli, porque le parecía que Karnaf se casaba más con sus padres que con ella. Asaf pensaba ahora con amargura que sus padres, bueno, no podía decirse que se hubieran estado aprovechando de Karnaf, pero la verdad es que se habían dejado ayudar por él en mil y una cosas, mientras Karnaf lo había hecho todo de mil amores, y Asaf recordó que Karnaf hasta había renunciado a trabajar en el despacho

de peritaje de su padre y había decidido abrir una fundición para escultores, sobre todo porque a Reli, al principio, le había entusiasmado ese trabajo físico tan masculino y con una relación tan estrecha con el arte, y otras muchas cosas más... ¿Cómo podían echar por la borda diez años como aquellos? Aparte de todo eso, ahora que Reli había tomado esa decisión definitiva, Asaf la perdía a ella, aunque eso todavía le resultaba soportable, pero perdía también a Karnaf, porque este cortaría todos sus vínculos con la familia, eso seguro, no querría verlos más para no recordarla cien veces al día, así es que también a Asaf lo eliminaría de su vida.

No recordaba cómo había terminado la conversación. Seguro que con menos alegría de como se había iniciado. Después desconectó inmediatamente el teléfono porque temía que Karnaf fuera a llamar otra vez para comprobar si ya había hablado con ellos. No sabía qué decirle, cómo suavizarle la noticia, y mentir bien, eso no sabía hacerlo. Ahora era todo él un manojo de nervios. Se levantó. Se volvió a sentar. Anduvo de una habitación a otra. Dinka lo miraba asombrada.

En situaciones similares a esa, cuando se ponía tan nervioso como ahora, su madre se le acercaba, o lo perseguía por las habitaciones, y lo atrapaba entre sus fuertes brazos, lo miraba directamente a los ojos y preguntaba qué era lo que veía en ese momento, para contestarse que los hermosos ojos de él. Y cuando Asaf le rehuía la mirada, ella le decía: «¿Ajá, tan grave es?». Y al momento le ordenaba «Directo a mi oficina», y lo arrastraba a la fuerza hasta la pequeña habitación que ella tenía, cerraba la puerta y no lo soltaba hasta que no le contaba qué era exactamente lo que lo angustiaba. Pero en todo este lío, ella, su madre, desempeñaba, por lo visto, un papel más que dudoso, y todo resultaba tan complicado, tan irremediable y tan penoso, que Asaf se veía en la obligación de hacer algo, algo que fuera a cambiarlo todo, desde el principio, que arreglara las cosas, que devolviera el equilibrio —aunque no fuera más que un poco— a todo su mundo que se había venido abajo. Algo que Tamar, quizá, hubiera hecho en una situación como esa, una idea de las de su estilo, a lo Tamar.

Entonces se le ocurrió, al instante lo supo, lo descubrió, lo inventó:

subió al desván, cogió una lata grande de cal blanca que había sobrado de la última vez que pintaron, y un rodillo grande. De la despensa cogió la escalera Shoshana y se la echó al hombro. Le silbó a Dinka y salió con ella de la casa, caminando muy deprisa y sin mirar a nadie, hasta su instituto, en el que entró por la brecha que había junto a los contadores del agua.

Uno de los profesores del año anterior había sido un tal Haim Ezrieli. Un hombre mayor, solitario y delicado, al que le habían hecho la vida imposible. Roí había dirigido la operación y Asaf se había dejado arrastrar con los demás. Él nunca había hecho nada especialmente ofensivo, pero había formado parte del grupo y había participado de la burla general. Y eso que precisamente ese profesor era muy amable con él, y cuando se había enterado de que a Asaf le interesaba la mitología griega le había llevado un libro con las historias de los dioses, un libro que Asaf no conocía, y le había dicho que era un regalo.

El último día de clase habían escrito contra ese profesor una inscripción muy grande en el muro exterior del instituto. Fueron allí la noche antes de la fiesta de final de curso, unos diez chicos en grupo. Asaf hizo de escalera, Roí se subió a él y se puso a escribir con pintura negra. Desde entonces, cada vez que Asaf pasaba por allí en aquellas vacaciones, veía la inscripción, lo mismo que todo el que pasaba por la calle y, por lo visto, también Haim Ezrieli, que vivía a dos calles de allí.

Ahora se puso a remover la pintura, la aclaró un poco y se subió a la escalera. El patio estaba desierto e iluminado por un solo foco. Dinka se sentó sobre sus cuartos traseros mientras con la cabeza seguía el rodillo y la inscripción que se iba cubriendo de una franja de un blanco resplandeciente, palabra tras palabra: «HAIM EZRIELI, LÁVATE LOS DIENTES».

A la mañana siguiente, purificado y como nuevo tras del descanso nocturno, se puso en camino con el corazón ligero y montado en su bicicleta.

A medianoche había notado, de repente, un cuerpo grande y cálido, aunque no de lo más limpio, que había acudido a acurrucarse junto a él en la cama. Sin abrir los ojos, como si siempre hubiera sido así, había abrazado a la perra atrayéndola hacia sí para aprender cómo le gustaba dormir, doblando el espinazo hasta convertirse en una media luna y apretarse contra el vientre de él, el hocico resoplando suavemente contra la palma de la mano abierta de Asaf y de tanto en tanto estremeciéndose como si estuviera soñando con una escena de caza. Por la mañana, cuando los dos abrieron los ojos, se sonrieron mutuamente.

«¿Así es como las dos dormís en vuestra casa?», le preguntó sin esperar respuesta. Se levantó muy contento, silbó en el cuarto de baño, se peinó a conciencia, e hizo lo que durante meses se había negado a hacer (justamente porque su madre no dejaba de atosigarlo con ello): se untó una cantidad enorme de Oxy sobre los granos del acné.

La bicicleta —una Rally vieja que había heredado de Karnaf— la había sacado ya la noche anterior del trastero. Hacía meses que no la usaba. Tuvo que hincharle las ruedas, engrasarle la cadena y quitarle una gruesa capa de polvo del faro y del reflectante. Al montarse en ella por la mañana temprano, cuando el aire todavía era transparente, estaba tan contento que le silbó a Dinka y se puso a cantarle a voz en grito. Ella brincaba a su lado, lo adelantaba y volvía hasta él para lanzarle miradas llenas de amor. La larga cuerda la había cortado Asaf ya la noche anterior, de manera que ahora se solazaban los dos con la libertad de movimientos que tenían: ella se alejaba de él, hasta desaparecía por un momento detrás de algún coche aparcado, pero enseguida volvía con él por propia voluntad.

Él, claro está, la dejaba que lo guiara, porque ya había aprendido que eso era lo mejor. Pedaleaba, silbaba y observaba lo hábil que era para correr junto a una bicicleta, y ya se la imaginaba corriendo entre dos bicicletas por algún camino solitario, por un extenso campo verde, mirando a los dos ciclistas con la misma mirada anhelante.

De todas formas a Asaf le daba la impresión de que esa mañana Dinka corría sin rumbo. Probaba por aquí, volvía hacia allá… No es

que a él le importara vagar sin rumbo tras sus pasos por las calles que bostezando empezaban a despertar, entre las cajas de leche, los paquetes de periódicos atados sobre la acera y los arroyos de agua de los dueños de las tiendas que limpiaban la acera que tenían delante; pasó junto a una cuidadora de perros que llevaba cinco, sujetos por cinco correas, y que les ladraron todos a la vez muertos de envidia al ver a Dinka suelta.

Poco a poco lo fue arrastrando hacia la salida de Jerusalén. Asaf se preguntó si no iría a guiarlo hasta Tel Aviv, porque todo era posible. Dinka corría a su lado con un ligero trotecillo, divertida, saltando alternativamente sobre las dos patas delanteras y las dos traseras, con el movimiento de los caballitos balancín del parque de atracciones, pero a diferencia de esos caballos Dinka cambió bruscamente de dirección. Asaf se dio cuenta de lo que le había sucedido a la perra: su hocico había captado una partícula de polvo informativa entre los miles de olores y recuerdos que llenaban el aire. Una de ellas, por lo visto, le había transmitido algo con una fuerza mucho mayor que las demás. Se detuvo, regresó al sitio donde la había percibido, se quedó allí aspirando, la descifró en su interior, como si la revelara en el cuarto oscuro de su hocico, y después, con todas sus fuerzas, irrumpió al galope por un camino nuevo.

Asaf no conocía la zona y, como de costumbre, no tenía ni la más remota idea de por qué Dinka lo llevaba hacia allí. A veces, cuando pasaba cerca en autobús, de camino hacia Tel Aviv, veía el valle que se extendía junto a la carretera, y no se había imaginado que allí pudiera haber algo. O alguien. Ahora descendía por un camino muy empinado, llevando la bicicleta de la mano y una mochila pequeña y bien provista a la espalda, porque quién sabía cuándo y dónde tendría que tomarse la próxima comida.

Dinka estaba menos segura de sí misma allí. Corría hacia delante y regresaba, daba vueltas trazando unos grandes círculos que a Asaf le parecían aleatorios e indecisos. Por momentos se detenía y olfateaba con aire indeciso hacia los cuatro puntos cardinales sin saber por cuál decantarse. Una vez irrumpió entusiasmada hacia un montículo de arena cubierto de arbustos y chatarra, pero cuando llegó a lo más alto

del montículo se detuvo, sorprendida, miró hacia la derecha, hacia la izquierda, y muy despacio regresó con el rabo bajo y moviéndolo hasta donde estaba Asaf.

Llegados a cierto punto, el camino se encontraba cerrado por un montón de piedras. Asaf escondió la bicicleta detrás de un arbusto y la cubrió con un embalaje grande de cartón que encontró por allí. Trepó por el montón de piedras y cruzó un pequeño campo en el que el hinojo había crecido hasta una altura tal que el mismo Asaf casi quedaba oculto, mientras que Dinka no era más que una línea que avanzaba al separarse los arbustos. Después el campo se terminó y Asaf se encontró frente a un grupo de casas derruidas.

Habían estado construidas con unas piedras grandes y pesadas y las plantas silvestres brotaban en abundancia de los muros. Asaf avanzó en silencio. Solo se oía el piar de los pájaros. Los saltamontes se apartaban ante las suelas de sus zapatillas de deporte. Subió y bajó por unos escalones pequeños, ornamentados, que unían las casas, y se asomó a estas. Supuso que se trataba de un pueblo árabe abandonado, cuyos habitantes habían huido cuando la Guerra de la Independencia (en palabras de Karnaf), o cuyos habitantes habían sido expulsados cruelmente (Reli). En las casas había habitaciones vacías, frías, desoladas y sombrías, llenas de suciedad y excrementos. En cada una de las habitaciones había un agujero en el techo y otro gigantesco en el suelo. Asaf se asomó y vio que debajo había otra habitación, o puede que una cisterna de agua.

Caminó por ese pueblo fantasma literalmente de puntillas, con cierto respeto. Hubo un tiempo en el que aquí vivieron personas, pensó. Aquí, por este camino, andaban, hablaban, sus hijos correteaban y jugaban por aquí, y todo sin tan siquiera imaginarse que un día su mundo sufriría un vuelco como ese. Asaf se cuidaba siempre de pensar demasiado en esas cosas, quizá porque siempre, cuando se aproximaba a los temas políticos, empezaba en su cabeza el interminable concierto de discusiones entre Karnaf y Reli; también ahora se habían plantado allí a su lado en un abrir y cerrar de ojos, para discutir sobre el tema. Reli insistía en que todo pueblo abandonado como aquel era una herida abierta en el corazón de la

sociedad israelí, y Karnaf le contestaba, con indulgencia, que si la cosa hubiera sido al revés, la casa de ella tendría ahora ese aspecto, así es que ¿qué es lo que era preferible? Para expresar la conclusión eternamente banal de su madre como broche final de la discusión y para aplacar los ánimos, una paloma voló por encima de la cabeza de Asaf, una paloma manchada y muy gorda. Se posó en la barandilla de una terraza que colgaba del aire, en lo alto de una pared solitaria, sin casa a sus espaldas, y al tocar las patas de la paloma la barandilla Asaf se puso muy tenso porque se diría que el peso del animal amenazaba con derrumbar la terraza con la pared al completo.

¡La cámara!, pensó, claro está, ¡cómo no se me habrá ocurrido traer hoy la cámara!

Fuera de una de las ruinas vio un par de zapatillas de deporte colgando por los cordones de un saliente de la piedra. Subió las escaleras, se asomó dentro y vio a dos muchachos durmiendo.

Al momento salió. Se quedó fuera, atónito: ¿qué estarían haciendo ahí? ¿Cómo podía alguien vivir en medio de tanta porquería?

Bajó dos escalones y subió uno. Tenía un poco de miedo y, además, le resultaba incómodo espiar la vida de los demás. Cuando volvió a colocarse en la puerta los vio: dos muchachos. Muy delgados. Uno, enrollado en una manta sucia de manchas de yeso blanco, y el otro casi sin ropa. Dormían sobre unos colchones de espuma amarilla, unos colchones quemados y tiznados por los bordes. Unas botellas vacías de vodka Satopka rodaban por el suelo y había moscas por todas partes. Decenas. El aire era todo un zumbido. En el centro de la habitación, sobre el enorme socavón que había en el suelo, alguien había puesto una cama de hierro patas arriba, para que, por lo visto, nadie cayera a la cisterna de agua que había debajo.

Los muchachos dormían cada uno a un lado del boquete, pegados a las paredes, y a primera vista le parecieron por lo menos tres años más jóvenes que él. Pensó: es imposible que unos niños vivan de esta manera.

De nuevo se dispuso a salir. No podía soportarlo. Y además, ¿en qué podía ayudarlos? Cuando se dio la vuelta pisó un cuenco de latón que había allí y lo volcó. Saltó por encima de él y tiró una percha de

hierro que había en una ventana. Se sucedió una cadena de pequeños desperfectos que levantaron un enorme ruido. El muchacho que dormía más próximo a la entrada abrió los ojos muy despacio. Vio a Asaf y los cerró de nuevo. Después, realizando un gran esfuerzo, volvió a abrirlos, entonces metió la mano debajo del colchón y la sacó con un cuchillo.

«¿Qué es lo que quieres?»

La voz era la de un niño. Hablaba despacio, débilmente, con acento ruso. No había signo de interrogación al final de la pregunta. Ni siquiera se incorporó de donde se encontraba echado.

«No quiero nada.»

Silencio. El muchacho seguía tendido de espaldas. El pecho al descubierto, blanco y lampiño. Miraba a Asaf inexpresivo, sin miedo, sin amenazarlo, desesperanzado.

«Quizá tienes comida», preguntó.

Asaf negó con la cabeza, pero de pronto se acordó y sacó de la mochila los dos bocadillos que había preparado por la mañana. Se acercó. El muchacho no se levantó. Se limitó a tenderle la mano. La otra seguía aferrada al cuchillo.

Asaf dio un paso atrás. El muchacho se sentó despacio porque cada movimiento le suponía un ingente esfuerzo. Las manos le temblaban un poco. Se embutió prácticamente el bocadillo entero en la boca, y solo después se dio cuenta de que estaba envuelto en papel. Lo sacó de la boca, le peló el papel como pudo, y volvió a metérselo en la boca, mientras cerraba los ojos y se ponía a masticar reposadamente, dando unos leves suspiros. Los pies le asomaban por debajo de la manta. Tenía los dedos negros. En el suelo de cemento, junto al colchón, reposaba un libro en ruso, con la cubierta de colores. A lo largo de las paredes se amontonaban pilas y más pilas de periódicos, de rollos de papel de váter y de bolsas de ganchitos. Montones de bolsas de ganchitos vacías y una jeringuilla.

El muchacho se liquidó el bocadillo y se limpió la boca con el papel del envoltorio en un alarde de buenos modales que parecía carente de sentido en medio de todo aquel abandono.

«Gracias.»

Entonces miró el otro bocadillo que Asaf sostenía en la mano. Los labios se le movieron como si comiera. «Eso pónselo a él», le dijo a Asaf, mientras señalaba hacia el muchacho que dormía.

Asaf bordeó con cuidado el boquete del suelo y dejó el bocadillo junto al chico que dormía. Al agacharse vio que al otro lado del colchón, a la altura de la cabeza del muchacho, había una pistola negra. La vio solamente un instante, y no estaba seguro de si era de verdad o si se trataba de un juguete. El durmiente ni siquiera abrió los ojos.

Asaf volvió a colocarse a la entrada. «Soy Asaf.»

«Serguei.» Silencio. Después asintió, como si fuera un anciano decrépito: «Serguei pequeño. También hay un Serguei mayor. Está dormido ahí. ¿Tienes más comida?».

Asaf le dijo que no. Después pensó que quizá los chicles podrían ser de ayuda. Le tendió el paquete entero. Y los dos Kif-Kef. También todo eso quiso el muchacho repartirlo con su compañero.

Al lado del colchón del Serguei mayor había un papel de plata de cajetilla de tabaco, muy cuidadosamente tensado y planchado, al lado dos pajitas para beber y unos cuantos pedazos de papel de váter calcinados por los extremos. Asaf se lo quedó mirando todo un momento: hacía un año, en los lavabos del colegio, habían pillado a unos cuantos alumnos de séptimo aspirando heroína. Eso es lo que habían dicho los compañeros y también Asaf había hecho correr el rumor, que al fin y al cabo no era para él más que palabrería vacía. Después, alguien de séptimo les había explicado en el patio el asunto del papel de plata y de los trozos de papel de váter que se queman debajo, de cómo el material se transforma en el papel de plata debido al calor y entonces se le puede hacer correr siguiendo la llama que hay debajo y aspirarlo.

En las paredes, todo alrededor, aparecían escritas largas frases en ruso, con una letra enorme y rimbombante. Cada línea en un color diferente. Asaf preguntó qué era lo que ponía allí.

«¿Esto? Una historia. Lo escribió alguien que vivió aquí y que ya está muerto.»

Dinka, que durante todo ese rato había andado merodeando por los

alrededores de la casa en busca de algo, subió ahora las escaleras. Serguei oyó sus pisadas y sujetó el cuchillo con fuerza. Al verla sonrió. «Un perro», dijo, y la voz denotó por primera vez cierta calidez, «en Rusia yo también tenía uno como este». Después se volvió a echar y se quedó mirando a Dinka con los ojos abiertos. Asaf no sabía cómo reavivar la conversación que había decaído por completo. «¿Qué libro es ese?», preguntó, señalando con la mano el libro que había tirado junto al colchón.

«¿Esto? Cosas de dragones, *Dragones y mazmorras.*» «¿De verdad?», Asaf dijo entusiasmado. «¿También lo hay en ruso?»

«En ruso hay de todo», dijo el muchacho y respiró pesadamente. «En el lugar del que vine tenía una... Una reunión de *Dragones y mazmorras.* Reunión no, un... ¿cómo se dice en hebreo?»

«¿Un grupo?» Asaf intentó adivinarlo.

«Sí... Un grupo... *Dragones y mazmorras.*» Los ojos se le cerraban.

«Un momento», dijo Asaf.

¿Quién eres? ¿Cómo has ido a parar aquí? ¿Cómo has llegado a esta situación? ¿Qué has comido durante la última semana fuera de ganchitos? ¿Estás enfermo? Pareces enfermo. ¿Dónde están tus padres? ¿Saben siquiera dónde estás? ¿Cómo es que no están removiendo cielo y tierra para encontrarte? ¿Qué será de ti mañana? ¿Dónde estarás dentro de un mes, si es que estás en algún sitio?

«Estoy buscando a una chica», dijo, en lugar de todo eso. Mantenía todavía una débil esperanza de que Dinka supiera por qué lo había llevado hasta allí. «Menuda, con el pelo largo y negro. Iba con esta perra.»

Serguei abrió los ojos muy despacio. Miró a Asaf como si ya se hubiera olvidado de él. Se incorporó sobre los codos y parpadeó frente al cuadrado de luz en cuyo interior estaba sentada Dinka. A Asaf le pareció que los ojos del muchacho se iluminaban repentinamente.

Volvió a tenderse porque los brazos no resistían el peso de la cabeza. Cerró los ojos. No se movía. Unas moscas se posaron en la comisura de sus labios para recoger las miguitas del bocadillo. Asaf se quedó esperando todavía unos instantes, decepcionado. A través de la ventana ornamentada vio un cielo de color azul celeste, la roca de una

colina y unos cuantos pinos. Después se dio la vuelta, dispuesto a marcharse.

La voz del muchacho lo detuvo junto a la entrada: «Estuvo aquí», dijo, sin abrir los ojos, y a Asaf se le erizó la piel de la nuca. «Puede que fuera hace un mes, o dos. No lo sé. Busca a alguien. A un niño, o un chico. Vino con una foto. ¿Se dice foto, en hebreo?» Asaf asintió y el muchacho continuó: «Preguntó si lo conocíamos. A lo mejor es su novio. No lo sé».

Asaf lo escuchaba en silencio. Tenía la boca seca. Un dolor turbio había empezado a zumbarle en el corazón.

«Aquí vino uno que se llamaba Paganini», añadió el muchacho como levitando entre sueños. «Tocaba el violín. Tocaba y tocaba, hasta que le explotó una bombona de gas en las manos y se acabó la música.» Durante un largo momento no dijo nada. Asaf temió que se hubiera vuelto a quedar dormido y que ya no volviera a hablar. Pero el muchacho empezó a mover los labios con los ojos cerrados y dijo: «Y ese, Paganini, había visto al chico de ella tocando la guitarra en la calle peatonal del centro de Jerusalén».

«¿Así es que Paganini conocía al... al chico de ella?»

«No... no lo conocía. Pero el chico de ella toca muy bien, muy bien. Eso lo dijo el mismo Paganini.»

Asaf sabía que no podía todavía pensar en lo que allí le estaban diciendo, sino que tenía que limitarse a escuchar. Olvidarse, de momento, del chico de Tamar que tan bien tocaba la guitarra.

El muchacho pareció reanimarse un poco. De nuevo intentó incorporarse, y por un momento lo logró: «Y donde toca el chico ese hay muchos músicos más. Dan conciertos juntos, como artistas, así, en la calle. Como un grupo. Y todos son muy jóvenes, niños. Pero también hay algo con alguna mafia. No lo sé bien. Es un lío...». Se dejó llevar por su débil estado, se echó y siguió mascullando: «Sí, ahora me acuerdo de ella...» La voz se entremezcló con la respiración del sueño, «era pequeña... no tenía miedo de nada, vino sola, gritando, levantaos, arriba, mirad esta foto...»

Roncó suavemente. Asaf se quedó esperando todavía un momento. Con mucho cuidado, casi de puntillas, salió de la ruina. Seguía

prohibiéndose a sí mismo pensar o sentir algo. Tiene novio, qué se le va a hacer. Lo está buscando. Según parece anda recorriendo toda la ciudad para intentar localizarlo. Me parece perfecto. No es asunto mío. Lo único que yo tengo que hacer es devolverle el perro. Ven, Dinka, vamos.

Pero los hombros le pesaban, de repente, y todo su entusiasmo lo había abandonado.

Tengo que llamar a Karnaf, pensó, mientras caminaba con indolencia detrás de Dinka. Aquello se había complicado ya demasiado. Serguei había dicho también algo acerca de la mafia. ¿Qué mafia? Pero ¿cómo que la mafia? Ya no puedo ocuparme yo solo de todo esto. Lo que tenía que haber hecho es no meterme en este lío.

Cuando llegaron de nuevo al campo de los altísimos arbustos de hinojo, Dinka se detuvo. Asaf volvió a ver cómo se desarollaba el proceso: era como si una mariposa transparente de olor revoloteara por el aire y se posara, de repente, en el extremo del hocico de la perra, para después volver a retomar el vuelo y mostrarle el camino a seguir.

Dinka se dirigió en ángulo recto hacia la derecha, empezó a correr, se detuvo, miró a Asaf esperanzada y movió muy deprisa el rabo. Si en ese momento hubiera levantado una pancarta en la que pusiera «sígueme», no hubiera estado más claro.

El sendero serpenteante y tortuoso se convirtió en un camino pavimentado de piedras debidamente labradas. A ambos lados crecían granados, limoneros, higueras y enormes chumberas que hacían de cerca. Un pequeño riachuelo corría paralelo al camino y el paraje era, en suma, tan hermoso, que resultaba difícil de creer que una belleza así pudiera existir allí y que a una distancia de unos pocos metros yacieran dos muchachos entre montones de porquería.

Tras la espesura de unos arbustos centelleaba a la luz del sol una pequeña alberca, como si fuera un ojo abierto de un color azul verdoso. El viento peinaba unas suaves olas y el agua, clarísima, se derramaba por los bordes y se vertía en el riachuelo junto al que Asaf

acababa de pasar.

Dinka lo miró y ladró muy contenta. Volvió a mirarlo, miró la alberca, y de nuevo a él, sin dejar de ladrar.

«Dinka», dijo, «no estoy de humor para empezar ahora con adivinanzas. Tendrás que explicarte mejor.»

Asaf avanzó hasta el borde de la alberca y pisó las resbaladizas piedras que la rodeaban. Puede que aquí haya algo que pertenezca a Tamar, pensó. De repente se asustó: quizá ella estuviera allí.

Volvió a asomarse, con mucha precaución. El miedo le trazaba espantosos dibujos en las profundidades del agua, en el fondo de la alberca. Pero allí no había nada ni nadie.

Así es que se puso a buscar por los arbustos. Apartaba las ramas y miraba por aquí y por allá. Encontró dos jeringuillas usadas, trozos de periódico, una toalla y cáscaras de sandía en proceso de putrefacción. Dinka lo seguía dando vueltas a su alrededor sin dejarlo ni un instante, saltaba sobre dos patas, se le enredaba entre las piernas, por dos veces casi lo tira al agua, y todo ladrando con un entusiasmo fuera de lo común, como si intentara liberarlo de la apatía que se había abatido sobre él.

Asaf se arrodilló delante de ella y así permanecieron, cara a cara, ella ladrando y él sujetándole la cabeza con las dos manos, mirándole a los ojos con expresión de desespero y gritando entre ladrido y ladrido: «Pero ¿qué, qué, qué es lo que me quieres decir?».

Ella logró zafarse de su asimiento, liberó la cabeza de las manos de él, se quedó en el borde de la alberca y miró a Asaf como si le dijera, bueno, pues ya que no entiendes mis indirectas... y se tiró al agua.

Se oyó un «plas» enorme y Asaf se vio alcanzado de lleno por las heladas gotitas del salpicón. Dinka se hundió por un momento, pero enseguida volvió a la superficie y empezó a flotar, mientras su inteligente cabeza empezaba a girar encima del agua y el cuerpo se transparentaba debajo oscuro y empapado. Se puso a nadar en la pequeña alberca con los movimientos enérgicos y asustados de los perros al nadar y con la mirada preocupada y concentrada que se les pone en esos momentos, como si les resultara una actividad muy trabajosa.

¿Así que era esto lo que querías? ¿Quieres que yo también me bañe? Pero ¿y si viene alguien y me ve?, pensó, para responderse enseguida a sí mismo, ¿quién va a llegar hasta aquí? Los dos Sergueis duermen y apenas se pueden mover, y esto es tan bonito, que la verdad no me hará ningún mal refrescarme un poco las ideas. De manera que se lo quitó todo, menos los calzoncillos, y se tiró.

Literalmente congelado hasta el último rincón de su cuerpo, dio un salto hacia arriba con un potente rugido sacando medio cuerpo fuera y aspiró con fuerza el aire de todo el valle que lo rodeaba para bucear y tantear el fondo con las manos, las piedras lisas que allí había, hasta que volvió a salir hacia la superficie ansioso por empaparse de sol.

Dinka nadaba a su alrededor formando pequeños círculos y Asaf notó que la perra lamentaba no tener más medios para expresar alegría. El rabo sacudía el agua una y otra vez y lo salpicaba con gotitas heladas y Asaf —su madre sostenía que nunca había visto a nadie con la capacidad de reacción para sobreponerse a cualquier situación como la que él tenía, aunque el mismo Asaf no supiera muy bien a lo que su madre se refería— se abalanzó sobre Dinka para hundirla pero esta logró soltarse y le embistió en el pecho para después empezar a perseguirse de un lado al otro de la alberca, cruzando en diagonal, hasta que Asaf desgajó una piedra del borde, la tiró dentro y Dinka buceó tras ella para traerla en la boca, respirando y resoplando chorros de aire y de agua, hasta que los dos se fundieron en un abrazo como dos hermanos que hace treinta años que no se ven.

«¿Viene aquí, Tamar?», preguntó Asaf, la cara pegada a la cabeza de la perra y el pelo cayéndole por la frente. «¿Es este el lugar adonde viene para estar sola? ¿Y las dos nadáis aquí? ¿O fue solo cuando vino a preguntarles a esos, a los dos Sergueis, cuando se metió en el agua? ¿Eh, dónde está la piedra?»

Ella era una perra y él un muchacho. No tenían un idioma común demasiado desarrollado, pero en el fondo de su corazón Asaf sentía que la perra le había obsequiado con aquel baño como si se tratara de un regalo, que posiblemente, en su cerebro de perro, aquella era la manera de darle las gracias por el hecho de que él no se había rendido y seguía buscando a su querida dueña.

Después cerró los ojos, se puso a flotar de espaldas y el sol lo iluminó resplandeciente a través de los párpados. Ella existe, pensó en un duermevela agradable, está ya en el mundo. ¿Qué pensará de mí cuando nos encontremos?

Hay alguien, meditaba, mientras sentía los párpados cada vez más pesados, que ha estado nadando en esta alberca, en esta misma agua, esta agua que la ha tocado a ella y que ahora me está tocando a mí.

Flotaba hasta desaparecer en un sueño solar. Sabía que había algo que le molestaba, una evidencia nueva de la que se acababa de enterar hacía un rato, pero como siempre consiguió apartar ese pensamiento, ya habrá tiempo para eso, no va a desaparecer. De nuevo intentaba imaginarse qué aspecto tendría Tamar. Juntaba lo que les había oído a Teodora y al detective. Oyó que Dinka resollaba y salía del agua, pero enseguida volvieron a cubrirlo las gotitas del salpicar de la perra.

El frío le hizo recordar. Tamar estaba buscando a un chico. Una sombra le pasó por delante de los ojos tapándole el sol por un momento. ¿Qué te creías?, masculló en su interior una voz amarga, ¿que te iba a estar esperando a ti? Alguien como ella no está sola ni un momento. Seguro que siempre está rodeada de pretendientes. Y no es un novio cualquiera, el que ella tiene, sino un guitarrista. Asaf lo vio al momento ante sus ojos, desde la punta de la cabeza hasta la de los pies, un guaperas con sonrisa de actor de cine, una especie de Roí, agudo, engreído, especialista en divertir a las chicas y volviéndolas locas a todas con la guitarra.

De acuerdo, se dijo a sí mismo con los ojos cerrados, mientras intentaba no rendirse ante la oleada de celos que al momento se había apoderado de él, de acuerdo, vale, pues tiene novio, ¿y qué? ¿A mí qué me importa su novio? Yo solo la estoy buscando para entregarle a Dinka. Si tiene o no tiene novio no es asunto mío.

Se sumergió en las profundidades del agua y se quedó allá abajo lo más que pudo, para intentar filtrar el veneno que le corría por la sangre sin que llegara a comprender del todo lo que le pasaba. ¿Por qué le sentaba tan mal pensar que Tamar tenía novio? Después, pensó con amargura, que por lo visto siempre pasaba lo mismo, él la buscaba a ella y ella buscaba a otro. Karnaf quería a Reli y Reli quería al

americano. ¿Por qué no se le podía dar al mundo un golpecito, así, en un lado, como el que se le da a la caja de las herramientas, para que todo se coloque en su sitio? Cuando ya empezaba a asfixiarse por falta de aire y el frió incluso había podido con ese nuevo dolor que lo invadía, ascendió a la superficie para permitirle al sol que intentara consolarlo.

El sol le calentaba el vientre y le acariciaba el pecho. Los pensamientos volvieron a expandirse en suaves círculos. Además, puede que me pase buscándola semanas, meses, quizá incluso años. Supongamos que la encuentro dentro de veinte años. Llamaré a la puerta, en un lujoso barrio residencial de chalets, y el portero de la casa me abrirá y me preguntará, ¿Sí, quién es usted? Y yo le diré que le traigo algo a Tamar. ¿Usted?, dirá él. ¿Qué tiene usted que ver con ella? La señora no recibe a cualquiera, porque tiene la vida completamente dedicada a reflexionar sobre cuestiones muy profundas como el bien y el mal, el libre albedrío, y además en estos momentos tiene un pésimo estado de ánimo porque acaba de separarse de su primer marido, ese guitarrista tan famoso…

«¿Has visto el cuerpazo que se gasta este?»

«¿No te entran ganas de comértelo, solo de verlo?» «Dime, ¿desde cuándo vienen aquí gays?»

Asaf abrió los ojos y vio a tres chicos allí de pie, alrededor de la alberca.

«Buenos días, querida, ¿has dormido bien?» «¿Estabas soñando con lo que te hicimos disfrutar ayer noche?»

Por fin empezó a hacer los movimientos necesarios para ponerse de pie. El agua le llegaba a la altura del cuello. Tenía frío. Intentó nadar hasta el borde, pero uno de los chicos fue hasta allí a paso lento, hasta cojeaba, y cuando Asaf puso los dedos en la piedra para salir, aquel posó la suela sobre ellos y apretó. Asaf nadó hacia el lado opuesto, pero también allí había ya alguien con el zapato levantado. Se puso a nadar de un lado a otro, de aquí para allá. Sabía que no tenía posibilidades, que no lo dejarían salir, pero ya no pensaba con lógica.

Entretanto, la pobre Dinka se mantenía a distancia y ladraba enloquecida, atrapada, porque un chico, que parecía el mayor de los tres, la tenía agarrada por el collar y la apretaba contra su pierna de manera que no podía volver la cabeza, ni morder ni moverse.

Estuvieron jugando así con él durante unos cuantos minutos más, en medio de un completo silencio. Cada vez uno de ellos se acercaba al lugar por el que Asaf quería salir. Al final, cuando casi había desesperado, se alejaron y le dejaron subir. Trepó hasta el borde y se quedó allí de pie, prácticamente desnudo y temblando de frío, rodeado por ellos. Aquello pintaba muy mal. Era lo peor que le había pasado nunca. No tenía ni idea de lo que le iban a hacer. Ni de lo que le harían a Dinka.

El chico mayor se acercó. Sujetaba a Dinka tan corta que la perra se arrastraba detrás de él aullando.

«¿Qué pasa, hermanita?», le sonrió a Asaf. «¿Qué te creías, que ibas a tener tu jacuzzi en nuestra piscina particular?»

Asaf bajó la cabeza y puso la cara más de tonto que pudo.

«Dime, hermanita», preguntó con cara de curiosidad y una voz muy suave y comedida el mismo de antes, «¿no te habrás meado en nuestra piscinita privada, eh?»

Asaf negó rotundamente con la cabeza.

El chico soltó un largo silbido de asombro. «¿Y no has visto el letrero: “Pena de muerte a los hijos de puta que se bañen sin permiso”?»

Asaf lo negó moviendo ahora ya todo el cuerpo. De verdad que no había visto ningún aviso.

«¡No me digas!», dijo el alto, haciéndose el sorprendido. «¿No has visto el letrero? Avi, hazme el favor y ayuda a nuestra hermana a verlo.»

El chico que se llamaba Avi metió un dedo muy duro debajo del mentón de Asaf y apretó con tal fuerza que este se vio obligado a levantar la cabeza.

«Ahora mira, cariño, ¿lo ves ahora? ¿Enmarcadito en oro? ¿Con la foto de Cindy Crawford y las lentejuelas de su traje de baño?»

Asaf no veía nada, pero dijo que sí.

«¿La volvemos a echar al agua, Herzl?», propuso Avi, el más pequeño y que llevaba una gorra con la visera vuelta hacia atrás.

«¿Y si le bajamos las bragas?», propuso el tercero, un chico cojo con muchísimos lunares por toda la cara. «¿Qué, macho, te apetece tirártela?»

Los dos más jóvenes se rieron. Asaf no se movió. Este es mi último momento, pensaba. Me van a violar.

«No», dijo el alto, el mayor de todos, Herzl, «tengo un plan mejor para maricones como este. Dadle la ropa, pero por el camino podéis ir mirando si no tiene en algún bolsillo algo que nos compense simbólicamente por el bañito que se ha dado en nuestra piscina privada, incluida la sospecha de meada.»

El cojo levantó la ropa del suelo. Con pericia hurgó en los pantalones y encontró los trescientos siclos que se suponía que tenían que bastarle a Asaf para las comidas en el comedor del Ayuntamiento hasta el final del viaje de sus padres y que con tanta obstinación había ido ahorrando para un teleobjetivo de 300 mm para la Canon nueva.

La ropa se la tiraron con fuerza. La hebilla del cinturón le impactó en el labio. Notó un hilo de sangre caliente sobre la barbilla. Sin secarse la boca se puso los pantalones. Apenas consiguió meter los pies por las perneras. Aquel silencio lo tenía preocupado. Era como un momento de tregua en el que todo podía suceder y Asaf sabía que la parte realmente dura estaba por llegar. Las mangas de la camisa se le enredaron de tal modo, que al final se rindió y se quedó allí desnudo de cintura para arriba y con la camisa en la mano. Tragó saliva sin saber cómo iba a lograrlo, cómo iba a obligarse a sí mismo a hablar.

«Venga, hermanita», dijo el mayor con cierta sorpresa y apretando todavía más a Dinka contra su muslo. «¿Qué sigues haciendo aquí, que no desapareces de nuestra vista?»

«La perra», dijo Asaf, sin mirarlo.

«¿Cómo dices?»

«Necesito la perra.» No tenía valor para levantar la cabeza. La voz no le pasaba en modo alguno por las cuerdas vocales, sino que le brotaba de otro lugar, de la zona del codo aproximadamente.

Los dos más jóvenes permanecieron en silencio y miraron a Asaf

atónitos. Después miraron al alto y abrieron la boca con un gesto de burla, a la espera de saber qué pensar.

El alto soltó un silbido larguísimo y muy flojito. «¿La perra, has dicho? Creí que era un perro. Pues una perra nos viene mucho mejor, precisamente.» Pasó el dedo por el collar anaranjado: «Si hasta la tienes registrada, lástima de dinero».

«Necesito la perra», dijo Asaf de nuevo. Tallaba las palabras de un bloque helado que le llenaba el vientre. Dinka lo miraba. El rabo, que llevaba bajo, empezó a moverse un poco, como si vacilara.

Los dos muchachos captaron un resplandor en los ojos de Herzl y empezaron a reírse con unas fuertes carcajadas y a darse palmadas en los muslos. Herzl alzó la mano, no la mano sino un dedo, y los dos se callaron.

«Dime, putona», dijo verdaderamente sorprendido, «¿no te da lástima de tu monstruosa jeta? ¿No te da pena que dejemos que Kefir te haga alguna cosita fea?»

«Pues ven... ven, peleemos», murmuró Asaf, mientras pensaba para sus adentros que estaba completamente loco y sin saber cómo era posible que se le hubiera escapado una frase tan estúpida.

El alto dio un paso hacia delante y después se puso la mano detrás de la oreja. «No lo hemos captado», dijo, y sonrió muy débilmente.

«Tú y yo», susurró Asaf, y los labios le palidecieron.

Notaba el color blanco que habían tomado. Todo su cuerpo estaba completamente blanco. «Vamos a pelear. El que gane, se la lleva.»

Los dos muchachos volvieron a estallar en risotadas y gritos, se abrazaban y se daban palmadas. Después se pusieron a saltar a su alrededor dando fuertes chillidos, hasta el punto de que parecían los inquietos cachorros de una pantera o de un lobo cuyo padre les estuviera enseñando a despedazar viva una presa.

Herzl le pasó la perra a Avi y se acercó a Asaf. Le sacaba una cabeza a este y era mucho más corpulento. Asaf soltó la camisa que todavía sostenía en la mano. Herzl se le plantó delante. Abrió los brazos con un gesto de a ver quién se atreve a acercárseme.

Asaf apenas podía mover los pies, pero empezó a trazar una especie de círculo, con un andar rígido y entrecortado, alrededor del chico.

Herzl giraba frente a él. Asaf veía los músculos tensados en los largos brazos que tenía delante. Esperaba que todo terminara muy deprisa, sucediera lo que sucediera, pero que terminara pronto, que no le doliera demasiado y que tampoco lo humillara demasiado. Le molestaba estar desnudo de medio cuerpo. Recordaba vagamente que en los momentos de peligro el cuerpo segrega adrenalina, que tiene por objeto fortalecer los músculos y avivar la capacidad de respuesta, pero se quedó pensando con tristeza que esa sustancia él no la tenía, por lo visto. Al contrario, cada vez se sentía más y más atontado, y hasta le dio la sensación de que se estaba quedando dormido, quizá para no sentir los dolores que con toda seguridad le sobrevendrían, y sobre todo para no enterarse de la humillación.

El chico lanzó una mano hacia delante, como para provocar a Asaf, para despertarlo, pero este se echó hacia atrás y casi se cae. Los otros dos gritaron de placer. Correteaban alrededor de los contendientes, acercándose mucho. Uno de ellos le dio un golpe a Asaf en la nuca. El mayor se detuvo enseguida y le hizo su gesto con el dedo, como el cabecilla de una banda de película, y dijo que si alguno de los dos se metía, él, el mismísimo Herzl en persona, lo haría picadillo. En medio del terrible miedo adormecedor que lo invadía, Asaf notó que aquella extraña ecuanimidad de su contrincante le ablandaba el corazón.

Pero en ese momento el muchacho dio un salto hacia delante, ni siquiera con demasiada rapidez, al contrario, con una especie de parsimonia característica de un profesional, y su brazo atrapó el cuello de Asaf con una fuerza tan descomunal, que este, que también estaba bien fuerte, nunca había visto cosa igual ni se imaginaba que pudiera existir nada parecido. El chico empezó a doblegarlo muy despacito. Asaf podía sentir el calor de aquel cuerpo extraño junto a él, como proveniente de un horno, y del sobaco del muchacho le llegaba un olor a humo, mientras la cerviz le empezaba a crujir y sentía como si la vida se le fuera escapando, hasta que dejó de ver.

Entonces, aquel lo soltó de repente, y Asaf permaneció aturdido por el dolor, mareado por el ahogo, y solo se dio cuenta de que el chico le daba la vuelta con toda delicadeza cuando quedó de cara hacia él, como una enfermera en el ambulatorio cuando le enseña a uno cómo

poner el brazo para la inyección, así lo manejaba su contrincante mientras lo colocaba para lo que ahora vendría, pensaba Asaf, que no fue capaz de cambiar nada, ni de moverse ni de salir huyendo, porque al instante y tal cual, el muchacho le clavó la rodilla en los huevos, y cuando Asaf se agacho profiriendo un profundo gemido, se topó de nuevo con la misma rodilla que esta vez le rompió la nariz.

Después, quién sabe cuánto tiempo después, la imagen borrosa y extraña que se columpiaba frente a sus ojos —que al principio parecían los garabatos de un niño loco sobre un papel celeste— se fue transformando poco a poco hasta convertirse en las ramas del arbusto bajo el cual yacía.

«¡Qué muerto ni qué nada!», oyó que decía una voz lejana. «Solo se ha quedado sin cara.»

«No ha sido la cara, cretino, es la nariz. Mira cuánta sangre.»

Asaf levantó la mano, una de las manos que estaban allí tendidas junto a él y que pesaba muchísimo. Separó los dedos muy despacio, también eso le llevó un tiempo, y se palpó la nariz. La tenía muy mojada y llena de unos bultos desconocidos. Después se encontró los agujeros y todo el resto. También la boca había recibido lo suyo, la parte de arriba le dolía y le ardía. Uno de los dientes superiores de un lado estaba un poco demasiado suelto.

Pero por algún motivo y sin que en ello hubiera lógica alguna, sentía un gran alivio.

Quizá porque toda la vida había temido llegar a recibir una paliza de un facineroso como aquel. De alguien sin Dios, como decía Karnaf en otro contexto. Y del terror que tenía, había empezado a tener miedo de todos los maleantes, incluso de los que eran muchísimo más pequeños y débiles que él. Era como si hubiera aceptado de antemano que no iba a tener ni la más mínima posibilidad ante ellos y que siempre acabarían humillándolo. Y aunque en más de una ocasión Asaf se había pegado con los chicos de su clase, sabía que aquellos eran unos chicos como él y que siempre habría una última regla que nunca transgredirían en la lucha. Pero los facinerosos, a esos los

rehuía por la calle desde lejos, se apartaba de ellos en los pubs los viernes por la noche y no les contestaba cuando lo insultaban a él o a sus amigos. Había aprendido a caminar así, invisible e inalterable cuando pasaba junto a ellos por la calle, y una vez, en el autobús, se bajó, porque uno de ellos le dijo que bajara. Ni siquiera discutió. Se levantó y bajó, aunque no hubo ni un solo día en que no recordara esa afrenta.

Ahora, medio desmayado y reventado, por lo menos se veía ya después de la pelea y como un poco liberado de ella. No entendía muy bien qué era lo que había sucedido, solamente que algo había pasado y que había superado un gran obstáculo que le tenía amargada la vida.

«Venga», dijo el alto, «nos vamos. Qué susto os habéis dado, ¿eh?» Se disponían a marcharse. Asaf se levantó. Es decir, arrastró como pudo la parte superior del cuerpo y casi se sentó. Un motorista loco le corría alrededor de la cabeza, por dentro, como sobre el muro de la muerte.

«Necesito la perra», dijo alguien por allí cerca, con una voz lenta y espesa, por lo visto en hebreo, por lo visto, también, el mismo Asaf.

«¿Qué es lo que acabo de oír?», dijo el alto, deteniéndose. Se volvió despacio. Asaf intentaba fijar la vista. ¿Ahora eran dos, los altos? Estos se volvieron hacia él y lentamente se fundieron en un solo alto. Asaf se esforzó y vio el collar alrededor del cuello de Dinka apretado de nuevo por aquel puño grande. La cabeza de la perra quedaba literalmente atrapada contra la pierna del tipo.

«Pe-le-e-mos o-tra vez por la pe-rra», dijo el que hablaba en nombre de Asaf, aunque completamente en contra de su voluntad.

La pequeña sonrisa se ensanchó. «¿Habéis oído a la enana?», dijo, sonriendo a sus amigos que le devolvieron una aduladora sonrisa. «La enana quiere un partido de vuelta.»

Asaf se levantó. Le resultaba extraño encontrarse ya más allá del miedo. No entendía nada de lo que le sucedía. Se veía dominado por una especie de obstinación. Era como si ahora que había superado el miedo, estuviera dispuesto a intentar ver más y más cómo era aquello, qué se sentía cuando alguien como ese venía a reventarte, hasta el final.

Herzl se acercó. De nuevo dio comienzo el baile en el que los dos daban vueltas en círculo. Asaf oía su propia respiración como se oye bajo el agua cuando se bucea. Fragmentos de pensamientos volaban por su cerebro. Algo acerca de la magia, y la pena que era que no pudiera utilizarla ahí en ese momento. Había un hechizo muy efectivo que se llamaba «Atracción»; había que apretar en «mago» y en «objetivo» y entonces el mago lanzaba un rayo mágico que traía hasta ti el objeto. O a Dinka, en este caso. Y existía también un hechizo que se llamaba «Shrink», que encogía al oponente hasta la mitad de su tamaño, pero ¿dónde estaban ahora que tanta falta le hacían?

De repente se produjo un movimiento muy rápido frente a Asaf, pero no vio de qué se trataba, aunque notó un puñetazo en el pecho, junto al corazón, un puñetazo ni tan siquiera potente, un puñetazo de precalentamiento, de desprecio, de colegas que se encuentran, pero que en su situación fue suficiente. Dio un traspiés pesadamente y cayó hacia atrás. Era tan fácil caer. Bastaba con rendirse ante la fuerza de la gravedad y ante las leyes de la física y de la naturaleza, que disponen que un tipo como ese siempre venza a otro como él. Pero ese seguía sin atacar. Esperó a que Asaf se levantara. Después, cuando parecía que Asaf se había recuperado algo y se levantaba, se tropezó con un arbusto y volvió a caer. Las rodillas, sencillamente, se le doblaban porque no tenía ningún control sobre ellas. Quedó tendido en el suelo mientras respiraba pesadamente. Empezaba a resultar ridículo. Echado de espaldas esperaba un golpe, una patada, algo que lo pusiera definitivamente fuera de combate. Una mosca le zumbaba por encima de la nariz. Unas corrientes de dolor se le extendían ininterrumpidamente por la espalda desde lo de la patada en los huevos. El muchacho alto se acercó hasta él y le dio la mano para ayudarlo a levantarse. Durante un instante se miraron a los ojos. Era la primera vez que Asaf lo veía de verdad. No a través del miedo. Era por lo menos tres años mayor que Asaf. Tenía un rostro alargado, exaltado, un rostro hermoso perfectamente modelado, una nariz bien esculpida y una boca muy fina.

«¿Cómo estás, hermanita?», dijo. «¿No nos hemos tomado la leche con el cacao, esta mañana? ¿Se le han terminado a tu mamaíta los

quesitos?»

Asaf intentó darle una patada. Patético intento. Se vio a sí mismo desde fuera. Se vio moverse muy despacio. Cómo tenía que emplear un montón de energía para levantar solo un poquito la rodilla. Pero Herzl le atrapó la pierna con toda facilidad, por la parte del tobillo, y sin gran esfuerzo lanzó a Asaf bien alto. Asaf cayó de espaldas. El aire escapó de su interior al golpearse contra el suelo. Los huesos le entrechocaron unos con otros. Herzl saltó enseguida sobre él y le dio la vuelta hasta ponerlo con la cara contra el suelo, para después tumbarse sobre él y empezar a retorcerle el brazo hacia atrás. Asaf no conseguía respirar. Gruñía, tragaba tierra, gritaba, puede que hasta llorara.

Herzl, en un tono muy bajito y extraño, le dijo al oído: «Si ahora no te callas... despídete del brazo». Asaf gruñó algo. «No se oye», dijo Herzl con los dientes apretados.

«Necesito la perra», susurró Asaf sin voz.

Aquel levantó la mano de Asaf todavía un centímetro más. Asaf creyó oír un «poing», el «poing» de los tendones y los nervios que empezaban a romperse.

«Te he dicho que te calles la boca.» La voz que tenía encima se había convertido de repente en un rugido ronco. «Te doy la última oportunidad», le dijo Herzl respirándole en el oído, pesadamente, y por primera vez notó Asaf que también Herzl estaba haciendo un esfuerzo.

«Mátame, no me importa.» Su voz sonaba gruesa y parsimoniosa, como la grabación de una cinta estropeada, «pe-ro yo ne-ce-si-to es-ta pe-rra, no me pue-do ir sin e-lla».

No hubo respuesta. De repente todo se hizo muy ligero. Asaf casi voló hacia arriba. Notaba que ahora ya no había nada que lo impidiera despegar.

En el silencio que se había hecho oyó una risita extraña, como si alguien hubiera dicho allí, hacia el vacío: «Esto es increíble».

La presión en la mano había desaparecido. Asaf pensó que ya estaba, que le había arrancado el brazo y que ahora se encontraba en ese segundo que falta para que el dolor llegue hasta el cerebro.

Pero el chico ya no se encontraba encima de él y la mano de Asaf salió arrastrándose por detrás de la espalda, agarrotada. Poco a poco empezó a notarla de nuevo, volvía a él por una senda de hormigas que la mordisqueaban. Oía que hablaban a su alrededor. Algo así como una discusión y gritos. Pensó que, como en las películas, había llegado alguien para salvarlo en el último momento. No se daba mucha cuenta de lo que estaba pasando. Los dolores de todas las partes del cuerpo enviaban unas corrientes y unas olas que entrechocaban todas en la base de su cráneo. Cerró los ojos y esperó con sumisión. Le parecía que todo el rato oía a alguien muy cerca de él que no dejaba de murmurar que necesitaba quién sabía qué perra.

«¡Porque lo digo yo!» Oyó a Herzl espetar esas palabras, lejos ya de él. «Porque esa es mi voluntad, ¿lo captas, retrasado mental?»

«Pero ¿qué voy a hacer ahora con ella?», gimoteó otra voz, la de Avi, por lo visto. «Si la suelto me morderá.»

«No te va a morder», le dijo Herzl con una voz muy calmosa, para después sentenciar: «Se irá con él». Luego Asaf se incorporó sobre los codos. Dinka estaba junto a él, encima de él, vio su lengua que se acercaba y le lamía la cara. Volvió a tenderse en el suelo y se dejó llevar por aquel contacto sin moverse. Más lejos, en una roca de la colina, vio a los tres chicos que se alejaban hacia el lecho de la torrentera. Ya se habían olvidado de él. Los dos más jóvenes hacían algo, jugaban, por lo visto, levantaban grandes piedras, casi rocas pequeñas, y se las tiraban uno a otro esquivándolas entre gritos alborozados. El más mayor, el que le había partido la cara, iba un poco delante de ellos, muy erguido, ausente y pensativo.

Asaf se agarró a Dinka, se apoyó en ella y se levantó. Se llegó hasta la alberca dando traspiés y se lavó la cara muy despacio. Vio su reflejo en el agua y esperó de todo corazón que hasta que sus padres regresaran le creciera una espesa barba. Dinka también se reflejaba en el agua, a su lado, mientras se frotaba contra él y dejaba escapar un aullido lleno de emoción que hasta entonces Asaf no había oído. Como si quisiera consolarlo. Asaf se sentó pesadamente en el borde de la alberca y ella se sentó junto a él. Intentó ignorar los dolores intermitentes que lo asaltaban, sin conseguirlo. Pero pasados unos

cuantos minutos volvió a él, junto con los destellos de dolor, algo que Herzl había dicho. Algo relacionado con el agradecimiento. Herzl le había dado las gracias por algo. ¿Por qué habría sido? Volvió a lavarse la cara y gimió ante el dolor renovado. La mano que se paseaba por el lomo de Dinka se detuvo de repente. Ya lo tenía: Herzl había dicho que llevaba una placa de identificación. Pero si Danoch, en el Ayuntamiento, había dicho que la habían encontrado sin nada que pudiera identificarla. Asaf empezó a volver en sí desde la niebla del dolor. Sus pensamientos iban abriéndose paso como en una habitación llena de humo. Se puso a hurgarle en la piel, encontró el collar y palpó la placa metálica. Desde el día anterior, desde el día que había conocido a Dinka, había tocado no pocas veces esa placa, y sin saber por qué no había pensado que aquello pudiera ser la placa de identificación de la perra, así es que si no hubiera sido por el tal Herzl...

Asaf separó la placa del pelo húmedo de la perra y la miró a la luz. Dinka, que esperaba pacientemente, había vuelto la cabeza hacia un lado para permitirle inspeccionarla mejor. Él cerró un ojo e intentó fijar la vista y enfocar.

«Estación central de autobuses. Consigna 12988.»

Miró a Dinka completamente atónito: «¿Y todas estas horas tú ahí callada, sin decirme nada?».

Detrás de una de las columnas de la estación central de autobuses se ocultaba Asaf para poder observar la cola. Tres chicos jóvenes correteaban al otro lado de un mostrador ancho, mientras charlaban a gritos y bromeaban unos con otros y con la gente de la cola, repartiendo con rapidez el equipaje entre los que llegaban con una ficha como la que él tenía. Uno de ellos, el que llevaba una gorra de revisor, era el que más le preocupaba. Era el más serio y sistemático de los tres, y todas las veces, antes de devolverle a alguien el bulto que había depositado allí, le pedía el carnet de identidad. Es decir, cogía el carnet y lo comparaba a conciencia con los nombres que había apuntados en un cuaderno de papel de oficina manchado con un

salpicón seco de jugo de tomate. Los otros dos se fijaban menos. Tomaban la ficha, iban hasta los estantes gigantescos que había en un extremo de la sala, cogían de allí el bulto solicitado y se lo entregaban al dueño de la ficha sin preguntarle nada.

Asaf se puso a la cola. Había siete personas delante de él. La cola avanzaba muy deprisa, y Asaf sabía que, fuera como fuera, su suerte le llevaría directo a los brazos del de la gorra, así es que no tenía ni idea de lo que iba a hacer cuando aquel le pidiera el carnet de identidad y descubriera que no casaba con el nombre anotado en el cuaderno. Allí de pie intentó no recordar lo que le había pasado en la alberca. Sabía que si tan solo se permitía a sí mismo reflexionar sobre ello, pensar en la paliza que había recibido, en el dinero robado, en el sueño de tener un teleobjetivo, sueño que ahora debería postergar durante varios meses, si tan solo se lo permitía, sencillamente se volvería loco de desesperación y de furia. Tensó todos sus doloridos músculos. Se propuso hacerse el duro. Borró de la mente el pasado y el futuro inmediatos. Ahora estaba de servicio. Tenía una misión que cumplir. Entretanto, los tres empleados que se encontraban al otro lado del mostrador hablaban a voces del derby que iba a jugarse el sábado. El chico de la gorra era seguidor del Ha-Poel, y los otros dos, que eran del Beitar se burlaban de él con gran alborozo y le decían que también ese sábado, como durante todo el milenio, el Ha-Poel no tenía posibilidad ninguna. «¿Por qué no va a tener posibilidades?», les preguntaba él una y otra vez, cada vez más enfadado. «Todo depende solo de si Danino se recupera hasta el sábado. ¿A quién le toca ahora? ¿A quién le toca?»

«Y depende de que Danino supere la gripe», se rió el otro chico. «Y de que Danino no coja la varicela», dijo el tercero uniéndose a las burlas y las chanzas. «Resumiendo, que es gerundio: ¡olvídate!» Todavía faltaban dos antes de que le tocara a Asaf. En ese momento se salió de la cola y se dirigió al quiosco de los periódicos. En el bolsillo le quedaban unas pocas monedas, un triste resto de todo lo que había tenido. Compró el *Yediot,* tiró a la papelera el grueso del periódico y se apartó a un lado para leer en las páginas de deportes las distintas opiniones sobre el partido del sábado. Con una cara tan hinchada

como la que llevaba, le resultó de gran alivio esconderse durante unos minutos detrás del periódico. Lo leyó absolutamente todo de cabo a rabo un par de veces. Lamentó que los empleados de la consigna no fueran simpatizantes del Ha-Poel de baloncesto, porque esa era precisamente su propia especialidad. Después entró en los servicios, sumergió la cara durante un buen rato en el chorro del agua fría y logró devolverle un poco su aspecto de siempre.

Cuando regresó a la cola, había seis personas delante de él. Frotó la placa con fuerza, para darse suerte, hasta calentarla. Estaba seguro de que todos se daban cuenta de lo nervioso que estaba. En su querido «Bola de dragón» había cuatro protagonistas. Un mago, un luchador, un caballero y un ladrón. De luchador ya había hecho por la mañana. Ahora sería el ladrón. Cuando le llegó el turno, fue el empleado de la gorra quien tendió la mano. «¡Hala, que hay prisa!»

«Desde luego», dijo Asaf con entusiasmo. «¡El entrenamiento es a las dos!»

La mano se detuvo en seco sobre la ficha de Asaf y su dueño se quedó mirando aquel rostro magullado: «¿Con quién vas tú?».

«Con los rojos. ¿Y tú?»

«¡Colega!» Acercó la cabeza a la de Asaf y le guiñó un ojo. «Pero ¿qué va a pasar si la jodemos como en el derby anterior? ¿Qué vamos a hacer con estos? ¿Dónde nos vamos a esconder?» Y apuntó disimuladamente con la cabeza en dirección a los otros dos: «¿Y si no juega Danino?».

«El miércoles le hacen la última revisión», informó Asaf haciéndose el enterado. «¿Existe alguna posibilidad? ¿Tú qué crees, eh? ¿A ti qué te parece?» Y se esforzó por poner el mayor interés posible.

«Es difícil de saber», dijo el otro rascándose la frente, como si Danino estuviera allí echado ante él sobre el mostrador y esperara su veredicto. «Si tiene un desgarro en el tendón, estamos acabados.» Tomó la ficha y se dirigió hacia los estantes. Cinco, diez, quince pasos. Asaf tamborileaba con los dedos sobre el mostrador. El chico buscaba y buscaba por los estantes, movía bolsas y maletas, pero no daba con ello. Asaf le rascaba la cabeza a Dinka febrilmente. Un mago, un luchador, un caballero y un ladrón. El ladrón confiaba en su capacidad

de reacción para escabullirse y para idear tretas. «Escoge al ladrón si lo que deseas es utilizar artimañas e ingenio para alejar a tu héroe de las dificultades.»

«¿Cuándo lo trajiste?», le gritó, desde el otro extremo de la sala.

«Ah... lo dejó aquí mi hermana. Hace ya un tiempo.» Esa no había sido una buena respuesta, pero no tenía otra mejor.

«Ya la tengo», dijo sacando una mochila grande, gris y pesada. A duras penas pudo liberarla del espacio que ocupaba entre un par de maletas. «Llevará ya un mes aquí, ¿os habíais olvidado? Carnet de identidad.»

Asaf le dedicó una dulce sonrisa y miró de reojo para comprobar por dónde podría salir huyendo. La mochila se encontraba encima del mostrador, a diez centímetros de él. Tamar al alcance de la mano. Jugó su última carta: «Pero puede que en el Beitar tampoco juegue Shandor».

«¿Cómo? ¿Qué es lo que has dicho?» Los ojos del empleado se iluminaron esperanzados y llenos de simpatía por la persona que tenía delante. «¿Shandor será baja?»

«Pero ¿no estás enterado?»

«¿Qué? ¡Maldición! ¿Lo habéis oído? ¡Estáis acabados!», les gritó a los otros dos, y en medio de su estallido de alegría y de los gritos empujó la mochila hacia las manos de Asaf, «¡Shandor es baja, no va a jugar!»

«¿Shandor?», se rió uno de ellos. «¿De dónde te has sacado tú eso? ¡Ayer estuvo en el entrenamiento, que lo vi con estos mismos ojos!»

«Contractura muscular», dijo Asaf con autoridad, mientras daba un paso atrás apretando contra el pecho la amada mochila. «Después del entrenamiento. Mirad el periódico, miradlo.» El simpatizante del Ha-Poel puso una amplia sonrisa mientras se ocupaba ya de otro cliente. En honor a la verdad, Asaf no estaba nada seguro de que fuera Shandor, —¿o puede que fuera Yaacobi?—, quien se había lesionado después del partido de entrenamiento, ya en los vestidores, pero lo que sí era cierto es que alguno de ellos había sufrido una contractura muscular, así es que ¿por qué no alegrarle un poco la vida a alguien?

Se apresuró a alejarse de allí con Dinka, abrazado a la mochila con

ambas manos e intentando no llamar la atención con su andar dolorido y la cara que llevaba. Durante la última hora había empezado a temer —bueno, no exactamente a temer, sino a sospechar— que alguien lo seguía. No tenía ningún motivo evidente para creerlo, pero a pesar de todo, quizá por lo que había dicho Serguei en la casa derruida o quizá porque al fin y al cabo había empezado a darse cuenta de que Tamar estaba metida hasta el cuello en algo realmente peligroso, así es que había empezado a sentir cierto cosquilleo en la nuca, como si alguien lo estuviera observando atentamente y hasta a ratos le parecía oír pasos detrás de él, aunque cuando se daba la vuelta allí no hubiera nadie.

En la explanada del auditorio Binyanei Ha-Umá lo esperaba la bicicleta, blanca del polvo de los caminos de Lifta. Le quitó el candado y se puso a pedalear despacio, sufriendo con cada movimiento. Ahora llevaba la mochila a la espalda y, para olvidar los dolores, fantaseaba con que a quien llevaba a la espalda era a Tamar, desmayada y, sin saberlo ella, completamente abandonada a él. Dinka corría detrás de él, delante, alrededor, olfateando con emoción las señales que le enviaba la mochila. Cuando llegaron al parque Saker, Asaf se bajó de la bicicleta, miró hacia los lados y echó una larga mirada por el verde del césped. Allí no había nadie. A pesar de eso esperó un poco. Siguió con la mirada una hermosa abubilla que revoloteaba sobre la hierba y aprovechó para examinar a conciencia los alrededores mientras Dinka lo miraba atónita, con la cabeza inclinada hacia un lado como si se preguntara quién le había enseñado también a él a comportarse así. Después, dando un paso casi imperceptible, Asaf retrocedió hasta meterse entre unos arbustos, tiró de la bicicleta y se metió todavía más adentro, hacia la espesura.

Se sentó en el suelo. Colocó delante la mochila. Había decidido no precipitarse. Quería disfrutar del momento, porque no en vano aquello era como un primer encuentro. Ante todo leyó la nota que estaba atada a la mochila y en la que aparecía la fecha de cuando había sido depositada en la consigna. Hizo sus cálculos: hacía aproximadamente un mes, un poco menos. Según parecía había dejado la mochila en depósito y después había desaparecido. Pero ¿por qué no la había

dejado en su casa? ¿Habría cosas en ella que temía que llegaran a manos de sus padres? Ahora se acordó de cómo Teodora había torcido el gesto al comentar algo relacionado con los padres de Tamar. Pero ¿cuál era exactamente el comentario que había hecho? Cerró los ojos y envió hacia su interior un rayo penetrante hasta la memoria y, en un abrir y cerrar de ojos, el recuerdo emergió, palabra tras palabra: «... necesita dinero, Tamar, pero de sus padres, por supuesto, que no lo quiere». Meditó sobre ello un momento más, repasó mentalmente todo lo que había oído acerca de Tamar, de todos los que le habían contado algo acerca de ella; buscó indicios que pudieran explicarle el motivo por el que Tamar no podía dejarse ayudar por sus padres. Pero no lo encontró, así es que colocó el asunto en la sección de las preguntas sin responder.

Después intentó adivinar dónde se encontraba él la fecha en que la mochila había sido depositada en consigna. Le hizo gracia darse cuenta de que hubo un tiempo en que no sabía nada de Tamar. Como, digamos, todos los años durante los que sus padres vivieron en la misma ciudad sin saber absolutamente nada el uno del otro, aunque hasta era posible que se hubieran cruzado casualmente por la calle, o en el cine, sin imaginarse siquiera que llegaría un día en que tendrían tres hijos en común.

Pero ¿qué era lo que realmente había hecho entonces, el día en que ella había llevado la mochila a la consigna de la estación? Volvió a comprobar la fecha. Correspondía todavía al principio de las vacaciones de verano. ¿Qué demonios podía haber estado haciendo él entonces? Le parecía tan vacía, aquella vida suya de antes, en comparación con los dos últimos días relacionados con Tamar.

No solo vacíos: le parecía que hasta que ella no había entrado en su vida lo había estado haciendo todo de una manera mecánica, automática, sin reflexionar y sin sentir nada realmente. Ahora, sin embargo, desde el día anterior, todo lo que le sucedía, cada persona con la que se encontraba, cada pensamiento que tenía, todo aparecía imbricado y relacionado entre sí y sujeto a una especie de punto central y profundo repleto de vida.

Asaf abrió la mochila. Lo hacía todo muy despacio. Le emocionó

abrir las hebillas ya que había sido Tamar la que las cerrara. Se puso a pensar en que dentro de un momento se iba a encontrar con algo de la vida de ella. Aquello era demasiado. Todo lo era. Dejó por un momento la mochila abierta ante sí.

Dinka no tenía ya paciencia. Respiraba y resoplaba, daba vueltas y más vueltas alrededor de la mochila, excavaba y pisoteaba la tierra e, incansable, intentaba meter el hocico dentro. Asaf metió la mano. Notó el tacto arrugado, algo húmedo, de la ropa que lleva guardada durante mucho tiempo. De repente se dio cuenta de lo que estaba haciendo y se detuvo, confuso. ¡Pero si estaba profanando la intimidad más recóndita de ella!

Muy deprisa, antes de que empezara a vacilar, sacó unos pantalones largos, unos Levi's. Una camisa india de colores, arrugadísima. Unas sandalias muy finas. Con cuidado lo fue extendiendo en el suelo mientras lo miraba hipnotizado. Aquella ropa había tocado a Tamar. Había estado sobre su cuerpo. Se había empapado de su olor. Si no hubiera sentido vergüenza ante Dinka hubiera olido aquellas ropas lo mismo que lo estaba haciendo ella con unos gemidos de nostalgia.

Aunque ¿por qué no?

Enseguida se dio cuenta de que Tamar era realmente menuda. Metro sesenta, había dicho el detective en la policía. Sí, tal y como se la había imaginado: le llegaría, aproximadamente, por el hombro. Se incorporó y ensanchó el pecho. Dobló un poco las piernas. Miró. No le satisfizo. De repente —¿cómo era como lo expresaba su madre?— sintió que se llenaba de alegría hasta la punta de las orejas.

Paseó las manos con sumo cuidado por el resto de la ropa que encontró en la mochila. Tocó una bolsa de papel. Tiró de ella y la sacó. La dejó a un lado. Siguió palpando en el interior de la mochila. Encontró una pulsera de plata muy bonita. Le pasó el dedo por encima. Si hubiera tenido un poco más de experiencia en lo referente a los métodos detectivescos o con las chicas, hubiera intentado encontrar alguna pista en ella, aparte de los adornos de flores que la envolvían. Justamente él, por los conocimientos de orfebrería de Reli, tenía que haberla examinado mejor. Pero quién sabe, quizá fue precisamente por Reli por lo que enseguida apartó de sí la pulsera, la

devolvió a la mochila y se perdió con ello el nombre completo de Tamar que allí se encontraba grabado.

Después, muchas semanas más tarde, cuando intentó reconstruir su extraño periplo tras los pasos de Tamar, en medio de esos pensamientos recurrentes con los que se entretiene toda persona, y mientras se decía, pues, «si hubiera hecho esto, entonces hubiera pasado lo otro», decidió que precisamente había sido una suerte que en aquel momento no descubriera el apellido de ella en la pulsera. Porque si lo hubiera hecho, habría buscado la dirección de los padres en el listín de teléfonos y se habría presentado allí. Los padres de Tamar habrían recogido a Dinka, pagado la multa y ahí se habría terminado todo.

Y es que en ese momento Asaf no pensaba más que en una cosa: delante de él, en una bolsa de papel sellada, había algo. No se atrevía a abrirlo, porque sentía, adivinaba o esperaba, que allí había algo importante, ya que Tamar lo había envuelto tan a conciencia. Lo palpó. Creyó que eran libros. ¿Serían álbumes de fotos de ella? Dinka gemía: no hay tiempo. Asaf abrió la bolsa y miró en el interior para enseguida soltar un suave suspiro. Unos cuadernos. Cinco. Algunos más gruesos y otros delgados. Los dejó a un lado, uno encima del otro. Una pequeña pila apretada. Alargó la mano como si no fuera la suya. Cogió uno. Lo hojeó haciendo correr muy deprisa las hojas ante sus ojos, pero sin atreverse a leer. Páginas y más páginas cubiertas de una letra muy apretada, retorcida, de difícil lectura.

«Diario», ponía en la cubierta del primer cuaderno, entre las pegatinas de un Bambi muy alegre, dibujos de corazones traspasados y pajaritos. Las letras tenían un trazo algo infantil y bajo ellas aparecían trazadas tres líneas rojas: «¡No leer! ¡Privado! ¡Por favor!».

«¿Y tú qué dices?», murmuró Asaf. «¿Hay situaciones en las que está permitido leer el diario de alguien?»

Dinka miró para otro lado y se relamió.

«Ya lo sé. Pero puede que aquí aparezca escrito dónde está. ¿Se te ocurre una idea mejor?»

Dinka volvió a relamerse. Estaba sentada muy erguida y pensativa.

Asaf lo abrió. En la primera página vio un marco rojo, doble, y en

su interior un verdadero grito: «Papá, mamá, por favor, por favor, aunque encontréis este cuaderno, ¡no lo leáis!».

Y debajo, con una letra muy grande: «Sé que alguna vez ya habéis leído mis cuadernos. Tengo pruebas. Pero os suplico, por lo que más queráis, que este cuaderno no lo toquéis ni lo abráis, ¡por favor! ¡Os pido que por una vez en la vida respetéis mi intimidad! Tamar».

Lo cerró. La petición era tan implorante y conmovedora que no se atrevía a desoírla. Además, estaba conmocionado por saber que los padres de Tamar se habían permitido fisgonearle los diarios. En nuestra casa, pensó con cierto orgullo, yo podría dejar un diario como este (si es que lo escribiera) abierto sobre el escritorio y ni soñar que a mis padres se les iba a ocurrir leerlo.

Su madre tenía un diario propio en el que casi cada día anotaba algo. De vez en cuando Asaf le preguntaba —aunque últimamente cada vez menos— qué es lo que escribía en él, qué era todo eso que tanto tenía que apuntar y si tantas eran las cosas que le pasaban en la vida. Ella le contestaba que se limitaba a escribir pensamientos y sueños, alegrías y penas. Cuando era más pequeño, infinidad de veces le había preguntado si le permitía leerlo. Ella entonces le sonreía y apretando el cuaderno contra el pecho le decía que un diario es algo íntimo, que solo le interesa a quien lo escribe. ¿Qué?, se había sorprendido él, ¿Ni a papá se lo dejas leer? Pues no, ni a tu padre. Asaf recordaba ahora que durante años había estado pendiente del misterio del diario: ¿qué escribiría su madre en él para no dejárselo ver a ellos? ¿Escribiría también acerca de él? Por supuesto que también eso se lo preguntó a su madre. Ella se había reído, con su risa desenfadada y generosa, echando ligeramente la cabeza hacia atrás y sacudiendo sus rizos, y le había dicho que todo lo que escribía sobre él se lo decía también a la cara sin tapujos. ¿Entonces para qué escribirlo?, exclamaba él muy enfadado. Para creérmelo, le decía, para sentir la felicidad de creérmelo.

Cuando decía «felicidad» se refería siempre al hecho de haberlos tenido a ellos, a Reli, a Muki y a él. Porque su madre había estado soltera hasta bastante mayor (en opinión de ella misma, por lo menos), de manera que para cuando conoció al padre estaba más que

segura de que ya no se casaría, cuando de pronto, a causa de un cortocircuito general y problemas con el interruptor principal, se había topado con aquel adorable hombre, el electricista rechoncho y sonriente que había aceptado presentarse en su casa de inmediato, casi a medianoche, y se había puesto a arreglarlo todo, y así, cuando la cosa se empezaba a alargar a ella le pareció que era su obligación colocarse a su lado para hacerle una o dos preguntas, y de esa manera la había sorprendido contándole la historia de su madre, es decir, desde el mismísimo principio, a la vez que reconocía que ya era hora de marcharse de casa de su madre y alquilarse un piso propio pero que esta lo retenía con uñas y dientes. No la miraba mientras hablaba, así es que a ella le pareció que era tímido y que tenía poca experiencia con las mujeres y por eso le sorprendió su sinceridad para con ella (cosa que también lo sorprendió a él), y es que desde el momento en que ella le había formulado la pregunta correcta, una pregunta hecha desde el corazón, brotó de él un verdadero río de palabras, pensamientos y dudas que por lo visto había tenido refrenado durante años. Allí estaba ella, a su lado, frente al armarito abierto del contador de la luz, un poco más alta y fornida que él, sosteniéndole una vela, y notó —y esa era la señal para Asaf y Reli, y durante el último año ya incluso para Muki, de rugir juntos— cómo todos sus fusibles saltaban hacia él.

Después, con el paso de los años, Asaf había dejado de pensar en el diario de su madre. Se había entrenado a no pensar en él. Ya estaba acostumbrado a verla, normalmente hacia el anochecer, recogerse en el cuarto pequeño, su «oficina», y sentarse en el viejo sofá con sus anchos pantalones bombachos y la enorme camisa sacada por fuera, apoyada en unos cojines altos, «como una gran dama oriental», en palabras propias, pero chupando el bolígrafo como una niñita de escuela y escribiendo.

Ahora, de algún modo, todo eso le acudía a la memoria, como hacía años: puede que también allí hubiera escrito ya desde hacía semanas y meses lo que Reli le contaba dentro del más estricto secreto desde América, y quizá era también posible que su diario supiera ya lo del nuevo novio de Reli mucho antes de que Karnaf y yo hubiéramos

empezado a sospecharlo.

Volvió a abrir el cuaderno. Dinka le lanzó una rápida mirada lateral. Le pareció oír un gruñido suave, amenazador. Lo cerró.

«Yo no soy sus padres», le explicó a la perra, y a sí mismo se dijo, «No la conozco, así es que no le va a importar si lo leo, ¿entendido?»

Silencio. Dinka miraba al cielo.

«Si en realidad le estoy haciendo un favor, si es para poderte llevar hasta ella, ¿o no?» Silencio. Pero un poco menos tenso. Sí, eso sonaba muy lógico. Esa era la dirección por la que tenía que seguir. «Por eso me veo en la obligación de aprovecharlo todo, cada información, cada pista, ¡para saber dónde está Tamar!»

Ahora Dinka dejó escapar un suave aullido y escarbó un poco en la tierra con las uñas, como siempre que estaba confundida. Asaf atacó de nuevo: «Mira, ni siquiera se enterará de que lo he leído. La encontraré, te devolveré a ella y ya está». Empezaba a entusiasmarse de su propio poder de convicción. «Nunca más en toda su vida tendrá que volverme a ver, seremos como dos extraños, dos eternos extraños.»

De golpe dejó de escarbar. Se dio la vuelta por completo hacia él y se le plantó delante. Sus ojos marrones miraron indagadores directamente a los de él. Asaf no se movió. Una mirada así no la había visto jamás en los ojos de un perro, una mirada que le decía con una especie de sonrisa perruna: «Venga, hombre».

Asaf fue el primero en pestañear.

«Leo, ¿eh?», le comunicó a Dinka, dándole la espalda ostensiblemente. Primero lo hojeó deprisa, para hacerse a la idea de lo que iba a hacer. Le pareció notar un suave aroma a crema de manos, proveniente quizá de la mano de ella apoyada contra las hojas. Después recorrió con los ojos algunas líneas. Sin leer, así, sin más, para que él y las letras de ella pudieran acostumbrarse uno a otras. Vio que se trataba de una letra infantil y que los márgenes tenían pequeños dibujitos. Caracoles y laberintos.

De repente, sin previo aviso, se precipitó dentro: «¡Cómo puede ser que Mor, Liat y todos los demás sepan exactamente lo que van a hacer, en qué van a trabajar y con quién se van a casar mientras que

ella sigue sumergida en sus tonterías y fantasías sin la más mínima idea de cómo lograr que su futuro empiece ya de una vez! Ahora le da miedo que la señora del sueño tenga razón y que quien es vago y soñador como ella tiene al final una vida equivocada, ¡una vida equivocada!»

Dejó el diario sobre sus rodillas. No entendía nada. ¿De quién hablaba allí? Pero lo que estaba escrito, las mismas palabras, los pensamientos que encerraban y esa especie de grito final le habían producido una extraña conmoción. Siguió pasando hojas. Muchos párrafos eran muy breves. La descripción de un hombre loco que había visto por la calle. De un cachorro de gato huérfano que Dinka había adoptado. Una página con una sola línea: «¿Cómo se puede seguir viviendo después de saber lo que pasó en el Holocausto?». De repente vio las letras de un idioma extranjero. Miró más de cerca y se dio cuenta de que era hebreo en escritura de espejo. No tenía el tiempo suficiente para descifrarla, pero al pasar la hoja pensó que quizá Tamar había tenido alguna razón especial para ocultar lo que allí había escrito. Con perseverancia y haciendo un gran esfuerzo leyó muy despacio: «A veces piensa que puede que exista un mundo...». Le llevaría horas leer una página como aquella. Se fue hasta la bicicleta. Con un pequeño destornillador, que siempre llevaba fijado a la parte trasera de la zapatilla de deporte —«Llevar un destornillador es como llevar un pañuelo», le había enseñado su padre, «nunca sabes cuándo te va a hacer falta»— desmontó el espejo. Volvió junto al diario y leyó de corrido: «que puede que exista un mundo en el que la gente sale por la mañana para el trabajo o la escuela y regresa por la tarde a otra casa, y ahí, en esa otra casa, cada uno desempeña su papel, el papel de padre, o de madre, de niño, de abuela, etc. Durante toda la noche hablan, se ríen, comen, se pelean, ven juntos la tele, y cada uno se comporta según su papel. Después se van a dormir y por la mañana se levantan para ir al trabajo o a la escuela, y cuando regresan por la noche lo hacen de nuevo a otra casa, y todo empieza de nuevo. El padre es el padre de otra familia, la niña es la niña de otra familia, y como durante el día se les ha olvidado lo que pasó la noche anterior, les parece que siempre están en su casa, en la casa correcta. Y así de

por vida».

Lentamente, soltó el cuaderno. Aquella idea le había producido una fuerte agitación y desasosiego. De inmediato, claro está, pensó en su casa. ¿Y si era cierto? ¿Y si era verdad que cada noche de su vida había ido a una casa diferente para encontrarse con otras personas completamente desconocidas y los había llamado mamá y papá? No. Al momento apartó la idea de su mente, en casa eso es imposible. El aroma de su madre podría identificarlo entre mil madres distintas. O el contacto de la mano de su padre en la mejilla, y las pequeñas bromas que este le gastaba siempre y que tan nervioso ponían a Asaf, por no hablar de Muki, a la que reconocería con los ojos cerrados entre otras mil niñas de seis años.

Abrió otro cuaderno, más tardío. Lo hojeó. Lo cerró. Aquella idea tan extraña no se le iba de la cabeza. Quizá, de todas formas, Tamar tuviera algo de razón. Porque si estaba equivocada por completo, ¿por qué sentía en el corazón como un ligero escozor, muy lejano?

Pasó una hoja: «Pero no es guapa. Nada guapa. No importa lo que digan todos ni los motivos que tengan para mentirle. Liat le dijo una vez, puede que haga dos años, "hoy estás casi guapa". Para ella fue el piropo más grande que nunca haya recibido, porque el "casi" probaba que era verdad. Pero cuando ahora piensa en eso le entran ganas de gritar porque la belleza externa tenga que marcarle el destino». (Pero si sí es guapa, protestó Asaf, que recordaba cómo la había descrito Teodora, y hasta el detective se había visto obligado a reconocerlo; ahora Asaf casi sentía compasión hacia ella a la vez que sentía un extraño alivio, justamente porque ella no fuera probablemente una belleza despampanante.) «... Después del colegio ha ido al café Atara. Había allí una señora mayor, de unos cuarenta años, con una melena lisa hasta el cuello, unas gafas negras y grandes nada de moda y una piel horrorosa. Estuvo allí sentada removiendo el café durante por lo menos media hora y sin tomárselo. Pero no soñaba despierta porque la mirada reflejaba irritabilidad. Después sacó un libro que creí que era en inglés y leyó durante por lo menos media hora más, pero cuando pasé por su lado y miré vi que era hebreo. ¡Lo estaba leyendo desde el final hacia el principio! Lo escribo para recordar que todo está lleno

de misterios. Además ya no soy tan inocente como cuando era niña, y sé que todo el mundo tiene sus propios juegos secretos. Otro pensamiento que he tenido hoy en clase de gimnasia: que en el mundo estaba sucediendo algo tan misterioso como que toda la ropa desaparecía, simplemente se evaporaba y que todos tenían que ir desnudos a todas partes, a los restaurantes, al colegio, a los conciertos. ¡Brrr! A propósito, con respecto a la señora del café, parecía periodista, o juez. Tiene muy claro que ese mismo aspecto es el que ella tendrá dentro de aproximadamente veinticinco años, el de una juez inteligente y triste con la que nadie se sienta a tomar café.»

Asaf estaba confundido. Una cosa era abrir el diario de alguien en busca de pistas que pudieran orientarlo, y otra muy distinta era fisgar de esa manera en el alma de ese alguien. Aunque el concienzudo vistazo que le había echado a los diarios empezaba ya a dar sus frutos. Había allí algo, en las palabras, una especie de tristeza y de soledad en las que Asaf no era capaz de dejar de pensar. Abrió otro cuaderno, más grueso. Si tuviera unos cuantos días de tranquilidad se pondría a leerlo todo. De principio a fin, para empaparse de la vida de ella. Pero Dinka volvía a estar inquieta y él mismo, precisamente por lo que había encontrado en el diario, estaba muy tenso y le urgía todavía más llegar hasta donde ella estaba. Por eso pasó las hojas a toda velocidad, cogió otro cuaderno, vio que la letra cambiaba, que se iba haciendo más madura y que ya no había caracoles pintados en los márgenes. Se detuvo ante otra página escrita en escritura de espejo: «3.3.98 I. y A. se ríen constantemente y de todo. Tienen una facilidad que a ella le falta. Antes también ella la tenía. Cuando era pequeña, está casi segura de que sí la tenía. Además, I. y A. no siempre han sido tan alegres. Pero es como si ellos sí supieran interpretar el "rol de los alegres". Puede que para ellos sea diferente, porque no tienen lo que tiene ella. Hoy lo ve todo especialmente negro. Enormes ratas por todas partes. ¿Qué es lo que le pasa? Nada. ¿Hace falta un motivo? Ayer visitó a Teo y hablaron de la película *Cielo sobre Berlín*. ¡Qué película tan divina! Cuando crezca hará películas surrealistas en las que todo sea posible. Qué idea tan buena la de que los ángeles puedan andar junto a las personas oyéndoles el pensamiento. Terroríficamente

brillante (a la vez que simplemente terrorífico). Se plantea una profunda discusión acerca de si hay vida después de la muerte o no. T. no cree en Dios, y sin embargo está completamente segura de que la hay y de que su vida no tendría sentido en este “valle de lágrimas” si no hubiera alguna promesa de vida después de esta. Yo me he quedado callada y escuchando hasta que ha terminado de hablar y después le he dicho que creo exactamente lo contrario, es decir, que a mí me gustaría estar segura de que solo existe esta vida porque no quiero saber nada de reencarnaciones. ¡Solo el hecho de pensar que tendría que volver a pasar por todo esto otra vez!».

Asaf cerró el cuaderno de golpe, como si se hubiera asomado a una herida abierta. Ni por un solo momento lo habían confundido esta vez los constantes pasos del «yo» al «ella». La Tamar esa era tan —buscó la palabra pero no la encontró—. Tan inteligente, claro. También triste, y mucho, falta de ilusiones. Una chica que ponía el dedo en la llaga. Su tristeza no era la tristeza corriente que también él conocía, porque hubiera perdido el Ha-Poel, supongamos, o por una mala nota. Se trataba de una tristeza de una clase completamente distinta, como la de los muy viejos que ya lo saben todo de la vida. También Asaf había conocido alguna vez, a centelleos intermitentes, esa tristeza que no sabía describir con palabras y prefería no intentarlo siquiera, porque cuando uno formula algo con palabras permanece ya para siempre y se convierte en veredicto contra uno mismo. Pero si Tamar estuviera allí, lo hubiera hablado con ella sin ningún miedo y hubiera intentado también darle finalmente un nombre a esa cosa que lo acechaba siempre tras la fina pantalla de la vida diaria y la familia e incluso desde detrás del abrazo más fuerte de su madre. No le gustaban esos pensamientos que lo envolvían de tanto en tanto cuando se encontraba solo en su habitación o antes de dormirse por la noche. De repente se veía asaltado por esos pensamientos tan fríos y entonces era como si se precipitara en una caída libre hacia el interior de unas fauces abiertas.

Asaf notaba que de lo que hablaba allí Tamar era exactamente de esas mismas cosas. Que era la única persona en el mundo que le había dicho algo tan claro y sensato sobre todas esas cosas tan sutiles y

escurridizas. Permanecía sentado, balanceándose y golpeándose los muslos con los puños, mientras una y otra vez abría y cerraba los cuadernos, como si abriera y cerrara las compuertas de una presa para regular la corriente que fluía entre el diario y él, y a pesar de que nada había cambiado a su alrededor, en el mundo que quedaba al otro lado de la maraña de arbustos, Asaf se sintió de repente completamente perdido, flotando en el espacio de la existencia como un copo de nieve de forma humana y necesitando desesperadamente saber que había otro copo humano revoloteando en algún lugar lejano y cuyo nombre era Tamar.

Asaf sabía también, porque no quería engañarse, que la diferencia entre él y Tamar consistía en que ella parecía no tener miedo de esos pensamientos, o por lo menos no los rehuía, mientras que él se limitaba a huir y a olvidar. Ella hablaba de sus pensamientos más negros, de la caterva de ratas, como de unos viejos conocidos. A Asaf casi le daba la impresión de que Tamar disfrutaba regodeándose en ello, y cuando vio la página en la que había escrito cien veces, como si fuera un castigo, la palabra «rara», tuvo ganas de tacharlo con una gran equis y escribir encima «especial». Si le llevo a Dinka, pensó entusiasmado, qué contenta se va a poner. Y Asaf sabía que quería hacer por ella más que eso, mucho más que eso.

Se levantó. Se sentó. Abrió un cuaderno, lo cerró. El cuerpo entero le ardía de la tensión. Dinka lo seguía con la mirada y a Asaf le pareció que los ojos de la perra buscaban los suyos para decirle: ¿Entiendes ahora de lo que te he estado hablando todo el rato? De repente Asaf se quiso marchar. Sentía una necesidad imperiosa de correr, de acabar con el burbujeo que le rebullía en la sangre. También acudían a su mente, de pronto, un sinfín de palabras que le brincaban por la cabeza. Porque Tamar era algo más que simplemente inteligente, triste y especial. Era arrebatadora. Esa era la palabra que buscaba y con la que finalmente acababa de dar, una palabra que su madre repetía siempre después de ver una buena película: «¡Aaah! ¡Me ha parecido arrebatadora!». Esta palabra, en boca de su madre, lo conmovía, incluso antes de llegar a entenderla del todo. Y por lo que Tamar había escrito, a Asaf le parecía que esa era exactamente la

palabra, arrebatadora, como si alguien hubiera llegado para agitar con fuerza todo lo que tenía en el corazón, en la cabeza y en las entrañas.

Dinka ladraba, ¡no hay tiempo, no hay tiempo! Asaf seguía saltando de un cuaderno a otro, descorazonado al saber que no le iba a dar tiempo a leerlo todo. Había llegado a la Tamar de los quince años: ahí, de repente, entraba una bocanada de aire fresco. La angustiosa tristeza desaparecía. De pronto se encontraba ante una chica feliz, hasta entusiasta. Qué bien, se alegró, aunque enseguida masculló: por lo visto se debe a su amistad con Idán y Adí. Esos dos nombres llenaban las páginas, especialmente el del chico: Idán ha dicho esto y ha hecho esto otro, Idán opina que, Idán ha decidido que... Asaf supuso que Idán era por lo visto el chico ese, el guitarrista que ella andaba buscando. Tamar parecía completamente enamorada de él. Asaf siguió leyendo, y cuanto más leyó empezó a darse cuenta de que Idán no se había entregado realmente a ella, que jugaba un poco con Tamar, y puede que también con la otra, con Adí, y que si amaba a alguien ese alguien era él mismo. Asaf se sorprendió de que Tamar no se diera cuenta de ello, de que no leyera atentamente lo que ella misma había escrito ahí. Dime, Dinka, ¿cómo es posible que con toda su inteligencia y su sentido crítico pueda estar tan entusiasmada con el Idán ese?

Al mirar la fecha del final del último cuaderno, descubrió que el diario terminaba hacía justamente un año. Comprobó apresuradamente las fechas de los otros cuadernos. Los puso por orden y supo con toda certeza que si es que existía un cuaderno más —el del último año, el que le podía revelar la razón por la que Tamar había emprendido aquel viaje— desde luego que allí no se encontraba.

Por un momento lo invadió la decepción. Estaba completamente confundido de tantas sensaciones contradictorias. Pero no había tiempo para regodearse en la decepción. Había que seguir corriendo. Resultaba extraño: no había pasado nada que pudiera empujarlo hacia esa nueva urgencia, pero a pesar de todo, durante los últimos momentos tenía la sensación de que un gran reloj de arena se estaba agotando en algún lugar y que todo se desarrollaba ahora a una velocidad mucho mayor porque se iba aproximando a la meta.

Devolvió todas las cosas a la mochila. La ropa, las sandalias y los cuadernos. No tenía ni idea de adónde iría ahora. Puede que a la calle peatonal de Ben Yehuda, para buscar al guitarrista del que le había hablado Serguei, aunque no le apetecía lo más mínimo conocerlo. Tampoco estaba de humor para hacer una cosa tan simple como ponerse a andar por una calle llena de gente, ni ver a extraños ni hablar con las palabras que todos usaban. Tenía la sensación de que durante el breve lapso de tiempo que llevaba oculto entre los arbustos había sucedido algo nuevo y solemne. No solamente a él, sino en general, al mundo entero. No era posible que las cosas continuaran como habían estado hacía una hora. De repente sintió una gran urgencia por encontrarla para contárselo. Puede que ni siquiera tuviera que contárselo, puede que ya lo entendiera, en ese mismo momento, cualquiera que fuera el lugar en el que se encontrara ahora, incluso sin saber quién era él, sin saber nada acerca de él, era muy posible que ya lo sintiera.

¿CÓMO OSA UNA SOLA ESTRELLA?

No sabía cuándo volvería a ver a Shai. El día después de su primer encuentro, Shai no había acudido a cenar. Tamar no sabía si se encontraba en Jerusalén, si se habría quedado a dormir en alguna ciudad lejana o si, a propósito, rehuía verla a ella. Allí sentada comía el puré diario con la mirada constantemente desviada hacia la puerta. Al día siguiente Shai apareció, se sentó y no levantó la cabeza del plato hasta el final de la cena, ni respondió a todas las penetrantes miradas de ella ni a sus desesperadas llamadas con los dedos. Terminó de cenar, se marchó, y al día siguiente no se presentó.

Pero Pesaj Beit Haleví sí acudió, se sentó a cenar con ellos y estaba de un humor excelente. Los pantalones cortos de siempre le reventaban a la altura de los muslos y a Tamar se le ocurrió pensar que, por lo visto, nunca se los cambiaba, así como tampoco parecía lavar nunca su perpetua camiseta de red. Bromeaba y contaba interminables historias y anécdotas de su paso por el servicio militar —había sido proveedor de cierto coro militar— y se pavoneaba hablando de las competiciones de lucha en las que había participado en su juventud. Por su parte, Tamar meditaba que si seguía esperando a que Shai colaborara con ella, así, sin hacer nada de inmediato, sencillamente acabaría por volverse loca.

Miró de reojo el rudo rostro de Pesaj y se quedó un poco sorprendida de la evidente contradicción que vio en él. Los carnosos labios expresaban perversión, incluso bestialidad, la embotada gordura de la cara denotaba una mal disimulada tiranía y los ojos eran los de un muerto, pero a pesar de todo eso aquel rostro expresaba también cierta bondad primitiva y unas patentes ansias por ser considerado «un buen chico» y ser amado y admirado por todos. Se levantó, se palpó los bolsillos de los pantalones cortos y dijo que se había olvidado la cajetilla en el coche, ¿quién le daba un cigarrillo? Al instante lo rodearon por todas partes y Tamar sintió asco de tanta adulación, pero en ese momento reconstruyó mentalmente el gesto de él palpándose los bolsillos y el corazón empezó a latirle con fuerza: Pesaj tenía los bolsillos del pantalón vacíos y la camiseta ni siquiera

tenía. Era ahora o nunca.

Tamar esperó a que alguien, un feliz ganador, le encendiera el cigarrillo del que aspiró con placer el primer humo. Solo entonces se levantó y le dijo a Shelí en voz alta, que salía un momento al lavabo, que no le retiraran el plato. Salió del comedor y corrió con todas sus fuerzas.

El pasillo se encontraba vacío. Una solitaria bombilla que pendía de un cable mecía unas sombras en las paredes. Tamar presionó el picaporte. Estaba segura de que se encontraría la puerta cerrada con llave. Lo que iba a hacer era una apuesta demencial y carente de cualquier posibilidad de éxito. Pero la puerta se abrió.

La oficina de Pesaj se encontraba a oscuras así es que Tamar tuvo que avanzar a tientas. Rodeó una silla y chocó contra otra hasta que encontró la mesa. Allí daba ya un poco la suave y sobrecogedora luz de la luna. Abrió el primer cajón. Carpetas y papeles lo inundaban en medio de un gran desorden, pero Tamar se puso a buscar la libretita roja. Hasta esa noche nunca había visto a Pesaj sin ella en las manos. Rebuscaba muy deprisa, procurando conservar cierto orden dentro del desorden. Allí no estaba la libreta. ¿Qué te creías? Seguro que la lleva en un cinturón secreto, oculta en algún lugar de los pantalones. Abrió el segundo cajón. Allí encontró clasificadores, recibos viejos y paquetes enteros de tarjetas de aparcamiento de las distintas ciudades.

Al otro lado de la puerta, en el pasillo, se oían voces. Alguien andaba por allí. Quizá fueran dos. Caminaban deprisa. Tamar se agachó en un intento de esconderse detrás del cajón. Dios mío, pensó, aunque no crea en ti, aunque Teo se burle de mí por haberme rendido en un momento de pánico y haberte llamado, por lo que más quieras, haz que no vengan aquí.

«Ya verás como al final lo convenzo para que venda». Identificó Tamar la voz de Sisco. «Ese radiocasete tan cojonudo lo quiero para mi coche.»

«Ponle delante un par de talegos y verás cómo lo suelta», dijo la otra voz, que no conocía. «Como una puta correrá a vendértelo, por estas.»

Los pasos se oyeron junto a la puerta, pasaron y se alejaron por el pasillo.

Tamar esperó otro poco, completamente deshecha por el pánico. El último cajón tenía cerradura. ¡Cómo no! Por eso no lleva la libreta encima. Le basta con llevarse la llave. Tamar tiró del cajón sin esperanza alguna. Después se quedó un instante con los ojos muy abiertos y sin poder dar crédito a lo que estos estaban viendo: es la primera vez en la vida, pensó, que tengo más suerte que seso.

Allí estaba la libretita, roja y gorda, con la cubierta agrietada y grasienta por los dedos de Pesaj.

Al principio no entendía nada. Las páginas estaban repletas de columnas y líneas, de iniciales, nombres y números. Todo aparecía escrito con una letra diminuta, sorprendente en consideración al tamaño de la mano que la había trazado. Tamar orientó las hojas hacia la ventana en un desesperado intento por tener un poco más de luz. Recorría las líneas con la mirada mientras su boca empezaba a expresar la decepción: aquello parecía estar escrito en clave y sabía muy bien que no tendría tiempo de descifrarlo. Cerró la libreta y los ojos. Se concentró para sobreponerse. Al cerrar los ojos descubrió que las líneas eran nombres de ciudades y las columnas, las fechas de las actuaciones. Las líneas y las columnas se entrecruzaban formando una especie de cuadrícula. Empezó a sentir el pulso en las sienes, en el cuello, hasta detrás de los ojos. Buscó la columna con la fecha de ese mismo día. La encontró. Después la hizo casar con la línea de «Tel Aviv». En el punto en el que se cruzaban descubrió su propio nombre. Así fue como descifró las iniciales: P.D. era la plaza Dizengoff, en la que había actuado por la mañana. S.D. era el centro comercial Susan Dalal. La libreta le tembló en las manos. Intentó olvidar todo lo que había más allá de la puerta. A todo el que podía llegar a aquella oficina en cualquier momento. Solo en ese momento pudo comprender realmente el valor que había tenido Shai al atreverse a llamarla por teléfono desde allí. O la magnitud de su desesperación. Había sido a las diez de la noche, un día que sus padres no estaban en casa. Tamar casi se desmayó al oírlo, después de tantísimo tiempo. Shai hablaba con una voz ahogada, histérica. Le contó cierto accidente que había tenido, pero resultaba difícil entender lo que decía. Suplicaba que lo fueran a buscar, a salvar, pero sin mezclar a la policía, porque si

llamaban a la policía era hombre muerto. Tamar se encontraba en la cocina en ese momento, la noche antes del examen de trigonometría, así es que le tomó un tiempo entender lo que Shai le decía. Tenía una voz muy distinta, en la que el tono y la cadencia habían cambiado por completo. Era un extraño. Shai dijo que era un lugar horrible, una especie de cárcel, que todos los demás que estaban allí eran medio libres mientras que solamente él estaba condenado a cadena perpetua, y sin darse tiempo a respirar añadió que le pidiera perdón en su nombre a su padre, que le había pegado en un momento de enajenación mental, y que el jefe de donde se encontraba era uno que durante medio año había dudado si era un demonio o un ángel, algo increíble, completamente enfermizo...

Mientras Shai hablaba Tamar había oído el rechinar de una puerta detrás de él. Ella, desde la cocina, en su casa, lo había oído, y Shai no. Así es que había seguido hablando unas pocas palabras más, hasta que se calló y empezó a respirar profundamente, como si temblara, y a murmurar «No, no... no...». Después Tamar había oído otra voz, que no le pareció humana, como el rugido de un depredador que salta sobre su presa, un gruñido procedente de lo más profundo de su garganta, y después los golpes, uno tras otro, como el golpear un saco lleno de arena contra la pared. Una vez, y otra, un grito, y un aullido, que en un primer momento no supo identificar si era de un humano o de un animal.

Desde allí, desde aquella habitación.

Pero ahora no debía pensar en eso. Siguió pasando las hojas. Quería comprobar los próximos días. Buscó en las columnas en las que aparecía «Jerusalén». Después buscó en las líneas horizontales su propio nombre y el de él. No lo encontraba, no lo encontraba. En el piso de arriba oía un ruido de tenedores y cucharas. Empezaban a recoger. Puede que le quedara un minuto más, minuto y medio. Su dedo recorría los días. Se detuvo en el domingo siguiente. Solo encontró su nombre en la columna de «Jerusalén». Shai estaría en Tiberíades. El dedo volaba a lo largo de la columna. Se quedó clavado en el jueves siguiente. Los ojos se le abrieron de par en par: el nombre de él y el de ella, uno al lado del otro. Shai iba a actuar en un lugar

marcado como E.M. y ella caía en la casilla P.S., y los dos tenían la actuación de diez a once de la mañana. Cerró la libreta, la devolvió al cajón y permaneció un instante temblando de la cabeza a los pies: dentro de nueve días. Una semana y dos días. Él estaría en la explanada de los grandes almacenes Mashbir y ella en la plaza de Sión, a una distancia de unos pocos cientos de metros. ¿Cómo iba a arreglárselas para poderlo ver? Nunca lo conseguiría. Pero dentro de nueve días tenía que intentar sacarlo de allí.

Ahora sal, le gritaban todos los sentidos. Habían pasado por lo menos cinco minutos desde que se había marchado del comedor dejando el plato en la mesa, así es que era muy posible que Pesaj enviara a alguien para ver dónde se había metido. Pero el caso era que ella todavía no había terminado lo que tenía que hacer allí. Corrió a la puerta, la abrió un poco y se asomó. El pasillo se encontraba vacío. La bombilla desnuda se columpiaba proyectando unas turbias siluetas luminosas. Tamar cerró la puerta en silencio y regresó a las profundidades de la habitación, a la mesa, al teléfono. Le temblaban tanto los dedos que no lograba marcar correctamente. Volvió a intentarlo. En algún lugar sonó un teléfono. Ojalá que esté en casa, rezó Tamar con todas sus fuerzas, ojalá esté en casa.

Leah cogió el teléfono. Tenía la voz tensa y alerta, como si hubiera estado esperando la llamada.

«Leah…», susurró Tamar.

«¡Tami, cariño! ¿Dónde estás, mi niña, qué es de ti? ¿Adónde tengo que ir a buscarte?»

«Leah, ahora no. Escúchame: el jueves que viene, este no, el siguiente, entre las diez y las once, estate esperando con el coche…»

«Un momento, más despacito, que me lo apunto…»

«No, no hay tiempo. Acuérdate: el jueves de la semana que viene.»

«Entre las diez y las once. Pero ¿dónde quieres que esté?»

«¿Dónde? Un momento…» El escarabajo amarillo de Leah se le apareció por una milésima de segundo ante los ojos. Intentó reconstruir mentalmente las callejuelas del centro de la ciudad. No sabía cuál de ellas estaba abierta al tránsito de coches, si eran contradirección o cuál sería el lugar más próximo a Shai, para que no

tuviera que correr una distancia demasiado larga.

«¿Tamar? ¿Sigues ahí?»

«Estoy pensándolo. Un momentito.»

«¿Te puedo decir algo mientras que lo piensas?» «Estoy muy contenta de oírte, Leah.» La emoción la ahogaba.

«Me paso los días aquí sentada comiéndome las uñas. ¡Ya hace casi tres semanas que no te vemos ni sabemos nada de ti! Y Noiku me tortura todo el día, que dónde está Tami, que dónde, que cuándo viene. Pero ¿qué tal te ha ido, querida? ¿Conseguiste entrar?»

«Leah, tengo que colgar.» Porque en el pasillo se oían pasos. Colgó y se acurrucó detrás de la mesa hasta convertirse en un ovillo asustado. Esperó unos cuantos latidos de corazón más. Completo silencio. Por lo visto, el miedo la hacía oír voces. Por lo menos había conseguido pasarle el aviso a Leah. Lo que tenía que hacer ahora era salir de allí sana y salva.

Pero mientras se acercaba a la puerta de puntillas, se vio asaltada por un fortísimo deseo de telefonear a alguien más. Aquello era completamente demencial, algo que se salía de toda lógica y rayaba en la locura. Pero las ansias de hablar con una persona más de su reencarnación anterior habían empezado a bullir en ella. Estaba ya en la puerta, con la mano en el picaporte, cuando se detuvo un buen momento, desgarrada entre lo que debía y lo que quería hacer. Tenía que salir de allí. ¿A quién llamar? ¿A sus padres? Imposible todavía. Se derrumbaría si hablaba con ellos. A Idán y Adí tampoco, porque todavía no habían vuelto a Israel, ahora estarían en Turín, además de que a ellos ya no tenía nada que decirles. ¿Quiénes quedaban? Halina y Teo. Como una sonámbula emprendió el regreso hacia el teléfono. Leah, Halina y Teo. Sus tres amigas. Sus tres madres. «Teo es la madre de mi cerebro», había escrito Tamar en el diario, «Leah la del corazón y Halina la de la voz.» Sin saber lo que hacía, levantó el auricular. En los oídos le ululaban las salvajes sirenas de una alarma, pero era incapaz de oponerse al fuerte deseo que la empujaba a telefonear. El hecho de hablar con Leah le había despertado de repente todo lo que llevaba reprimiendo en su interior durante aquellas semanas, así es que ahora se dejó llevar por el recuerdo de su otra vida, de su vida

cotidiana libre y sencilla, y rememoró lo delicioso que resultaba hacerlo todo sin tener que pensar antes diez veces si no te estarían observando o no te vigilaban, lo estupendo que era sencillamente hablar, simplemente poder decir lo que a uno se le ocurriera. Así es que como quien sueña, como una drogadicta desesperadamente necesitada de amor y de calor humano, marcó un número más.

Dio la señal de llamada. Tamar se imaginó el teléfono negro, anticuado, con el disco de marcar y los golpecitos suaves y raudos de las sandalias de paño.

«¿Sí, hola?», preguntó la voz aguda con su pronunciado acento antiguo. «Hola, ¿quién está al habla? Pero un momento, ¿eres Tamar? ¿Mi querida Tamar?»

Una mano. Roja, pesada, con un anillo negro de sello cuadrado con borde de oro, cayó sobre el teléfono y cortó la conversación.

«Nunca lo hubiera creído de ti», dijo Pesaj mientras encendía la lámpara e inundaba de luz la habitación. «¿Precisamente tú? ¿Llamadas particulares desde el teléfono de la residencia? ¿A quién estabas llamando? ¿A alguien que nosotros conozcamos? ¿A papá y mamá? ¿O era a otro? ¡Siéntate!», rugió, y la empujó violentamente hacia la silla para ponerse después a dar vueltas y más vueltas alrededor de ella. Tamar notaba la nuca petrificada. ¡Qué manera de dejarse atrapar! Había caído exactamente igual que Shai, y en la misma habitación.

«Ahora tenemos dos posibilidades. O me dices por las buenas con quién estabas hablando o te forzaremos a hacerlo. ¿Qué decides?» Pesaj se apoyó con todo su peso en la mesa que tenía delante. La violencia que había en él le llegaba a Tamar en forma de fuertes oleadas de calor y los potentes músculos correteaban bajo su piel como cachorros en un vientre. Tamar tragó saliva.

«Estaba hablando con mi abuela», susurró.

«Conque con la abuelita, ¿eh? Pues ahora tenemos otras dos posibilidades», dijo Pesaj muy despacio y Tamar se sorprendió al ver cómo en un abrir y cerrar de ojos toda la grasa del rostro de él parecía

haberse absorbido hacia adentro a la vez que los huesos se le marcaban para trazar la calavera desnuda de un espectro. «O que yo te pida el número que has marcado y tú me lo das por las buenas...»

Tamar permanecía en silencio.

«O que nos decidamos por la otra posibilidad: que yo pulse ahora mismo la tecla de rellamada.»

Tamar lo miraba inexpresiva. Nada de demostrarle que tengo miedo. No tengo que darle ese gusto.

La rellamada estaba en curso. Pesaj se pegó el auricular al oído. Hubo un silencio. Una señal de llamada. Después, a través de la mejilla de él Tamar oyó el «Halo» agudo de Teodora, que ahora sonaba preocupado y temeroso. Pesaj se quedó callado y prestó mucha atención. Teodora volvió a gritar «¿Hola? ¡Hola! ¿Quién es? ¿Tamar? ¿Tami? ¿Estás ahí?», y entonces él colgó. Torció la boca indeciso.

«Bien», dijo finalmente, poniendo cara de asco, «pues ha resultado parecer una abuela». Tamar relajó los hombros ligeramente aliviada. Cómo un error tan tonto había llegado a convertirse en su tabla de salvación. ¡A la mierda!, pensó inmediatamente después, ¡se me ha olvidado decirle a Leah el nombre de la calle! Se clavó las uñas en la palma de la mano: el día y la hora sí había tenido tiempo de decirlos, ¡pero no el nombre de la calle! Qué desastre tan terrible... Pesaj andaba dando vueltas alrededor de ella por toda la habitación con gesto pensativo. Después volvió a inclinarse sobre ella con toda su corpulencia y violencia: «Levántate. Esta vez has salido bien parada de esto. Me huele muy mal pero te has librado por los pelos. Ahora abre muy bien los oídos». Tamar seguía sentada, sin moverse, mientras pensaba cómo desde el primer momento allí se había complicado la vida por cantarle «No me llames chata», y después por llamar a Miko «ladrón», y también por haberle dado el dinero a la rusa; una y otra vez había actuado según sus impulsos y completamente en contra de sus intereses y su propósito. «Si se te ocurre siquiera volver a buscarme las cosquillas... estás acabada. Aunque cantes como Haya Alberschtein y Ioram Gaon juntos saldrás de aquí en un estado tal que no podrás volver a cantar en toda tu vida, palabra, así es que grábate bien lo que te he dicho, chata.» «Chata», la había llamado, ¿qué otra

cosa podía esperarse? «Hasta ahora no acabo de captar demasiado bien la gracia de que estés aquí, ¿me entiendes? Y es que hay algo que todo el tiempo me está oliendo muy mal de ti, pero que muy mal. Tengo una especie de corazonada contigo que no sé... y con ese tipo de cosas todavía no me he equivocado nunca.» Tamar sentía como de segundo en segundo se le iba derritiendo esa misteriosa materia que debía, en un principio, aglutinar todos sus miembros y las facciones de la cara. «Así es que métetelo bien en la cabeza, todavía no ha nacido la persona que se la juegue a Pesaj Beit Haleví, ¿estamos entendidos tú y yo?»

Tamar asintió.

«Ahora, largo, fuera de mi vista, volando.»

Y Tamar salió volando.

Cuando terminó la última canción, las personas allí reunidas aplaudieron, gritaron «¡Bravo!» y después se dispersaron. Algunas de ellas se le acercaron, la alababan, también le daban las gracias y le preguntaban por esta o aquella canción de las que había cantado. Apartándose de lo que tenía por costumbre hacer, esta vez les respondió con todo detalle y se extendió en las explicaciones. Por el rabillo del ojo vio a Miko llegarse hasta el puesto cercano de shawarma. Tamar, entonces, examinó con rapidez a las personas que tenía alrededor. ¿Quién resultaría el más adecuado? ¿En quién podría confiar? Había allí dos mujeres jóvenes, unas turistas de un país del norte, que le hablaban a ella en inglés con una erre uvular. Ellas, ni pensarlo. Había también un hombre alto y delgado, con una barbita y la cara algo achinada que se había inclinado hacia ella para hablarle de la pureza de su voz, «esa luminosidad», decía, «cuando has empezado a cantar yo estaba en el otro extremo de la calle y he creído estar oyendo una flauta». Pero había algo en él que a Tamar le resultaba un poco falso, aunque también era posible que sintiera cierto rechazo hacia él porque le recordaba la falsedad con la que ella misma se estaba comportando en ese preciso momento. A su lado vio a una señora muy finita y de piel transparente que se retorcía las manos con

emoción contenida y que le decía que tenía algo maravilloso que contarle, algo fuera de serie, pero que esperaría pacientemente a que le tocara el turno. Después se percató de la presencia de un hombre gordezuelo y mayor que llevaba una cartera marrón y desgastada. Le pareció que tenía el aspecto de un humilde y entregado funcionario. Tenía unos ojos bondadosos, grandes y redondos, tras los cristales de las gafas; bigotito caído, corbata ancha y anticuada y la camisa por fuera de los pantalones. Tamar vio que el hombre vacilaba, pero no había tiempo para vacilaciones. Se volvió hacia él y le dedicó la sonrisa más radiante que pudo poner. Él enseguida se dejó cautivar y devolviéndole la sonrisa le dijo que él era un completo ignorante en cuestiones de canto, pero que al oír su voz había experimentado algo que hacía ya años que no sentía, y los ojos se le humedecieron un poco mientras la tomaba de la mano con las dos suyas. En ese momento, antes de que también él fuera a decir algo acerca de su pureza, Tamar le tendió también la otra mano y le clavó la mirada en lo más profundo de los ojos, una mirada suplicante. Se dio cuenta del desconcierto que se apoderó de él, porque el hombre, al notar el pedazo de papel presionado contra su mano, alzó las cejas. A sus espaldas, a una distancia de unos diez metros, Miko apartaba ahora el pan de la boca y se relamía en diagonal la salsa amarillenta que escurría de ella. Desde por la mañana temprano apenas había apartado la mirada de ella, que muy bien sabía que Pesaj lo habría aleccionado especialmente después del incidente de la noche anterior. El hombre, sagaz, captó finalmente la desesperación de Tamar y reaccionó. Cerró la mano sobre el papel y puso una sonrisa pétrea. «Hasta la vista», le dijo ella, con énfasis, y sus manos casi lo empujaron para que se alejara de allí.

El hombre pareció comprender algo, porque se alejó muy deprisa. Tamar lo siguió con la mirada, temerosa. La señora delgadita y transparente, que había esperado pacientemente, se abalanzó ahora sobre ella: el canto de Tamar le recordaba algo, «tienes que oírlo y entonces lo entenderás: hubo una gran cantante, Rosa Raisa, se llamaba, que huyó de Bialistok siendo una niña judía, Rosa Brochstein, sí, no te rías, y a la que muchos consideraron la cantante

más grande después de Caruso; Puccini y Toscanini se la disputaban...» Tamar escuchaba a través de ella. Miraba a través de ella. Le decía que sí a todo como un tentetieso. Más allá de la señora vio al hombrecillo caminar apresuradamente. Acababa de pasar justo por delante de Miko, sin que ninguno de los dos se percatara del otro. Tenía la calva redonda roja por el esfuerzo, y puede que también por el nerviosismo. Tamar rezaba para haber escogido correctamente. Alguien se reía por lo bajo ante ella. La refinada señora se moría de risa con sus anécdotas: «... y un día, cuando la Rosa Raisa esa viajaba en tren por México, Pancho Villa y sus bandoleros asaltaron su vagón y se liaron a tiros. Ella les dijo que era cantante, cosa que ellos no creyeron, pero en cuanto abrió la boca y se puso a cantar en el vagón, en medio del atraco, "El guitarrico", no solo que la dejaron marchar, sino que le dieron antes un trago de tequila...». Tamar le sonrió distraída, le dio las gracias, recogió el dinero y el magnetófono, llamó a Dinka y se dirigió hacia el punto de encuentro acordado con Miko. Por el rabillo del ojo vio que el hombre con la cartera marrón había llegado ya a la parte superior de la calle. A Tamar le gustó el hecho de que no se hubiera detenido de inmediato para leer la nota y que ni una sola vez hubiera vuelto la cabeza para mirar atrás. En el bolsillo guardaba otras dos notas iguales que había preparado la noche anterior. Había planeado entregárselas a tres personas distintas, pero de todos los que la habían estado escuchando cantar ese día, solo se había fiado de él; le daba la sensación de que él era el hombre adecuado.

Moshé Honigman, ex taquígrafo de un juzgado, hoy pensionista, un solitario, viudo desde hacía cuarenta años. Junto a una carrera un tanto monocorde, había dedicado su tiempo a varias aficiones modestas: coleccionaba mapas antiguos, libros de viajes a la Tierra de Israel y discos de orquestas de viento. Jugaba al ajedrez por correspondencia con aficionados del mundo entero y se había impuesto la costumbre de estudiar cada año un idioma para poder mantener en él una conversación sencilla. Era un hombre solo,

inquieto y siempre activo, a quien la vejez había pillado por sorpresa prácticamente a mitad de la infancia. Además de todas esas actividades era un incondicional de las novelas policíacas que podían comprarse por cinco siclos en pequeñas librerías de viejo y olvidarse gracias a ellas, durante un par de horas al día, de todos los anhelos imposibles de alcanzar.

Ahora caminaba muy deprisa por una de las calles que se bifurcaban de la peatonal. Su viejo corazón latía salvajemente, pero no podía permitirse detenerse para descansar. Todavía veía ante él los ojos suplicantes de la chica, y había comprendido que se encontraba en un gran apuro. A medida que se alejaba del lugar sus pensamientos se desplegaban ante él, en un orden sistemático: entendía que había alguien que vigilaba a la chica y que por eso, por lo visto, se había visto forzada a ocultar aquella extraña petición de auxilio. Como Honigman estaba tan nervioso, las piernas empezaron a flaquearle por las rodillas, así es que se vio obligado a reducir un poco la marcha. A cada paso que daba lo veía todo un poco más claro. Cincuenta años de roce continuo con el crimen —además de los libros que devoraba tenía también a sus espaldas los muchos años como taquígrafo en los juzgados— guiaban ahora sus acciones con la mayor naturalidad. De tanto en tanto se detenía ante un escaparate, se arreglaba los pocos pelos que aún se le venían a la frente y observaba con atención si no aparecía a sus espaldas alguna figura que lo persiguiera.

Febril y muy tenso por el asunto en el que se veía atrapado, Honigman dobló la esquina de la calle, el cerebro hecho un remolino de pensamientos, imaginando escenas de poner los pelos de punta, y cuyo clímax lo constituía el momento en el que la chica se había dirigido a él. Entre fantasía y pensamiento, bendijo su buena estrella por tener un aspecto tan normal, tan rutinario, tan digno de confianza. Ya que eso era así, procuró parecer todavía más corriente, para lo que puso una terrible sonrisa de cartón piedra que a su entender le confería el aspecto de un abuelo bonachón y corto de vista.

Después de pasarse una hora dando vueltas de esa manera y de despertar las sospechas de la mayoría de los transeúntes, entró en el café Rimon, pidió un bocadillo caliente de queso y se cambió las gafas

por otras de lectura. De la cartera sacó el periódico *Maariv,* lo abrió con gran ceremonia, se ocultó tras él y solamente entonces abrió finalmente la nota.

«Estimados señor o señora», decía allí, «me llamo Tamar y necesito urgentemente su ayuda. Sé que les sonará muy raro, pero tienen que creerme: se trata de un asunto de vida o muerte. Ahora, pero ahora mismo, llamen, por favor, al número 6255978. Si nadie contesta, inténtenlo más tarde. ¡Por favor, no pierdan esta nota! Tienen que preguntar por una señora llamada Leah. Les pido que le cuenten cómo esta nota ha llegado a sus manos. Lo más importante, por favor, por favor, es que le digan que Tamar les ha pedido que le comuniquen a Leah lo siguiente: a la hora convenida, el día convenido, en la calle Shammai, frente a la parada de taxis. Después, por favor, destruyan esta nota.»

Desde el otro lado del periódico emergió lentamente un rostro redondo y atónito. Así es que tenía razón, ¡por todos los demonios! ¡Aquella pequeña estaba metida en un buen lío! Releyó la nota varias veces. Intentó adivinar de dónde había sido arrancado el papel en el que había sido escrita. Lo puso contra la luz e intentó averiguar si no escondería alguna pista más.

«Su bocadillo caliente, señor», le dijo el camarero. Honigman le lanzó una mirada atónita. ¿Un bocadillo caliente? ¿Ahora? ¿En un momento de emergencia como aquel? Recogió la cartera a toda prisa, lanzó un billete sobre la mesa y salió corriendo del lugar. En la esquina de la calle encontró un teléfono público y marcó el número.

«¡Sí!», dijo una voz de mujer, potente y seca. Detrás de la voz Honigman oía un alboroto de cacharros, de agua que corría y de gente trabajando.

«¿Señora, es usted Leah?», dijo Honigman temblando.

«Sí. ¿Quién es?»

Honigman respiró pesadamente y habló deprisa y en voz muy baja: «Le habla Moshé Honigman. Lamento no tener ahora la posibilidad de presentarme debidamente, pero le tengo que contar algo muy especial, algo sobre...», volvió a mirar la nota, «... sobre Tamar. ¿Dispondría usted de un momento para dedicarme?»

Cinco minutos más tarde, aturdido por los acontecimientos de los últimos momentos, Honigman salió volando de nuevo hacia el café, obligó al camarero a devolverle el bocadillo, que todavía estaba caliente, y se apoyó en el respaldo de su silla con expresión de asombro y felicidad. Al cabo de aproximadamente un minuto empezó a ponerle nervioso el hecho de que Leah todavía no hubiera llegado. Se levantó, se asomó a la puerta y regresó a su sitio suspirando sonoramente. Una y otra vez se miraba el reloj (tenía un reloj fabricado en los tiempos del Mandato Británico en la Tierra de Israel; en lugar de las cifras aparecían en él los nombres de las doce tribus. La hora que marcaba en ese momento era Zabulón y veinte y Honigman no sabía cómo iba a entretener el rato hasta las Neftalí menos diez). Ininterrumpidamente le echaba un vistazo a la nota, la acariciaba con los ojos como si se tratara de un décimo del gordo de la lotería y leía una y otra vez las últimas palabras:

«Les agradezco de antemano su inestimable ayuda. Ojalá pudiera devolverles el favor o por lo menos pagarles las llamadas telefónicas. Espero que muy pronto les suceda algo bueno que les recompense por su bondad. Muchas gracias, atentamente, Tamar».

Solo faltaban seis días para el día de la huida y no tenía ni idea de cómo se las iba a arreglar para que Shai y ella llegaran a encontrarse a medio camino entre el lugar de la actuación de él y el suyo propio. Estaba tan asustada que no lograba pensar, ni durante los largos viajes en coche ni después en la cama. Aquello era ilógico e irresponsable, y Tamar, simplemente, no lograba rasgar la pantalla de niebla que descendía sobre ella en el momento en que su pensamiento se acercaba al momento del peligro.

El viernes, después de la cena, ordenaron los chicos y las chicas todas las sillas a lo largo de las paredes del comedor. Pesaj y dos de sus ayudantes se sentaron con ellos. La mujer de Pesaj también estaba. Una mujer menuda y discreta que miraba a Pesaj con admiración y que cuando sonreía mantenía los labios apretados. También Shai había llegado, a rastras tras Pesaj, se había sentado en un sitio donde

este pudiera verlo. Se formó un corro grande y plácido en el que la conversación fluía desenvuelta. Una chica llamada Ortal, una maga, dijo que las sillas de madera en las que estaban sentados eran como las de la escuela, de esas que te rompen la espalda, y al instante empezaron a hablar de profesores, de estudios y de viajes de fin de curso. Durante unos minutos se hubiera dicho que aquello era una especie de campamentos de verano. O como había dicho Shelí una vez, unas colonias de arte para jóvenes promesas.

Shai estaba ensimismado. Rehuía tercamente mirar a Tamar. Era un anciano de dieciocho años. Ella se encontraba sentada frente a él y por una costumbre convertida ya en naturaleza, había empezado a asumir como propia la humillación de Shai. En el lapso de unos minutos Tamar se fue marchitando, y el cuerpo se le dobló con el mismo gesto de derrota que el de él. Se parecían tanto, en ese momento, como dos tarjetas del *memory*. Si alguien se hubiera fijado, habría empezado a sospechar. Tamar pensó en los viernes por la noche en casa, antes de que les sobreviniera la desgracia de Shai. Recordó los repetidos intentos de su madre de organizar, por lo menos una vez cada siete días, una cena tranquila, sin discusiones ni riñas. Poder ser una familia una vez por semana. Su madre hasta había intentado durante varios viernes hacer el encendido ritual de las velas, pronunciar la bendición, que cada uno, en una especie de ceremonial, explicara algo interesante que le hubiera sucedido durante la semana… De pronto, por primera vez desde que se había marchado de casa, brotaron en Tamar las añoranzas por su madre, por sus buenas intenciones que todos los demás de la familia boicoteaban incansables, hasta con crueldad, añoranzas por sus patéticos y ridículos esfuerzos por mantener la familia a flote, una madre tan poco adecuada para esa familia tan cínica y cáustica y a quien la vida con nosotros había convertido en un ser amargado y que se dejaba llevar, cuando seguramente no era ese su carácter… La verdad es que pobre mamá, toda la vida viviendo en territorio enemigo, con temor a que se burlen de las cosas que dice con la mayor seriedad, luchando sin posibilidad alguna por intentar abrir el caparazón de sarcasmo que recubre a papá, soportando la genialidad de Shai y mis negativas a convertirme

en su amiga, hermana y animalito de compañía. Por un momento se olvidó de sí misma y de dónde se encontraba. Una oleada de compasión la había inundado, y de tristeza, de pena por la gran destrucción sin posibilidad de arreglo por la que había pasado su familia, aquellos cuatro seres que vivían cada uno a su aire. De repente sintió la imperiosa necesidad de hablarle con toda sinceridad de todo aquello a alguien, a alguien de fuera, que no perteneciera a la familia, compartir un poco con ese alguien aquella carga que estaba a punto de reventarle el corazón.

Shai suspiró, y Tamar, que oyó el suave suspiro en medio del barullo de la sala, también suspiró. Ahora se miraban. Quién sabía lo que estarían haciendo ahora sus padres, pensó Tamar. En casa, solos. Cada uno en un extremo de la gigantesca mesa del *office*. Hacía unos días que habían vuelto de las vacaciones. «¡Este año menos que nunca nos vamos a quedar sin vacaciones!», había sentenciado su padre con determinación. «La vida sigue y punto», había añadido, cortante, la ceja derecha coleteándole como el rabo de una lagartija para desmentir lo que expresaba su cara impasible. Después, claro está, habrían empezado a llegarles las cartas que ella había dejado en manos de Leah. «No me busquéis», decía en todas y cada una de ellas, después de las historias más banales y tranquilizadoras que había logrado inventar. Y siempre para finalizar: «Yo estoy muy bien, de verdad. No os preocupéis. Dadme un mes, nada más. treinta días. Cuando vuelva os lo explicaré. Todo irá bien, ya lo veréis, confiad en mí, por favor, os lo prometo».

«Ahora prepárate», le susurró Shelí sacándola de su ensoñación. «Siempre que viene Adinush tenemos el discursito solemne de rigor, así es que saca el pañuelo.»

«Queridos amigos y amigas», empezó Pesaj y alzó una de las copas de vino para la bendición de la llegada del sábado, «una semana más ha transcurrido y nos alegramos de encontrarnos aquí todos juntos como una gran familia bien avenida para recibir al rey que es nuestro sagrado sábado.»

«¡A-mén!», susurró Shelí, y Tamar presionó su muslo contra el de ella para indicarle que dejara de hacer bromas.

«También esta semana cada uno de nosotros ha llevado a cabo su trabajo con esfuerzo y dedicación, ganándose justamente el merecido descanso del sábado.» Tamar miraba a Pesaj, que volvía ahora a parecerle otro, alguien lleno de sublimes principios educativos y de maneras casi majestuosas. «Los que ya sois veteranos aquí, conocéis muy bien el principio por el que me rijo, y es que el arte consiste en un veinte por ciento de talento y un ochenta por ciento de durísimo trabajo.»

«Y otro cincuenta por ciento de ganancias», susurró Shelí, y alguien que tenía a su derecha se retorció de risa. Pesaj desvió hacia allí una torva mirada de reprobación.

«Es mi deseo reiteraros lo orgulloso y lo feliz que me siento de ser vuestro director. Sé muy bien que algunos de vosotros estáis pasando por momentos difíciles, pero una de nuestras máximas aquí es la no intromisión en las vidas ajenas para preservar la intimidad de cada uno. A pesar de todo ello, como seguidor de vuestras carreras y director, permitidme deciros que todos y cada uno de vosotros sois unos super profesionales que realizáis vuestro trabajo lo mejor posible, porque todos tenemos siempre presente la regla de oro de que la función debe continuar, aunque nos hayamos levantado ese día con el pie izquierdo o estemos completamente destrozados por dentro, lo principal y más importante es que el público no lo note.»

«Ahora es cuando viene lo de Rubinstein, ya verás...», dijo Shelí entre dientes.

«Y tal y como dijo uno de los más grandes, Arthur Rubinstein...»

«De bendito nombre», continuó Shelí, y unas cuantas voces susurraron: «Amén».

«A fin de cuentas, ¡el arte es la primera causa de felicidad del ser humano!», citó Pesaj, «y vosotros sabéis muy bien, queridos amigos y amigas, que en mi opinión, cualquiera de los que aquí os encontráis puede llegar un día a ser un Rubinstein, o si no que lo diga Adina, mi mujer, si no le repito noche tras noche y mañana tras mañana...» La mujer, de rostro inexpresivo, asintió enérgicamente antes siquiera de haber oído lo que Pesaj iba a decir: «... que quizá un buen día resultará, que uno de los que está aquí en esta residencia nuestra, ¡se

proclamará como el Rubistein del siglo veintiuno!». Algunos de los jóvenes empezaron a aplaudir con entusiasmo, pero Pesaj los silenció con un gesto de la mano… «Y estoy convencido de que en ese momento también recordará los principios fundamentales de cómo llevar a cabo una actuación, cómo mantener en vilo al público y cómo conservar la profesionalidad a cualquier precio, ¡a cualquier precio! Todo eso lo habrá aprendido aquí con nosotros, en nuestra humilde reunión de artistas y en familia. ¡Feliz sábado y os dedico este brindis a todos vosotros!»

«Y para gloria del Estado de Israel», concluyó Shelí mientras respiraba profundamente.

Pesaj apuró la copa y la nuez subió y bajó. Algunos chicos aplaudieron desmesuradamente a la vez que gritaban «A tu salud».

«Qué patético», le susurró Shelí. «Es que no lo puedo ni ver. La semana pasada fui a su casa para traer los panes de la cena del viernes, y entonces, todo orgulloso, me enseñó su habitación. Qué quieres que te diga, Tami, el cuarto de un adolescente de los años setenta: un poster gigante de Jimmy Hendrix que ocupa media pared, y también tiene una calavera de esas, seguro que de plástico, con unas bombillas rojas en los ojos, una flor seca en el casquillo de una bomba, tope artístico, todas sus fotos y copas de lo de la lucha libre, una guitarra del año de la polca que seguro que la robó de cuando trabajaba para la orquesta esa en el ejército…»

«Y ahora», dijo Pesaj, después de secarse el sudor de la cara con un pañuelo muy bien planchado, «a disfrutar y a pasarlo bien. A ver, tú, la nueva, Tamar…»

Se quedó paralizada como una liebre atrapada por el faro de un coche. ¿Qué querría ahora de ella? Desde que hacía unos días la había pillado en la oficina no había dejado de atosigarla con un sinfín de miradas recelosas.

«Cántanos algo, que los compañeros todavía no te han oído.»

Encogida y ruborizada metió el cuello entre los hombros. Estaba convencida de que se trataba de una trampa: una treta para descubrir ante todos el oculto plan que la había llevado hasta allí. Algunos chicos empezaron a corear «¡Tamar!», «¡Tamar!», acentuando la

primera sílaba y aplaudiendo con las manos abiertas. Una chica, la contorsionista malencarada, dejó escapar entre dientes, con odio: «Dejadlo ya, ¿no veis que es una esnob que no se puede rebajar a cantar para nosotros?». Tamar se quedó de piedra sin que se le ocurriera qué contestarle. Sabía que allí no la querían porque opinaban que era una engreída que no se quería mezclar con ellos, pero a pesar de eso la conmocionó ver el odio que reflejaba el rostro de la chica. Shelí, enseguida, salió en su defensa: «¡Venga ya! ¡Qué tienes que decir tú de ella, gomita de la mierda!», le gritó, con una voz que de repente sonó ronca y grosera. «¿Tú qué te has creído? ¿Ya no te acuerdas de lo que hacías tú al principio, cuando llegaste aquí? ¡Como si no te hubieras pasado los dos primeros meses como un pasmarote sin atreverte tan siquiera a abrir tu apestosa bocaza!»

La contorsionista decidió replegarse, no dijo nada y se limitó a parpadear unas cuantas veces, muy asustada. Tamar miró a Shelí con agradecimiento, pero por algún motivo, la grosería de Shelí la deprimió todavía más.

Pesaj sonrió y levantó una mano grandota para apaciguarlos a todos, separó las piernas, pasó el brazo por encima de los hombros de su mujer, que casi perece bajo su peso, y dijo «Venga, a qué esperas, aquí somos todos familia, cántanos algo para que te conozcamos un poco», y sus ojillos de depredador la examinaron con una mezcla de condescendencia y astucia, como si ya supieran algo de ella.

«Está bien», dijo ella, mientras se levantaba e intentaba no mirarlo a los ojos.

«¡Queremos "La flor de mi jardín!"», gritó una voz, y otras se rieron. «Obséquianos con algo de Eyal Golan», gritó otro.

«Quiero cantar "Starry, starry night"», dijo Tamar muy bajito. «Es una canción sobre Vincent van Gogh.»

«¡Qué castigo!», dijo uno de los chicos de antes, y otros sonrieron burlonamente.

«¡Silencio!», dijo Pesaj, rebosando amabilidad. «Dejad cantar a la niña.»

Aquello iba a resultar muy difícil, casi insoportable. El magnetófono con el acompañamiento (de Shai) no lo tenía ahora allí, de manera que se sentía completamente desnuda ante las miradas de Pesaj. A su alrededor, además, sonreían con socarronería y reprimían auténticos ataques de risa. Tamar vio que algunos se cubrían la cara con las manos y sacudían los hombros de risa (siempre le pasaba lo mismo cuando pasaba a su voz de canto, que era muy diferente de su voz de habla). Pero, pasado un momento, también como siempre, se sobreponía y la voz le fluía tranquila y límpida.

Tamar cantaba para una sola persona de los allí presentes, alguien que ya hacía mucho que no la oía, que la recordaba como una cantante aficionada e indecisa con una voz todavía sin formar.

Ni una sola vez durante toda la canción miró hacia él, pero no le hacía ninguna falta para saber que él estaba allí y que la escuchaba con todas y cada una de las células de su torturado cuerpo. Cantaba sobre Van Gogh, para quien este mundo no estaba destinado, pero no menos le cantaba a Shai, con los ricos matices de su voz y las suaves modulaciones todo por lo que había pasado ella durante los últimos tiempos; el hacerse mayor y madurar, que él se había perdido de compartir con ella, y todo lo que había aprendido desde que él desapareciera, acerca de los demás y de sí misma. Capa tras capa se iba quitando la piel rasposa de la decepción y el desencanto, hasta llegar a un punto en el que ya no había nada que retirar, a su estado de desnudez interior más puro, desde donde le cantó las últimas notas.

En todo ese rato tampoco él la miró. Sentado, apoyaba la cabeza en una mano y permanecía con los ojos cerrados y la cara crispada por un sufrimiento que parecía insoportable.

Cuando Tamar terminó de cantar se hizo un profundo silencio. Su voz revoloteó durante un instante más por la sala, palpitante como un ser vivo. Pesaj miró a su alrededor como si quisiera regañarlos a todos por no aplaudir, pero hasta él se percató de algo y se calló.

«Uau, canta algo más», le pidió Shelí con una voz muy suave.

Otras voces se unieron a la suya.

Shai se levantó. Tamar se sobresaltó, para enseguida desilusionarse. Shai se marchaba. Pero ¿por qué? Pesaj le lanzó una mirada

significativa a Miko, acompañada de una subida de ceja, y este salió tras él. Shai caminaba arrastrando los pies, con cansancio. Pasó por su lado sin mirarla.

Ya no le apetecía cantar. Pero si ahora se sentaba, era posible que Pesaj lo relacionara con la salida de Shai del comedor. Le pareció que Pesaj observaba especialmente interesado la reacción que ella pudiera tener ahora. Tamar se irguió para compensar su baja estatura. ¿Cómo lo había dicho él antes? Aunque la persona esté destrozada por dentro «que siga la función».

Así es que se puso a cantar «En algún rincón del corazón brota una flor». Ahora ya nadie se reía. Todos se quedaron sentados, más erguidos en sus asientos, mirándola. Pesaj mordisqueaba, pensativo, el palillo que le asomaba de la boca, y tampoco él le quitaba ojo. «Los amigos la cultivan», cantaba ella, «cuidan de su tallo, de los pétalos.» El dolor que la embargaba fluía hacia cada palabra, porque los amigos no habían mimado la flor que brotaba en ella, no la habían apoyado, sino que en lugar de eso le habían dicho adiós y se habían marchado a Italia. «Los amigos le dan luz», seguía cantando, «y cuando hace falta, sombra, por eso no se marchita...» Lloraba por ella, por la alegría de vivir que ya no tenía, y tan ensimismada estaba que no se dio cuenta de cómo se estaba haciendo con toda la sala: por un momento, el polvo de la cotidianidad empezó a caer de los allí presentes, como a capas fue desapareciendo la tosquedad de las calles en las que se pasaban los días actuando, los comentarios estúpidos y necios de los transeúntes, la indiferencia, la incomprensión, así como la humillación que encerraba la rutina mecánica del tres-canciones-y-a-correr o del tres-antorchas-y-al-Subaru. Algo de la concentración y del propósito implícito en el modo de cómo cantaba Tamar les recordaba a todos lo que allí ya casi tenían olvidado: que más allá de las circunstancias temporales de su miserable existencia actual, ellos eran unos artistas. Esta verdad volvió a fluir por ellos gracias a la actitud de Tamar para conferirle un significado nuevo y consolador a sus duras existencias y al miedo que anidaba en todos y cada uno de ellos, que sus vidas eran quizá una terrible equivocación que ya no tenía remedio, pero ella venía ahora a iluminar también con una nueva luz la huida de la casa

paterna, la soledad, el eterno desarraigo que sentían siempre en cualquier lugar, su radicalismo connatural que los había arrastrado hasta allí. De repente, al cantar Tamar, todas las piezas del puzzle habían empezado a encajar.

Cuando terminó y abrió los ojos, vio que Shai había vuelto. Apoyado en el marco de la puerta la miraba. Había traído la guitarra.

¿Qué hacer ahora? ¿Sentarse, o seguir cantando y dejarlo tocar? Tamar podía sentir cómo aquellos chicos y chicas se habían visto sacudidos por una nueva emoción. Shelí le susurró a alguien que Shai nunca tocaba en esas fiestas, «nunca pierde su preciado tiempo con nosotros». En ese momento, Pesaj pronunció la frase que Tamar esperaba y temía que dijera: «¿Y si actuarais juntos, algún día?».

Aquella era una oportunidad que no podía dejarse escapar. Por otro lado, era el momento en el que todo podía llegar a descubrirse. Tamar se volvió hacia Shai y rezó para que la voz no la delatara: «¿Qué... qué cantamos?».

Ya estaba, le había hablado, y en presencia de todos.

Él se sentó. Levantó una cabeza fatigada sobre la guitarra. «Lo que quieras. Ya te seguiré.»

¿Me seguirás en cualquier cosa que cante? ¿Me seguirás en todo lo que haga? ¿Vas a tener fuerzas para ello?

«“Imagine”, de John Lennon, ¿te la sabes?». Y se dio cuenta de cómo le sonreía con los ojos. Un ligero oleaje en aquellos lagos grises, olvidados.

Shai tensó un par de cuerdas y afinó la guitarra. Ladeó la cabeza y revistió de una suave sonrisa, algo lunática, la comisura de los labios. Era como si solamente él oyera aquellas notas como nadie excepto él podía oírlas.

Tamar se olvidó de sí misma. Shai le lanzó una breve mirada y empezó a tocar. Tamar carraspeó. Perdón. Todavía no estaba preparada. La desbordaba estar allí con él, juntos, y no podía dejar de mirarlo, de ver todo lo que sabía sobre él. El niño que había nacido con una simpatía natural inigualable, tan dulce, que había

desarrollado un sentido del humor único, que sentía sensación de ahogo en todas partes, en cualquier situación, y que a veces se encerraba en sí mismo como en un caparazón que después había que reventar por la fuerza para poder llegar hasta él, y lo tierno que era con ella, mientras que con los demás hasta podía llegar a ser violento, y a decir verdad, en alguna ocasión, también lo había sido con ella. Y la insoportable arrogancia que había ido desarrollando durante los últimos años, como las escamas de una coraza, y su estado de tensión permanente, el eterno temblor de las cuerdas de su alma que ella oía a veces en forma de una especie de zumbido que brotaba de él.

Shai levantó hacia ella unos ojos sorprendidos. ¿Dónde estás? ¿Qué te pasa? Tamar seguía soñando: ante la mirada recelosa de Pesaj, seguía soñando. Shai pareció librarse por un momento de su permanente estado de debilidad y salió en ayuda de su hermana pequeña. La llamó en su frecuencia secreta, con los ojos le emitía los apelativos cariñosos que solo ellos dos compartían, hasta que el corazón de Tamar, a través del mono tejano que llevaba puesto, salió finalmente al encuentro de el de él.

Shai volvió a tocar los acordes de apertura para abrirle la puerta a Tamar e invitarla a unirse a él. Ella empezó muy bajito, con un hilillo de voz, sin que apenas se la oyera, hasta que logró entreverarse a la melodía de Shai. Como si su voz no fuera otra cosa que una cuerda más de la guitarra de él entre sus dedos. Tenía que poner buen cuidado en que nadie se percatara de cómo se le transformaba el rostro. Pero en realidad no quería hacerlo, además de que no podía. Shai tocaba y ella cantaba para él, mientras en su interior se iban fundiendo un bloque de hielo tras otro, se resquebrajaban y caían al helado mar que los separaba a ambos en el que también flotaban las cosas que les habían ido sucediendo, el mundo que se les había venido abajo, y las cosas que quizá todavía podían llegar a sucederles solo con que se atrevieran a ello, solo con que creyeran que llegaran a ser posibles.

Al apagarse las últimas notas se hizo un silencio de respiración contenida para ser roto después por el estruendo de los fortísimos aplausos. Tamar cerró los ojos un instante. Shai levantó la cabeza y

miró sorprendido a su alrededor, como si hubiera olvidado que allí había alguien más fuera de ellos dos. Sonrió cortante, con timidez. Un profundo hoyuelo se le dibujó en la mejilla. Tamar y él se cuidaron mucho de no mirarse.

Pesaj, un poco confundido, sospechando algo que no llegaba a adivinar y, sin embargo, hechizado por lo que acababa de ver, se rió: «Ahora quiero la verdad: ¿cuántos años lleváis ensayando?».

Todos se rieron.

Shelí dijo: «Vosotros sois de otra galaxia. ¡La puta, menuda clase! Teníais que dar conciertos de verdad».

En medio del silencio turbador que se había vuelto a hacer, Pesaj gritó, con una voz demasiado potente, como para lavarse la conciencia por el hecho de que enviara a todos aquellos chicos a cantar a la calle: «¡Hala, cantadnos otra!».

Shai no miró a Tamar. Tocó una cuerda y sacudió la cabeza con ese gesto tan suyo de apartarse del ojo derecho el pelo, ese pelo que ya no era lo que un día había sido y del que solo quedaba ese tic, lleno de encanto. Como si le hablara al aire, preguntó, «¿Conoces "La flauta"?».

«Sí.»

Shai inclinó la cabeza sobre la guitarra y pulsó las cuerdas. Tenía unos dedos tan largos. Tamar siempre había creído que tenía una falange de más en cada dedo. Respiró profundamente. ¿Cómo cantar esa canción sin llorarla?

La flauta
tan sencilla y esbelta
con la voz como la del corazón.

Como el fluir de un arroyo,
como una canción infantil,
como un soplo de brisa en la huerta así es la flauta.

Los muchachos permanecían en silencio, serios, cada uno refugiado en sus propios pensamientos. Cuando Tamar terminó de cantar, una de las chicas susurró: «La versión más hermosa de esta canción que he

oído en mi vida».

Shelí se levantó y abrazó a Tamar, y esta se apretó contra ella por un instante. Hacía casi un mes que nadie la tocaba de ese modo, desde que Leah la había abrazado en la callejuela. De corazón se abandonó a los brazos de Shelí y la abrazó como ahora tenía prohibido abrazar a su hermano, tan próximo y tan inalcanzable a la vez.

Shelí se enjugó los ojos y exclamó «¡Uau, qué vergüenza, pero si estoy llorando!», y la violoncelista reservada de la gorra roja y el acné juvenil dijo: «Tenéis que actuar juntos con esta canción. Aunque sea en la calle, Pesaj.»

Tamar y Shai no se miraban.

Pesaj dijo: «Puede que no sea mala idea. ¿Qué opinas tú, Adina?». Hablaba con su mujer, y los más veteranos ya sabían que cuando le preguntaba algo a ella, esta siempre se encogía de hombros con un gesto de indiferencia, ponía una sonrisa asustada y le daba a entender que él ya había tomado su decisión por ella.

Así pues, Pesaj se sacó del bolsillo la libretita roja y anduvo hojeándola un poco. Ojalá, suplicaba Tamar para sus adentros. ¡Que diga que sí, que diga que sí, que diga que sí!

«El próximo jueves», dijo Pesaj, mientras hacía una corrección en la libreta, «tenemos precisamente una buena ocasión, porque los dos estáis en Jerusalén... Vamos a probarlo, ¿por qué no? ¿Qué os parece mandaros un dúo en la plaza de Sión?»

Tamar mantenía los brazos pegados a ambos lados del cuerpo. Intentó penetrar la amplia sonrisa de Pesaj. Temía que este le estuviera tendiendo una trampa: que por algún motivo hubiera notado que allí, en esa actuación conjunta con Shai, fuera a descubrir la verdad sobre ella. Shai no reaccionó, como si no hubiera oído nada. Tamar se dio cuenta de que el hecho de acompañarla a la guitarra le había chupado hasta las últimas gotas de vida que le quedaban.

«¡Pero quiero que lo deis absolutamente todo, allí!», dijo Pesaj poniendo una voz muy alegre. «¡Exactamente como lo habéis hecho aquí! ¿De acuerdo?»

Algunos de los muchachos gritaron alborozados en señal de apoyo. Shai se levantó, tan flaco que pareció a punto de desplomarse. A duras

penas podía con la guitarra. Tamar no se movió. Los demás la miraban, como si esperaran que se fuera a marchar con él, porque la situación pedía a gritos que saliera con él del comedor. Pero ella seguía allí muy tiesa, en completa tensión. Shai salió y Miko se apresuró tras él, con sus silenciosos pasos de pantera. Alguien puso una radio y llenó el espació de música jungle. Un chico con un pañuelo de pirata en la cabeza empezó a apagar y encender luces. Pesaj se levantó y le tendió la mano a su mujer. «Ven, chata, que esto es ya para los jóvenes.» Dio cuatro órdenes a dos de los chicos más mayores, cuchicheó un momento con Sisco y se marchó.

Algunas parejas se pusieron a bailar. La chica de la gorra roja se levantó y empezó a bailar sola, abrazada a sí misma. Nunca la había visto tan desinhibida. Tamar la miraba mientras pensaba que le gustaría conocerla; que parecía inteligente y delicada, en absoluto adecuada para estar en la calle, muchísimo menos que ella misma. Shelí bailaba ya con uno de sus pretendientes fijos, el chico alto de la sierra con cara de simio. Extendió hacia Tamar un brazo bronceado que la llamaba para que se uniera a ellos y bailaran a trío. Tamar se la quedó mirando y por un instante vio en su interior a su propio trío. Le resultaba extraño que hiciera ya casi dos semanas que no pensaba en Idán y Adí. Hasta esa noche había tenido vacaciones de ellos. Le hizo señas a Shelí con la cabeza para rechazar la invitación. Forzó una sonrisa. Ellos tres nunca habían bailado juntos. Idán despreciaba el baile porque seguramente no sabía bailar. La verdad es que nunca se habían tocado realmente, cuando todavía eran un trío. O eso por lo menos es lo que ella creía. Ni un abrazo se habían dado, ni tan siquiera de alegría. Tenían una especie de acuerdo tácito según el cual ninguna de las dos podía apropiarse de Idán. Pero quién sabía, puede que hiciera ya un par de semanas que dormían juntos en habitaciones con vistas a un hermoso paisaje. Ahí estaba otra vez ese sentimiento que tanto le escocía, vivo como siempre. Fue a servirse Sprite y se tomó un vaso entero, para intentar refrescarse ante el acaloramiento repentino que la había asaltado. Pero de nada le sirvió. Todas las últimas semanas que había pasado con los dos se le presentaron ahora ante los ojos: porque cuando ella había empezado a comprender que

se quedaría en Israel por Shai, ellos se habían volcado por completo en los preparativos del viaje. Ella se había empezado a apartar y a dejarse arrastrar hacia aquel mundo nuevo y desconocido, a dar vueltas por los lugares por los que podía haber alguna posibilidad de encontrarlo, a iniciar conversaciones con hombres desconocidos en los parques, con los jugadores de backgammon y de billar, con los guardas de las discotecas, pero ellos, Idán y Adí, no habían estado allí con ella. La situación resultaba desconcertante, porque ella seguía acudiendo a los ensayos del coro todos los días por la tarde, cinco veces a la semana, el coro entero ardía ya de nervios por la inminencia del viaje, las amenazas de Sharona, la directora, denotaban un nerviosismo creciente, todos andaban repitiendo frases en italiano del *Aprenda italiano en diez días* que les habían repartido, porque el hecho de que supieran cantar las arias de Querubino y Barbarina no les iba a servir de mucho en los restaurantes y las tiendas de Italia. Ella también seguía trabajando intensamente en su querido solo, se sacó el pasaporte, leyó guías turísticas, repetía las oraciones, «Dove si comprano i biglieti?», pero en realidad, Tamar se encontraba ya muy lejos de todo eso. Sharona fue la primera en darse cuenta de que Tamar estaba ausente. «¿Dónde tienes la cabeza y dónde demonios el diafragma? ¿Ya no te acuerdas de que se respira desde abajo? ¿No creerás que así te van a oír los de gallinero?» Después de los ensayos, cuando volvían a pie por la calle peatonal, Tamar intentaba contarles dónde había estado la noche anterior, con quién había hablado, no os podéis ni imaginar el tipo de gente que hay a cien metros de aquí, gente muy desgraciada que vive muy mal, les decía, utilizando todavía la voz y las palabras del trío, es decir de Idán, pero empezando ya a darse cuenta de las reacciones irónicas hacia todo y todos los que no eran ellos y que ahora empezaban a estar dirigidos también hacia ella, como si ya estuviera también algo contaminada y hubiera introducido cierto olor desagradable en la casa común de los tres. Entonces había llegado el día, después de que hubiera estado hablando con los muchachos rusos de Lifta, con aquel Serguei de cara de niño y cuerpo frágil, en que había sentido una gran necesidad de hablar con alguien cercano, de llorar con alguien lo que

había visto. Por eso había llamado a sus dos amigos pero cuando ella se encontraba a la mitad de la historia, Idán la había interrumpido para decirle que le resultaba bastante difícil estudiar a un mismo tiempo italiano y drogadiano, y Adí lo apoyó entre risitas, añadiendo que tenía muchísima razón porque «últimamente utilizas un montón de palabras nuevas y resulta bastante difícil seguirte». Eso es lo que le dijo para después sacudir su cabellera dorada, y ese fue el momento en el que Tamar se dio cuenta de que ya no estaba con ellos, que les estaba pidiendo algo que ellos no podían, o quizá, no le querían dar. Así es que se había quedado callada, mientras caminaba junto a ellos dos, cuya conversación enseguida prendió de nuevo, sin contar con ella, como si no hubiera sido más que una ráfaga de viento lo que los había interrumpido. Tamar, entonces, había seguido andando con ellos con aplomo y se había reído de sus chistes, aunque unas tijeras afiladas y frías recortaban ya su silueta para eliminarla de la foto.

El comedor se estaba vaciando y la explanada de fuera, en el patio, se llenó de chicos bailando. La música les corría a todos por las venas. Nubes de hierba flotaban dulcemente por el aire. El chico de la trenza larga entreverada de cintas de colores se puso a tocar la guitarra y otros se le unieron cantando desde todos los rincones del patio. «Estrella de David partida en dos», cantaba, con una voz ronca y profunda, a lo que ellos respondían con un rugido silencioso: «Las ideas de Herzl ya murieron hace tiempo». Y él: «Se pudrieron en la tumba con los espinos de las chumberas». Alzaban las manos al cielo, se contoneaban y cantaban: «Pero todo continúa según el plan». Tamar se encontraba apostada en la ventana, en el interior del comedor medio vacío, y miraba hacia afuera. Le parecían frágiles espigas al verlos mecerse así, brotes jóvenes.

Mi alma solo querría descansar,
no querría jugar a la guerra,
pero el ejército es nuestro deber,
te amo, cuánto te amo, ejército,

(Y en este punto alguien gritó con una voz espantosa: «¡cuánto,

cuánto te amo, ejército!».)

es de hombres llevar un fusil,
es de hombres volar cabezas,
es de hombres avanzar en solitario hacia la muerte,
pero todo continúa según el plan…

Cuando de repente, desde todos los rincones del patio, hasta desde la pista de baile, se elevó un bramido: «Que le den por el culo al plan…».

Lo repitieron una y otra vez, decenas de veces, durante muchos minutos, puede que hasta media hora durara, como una oración, una oración desesperada y a la inversa, hasta que al final también Tamar la canturreó con todos, como todos, que le dieran por el saco al plan, y entretanto le pareció verlo todo de otra manera, sentía, de pronto, con toda su alma, que justamente eran ellos los que tenían razón, que eran ellos los íntegros, porque se habían atrevido a rebelarse, a patalear, a lanzar su grito con todas sus fuerzas.

Porque al lado de ellos, pensaba Tamar ¿qué soy yo? Una niña buena, domesticada, con la vida arreglada. Mientras que ellos, con qué valor se niegan a formar parte del juego cínico e hipócrita del mundo, del éxito y del poder… Por un momento sintió verdadera envidia de ellos, de la libertad que tenían, del valor que demostraban al romper de esa manera todos los moldes, al desilusionarse hasta el límite y renunciar a la seguridad de una casa con unos padres y una familia, que de cualquier forma estaba claro que no era más que otra gran quimera, una clase diferente de droga alucinógena y tranquilizante a la vez para aplacar los temores…

Cuando se disponía a salir del comedor para regresar a su habitación, un grupito le cerró el paso. Se pusieron a bailar ante ella entre risas, la rodearon, le hicieron reverencias y le pidieron que se quedara. Un chico muy joven, bajito y con rizos, uno de los tres prestidigitadores, le suplicó: «¡Por mi madre que hasta hoy ni te había visto, ni siquiera sabía que existieras!». Tenía una carita agradable y la voz un tanto chillona, como la de Steve Urkel: «¡Pero después de como

has cantado es que he *flipao*! Quédate un rato, pierde un poco de tu tiempo con nosotros, dinos quién eres».

Tamar se rió: no.

También se le acercó el rapsoda, que se plantó rodilla en tierra ante ella:

Ay, Tamar, Tamar
nunca te vayas al mar
ni a tu cuarto a duchar
ay, Tamar, Tamar
dura de desarmar
¿tanto te cuesta amar?
qué mas te da, Tamar, Tamar
déjanos soñar…

Ella se rió: no.

Dos chicas aparecieron ante ella. Hermosas, morenas, misteriosas. Las dos gemelas que leían el pensamiento: «¿Te importaría ponerte un momento entre las dos? ¿Darnos la mano un momento? A las dos a la vez… Solo un momento, ¿qué te pasa?».

Tamar se asustó. Lo que le faltaba, que le adivinaran el pensamiento. Las obsequió con una sonrisa forzada y todo el grupo volvió a cerrarse en corro alrededor de ella para hablarle, preguntarle. Tamar se abrió paso con la ayuda de ambas manos, pasó entre ellos y salió. Tenía necesidad de estar sola.

Shelí volvió a la habitación después de dos horas, muy agitada y despidiendo un intenso olor a humo. Puede que también estuviera bebida. Como se había enredado en el vestido, había despertado a Tamar para que le abriera los corchetes de atrás. Después se disculpó por encontrarse en ese estado. Le contó que había estado lamiendo cartones. Tamar, medio dormida, le preguntó, dudosa, qué era eso. Shelí estalló en una potente risotada.

«¿Llevas aquí un mes y todavía no has aprendido nada?»

Ni italiano ni drogadiano.

«Papelinas de LSD. Y a propósito, ese chico, el Shai ese...»

«¿Qué pasa con él?» En un abrir y cerrar de ojos, Tamar volvía a tener todos los sentidos bien despiertos.

«¿Y ese respingo? Hace ya tiempo que me he dado cuenta de que hay algo entre vosotros.»

«¿Entre nosotros?»

«¡Por favor! Despedís fuego por los ojos. Constantemente. ¿Qué te crees, que no me he dado cuenta? Cuando estáis juntos hipáis los dos. Me he fijado en que si tú te tocas la cara, también se la toca él. ¿Qué es eso, un baile? Y esta noche, ¡cómo has cantado con él!»

«Pero si ni siquiera lo conozco», dijo Tamar con una vehemencia exagerada.

«Pero puede que con anterioridad, en una reencarnación pasada... Porque yo creo en esas cosas.»

«Puede que sí, quizá en una reencarnación anterior», le concedió Tamar.

«¿Y has visto el hoyuelo que tiene?», continuó Shelí entusiasmada. «Llevará aquí un año, y es la primera vez que se lo veo.»

«Sí», susurró Tamar, «está bastante bien.»

«Pero no vayas a enamorarte de él. Acuérdate: está acabado. Seguro que ni funciona, apenas se mantiene con vida.»

Tamar echó cemento armado alrededor de sus cuerdas vocales, que amenazaban con temblarle:

«¿Y por qué lo vigilan de esa manera? ¿Por qué siempre lo acompaña uno de ellos? A nadie más lo siguen de esa manera, ¿no?».

Shelí se sentó en la cama solo con las bragas. Como siempre, mostraba una completa indiferencia hacia la desnudez. Aceptaba su cuerpo huesudo con la misma facilidad con la que recibía a cualquier extraño. Se rió.

«¡Eres un caso! A primera vista diría que eres una volada y luego va y resulta que te fijas en todo. ¿Los bulldogs? Eso es porque ha intentado escaparse.»

«¿Escaparse? Pero si creía que quien quisiera marcharse se marcha, ¿no?»

Shelí se quedó callada. Hizo saltar un poco del esmalte de una uña del pie.

«¡Shelí!»

Silencio.

«¡Shelí, por lo que más quieras, ayúdame!»

«Mira», suspiró Shelí finalmente, «al que es mediocre, actuando, me refiero, Pesaj lo deja marchar sin problemas después de que le haya devuelto todas sus deudas, claro está.»

«¿Deudas?», repitió Tamar, muy tensa. Recordó que Shai, por teléfono, le había dicho algo de cierto dinero que debía ahí.

«Pesaj lleva sus cuentas, en la libretita negra. Lo que le debemos por vivir aquí, por la comida, y hasta por la luz. Así es que si eres regular y quieres liberarte de todo esto, le pagas, les lloras a tus padres, de los que escapaste, para que te lo paguen, o se lo pides a los amigos, se lo robas a las viejecitas por la calle, a los niños, hasta que le pagas a Pesaj hasta el último céntimo, y solo entonces accede a liberarte.» Shelí encendió un cigarrillo y aspiró el humo a conciencia. «Ahora bien, si de verdad vales, no te creas que vas a escaparte tan fácilmente. Ni un abogado lograría sacarte de aquí. Porque Pesaj tiene sus métodos. Te perseguiría hasta el fin del mundo. Cuentan cada historia.»

El chico de la mirada de loco, pensó Tamar. Aquellos bultos en los huesos de las articulaciones de los dedos.

«Y el chico de la guitarra, ese Shai, es bueno, ¿verdad?»

«¡El chico de la guitarra te hace gracia!», le dijo Shelí guiñándole un ojo pero, al ver la cara de Tamar, enseguida se puso seria. «Es el mejor. Es de los que realmente valen. Hasta en su estado actual está muy por encima de la media. Tú misma has podido oírlo. Pero hace un tiempo hubo un lío, porque intentó robarle el coche a Pesaj. Un Mitsubishi nuevo que tenía.»

«¿Para escapar?»

«No lo sé. Con él todo son rumores. Dijeron que se había estrellado contra el muro de una tapia y le había dejado el Mitsubishi de siniestro total, así es que ahora lo tienen prisionero hasta que lo pague.» Exhaló una larga bocanada de humo. «Hasta su próxima vida,

claro está.»

Tamar permanecía echada con la vista clavada en el techo. Quién sabía dónde se habría encontrado ella el día del accidente y cómo era posible que en el mismo momento en el que Shai estrellaba el coche contra el muro, ella estuviera, por ejemplo, con Idán y Adí en Aroma, sorbiendo ruidosamente del fondo del vaso los restos de un batido de chocolate.

«¿Quieres saber en lo que he estado pensando mientras cantabas?», le preguntó Shelí con dulzura. «En que a ti, todo te viene como de dentro, de lo más hondo. No, de verdad. Te llevo observando hace un tiempo y sé muy bien cómo eres: tú, todo lo que haces o dices, hasta cuando miras, o hablas, o dejas de hablar, eres toda cien por cien tú. En cambio mírame a mí, mucho ruido y pocas nueces. No, no me digas que no. Mira, yo imito a Rita, a Whitney Huston, a Zahava Ben; hago siempre de otra, no soy yo misma.» Se quedó callada un momento. «Hasta el hecho de que esté aquí... Esta no tenía que ser mi vida.» Y la voz se le quebró de pronto, como si una grieta se abriera en ella. «No entraba en mis planes terminar así, en este agujero, con el cerebro reventado, chalada.» Ahora la grieta se abrió definitivamente en un gemido. Sollozaba. Tamar, un poco sorprendida por ese inesperado paso de la risa al llanto, enseguida se fue hasta ella para consolarla y empezó a acariciarle el pelo, un pelo teñido y áspero.

«Shelí», le susurró Tamar, pero Shelí la cortó en seco: «Mira otra prueba de lo que te digo, si hasta mi nombre lo dice todo.» Sorbió por la nariz ruidosamente. «Mi madre me jodió la vida con eso de querer tener siempre presente que yo era suya, no mía, sino suya, ¿lo entiendes?»

Tamar la acarició, la abrazó muy fuerte, le recordó lo especial que era, tan generosa y llena de amor, y cómo la había ayudado a ella cuando estaba recién llegada. Pero Shelí no quería escucharla.

«¿Qué nos queda hacer, a las dos?», dijo de repente con una voz muy alegre que contrastaba con las lágrimas y la cargada nariz. «¿Recoger firmas en favor de Yosi Siam? Espero que me hagas caso y que ni se te ocurra enamorarte de Shai. Vas a ver que aquí hay unos candidatos mil veces mejores, créeme. Te lo digo yo, que he probado a

algunos.»

«No te preocupes», le dijo Tamar. «No pienso enamorarme de él, lo único que quiero hacer con él es cantar.»

«Sí, ya veo», se rió Shelí con los ojos húmedos. «¿Así es como lo llaman ahora?»

«¡Si tuviera un cojín te lo tiraría a la cabeza!»

Tamar esperaba aquella conocida risa de campanillas, pero en lugar de eso se hizo un breve silencio, hasta que Shelí dijo en tono grave: «"Cojín" es una palabra como huevo frito de mamá. La he borrado de mi diccionario».

Se acostó y se quedó dormida.

Pero Tamar ya no lograba conciliar el sueño. Y no solo por lo que había oído de Shelí, ni por lo que ahora sabía de las cuentas pendientes que todos tenían con Pesaj; había sido precisamente aquella inocente frase, «Hace ya tiempo que me he dado cuenta de que hay algo entre vosotros», la que la había sacudido de un modo inesperado, porque le había recordado de inmediato todo el tiempo que habían pasado separados y todo lo que se habían perdido juntos. El corazón se le encogió de dolor —aquel órgano realmente le dolía— y hubiera deseado tanto, en ese momento, que hubiera alguien en el mundo, quizá un chico, sí, un chico, no una monja de sesenta y dos años, ni Leah, alguien más o menos de su edad, para que la gente pudiera decir sobre ellos: Hace ya tiempo que me he dado cuenta de que hay algo entre vosotros.

«Déjate ya de tanto Idán-charlatán», le dijo al instante Leah en el interior de la cabeza, como si no hubiera hecho otra cosa más que esperar para saltar a la primera oportunidad. «¡Olvídate de él! ¡Corta de una vez, que ese niñato no vale un pimiento!» Tamar se tapó con la manta de lana y volvió a deleitarse con la última conversación sobre sus amores que había mantenido con Leah. «¡No, no me interrumpas! ¡Déjame, por una vez, que te diga lo que pienso!»

«Pero si ya me lo has dicho mil veces» Tamar le sonrió, doblando las rodillas para acercar las piernas al tórax. «El problema que tú tienes es

que buscas a un chico que también esté metido en cosas de arte, ¿verdad?»

«Supongamos que sí.»

«Pero ¿para qué necesitas a otro como tú, dime? ¿Qué gilipollez es esa del "alma gemela"? ¿Tú crees que necesitas a otro tan guillado como tú? ¡Al contrario! Yo sé muy bien lo que a ti te hace falta. ¿Sabes qué es lo que tú necesitas?»

«¿Qué es lo que necesito?», le preguntó Tamar, sin poder ya ocultar la sonrisa. Ahora también se cubrió la cabeza con la manta para que nadie la viera.

«Lo que tú necesitas es un hombre con una mano muy grande», sentenció Leah. «Y te preguntarás por qué.»

«¿Por qué?», le preguntó, sabiendo que ahora Leah se lo explicaría muy descriptivamente.

«Pues tú necesitas un hombre con una mano muy grande y fuerte para que la ponga así hacia arriba, abierta, firme, como la Estatua de la Libertad, pero sin el helado ese, la mano abierta, sin nada y bien arriba, para que tú...» Leah, entonces, levantó su manaza tosca de uñas comidas y la movió de aquí para allá con la delicadeza de un ligero pájaro en trance de volar, «desde lejos, desde cualquier lugar del mundo, veas esa mano y sepas que ahí vas a poder aterrizar y reposar un poco. ¿Tengo razón o no la tengo?»

«Ay, Leah.»

Al día siguiente no vio a Shelí, ni tampoco al siguiente. Eso no era nada excepcional, debido a la apretada agenda de actuaciones de ambas. Pero por la noche del segundo día, sintió de pronto tal añoranza hacia ella, que preguntó a alguien en el comedor si había visto a Shelí. Aquel miró a Tamar como si esta acabara de aterrizar proveniente de la luna y le dijo: «Pero ¿no te has enterado? Ayer por la mañana se escapó con el de la sierra y hasta ahora no han vuelto».

Tamar se quedó estupefacta. Tanto por el hecho en sí como porque Shelí no le hubiera insinuado nada de eso durante la conversación que habían mantenido la noche antes de que se escapara.

A lo largo del día siguiente empezaron a llegar rumores. Que si la habían visto en Rishon con aquel chico. Que si en el hostal Kushi, de camino a Eilat. Uno de los bulldogs, el que acompañaba esos días a los tres prestidigitadores, la había reconocido allí, pero estaba acompañada de tres conocidos delincuentes de Eilat y había tenido miedo de entrometerse. Shelí hasta había tenido la desfachatez de acercarse hasta donde él se encontraba con los tres magos, bromear un rato con ellos y mandarles recuerdos a Pesaj y a los colegas. Los chicos dijeron que la habían visto completamente drogada. Durante la cena Tamar logró sentarse al lado de uno de ellos, que entonces recordó que Shelí les había pedido que le dieran especialmente recuerdos a Tamar. A ella y a Dinka. Tamar le pidió que le dijera todo lo que había visto y oído. ¿Qué quería que le dijera?, se extrañó él, encogiéndose de hombros. Shelí estaba disfrutando del colocón más grande de su vida, allá abajo. Tamar le suplicó que intentara acordarse de lo que Shelí había dicho, que cualquier pequeño detalle le interesaba. ¿Qué es lo que había dicho?, se dijo el chico, rascándose la rapada cabeza, no lo sé, que se había metido toneladas de papelinas, estaba colgadísima, y que había estado por todas partes follando con todo el que le apetecía. ¿Y por qué no le dijiste que lo dejara?, le gritó Tamar, lamentándose de no haberse involucrado más ella misma cuando todavía había estado en su mano. El muchacho la miró con sarcasmo: ¿Que dejara qué? ¿Cómo que lo dejara? ¿Y a ti qué te pasa? Lo que ella quiera hacer no es asunto mío. Tamar creyó volverse loca.

A la mañana siguiente, temprano, llegó un coche patrulla y dos policías de aspecto amable se dirigieron a la oficina de Pesaj, para volver a marcharse enseguida. Él salió después muy pálido y asustado. Nadie lo había visto así antes. Los envió a trabajar completamente ido. Los chicos y las chicas cuchicheaban, susurraban, y unos espantosos rumores saltaron al aire. Tamar intentó no oír nada. Fue su peor día de actuación. Al final de la calle Allenby, junto a la Ópera, le gritaron de todo, y con razón, así es que recogió y se marchó con lágrimas en los ojos. Cuando regresó a la residencia a medianoche le aterrorizó ver que todos los objetos de Shelí habían desaparecido de la habitación. Los libros, los zapatos amarillos, la mochila. La cama de Shelí estaba

vacía, sin manta ni colchón. Tamar salió de la habitación y corrió por los pasillos, pero la casona se encontraba en silencio y completamente a oscuras, como si se hubiera replegado sobre sí misma. Entró en habitaciones desconocidas y encendió las luces sobre unos párpados que reaccionaban apretándose. Ni siquiera le gritaron que se largara. Nadie dijo nada. Tamar pasó toda la noche sentada en la cama, abrazada a Dinka y sumida en un monótono sollozo de horror.

Al día siguiente ya se enteró de todo, a las seis de la mañana, y después, en el coche, entre dos actuaciones en Ashdod, vio a Shelí, en un foto vieja, sonriendo desde el periódico. A pie de foto aparecía un breve texto: en Eilat, Shelí se había dejado seducir por un camello, un hombre mayor, que la había invitado a su bungalow en la playa, solos ellos dos. Resultaba difícil precisar lo que realmente había sucedido allí. El periódico recogía el testimonio de un policía: aparentemente los dos estaban bebidos, o también era posible que hubieran querido probar algo más fuerte de lo normal. Sea como fuere, cuando la ambulancia llegó, resultó ya imposible salvarla.

Hasta el final del día anduvo vagando completamente enloquecida. Pensó en cancelar el plan de fuga porque le parecía que no debía quedarse allí ni un solo día más, que no podía dejar allí a Shai ni un momento más, pero ¿de dónde iba a sacar fuerzas ahora para escapar y llevárselo consigo? Al día siguiente no lo vio —la cena fue mucho más silenciosa de lo normal y nadie nombró a Shelí ni una sola vez—, ni tampoco la mañana del jueves, el día de la actuación conjunta que les había sido asignada. Los artistas se habían concentrado ya en el pasillo, junto a la oficina de Pesaj, y esperaban oír los distintos destinos del día, pero Shai seguía sin aparecer. Tamar andaba dando vueltas en medio de un nerviosismo evidente, porque estaba segura de que ahora algo haría fracasar su plan. Como que Shai se había visto asaltado por el miedo y había inventado cualquier excusa para no salir ese día, o que Pesaj había cambiado de opinión en el último momento y no iba a permitirles actuar juntos, y hasta llegó a pensar que lo de Shelí había provocado un cambio en la organización de la residencia,

o que...

Casi había desesperado ya, cuando vio las largas piernas de Shai bajando pasito a paso las escaleras, así como el grueso cinturón que le daba la vuelta a las caderas casi dos veces, y el esbelto cuerpo, tan debilitado ahora, bajando muy despacio escalón tras escalón, tanto que Tamar supo sin ningún lugar a dudas que llegado el momento Shai no sería capaz de responder.

«Eh, vosotros, pareja maravillosa», los llamó Pesaj, que se había recuperado espléndidamente desde la visita de los dos policías a la residencia. «A vosotros os toca hoy con Miko y Sisco. Anda, pero si rima. Pero tenéis que estar impresionantes, ¿eh?»

Ellos asintieron.

«Miradlos», bramó Pesaj con una risotada, «tienen más vergüenza que un estudiante de academia rabínica y la novia que le acaba de presentar el casamentero. Miraos un poco, hombre, ¿qué hay? Venga, por lo menos una sonrisa. ¡Al público le gusta ver una pareja enamorada!»

Tamar sonrió como pudo, pero pensó con horror: dos. Nos ha puesto Dos. Nunca lo conseguiremos.

En el Subaru se sentaron uno al lado del otro y viajaron mirando al frente. Miko y Sisco comentaban a gritos lo que les había parecido un *bar-mitzvah* al que habían acudido la noche anterior.

Shai se agachó para acariciar a Dinka, que le lamía la mano sin tregua y lo miraba con unos ojos llenos de amor. Gimoteaba y andaba de un lado al otro del coche, queriendo apoyar la cabeza alternativamente en las rodillas de él y en las de Tamar, que esperaba que a los dos de delante no les sorprendiera la enorme emoción que embargaba a Dinka. El pie de Shai se desplazó muy despacio hasta tocar el de ella. Tamar sintió que una descarga eléctrica le atravesaba todo el cuerpo.

Con mucho cuidado abrió la mano. Esperaba que el sudor provocado por el pánico no le hubiera borrado las letras. Shai no se percataba de la mano extendida ante él. Sisco dijo: «Yo siempre

prefiero bufé, porque así coges lo que te viene en gana y no te viene un camarero patoso a echarte de comer en el plato y a atosigarte con que si quieres más arroz o más patatas fritas». Tamar abrió y cerró la mano varias veces para llamar la atención de Shai, hasta que este, por fin, comprendió que allí había algo escrito. Tamar se dio cuenta del esfuerzo que hacía con los ojos. Se asustó. ¿Y si lo había escrito con una letra demasiado pequeña? Alzó la mano todo lo que pudo, detrás de los asientos de Miko y Sisco. Shai leyó: «En "Esbozo de patria", tercera estrofa, echas a correr detrás de mí».

Tamar miraba por la ventanilla. Fuera había una calle bonita, pero tan abandonada que su aspecto le encogía a uno el corazón. Se untó el dedo con saliva y se borró la frase de la mano. Shai miraba por su ventanilla. Tamar podía ver, y hasta oler, el pánico que lo invadía. La nuez le subía y le bajaba sin pausa. Se abrochaba y desabrochaba el botón superior de la camisa. Ahora podía literalmente oír el zumbido que llevaba dentro. En la anterior reencarnación de ambos, Tamar era capaz de buscar a Shai por las habitaciones parándose a escuchar ese zumbido. A veces la cosa duraba días y llegaba a volver locos a todos los miembros de la familia, hasta que al final tomaba la forma de una melodía nueva y maravillosa, o de la letra de una canción también nueva, aunque a veces derivaba en un simple ataque de furia y miedo. En esos momentos, con su cuerpo largo y delgado, se tiraba al suelo y empezaba a golpearlo con la cabeza y las extremidades, y entonces solamente ella, por medio de lo que le susurraba al oído y un abrazo conseguía tranquilizarlo.

Llegaron a la plaza de Sión, pero pasaron de largo, hasta la cuesta de la calle Heleni Ha-Malká. Miko les mostró el lugar en el que estaría aparcado y por dónde tenían que regresar al coche. Sisco bajó para inspeccionar el terreno. Lo veían dando vueltas por aquí y por allá con sus andares de gato flaco y atusándose su flequillo a lo Elvis. Todo en orden, le informó a Miko al teléfono móvil al cabo de un momento, menos por esas chicas soldado y dos policías a los que solo les interesan los árabes.

«Hala, a trabajar», los envió Miko. «Pesaj confía en que hoy deis el golpe de vuestra vida.»

Shai sacó la guitarra del maletero. Caminaban juntos. El hombro de ella a la altura del pecho de él. Dinka corría delante de ellos en medio de una alegría indescriptible. Salía corriendo, regresaba para trazar unos círculos alrededor de ellos. Tamar sabía que, desde ese mismo momento, tenían exactamente tres minutos para caminar juntos y aparentemente libres.

A pesar de todo, en el espacio en el que se movían sus cuerpos, en la demarcación del círculo que Dinka trazaba alrededor de ellos, ahora eran realmente libres y estaban juntos, así es que por un momento podía uno llegarse a imaginar que se trataba de una situación normal en la que un hermano y una hermana caminaban con su perra por el centro de la ciudad.

Shai masculló con la boca casi cerrada: «No va a salir bien, nos cogerán».

Y Tamar, también ella sin mover los labios: «Dentro de aproximadamente un cuarto de hora una amiga mía nos estará esperando en la calle Shammai en un coche».

Shai movió la cabeza hacia los lados en señal de negación: «Me buscarán, vaya donde vaya. No tienes ni idea de lo que te traes entre manos».

«Tengo un sitio en el que no te encontrarán.»

«¿Por cuántos años? ¿Toda la vida me voy a estar escondiendo?» La voz se le volvió muy fina y quejumbrosa. «Al final me encontrará. Me perseguirá hasta el último rincón del mundo.» Tamar conocía muy bien ese tono lastimero y quejica que tanto le repugnaba. Así es como había sido capaz de lloriquear por las mañanas si no encontraba los cereales que le gustaban o si no le quedaban unos calzoncillos limpios. «Te digo que me matará, piensa bien lo que te digo.»

Tamar no tenía respuesta para eso. Otro agujero aterrador en su plan. Shai seguía martirizándola. «¿Cómo puede habérsete ocurrido una idea tan demencial? ¿Quién te crees que eres, James Bond? Pero si no eres más que una niña de dieciséis años y esto es la vida, despierta ya, no estamos en la película *Operación Entebbe*. Esto no son tus libros. Olvídame.» A duras penas podía andar, tampoco le quedaban fuerzas para hablar, así es que tuvo que pararse para tomar

un poco de aire. Ahora dijo, con una voz repentinamente muy suave: «Pero ¿no ves el estado en el que me encuentro? ¿No entiendes lo que soy? No puedo vivir sin mi dosis, Watson, déjame, no vas a poder conmigo».

Tamar tragó saliva. «Pero te la he comprado para los primeros días, para que estés tranquilo hasta que empecemos con todo.»

«¿Tú? ¿Qué?»

Le dirigió una mirada atónita. Los hombros de Shai parecieron haber recibido una carga demasiado pesada de soportar. Después de eso continuaron unos metros más en silencio. Volvían a estar en la calle Jaffa. Avanzaban muy despacio, como a cámara lenta. Les quedaba otro minuto de libertad, no más.

«Pero en el escondite ese...», dijo Shai, ahora ya más sumiso, «¿cuánto tiempo voy a tener que estar allí?»

«Hasta que estés completamente limpio.»

«¿Limpio?» De puro estupor, se detuvo y alguien chocó con él por detrás. Las cuerdas de la guitarra dejaron escapar un zumbido sordo.

«¡Pero si me lo dijiste! ¡Si fuiste tú el que lo pidió!», dijo exasperada de pronto Tamar, así, en medio de la calle, olvidándose por completo de Sisco que podía estar observándolos desde cualquier lugar. Estaba tan furiosa como una niña pequeña. «¡Por teléfono! ¡Lo dijiste!»

«Está bien, lo dije, claro que lo dije...», sonrió él mientras avanzaba arrastrando pesadamente los pies y empezaba a recordar cómo era esa hermana suya, que un día, a los ocho años, habiendo amenaza de nieve, su padre la había mandado a buscar pan a la tienda, y que como cuando llegó ya no quedaba, a pesar de que empezaban a caer los primeros copos, se fue a otra tienda, más alejada, con la nieve ya arremolinándose en las calles, y como en esa segunda tienda tampoco quedaba ya pan, decidió ir al horno Ángel, así es que anduvo unos tres kilómetros por una nieve que le llegaba ya a la rodilla para después deshacer todo el camino también a pie, de manera que cuando llegó a casa eran las siete de la tarde. Shai se acordaba muy bien de cómo Tamar había aparecido de repente en la puerta, morada de frío, las botas empapadas pero con un pan.

«No vas a poder... Es imposible hacerlo uno solo, hay sanatorios

que…». La voz sonaba ahogada. «¡Pero yo a una clínica no voy! Eso ya te lo puedes ir quitando de la cabeza. Allí me encontrarían al instante, porque ese tiene contactos en todas partes.» Oleadas de llanto le corrían por debajo de la piel de la barbilla y las mejillas, y Tamar pensó en que siempre, desde que se recordaba a sí misma, ella había sido en realidad la hermana mayor de Shai. «Esto no tiene remedio, Watson», gemía casi sin voz, inexpresivo. «Escapa tú, ahora que todavía puedes. A ti no te buscará porque no tiene nada contigo.»

Además de llamarla Watson, le hablaba en masculino, como antes.

«Pero ¿por qué no vamos a conseguirlo?», le susurró ella, muy agitada. «Lo tengo todo preparado. He leído mucho sobre el tema. Hace meses que estoy en ello. He preguntado a mucha gente…» No sabía cómo explicarle todo por lo que había pasado. «Shaichuk, chatito, Holmes, será muy duro, será un horror, pero ya verás como sí, muchos lo han hecho de esa manera, solos, con amigos, con parientes, sé que lo han hecho, y yo también voy a poder. ¡Saldrás adelante, no te rindas!»

Ahora ya veían ante sí la plaza. Tenían que dejar de hablar, pero los dos estaban demasiado excitados y emocionados. Shai no la miraba. Caminaba encorvado y arrastraba los pies. Meneaba la cabeza con un gesto de incredulidad. «Estás loca de remate, no tienes ni idea del lío en el que nos estás metiendo. Esto no es un examen de Talmud, que si uno se prepara bien, te aprueban. No puedes ni llegar a imaginarte lo que es el mono. Yo soy capaz de matar por conseguir una dosis.»

Tamar se detuvo, sujetó a Shai por el hombro y, con enorme facilidad, lo volvió hacia ella: «Dime, ¿me matarías?».

La miró largamente y la cara le empezó a temblar al intentar no echarse a llorar. «Las cosas son así, Tami», dijo finalmente con la voz quebrada. «Ya no soy responsable de lo que hago.»

En la plaza encontraron un sitio a la sombra, cerca de la puerta del banco. Shai desnudó la guitarra y extendió en el suelo la funda negra abierta. Después se sentó en el banco de piedra y se dispuso a afinar el instrumento.

A pesar de todo lo dicho, en cuanto Shai empezó a tocar, Tamar sintió una profunda felicidad.

La gente se paraba junto a ellos. Hubo hasta quien la reconoció de sus actuaciones anteriores, y otros lo identificaban a él, de manera que antes todavía de que hubiera empezado a cantar, se había congregado a su alrededor un público mucho más numeroso de lo normal. A lo lejos, junto a las vallas de hierro, había dos policías altos que bajo las gorras parecían hermanos gemelos. Tamar se alegró de su presencia. Les sonrió con los ojos. Los dos le devolvieron la sonrisa. Uno de los dos le dio un ligero codazo al otro y empezaron a avanzar hacia ella. Tamar decidió cantar «Suzanne», la canción con la que había empezado su corta carrera como cantante callejera. Y como siempre, desde el momento en que su voz se oyó, se fueron congregando más y más personas, hasta el punto de que el corro tenía ya cuatro o cinco filas. Vio la camisa a cuadros de Miko que empezaba a moverse entre las dos últimas filas. A Sisco no lo veía, y eso la tenía preocupada.

Terminó de cantar y saludó ante los aplausos. Las personas se acercaban y echaban una moneda en la funda de la guitarra. Unos padres mandaron a un niño muy pequeño, con unos pantalones tres cuartos, para que echara una moneda de cinco siclos, pero al niño le dio vergüenza y se volvió con ellos para al momento volver a ser empujado hacia delante hasta que al final lo hizo ganándose el aplauso general. Tamar se forzó por sonreír con dulzura, pero su mente estaba puesta en la tensión de los momentos siguientes. Shai no mostraba reacción alguna. A ella le pareció que había desconectado por completo, que renunciaba a cualquier iniciativa propia, que entregaba, o mejor dicho abandonaba, su destino en manos de ella, que posó la vista en él y pensó, no es mi cómplice, estoy completamente sola en todo esto. Dinka se levantó, se desperezó y volvió a tenderse para enseguida volverse a levantar. Parecía no encontrarse a gusto porque notaba el nerviosismo de Tamar.

«Esbozo de patr...», dijo Tamar y se atragantó. «Esbozo de patria.»

Shai desgranó las notas iniciales. Tamar notó cómo la voz se le replegaba en la garganta de puro miedo. Carraspeó y Shai volvió a empezar. Esta vez Tamar entró a su debido tiempo. Cantó acerca del campesino que araba la tierra en la vieja fotografía que colgaba de la pared de la clase y en la que al fondo se veían los cipreses y el pálido

cielo del siroco mientras el campesino cultivaba el pan que nos haría crecer.

Terminó la primera estrofa y se quedó escuchando la guitarra sin darse cuenta de en qué momento Shai se había apartado de la melodía conocida por todos para improvisar a su aire, como si le estuviera susurrando algo solamente a ella a través de una melodía tranquila y más triste todavía que la propia canción, como una elegía particular dentro de aquella canción de añoranzas por la tierra pura de la infancia que ya no existía y que quizá, en realidad, no había existido nunca. Poco a poco y con delicadeza la fue llevando de regreso a la canción, así es que Tamar levantó la cabeza, se mojó los labios, y vio a Miko plantado detrás de una señora mayor. Tamar la miró con una extraña indiferencia y se limitó a pensar que era muy hermosa, erguida, el cabello gris recogido en un moño alto, el rostro perfectamente esculpido con unas marcadas arrugas que denotaban carácter y unos luminosos ojos azules. Se imaginaba los dedos de Miko abriéndole raudos el cierre del bolso y penetrando en él. El periódico que llevaba ocultaba su mano a los ojos de los que se encontraban a su lado. Resignada apartó la mirada y buscó a Sisco. ¿Dónde se escondería? ¿Desde dónde estaría acechando?

Y así en nuestras mentes
se suceden los milagros:
martillos que producen música, arados que cantan,

hay campesinos y vendimiadores.
En este país de pastores…
así era en nuestra infancia,
cuando era…

Y a media palabra Tamar se detuvo y con todas sus fuerzas gritó: «¡Al ladrón! ¡Un carterista! ¡El de la camisa de cuadros! ¡Policía! ¡Cogedlo! ¡Por allí, por allí!».

Los ojos de Miko se posaron en ella atónitos, con una extraña mezcla de rencor y guasa. Nadie lo tocaba, todavía, no se atrevían,

pero estaba atrapado entre las filas que se apretaron a su alrededor hasta que los policías se abalanzaron sobre él. Unos gritaban y otros corrían pisoteándose. Tamar agarró a Shai de la mano y tiró de él para llevárselo a rastras. Él se levantó pesadamente. Dinka dio un salto, confundida, y se lanzó hacia el bosque de piernas de la multitud. Tamar le gritaba a Shai que corriera. Él se limitaba a andar. Demasiado despacio. Como si quisiera que lo atraparan. Dinka ladraba con fuerza, y Tamar la llamó con la esperanza de que los siguiera. La plaza, a su alrededor, era un verdadero torbellino. Gente que corría en todas direcciones. Tamar oyó un silbato policial y después una sirena. Corrían. Es decir, ella corría y Shai intentaba correr, pero después de unos diez pasos empezó a resoplar con fuerza. Tamar le cogió la guitarra. Le pareció oír unos pasos que los seguían. Rezaba para que el aviso le hubiera llegado a Leah, que aquel hombre tan amable no lo hubiera hecho fracasar todo. Pero al mirar a Shai, pensó que en su estado no llegaría ni al final de la calle. El rostro se le estaba poniendo amarillo y lo tenía bañado en sudor. «No te detengas, no te pares, que ya es aquí, media calle más, nada más que unos pocos metros...»

Pero él no podía. Tosió y echó un escupitajo oscuro. Ya no corría sino que caminaba dando traspiés y golpeándose sus propias piernas. «Corre tú. Yo estoy acabado. Escapa.» «¡No lo estás!», gritó ella. La gente miraba a aquella pareja tan rara, la chica tan pequeña y con el pelo rapado y el chico mucho más alto que ella y que tenía aspecto de estar muy enfermo.

Tamar apoyó la guitarra en la silla de un café, había decidido dejarla. Le pasó el brazo a Shai por la cintura y con todas sus fuerzas empezó a empujarlo medio en volandas. Tengo que lograrlo, bombeaba su corazón esas palabras, tengo que lograrlo. No me queda otra salida. Tamar lo arrastraba, pellizcándolo, susurrándole que resistiera, lo maldecía a través de sus labios apretados. Ya se le nublaba la vista por el esfuerzo, cuando vio una manchita amarilla a lo lejos, y empezó a correr hacia allí. El escarabajo de Leah, ha venido, ha recibido mi nota. Las lágrimas le inundaban los ojos y borrosamente a través de ellas vio a Leah sentada en el coche con las manos en el volante, alta y con el semblante grave, tan tensa que

parecía que iba a saltar en cualquier momento, con el motor en marcha y su conocido rugido: de un momento a otro podrían tocar la libertad.

«¿Así es como pensabais escaparos?»

Sisco. Apoyado en la pared respiraba pesadamente y les impedía el paso. «¿Y encima organizarle esta a Miko? Está muy feo. Esas cosas no se hacen.» El rostro se le había afilado por el odio. «Venga, basta de juegos. Regresad al Subaru sin hacer tonterías. Ya arregláréis cuentas con Pesaj. Os arrepentiréis de haber nacido.»

Las piernas casi se le doblan bajo el peso del cuerpo. Las fuerzas que le quedaban la abandonaron. Esto no es justo, pensaba, no es justo perder así, en el último momento. Shai lloraba allí de pie. Desconsolado, como si estuviera viendo su fin.

De repente el tiempo se paró y las cosas empezaron a suceder en otra dimensión, sorprendentemente: Sisco resultó empujado hacia ellos, en contra de su voluntad, casi se cae sobre los dos, y cuando se volvió furioso deseando golpear a quien fuera, la sorpresa le abrió unos ojos como platos.

«Aparta, superman de pacotilla», le dijo un hombre desconocido, bajito y rechoncho. «Échate a un lado, archi criminal, más que despreciable. ¡Tu juego ha terminado!»

Sisco se hizo a un lado, porque a pesar de que la voz del hombre temblaba de nervios, sujetaba en la mano una irrefutable escopeta de cañón largo como las que Sisco no había visto más que en las películas. Se apretó contra la pared, atusándose nerviosamente el tupé que se le había despeinado, y se quedó a la espera de saltar para arrebatarle el arma. Pero precisamente lo ridículo del hombre lo tenía confundido, así es que pensó que allí había gato encerrado, que se trataba de una trampa. Alguien había puesto allí a ese enano como cebo para hacerle cometer el error de su vida. Por eso Sisco vaciló un momento y ese fue precisamente el tiempo que necesitaba Tamar para

empujar a Shai dentro del coche, en el asiento trasero y entrar también ella. La pequeña Noa se encontraba allí dentro pero no la reconoció. El hombre gordito, que le resultaba a Tamar de lo más conocido, aunque no conseguía acordarse de dónde, se sentó en el asiento delantero, con mucha parsimonia y ceremonia, como si dispusiera de todo el tiempo del mundo. La escopeta apuntaba directamente al corazón de Sisco.

«Oiga, tenga cuidado con eso», le dijo Sisco, un poco en tono de burla, «que esto no es ningún juego.»

«Habla solo cuando se te pregunte», le contestó el hombre, con las pupilas dilatadas y la calva ruborizada.

«Arranca, Léale», dijo el hombre con condescendencia y el coche partió dejando atrás a un Sisco estupefacto y muy furioso que miraba a derecha e izquierda en busca de los pérfidos compinches de aquel ridículo ser armado o al de la televisión de la cámara indiscreta.

«¡Tami!», gritó de pronto Noa, y le echó los bracitos desde la silla de seguridad a la que iba sujeta. «Tami, ¿dónde estabas? ¿Y el pelo?»

«¡Cuánto te he echado de menos, cariño!», le susurró Tamar, y ocultó la cara en el cuello de la niña mientras aspiraba su aroma.

«La canguro me ha dejado tirada», le explicó Leah. «Y en el último momento. No me ha quedado más remedio que traerla. ¿Y tú cómo estás, Tami?» Leah cambió de marcha con tal brusquedad que todos resultaron zarandeados hacia adelante y hacia atrás.

«Sigo viva», murmuró Tami, abrazada a Noiku, acariciándole su límpida piel, llenándose de la mirada inocente y risueña de la niña. Pensaba en Shelí, que un día habría sido una niña pequeña como esa y a la que con toda seguridad habían amado así. Shai miraba a Noa completamente inexpresivo, y es que no le quedaban fuerzas para nada. Todavía tenía prendidas de las largas pestañas algunas lágrimas. Noa, de tanto en tanto, le dirigía una mirada cautelosa. Había algo en él que parecía no gustarle. Como él lo notaba, había vuelto la cara hacia la ventana. Leah, que por el espejo veía la reacción de Noa y que tenía fe ciega en la capacidad de juicio de su pequeña, frunció ligeramente el ceño. Tamar, embelesada y todavía abrazada a la niña, le besó el ojo derecho, el izquierdo, la nariz, y después se echó para

atrás en el asiento. Podía sentir el olor de su propio sudor. Soñaba con una ducha en casa de Leah, con dormir en una cama mullida, con no estar en ningún lugar durante unas cuantas horas. Todo había pasado muy deprisa, tanto, que le costaba creer que realmente hubiera sucedido, pero sabía que de algún modo lo había logrado, que su plan había sido un éxito, es decir, su idea de entrar en aquel lugar y después salir de allí junto con él, toda esa idea había salido bien, ¿verdad? Buscó los ojos de Leah en el espejo, ansiosa por recibir confirmación a la pregunta, porque alguien tenía que decirle que todo había sucedido realmente, que sus fantasías se habían convertido en realidad, pero Leah estaba concentrada en la carretera. Tamar no sabía, además, por qué tenía la sensación de que algo no estaba bien hecho del todo, por qué notaba como un cosquilleo vago en lo más hondo de la memoria, sin saber muy bien dónde, como si alguien intentara decirle algo o hubiera todavía alguna cosa urgente que le quedara por hacer.

«¿Adónde vamos?», preguntó Leah.

«A tu casa», la guió Tamar. «Nos quedaremos en tu casa dos o tres días, para tranquilizarnos un poco, retomar fuerzas, y después nos iremos a otro sitio.»

«¿Adónde, exactamente?», preguntó el hombrecillo de la escopeta.

«Os presento a Moshé Honigman», les dijo Leah sonriendo por primera vez. «Fue él quien me trajo tu nota y después tomó la decisión de quedarse hasta el final para ayudarnos.» Le dio unas amigables palmadas en la rodilla. «Es algo puntillosito, el Stalone este que me mandaste, pero un amor», añadió Leah, guiñándole un ojo a Tamar a través del retrovisor.

Honigman no la escuchaba porque, aferrado como seguía a su papel de guardaespaldas, barría con una mirada atenta calle tras calle mientras murmuraba algo hacia su puño que mantenía junto a la boca como un pequeño emisor receptor.

Tamar observó sus extraños movimientos hasta que poco a poco se dio cuenta y clavó una mirada emocionada en Leah. Leah se encogió de hombros a la vez que le devolvía la mirada, «Formamos un gran equipo todos juntos, ¿no te parece?»

«¿Dónde está Dinka?»

«¡Dinka!», gritó Tamar, con un salto. «¡Nos hemos dejado a Dinka!»

En medio del tumulto. Entre la maraña de las piernas de la gente. Dinka no había dejado de ladrar. Aturdida, como estaba, los había perdido.

Hay que volver, pensaba Tamar febrilmente, no puedo traicionarla así. No sabrá volver a casa. ¡Tenemos que dar la vuelta ahora mismo! Pero al mirar a Shai con la cabeza caída y al límite de sus fuerzas, supo que ahora no podían deshacer el camino andado, que resultaba imposible ir a buscarla. Una potente garra le apretaba la garganta con todas sus fuerzas. ¿Cómo había podido olvidar a la perra? ¿Cómo había sido capaz de traicionarla de esa manera?

Un pesado silencio cayó sobre ellos. Hasta Noiku sentía algo y no decía nada. Leah vio la cara de Tamar:

«La encontraremos, no te preocupes», le susurró, sin ninguna convicción.

«Ya no», dijo Tamar.

Se apoyó en el respaldo y cerró los ojos. Sabía que había pasado algo espantoso cuyo significado ni siquiera alcanzaba todavía a adivinar. Dinka, que había estado con ella desde los siete años, su verdadera amiga, su otra mitad, ya no estaba. No estaba. Un mismo pensamiento la empezaba a torturar: era como si hubiera habido que sacrificar algo, a alguien, para liberar a Shai, y a Dinka le había tocado ser la víctima.

Una mano vacilante le tocó la suya. Shai, con los ojos cerrados, respiraba pesadamente y había posado su mano sobre la suya atrayéndola un poco hacia sí. Tamar acercó el oído a la boca de él, quien a duras penas logró susurrar: «Lo siento tanto, Tamari, no tienes ni idea de cuánto lo siento».

Honigman se dio la vuelta. «Hay que llevarlo a un médico, a tu novio.»

«Yo cuidaré de él», le contestó Tamar tajante, y de repente, Shai, con las últimas fuerzas que le quedaban, dijo «No soy su novio». Y, ya en un murmullo: «Es mi hermana». La cabeza se le desplomó sobre el hombro de Tamar, y así susurró: «Ella es la única persona que tengo



en el mundo». Sus dedos sin fuerza intentaron aferrarse a los de Tamar.

AMADA MÍA, HE PREGUNTADO YA A TODOS LOS NÓMADAS

Cuatro días después de que Tamar huyera con Shai y perdiera a Dinka, caminaba Asaf muy deprisa por la calle peatonal de Ben Yehuda. Casi corría, mientras intentaba encontrar, sin muchas esperanzas, a aquel guitarrista. La mochila de ella, a su espalda, le resultaba, de repente, terriblemente pesada, rebosante de vida, llena de susurrantes palabras, pensamientos y llamadas de auxilio. Pasó por delante de un corro de gente que miraba una actuación, pero él se detuvo un momento a escuchar a un violinista muy joven, casi un niño. Más adelante vio a otro muchacho, sentado, apoyado contra la pared de un banco; interpretaba una monótona melodía con un instrumento similar a la cítara, pero que sostenía entre los dedos gordos de los pies. Nunca antes se había fijado en que allí hubiera tantísimos artistas callejeros; también le sorprendió ver lo jóvenes que eran, la mayoría aproximadamente de su misma edad, así es que se puso a observarlos para intentar adivinar si no estarían relacionados con esa mafia que Serguei había mencionado. A media cuesta de la calle peatonal, había otro apretado corro de gente alrededor de una chica que, sentada en una silla, tocaba el violoncelo. Asaf no entendía nada de música y, sin embargo, se sorprendió de que a alguien pudiera ocurrírsele tocar semejante instrumento en la calle. Se trataba de una chica menuda y con gafas que llevaba una gorra roja, y Asaf notó que la gente se arremolinaba alrededor de ella, no precisamente por la melancólica música que interpretaba, sino porque ella —con el enorme violoncelo — constituía ya de por sí un verdadero espectáculo.

Asaf y Dinka habían rebasado ya el corro, cuando la perra se detuvo como si hubiera sido golpeada por algún objeto invisible. Empezó a dar vueltas, aturdida, y a olisquear el aire febrilmente cuando, de pronto, se coló con ímpetu entre la gente del corro. Asaf, arrastrado por ella, se vio obligado a abrirse paso entre los espectadores hasta encontrarse frente a la chica, en el centro del corro.

Ella siguió tocando, con los ojos cerrados, y su cara cambiaba constantemente de expresión como si estuviera soñando. Dinka ladraba muy fuerte. La chica abrió unos ojos sorprendidos y miró a la

perra. A Asaf le pareció verla palidecer ligeramente. Enseguida se sentó más erguida, dirigió unas miradas nerviosas hacia los lados y siguió tocando, pero ya sin sentimiento, limitándose a rascar las cuerdas. Dinka tiraba hacia delante con todas sus fuerzas y Asaf tiraba de ella hacia atrás. Las personas que los rodeaban empezaron a protestar para que se marchara, se llevara al perro y dejara de molestar, y él se asustó al darse cuenta de que ahora todos lo estaban mirando, que Dinka y él eran el espectáculo...

La chica fue la primera en sobreponerse a la situación, dejó de tocar, se inclinó hacia Asaf y le susurró, con una voz ahogada y asustada: «¿Dónde está ella? ¡Dile que ha estado fenomenal, que todos los compañeros allí dicen que es única! ¡Única! ¡Pero ahora escapa, huye de aquí!».

Dicho esto se incorporó y volvió a apoyarse hacia atrás en el respaldo de la silla, al instante cerró los ojos bien apretados, como si estuviera borrando del recuerdo el momento que acababa de vivir y se puso a tocar de nuevo, para de inmediato sumergir al público en aquella melancolía musical tan mágica y tan suya.

Asaf no había entendido ni palabra de lo que la chica le había dicho y, sobre todo, no entendía por qué tenía que huir. Dinka se percató antes que él. Con la velocidad de un rayo dio un salto y arrastró con ella la mano que la sujetaba por el collar. Asaf notó que lo que pretendía era apartarlo de allí a toda costa y reaccionó. Esquivaron a la chica, pasaron entre la gente y lograron salir fuera del apretado corro. Le pareció oír a alguien que le gritaba que se detuviera, pero ni siquiera miró atrás. Si lo hubiera hecho habría visto que un hombre bajo y ancho lo estaba mirando mientras tecleaba precipitadamente un número en el teléfono móvil. Asaf pensó mientras corría: esta conoce a Tamar, eso seguro. Ha reconocido a Dinka y me ha pedido que le diga a Tamar que es única. Tengo que pensar deprisa. Los chicos allí dicen que Tamar es única, así es que algo habrá hecho, pero ¿qué? ¿Y qué es eso de «allí»? Asaf corría mientras el cerebro le bullía, escogía, filtraba, en un intento por casar las piezas de aquel mosaico e intentar recomponer la situación. Lo sabía y no lo sabía. El corazón le decía que se encontraba en la dirección correcta, que se encontraba en

el puesto más adecuado, bien metido ya en los cinco mil metros lisos. Estaba ensimismado, escuchando la historia que empezaba a intuir en él, y en ese proceso influía también el hecho de que llevara un ritmo de carrera adecuado al de Dinka. Sin mirarse, cruzaron entre la gente, muy juntos, y empezaron a devorar calles como antes, como al inicio de su amistad (¿ayer?, Dios mío, se sorprendió Asaf, ¿es posible que solo estemos juntos desde ayer?), pero ahora sin cuerda que los uniera, solo una mirada apresurada de tanto en tanto, de comprobación, de consulta, de ánimos, en silencio, estoy contigo, yo también, que salto más bueno, gracias ¿dónde estás ahora?, diez pasos por detrás de ti y hay gente de por medio, pero no te preocupes, que te sigo, querida amiga, tú corre, compañero, oigo que alguien nos sigue, pues yo no lo oigo, pero si crees que es así, métete por el próximo callejón, no, ahí no quiero entrar porque huelo algo, ¿dónde?, sigue corriendo, me estoy acercando a algo bueno así es que no dejes de correr, no me hagas reír, cállate, no hables, que no me dejas concentrar, espero que sepas adónde me llevas, amiga, pues claro que lo sé, y tú también lo vas a saber enseguida, eh, Dinka, esto me suena, me parece que ya hemos estado en esta calle, al lado de este muro tan alto, abre bien los ojos, Asaf, fue ayer cuando estuvimos aquí, sí, es verdad, tienes toda la razón..., por fin te has dado cuenta, ven, sígueme, que es aquí.

Dinka se abalanzó sobre el portón de color verde, se levantó sobre las patas traseras y presionó el picaporte con las dos patas delanteras. Los dos se precipitaron dentro. Asaf miró hacia atrás por encima del hombro y vio que allí no había nadie, que los perseguidores todavía no habían llegado hasta allí, así es que entró en el jardín, corrió por la gravilla, pasó por delante de un pozo, entre ramas de árboles cargadas de frutos y se vio envuelto en un profundo silencio que no le resultó desconocido.

Pero antes de apresurarse hasta la parte trasera del edificio, detenerse bajo la ventana que miraba a poniente y esperar la cestilla que le bajara la llave cual cestillo de Moisés en las aguas, se percató de algo extraño y notó cómo el aire, al instante, se le helaba alrededor de las orejas: la puerta estaba abierta y se movía ligeramente.

Asaf entró precipitadamente. Dinka lo siguió. Ambos se detuvieron en seco, atónitos, los ojos saliéndoseles de las órbitas. La hecatombe era total. La sala de la entrada parecía haber sido cruzada por un huracán. El suelo se encontraba cubierto de libros. Cientos de libros, abiertos, desgajados, profanados. Las altísimas estanterías se hallaban por el suelo, volcadas y destrozadas, como si alguien las hubiera echado abajo a golpe de hacha. Hasta el altar había sido arrancado de su sitio dejando un rombo claro en el suelo. Parecía que lo habían movido para comprobar si alguien se escondía debajo.

Asaf pensó «Teodora», pero por un momento no se atrevió a subir corriendo, porque para llegar allí tenía que pisar por encima de los libros. Después, ya, corrió, pisoteando los libros, porque adivinaba que lo que allí había sucedido había sido también un poco por su culpa, por la visita que había hecho el día anterior. Ardiendo en preocupación volvió por el pasillo que rodeaba la torre formando casi un círculo, mientras se imaginaba las barbaridades que le esperaban al otro extremo de él, según lo conocía por las películas de terror y por los juegos, aun más terroríficos, que tenía para el ordenador. Un niño horrorizado empezó a gritar en su interior mientras Asaf luchaba contra él para no rendírsele. Teodora es tan menuda, pensaba, es como un polluelo, no creo que siga con vida después de tanta violencia. Sin detenerse le echó un vistazo al dormitorio. Las camas estaban deshechas, los colchones destripados, abiertos por hoja de cuchillo. Todavía podía notarse en el aire el odio que embargaba a los que lo habían hecho. De una sola zancada se saltó los seis últimos escalones, abrió la puerta azul y se forzó a sí mismo a no cerrar los ojos, del miedo que le daba.

En un primer momento no la vio entre el montón de ruinas en el que se había convertido la habitación. Después sí: en la mecedora, con los ojos muy abiertos. Parecía una muñeca de trapo que alguien hubiera dejado olvidada en una silla. No había en sus ojos ni el más mínimo signo de vida. Luego, después de lo que a Asaf se le hizo una eternidad, Teodora entreabrió la boca y desvió los ojos hacia él.

«Asaf», murmuró, sin voz. «¿Eres tú, *agori-mu?* Huye. Deprisa.»

«¿Qué es lo que ha pasado, Teodora? ¿Qué le han hecho?»

«Huye antes de que regresen. Ve y búscala a ella. Ocúpate de ella.» Los ojos se le cerraron.

Asaf corrió hacia ella. Se arrodilló a su lado y tomó su mano entre las suyas. Entonces vio la herida abierta que bajaba desde la sien hasta la comisura de los labios.

«¿Quién le ha hecho esto?»

Teodora respiraba despacio y alzó tres dedos diminutos: «Tres», le indicó, para después aferrarse con fuerza al brazo de Asaf. «Bestias humanas. Y el que más, el grandullón, el Asmodeo.» Se quedó callada debido a que estaba muy débil, y sin embargo cada vez la mano se le cerraba con más fuerza sobre el brazo de Asaf, como si toda su energía estuviera ahí concentrada: «Recuerda, es calvo —¡el mismísimo Satanás!— y al mismo tiempo tiene una trenza, detrás, que de ella lleguen a colgarlo, amén.»

Los ojos volvieron a cerrársele, como si se hubiera desmayado, pero aun con los ojos cerrados seguía furiosa y Asaf vio, con alivio, que su capacidad de habla no había sufrido grandes daños: «Preguntó por Tamar, el vampiro, el toro bravo mala bestia, y como me quedé callada, ¡pum!, ¡en toda la mejilla! Pero no te preocupes, amigo», le dijo intentando aparentar normalidad y poner su sonrisa de niña rebelde. «Porque yo le mordí *ansí*, para que en la vida pueda olvidarse de mi linda boca.»

«Pero ¿qué es lo que querían?»

Teodora cerró los ojos y le sonrió con cansancio: «A ella».

«¿Y cómo llegaron hasta aquí?»

«¿Eso no puedes decírmelo tú?»

Las largas pestañas de Asaf se agitaron para después descender en un gesto de dolor. Él era quien los había guiado hasta allí. Pero ¿cómo? Según parecía alguien debía de haberlo visto salir de allí el día anterior, había identificado a Dinka y había creído que Tamar se encontraba escondida dentro del edificio.

Teodora se quejó y, por señas, le indicó que se quería levantar. Asaf no creía que tuviera fuerzas para mantenerse en pie ella sola. Pero Teodora se levantó. Agarrada a él y vacilante, se quedó allí de pie, como una llama voluntariosa. Durante un rato ninguno de los dos se

movió. Después, poco a poco, el color volvió a sus mejillas.

«Ahora ya me siento mejor. Por la noche ha sido horrible. Creí que me moría.»

«¿De los golpes?»

«No, si solo me pegó una vez. Creí morirme de desesperación.» Asaf entendió lo que quería decir.

Teodora posó un solitario dedo en la muñeca de Asaf. «¿Y si han vuelto a verte cuando venías hacia aquí?»

«Me han visto», reconoció Asaf. «Me estaban persiguiendo y logré despistarlos, pero puede que anden cerca.» Al decir eso empezó a darse cuenta de lo que hasta ese momento no había querido decirse a sí mismo: que los que perseguían a Tamar estaban convencidos de que él era su cómplice.

«Si eso es así», dijo Teodora, con la mayor clarividencia, «de un momento a otro empezarán a meditar para qué has vuelto. Ahora te buscarán a ti, no a mí, y contigo no serán tan delicados. Tienes que marcharte, querido.»

«Si salgo ahora, me cogerán.»

«Si te quedas te cogerán con mayor facilidad.»

Se quedaron en silencio, asustados. A los dos les pareció que los latidos de sus propios corazones era el resonar de unos pasos en el pasillo. Dinka los miraba con los ojos encendidos, cargados de nerviosismo.

«A no ser que…», dijo Teodora.

«A no ser que ¿qué?»

«A no ser que algo les distraiga.»

Asaf no la entendía: «¿Qué puede llegar a dis...?».

«¡Silencio! ¡Déjame pensar!»

Teodora empezó a dar vueltas por la habitación abriéndose paso entre las montañas de libros, entre las estanterías rotas, pisando los pedazos de loza desperdigados. Pasando por encima de atijos de cartas atadas con unas gruesas gomas amarillas. Asaf no entendía cómo le quedaban fuerzas para moverse, para pensar, para preocuparse por él, cuando su vida entera se había venido abajo, cuando se lo acababan de destruir todo.

Un armarito de madera se encontraba tumbado de lado a la entrada de la minúscula cocina. Teodora abrió la puerta del armarito y sacó de él una sombrilla blanca con unas finas varillas de madera.

«En Lyksos», le explicó a Asaf, muy seria, «el sol pega fuerte.» Él se puso muy tenso y los labios le palidecieron ligeramente: ha perdido el juicio, pensó, el golpe la ha trastornado por completo.

Teodora lo miró y le leyó el pensamiento. «Te ruego que no te preocupes, querido, que todavía no he perdido el juicio.»

Intentó abrir la sombrilla. Las varillas de madera se movieron finalmente con un leve rechinar, pero la delicadísima tela blanca se desintegró al instante para caerle sobre la cabeza como copos de nieve.

«Tengo la impresión de que voy a tener que renunciar a mi tejadillo. Pero ¿dónde habré dejado los zapatos?»

Hablaba en un tono muy extraño, misterioso, como si por algún motivo necesitara de una enorme concentración para realizar todas aquellas cosas tan corrientes para cualquier otra persona. De un cajón oculto sacó un par de zapatitos negros, envueltos en un papel amarillo, tan pequeños como los zapatos de una niña. Sopló, y elevó una nube de polvo. Después los limpió, les sacó lustre con la manga del hábito, se sentó en el borde de la cama e intentó ponérselos. Asaf vio que Teodora se hacía un lío con los cordones.

«Que vieja más tonta es esta nueva amiga tuya», le dijo, alzando hacia él una mirada avergonzada. «¡Cincuenta años sin atar unos cordones y ya no se acuerda!»

Asaf se arrodilló ante ella, y con auténtica veneración, como el príncipe a Cenicienta, le acordonó los zapatos.

«¡Mira, apenas me ha cambiado el pie, desde entonces!», dijo, sin disimular su orgullo, girando el pie ante él, olvidando por un momento lo grave de la situación.

La cara de Asaf quedaba en ese momento a la altura de la de ella. A la altura de la herida de la cara. La sangre seca le había dibujado multitud de ensenadas en la mejilla. Teodora se dio cuenta de la expresión conmocionada de Asaf. «Los caminos del mundo son inescrutables», suspiró, «cincuenta años hacía que nadie me tocaba la

cara, y la primera vez que eso pasa... es para recibir una bofetada.» La sombra del llanto le cruzó los ojos y pareció detenérsele en la nariz. Dijo: «Pero dejémoslo, ahora dime, deprisa, ¿qué pinta tiene eso?».

«Muy mala», le contestó Asaf. «Se lo tendrían que curar.»

«¡No, eso no! ¡Me refiero a eso de ahí fuera!» Y, por encima del hombro, señaló hacia la calle.

«¿Ahí fuera?» Él vaciló. ¿Qué podía decirle? ¿Cómo podía describirse el mundo que había allá fuera en medio minuto? «Hay que verlo para poderlo entender», susurró.

Los ojos algo asustados de ella bucearon hasta el fondo de los de él. Ninguno de los dos habló. Asaf sabía que iba a transcurrir un buen rato hasta que lograra asimilar aquello de lo que allí estaba siendo testigo.

«Voy a salir por la puerta principal hacia el lado de esta mano mía», dijo Teodora, respirando profundamente, y Asaf comprendió que ni siquiera sabía cuál era su derecha y cuál su izquierda. «Y tú, aguarda unos minutos en el interior del edificio, porque si andan acechando por ahí, me seguirán a mí para comprobar qué es lo que maquina esta pobre vieja...»

«¿Y si la atrapan?»

«Esa es precisamente la cuestión, que lo que yo deseo es que me cojan a mí y no a ti.»

«¿Y si le pegan?»

«¿Qué pueden hacerme que no me hayan hecho ya?» Él se la quedó mirando, emocionado ante su valor. «¿Y no tiene miedo?»

«¿Miedo? Pues claro que tengo miedo, pero no de ellos. Solo se teme lo desconocido.» Bajó la cabeza y preguntó, mientras retorcía una hebra que le salía del hábito. «Hazme sabedora, por favor, cuando salga, cuando atraviese la verja exterior, ¿qué veré? ¿Qué es la primera cosa con la que me toparé ahí fuera?»

Asaf intentó recordarlo: la calle de ella era una calle secundaria y bastante tranquila. A pesar de ello pasaban por ella coches y también se podía aparcar. En la esquina había una sucursal bancaria y una tienda de electrodomésticos con un televisor encendido en el escaparate. «Nada especial», murmuró, para después callarse al

comprender la tontería que acababa de decir.

«¿Y el ruido? Lo que más me amedrenta es el ruido, y la luz que hay ahí fuera. ¿No estarás en posesión de unas gafas de sol para mí?»

No tenía. «Puede resultarle un poco difícil, al principio», dijo, mientras sentía una enorme necesidad de protegerla, de envolverla entre algodones. «Lo que tiene que tener es muchísimo cuidado con los coches, mire siempre hacia la izquierda, después a la derecha y otra vez a la izquierda. Cuando el semáforo esté en rojo no pase...» A medida que iba hablando se daba cuenta de todo lo que Teodora tenía que aprender para poder sobrevivir aunque no fuera más que cinco minutos en el centro de la ciudad.

Bajaron las escaleras. A ella todavía le costaba andar y por eso se apoyaba en el hombro de Asaf. Muy despacito recorrieron el pasillo circular, y Asaf sintió que para ella aquello era también un poco un viaje de duelo, la despedida de algo que no volvería a existir. Conmocionada comentó, como si hablara consigo misma. «Cuando cayeron las murallas de la ciudad vieja..., no salí. Ni cuando los bombardeos de las calles y del zoco, aunque mi mayor deseo hubiera sido poder donar sangre. Tampoco salí cuando asesinaron a Isaac Rabin, que en paz descanse, aunque sabedora era de que todo el pueblo estaba desfilando por delante de su ataúd. Mientras que ahora, de repente... *Xristós ke apostolós!»,* murmuró al ver el desastre de la sala de entrada, para después quedarse en completo silencio. Asaf creyó que Teodora, ahora, se desmayaría, pero justamente se le soltó del brazo con el que le prestaba apoyo y se irguió bien derecha, y al ver Asaf que sacaba su característica barbilla hacia delante, supo que no habría quien la derrotara. Intentó abrirle paso entre los libros, pero ella le dijo que no había tiempo para eso, y con un andar ahora majestuoso echó a andar por encima de ellos, casi sin tocarlos, como si levitara.

Delante de la puerta que daba al patio, se detuvo. Retorcía nerviosamente las manos.

«Escúcheme», dejó escapar Asaf, «puede que no sea necesario. Ya me las arreglaré. Yo corro muy deprisa, no me cogerán.»

«¡Silencio!», ordenó. «Ahora escúchame tú. Ve a casa de Leah. Quizá

que ella te pueda ayudar. ¿Sabes quién es Leah?» Asaf vaciló. En el diario se había topado varias veces con ese nombre. Recordaba que Leah tenía una misteriosa duda que había durado meses, que había charlado en no pocas ocasiones con Tamar a propósito de ese asunto, algo relacionado con una niña pequeña, miedos y vacilaciones, algo que había terminado —si mal no recordaba— en un viaje a Vietnam, pero estaba claro que no le podía contar que había espiado el diario.

Le preguntó dónde encontrar a Leah, pero Teodora separó las manos con gesto de enfado. «¡Esa es nuestra desgracia, que Tamar no cuenta nada! Una vez me dice “Hay una tal Leah”. “Muy bien”, le digo yo. Después de aproximadamente medio año añade: “Leah tiene un restaurante”. “Fabuloso”, le digo yo, “pero ¿dónde?” ¿Cómo es ella? ¿De qué os conocéis? Pero Tamar callada. Así es que ¿qué podemos hacer ahora? ¿Qué nos queda?» Lo miraba con mucha tristeza. Después se inclinó hacia Dinka, le acarició las orejas, le levantó una y susurró: «A casa de Leah... al restaurante... ¿entendido? ¡Disparada como una flecha y por el camino más corto!». Dinka la escuchaba con mucha atención. Asaf pensó que Teodora se estaba realmente volviendo un poco loca si creía que Dinka la iba a entender.

De repente, Teodora lo tomó por las dos manos: «Le contarás a Tamar que he salido, ¿a que sí? ¡Y ella no se lo va a creer!». Se rió rebosante de felicidad. «¡Se quedará de piedra, Tamar! Pero ahora escúchame, por favor, no le digas que he salido por ella, para que no sufra, porque bastante tiene ya sin mí. ¡Po, po! Hasta las palabras “He salido” tienen un nuevo sabor en esta mi boca: salgo, voy a salir, ya estoy saliendo.»

Abrió la puerta y miró el amplio patio. «Este lado de aquí me lo conozco un poco. A veces, cuando Nasrián me trae la ropa de la lavandería o la compra del mercado, me coloco aquí y miro a través de la puerta abierta. Pero cuando se coloca uno aquí —dio un paso y cruzó el umbral, el alma alborozada de gozo—, ¡qué maravilla! ¡qué amplitud!»

«Mira, mira», se susurró a sí misma, para al instante lanzarse a hablar en un griego fluido. Las palabras se sucedían unas a otras y se sujetaba la cabeza con las manos como si le fuera a estallar. Después

los pies empezaron a llevársela. Asaf pensó que su obligación era seguirla, pero temió salir, no fuera a ser que hubiera alguien acechando junto a la puerta principal. Recordó los primeros pasitos de Muki, cómo temió que fuera a caerse y la maravilla que había sido que llegara sola desde la cama a la mesa.

Teodora se había ya alejado de él como una barquita que se lleva la corriente. Abrió el portón que daba a la calle y miró a derecha e izquierda. Según parecía allí no había nadie, porque al volver la cara hacia Asaf tenía dibujada una amplia sonrisa, un poco lunática. En realidad, pensó Asaf, si allí no había nadie, Teodora no tenía por qué salir. ¡Un momento! ¡Espere! ¡Puede usted volver!

Pero no había ya fuerza en el mundo capaz de hacerla volver, de manera que el portón se cerró tras ella. Asaf se quedó solo en el jardín vacío. Se la imaginaba avanzando por la calle. Los ojos más y más abiertos cada vez. Temía por ella, porque creía que en cualquier momento iba a verla regresar corriendo, huyendo de puro miedo para encerrarse en su cuarto por otros cincuenta años. Ni en sus fantasías más descabelladas podía adivinar la alegría que invadió a Teodora frente al fluir de la cotidianidad. Toda su debilidad y sus dolores desaparecieron al instante. Los pies la llevaron a la calle Jaffa. Hacía cincuenta años, una calurosa noche, había llegado allí en un autobús viejo y, después, en el carro de un carretero de Bujara que la había descargado ante la puerta de su cárcel. Ahora se encontraba, con todos los sentidos bien despiertos, en una maravilla de calle. La cara se le estremecía en mil y una expresiones. Mil y un corazones le latían en el pecho. Todos los olores, los colores, los estruendosos ruidos, carecían de nombre para ella, de la misma manera que tampoco sabía qué nombre tenían los sentimientos nuevos que la asaltaban, porque las palabras que conocía no encajaban, pero si hubiera podido morirse de tanta vida, aquel hubiera sido el momento apropiado.

Ignoró las decenas de coches que pasaban, ignoró a la multitud lo mismo que a los dos hombres de Pesaj que la habían reconocido en cuanto había llegado a la calle principal (Mira, Sisco, ahí está tu querida monja loca, llama a Pesaj ahora mismo y síguela a todas partes), se dirigió directamente al centro de la calzada, ciega de

felicidad, completamente indiferente a los bocinazos, al chirrido de los frenos, hincó la rodilla en medio de la calle Jaffa, juntó sus minúsculas manos, y por primera vez después de cincuenta años rezó con devoción para dar gracias a Dios.

Cinco minutos más tarde, él corría ya con todas sus fuerzas, completamente aterrado. Las manos golpeaban el aire salvajemente y apenas veía. Por primera vez desde que había iniciado su andanza era incapaz de controlar la respiración. Dinka notó enseguida el cambio producido en él, y de tanto en tanto volvía la cabeza hacia atrás y lo miraba preocupada. Asaf no se había imaginado lo dura que resultaría aquella experiencia. Cada par de ojos que se posaban en él le producían escalofríos. Tenía la sensación de que por toda la ciudad había montones de personas dispersas acechándolo a él. Y razón no le faltaba: hacía cuatro días que todos los hombres de Pesaj andaban a la búsqueda y captura de Tamar, y desde el día anterior, también de él. Todas las actuaciones de fuera de Jerusalén habían sido canceladas. A los artistas se les ordenó que mantuvieran los ojos bien abiertos e hicieran las veces de informadores —los rumores, en la residencia, hablaban de una recompensa de dos mil siclos, ni más ni menos, que serían entregados a quien proporcionara información útil— y los bulldogs recibieron la orden expresa de abstenerse de su actividad cotidiana para patrullar por las calles en busca de Tamar o del muchacho desconocido, aquel chico alto, que había aparecido de la nada dando vueltas por la ciudad con la perra de Tamar, que metía las narices en todas partes y que siempre les llevaba un paso de ventaja a Pesaj y a sus hombres.

Así fue como sucedió que Asaf, que salía de casa de Teodora con la intención de moverse solamente por callejas secundarias, atrajo sin saberlo y de inmediato la atención de una riada de energúmenos. Él corría detrás de Dinka, dejando su destino en sus manos, o mejor dicho en sus patas, sin importarle adónde corriera mientras los alejara a los dos de la peligrosa zona de la casa asaltada. Y tanto empeño puso en desaparecer, que también desaparecía de su vista lo que iba

viendo. Así fue como se perdió la visión de un hombre enanoide que se encontraba en el cruce de King George con Agrippas, junto al puesto de falafel, intentando arreglar —desde el día anterior, según parecía— un coche Subaru que permanecía con las fauces del motor abiertas. En ese momento sonaba su teléfono móvil. Alguien, desde la calle cercana de La Histadrut, un hombre manco sentado en un quiosco de lotería, le comunicaba que acababa de ver a un chico con una perra que se parecían mucho por la descripción y le informaba de la dirección que habían tomado. El enano recibió la información, y sin decir ni palabra marcó. Alguien, tan impaciente que no dejó sonar el teléfono más que una sola vez, respondió al instante. El enano le pasó la información. El hombre escuchó, colgó y en ese mismo instante, para su asombro, pasaron ante él la perra y el chico. Asaf, en su alocada carrera, tampoco se dio cuenta de la presencia de ese hombre enjuto y de anchas patillas que empezó a caminar detrás de él con premura, medio corriendo, mientras marcaba un nuevo número en el teléfono y hablaba en voz muy baja: «Ahora estamos junto a la contorsionista, la perra se ha detenido, ¿qué pasará? Un momento (hablaba muy deprisa y con toda seguridad debía de sentirse como un locutor de deporte), ahora están entrando en el corro, desde aquí no los veo, diles a todos que vengan hacia aquí de inmediato, manda un coche, también, ya los tengo, al alcance de la mano, de acuerdo, entendido, no grites, un momento, pero ¿esto qué es? ¿Qué es lo que está pasando?».

Lo que pasaba era que la contorsionista había visto a la perra. Eso fue un instante antes de que lograra retorcer su elástico cuerpo y meterlo en el enorme acuario con tapadera y todo. De repente, su mirada, vidriosa y completamente ensimismada, se había centrado en el animal, y trasformando la cara con un gesto extraño, de desdobló entera entre unos extraños sonidos de botellas descorchadas, deshizo nudo tras nudo, sacó con agilidad la pierna de debajo de la axila y desenroscó el brazo del tobillo, y poniéndose de pie gritó: «¡Sisco! ¡La perra! ¡La perra de esa!».

Se armó un revuelo terrible. La gente reculó y empezó a huir en todas direcciones, chocándose unos con otros y con cuatro hombres de

mirada turbia que habían asomado de los cuatro callejones cercanos con la intención de meterse en el corro. En medio de ese caos, Asaf y Dinka se escabulleron, se esfumaron divididos en dos para después volverse a unir tres calles más allá, reencontrándose por instinto, por un profundo conocimiento interno, aterrados porque el mundo entero los estuviera persiguiendo por una ciudad convertida en un coto de caza en el que cada persona que los rodeaba era un cazador disfrazado. Llegados a ese punto ya todo dependía exclusivamente de Dinka, porque Asaf se encontraba prácticamente paralizado por el miedo y no tenía ninguna probabilidad de ponerse a salvo por sus propios medios. Así, pues, Dinka lo guiaba, tiraba de él, lo llamaba y avanzaba hacia delante con un ímpetu y una fuerza sobreperruna. Ahora era perro de tiro para trineo, perro San Bernardo, perro guía y loba a la vez. En un callejón estrecho, sin salida, se sumergió con él en un patio pequeño, y allí se quedaron esperando, abrazados y aterrorizados, hasta que vieron pasar a un hombre delgado, que a Asaf le pareció una especie de Elvis Presley chupado, y que desaparecía a toda velocidad. Dinka gemía y gruñía. Asaf le puso la mano sobre el hocico. Al cabo de un momento salieron de allí y se marcharon en dirección contraria. Otro minuto de alocada carrera. No tenemos posibilidad ninguna, pensaba Asaf, en la siguiente calle me cogen; pero entonces oyó un breve ladrido de alegría y ante los ojos vio un letrero que decía «CASA LEAH». Soltó un grito de asombro. Dinka se puso sobre dos patas y abrió, Asaf lanzó una última mirada atrás y casi fue a dar de bruces en un patio con un suspiro de alivio.

En el centro del pequeño patio había una palmera joven. Unas cuantas mesas dispuestas con sus respectivas sillas. Una pareja madura, que se encontraba sentada a una de ellas y conversaba en voz baja, ni siquiera levantó la cabeza para mirar quién había entrado. Asaf y Dinka cruzaron el patio, subieron tres escalones y entraron en una sala grande. También allí había mesas puestas y casi todas estaban ocupadas con gente comiendo. Asaf se estremeció, aturdido sin saber qué hacer o a quién dirigirse. La gente lo miraba. Se sintió sucio, como un pobre que podía llegar a estropearles el apetito, pero Dinka ya se lo llevaba por entre las mesas hasta empujar una puerta

de resorte partida por la mitad de manera que Asaf se encontró de golpe en una cocina.

Sus sentidos captaron todos a una demasiados estímulos. Un cocinero, una enorme olla burbujeante, el aroma de un guiso desconocido, una sartén chispeante, alguien que llamaba desde fuera a través de un pequeña ventanilla: «¡Endibias al roquefort!». Un chiquillo cortaba montañas de tomates, un hombre bajito y rechoncho permanecía en un rincón, completamente desconectado del lugar y una mujer alta e irritada se volvió de repente hacia él con la cara llena de las marcas de unos largos cortes que no habían cicatrizado bien. Se le plantó delante, con los brazos cruzados sobre el pecho y gritando qué demonios estaba haciendo él en su cocina.

En ese momento vio a la perra y los ojos se le iluminaron. «¡Dinka! ¡Dinkush!», gritó arrodillándose frente a ella, y la abrazó atrayéndola hacia sí. De esa misma manera era como Teodora había abrazado a la perra, pensó Asaf, mientras intentaba recobrar la respiración. «Dinka, cariño, mi pequeñina, ¿dónde has estado estos cuatro días? ¡Te he estado buscando por toda la ciudad! ¡Tsion, enseguida, dale agua, que mira qué sed tiene!» Asaf aprovechó la ocasión para mirar un instante a través de la puerta partida para ver si aquellos todavía no habían irrumpido en el restaurante.

La mujer se levantó despacio y se plantó delante de él. «¿Y tú quién eres?»

Los ojos de ella se transformaron de repente en unos ojos tan penetrantes que por un momento se quedó allí de pie y callado. No tenía ni idea de cómo explicarle su entrada precipitada en aquella cocina. Todos los que allí trabajaban, los dos camareros, el chico que cortaba la verdura, el cocinero que levantó la mano para mostrarle al pinche en qué estante encontraría las endibias; todos se habían quedado parados como si se hubieran petrificado en pleno movimiento. Asaf miró a su alrededor angustiado. Después se puso la armadura de seguridad. «¿Conoce usted a los dueños de esta perra?» Lo dijo con la voz más oficial que logró poner, la voz del formulario 76.

«¡Te he preguntado que quién eres?» Tenía una voz cortante y

autoritaria. La voz de alguien que no se anda con chiquitas, y además, lo miraba con una desconfianza tan manifiesta que Asaf realmente se ofendió y casi se suelta con el discurso tajante y detallado que llevaba ya dos días fraguándose en su interior («¿Qué es eso de quién soy yo? Yo soy el que anda corriendo con esta perra por toda la ciudad para devolvérsela a sus dueños legales, yo soy el que todo el que me ve intenta atacarme, perseguirme, partirme la cara», etcétera.)

Pero en lugar de eso dijo: «Trabajo en el Ayuntamiento y estoy buscando a los dueños».

«Entonces puedes dejarla aquí», dijo con determinación. «Así que, adiós, que tenemos trabajo.»

Ya le sujetaba la puerta, mientras le ponía una mano grande y fuerte sobre el hombro y la pequeña cocina volvía a su vida y alboroto. El chico del cuchillo volvió a cortar tomates y el cocinero acarició con afecto la mejilla de su pinche.

«No», dijo Asaf. «No puedo.»

La mujer se detuvo en seco y lo mismo pasó con los demás. «¿Y por qué no? ¿Qué problema tienes?»

«Pues que usted... no es la dueña.»

«No me digas…» Como un alambre de espinos se le enroscó a Asaf ese «No me digas». «¿De dónde te has sacado tú que no sea yo la dueña?»

Dinka, que bebía agua muy ruidosamente, ladró de pronto. Dejó de beber y se plantó delante de Leah ladrando con fuerza y con una insistencia fuera de lo común. Le goteaba agua de los bigotes, pero no se detenía a lamérsela: se interpuso entre los dos, clavó en Leah unos ojos severos y por un momento pareció que hasta iba a dar impacientes golpecitos de pata en el suelo.

«Basta, Dinka», dijo Asaf confuso. «Pero si es Leah… ¿Qué es lo que te pasa?»

Pero Dinka no se tranquilizaba. Dio una vuelta alrededor de Asaf, como si estuviera trazando una línea alrededor de él, y después se sentó sobre los cuartos traseros, de espaldas a Asaf y de cara a Leah, para volver a soltar un solitario y significativo ladrido.

«Mira, mira», dijo Leah muy bajito. Algo le pinchaba en la espalda a

Asaf, debajo de la mochila de Tamar. Quiso darse la vuelta, pero entonces se le clavó más. Como si tuviera contra el cuerpo una tubería de hierro que lo empujaba.

«Haz el favor de responderle a la señora lo que te ha preguntado», dijo la voz de un anciano a sus espaldas, «si no quieres que te acribille a balazos que se te metan por todo el cuerpo y te destrocen víscera tras víscera.»

«¡Moshé!», dijo furiosa la señora. «No tienes por qué hacernos una descripción tan detallada. ¡La gente aquí viene a comer!»

¿Estoy loco, pensó Asaf, o no es esto una escopeta? ¿Ahora me vienen con una escopeta? ¿Qué habrá hecho Tamar, para que todos los que tienen algo que ver con ella se vuelvan completamente locos?

«Voy a contar hasta tres», dijo el hombre, «y después voy a apretar el gatillo con toda la calma del mundo.»

«¡Tú aquí no vas a apretar absolutamente nada!», bramó Leah, «y ahora mismo le quitas de encima ese cañón. Samir, arréglame una mesa para dos en el reservado y dale de comer a Dinka aquí. Y tú, ¿cómo te llamas?»

«Asaf.»

«Ven conmigo.»

Lo llevó a una habitación pequeña en la que solo había dos mesas, y ambas vacías. Se sentó frente a él. «Ahora explícamelo todo, de principio a fin. Solo que te advierto que esta nariz es un detector de mentiras», añadió, tocándose ligeramente la nariz.

Asaf le mostró el formulario y le explicó el sistema de Danoch para localizar a los dueños de los perros extraviados. Pero Leah apenas prestó atención al formulario. Examinaba atentamente a Asaf, le escudriñó el rostro y pareció estarlo asimilando en su interior. «A propósito», dijo acordándose a mitad de la historia de él, «me llamo Leah.» Le tendió una mano grande y viril, y le sorprendió sentir el apretón de manos de Asaf, que casi le machaca la suya.

«¿Y quién te ha hecho eso?», le preguntó, señalando la hinchada nariz de Asaf.

Se lo contó.

«No lo entiendo. ¿Qué hacías allí, cómo llegaste?» Asaf se lo dijo, y

también le habló de Serguei.

«¿Y esto otro?», le preguntó ahora, a propósito del raspón que tenía en la frente y del que él ya se había olvidado.

«¿Esto? ¿Cuándo me he hecho yo esto...? Mmm... es de ayer. Me lo hizo un detective de la policía.»

Y se lo explicó todo.

Leah lo escuchaba.

Y le contó cómo lo habían perseguido por toda la ciudad.

«Esto es de ella», dijo Asaf mientras le mostraba la mochila y le explicaba después cómo la había recogido de la consigna de la estación.

Leah no pronunciaba una sola palabra. Permanecía allí sentada escuchándolo y mirándolo, y las dos hendiduras verticales que tenía en la frente se le hicieron mucho más profundas. En un momento dado, repentinamente pareció despertar. «¡Pero con todas esas correrías seguro que hoy todavía no has probado bocado! Así es que ahora a comer, que luego seguiremos.»

Al decirlo ella, la verdad es que Asaf notó una punzada muy aguda en lo más profundo de sus entrañas, «Pero ¿y Tamar?», murmuró, y tragó saliva. «Creo que no hay tiempo, tenemos que darnos prisa.» Leah vio cómo le subía y le bajaba la nuez, oyó la respuesta y notó una sacudida en su interior. Hacía más de doce años que dirigía el restaurante y hasta ese mismo momento nunca se había encontrado con nadie que hubiera rechazado la invitación de quedarse a comer. «Tamar se encuentra en un lugar seguro», le dijo, en contra de todas sus normas de seguridad, «así es que lo primero que tú tienes que hacer es comer...»

«Pero si no tengo dinero», recordó desesperado. «Me lo han robado.»

«Invita la casa, ¿qué es lo que te gusta?»

«Todo», sonrió Asaf, mientras estiraba las piernas y notaba que le había caído bien.

«Pues te pondremos un poco de todo», concluyó Leah, y se levantó cuan larga era. «Vuelvo a la cocina, pero no te preocupes, que te dejo en buenas manos.»

Asaf devoró con gran placer la procesión de platos que Leah le fue

enviando, unos platos refinados y muy bien condimentados que le enviaban unos mensajes embriagadores a los sentidos y que podían resumirse en uno solo: que allí había alguien que quería el bien de Asaf.

Desde la ventanilla que comunicaba con la cocina, Leah lo observaba de tanto en tanto, posando en él una mirada larga, penetrante y meditativa y sintiendo una gran satisfacción por el fabuloso y sano apetito del chico. En esas estaba cuando de repente se puso muy tensa, ladeó un poco la cabeza, como si hubiera sentido un tirón en la espalda o acabara de ocurrírsele una idea, y enseguida llamó a Samir y se puso a cuchichear con él en un rincón. Deprisa. Samir la miraba sorprendido:

«¿Traerla aquí? ¿En pleno trabajo? ¿Estás segura?»

Sí, sí, estaba segura. Y deprisa, porque tenía que averiguar algo muy importante.

«Mira, lo que yo sé es que ha desaparecido», dijo Asaf, que creyó que había llegado el momento de ir al grano. Leah, sentada frente a él, removía un café solo. «Y lo que también sé es que está metida en un buen lío, así es que lo que quiero es encontrarla. Me vas a ayudar a hacerlo o ¿no?»

«Me gustaría», dijo con llaneza, «pero no puedo.»

«¡Ah!», exclamó Asaf, decepcionado. «Tampoco Teodora ha podido.» Se hizo un largo silencio y la tensión flotaba en el ambiente. Leah pensaba maravillada: Pero ¿también hasta Teodora has llegado? Había algo en él que todo el rato le resultaba conmovedor. Pero no sabía de qué podía tratarse. Asaf, por su parte, permanecía en silencio. Pensaba que aquello no era justo. Que ahora alguien tenía que ayudarlo, porque solo ya no podía seguir adelante. También Leah se sentía incómoda por su negativa, de manera que se propuso reavivar la conversación: «¿Sabes que nunca he conocido a Teodora?», dijo encogiéndose de hombros. «A veces he llegado a pensar, te lo juro, que no se tratara de una invención de Tamar, porque como muy bien sabes», añadió, como si precavidamente quisiera tantearlo, «a veces se

inventa cada cosa y tiene cada idea, ¿verdad?»

Asaf pensó en Matsliah, pensó en la niña subida al bidón y sonrió.

«Y además...» Leah notaba que ahora iba a tener que hilar muy fino porque le estaba hablando de Tamar a un completo desconocido, aunque su intuición le decía que precisamente lo estaba haciendo por Tamar. «Para Tamar es muy importante que sus amigos no se conozcan. A ella le gusta estar sola con cada uno de ellos, como en un mundo que solo compartan los dos», dijo Leah mientras volvía a comprobar la influencia de lo que decía en Asaf y pensaba que este tenía además una sonrisa arrebatadora. «Y siempre que le he preguntado la razón, ¿sabes lo que me dice? "Divide y vencerás." ¿Qué te parece?»

«¿Que qué me parece?» Estaba tan contento de haber sido ascendido a analizador de los asuntos de Tamar; era como si en su periplo tras ella hubiera acumulado tantas experiencias y conocimientos que ahora podían ser utilizadas para explicarla a ella. Asaf dijo, entonces: «Puede... Puede que de esa manera sea más libre, quiero decir, que así tiene más…». Y de repente le saltó de la boca una expresión de Reli: «Espacio vital».

«¡Eso es exactamente lo que creo yo!», dijo Leah entusiasmada. «Si me hicieras a mí esa misma pregunta, te diría que con su "Divide y vencerás" es como si pudiera ser una persona completamente distinta con cada uno, ¿no?»

«Sí, eso es lo que yo también creo», concluyó Asaf. «Lo más importante para ella es su libertad.» Ahora, sin embargo, algo le preocupaba un poco, algo que lo tenía confundido y que no era exactamente el tema sino creía que relacionado con Reli y con Karnaf, precisamente. Como si por una milésima de segundo le hubiera acudido a la mente que quizá había algo de verdad en lo que Reli decía.

Leah apoyó la cara en la palma de aquella manaza suya y se lo quedó mirando meditabunda. Se dejó llevar por un pensamiento lejano al que le dio unas cuantas vueltas para después regresar con él. «Dime...» (¿cómo formular la pregunta?), «aparte del instituto, ¿haces alguna otra cosa? ¿Algo artístico?»

«No», se rió. «¿A qué viene eso?»

«No, nada, creía que a lo mejor...» Una suave sonrisa de satisfacción se dibujó en los labios de Leah. Asaf se preguntó si lo del taller de fotografía podía considerarse como arte. En realidad quizá sí. Su profesor opinaba que sí. En la exposición de fin de curso habían contado con cinco de sus trabajos, pero nunca había pensado en sí mismo como «artista». Incluso sentía cierto rechazo a ser considerado como tal. Quizá por el hecho de que Reli se empeñaba en presentarse a sí misma como «artista» y a Asaf siempre le había parecido que en el caso de ella resultaba un poco falso. Auténticos artistas eran Cartier-Bresson o Diane Arbus, y todos los demás cuyas fotos él tanto admiraba, pero ¿dónde estaban ellos y dónde él?

Un paquete chillón se interpuso ante sus ojos. Samir había vuelto y le acababa de pasar a Leah, con un profundo suspiro, a una niña pequeñita con una fuerte rabieta, y le explicaba que la niña estaba durmiendo cuando él había llegado y que por eso se había pasado todo el camino gritando.

Asaf supuso que tendría unos dos o tres años. Era muy pequeñita, con piel de marfil, el pelo negro y muy liso y los ojos negros y rasgados, unos ojos que ahora apretaba con fuerza por el enfado y que por eso apenas se le veían. Asaf pasó de nuevo la mirada de la niña a Leah, en un intento por relacionar a aquella mujer grandota, de piel oscura y de cara marcada por multitud de cicatrices con aquella niñita de ojos rasgados, hasta que de repente lo entendió. La respuesta era muy simple.

«¡Leah!», se oyó desde la cocina, «¿qué hay del marinado?»

Leah se levantó con la niña gritando entre los brazos, vaciló un momento delante de la puerta de la cocina, regresó, y con un gesto repentino se la tendió a Asaf. Ahora tenía en brazos a una niña pequeña, sorprendentemente ligera, quizá pesara la mitad que Muki, y que era, en palabras de su madre, «una niña con un par de esos bien puestos», mientras que esta era peso pluma, y además olía muy bien y era guapísima, una belleza, por lo poco que podía verse en medio del

escándalo que tenía montado con tantos gritos, puñetazos y patadas en todas direcciones. Asaf le sonrió, pero ella siguió gritando, Asaf se lamió los labios imitando a Dinka, pero ella respondió a patadas. Entonces él ladró y la niña se calló. Lo miró sorprendida y esperó. Asaf volvió a ladrar y además movió las orejas. La niña movió unos ojos sagaces desde él hasta Dinka. Algo empezaba a asomar bajo las lágrimas. Asaf levantó un dedo por el aire y ella lo imitó hasta tocar el dedo de él. Todavía guardaba cierto resquemor en la sonrisa que había puesto. Él dijo que sí con la cabeza y ella lo imitó, él dijo que no y ella también, y así, sin palabras, solo con miradas, ruiditos de los labios y gestos, logró Asaf ganarse su confianza a la vez que sentía una fuerte añoranza hacia Muki, una añoranza casi dolorosa. Noa alargó las manitas para tocarle la cara, se las pasó por los ojos, por la nariz hinchada, le tocó los moratones mientras Asaf permanecía allí sentado con los ojos casi cerrados dejándola que hiciera lo que quisiera, hasta que vio que Leah había vuelto, pero cuando le quiso entregar a la niña esta se negó a separarse de él.

«Ya veo que le has gustado a Noa», dijo Leah ceremoniosamente. «Ahora…»

Solo que Noa tampoco estaba dispuesta a compartirlo con nadie. Con ambas manos le tomó la cara, la volvió hacia ella y muy emocionada le contó algo acerca de un tal Oguer que había en la guardería que se había cortado con un cristal y al que le había salido muchísima sangre… Asaf repetía las medias palabras de ella hasta irlas descifrando una a una. Cuando Muki había tenido esa edad en la que los niños no dicen más que una sílaba de cada palabra, Asaf le había preparado una especie de diccionario especial para que la cuidadora pudiera entenderla. Leah, sentada a un lado, escuchaba radiante la conversación que se traían Asaf y la niña. «Ahora, escucha…», dijo finalmente, una vez que Noa hubo accedido a separarse de él un momento para revolcarse por el suelo con Dinka, «… que te quiero contar una cosa.»

Asaf se puso serio y se sentó muy erguido. Leah alzó las manos hasta la altura de la boca, formó con ellas una especie de cueva y por encima de esta clavó unos ojos estrechos y repentinamente brillantes:

«Tienes que saber que si alguna vez le haces algo malo a esa chica, yo te perseguiré hasta el final del mundo y con estos diez dedos te estrangularé. ¿Has oído bien lo que acabo de decirte?».

Asaf tartamudeó una especie de respuesta. Recordó que también Teodora le había dicho algo parecido, pero ahí, con Leah, tenía la sensación de que ella ya había cumplido promesas de ese tipo en alguna ocasión.

«Puede que yo no sea la mujer más lista del mundo», empezó a hablar de nuevo, con la solemnidad de un discurso en sus inicios, «y solo Dios sabe la de tonterías que he hecho en mi vida...», y sin darse cuenta se tocó ligeramente las largas cicatrices de la cara que le habían hecho con una cuchilla de afeitar clavada en una patata, tres delincuentes de la banda contraria, «... tampoco es que tenga estudios universitarios, precisamente, porque a lo más que llegué fue a terminar quinto, y examinándome por libre. Pero de lo que sí entiendo un poco es de personas, y como a ti ya te llevo viendo durante una hora sé ya todo lo que hay que saber de ti.»

Asaf no entendía adónde quería llegar Leah, pero no quiso interrumpirla.

«La situación es la siguiente», dijo ella, colocando las manos abiertas sobre la mesa. «Tamar está metida en un lío.»

Drogas, pensó Asaf.

«En un lío muy malo, con todo tipo de cosas dudosas, incluso delincuentes.»

Él escuchaba. Hasta ahora, nada de lo que ella había dicho le sorprendía (lo que sí le sorprendía era otra cosa... que él fuera capaz de permanecer allí sentado hablando con tanta facilidad y naturalidad con una persona a la que acababa de conocer; y es que con toda la tensión y el miedo acumulados, Asaf se sentía como quien, sin darse cuenta, ha aprendido a bailar un baile complicadísimo).

«De la misma manera que te han perseguido hasta aquí», continuó Leah, «supongamos, solo supongamos, que yo te digo dónde está ella ahora, y supongamos que tú vas hasta allí, no te daría tiempo ni a decirle hola que ya te habrían atrapado, y por muy listo que seas no podrás escapar de ellos. En eso son mucho mejores que tú. ¿Entiendes

ahora qué es lo que me preocupa?»

Él se quedó callado.

«Es por eso por lo que te propongo que dejes aquí a la perra.»

«¿Por qué?»

«Porque creo que lo que buscan es un chico con una perra, ¿verdad? Si sales sin la perra, te apuesto lo que quieras que nadie te va a mirar. Conozco muy bien cómo piensan.»

Asaf se quedó pensativo.

«¿Qué dices a eso?»

«Que me llevo a la perra para seguir buscando a Tamar.»

Leah suspiró y miró la cara golpeada de Asaf.

«Dime», le preguntó, lo que a ella solían preguntarle una y otra vez hace quince años «¿no le tienes miedo a nada?»

«Pues claro que tengo miedo.» Se rió mientras pensaba: Tenías que haber visto cómo me castañeaban los dientes cuando llegaron aquellos tipos a la alberca, y cómo temblaba al venir hacia aquí. «Pero la encontraré.» La verdad es que no sabía de dónde le venía aquella seguridad. Se dio cuenta de cómo también él, al igual que el viejo de la escopeta, hablaba ahora como el héroe de una película. «De eso estoy seguro», murmuró mientras meditaba perdido, olvidado de sí mismo. «Al final la encontraré...»

Ella observaba con extraña satisfacción cómo Asaf se inclinaba ligeramente hacia delante en la silla y juntaba las rodillas, pero sin juntar los pies; los dedos de las manos, cada uno desviado un poco en otra dirección, unos dedos bizcos, podría decirse, que se entrelazaban con un gesto entre infantil y soñador en actitud suplicante. Su tímida sonrisa, siempre vuelta hacia dentro, revoloteaba ahora hacia fuera dejando dos manchas de luz en la comisura de los labios. Leah sintió un leve estremecimiento.

«Sí», susurró muy bajito y sorprendentemente extraña, como si respondiera a los pensamientos de él.

«... De tanto haberla estado siguiendo, es como si ya la conociera», murmuró Asaf, para su propia sorpresa. Las palabras, simplemente, le brotaron hacia fuera.

«Eso es exactamente lo que a mí me ha parecido desde el momento

que hemos empezado a hablar», dijo ella con suavidad.

«¿Cómo?», reaccionó él, sorprendido por lo ensoñador de la conversación.

«Ven», le dijo Leah levantándose, «que vamos a dar un paseo.»

«¿Adónde?»

«Enseguida lo verás.» Y mientras salían añadió, casi para sus adentros: «Nosotras, las mujeres, tenemos que ayudarnos».

Le dejó dadas órdenes al cocinero, cogió un biberón con agua para Noa y escribió algo en una nota de papel que metió en un sobre. Asaf no le hizo ni una sola pregunta, pero cuando salían del patio del restaurante miró detenidamente a derecha e izquierda. La calle se encontraba desierta. Se dio cuenta de que también Leah miraba hacia los lados, y hasta Dinka examinó el terreno. En el aparcamiento Leah le presentó el escarabajo amarillo y viejo y ató a Noa en una silla para bebés tan moderna que parecía valer cuando menos lo mismo que el coche. Durante un tiempo circularon por unas calles estrechas; a ratos, Leah detenía el coche y esperaba unos minutos, para después volver a arrancar. Una vez dio un frenazo cuando la calle parecía estar completamente desierta, viró bruscamente y se fue hasta un pequeño aparcamiento donde también se quedó esperando. Al cabo de un momento pasaron dos hombres corriendo y Asaf pudo reconocer a uno de ellos, el delgado que lo había estado persiguiendo a él antes. Los miró atónito, sin saber cómo lo había adivinado Leah antes de verlos. «Somos perros de la misma camada», sonrió ella con sorna, saliendo a toda velocidad hacia el lado opuesto al de ellos y entrando en una calle a contradirección. Así continuaron durante un rato más, avanzando según le indicaban sus sentidos. Asaf se dio cuenta de que Leah miraba por el retrovisor más que a través del parabrisas, pero tampoco preguntó nada.

«Escúchame...», le dijo un poco después, «no te ofendas, pero quiero que cierres los ojos. Es mejor que no veas a donde vamos.»

Asaf lo entendió enseguida. Cerró los ojos y la oyó decir: «Porque si, Dios no lo quiera, algún día te atrapan a ti, que no puedas contarles

dónde has estado».

«¿Quieres que me los vende?»

«No» Se rió. «Te creo.»

Le resultaba muy agradable ir así. Tranquilizarse un poco después de un día de carreras y en vistas a lo que le esperaba. Noa, detrás, se había quedado dormida, y Asaf pensó en que a él tampoco le importaría echarse una cabezadita.

«¿Quieres oír música?»

«No.»

«¿Y que te cuente algo? ¡No abras los ojos!»

«Sí.»

Entonces Leah le habló del restaurante, de los años de durísima preparación en Francia, y ya de paso, tuvo que contarle otra cosa, aunque no fuera más que por encima, de su anterior reencarnación, y después lo miró de reojo para ver si lo había asustado, pero vio que no. Respiró profundamente, estiró los brazos frente al volante y siguió hablando con toda tranquilidad, como a veces hablaba con Tamar, ni siquiera intentó discutir con ese extraño impulso que solía asaltarla, sino todo lo contrario, se dejó llevar por la placidez que envolvía a Asaf. Por un momento dudó si hablarle de Shai, pero decidió que ya había hablado demasiado y que de eso ya se enteraría, y con todo lujo de detalles, por Tamar, así es que decidió dejar que lo fuera descubriendo por él mismo. De tanto en tanto lo miraba disimuladamente y pensó en que podía adivinar el aspecto exacto que Asaf tendría dentro de diez años, y dentro de veinte y de treinta. A ratos le parecía que se había quedado dormido y dejaba de hablar, pero entonces él dejaba oír un carraspeo y ella proseguía. Le habló también de Noiku, que era el mayor regalo que le había dado la vida, y que en realidad había sido en parte gracias a Tamar que la había animado a dar ese paso. De repente se rió: «No sé por qué te cuento todas estas cosas, pero no creas que ando por ahí contándoselas al primero que me encuentro por la calle».

«Ya lo sé. Sigue.»

La carretera volaba. Noa suspiró suavemente sumida en su sueño. Leah hablaba. Después se calló. Incluso sin necesidad de abrir los ojos

Asaf notó que ahora estaba muy tensa. Circulaban por una cuesta con baches. La luz anaranjada de la tarde reposaba sobre sus ojos. Ahora Leah conducía muy despacito. «Si me lo preguntaras», dijo de pronto Leah con otra voz, «te lo contaría.»

«¿Qué cosa?», preguntó Asaf.

«Que aquí es donde antes de ayer dejé a Tamar.»

Asaf abrió los ojos. Vio que se encontraban junto a una parada de autobuses en la que no había nadie. Un letrero de cartón se balanceaba en un poste cercano de la luz: «A LA BODA DE SIGUI Y MOTI». Leah se levantó las gafas de sol, examinó el lugar y fijó la atención en el espejo retrovisor. Noa se despertó y empezó a lloriquear, pero al ver a Asaf le sonrió. Él le pasó el dedo por la delicada mejilla y ella le sujetó el dedo y lo llamó por su nombre.

Asaf se bajó del coche y Dinka, que había ido dormida durante todo el viaje, saltó tras él y se sacudió. Leah sacó un sobrecito y se lo tendió a Asaf. «Esto se lo das a Tamar. Es una carta aclaratoria. Para que no me odie. Y tú, cuídate mucho.» Y le tiró un beso. «Suerte, Asaf. Cuida de ella, también.»

Dio la vuelta y se marchó.

Asaf descendió enseguida desde la carretera hacia la hondonada, hacia la torrentera seca. Se agachó detrás de una roca y esperó unos minutos para escuchar si algún coche se detenía allí arriba de repente. El silencio era absoluto. No se oían ni motores ni pasos. Estaba solo, nadie lo perseguía. Pero se sentía incómodo por no saber dónde se encontraba.

Entre las rocas serpenteaba un sendero. Asaf bajó por él. Dinka volvió a ponerse muy tensa, vigilante. Asaf tenía que llamarla una y otra vez. Junto a una encina inclinada la detuvo, se puso de rodillas y le susurró: «Tenemos que acercarnos en silencio. Ahora no ladres, ¿de acuerdo? Nada de ruido hasta que no veamos lo que pasa allí. ¿Lo prometes?».

Bajó todavía más; el valle era muchísimo más profundo de lo que parecía desde arriba. Pasaron por una estrecha garganta. Avanzaban despacio, en completo silencio. Cuando se encontraban entre dos montículos oyeron ruidos.

Asaf no sabía de dónde venían. Ruidos de lucha, gritos y gemidos. Un hombre muy joven, puede que un muchacho, daba unos gritos histéricos, no te va a servir de nada, no vas a conseguir retenerme aquí, yo no soy tu prisionero, mientras una muchacha lloraba, o imploraba algo.

Dinka se le escapó a Asaf de la mano, y fue solo antes de llegar a la cumbre del montículo de tierra cuando logró atraparla tirándose al suelo encima de ella. Los dos jadeaban. Asaf le susurró suplicante que no hiciera ruido. Silencio, Dinka, todavía no. Ahora ya no sabía qué hacer. Estaba desorientado y tenía miedo, de modo que quizá fue por eso por lo que se quitó el cinturón y ató a Dinka, a través del collar, al frágil tronco de un árbol. Ella lo había mirado tan ofendida que le había costado atarla. Después trepó en silencio hasta el extremo del montículo. Abajo, detrás de un árbol de ramas enmarañadas, vio algo oscuro que le pareció una gran boca y después pasó a ser la entrada de una cueva. Había allí un chico joven, sudoroso, que respiraba agitadamente y al que las manos le temblaban de forma asombrosa a ambos lados del cuerpo. Era alto, muy delgado y se columpiaba sobre las piernas sin descanso. Al cabo de un momento, Asaf se dio cuenta de que allí había alguien más, tendido en el polvo, a los pies del chico, inmóvil. Asaf creyó que se trataba de un muchacho de pelo muy corto. Ahora estaba realmente confundido: ¿quiénes eran esos? ¿Y dónde estaba Tamar? Pero en ese instante el chico lo vio sobresalir por encima del montículo, los ojos se le encendieron de terror y, de repente, echó a correr en dirección contraria a Asaf. Este salió tras él, confundido. La persecución duró contados segundos. El chico corría despacio y sin fuerzas, pero cada vez que Asaf estaba a punto de atraparlo, el miedo lo catapultaba unos pasos más arriba por la cuesta de la torrentera. Junto a una maraña de arbustos Asaf lo tiró al suelo abalanzándose sobre él, y al momento le dobló el brazo por la espalda tal y como se lo habían hecho a él en más de una ocasión durante los últimos días. El chico allí tendido debajo de él lloraba y le suplicaba a Asaf que no lo matara, de manera que este último se puso a pensar, cada vez más confundido, que allí había algo muy raro e ilógico: que no era posible que un tipo como aquel, tan asustado y debilucho, fuera

uno de los que tenían amenazada a Tamar. El chico intentaba dar saltos allí tendido como estaba. Doblaba y retorcía el cuerpo sin cesar. Asaf lo apretó bien contra el suelo y le gritó que no se moviera. En ese mismo instante oyó unos pasos muy rápidos entre los arbustos que tenía a sus espaldas. Se dio la vuelta, demasiado despacio, para ver algo que caía sobre él desde arriba y el cielo que se resquebrajó en dos partes que también se le vinieron encima. Después de un momento empezó a notar que había recibido un golpe muy fuerte en un lado de la cabeza. Y luego nada.

COMO TÚ, CUANDO EXTIENDES LAS ALAS

«¡No te muevas! ¡No te levantes! ¡Ni un movimiento…!»

Asaf oía perfectamente lo que le decían, pero tuvo que moverse. Le aterrorizaba pensar que si seguía allí echado, los sesos podrían llegar a escurrírsele por cualquiera de los dos oídos. Todo aquello había venido a unirse a los dolores que le latían en la cabeza de los golpes recibidos por la mañana y que ahora, tras el último porrazo, habían vuelto a renacer con fuerza, diseminándose por todo su cerebro como si le dieran la bienvenida con un alborozado trompeteo.

«¿Quién eres?», gritaba Tamar. «¿Qué es lo que quieres?»

Asaf la miraba mientras intentaba recomponer el cuadro que tenía delante, porque aquella cabeza de pelo rapado que veía se negaba a cuadrar con la voz que oía. Entre las nebulosas que llenaban su cabeza le daba vueltas a una sola cosa: ¿Es una chica? No, un chico. Pero ¿quién será este?

Hasta que de repente se sintió traspasado por un agudo dolor añadido: es ella. Pero ¿y el pelo? ¿Dónde está la melena negra?

Al otro lado del montículo se oyeron unos ladridos. Tamar, quizá por lo concentrada que estaba en Asaf… no los oía. Él quería decirle que se trataba de Dinka, pero para eso tenía que sentarse e intentar aplacar un poco el fuerte dolor que sentía. Se incorporó ligeramente, pero Tamar literalmente saltó sobre él blandiendo un tablón grande, de los de las obras. Al mirar hacia arriba le dolían también las cuencas de los ojos. Una hilera de puntas oxidadas sobresalía del tablón y Asaf esperaba que no lo hubieran herido. Se palpó la cabeza, por encima de la oreja, y no notó sangre. Solo un chichón más, grande y palpitante, uno más para la colección. El chico delgado se encontraba sentado en el suelo no lejos de él, apoyado en una roca y con los ojos cerrados.

«¿Para qué has venido?» Tenía una voz ahogada y chillona debido a la tensión y al miedo. «¿Qué es lo que quieres?» Asaf empezó a comprender la situación: Tamar creía que él era uno de los que la perseguían. Tenía que explicarse. Con muchas dificultades intentó incorporarse.

«¡Si te levantas…!»

Asaf no sabía qué hacer. Ella bailoteaba delante de él, se aproximaba y se alejaba, y tenía un aspecto salvaje, atemorizado y peligroso a la vez. La miró y pensó que incluso así, con el pelo tan corto y las facciones deformadas por la ira, con el tablón entre las manos y aquel mono tan mugriento, incluso así, Tamar era mucho más guapa de lo que la había imaginado o, por lo menos, que lo que había escrito de sí misma en el diario. Asaf, sencillamente, se quedó allí sentado mirándola, e intentó casar la imagen que tenía delante con todo lo que sabía sobre ella y con lo que se había imaginado y había esperado en lo más recóndito de su corazón, pero le pareció muy distinta de todo ello. Con respecto a los ojos, por ejemplo, Teodora había dicho algo acerca de ellos, algo así como que tenía una mirada franca y altiva, y en cambio no había dicho nada de su especialísimo color, un matiz único de azul grisáceo (Asaf había fotografiado una vez un color parecido, neblinoso y otoñal, en el cielo del monte Scopus un amanecer), ni de lo separados que los tenía, como si entre ellos se abriera una extensión de silencio; perspectiva.

Tenía tantas cosas que decirle, y ahora resultaba que no podía ni abrir la boca. Y no porque tuviera miedo de ella, sino porque él siempre era así con las chicas. Con todas las chicas, casi. Cuando se encontraba con una chica que verdaderamente lo atraía, notaba con sumisión y humildad, cómo se transformaba, y descendía peldaño tras peldaño por la escala de la evolución. Así pues, allí sentado y con los brazos abrazándose las rodillas, no hacía otra cosa más que esperar. El chico delgado se balanceaba hacia delante y hacia atrás con los ojos cerrados, y los dos tenían un poco el aspecto de ser los prisioneros de ella. Cuanto más duraba el silencio más crecía la furia de Asaf consigo mismo: después de todo aquel durísimo recorrido que había hecho hasta allí, él mismo creía que con ella sería un poco diferente. Si hasta con Leah había notado que empezaba a cambiar un poco, pero ¿en qué había quedado eso? En que seguía siendo el mismo pusilánime de siempre que tenía miedo a abrir la boca.

De repente, el chico, sin abrir los ojos, dijo: «Pero ¿esa no es Dinka?».

«¿Dinka?», se estremeció Tamar mientras miraba hacia el lugar de

donde provenían los ladridos.

Asaf le dijo entonces: «Te la he traído».

«¿Que tú la has traído? Pero ¿cómo...? ¿De dónde...?»

«No tiene importancia. Como tenía que traértela, te la he traído.» Se llevó la mano hasta el bolsillo de la camisa y palpó los papeles esos, el formulario 76, que ya casi resultaban ilegibles. «No importa», murmuró, y arrugó el papel hasta formar una apretada bolita que se metió en el bolsillo. Ciento cincuenta siclos más o menos, ¿qué más le daba?, si de cualquier manera durante aquel año no iba a llegar ya a poderse comprar el teleobjetivo para la cámara.

Tamar echó a andar hacia atrás muy deprisa, sin quitarle el ojo de encima a Asaf, y trepó al montículo. Al gritar «¡Dinka!», la perra, sencillamente, arrancó el cinturón del arbusto y voló hacia Tamar. Una nube de polvo se elevó desde el mismísimo lugar del encuentro. Gritos de asombro, sollozos y ladridos. Asaf las miraba y, a pesar de todos sus dolores, no pudo evitar una sonrisa.

Se levantó pesadamente e intentó recobrarse y recomponer el cuerpo. Sabía que ahora lo que haría sería marcharse de allí, volver a su puesto de trabajo, y que toda la vida se odiaría a sí mismo por su timidez y conformismo, por no haber podido hacer nada para comportarse de otra manera. Si el que estuviera allí en su lugar fuera Roí, hace ya rato que le hubiera hablado a Tamar, a la que ahora tendría hechizada con las exageradas historias de sus aventuras, pero sobre todo con sus bromas y chistes, partida de risa. ¿Solo partida? Habría conseguido que se revolcara de risa, literalmente tenderla en el suelo.

En cuanto Asaf se movió, Tamar blandió el tablón ante él. Asaf avanzó un par de pasos. Se encogió de hombros y le mostró que llevaba las manos vacías, que solo lo dejara pasar para poder marcharse a casa. Su misión allí había terminado y al día siguiente tenía que ir a trabajar al Ayuntamiento. Tamar lo miró muy sorprendida, porque toda la lucha interior que Asaf mantenía consigo mismo se le reflejaba en el rostro, que de repente le pareció un rostro torturado y que denotaba una profunda tristeza. Además no acababa de comprender quién era él, y por un momento no estuvo tan segura

de que fuera alguien peligroso para ella, pero todavía tenía miedo, así es que al verlo dar otro paso hacia ella, soltó con premura «¡Dinka, go!». Asaf se quedó mirándola completamente atónito (él no podía saberlo, claro está: hacía nueve años, el padre de Tamar había accedido a comprarle una perra, solo con la condición de que pasara por un adiestramiento especial para poder defender a Tamar en caso de necesidad. Ahora, nueve arios después, Tamar se había acordado de aquella extraña condición). Dinka irguió las orejas, pero no se movió. «¡Go, Dinka, go!», gritó Tamar aterrorizada, imitando sin darse cuenta el acento surafricano del adiestrador. Dinka dio unos pocos pasos, se llegó hasta Asaf y frotó la cabeza contra su rodilla mientras restregaba el hocico contra la palma de la mano de él. Tamar la contemplaba atónita. Jamás había visto a Dinka hacerle eso a nadie, excepto a ella. Asaf le quiso aclarar «Alguien la encontró vagando por la ciudad, la llevó al Ayuntamiento y como yo estoy trabajando allí estas vacaciones...»

«¿En el Ayuntamiento?»

«Sí, es que mi padre conoce a... no tiene importancia. Así es que he estado dando vueltas con ella para ver si te encontrábamos.»

Tamar miró a Dinka, como si le pidiera que confirmara lo que acababa de oír. Dinka miró a derecha e izquierda, y se pasó la lengua por el hocico. Después se irguió sobre las patas traseras y plantó las delanteras en el pecho de Asaf. Ante esto, Tamar dejó caer el tablón al suelo. «Ya veo que entretanto te han pegado bien», le dijo, y él se pasó la mano por el muestrario de las heridas.

«Normalmente no tengo este aspecto», le dijo muy turbado.

«Y yo, normalmente, no voy pegándole a la gente.»

Asaf se quedó callado. Pasaba el peso del cuerpo alternativamente de un pie al otro. Se rascó con el zapato un poco más arriba del tobillo. «Ah, tienes recuerdos de varias personas», recordó de pronto. «De Teodora y del vendedor de pizzas. También de Matsliah, de Leah, de Noa, y de un tal Honigman que está allí con ellas.» A cada nombre que decía los ojos de Tamar no hacían más que agrandarse. «Y de alguien de Lifta, un Serguei, y de un detective que estuvo a punto de atraparte y de una chica que toca el violoncelo en Ben Yehuda y que

lleva una gorra roja.»

Tamar dio un paso hacia él. A Asaf le pareció que tenía ojos de loba, de una loba serena y triste. «¿A todos, los has conocido?»

Asaf rascaba a Dinka visiblemente azorado. «Ha sido ella la que me ha llevado a ellos.»

A un lado, sobre una roca, Shai se balanceaba mientras murmuraba algo. Ninguno de los dos lo veía. El mundo consistía en un par de ojos frente a frente. Tamar se fue acercando a Asaf, mientras lo miraba con una completa concentración, olvidada de sí misma, como si absorbiera algo de los ojos de él, de su rostro, de su robusto y fornido cuerpo. Asaf no se movió. Normalmente una mirada como esa le hubiera supuesto un suplicio. Le hubiera hecho retorcerse, moverse incómodo. Mientras que ahora lo único que notaba era una suave flojera en las piernas.

«Soy Tamar.»

«Sí, ya lo sé.» Tras un segundo acertó a decir: «Y yo Asaf».

La presentación resultó algo embarazosa. ¿Tenían que darse la mano? Demasiado formal. Ellos estaban ya mucho más avanzados que eso en su relación.

Tamar fue la primera en reaccionar y volviéndose dijo: «Y este es mi hermano Shai».

«¡Tu hermano!»

«Sí, mi hermano. Pero ¿es que no lo sabías?»

«Es que todo el rato he creído que tú y él... pues no, no tenía ni idea.»

Tamar lo entendió enseguida: «¿Creías que era mi novio?».

Asaf se rió confuso. Enrojeció. Se encogió de hombros. Una ruedecilla dentada y minúscula del engranaje de su cerebro empezó a girar más deprisa que las otras produciendo un sonido que venía a decir algo como: Si eso es así, entonces eso otro podrá ser asá, ¿no? En el interior de Asaf, en realidad ahora todo se sucedía con un nuevo ritmo lleno de confusión. Una sensación muy extraña le alcanzaba tanto el alma como el cuerpo. Era como si un nuevo inquilino hubiera irrumpido dentro de él y al instante se hubiera puesto a amueblarlo por dentro a un ritmo vertiginoso, moviendo pesadas mesas, tirando

por la ventana armarios viejos y apolillados, y todo ello para meter un mobiliario más ligero, casi etéreo, flexible, como de bambú. Asaf sintió el apremio de ahora mismo, al instante, aclarar un asunto muy importante que tenía pendiente con Tamar. Se quitó la mochila de ella que todavía llevaba a la espalda y se la tendió. Tamar, literalmente, se la arrebató y la abrazó contra su pecho, mientras miraba a Asaf con unos ojos atónitos y recelosos. «¿Esto también...?»

Él tensó los hombros como preparación para el golpe que ahora Tamar iba a recibir de él. «Mira, ah... He leído algunas cosas. De los cuadernos, quiero decir. No me quedó más remedio.»

«¿¡Que has leído el diario!?», gritó más que antes, mostrando así su absoluta repulsa ante lo que acababa de oír, e incluso dando un paso atrás, cosa que a Asaf le dolió. «¿Que has leído mi diario?» Los ojos se le nublaron de ira y enarbolaron el estandarte de guerra que salía en defensa de su privacidad. Asaf supo entonces que la acababa de perder, ahora que la había encontrado.

Con la misma vehemencia que había enarbolado el estandarte de guerra, ahora lo doblaba, mientras se limitaba a mirarlo ya con los ojos llenos de dolor y decepción que pedían a gritos una explicación.

«Solo he leído un poquito», masculló, «solo unas pocas páginas salteadas. Creí que quizá a través del diario... ¿lo entiendes? Que conseguiría encontrarte...»

Tamar no le contestó. Redondeó ligeramente los labios como solía hacer cuando reflexionaba. A pesar de lo furiosa que estaba, lo que más le había impresionado es que Asaf se lo confesara. Que en cuanto la había conocido, se lo había dicho. Porque hubiera podido muy bien ocultárselo y ella jamás se hubiera enterado. Tamar pensaba que era extraño que Asaf hubiera sentido la obligación, al instante, de quitarse ese peso de encima, como si no quisiera que hubiera entre ellos ninguna ocultación ni mentira.

«Así es que lo has leído», repitió ella despacio, mientras intentaba comprender el alcance del hecho en sí que todavía no alcanzaba a descifrar del todo: él había leído su diario íntimo. Eso era lo peor que alguien podía haberle hecho. Ahora él sabía muchas cosas de ella. Él la conocía tal y como ella era por dentro. Le dirigió una mirada

cautelosa. No le parecía observar ningún rechazo por parte de él hacia ella por el hecho de saber lo que ahora sabía. Tamar parpadeó confundida. Esto era algo nuevo. Necesitaba un poco de tiempo para llegar a comprenderlo.

Asaf malinterpretó aquel silencio. «Mira, de cualquier forma, ya no me acuerdo de nada.»

Tamar sintió una extraña punzada de tristeza, «No, no, no debes olvidar nada», dijo apresuradamente dejándolo muy sorprendido, aunque más bien se lo decía a ella misma. «Todo lo que hayas leído ahí soy yo. Eso es lo que hay. Ahora ya sabes cómo soy.»

Él dijo entonces «No del todo», aunque, en realidad, quiso decir «Lo que me gustaría es conocerte mejor», pero le resultaba prácticamente imposible pronunciar frases largas sin tener que tragar saliva en medio.

«Y ahora ¿qué?», preguntó ella, un poco turbada por el enorme tamaño de él, siendo como era que seguían allí de pie, demasiado cerca el uno del otro, prácticamente cara a cara, «Es decir, y ahora ¿qué vamos a hacer?»

De repente sintió añoranza de su densa mata de pelo, porque por lo menos hubiera podido esconderse un poco en ella y no se sentiría tan expuesta, casi desnuda. Y además, ¿qué tontería acababa de decir? ¿Qué era eso de «vamos a hacer» en primera persona del plural? ¿Qué tenía ella que hacer con él? Quiso dar un paso atrás y no pudo. Grietas y abismos parecían abrirse a su alrededor.

«Lo que tú decidas.»

«¿Cómo? ¿Qué es lo que has dicho?» No entendía nada. El calor que exhalaba el cuerpo de él le resultaba muchísimo más comprensible que sus palabras algo tartajosas. Asaf se quedó callado. ¿Por qué no decía nada? Tamar se rodeó a si misma con los brazos, se abrazó, como si de pronto hubiera empezado a hacer frío. Inclinó la cabeza y se sonrió a sí misma con una especie de sonrisa que hacía muchísimo tiempo que no utilizaba, y eso que no había nada que pudiera hacerle gracia. Después le miró la oreja izquierda a Asaf, y luego la zapatilla derecha. Se humedeció el labio inferior que tenía reseco, se encogió ligeramente de hombros, sin motivo alguno, y se frotó los brazos.

Notaba que había perdido el control por completo. Su cuerpo había empezado a hacer unos movimientos como si estuviera ensayando su papel en una ceremonia muy antigua, o los pasos de un baile fijado de antemano millones de años atrás, sin que ella pudiera hacer nada por evitarlo.

«¿Todo lo que yo decida?», sonrió. También él sonrió. Se encogió de hombros. Desperezó los brazos por encima de su cabeza. Tenía todo el cuerpo agarrotado. Dio unas cuantas patadas al suelo, para relajar las piernas. Se pasó la mano por el alborotado pelo. Y la espalda, la espalda le picaba terriblemente, arriba, entre los omóplatos, en ese punto en el que resulta imposible llegar uno mismo.

La sonrisa de ella se hizo un poco más amplia. «En realidad, me has dicho que has venido a entregarme a Dinka, y ya me la has dado, ¿no? Y ahora ¿qué?»

Asaf dirigió una penetrante mirada hacia la punta de sus zapatillas de deporte y se dio cuenta de que nunca se había fijado en lo interesante que resultaba que el cuerpo del zapato fuera negro y la suela completamente blanca. Pero al cabo de un momento le parecieron ridículas, horrorosas y, sobre todo, terroríficamente grandes: ¿cómo era posible que durante todo un año hubiera llevado puesta una cosa tan monstruosa? ¡Y se extrañaba de que todos se rieran de él! Ahora comprendía por qué Dafi se avergonzaba de él. Pero la gran pregunta, en ese momento, la decisiva, era si a Tamar le había dado tiempo a fijarse en ellas o si todavía estaba a tiempo de salvar algo. Rápidamente y con mucho cuidado escondió una detrás de la otra, pero a punto estuvo de perder el equilibrio. Lo que le faltaba, caerse ahí delante de ella. ¿Qué demonios podía hacer? La cara le ardía. Quién sabe cuántos granos le estarían saliendo en ese preciso instante. El picor de la espalda lo estaba volviendo loco. ¿Qué era lo que le pasaba?

Volvió a tensar los hombros, y los brazos, que juntó contra el pecho como para reponer fuerzas, y dijo lo que nunca creyó que se atrevería a decir: «Si tú quieres... Quiero decir, si quieres, me quedo».

«Sí, sí.» Y se calló, asustada. ¿De dónde le habían salido esos dos «síes»? ¿Era eso, realmente, lo que ella quería? ¿Cuándo había podido

nacer en ella esa voluntad?

¿Qué tenían que ver, Asaf y ella, en realidad? Pero si no lo conocía… ¿Cómo iba a compartir con él su experiencia más decisiva e íntima? «Espera un segundo», dijo, con una sonrisa algo forzada y demostrando ser mucho más adulta que él, incluso varios años. «¿Tienes la más mínima idea de dónde te metes?»

Asaf vaciló. Sabía que Tamar estaba huyendo de alguien y además Shai no es que estuviera de lo mejor…

«Hace casi un año que se está metiendo caballo», dijo Tamar muy tajante mientras observaba la reacción de él. Y, sin embargo, al ver la cara que Asaf ponía, sintió un gran alivio. «Estoy aquí con él desde anteayer. Ahora tiene un buen momento, pero justo antes de que llegaras...»

«Sí», dijo Asaf, «ya lo he oído. Pero ¿por qué se pone así?»

«Tiene el mono. ¿Sabes lo que es el mono?»

Asaf asintió. Claro que sí. Una posibilidad nueva empezaba a palpitar en él con no menos claridad e iba tomando cuerpo. Las drogas que Tamar había comprado era muy posible que no fueran para ella.

«Así es que esta noche, mañana y mañana por la noche será lo peor», le comunicó con una voz muy dura, observando con detenimiento la mella que sus palabras producían en él, «la crisis más fuerte del mono. Por lo menos, eso es lo que me han dicho algunos, eh... entendidos.»

«¿Leah?»

«¿Cómo?» La sorpresa le hizo eliminar todo tono de oficialidad a sus palabras y empezar a hablarle con una completa franqueza: «Sí, Leah también». Silencio. Tamar le clavó una penetrante mirada porque empezaba a comprender que Asaf volvería a sorprenderla una y otra vez, de una y mil maneras, aunque sabía que ahora no tenía tiempo para asimilarlo y que le urgía volver a poner los pies en el suelo y afrontar la dura realidad. «Normalmente, en un estado como el suyo, el mono dura unos cuatro o cinco días. Ya hemos pasado dos y medio. Así es que piénsalo bien si te quieres quedar, porque no va a resultar nada fácil.» Se quedó callada un momento y después añadió, con una mezcla de lucidez y agotamiento: «Aunque para qué vas a complicarte

la vida, en realidad».

«¿Cómo? No, si soy yo el que se quiere quedar, pero dime una cosa…»

«¿Sí?», dijo Tamar, aunque ya se había vuelto para ayudar a Shai, que le tendía los brazos como un débil bebé. También se había dado la vuelta para darle a Asaf la posibilidad de marcharse de allí enseguida, en ese mismo instante, ahora que ya lo sabía todo pero antes de que se sintiera obligado a quedarse.

Asaf se puso a su lado. «¿Por qué…? ¿Por qué, en realidad, está así? ¿Es que aquí no tiene la droga?»

«Está intentando desintoxicarse. Nosotros…» No sabía cómo decirlo. «… Estamos intentando juntos que se cure.»

Shai gritó. Un dolor agudo le hizo doblarse. De golpe pasó de una situación de sopor, a retorcerse y gritar. Tamar miraba a Asaf. Su momento de intimidad había tocado a su fin. Sus ojos parecían decir: «¿Te quedas?». Y los de Asaf le respondieron «Sí». Tamar entonces decidió «Llevémoslo a la cueva». Asaf tenía otras muchas preguntas. También tenía cosas que contarle, como, por ejemplo, lo de Teodora, que había salido a la calle. Pero ahora tenían que actuar. Había una prioridad única. Sujetó a Shai por debajo de los brazos y lo ayudó a levantarse, sorprendido por la liviandad del cuerpo que acababa de coger: Shai parecía estar completamente vacío. Se aferró a los hombros de Asaf con dedos de náufrago. Asaf pensó que resultaba muy extraño todo aquello, porque Shai y él apenas habían cruzado palabra y ahora se encontraban abrazados de esa manera.

Ese pensamiento lo asaltó una y otra vez decenas de veces durante toda aquella tarde y aquella noche, hasta que finalmente acabó por diluirse. Shai gritaba, lloraba y vomitaba sin cesar. A ratos permanecía echado, con la vista fija y rascándose los brazos y las piernas hasta sangrar. Una vez por minuto, aproximadamente, bostezaba sonoramente, abriendo una boca enorme, hasta el punto de casi dislocarse las mandíbulas. A ratos dormitaba aturdido, pero de repente tenía unas convulsiones que el cuerpo casi saltaba de dolor. Asaf y Tamar se ocupaban de él en todo momento. Lo limpiaban, lo lavaban, le cambiaban de ropa, le daban de beber, lo secaban. Asaf ni siquiera

se dio cuenta de que el sol se ponía y de que la noche cada vez era más profunda. El tiempo ya no estaba compuesto de momentos sino de acciones. A cada instante había otra cosa que hacer. En los intervalos lo único que se oía eran las voces y los ruidos de Shai. Tamar y Asaf apenas hablaban entre ellos. Enseguida habían desarrollado un idioma de serias miradas y gestos, como un equipo de cirujanos en el quirófano o un par de buzos en las profundidades del mar. Asaf apartó de su mente cualquier pensamiento referente al mundo que quedaba fuera de la cueva. El mundo ya no existía. Las personas queridas para él tampoco existían. No había ningún Karnaf que pudiera alertar a la policía para que lo buscaran, así como tampoco existían ya los que los habían perseguido a Tamar y a él. Cuando se paraba a pensar en los dos días que Tamar había pasado allí sola con Shai, no llegaba a comprender cómo lo había podido resistir. Después se le ocurrió, que era muy posible que Tamar no hubiera pegado ojo desde que estaba allí, aunque no había dejado escapar ni una sola palabra de queja. Ella se inclinaba hacia él por encima de Shai y Asaf le pasaba la toalla, ella le daba el bidón del agua vacío mientras que le indicaba con la mirada que le trajera uno lleno. Los labios de ella cincelaron las palabras «papel de váter», y Asaf pensó que tenía unos labios muy bonitos, como si estuvieran dibujados. Asaf se fue hasta un rincón de la cueva y volvió con dos rollos. Entre tanto ella ya le había bajado a Shai los pantalones. Asaf le cogía de la mano los papeles sucios. En ese momento, los dos se dieron cuenta de que Shai llevaba puestos unos calzoncillos con motivos de Snoopy; miraron los calzoncillos y se miraron entre ellos, para asegurarse de que era verdad, de que ahí estaba Snoopy en medio de todo eso.

Una hora tras otra. Tres horas, cinco horas. Ocho. En los contados momentos en los que Shai dormía, ellos apenas hablaban. De puro cansancio y porque hubiera resultado muy extraño empezar una educada conversación de presentación así, de repente, como si fueran dos personas que acabaran de conocerse. Caían exhaustos al suelo,

junto a Shai, acostados a lo ancho en el otro colchón y con los pies en la tierra. Respiraban profundamente, miraban al techo, hacia las paredes de la cueva e intentaban dormitar un poco sin conseguirlo. Ponían mucho cuidado en no tocarse el uno al otro. Notaban que la presencia del otro les daba mucha fuerza y ánimo, pero también les impedía dormir. A ratos Tamar le dirigía una sonrisa entre vacilante y desgraciada, una sonrisa de dolor compartido. Qué culpa tendrás tú para tener que soportar todo esto, parecía disculparse, y Asaf le devolvía la mejor sonrisa que tenía y la que más seguridad podía darle a ella. Pero Tamar veía cómo Asaf se iba desgastando, cómo se estaba forzando, no desde el punto de vista físico, porque parecía ser incansable, estar hecho de acero, sino a causa del sufrimiento de Shai y por ser testigo de esa realidad hacia la que se había visto arrastrado sin ninguna preparación.

A las dos de la madrugada Shai se despertó y se puso a buscar, completamente fuera de sí, la dosis que necesitaba. Estaba convencido de que Tamar escondía allí una dosis más. Una y otra vez la había interrogado: ¿cuántas dosis le había comprado al camello de la plaza de Sion? ¿Cinco, verdad? Entonces, ¿dónde estaba la quinta? Se había metido cuatro, así que ¿dónde estaba la quinta?

De nada servían las explicaciones. Mil veces le repetía que ya se había puesto las cinco cuando todavía estaban, en casa de Leah. Pero él se movía por la cueva como una fiera, de un extremo al otro, revolviendo toda la comida que ella había tenido la precaución de comprar, hurgando dentro de la guitarra que le había llevado de casa, en los zapatos. Hasta los obligó a ellos a quitarse el calzado para mirar dentro. En su locura, logró encontrar el escondite de la barra de descargas eléctricas y las esposas. Se quedó mirándolas fijamente por un momento. Tamar creyó que, ahora que había descubierto lo que le tenía preparado, las cosas que en su inocencia creyó que iba a tener el valor de utilizar, llana y sencillamente la mataría. Pero el cerebro de Shai funcionaba de una manera completamente distinta y su mundo se dividía solamente en dos: la dosis y todo lo que no era la dosis. Las

esposas no le interesaron y la barra de descargas eléctricas no se tradujo en su cerebro como algo que pudiera serle de utilidad en ese momento. Pero Asaf había visto una cosa y otra, intuyó algo, y miró a Tamar completamente atónito. Ella se encogió de hombros: ¿qué otra opción tenía? Y Asaf empezó finalmente a hacerse una idea de todo lo que Tamar había organizado y había hecho después.

Shai, desesperado, acabó por desplomarse, y empezó a rebuscar en el interior de su colchón. Agujereaba la espuma a lo largo y a lo ancho. De tanto en tanto emitía un gemido esperanzado, o un grito de alegría, para después golpear el colchón decepcionado. Asaf y Tamar lo miraban sin moverse. Asaf pensaba, a Shai no le importa nada que yo esté aquí, ha mostrado una indiferencia total al hecho de que yo haya aparecido de pronto para ayudar a Tamar. Hay una sola cosa que le interesa. Y Tamar, por su parte, volvía a pensar, me gustaría saber por cuánto rato más va a aguantar Asaf toda esta locura, cuándo llegará el momento en que ya no lo pueda resistir más y se vaya, o simplemente desaparezca sin decir nada. A ratos, cuando estaba ocupada con Shai, sentía, a través de la espalda, que Asaf se acercaba a la entrada de la cueva, y entonces ella, con mucho cuidado, miraba hacia atrás. Lo veía allí de pie, desperezando su enorme cuerpo y aspirando un poco del aire fresco de la noche. Después se obligaba a sí misma a no mirar. Quería volverle a dejar la posibilidad de dar un paso más hacia afuera y desaparecer. Porque ¿para qué tenía él que sufrir todo esto? ¿Por qué tiene que meterse una persona normal en algo como esto? Personas mucho más próximas a ella que Asaf habían desaparecido en situaciones muchísimo más fáciles. Inmediatamente después el estómago se le llenaba de unas suaves y cálidas corrientes, al oír detrás de ella el silencioso susurrar de Asaf que se había acercado a ayudarla con el bidón del agua, llevarse la ropa sucia o para ayudarla en cualquier otra cosa con la que en ese momento estuviera ocupada.

Shai apenas podía moverse, así es que se arrastró a gatas hasta un rincón de la cueva. Intentaba escarbar con las uñas en el durísimo

suelo de tierra. Durante unos minutos se oyó el ruido de los arañazos y su apresurada respiración. No podían quitarle ojo de encima, así es que era como vivir una pesadilla despiertos. Escarbaba muy deprisa, lanzando la tierra hacia atrás. Por su boca salían unos extrañísimos gruñidos y gimoteos. Pero de repente levantó la cabeza, y mirándolos con unos ojos centelleantes y una sonrisa pícara pintada en los labios, aparentemente tranquilizado, dijo: «¡Por lo menos podíais decirme frío o caliente!».

Los tres estallaron en una potente carcajada, sorprendente, como tres niños en unas colonias de verano. Shai también se reía, porque por un momento había podido verse desde fuera, así es que meneó un poco el trasero, continuando la broma, y Tamar se echó, cayó de espaldas, aturdida por la tensión de los últimos momentos, extendió los brazos hacia los lados y se rió hasta que se le saltaron las lágrimas, a través de las cuales vio a Asaf y pensó que tenía una risa muy masculina y muy dulce.

Después volvieron los dolores. Shai decía que todos los huesos se le partían de dolor, que los notaba resquebrajarse y estallar. Y después empezaron los músculos a desgarrársele, así lo explicaba él, que doblaba y retorcía todo el cuerpo. Decía no haber nunca imaginado todos los músculos que llega a haber en los sitios más inimaginables, detrás de las orejas, por ejemplo, y hasta en las encías. Tamar, que todavía recordaba, de cuando vivían en casa, cómo Shai era capaz de describir lloroso el más mínimo dolor de barriga que tuviera, con todo lujo de detalles, tuvo ahora que sobreponerse al rechazo que la descripción de Shai —que no los dolores— le producía. Intentó distraerlo, animarlo un poco. Le habló del diafragma, que es una especie de músculo que no hay manera de notarlo de forma directa pero sin el que no se puede cantar. Le hizo una imitación de Halina cuando esta le pedía «¡Confiad, confiad en el diafragma!», le hizo toda una representación de lo que iba a decir Halina cuando se enterara de sus actuaciones en la calle, «¿De verdad? ¿Y les gustaba? Muy interesante... Pero ¿cómo podías cantar tan alto después de Kurt Weill? Aquí, conmigo, nunca eres capaz, aquí, después de Kurt Weill necesitas una pausa...» Shai no se reía, pero Asaf se reía muchísimo.

Tamar se dio cuenta de que, a pesar del aspecto de serio que Asaf tenía, resultaba muy fácil hacerlo reír. A ella eso le encantó y la halagó, y se puso a pensar en que Idán nunca se había reído de sus bromas, puede que hasta le pareciera que ella carecía de sentido del humor, mientras que Asaf, por su parte, descubrió en ella el hoyuelo del que le había hablado Teodora y se puso a meditar sobre lo que había hecho Tamar por las calles durante el último mes. Se preguntó si algún día la oiría cantar. Decidió que empezaría a fijarse en los anuncios de los conciertos en los periódicos y cuando encontrara el nombre de Tamar... pero al instante le estalló entre las manos la pompa de la ilusión: todo eso no eran más que sueños, ¡si ni siquiera sabía su apellido! Pero ahora no había tiempo para deprimirse, porque Shai había empezado a imaginarse un gusano, Duda, lo llamaba, que reptaba en su interior mientras lo devoraba. Lo notaba arrastrarse, y a cada movimiento le mordía la carne. Le daba la sensación de que lo estaba devorando miembro tras miembro, músculo tras músculo, hasta la última célula. Las piernas se le disparaban hacia los lados, y al momento también los brazos. Asaf no podía creer lo que veía: aquel cuerpo enjuto y largo desgarrado por las convulsiones. Tamar se tendió sobre él y lo sujetó con fuerza, y Asaf vio aquellos pequeños músculos que tenía en los brazos, en forma de almendra, y su corazón —tal y como le había prometido Teodora— sencillamente extendió las alas y emprendió el vuelo hacia ella. Tamar le hablaba a Shai sin descanso, le decía que lo quería, que le iba a ayudar, que dentro de muy poco, uno o dos días, se le pasaría y podría empezar una nueva vida. Hasta que, en medio de la madeja de la maraña de brazos y piernas, Shai cayó rendido y se durmió.

Tamar se dejó rodar para quitarse de encima de él. Completamente agotada, ya no le quedaban fuerzas. Tenía manchas de sudor debajo de las axilas y de vómito y orina de Shai en el mono. Asaf podía olerla y sabía que también ella lo olía a él. Se tendió y miró a Asaf con esos ojos que parecían ver demasiado. Con una mirada muy abierta. Le daba la sensación de estar completamente desnuda allí ante él, pero no le importaba y ni siquiera tenía fuerzas para entender lo que le pasaba. Al principio, por ejemplo, le había molestado que Asaf viera la

desnudez de Shai, por el mismo Shai, que podía sentir violada su intimidad, y también porque algo de ella misma quedaba al descubierto al aparecer desnuda la carne de su hermano, la materia de la que también ella estaba hecha. Pero después de unas cuantas horas en la misma situación, terminó por acostumbrarse. Ahora intentó dormirse. Oyó que Asaf se levantaba sigiloso para dirigirse a la entrada de la cueva. Se observó a sí misma y no encontró en ella el temor a que fuera a huir, así es que pensó que quizá era verdad que habían cruzado cierto límite. Asaf salió afuera. Su cuerpo fue engullido por la oscuridad. Dinka se levantó y también miró hacia allí. Pasó un minuto, y otro. Tamar se dio ánimos pensando que era muy bueno que se ventilara un poco. Incluso le sentaría bien dar un corto paseo a pie. ¿O habría salido a orinar? Pasó otro minuto. Fuera no se oían pasos. Tamar se dijo que le estaría eternamente agradecida a Asaf por lo que ya había hecho, aunque ahora ya no regresara. Después se dio cuenta, sorprendida, de que ni siquiera sabía su apellido. El rabo de Dinka empezó a agitarse y a levantar polvo del suelo. El cuerpo de Asaf volvió a materializarse en cuanto salió de la oscuridad. Dinka volvió a echarse y Tamar a respirar. Asaf se tendió a su lado a lo ancho del colchón, sin rozarla. Tamar se dio cuenta de pronto del placer que le suponía el simple hecho de respirar tranquila, y mientras, oía junto a ella la silenciosa respiración de él, que por algún motivo le producía una gran felicidad. Pensó en que aquella era una manera muy extraña de conocer a alguien. De hacerse amigos. Porque eso es lo que nos está sucediendo, pensó con cautela, que de alguna manera nos estamos haciendo amigos, nos sentimos muy cerca el uno del otro, sin saber muy bien cómo, casi sin hablar, casi sin conocernos, sin que nada esté sucediendo entre nosotros. Ahora que él estaba echado tan cerca de ella, el hecho incluso que le hiciera pensar que no sabía nada de él, ni dónde vivía, por ejemplo, ni dónde estudiaba, ni quiénes eran sus amigos, ni si tenía novia, nada en realidad, pero a pesar de todo notaba que había algo en él que ella ya sabía, que tenía una idea clara y firme de cómo él era y que por ahora, decididamente, le bastaba.

Había momentos, también, en los que se estremecía ante toda esa

mezcla de sentimientos, ante lo que le estaba sucediendo, puede que algo nuevo, mientras que su obligación consistía en entregarse por completo a Shai, sin distraerse un momento. Estaba demasiado cansada como para formularse a sí misma cuál era exactamente el problema. En otro momento, con toda seguridad, se habría apresurado a convertir lo que sentía en una frase tan afilada como un cuchillo, pero en ese momento no tenía ni fuerzas ni ganas de hacerlo, y lo único que se reconocía a sí misma es que ahí había una especie de disonancia, como si Shai se convirtiera a ratos solo en el medio que daba lugar a esa nueva relación. Ya estaba. A pesar de todo había conseguido formularlo. Asustada se sentó un momento, miró por el espacio de la cueva y vio el parpadeo de la mortecina luz de emergencia, comprobó que Shai dormía, que Dinka también dormía y que Asaf la miraba. Volvió a echarse. Lo más angustioso era pensar que Shai ni siquiera podía imaginar lo que ya revoloteaba por el aire a su alrededor. ¿O sería todo fruto de su imaginación? Quizá se tratara nuevamente de sus fantasías románticas mientras que Asaf estaba completamente ajeno a todo eso. ¿Y si se trataba simplemente de un chico bueno que había decidido ayudarla porque sí? Sumida en un cansancio abismal se dio la vuelta y su mano fue a dar contra el pecho de Asaf. Ay, perdona, no te preocupes, no me acordaba de que estabas aquí, ¿pues adónde me iba a haber ido?, voy a dormir un poco, ¿vale?, claro que sí, no has dormido nada durante estos dos días, ¿verdad?, no me acuerdo muy bien, creo que no, pues duerme, que yo me quedo despierto.

Al decirle «Duerme, que yo me quedo despierto», vio que con toda naturalidad y finura la relevaba de la carga de seguir montando guardia… pero no, era mejor que ahora no se pusiera a pensar en eso. Por un momento tuvo la tentación de dejarse llevar por la terrible angustia que le apretaba la garganta y contárselo todo, descargarse un poco de todo lo que le había sucedido desde que se puso en camino y de todo por lo que había pasado allí, en la cueva, con Shai, durante los dos últimos días. Porque si es que el infierno existe, pensó, el infierno había sido eso, los dos días allí sola con él, hasta que Asaf había llegado. Pero presentía que solo con que abriera la boca, si hacía un

solo rasguño más en la coraza que la rodeaba, acabaría por abrirse una brecha por la que fluiría a borbotones una corriente tan fuerte que la desgarraría por completo en un instante, y eso no se lo podía permitir ahora, no podía, todavía no. Además, se dijo algo asustada, apenas lo conocía.

Se puso de lado, mirando hacia él, le llegó su olor a sudor y pensó en lo maravilloso que sería ducharse cuando todo hubiera terminado. Podía ser que algún día pudieran, de todos modos, encontrarse en el mundo exterior, supongamos en un café, adonde llegarían bañados, con el pelo limpio y perfumados. Entonces podrían contarse el uno al otro quiénes eran realmente. Puede que ella le comprara, como detalle divertido de agradecimiento, un desodorante caro. Ahí estaba otra vez sin pensar en Shai y permitiéndose fantasear. Era como si siempre alguien tuviera que ser la víctima, pensó, para que otros pudieran empezar algo nuevo. Pero ¿de qué estás hablando?, se reprendió a sí misma. ¿Qué es eso de algo nuevo? Si él no tiene ninguna intención de empezar nada contigo. Se quedó dormida mientras meditaba sobre todos esos confusos pensamientos, tal y como estaba, en el suelo.

Asaf se sentó, la vio dormida, y el corazón se le llenó de ella. Quería taparla, limpiarle la tierra de la cara. Hacer algo por ella. Lo mejor que podía hacer era no despertarla. Por eso no se movió. Solo la miraba y la miraba, la devoraba con los ojos mientras pensaba en lo hermosa que era. Tamar bostezó y se acurrucó de lado, la cabeza reposando sobre las dos manos juntadas. Tenía unos dedos largos y finos. Alrededor de su sucio tobillo se enroscaba una cadena de plata muy fina, casi invisible, que Asaf contempló largamente, insaciable. Mientras tanto hablaba con Tamar mentalmente, como si mantuvieran una conversación: ¿Sabes que tienes unos ojos como los que jamás había visto antes? Sí, alguna vez me lo han dicho, y a propósito, ¿sabes de qué se me han puesto así? ¿De mirar el mundo con sorpresa? ¡Ay, eres imposible! La verdad es que lo has leído todo, ¿verdad? No, solo algunas hojas, y salteadas. ¡No es justo que tú sepas todas esas cosas de mí y yo no sepa nada de ti! ¿Estarías dispuesto a

que yo leyera tu diario? No tengo diario. Si lo tuvieras. ¿Si yo hubiera escrito un diario? Sí, si tuvieras un diario, ¿estarías dispuesto? Pero ¿para qué necesitas tú un diario mío si te lo puedo contar yo todo?

Tamar abrió una rendija de ojo, lo vio sonriéndose a sí mismo, con el gesto infantil de juntar las manos como pidiendo un deseo, y se volvió a dormir llena de paz. Asaf se levantó. Se desperezó. Pensaba en que en algún momento, lo más tardar al día siguiente, tendría que salir para llamar a Karnaf, y a sus padres a América, antes de que Karnaf avisara a la policía de Israel en pleno. El solo hecho de pensarlo lo ponía nervioso. El mundo alargaba su fría mano desde fuera y le tocaba el hombro. De nuevo se le presentaba la duda de cómo le contaría a Karnaf lo de Reli. Ahora todavía le parecía más complicado, aunque no sabía por qué. ¿Sería porque de repente comprendía que hasta ese momento no había captado ni una mínima parte de lo que Karnaf sentía por su hermana? Quizá. Aunque podía ser que a Reli le fuera difícil estar con Karnaf, pensó con prudencia, mientras se levantaba para dirigirse hacia la luz del neón de emergencia que había empezado a temblar. Buscó por la cueva y encontró la bolsa con las pilas que Tamar había previsto. Enseguida se dio cuenta de que había comprado unas pilas que no eran las adecuadas. Se acordó de que siempre había culpado a Reli por no querer lo suficiente a Karnaf, y siempre había tenido claro, y los demás también, que Karnaf la quería más, y que nadie podía competir con él en cuanto al amor, a los cuidados y la generosidad con los que la obsequiaba. Se puso a buscar entre la comida y las latas de conserva y encontró varias bolsas de galletas, muy apretadas las unas contra las otras en el interior de un envoltorio hermético y duro, así es que empezó a quitarles el plástico. Se sentía incómodo con sus pensamientos. Por ejemplo, que de tanto como Karnaf repetía constantemente lo mucho que añoraba a Reli, aquello se había convertido en una especie de rito, en tema ineludible de sus conversaciones con él. Asaf hasta se sabía de memoria, palabra por palabra, las elegías de Karnaf acerca de cómo había perdido a Reli y el error crucial que había cometido cuando no la presionó para que se casara con él inmediatamente después de haber cumplido el servicio

militar, y lo idiota que fue al acceder a que ella se fuera a América. Asaf tiraba ahora de los alambres que había en el interior del envoltorio de plástico de las galletas y logró sacar dos bien largos. Del bolsillo de los vaqueros se sacó un rollo de cinta aislante negra («También la cinta aislante es como un pañuelo», solía decir su padre), después colocó las seis pilas pequeñas una junto a otra, polo negativo contra polo negativo y polo positivo contra polo positivo. Y a decir verdad —Asaf pegó ahora los alambres a las pilas y conectó los extremos a la bombilla, ¡estupendo!— Karnaf y él, en realidad, nunca habían hablado, en todas las conversaciones mantenidas, jamás habían hablado de la misma Reli, de lo que sentía, pensó Asaf ahora, y el corazón le dio un vuelco porque ya no estaba tan seguro de quién tenía razón, y eso lo asustó, porque pensar así era casi como traicionar a Karnaf, así es que al instante se concentró en otros pensamientos, como por ejemplo en qué era lo que iba a pasar a partir de ahora, en cómo Karnaf iba a poder afrontar las noticias de América y cómo iba a poder continuar viviendo si a la que tanto amaba no estaba con él.

Cuando abrió los ojos (por lo visto se había sumido en un sopor sin darse cuenta) Shai no estaba en la cueva. Asaf se levantó de un salto. Calibró si despertar a Tamar y decidió que todavía no. Le silbó a Dinka muy bajito y salió. Fuera había empezado ya casi a clarear el día. Una franja rosa se extendía en el cielo por el Este. Asaf corría y Dinka iba a su lado. Probó en una dirección, pero no encontró nada. Lo intentó hacia el otro lado, pero tampoco. Puso todo su empeño en mantener la calma. Sabía que Shai, en su estado, no podía estar muy lejos. Hasta al tribunal que se tenía preparado para juzgarse a sí mismo, lo apartó para más tarde. Dinka corría ahora delante de él, buscaba, olfateaba el aire. Asaf confiaba más en ella que en sí mismo, así es que iba detrás, y solo ahora se había dado cuenta de que desde que llegaron allí, Dinka se había relegado a sí misma a un segundo plano, como si notara que su papel había terminado desde el momento en que había logrado que él y Tamar se encontraran. Así es que a mitad de aquella alocada carrera Asaf la llamó hacia sí, la acarició y

juntó su cabeza a la de ella. Sus olores se entremezclaron y al instante ya volvían a correr los dos.

Un camión circulaba por la carretera de arriba. Asaf se asustó: adonde no tenía que llegar Shai era precisamente a la carretera. Lo atropellarían, y si no lo atropellaban haría autoestop hasta la ciudad, conseguiría su dosis y los tres primeros días de desintoxicación y todo el terrible esfuerzo habrían sido inútiles. Había también un guión todavía peor: en el momento en el que Shai llegara a la ciudad, lo descubrirían los que lo estaban buscando. Asaf se echó a sudar de solo pensarlo. Quería morirse por haberse quedado dormido de esa manera y tener que decepcionar a Tamar.

En un flanco de la montaña, junto a un pino de copa pelona, estaba Shai, apoyado en él, medio agachado. Tenía los ojos vueltos, desorbitados, pero a pesar de ello le pidió a Asaf que no lo detuviera, que tenía que dejarlo llegar a la carretera. Hasta le ofreció dinero, es decir que intentó sobornarlo para que le revelara dónde escondía Tamar la dosis. Asaf introdujo el brazo entre las piernas de Shai y se lo cargó a los hombros como se lleva a un herido. Descendió de nuevo con él hasta la torrentera de la hondonada, encontró el montículo, y se dejó resbalar hasta la entrada de la cueva. Un momento antes de que entraran, Shai le apretó el cuello con fuerza a Asaf obligándolo a detenerse: «Tienes que hacerme un favor, y es que, si está dormida, no le digas que he salido». Se lo suplicaba: «No se lo digas, no me delates». Asaf se quedó pensativo un momento. Se trataba de su fidelidad para con Tamar frente al deseo desesperado de Shai de no decepcionarla. «De acuerdo, pero es la última vez que intentas escapar.» Shai apartó sus largos dedos y Asaf supuso que eso significaba que sí. Al instante entraron y lo dejó en el colchón. Lo acostó y le colocó sus largas y flacas extremidades, como si estuviera manejando una muñeca de trapo. Tamar los oía moverse allí a su lado y se despertó. Abrió los ojos. Se desperezó placenteramente y momentáneamente amnésica: «Qué bien, cuánto he dormido... Hola, ¿estás ahí? ¿Por qué estás de pie?». Asaf se quedó callado. Shai lo miraba suplicante. Asaf se encogió de hombros: «Por nada, es que quería estirar un poco las piernas». Tamar le dedicó una dulce sonrisa

matinal. Shai, desde su lecho, parpadeó hacia él agradecido. Una chispa de sentimiento vivo y puro le cruzó por los turbios ojos y Asaf le devolvió la sonrisa. Tamar se dio cuenta del intercambio de miradas. Cerró los ojos y quiso creer que todavía era posible que las cosas llegaran a arreglarse.

El día que acababa de despuntar resultó un poco menos duro que el anterior. Shai sufrió menos, pero todavía siguió esclavizado durante horas por la búsqueda de su dosis en el colchón y en las grietas de la cueva. Estaba convencido de que el día anterior había visto la dosis que faltaba, de eso estaba completamente seguro, solo que ahora le resultaba imposible decir dónde. Asaf y Tamar habían dejado ya de responder a sus repetitivas y pesadísimas preguntas. Le masajeaban constantemente las piernas para aliviarle los dolores y mejorarle la circulación de la sangre. Cada hora lo obligaban a tomar unos cuantos tragos de agua, y en ocasiones Asaf tenía que sujetarlo por la fuerza para que Tamar le dejara caer en la boca unas cuantas gotas con un vaso con tapadera de los de los bebés, y en esos momentos parecía un enorme polluelo agonizante. Al encontrarse los ojos de Asaf con los de Tamar, esta supo que también él veía ahora la misma imagen, exactamente igual que ella y quizá expresada con las mismas palabras, y sintió una leve conmoción, como si por un instante se hubiera asomado al interior de Asaf y enseguida recordó con sorpresa lo que siempre había pensado de sí misma, que le faltaba aquel trocito de la pieza en el alma, la pieza de Lego que se suponía que tenía que unirla a otra persona, pero quizá también ese asunto merecía ahora ser revisado, pensó.

Abajo, en lo más profundo de la hondonada, había un pequeño manantial del que brotaba un hilillo de agua. Tamar se dirigió hacia allí con un montón de sábanas sucias y ropa de los tres. Arrodillada y restregando la ropa en el agua, pensó que desde que había entrado en la residencia de Pesaj, apenas había podido estar realmente sola. Esa había sido una de las cosas que más difíciles le habían resultado en la residencia, porque siempre, desde niña, había necesitado —como el

aire para respirar— estar consigo misma y sola por lo menos una o dos horas al día. Ahora estaba un poco confundida: porque desde el momento en que Asaf había llegado ya podía ella, en realidad, permitirse algún pequeño descanso, dar algún paseo por la torrentera, respirar sola, y a pesar de eso, sin que supiera por qué, justamente ahora había dejado de sentir esa imperiosa necesidad. Se lavó en el manantial y subió del baño alegre como una niña. «Los amigos lo riegan, como el manantial en un día de siroco...», cantaba muy contenta, mientras tendía la ropa a secar en las ramas de unos arbustos, en un lugar oculto junto a la cueva. «Como el manantial en un día de siroco, por eso es...» Se acalló a sí misma a tiempo mientras se burlaba de su patética tontería, y después se dijo algunas cosas más fuertes y agresivas hasta que en definitiva recobró el juicio y se recordó la misión que la había llevado allí, aunque mientras lo hacía no había dejado de mirar fijamente su mono azul que ondeaba ligeramente al viento junto al polo de punto de Asaf.

Ella había llevado ropa para cambiarse, pero Asaf no tenía más ropa que la puesta. Por eso se tuvo que poner parte de la ropa que Tamar había llevado para Shai, lo poco que le cabía. Después, cuando también esa ropa se le ensució, se puso una camiseta ancha de ella, de las que había llevado para que le sirvieran de «bata de trabajo» allí. Eran todavía de la época durante la que estuvo gorda, le contó, y él le dijo que resultaba difícil creer que hubiera estado gorda alguna vez, a lo que ella se rió, espera a ver las fotos, como una elefanta, he estado, y el corazón de Asaf saltó de gozo, porque había habido una insinuación de futuro en ese «espera a ver las fotos».

«Vaya», dijo Asaf al sacar Tamar el cepillo de dientes. «Yo no tengo.»

«Pues coge el mío», le dijo, después de lavarse los dientes, y Asaf (si su madre lo supiera, le parecería lo peor de todos esos días) se lavó los dientes con el cepillo de Tamar sin ningún problema.

Los vómitos habían cesado y los enormes bostezos también. Empezaron las diarreas, que constituyeron una nueva prueba que hubo que pasar y que superaron juntos, los dos, en realidad los tres,

porque Shai empezaba ya a ser el de antes, y eso comportó que volviera a sentir vergüenza y a sorprenderse por la presencia de Asaf. ¿Quién era y qué es lo que estaba haciendo allí, en realidad? Tamar le respondió con la mayor naturalidad, es un amigo.

Pero cuando Asaf dijo que tenía que regresar a la ciudad por una hora o dos, Tamar se puso tan triste y pareció tan desamparada que casi decide no ir. «Vete, que no pasa nada», le dijo ella, como si hubiera decidido al momento y sin que cupiera posibilidad de equivocarse, que Asaf ya no volvería más. Se sentó en el suelo, repentinamente sin fuerzas, de espaldas a él y muy enfadada consigo misma por haber caído en la tentación de creerlo. A pesar de todo Asaf le explicó exactamente lo que tenía que hacer allá afuera. Intentó hablar de la manera más lógica y equilibrada posible, pero notó que ella había levantado ya un muro entre los dos. No sabía qué decirle para tranquilizarla, ni cómo podía Tamar poner en duda su palabra, después de una noche como aquella. La miró muy enfadado, desesperado, mientras notaba cómo la faceta más complicada y retorcida de ella la dominaba por completo, cómo se abandonaba, con un extraño placer, al ataque de las ratas, y supo que con meras palabras nunca lograría convencerla.

Cuando salía de la cueva, Tamar se levantó y le dio las gracias por todo lo que había hecho por ella. Aquellos modales tan educados resultaban casi ofensivos. Asaf se despidió también de Shai, y sobre todo de Dinka, que también se quedaba muy preocupada por su partida y que salió corriendo tras él para enseguida volver a Tamar y recorrer una y otra vez la distancia que los separaba a los dos. Cuando Asaf ya se encontraba lejos de la cueva, se dio la vuelta porque oyó —o creyó haber oído— que Tamar lo llamaba con una voz muy débil, como si lo estuviera probando para ver si la oiría con una voz como esa. Asaf corrió hacia ella, casi volando sobre una ola de dolorosa emoción. También Tamar se sorprendió de la conmoción que le produjo volverlo a ver de nuevo allí con ella. ¿Qué querías?, le preguntó él, jadeando. ¿Por qué has vuelto?, se sorprendió ella. Porque me has llamado y también porque se me ha olvidado darte una carta de parte de Leah. ¿Una carta de Leah? Sí, me la dio para ti, pero

como cuando llegué pasó lo del tablonazo en la cabeza y luego empezamos con Shai, se me olvidó. Asaf le tendió la carta. Ahora estaban allí, uno frente al otro. Guardando las formas pero destrozados. Ella dobló la carta y después la estrujó. Asaf se fijó en la arteria azulada que le latía a Tamar en el cuello y casi le pone el dedo encima para tranquilizarla. Pero entonces se acordó de preguntarle, por qué lo había llamado. «¿Que por qué?», se sorprendió Tamar. «Ah, sí, escucha lo que te voy a decir.»

Tamar le preguntó si no estaría dispuesto a hacerle un favor enorme, el último. Asaf separó los brazos con desesperación y hasta dio una patada en el suelo, ¿por qué el último, por qué? Pero no dijo nada, cogió el número de teléfono que le había anotado y prestó atención a las muchas instrucciones y las advertencias, detalladísimas todas, que Tamar le fue dando, y a la pregunta que quería que les formulara. En honor a la verdad, la misión encomendada le venía a Asaf un poco grande y nada adecuada para él. Ella también lo sabía: «Está claro que tendría que ser yo la que hablara con ellos, por supuesto, pero ¿cómo? ¿Desde aquí?». Asaf le dijo que no se preocupara, que él lo haría. «Pues repíteme otra vez qué es lo que les vas a decir.» Y lo obligó a repetir la pregunta formulada exactamente como ella la quería, cosa que él hizo, un poco sorprendido por ese primer encuentro suyo con la terrible testarudez de ella y a la vez asustado por el extraño lío de las relaciones familiares de Tamar, que le había sido descubierto allí mismo con toda su fealdad. Como ella se dio cuenta, una vez pasado con éxito el examen de la repetición de frases, dejó caer los brazos, toda su tensión desapareció al instante, y le dijo: «Mira lo que es la vida; te he contado cosas que ni a mis mejores amigos se las he contado nunca». «Escúchame, a las tres estoy aquí de vuelta.» «Vale, vale, pero es que ahora tengo que volver con Shai.» Entró en la cueva, tan dolorosamente real, sabiendo ya, como si estuviera en la piel de Asaf, lo difícil que le iba a resultar regresar a aquel infierno después de haber probado por un solo instante allí afuera su vida cotidiana.

Asaf trepó hasta la carretera, cogió un autobús y, al momento, empezó a situar el lugar en el que se encontraba, por las indicaciones para los conductores y después por los nombres de las calles por las que pasaban, hasta que supo con certeza adónde lo había llevado Leah con los ojos cerrados. Ya en casa escuchó los mensajes del contestador (Roí había vuelto a llamar, con voz cautelosa: ¿no sería mejor que Asaf y él se vieran para mantener una conversación de hombre a hombre? Le había parecido que Asaf estaba pasando por una crisis y habría que aclararlo, ¿no? No, se dijo Asaf, y pasó al siguiente mensaje). Sus padres decían que se marchaban tres días para conocer el desierto y que no se preocupara por ellos. Asaf sonrió: tres días. Incluso la desaparición de los padres de su vida respondía a la perfección al tiempo que él necesitaba. Volvió a escuchar sus voces animosas: ya habían logrado recuperarse por completo del jetlag. Ese día habían visitado la fábrica de alta tecnología de Jeremy, y hasta su padre, que llevaba ya más de treinta años como electricista, decía que una cosa como esa no la había visto jamás en la vida.

Después había siete mensajes, todos seguidos y de Karnaf, y en el último decía que si Asaf no lo había llamado antes de las doce, él, Karnaf, llamaría a la policía.

Le quedaban diez minutos. Se tomó tres vasos de zumo de mango, uno detrás de otro, y llamó al taller. El bramido de Karnaf acalló por un momento el ruido de las máquinas a sus espaldas. Asaf recordó al instante la razón por la que tanto le gustaba Karnaf, si es que había necesidad de recordarlo. Asaf se lo contó todo. Sin ocultarle nada, excepto las noticias de Estados Unidos y lo que le sucedía cuando estaba con Tamar (es decir, excepto lo principal). Karnaf lo escuchó sin interrumpirlo. Eso era otra de las cosas que a Asaf le gustaban de él: se le podía contar una historia completa, de cabo a rabo, sin que se pusiera a hacer un sinfín de preguntas estúpidas. Cuando terminó, Karnaf le dijo en voz baja: «De manera que lo has conseguido. Has puesto patas arriba Jerusalén entera, pero al final la has encontrado... ¿Quieres que te diga la verdad, Asaf? Nunca creí que lo ibas a lograr». Fue en ese momento, en realidad, cuando por primera vez Asaf se dio realmente cuenta de que había conseguido encontrar a Tamar y le

pareció extraño que no se le hubiera ocurrido pensar en eso antes, aunque puede que fuera porque cuando la había encontrado se había concentrado por completo en cuidar a Shai y después, ¿a quién le había quedado tiempo ni siquiera para respirar? Después fue Karnaf el que habló para hacerle varias preguntas concretas y en tono autoritario: que si Asaf sabía quiénes eran las personas que perseguían a Tamar y a Shai; que si Tamar y Shai se encontraban, a su juicio, en peligro, amenazados por esas personas; que dónde exactamente se encontraba el restaurante de Leah, y si podía darle algún punto de referencia de dónde estaba la cueva, solo en vistas a una emergencia. Tres veces advirtió a Asaf de que pusiera mucho, pero que mucho cuidado en que no lo estuvieran siguiendo, porque, si bien mientras había estado escondido en la cueva había estado a salvo, ahora se estaba exponiendo de nuevo y también había quien lo estaba buscando a él. Por último le preguntó, como de pasada, qué noticias tenía de la amarga diáspora.

Asaf le dijo que en realidad no había logrado hablar con ellos. Solo le habían dejado un mensaje, bastante escueto, en el que decían que se marchaban a hacer una excursión de tres días, y que por lo demás parecía que todo iba bastante bien. Asaf habló un poco demasiado deprisa, según él mismo notó, aunque tuvo la esperanza de que Karnaf no se diera cuenta con todo aquel ruido de fresadoras y afiladoras a sus espaldas.

Después marcó el número que Tamar le había anotado en el envoltorio de una chocolatina. La conversación que después mantuvo, y que solo duró tres minutos, le resultó muchísimo más difícil que la anterior. Fijó la hora de la cita y el lugar: una cafetería del centro comercial que había a medio camino entre su casa y la de ellos, y les dio una descripción de sí mismo para que lo pudieran identificar, incluidas las últimas transformaciones de su rostro.

Se duchó durante media hora, se puso ropa limpia y salió hacia el centro comercial. Al llegar se encontró un poco aturdido caminando por aquella burbuja de aire acondicionado y entre las abrillantadas tiendas. Hasta él mismo se veía como algo irreal allí dentro, como si no fuera más que un doble del verdadero Asaf, que en esos momentos

seguía estando donde debía estar. Con el dinero para emergencias que su madre le había dejado en el costurero compró cuatro hamburguesas (una para Dinka), y unas cuantas tabletas de chocolate, porque Shai no hacía más que pedirlo y el cargamento que Tamar había previsto estaba ya a punto de terminarse. Avanzando ahora por entre todas aquellas personas tan tranquilas, se acordó de la extraña sensación que tenía cuando a veces entraba en la habitación de Muki para contemplar su sueño: Muki dormía como lo hacen los niños pequeños, boca arriba y los brazos y las piernas extendidos con abandono, completamente entregada al mundo. Asaf se daba cuenta entonces de la inocencia de su hermana, de su desconocimiento de todo, y sentía la imperiosa necesidad de defenderla. Lo mismo le pasaba ahora allí, en el centro comercial, porque se daba cuenta de que la gente que allí había no tenía ni la más mínima idea de lo que estaba sucediendo a una distancia tan pequeña de ellos, ni lo peligrosa, tenebrosa y frágil que era la vida.

Cuando el encuentro con ellos hubo terminado, Asaf estaba completamente agotado y sudaba tanto que a punto estuvo de regresar a casa para volverse a duchar. Se había encontrado con un par de personas muy limpias, estupendamente vestidas, de buena posición. Eran un poco más jóvenes que sus propios padres, muchísimo más cultos, muy racionales, y apenas le habían dejado abrir la boca, aunque para lo poco que dijo ellos siempre tenían una buena respuesta, y además, a pesar de que había sido él quien había acudido para contarles algo, ellos se comportaron como si fueran ellos los que le estaban haciendo un favor. Además habían discutido con él —sobre todo el hombre— como si Asaf tuviera la culpa de algo y pusieron mucho empeño en que comprendiera —y reconociera— la mucha razón que ellos tenían y lo dolidos que estaban. Asaf, sencillamente, no había sabido cómo comportarse ante ellos. Ni siquiera había intentado discutir. Se había limitado a transmitirles lo que se le había encargado. Se negó a aportar más detalles y formuló una sola pregunta, la que Tamar le había pedido que les hiciera, al tiempo que se sorprendía del terrible esfuerzo que tuvo que hacer el hombre que tenía delante para ceder, intentar ser más flexible y acceder.

Pero en el momento en que lo hizo la cara le había empezado a temblar. Primero la ceja derecha, que se agitaba como un ser con vida propia, y después fue como si la cara entera se le desmontara, y aquel hombre grandote rompió a llorar tapándose la cara con las manos, y la mujer también se echó a llorar, ante las miradas de todos, sin rozarse siquiera o intentar acariciarse el uno al otro para consolarse mutuamente. Estaban allí sentados separados y solos, cada uno con su terrible llanto propio. Asaf supo entonces, por lo poco que le había oído contar a Tamar, que estaba siendo testigo en aquel momento de la cosa más imposible de ver, tratándose de los padres de ella, y que consistía en una renuncia total a guardar las apariencias. Como Asaf no sabía qué hacer para calmarlos, se puso a hablar de Tamar. Ellos lloraban y él hablaba, les dijo que ella los ayudaría, que se podía confiar en ella al cien por cien, que todo iría bien, y otras muchas tonterías por el estilo. Pero ellos no dejaban de sollozar, porque era como si tuvieran llanto acumulado desde hacía tiempo, y cuando finalmente se tranquilizaron un poco se quedaron sentados sin palabras con un aspecto muy desgraciado y hasta conmovedor, hasta que la conversación brotó de nuevo, desde el principio, como si hasta ese momento no hubieran oído nada de todo lo que les había dicho. Le hicieron, con voz insegura y sumisa, todo tipo de preguntas para las que no tenía respuesta, porque no sabía gran cosa sobre lo que les había pasado a Shai y a Tamar antes de conocerlos. Aunque él no sabía contestar los padres seguían preguntando, así es que le dio la sensación de que se trataba de todas las preguntas que no se habían atrevido a formularse durante muchísimo tiempo, ni siquiera a ellos mismos. Asaf permanecía callado y solo a ratos respondía con una o dos palabras, hasta que al final tuvo que pararlos, tanto porque las hamburguesas se estaban enfriando, como sobre todo porque sabía que durante todo ese rato Tamar se encontraba allí en la cueva segura de que él no iba a regresar jamás, y el solo hecho de pensarlo le resultaba insoportable.

Cuando se marchó de la cafetería se puso a pensar en la mucha razón que tenía su madre, a la que a veces le conmocionaba el hecho de que para ejercer el oficio más difícil y crucial del mundo —la

paternidad— no hubiera que pasar por ninguna comisión de aceptación o por un mínimo examen.

Se sentaron los tres a la entrada de la cueva y devoraron la comida que había llevado. Es decir, Asaf la devoró y Dinka con él, Shai empezó a picotear de esto y de lo otro, y solamente Tamar fue incapaz de probar bocado. Sus ojos no se apartaban de Asaf, unos ojos centelleantes y felices, como si se tratara de un precioso regalo que le hubieran hecho por sorpresa. Después de la comida dormitaron un rato al sol, formando como una especie de triángulo —la cabeza de Shai sobre las piernas de Tamar, la de Tamar reposando sobre las de Asaf, y la de este apoyada en la mochila de Tamar— y Shai habló, por primera vez, de lo que le había sucedido durante el último año. Asaf notaba, a través de los vaqueros, la crispación y el estremecimiento de Tamar al oír todas aquellas cosas, los lugares en los que había estado y las humillaciones y vilezas por las que había tenido que pasar. De tanto en tanto también Tamar contaba algo, recordaba una anécdota divertida de alguna de sus actuaciones, en Ashdod o en Nazaret, les hablaba de los interminables viajes y de lo que suponía cantar en la calle, frente a extraños. Asaf la escuchaba impresionado, mientras pensaba que él no hubiera sido capaz de hacer lo que ella había hecho, y solo con pensar cómo lo había planeado todo con muchísimo tiempo de antemano, sin renunciar nunca al plan ni venirse abajo, la verdad es que no podía negarse que alguien como ella tenía que ser una estupenda corredora de fondo.

Shai y Tamar empezaron a intercambiar experiencias de sus actuaciones callejeras y hablaron también de Pesaj, de manera que cuando nombraron la trenza Asaf supo que ese tenía que ser el hombre que había pegado a Teodora. Pero Tamar parecía estar tan contenta y animada que no quiso contarle lo que le habían hecho a su amiga. Tamar seguía hablando, de los bulldogs que además eran carteristas, de la pobre rusa, del padre y el niño de Zijron y de otros muchos a los que había visto ser robados. Después junto con Shai imitaron a la gente echando las monedas en la gorra... Shai le decía

cómo tenía que hacerlo y Tamar los representaba con mucho encanto. Imitó a los que querían ocultarles a los demás lo poco que daban, a los que le tiraban a uno el dinero como si te estuvieran comprando, también a los que por pura delicadeza terminaban por no dar nada, a los que enviaban al niño, o los que se paraban a oír todo el programa y en el momento en el que llegaba a su fin la última canción, exactamente con la última nota, simplemente se esfumaban...

Los imitaba, se reía, se movía con encanto y agilidad, podía apreciarse cómo su cuerpo volvía a la vida, como brotaba de la coraza en la que se había refugiado. También ella notaba lo que le estaba sucediendo y le parecía que experimentaba una transformación parecida a la del libro ese de Yehuda Amichai, solo que al revés: que ahora el puño volvía a ser una mano abierta y dedos. Cuando terminó, hizo una profunda reverencia y Asaf pensó, mientras aplaudía, que ojalá le permitiera un día fotografiarle todas las expresiones de su rostro.

Shai le preguntó a Asaf de dónde había salido y de dónde era. Esa era la primera vez que se dirigía a él directamente. También le preguntó dónde estudiaba y le nombró dos chicos del instituto de Asaf que él conocía. Asaf, que era muy buen fisonomista, le dijo a Shai que le parecía que lo había visto una vez en un partido del Ha-Poel, ¿puede ser? Shai se rió, por supuesto que podía ser. Asaf quería saber si seguía yendo a los partidos, pero Shai le contestó: «Solía ir, porque lo que es ahora el único tiempo que existe para mí es el pasado». Pero Asaf continuó: «¿Y qué es lo que te traes con el Manchester United para que tengáis ese póster tan grande colgado ahí dentro en la cueva?». Shai se rió. «Eso lo ha traído ella por pura equivocación; ahí sí has metido la pata, ¿eh, Watson?» Y le lanzó unas ramitas. Tamar sonrió. «Qué más da el Manchester o el Liverpool, ¿no es todo lo mismo?» Los dos chicos pusieron el grito en el cielo y le explicaron que ningún seguidor del Ha-Poel que estuviera en su sano juicio podría apoyar al Manchester. Pero ¿por qué? Tamar quería saberlo, mientras disfrutaba indescriptiblemente de la conversación. «Explícale por qué a la niña», suspiró Shai, «porque yo me veo incapaz.» Asaf le explicó entonces que un auténtico seguidor del Ha-Poel no podrá

jamás apoyar a un equipo vencedor como el Manchester. «Nosotros solo nos identificamos con equipos perdedores, con los que siempre están a punto de ganarlo todo pero nunca ganan nada, equipos como el Liverpool, por ejemplo (que era el equipo de Shai), o el Huston...» «Imagínate ahora la gracia que me hace tener al Manchester constantemente colgado delante de las narices», gruñó Shai. «¿Cómo voy a poder salir de esta si tengo a Bekham y a York amenazándome constantemente?» Tamar se rió de buena gana y se acordó de una pregunta que la había tenido preocupada durante todo ese tiempo y que decía: ¿Si en el cumplimiento de una misión cualquiera, decide el que la está llevando a cabo encerrarse completamente en sí mismo y recubrirse de una coraza, acaso será luego posible, cuando la misión haya finalizado, volver a ser la misma persona de antes? Pero Asaf estaba hablando ya de un amigo suyo, Roí, que también era seguidor de Ha-Poel, un ex amigo, en realidad, y que no tenía en la habitación ni una sola cosa amarilla, ni una taza, ni ropa, ni una alfombra, ni rastro de los colores del Beitar. Así fue como siguieron charlando, con Tamar doblemente encantada, engullendo las palabras de ellos como si fueran los medicamentos adecuados para sus dos dolores. De vez en cuando lanzaba una pregunta, como por ejemplo sobre el «ex amigo» de Asaf, y este lo contó todo, sin ocultarles nada, mientras Tamar lo escuchaba con muchísima atención y pensaba, con bastante alivio, que Asaf era simplemente exactamente lo contrario de ella —en los asuntos por los que se interesaba (o con los que se aburría), en su ritmo general, por la familia de la que venía, por su incapacidad total de aparentar lo que no era. A Tamar le gustaba, por ejemplo, que hablara despacio, sopesando cada palabra, que lo analizara todo en profundidad, como si sintiera una gran responsabilidad por cada palabra que saliera de su boca. Nunca hubiera creído que iba a poder soportar a alguien tan lento como él y menos todavía que además le gustara. Él es de esos, reflexionó Tamar, que aunque te volvieras un momento de espaldas, seguiría siendo exactamente el mismo. Tiene una voz muy limpia, se decía a sí misma, y eso no es algo que pueda aprenderse cantando solfeo ni educando la voz. A través de los vaqueros de Asaf, Tamar notaba la sangre de él palpitando despacio

en la arteria de la pierna así es que pensó que con toda seguridad Asaf llegaría a vivir cien años y que durante todo ese tiempo se iría transformando muy lentamente, que aprendería un sinfín de cosas a su modo, a fondo, para no olvidar nada.

Después se vieron obligados a entrar en la cueva, porque dos excursionistas habían iniciado a lo lejos el descenso del valle por uno de los senderos. Decidieron vigilar a aquellos dos hombres que no parecían estar vestidos como para pasear por el campo, pero los tres estaban tan relajados y felices que terminaron por no preocuparse demasiado de ellos y se olvidaron de uno de los instintos básicos más importantes, y que es el de la sospecha. Así fue como se limitaron a recoger a toda velocidad lo que tenían allí fuera, cubrieron la entrada de la cueva con las ramas de unos arbustos y se refugiaron dentro.

Inmediatamente después le volvieron los dolores a Shai, como si aquella breve tregua hubiera llegado a su fin, y Asaf y Tamar se ocuparon otra vez de él. De nuevo le dolían los músculos, ya más relajados pero todavía incontrolables, y la cueva se llenó del espantoso olor de la pomada que Tamar había comprado para mitigar ese tipo de contracciones. Shai aullaba que la pomada le producía oleadas de calor y de frío, hasta que de repente volvió a verse arrastrado por aquellos terribles dolores que le hacían perder el control y que ahora lo llevaron a atacar a Tamar: que si lo torturaba, que lo estaba tratando con crueldad, que quién le había dicho a ella que lo ayudara, con lo bien que estaba antes, que si ya no podría volver a tocar como cuando estaba con el cuelgue, con esa sensación tan maravillosa que solo Dios y Jim Morrison conocían, una sensación que ya no tenía. Después de un momento se imaginaba que ahora sí iba a conseguir su dosis, que había sucedido un milagro y que se encontraba en el taxi, camino de Lod. Allí acostado les describía el camino con una verosimilitud sorprendente, pintándoles incluso la arboleda polvorienta que había a la entrada de aquella deprimida barriada. Ni Asaf ni Tamar sabían de lo que estaba hablando, pero lo escuchaban hipnotizados. Ahora le decía al taxista que se detuviera y lo esperara allí, un poco apartado. Luego se estaba acercando a una casa con un muro muy alto y llamaba a la puerta. El dueño de la casa no abría,

sino que retiraba un ladrillo del muro. No lo veo, pero lo oigo y sé lo que tiene en la mano, así que le doy el dinero a través del agujero del muro y él, oh, Dios mío, me acaba de pasar la quinta dosis, ya la tengo, ya estoy en el taxi, venga, arranque, arranque, ya puedo cortarla con la cuchilla, Dios, pero ¿dónde está el papel de estaño? Tamar, ¿dónde has puesto el papel de estaño?

De repente se había puesto a gritar mientras seguía frotándose la mano contra el muslo, como si enrollara un papel, y después, temblando, soltó «¡Qué pesadillas, no puedo más!» y se durmió un momento, para despertarse y de un salto ponerse de pie en el colchón, lleno de fuerza y con aspecto salvaje empezar a decirles: «¿Qué es una persona? Nada, las personas no son absolutamente nada, mercancía de segunda mano con un terror mortal a la originalidad y la genialidad. Todas las sociedades humanas no tienen más que una meta... castrar a la gente y domesticarla. Eso es lo único que saben hacer los países, los pueblos y las familias, ¡sobre todo las familias!». Dijo que él jamás formaría una familia, ¡jamás! ¿Para qué quería él ese nido de hipocresía? ¿Para traer más desgraciados al mundo? «¡Pero si la mayoría de las personas son capaces de devorar a sus propios hijos con tal de que no les ensucien su pulcra imagen y no les avergüencen delante de sus amigos!» Apenas respiraba y los ojos casi se le salían de las órbitas. Parecía tener la cara cubierta por una capa de polvo. Tamar sabía que aquello ya no era el mono, sino su propio carácter iracundo que, ahora, sin la pantalla de la droga, le brotaba libremente a borbotones. Al pretender acercarse a él para sentarlo, la empujó con todas sus fuerzas y ella cayó de espaldas dando un grito de dolor. Asaf se levantó de inmediato para detener a Shai, pero este no tenía ninguna intención de hacerle daño, no con las manos, por lo menos, pero se puso a gritar que Tamar también era como ellos porque intentaba estrangular su genialidad y lo que quería era adiestrarlo, domesticarlo. A medida que su ira aumentaba más crueles y groseras se hacían sus palabras. Llegados a un punto, Asaf creyó que tenía que hacer algo por detenerlo, pero al mirar a Tamar se dio cuenta de que le prohibía inmiscuirse en lo que estaba oyendo porque se trataba de un asunto privado entre ella y Shai, y Asaf se quedó pensando si ella

no se estaría torturando a sí misma e incluso castigándose por medio de las palabras de Shai de la misma manera que se autoespoleaba al escribir el diario.

De repente Shai se tranquilizó, sin motivo aparente. Se dobló hacia delante, se echó en el colchón, se pegó a Tamar, le dio un beso y le pidió perdón por el empujón de antes y por todo. Después lloró amargamente mientras le decía lo buena que era con él, como una madre, y que siempre lo había sido, aunque era dos años más pequeña que él, y que nunca la dejaría que se marchara de su lado porque era la única persona en el mundo que lo entendía, ¿o no era eso verdad? ¿No había sido siempre así en casa? Solo por ella merecía la pena seguir viviendo. De pronto se sentó, y al instante, como si estuviera completamente ido, se levantó y empezó a gritarle que si lo que ella quería era matarlo, que siempre le había tenido envidia porque él era mucho más brillante que ella, más artista, más completo, y que sabía muy bien que sin la droga él quedaría anulado, castrado como ella, y que al final Tamar se rendiría y vendería su arte por nada, por ir a estudiar derecho o medicina, se casaría con cualquier asqueroso que trabajara en un despacho de abogados como el de su padre, o peor que eso… con un informático. Con alguien como el gilipollas que tenían allí delante.

Cuando finalmente se quedó dormido, los dos salieron afuera y se dejaron caer exhaustos junto al tronco de un terebinto. Dinka se sentó frente a ellos y parecía estar en la misma baja forma. Tamar pensaba en que había estado a punto de explotar, en que si aquello hubiera durado un segundo más ella hubiera perdido los nervios y le hubiera dicho todo lo que tenía acumulado dentro. En la punta de la lengua había tenido que solo por su culpa se veía allí, que por su culpa se había perdido el viaje a Italia y puede que hasta su participación en el coro y toda su carrera. Tenía verdaderos retortijones del odio que sentía hacia él y hacia todas esas ideas que conocía desde hacía tiempo, porque siempre que Shai tenía un mal momento, o se había peleado con sus padres, entraba en la habitación de ella sin preguntarle si estaba con ánimos como para escucharlo, cerraba la puerta con llave y empezaba a pronunciar un envenenado y

apasionado discurso, que a veces duraba una hora y en el que gesticulaba mucho, citando toda clase de filósofos que ella no conocía, hablando del «egoísmo inducido» y de que al fin y al cabo todas las personas se mueven empujadas solo y exclusivamente por su egoísmo, incluso en lo que son las relaciones padre e hijo y hasta en el amor, y no dejaba de hablar hasta que no la convencía para que reconociera que él tenía toda la razón, y después ella se quedaba con el miedo de haberse creído realmente que él tenía razón, porque entonces la propia visión que ella tenía de su microcosmos burgués se le vendría abajo por completo y es que a veces, sobre todo durante el último año, tenía la sensación de que las opiniones de él habían logrado envenenarla y hacer mella en su propia manera de pensar.

Le contó a Asaf todas esas cosas sobre las que estaba pensando, cosas que ni siquiera le había contado a Leah, para no avergonzar a Shai.

«Yo también pienso a veces como él sobre la humanidad y el egoísmo», le dijo Asaf para su sorpresa. «Resulta bastante deprimente pensar que en parte tiene razón.»

«Bastante deprimente, sí», dijo Tamar con amargura, «y es que es bastante difícil decir que Shai esté completamente equivocado. Así es que ¿qué se le puede decir?»

«Creo que hay tres respuestas», dijo Asaf, después de pensar un momento. «En primer lugar, yo, cada vez que logro vencer mi egoísmo me siento mucho mejor.»

«¡Eso, según Shai y sus amigos filósofos, es hacerse el bueno hipócritamente!», saltó Tamar. «Lo que te pasa, en realidad, es que te da miedo actuar de una manera diferente de los demás, y prefieres sentirte bien solo porque te da miedo ser malo.» Sí, pensó después para sus adentros, esa es precisamente la cuestión: la verdad es que le da miedo ser malo, no es más que un «buen chico» profesional. Por eso está aquí conmigo. Nunca me comprenderá.

«Al contrario», le dijo Asaf muy serio, «como el egoísmo es algo que todos compartimos, entonces precisamente cuando logro vencerlo es cuando noto que soy diferente, ¿no?»

«Ah, ¿sí?», le sonrió Tamar, un poco sorprendida. «Un momento, eso

era en primer lugar, ¿y en segundo?»

«En segundo lugar tiene mucho que ver con algo que me dijo Teodora sobre otro asunto: está claro que en el mundo hay gente así, como Shai intenta ser, pero también hay otro tipo de personas, por ejemplo, como la que ha sacado a Shai de su pozo, ¿sí?» Le dirigió una mirada penetrante y profunda que hizo que el corazón de ella hiciera un plic-plac fuera de ritmo. «Y a propósito» Asaf continuó. «Teodora dijo que por lo que merece vivir es precisamente por los demás.»

En ese mismo instante Tamar tuvo un pensamiento desagradable y controvertido: le hubiera gustado saber qué pensaría Idán de Asaf. Pero después de entregarse a ese pensamiento, con todo lo que suponía para ella, pensó en que muchísimo más le gustaría ahora saber lo que Asaf pensaría de Idán, si es que alguna vez llegaba a hablarle de él.

«¿Y en tercer lugar?», le preguntó Tamar.

«En tercer lugar es que a veces no se me ocurre una buena respuesta para ese tipo de preguntas filosóficas. Pero entonces hay un campo pequeño al lado de mi casa al que de vez en cuando siento necesidad de ir. Allí hay un viejo vertedero lleno de chatarra y miles de botellas de cristal. Y lo que hago es colocar una botella en una roca y hacer puntería tirándole piedras. Me pasó allí una o dos horas, me cargo veinte o treinta botellas, y eso me ayuda. Me deja como nuevo.» Asaf se rió. «Para que lo entiendas mejor te diré que a cada botella le pongo un nombre, no solo nombres de persona, sino también de pensamientos, como...», vaciló un instante, «como lo que tú llamas "las ratas"...» Tamar le lanzó una mirada muy dura, dolida, molesta por la alusión, aunque al momento sintió un maravilloso placer (tenemos un secreto, pensó, empezamos a tener algo compartido, como lo que Leah dijo de las parejas de verdad...) «... las reviento a pedradas, una tras otra, y me tranquilizo un poco, hasta la próxima vez.» Carraspeó ligeramente a modo de disculpa y añadió: «Una solución de gilipollas».

«Tú no eres gilipollas», se apresuró a decirle Tamar, puede que con demasiada vehemencia. «¿Me llevarás un día allí? Con gusto me cargaría ahora unas cuantas botellas.»

Regresaron a la cueva. Shai dormía, y de tanto en tanto pegaba un grito entre sueños y se retorcía, como si alguien le estuviera propinando una paliza. Tamar y Asaf se prepararon para dormir por turnos, pero ninguno de los dos logró quedarse dormido. Durante la guardia de Asaf, Tamar se quedó echada en el colchón tapada con una manta delgada. Mantenía los ojos abiertos y lo miraba. No le hablaba, pero tenía que estarlo viendo. Todo el rato. Como si su imagen, sus gestos torpes y las tímidas sonrisas que le dirigía de tanto en tanto, fueran un rarísimo medicamento que ella debía tomar para por fin empezar a curarse.

Shai durmió tres horas (aunque sostenía que no había podido pegar ojo), se levantó, devoró cuatro bollos rellenos de chocolate y volvió a quedarse dormido. Parecía disgustado, y puede que también estuviera arrepentido por el ataque de ira de antes, pero a lo que no estaba dispuesto era a disculparse otra vez. Hacia la una de la madrugada se despertó, cogió la guitarra y salió fuera a tocar. Asaf y Tamar se quedaron dentro escuchando. A Asaf le sonaba maravilloso, pero Tamar notaba cómo Shai luchaba con las cuerdas, perdía el ritmo e intentaba alcanzar algo que antes, hacía tan solo una semana, incluso, se encontraba implícito en su manera de tocar. A Tamar le pareció que su música era ahora más turbia y oscura. Después se hizo un silencio. Tamar le indicó a Asaf que tenían que salir. Pero antes de que les diera tiempo a levantarse, siquiera, oyeron un fuerte golpe, un estallido de madera al partirse y un largo gemido de cuerdas. Shai regresó, solo, y miró a Tamar con una mirada asustada y acusadora: «Ya no lo tengo, te lo dije. Lo he perdido para siempre. ¿Qué valgo ya, sin eso?». Cayó de rodillas sobre el colchón y se acurrucó, completamente perdido, mientras emitía un sollozo monótono. Tamar se tendió a su lado, lo abrazó con todo su cuerpo y le canturreó una canción muy bajito, una especie de nana, y él, al instante, quizá de puro odio y desesperación, se quedó dormido.

«¿No te interesa saber lo que Leah escribía en la carta?», le preguntó después Tamar a Asaf, cuando le tocaba a ella estar de guardia y

permanecían sentados muy juntos al lado de Shai, que seguía dormido, tapados con la misma manta para intentar entrar en calor.

«¿Qué ponía?», le preguntó Asaf, confuso.

Tamar sonrió: «No, lo que quiero es que digas que te mueres de curiosidad».

«Me muero de curiosidad, ¡pues claro que me muero de curiosidad! Venga, dímelo ya, ¿qué dice?»

Tamar le tendió el arrugado papel. «Tami, cariño», leyó él, «no te enfades conmigo, pero solo una loca se perdería una oportunidad como esta. ¡Aquí te envío a Bruce Willis y Harvey Keitel en un mismo envoltorio! A propósito, dime si no tiene la mano idéntica a la de la estatua de la libertad... P.D.: Noiku también ha dado su visto bueno.»

Asaf no entendía nada. Tamar lo embistió con el hombro. Quería saber qué le había parecido Leah, así es que Asaf le contó lo que había pasado cuando llegó al restaurante, y después, se acordó de que no le había contado lo de Teodora.

Tamar lo escuchaba y ahogó un grito de asombro, y cuando Asaf hubo terminado de hablar, Tamar le pidió que le volviera a contar, esta vez con más detalles, toda la historia de cómo la había conocido, lo que le había pasado y sus primeros pasos fuera de la casa de los peregrinos, cómo había mirado la calle y qué cara había puesto en ese momento. Tamar se levantó y empezó a andar de un extremo al otro de la cueva. Le dijo a Asaf que estaba furiosa por no poder estar ahora con Teodora y acompañarla en sus primeros pasos fuera de la cárcel de su casa. Para sus adentros, pensó que si finalmente Teo había logrado salir, podía haber alguna posibilidad de que también Shai lograra salvarse.

«Pero ¿cómo puede ser que te contara cómo nos conocimos ella y yo? Y Leah lo mismo, ¿cómo es posible que también ella te lo contara todo? ¿Qué les dijiste?»

Asaf se encogió de hombros. La verdad era que el primer sorprendido había sido él.

«Eres un mago. Haces que la gente te lo cuente todo. Eso es un don.»

En la cabeza de Asaf unas palabras resonaban melodiosamente: un

luchador, un ladrón, un caballero y un mago. Ya he sido tres de ellos, solo me falta el caballero (y por un momento se quedó un poco preocupado: no se le ocurría ninguna manera de poder llegar a ser un caballero). En ese momento Dinka ladró de repente muy nerviosa y Asaf salió de la cueva para ver lo que pasaba, pero no vio nada. Después ya no hablaron más de ese tema.

A las dos de la madrugada le llegó el turno a él, pero esta vez ya fue la misma Tamar la que dijo que no pensaba dormirse. Salieron y se quedaron cerca, a la entrada de la cueva. Intentaron sentarse así, o asá, o ¿quizá sería mejor de esta otra manera? Al final se sentaron espalda con espalda y los dos se sorprendieron, al sentir las muchas sensaciones, caricias y palabras que tenía cada uno de ellos en esa parte del cuerpo, ¡en la espalda! ¡Esa gran insensible!, y tan confundidos estaban que optaron por ignorar por completo lo que allí les estaba sucediendo y volver a hablar de lo que más les preocupaba en ese momento. Asaf volvió a contarle, por tercera vez, el encuentro que había tenido con los padres de ella en la cafetería. No le ocultó nada, solo lo que habría podido resultarle demasiado doloroso. Ella, por su parte, le contó los acontecimientos del último año e intentó explicarle cómo era posible que dos personas cultas e inteligentes como sus padres se hubieran comportado así. Habían renunciado a su hijo sin apenas haber luchado por él. Habían cortado con él y lo habían apartado de sus vidas, lo mismo que el dolor y la tristeza. Se lo contó todo, lo de las peleas de Shai con ellos y la sensación que siempre tenía Shai de que ellos y él vivían en dos planetas completamente diferentes, y también le habló de que hacía dos años, aproximadamente, había empezado a desaparecer durante días enteros, que no volvía por las noches y que cuando lo hacía, no contaba nada. Además la gente lo veía por todo tipo de sitios horribles mientras que sus padres se negaban a creerlo. Después habían empezado los hurtos, después ya los robos, porque necesitaba dinero, más y más dinero para la mercancía, y para terminar, la terrible escena final, cuando su padre había intentado impedir que saliera de

casa y los dos se habían liado a golpes.

«Supongamos que entiendo que durante la primera semana mi padre estuviera furioso y dolido y que se sintiera humillado, hasta ahí lo comprendo. Pero ¿y después? ¿Y mi madre? ¿Cómo podían? Durante todo ese tiempo, casi un año, solo dos veces fueron a la policía, ¿te lo puedes llegar a creer? ¡Dos veces! Si les hubieran robado el coche no habrían dejado de dar la lata y habrían recurrido a todos sus contactos sin ningún tipo de vergüenza, ¡y eso que aquí de lo que se trataba era de su hijo! Cuando la policía les dijo que Shai era ya mayor de dieciocho años y que si se había marchado de casa por voluntad propia ellos no podían inmiscuirse, mis padres dejaron hasta de buscarlo.» Al decir eso se golpeó la frente con la palma de la mano. «¿Entiendes cómo piensan? ¿Tus padres hubieran permitido que te pasara algo así?»

«No», dijo Asaf, mientras enderezaba un poco la espalda contra la de ella y pensaba que ojalá Tamar llegara un día a conocer a sus padres, porque se vio inundado por la placentera certeza de que lo pasaría muy bien con ellos, como antes Karnaf, y con toda claridad podía ver cómo Tamar iría a verlo a su casa, cómo jugaría con Muki y hablaría con su madre en la cocina, y cómo después entraría en su habitación y se encerrarían juntos allí, y enseguida decidió eliminar unas cuantas cosas de la habitación, restos de su vida pasada, como la horrible colección de chapas y sobre todo aquel monstruoso peluche, o el fotomontaje que había hecho del Rav Kaduri con él, y unos pósters descoloridos que había colgado cuando tenía diez años y que aún seguían allí.

Tamar se levantó para ir a ver a Shai. Estaba despierto y le pidió agua. Cuando terminó de beber, se tendió, se quedó mirándola y le pidió que la perdonara por todo lo que había hecho y dicho. Después le dijo, con la más absoluta tranquilidad, con una lucidez que helaba la sangre, que su vida ya no tenía sentido sin la música. Tamar le explicó que no había ninguna posibilidad de que en esa fase de su recuperación pudiera tocar como antes, pero que dentro de un par de

meses también eso lo recuperaría, entre otras muchas cosas. Shai asintió con la cabeza y le dijo que ella era dueña de sí misma pero que en cambio él no se hacía ilusiones. «¿Por qué no me dejas aquí para que me muera?», le preguntó, y ella se esforzó para que él no notara lo que había sentido al oír esas palabras. «Pero ¿es que no lo captas, Sherlok?» Se esforzó por sonreírle. «¿Todavía no has entendido que no pienso dejar que te derrumbes? ¿Que hagas lo que hagas y por mucho que te esfuerces en hacerlo, yo iré detrás de ti para sostenerte a tiempo? ¿Todavía no has entendido que no te queda elección posible?» Durante un buen rato sostuvieron la mirada en medio de un silencio que solo ellos dos podían comprender sin necesidad de palabras, como siempre, desde la infancia, como si fueran hermanos gemelos, dos llaves de la misma caja fuerte.

«¿De verdad que me seguirás cuidando?»

«¿A ti qué te parece?»

«Que sí.» Hizo una profunda y larga inspiración para ensanchar su flaco pecho y ella supo que con esa respuesta le había hecho el mejor de los regalos. «Venga», la apremió con una voz más recuperada, «déjate de tanta sensiblería y tráeme una fruta, o algo, que me muero de hambre, y vete con tu amigo, vete, venga, que ya veo que te mueres de ganas de volver con él, yo me las arreglo solo.»

Tamar volvió con Asaf y le informó, lacónicamente, de que Shai estaba un poco mejor. Permanecieron sentados un rato en silencio. Tamar sentía que cuanto más se recuperaba Shai, más lugar le quedaba en su interior para Asaf, también para sí misma y para todas las cosas que antes incluso se tenía prohibido pensar en ellas.

Así es que le habló de Shelí, de su alegría de la vida, del encanto y el sentido del humor que tenía, pero sobre todo de su proceso de autodestrucción. Casi una hora estuvo Tamar hablando, sin tregua, mientras Asaf la escuchaba. Le describió cómo Shelí había acudido en su ayuda para transportar el colchón, cómo la había llevado a su habitación y cómo no temía a nadie en el mundo. Ahora, al hablar de ella, empezó a comprender finalmente la magnitud del horror de lo

que había sucedido. «Shelí ya no existe», dijo conmovida, como si acabara de enterarse en ese preciso instante. «Ya no existe ni volverá a existir jamás. No volverá a haber en todo el mundo la persona única y especial que ella era. ¿Lo entiendes? Aunque me repito estas palabras, no acabo de captarlo del todo. ¿Por qué no soy capaz de asimilarlo? Dime, ¿me pasará algo a mí? ¿Me faltará algo?»

Por estar sentada de espaldas a él, no le veía la cara, pero pensó que todavía no había encontrado a ningún chico que supiera escuchar de esa manera, tan entregado y comprensivo. Después —ni siquiera se dio cuenta de cómo había pasado—, Asaf la fue conduciendo para que hablara del canto. Tamar le habló del enorme vuelco que su vida había dado hacía tres años, cuando obligó a sus padres a que la apuntaran al coro. Cómo, gracias a eso, había empezado a ser feliz, a sentir que al fin y al cabo valía algo. Le habló también de Halina, que desde el primer momento creyó en ella y no se asustó de sus malas pulgas ni de sus impertinencias. Asaf le dijo que no tenía ni idea de música, pero que lo que más le costaba entender era cómo tenía valor para cantar ante un público. Tamar se rió y le dijo que también a ella le resultaba sorprendente cada vez que actuaba, pero que la curiosidad que ella tenía ahora era saber qué es lo que le parecía más difícil de tener que aparecer en público. Asaf se quedó pensativo. Ella esperaba paciente. «Entregar lo que llevas dentro», dijo Asaf finalmente, «algo que sale de tu mismísimo interior, tenérselo que dar a personas que no conoces, que no sabes cómo van a reaccionar ante ello…» «Tienes toda la razón», dijo Tamar, «pero para mí eso también es maravilloso, ¿no lo entiendes? Cada vez estar delante de unos extraños para intentar conquistarlos…» «Sí que lo entiendo, pero yo soy de otra manera. Yo no podría.» Asaf se rió por lo bajo, porque se imaginó cantando ante un público, y entonces ella se apretó más contra su espalda, para poder absorber aquellas sacudidas de risa y que ninguna fuera a perderse, «Porque lo que creo que haría yo es pararme después de cada verso para preguntarme ¿me habrá salido bien o me habrá salido mal? ¿Era así como tenía que ser?». Se encogió de hombros y añadió «¿A ti nunca te pasa eso?». «¿Cómo que no me pasa? ¡Pero si es precisamente lo que estoy intentando superar durante todos estos

años!» Tamar respiraba ahora con agitación, conmocionada por cómo Asaf había acertado a señalar exactamente las cosas más complicadas que la venían ocupando desde hacía años y que ni siquiera Halina sabía formulárselas así. «Lo que tengo que hacer es aprender a renunciar a la jodida autocrítica, a autoexaminarme constantemente, porque todavía no lo he conseguido del todo. Y es que cada vez que me detengo para escuchar la última nota, se acabó. Al instante me pongo rígida y ya no puedo seguir.» Asaf estaba dispuesto a dejarla hablar toda la noche, y no entendía cómo era capaz de permanecer allí sentado tan tranquilo y con tanta contención, si tenía la espalda en llamas, si lo que ahora más deseaba era correr por todas aquellas montañas y gritar a los cuatro vientos y con todas sus fuerzas que por fin le estaba sucediendo, que toda su vida hasta ese momento no había sido más que un preámbulo, un ejercicio de precalentamiento, y que por fin ahora empezaba a vivir. Ella hablaba y él ya no sabía si estaba sano o enfermo, porque el cuerpo entero le dolía de lo que lo apretaba contra ella. Hasta los dientes y las uñas le dolían. «Pero cuando cantas bien», le preguntó, aferrándose con el resto de sus fuerzas a algo parecido a una voz sosegada y estable, «¿cómo te sientes, qué pasa entonces?» «Ah, entonces es de lo mejor», le contestó Tamar muy alegre. «Para mí eso supone casi una experiencia mística. La sensación de como si todo en el universo se encontrara en su sitio...» Tal y como me siento ahora, pensó. «¿Dime, querrás ir un día a un recital mío?» «Claro. Sí. Pero antes, tendrás que explicármelo todo.» «No te preocupes, que irás más que preparado.» Asaf quiso pedirle que cantara, ahora, que cantara para él. Pero le daba vergüenza. ¡Demonios, ahora le daba vergüenza!

De vez en cuando se levantaba uno de los dos e iba a comprobar que Shai estuviera bien. El que se quedaba solo un momento, notaba cómo su cuerpo clamaba por el contacto del otro. Dinka ladraba y olfateaba el aire. Todo el rato había en los arbustos de alrededor unos extraños ruidos, pero Asaf y Tamar estaban tan profundamente absortos en su momento que después, cuando todo terminó, no dejaban de

preguntarse cómo habían podido estar tan ciegos y sordos ante lo que estaba ocurriendo a su alrededor, y cómo habían sido capaces de bajar la guardia de aquella manera.

Casi sin darse cuenta apoyaron una cabeza en la otra. Tamar le preguntó si sus pinchosas cerdas le picaban y Asaf le contestó que no, que le parecían muy suaves. Entonces le contó la sorpresa que se había llevado cuando la vio de esa manera, porque todos lo habían preparado para encontrarse con una enorme mata de pelo. Tamar le preguntó si le gustaba así, y él le dijo que sí. «¿Solo "sí"?», le preguntó Tamar, y Asaf le dijo que mucho y que además no le importaba el pelo que llevara, porque de cualquier manera estaba seguro de que seguiría estando guapa. Que le parecía muy guapa, de verdad. Después se calló, sorprendido de sí mismo.

Dinka volvió a ladrar, esta vez mucho más fuerte. Tamar notaba el peso de la cabeza de Asaf contra la suya. El placer que sentía le resultaba casi insoportable. Estuvo a punto de levantarse y alejarse un poco, porque ¿qué iba a pasar cuando todo eso terminara, o si la magia que los rodeaba ya no iba a funcionar cuando se marcharan de la cueva? Pero no se movió de su lado y decidió no hacerlo hasta que el calor del cuerpo de él no derritiera todos los bloques de hielo que todavía tenía y hasta que el placer que sentía no se extendiera hasta el último rincón de su cuerpo. Esta es la realidad, pensó aturdida, en este momento mis fantasías están tocando la realidad y el globo no va a explotarme en la cara. Asaf le preguntó qué era lo que le pasaba, que por qué suspiraba de esa manera, y ella le dijo que no le pasaba nada. Pero en su interior le brotó una extraña frase: «Enhorabuena, nos complace comunicarle que ha entrado usted a formar parte de la humanidad».

«Antes he querido pedírtelo, pero no he tenido el valor de hacerlo», le dijo Asaf (no podía creer que estaba hablando de esa manera, como un chico experimentado).

«¿Qué cosa? Dime.» La voz de Tamar a sus espaldas sonaba suave y modulada.

«Que me cantes algo.»

«Ah, eso.»

Ni siquiera se levantó. Por no alejar su cuerpo del de él. Se puso a cantar para él con toda naturalidad, sin esforzarse por impresionarlo ni querer conseguirlo. Le cantó «Cómo es que una sola estrella se atreve». Su propia voz le sonaba diferente, y no acertaba a adivinar por qué. «Una sola estrella, yo no me hubiera atrevido...» Espalda contra espalda los dos cerraron los ojos. «Aunque en realidad no estoy solo...», cantaba ella bajito, sabiendo que algo le había cambiado en la voz, incluso desde la última vez que había cantado en la plaza, un cambio muy sutil, como si le hubiera desaparecido por completo aquella pureza infantil que había tenido y ahora empezara algo nuevo, sin que se supiera decir a sí misma de qué se trataba.

A media canción, Dinka se levantó y empezó a dar vueltas muy inquieta. Ladró unas cuantas veces en todas direcciones.

«Puede que haya algún animal entre los arbustos», dijo Asaf después de que Tamar terminara de cantar. Ahora le resultaba agradable notar la sosegada respiración de ella en su espalda. Todavía no le había contado lo de su amor por la fotografía, pero es que no le apetecía hablar de sí mismo.

«¿Quieres que cojamos una linterna y miremos?» «No, quédate así.»

Tamar se acordó de algo. «Esta noche, en Milán, ha tenido lugar el último concierto de mi coro.» Y añadió: «Y Adí habrá cantado mi solo».

«Cántamelo tú aquí.»

«¿Lo dices de verdad? ¿En serio que quieres?»

«Sí, si es que te conformas con tan poco público.»

Tamar se levantó. Se puso bien erguida y le mostró cómo lucía el vestido negro de gala, se dio la vuelta majestuosamente para hacerle notar el generoso escote de la espalda, los zapatos de tacón, que la hacían por lo menos tres años mayor y se pasó la mano por el sofisticado peinado lleno de bucles. Después saludó con una reverencia a los presentes, primero a los del patio de butaca y después a los del segundo piso y los dorados palcos laterales. Se aclaró ligeramente la voz, le insinuó una señal al pianista...

«Espera», dijo Asaf poniéndose en pie de un salto, «ahí hay alguien.»

Y entonces sucedió. Tan deprisa, como un accidente. Asaf, hasta el último momento, se negó a entender qué es lo que estaba pasando exactamente, porque estaban tan próximos ya al final feliz, y de repente todo se les venía abajo. Un estúpido pensamiento le cruzó por la cabeza: la sensación de cuando estás jugando a «Escalas y cuerdas» y por fin has llegado a la casilla 99, y justamente entonces caes en «cuerda» y te toca bajar y bajar hasta el 13.

Y qué 13.

Esto ha sido como una operación militar, pensó Asaf un segundo después. Como una pesadilla, pensó Tamar. Desde todos los flancos, desde lo alto del montículo, desde detrás de las rocas. Al principio les parecieron decenas. Después resultó que solo eran siete: seis bulldogs y Pesaj, y en un primer momento, en la confusión del terror, a Tamar la torturaba sobre todo la idea de que ellos habían estado allí todo el tiempo escuchando, profanando con su presencia aquel precioso momento de Asaf y suyo.

Alguien golpeó a Asaf en la espalda y alguien diferente tiró a Tamar al suelo. Ambos oyeron golpes y gritos en el interior de la cueva y después apareció Sisco en la puerta, sujetando a Shai con brutalidad, un Shai aturdido y aterrado al que le manaba sangre de la boca.

«El Monte del Templo en nuestro poder», dijo Sisco, mirando con odio a Tamar. «Ahora nos ocuparemos también de la Tumba de los Patriarcas.»

Asaf vio la cara de Tamar contraída, pero alguien a sus espaldas le apretó de nuevo la cabeza contra el polvo. Pensó en que al final acabaría por acostumbrarse a su sabor.

Pesaj tenía un plan.

«Mira bien, Shai, chatito», dijo, plantándosele delante, «mira bien lo que tengo en la mano derecha y lo que tengo en la mano izquierda.»

Shai intentaba enfocar con la mirada. Asaf levantó la cabeza del polvo. Esta vez no lo devolvieron al suelo. Al ver la trenza, supo que todo estaba perdido.

«Es algo que ¡vaya si te gusta!», dejó Pesaj columpiar la voz. «Algo que te volverá completamente loco.»

Tamar soltó un profundo suspiro y aplastó la cabeza contra la tierra.

«¿Qué es?», preguntó Shai, muy débil, mientras sus pies lo transportaban solos hacia delante. «Enseña, déjame ver.»

«En mi mano derecha tengo caballo, directito del mercado.» Shai dejó escapar un gemido de incredulidad y ansiedad. Tendió la mano hacia delante. En un instante volvía a estar hechizado por completo.

«¡Nada de tocar la mercancía!», lo reprendió Pesaj. «Ahora mira mi mano izquierda, ¿qué hay? *Surprise*! ¡Una monísima papelina, un verdadera cucadita de papelina! Que te llevará directito al cielo. ¿Qué dices a todo esto, eh? ¿Por dónde quieres empezar?»

Shai respiraba pesadamente. Su cuello largo y delicado se estiraba hacia delante sin cesar. Como el cuello de un cisne, pensó Tamar; que van a degollar, pensó Asaf.

«Porque he oído», prosiguió Pesaj, arrastrando las palabras, «de fuentes fidedignas, que tu querida hermana te ha hecho aquí una pequeña cura, ella solita, ¿es eso verdad?»

Shai asintió. A la luz de la luna Asaf pudo ver cómo el color gris del mono volvía a posarse en su rostro.

«Entonces, ¿puede que ya no estés interesado en lo que te ofrezco yo aquí?», le preguntó Pesaj, con una amabilidad que le ponía a uno los pelos de punta, y de inmediato cerró las manos sobre las dosis como si fuera un mago. Shai negaba con la cabeza, como hechizado, y suspiró amargamente decepcionado al ver desaparecer las dosis.

«¡Shai!», gritó Tamar con todas sus fuerzas. «¡Shai!»

El que la sujetaba a ella volvió a apretarle la cabeza contra el polvo, pero el grito de Tamar ya había hecho su efecto: Shai se estremeció, retrocedió un paso y abrió los ojos de par en par. A Asaf le pareció que era como si de repente hubiera logrado recuperar sus verdaderos ojos.

«No», dijo Shai.

Pesaj se llevó la mano a la oreja con un exagerado gesto teatral: «Repite eso».

«He dicho que no», gimió Shai, sin demasiada convicción. «Todo eso

ya lo he dejado, creo...»

«¿Con que crees que lo has dejado?», dijo Pesaj con mucha suavidad a la vez que se acercaba a él. «Pero si sabes muy bien que ni lo has dejado ni lo dejarás nunca, porque no existe fuerza en el mundo, simplemente no existe, que pueda sacarte de eso. ¿Y sabes por qué?» Se inclinó hacia Shai y le puso una pesada mano sobre el frágil hombro. Tamar pudo sentir desde donde se encontraba la ráfaga de violencia contenida que empezaba a arremolinarse alrededor del cuerpo de Pesaj. Asaf miraba de reojo a los demás hombres que estaban allí contemplando la escena y se dio cuenta de cómo parecían imitar con sus movimientos los poderosos gestos de aquel gigante. «¿De verdad que quieres saber por qué jamás vas a poder dejarlo? Porque eres un cero a la izquierda, porque estás completamente anulado sin tu dosis, ni medio día eres capaz de pasarte sin ella, ni siquiera te atreves a salir a la calle ni a hablar con la gente sin habértela metido, ni eres capaz de entrar en un café, ni de hablar con un amigo, ni de ligar con una chica, ¿y de meterte en la cama con ella? ¿Con tus complejos? ¡No me hagas reír! Puede que en sueños consigas que se te levante sin tu dosis. Así es que yo, Pesaj, que soy tu papaíto y tu mamaíta, tu amigo y tu amiga, tu agente profesional y tu futuro, te propongo que la cojas, que la cojas por las buenas.»

Todo el tiempo que Pesaj estuvo hablando, Shai permanecía con la cabeza gacha. A cada palabra que Pesaj pronunciaba, Shai se encogía otro poco, como si lo estuvieran clavando en la tierra a golpes de martillo. Cuando Pesaj terminó, Shai volvió a erguirse, sacudió la cabeza para apartarse de la frente lo poco que le quedaba de su hermosa melena y dijo «no».

«Lo siento por ti», dijo entonces Pesaj, «tienes los dedos de Jimmy Hendrix, pero como tú quieras.» Dio un paso atrás y le hizo una señal a Sisco. Sisco se acercó, enjuto y febril, y sujetó con fuerza la mano derecha de Shai, la que tañe las cuerdas. Shai aulló vergonzosamente a la vez que intentaba liberar la mano.

«La verdad es que tengo dudas», dijo entonces Pesaj mientras se rascaba la cabeza, «de si el primer dedo va a ser por el Mitsubishi que me estrellaste o por nuestro querido amigo Miko que se ha tenido que

hinchar de mierda en la policía. ¿Qué os parece a vosotros?» Y se volvió hacia los hombres que se encontraban a su alrededor y lo miraban hipnotizados. «¿Y si primero se lo rompemos y después lo decidimos?»

«Mejor será que no», dijo una voz nueva, pesada y lenta, justo por encima de la cueva. Asaf pensó que se estaba volviendo loco.

Sisco se quedó literalmente paralizado cuando estaba a punto de ejecutar la orden. Shai tiró de la mano con un sollozo y la escondió detrás de la espalda. Los bulldogs miraron con nerviosismo hacia la derecha, hacia la izquierda y finalmente hacia arriba. Dinka ladraba hacia el cielo completamente enloquecida y Pesaj retrocedió un poco hasta quedarse entre las sombras con los ojos correteando de un lado al otro.

«Es que he tenido un problemilla», dijo Karnaf bajando del montículo, casi por encima de la cabeza de todos. «Menudo lugarcito habéis encontrado. Es que se me habían dormido las piernas de tanto esperar. Asaf, colega, aquí me tienes.» Había pronunciado su nombre con acento llano, cómo no.

En los días que siguieron a aquello, cuando Asaf repasaba mentalmente los hechos, tenía la sensación de que el final hubiera tenido que ser un poco diferente. Una pizca más dramático. Algo con columnas de humo y fuego, una lucha sobrehumana a vida o muerte que hubiera durado horas…

Porque en la realidad había resultado casi decepcionante: resultó que aparecieron también varios agentes de policía, nueve, vestidos de paisano, que desde primeras horas de la tarde se encontraban agazapados en el fondo de la hondonada, entre los arbustos y las hierbas y que cuando salieron estaban ya bastante hartos de esperar. Había también un oficial con el grado de teniente, del departamento de Estupefacientes, un hombre tranquilo, con gafas y muy seco, que había estado en la misma dotación de tanques que Karnaf en el

Líbano, y que después le contó a Asaf que, por decirlo de alguna manera, en parte le debía la vida a Karnaf. Además había grabado a Pesaj cuando este intentaba empujar a Shai para que volviera a caer en la droga. «Sí, tenemos suficientes pruebas, desde luego que sí», susurró sin inmutarse, con la flema que se gastaría un policía británico cualquiera.

Aquello no había durado más de diez minutos. El mundo se les había venido abajo para ahora volver a colocarse en su lugar. Pesaj intentó huir. A pesar de su inmenso peso, era muy ágil y rápido, de manera que cuatro agentes se tuvieron que emplear a fondo para poderlo atrapar, pero ni siquiera entonces se rindió. Libró una durísima pelea con todos ellos en la que volaron interminables puñetazos, y Tamar se acordó de que Pesaj había sido en su juventud un profesional de la lucha libre, pero al final lograron echarlo al suelo, boca abajo, y lo maniataron. Cuando lo levantaron tenía un aspecto muy desdichado y hasta parecía asustado. Los policías terminaron de esposar a toda la banda, los pusieron espalda contra espalda y les prohibieron que hablaran (un juego de esposas se había perdido durante la pelea con Pesaj y ahora no tenían con qué esposarlo. Tamar entró en la cueva y les sacó, nadie entendió de dónde, un par de esposas nuevas que entregó a los agentes con cara inexpresiva. Uno de los policías le preguntó entonces: «¿No tendrás también unos prismáticos de visión nocturna? Es que tengo los míos estropeados»).

Los policías entraron en la cueva para mirar un poco qué había dentro y comprender mejor lo que allí pasaba. El teniente le hizo a Tamar unas preguntas, tomó unas cuantas notas, y por el ligero vaho que le empañó las gafas podía adivinarse que casi se había emocionado.

«¿Y si no lo hubieras conseguido?», le preguntó finalmente, con su voz falta de matices. «Porque comprenderás que lo tenías todo en contra. ¿Qué hubieras hecho si no lo hubieras conseguido?»

«Pues tendría que haberlo conseguido», le respondió Tamar. «Es que no me quedaba otra opción.»

Shai permanecía sentado a un lado, apoyado en una roca, atónito y bañado en sudor. Tamar fue hasta él, se sentó a su lado y lo abrazó por los hombros. Se pusieron a hablar, entre susurros. Asaf la oyó decir: «Esta noche, ahora. Sencillamente te vamos a llevar hasta allí, llamas a la puerta y entras».

Shai le dijo entonces: «Nunca me aceptarán. Ya has visto que ni siquiera me han buscado».

Tamar le dijo que sobre lo que había pasado durante el último año todavía tendrían que hablar largo y tendido todos juntos, pero que sabía que ahora lo estaban esperando. Shai se rió, quería saber cómo podía Tamar estar tan segura de eso. Ella le hizo una señal a Asaf que se agachó a su lado y le contó a Shai con mucha calma la cita que había tenido aquel mediodía en la cafetería con sus padres. Lo que les había dicho y lo que ellos le habían dicho a él, y cómo al final sus padres habían llorado.

«No me lo creo», dijo Shai. «¿Que lloró? ¿Delante de la gente? ¿Con lágrimas y todo?»

Los policías se marcharon llevando ante ellos aquella pequeña procesión furiosa y derrotada. Karnaf se quedó con los tres. Les propuso llevarlos en su coche a casa y que al día siguiente volverían para recoger las cosas. Asaf notó que se le encogía el corazón. Pero ¿cómo? ¿Así iba a acabar todo? Porque había habido también mucha magia en eso de vivir allí con ellos, con ella, en medio de aquella dolorosa rutina salpicada de contados momentos de felicidad.

Subieron la cuesta. Dinka corría delante de ellos y Karnaf sostenía a Shai, a quien después llevó junto a Tamar, que venía detrás, para quedarse él delante, con Asaf. Este le preguntó cómo lo había organizado todo y si sabía cómo había conseguido Pesaj localizarlos allí. Karnaf le contó que hacía ya unos cuantos días, desde que una chica que había huido de la residencia de Pesaj había muerto en Eilat, que los de estupefacientes habían tenido vigilado muy de cerca a Pesaj, le habían pinchado el teléfono y le habían tendido una trampa, en la que solo faltaba la guinda, así es que cuando Karnaf había

llamado a ese amigo suyo, el flemático, la reacción fue casi de entusiasmo. «A partir de ese momento todo ha sido muy fácil. Esta tarde alguien le ha hecho a Pesaj una llamada anónima, hasta puede que haya sido yo, para explicarle con todo detalle donde podía encontrar los dos pajaritos que se le habían escapado, y el resto ha sido ya coser y cantar.»

La luna desapareció. Resultaba difícil ver en la oscuridad. Asaf intentaba una y otra vez empezar a contarle a Karnaf lo de Reli, pero no encontraba las palabras adecuadas. Pasaron entre una maraña de arbustos. Lo único que se oía era la respiración de todos y los pitidos de los pulmones de Shai. Asaf miró hacia el lado por el rabillo del ojo. Le pareció que Karnaf estaba más pensativo que de costumbre. Puede que las palabras estuvieran ya de más.

Después se apretujaron en la camioneta de Karnaf. Nadie hablaba. Solo una vez Shai dijo: «Ahora, por ejemplo, no me opondría a un canuto». Tamar sabía lo difícil que le resultaba afrontar lo que se le venía encima, lo asustado que estaba, lo desprotegido que se sentía sin el escudo de la droga. Asaf miraba el oscuro paisaje mientras se decía ya está, dentro de diez minutos todo habrá terminado, de cinco, de uno.

Una sola luz iluminaba el jardín de la parte delantera de la casa. Tamar se asomó por la ventanilla de la camioneta y recordó cómo había salido de allí hacía un mes. Dinka olfateó su hogar y empezó a corretear por el interior del vehículo, y Asaf, al ver aquella preciosa casa, el cuidadísimo jardín y los dos coches metalizados en el aparcamiento, notó que su espíritu decaía.

Shai bajó de la camioneta y se quedó frente a la casa. «Ve tú», le dijo Tamar. «Diles algo tú primero. Tenéis que hablar a solas. Yo vendré mañana por la mañana.»

Asaf la miró estupefacto. Karnaf seguía sentado dándoles la espalda y tamborileando con los dedos en el volante. De repente parecía tener muchísima espalda.

«He pensado», dijo Tamar con cierta inseguridad, «he pensado que necesito pasar una noche más allí, que no me he despedido del lugar como se merece.»

«¿Sola?», le preguntó Karnaf, con voz turbia, «¿cómo vas a quedarte allí sola?»

Hubo un silencio.

«Dinka irá conmigo», susurró Tamar.

«Ah... yo... yo también voy», dijo Asaf, sintiendo una extraña flojera.

Karnaf se encogió de hombros. Después apoyó la cabeza en las manos y los codos en el volante. Enfrente, a través del parabrisas, vieron avanzar a Shai, cruzar la verja, caminar pasito a paso por el sendero embaldosado, y supieron que en ese momento estaba empezando a hacer el camino de regreso a la vida, aunque no estaban nada seguros de que lo fuera a lograr. Al llegar a la puerta, por un instante, se volvió hacia ellos. Tenía la mirada de un animal atrapado. Asaf y Karnaf, a una y ostensiblemente, levantaron el pulgar hacia arriba. Tamar asintió con la cabeza. Él llamó a la puerta. No se abrió. Shai esperó exactamente un segundo y después se dispuso a desandar el camino furioso y muy ofendido, pero en ese preciso momento se encendió una luz en la casa, y después otra. Shai se detuvo, dispuesto a salir huyendo en cualquier momento. Enseguida vieron que la puerta se abría. Shai dirigió hacia dentro una mirada larga y falta de alegría. Después, muy despacito, entró y la puerta se cerró a sus espaldas. Asaf oyó a su lado un ruido ahogado, se dio cuenta de que Tamar tenía la cara mojada y pensó que hasta ese momento no la había visto llorar.

«No estoy llorando», le dijo al oído, temerosa de ir ahora a dejarse arrastrar por el llanto. Asaf tocó con el dedo el hilillo de lágrimas que le bajaba por la mejilla.

«No, de verdad que no.» Le sonrió a través de las lágrimas, negándose todavía a dejarse vencer. «Es que soy un poco, no sé, alérgica a la tristeza.»

Asaf se probó el dedo. «Esto es llanto», dictaminó, y durante todo el camino de vuelta Tamar lloró contra su hombro, desgarrada por las fuertes sacudidas de un amargo llanto contenido durante todo el último mes.

Karnaf los llevó hasta la parada de autobús que había en la parte

superior de la hondonada. Se despidió de ellos y se marchó. Todavía estaba oscuro, pero ya un poco más claro. Dinka correteaba alrededor de ellos con el rabo bien arriba en el aire. Caminaron por el borde de la carretera y después descendieron hacia el valle, ayudándose el uno al otro en los tramos difíciles, encontrando todo tipo de excusas para tocarse, para agarrarse. Apenas hablaban. Tamar pensaba en que jamás había conocido a nadie con el que le resultara tan cómodo permanecer en silencio.

26 de noviembre de 1999



Una novela casi picaresca, un extraño cruce entre *Corre, Lola, corre* y *Oliver Twist*. Conforme van convergiendo las odiseas particulares de sus protagonistas, llega un punto en que la necesidad de saber más es tanta que uno apenas puede soportar la espera.

The New Yorker

Asaf, un joven de dieciséis años, recibe el encargo de encontrar al dueño de un perro que vaga perdido por las calles de Jerusalén. En el transcurso de esta búsqueda, su historia se confundirá con la de Tamar, una adolescente de corazón solitario que pretende salvar a su hermano del infierno de las drogas y de su entorno. Juntos recorren un camino en el que intentarán reconstruirse entre las ruinas de un mundo que se desmorona.

David Grossman (Jerusalén, 1954) está considerado uno de los escritores más importantes de la literatura israelí contemporánea. Sus obras han sido traducidas a más de veinte idiomas. Ha recibido, entre otros, los premios literarios Grinzane Cavour, Mondello, Flaiano y Sapir. Ha cultivado la novela, el ensayo periodístico y la crítica literaria. En el campo de la ficción destacan *Véase: amor* (1986), *El libro de la gramática interna* (1991), *Chico zigzag* (1994), *Tú serás mi cuchillo* (1998) y *Llévame contigo* (2000). Su última novela es *La vida entera* (2009). Actualmente vive en Jerusalén.

Título original: *Mishehu laurtz itó*

Edición en formato digital: enero de 2017

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Yolanda Artola
Fotografía de portada: © Yuval Yairi

ISBN: 978-84-663-4033-5

Composición digital: Newcomlab S.L.L.

www.megustaleer.com



[1] *Karnaf* significa «rinoceronte». *(N. de la T.)*

[2] Shelí también es el posesivo «mía». *(N de la T.)*

[3] *Matsliah* significa «éxito» *(N. de la T.)*

Índice